



Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia

Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade
(Editores y Compiladores)



Universidad
Pontificia
Bolívariana

Autores

Juan David Villa Gómez
Lina Marcela Quiceno
Verónica Andrade Jaramillo
Carlos Darío Patiño
Daniela Barrera Machado
Carlos Esteban Estrada
Paulo Montoya
Mariana Aguirre
Mariana Gutiérrez
Eliana Barco
Jeny Paola González
Sofía Jaramillo
Sebastián López
David Ruiz
Juan José González
Ledis Bohórquez
Diana Carolina Gómez
José Alonso Andrade Salazar
María Camila Prieto Llanos
Thalía Ríos Mejía
Paola Rodríguez García
Anyela Acevedo Gómez
Valentina Aguirre
Edward Caucil
Natali Velásquez Cuartas
Milton Danilo Morales Herrera
Cristian Mauricio Cartagena
Edwin Alexander Hernández
María Alejandra Gómez
Laura María Botero
Andrea Orozco



Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia

Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade
(Editores y Compiladores)

302.4
V712

Villa Gómez, Juan David, compilador
Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como Barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia / Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade Jaramillo compiladores -- Medellín: UPB, 2021. -- (Colección Ciencias Sociales, 17)
512 p., 14 x 23 cm.
ISBN: 978-958-764-998-7

1. Violencia – Colombia – 2. Política – Colombia – I. Quiceno, Lina Marcela, compilador – II. Andrade, Verónica, compilador – III. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Varios autores
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz y reconciliación en Colombia
ISBN: 978-958-764-998-7

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-998-7>

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales

Facultad de Psicología

Doctorado en Ciencias Sociales

CIDI. Grupo de Investigación en Psicología; sujeto, sociedad y trabajo (GIP). Proyecto: Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia (Fase II). Radicado: 325C-11/18-10

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Director Facultad de Psicología: Rodrigo Mazo Zea

Gestora Editorial de la Escuela: Dora Luz Muñoz Rincón

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Sissi Tamayo Chavarriga

Corrección de Estilo: Carmenza Hoyos

Fotografía portada: Lina Marcela Quiceno

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2111-27-05-21

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Contenido

Prólogo. Las palabras tienen el poder tanto de herir como de sanar	9
<i>Ramón Maya Gualdrón</i>	
Introducción	19
<i>Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno y Verónica Andrade Jaramillo</i>	
Capítulo 1.....	28
Orientaciones emocionales colectivas y el carácter colectivo de las emociones: un referente teórico para el estudio de las barreras psicosociales para la paz	
<i>Carlos Darío Patiño y Daniela Barrera Machado</i>	
Capítulo 2.....	67
"Eso nos dolió a nosotros". Barreras emocionales para la paz formadas durante el conflicto armado en el oriente antioqueño	
<i>Carlos D. Patiño, Carlos Esteban Estrada, Paulo Montoya, Mariana Aguirre, Mariana Gutiérrez y Eliana Barco</i>	
Capítulo 3.....	116
"Las heridas van sanando poco a poco". La transformación emocional vivida en los acuerdos de paz y posacuerdo en el oriente antioqueño	
<i>Carlos Esteban Estrada, Carlos D. Patiño, Jeny Paola González, Sofía Jaramillo, Sebastián López, David Ruiz y Juan José González</i>	

Capítulo 4	142
Orientaciones emocionales colectivas sobre la justicia y la reconciliación en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga	
<i>Juan David Villa Gómez, Ledis Bohórquez y Diana Carolina Gómez</i>	
Capítulo 5	187
Usos emocionales de la violencia y barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en el Eje cafetero	
<i>José Alonso Andrade Salazar</i>	
Capítulo 6	234
Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en el departamento del Quindío	
<i>José Alonso Andrade Salazar, María Camila Prieto Llanos, Thalía Ríos Mejía, Paola Rodríguez García y Anyela Acevedo Gómez</i>	
Capítulo 7	279
Polarización, creencias sociales y orientaciones emocionales movilizadas en facciones políticas: “petristas” y “uribistas” del área metropolitana del Valle de Aburrá	
<i>Valentina Aguirre, Edward Caucil y Juan David Villa Gómez</i>	
Capítulo 8	323
“Yo no sé si se puede separar la postura política de lo que una persona es”. Construcción de identidad social y relación con la diferencia política en familias	
<i>Natali Velásquez Cuartas, Daniela Barrera Machado y Juan David Villa Gómez</i>	
Capítulo 9	371
Procesos de DDR en el marco de múltiples procesos de paz en Colombia: contextualización y barreras	
<i>Lina Marcela Quiceno</i>	
Capítulo 10	407
¿Reintegración o integración sociolaboral de excombatientes? Significados del trabajo, barreras psicosociales y prácticas	

de integración laboral de excombatientes en proceso
de reincorporación y normalización en Colombia

Milton Danilo Morales Herrera, Cristian Mauricio Cartagena

Edwin Alexander Hernández

Capítulo 11.....455

**Inclusión laboral de reintegrados en la ciudad de Medellín,
un estudio de caso**

Verónica Andrade Jaramillo, María Alejandra Gómez, Laura María Botero

y Andrea Orozco

Capítulo 12495

**De la polarización a una acción psicosocial que incluya
a los ciudadanos del común. Algunas mediaciones
para transformar las barreras para la paz**

Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade Jaramillo y Juan David Villa Gómez

Lista de tablas

Tabla 1.	
Uso de las emociones como barreras psicosociales para la paz	57
Tabla 2.	
Caracterización sociodemográfica de la muestra	420
Tabla 3.	
Tabla de categorías, subcategorías e indicadores	469

Lista de figuras

Figura 1.	
Historia del Programa en la organización.....	472
Figura 2.	
Ruta para la contratación de reintegrados.....	475
Figura 3.	
Proceso de acompañamiento	479

Prólogo

Las palabras tienen el poder tanto de herir como de sanar

En su libro *Emociones políticas* Martha C. Nussbaum incluye un subtítulo en el que plantea una pregunta que está en directa relación con este libro sobre Barreras psicosociales para la paz: ¿Por qué el amor es importante para la justicia? La historia de Colombia ha sido impresionantemente constante en algunos asuntos como el mantenimiento de un fuerte paternalismo en las relaciones sociales, el ejercicio de la violencia para definir la propiedad de la tierra, de los recursos naturales y para controlar las instituciones políticas y de gobierno.

Son esas algunas razones por las que tenemos que hablar de justicia, pero no solo en clave de acuerdo racional, sino, quizás con mayor razón, en clave de “atmósferas emocionales, climas emocionales, culturas y orientaciones emocionales colectivas, que pueden estar en la base de procesos de construcción de paz o de exacerbación de la violencia, fungiendo como barreras para la paz y la reconciliación”. Solo que, como lo evidencian las investigaciones consignadas en estas páginas, posiciones radicalizadas cierran posibilidades de reconocimiento y de diálogo, acciones estas que son necesarias para poder alcanzar acuerdos y construir una vida digna entre quienes asumen ideologías diferentes y tienen intereses distintos, como ocurre en todas las sociedades abiertas.

Para transformar nuestra historia y superar así esos obstáculos que de alguna manera nos hemos impuesto para construir la paz, se precisa recurrir a aquello que es más valioso que la misma racionalidad,

que, por cierto, aunque la tradición en Occidente la ha propuesto como faro que ilumina el camino correcto para alcanzar el desarrollo, infortunadamente, hay que tener valor para reconocerlo, no nos ha servido para vivir mejor (es evidente el caos social y ambiental en el planeta), con nuestra pretendida racionalidad no lo hemos logrado, no lo ha logrado el mundo, salvo algunas excepciones. Eso que quizás sea lo más valioso, aún más que la racionalidad, es lograr entender el valor y la trascendencia de los sentimientos y de las emociones y decidirse a educar desde ellos.

Los colombianos hemos trasegado más de doscientos años de violencia y expolio y no ha sido la racionalidad, precisamente, la clave para lograr la solución de nuestros problemas; de hecho, podemos afirmar que el uso de estrategias muy racionales, para lograr la mayor cantidad de beneficios y poder, han sido las que han agravado nuestros males, dolores y angustias. De hecho, nuestro Estado es un logro de la racionalidad, así como nuestro sistema educativo, de salud y político y, sin embargo, las cosas no están bien, la inequidad es evidente.

Es por eso que, para alcanzar la paz, hoy se hace completamente pertinente una nueva mirada, la mirada del amor, propuesta milenaria que siempre ha sido aplazada precisamente, porque antes se han considerado otras opciones, como la ya planteada racionalidad, o, antes, en la época antigua, la virtud o incluso, el saber; todos estos asuntos han sido asumidos como aquellos que si atendemos fielmente nos permitirán resolver nuestros problemas; pero, en general, el camino de la historia de la humanidad ha sido de depredación ambiental, violencias, guerras y muerte y no de paz, a pesar de todo el énfasis que se ha hecho en educar en la racionalidad, la virtud y el saber.

Existen muchos relatos de crueldad en la guerra, relatos que, como muchos actos de violencia en Colombia, nos impactan y nos llevan a preguntarnos si verdaderamente somos seres humanos racionales. A propósito de esos crueles relatos Rorty (2000)¹, menciona cómo

¹ Rorty, R. (2000). Verdad y Progreso. Paidós.

los serbios no consideraban sus actos como violaciones de derechos a otros humanos, sino más bien, acciones contra su enemigo (los musulmanes), despojándoles así de su condición humana, permitiendo su crueldad. Este es el grave problema de la polarización: la negación de toda posibilidad de tratar como ser humano en propiedad al otro, al campesino, al joven, a la mujer, al inmigrante y que, en nuestro contexto, como en el de los Balcanes, es un comportamiento constante en los conflictos intratables (Bar-Tal, 1998), como es posible considerar al acontecido en Colombia.

La memoria, que siempre es social y no debe ser un medio del poder porque deja de ser memoria para convertirse en publicidad, nos permite entendernos, explicarnos y transformarnos. Teniendo eso presente es por lo que podemos afirmar que en la historia de Colombia es impresionantemente constante este fenómeno. Las fuertes manifestaciones sociales de 2021 en las que jóvenes sin oportunidades, ni futuro, asumieron el rol de primera línea en la lucha por el cambio, nos recuerdan dinámicas semejantes de la época de la Conquista, cuando se imponía un oscuro personaje, con mucho poder económico y político, el encomendero:

... De hecho, además de comida los encomenderos exigieron a los indios a su cargo el suministro de vestuario, agua, leña, forraje para los caballos y madera y trabajo para la construcción de sus residencias. Tales exacciones eran mucho más gravosas que las acostumbradas en tiempos precolombinos, y a comienzos de la década de 1540 provocaron rebeliones indígenas que solo terminarían después de severa represión.² (Palacios y Safford, 2002, pág. 69).

En esos matices constantes en nuestra historia vemos que generalmente quienes tienen el poder han considerado a los otros, como por ejemplo a los indígenas, como algo reemplazable. Se resalta también que estos personajes recibieron de la Corona española la donación de comunidades indígenas para que, supuestamente, los

² Palacios, M., y Safford, F. (2002). Colombia país fragmentado, sociedad dividida. Norma.

civilizaran y cristianizaran, pero las utilizaron como medio para concentrar riquezas y a pesar de que se enviaron autoridades desde el gobierno central para impedir eso, las cosas no cambiaron, por el contrario, se posibilitó la expansión de enfermedades gracias a las excesivas cargas laborales causando masivas muertes a los indígenas. Estos españoles hicieron poco por el mejoramiento de las condiciones de vida de la sociedad de comienzos de la Colonia, trabajaron para enriquecerse explotando hasta el límite, por eso nunca miraron con unos ojos diferentes a los de la enfebrecida ambición; esa fiebre les impidió ver que este, en el que estaban, era ahora su mundo, en el que la naturaleza sería generosa en la medida en la que incluyeran en la construcción de la nueva sociedad a los indígenas, lo que les permitiría lograr bienestar. Esto es lo que podríamos denominar el disfrute estético de una nueva vida en un nuevo mundo, pero lo frustró la racionalidad moderna, que es la que aún impera.

En nuestra sociedad así se ha comportado el poder casi siempre, negando la diversidad y dejándose llevar por la ambición de “llenar las alforjas”. Generalmente el bando que detenta el poder no asume a sus contrincantes como sujetos sociales que pueden tener algo que aportar, porque creen, como principio categórico, que aquellos renunciaron a esa condición de seres “normales” en cuanto decidieron tomar una postura diferente a la autodenominada posición verdadera-oficial. En ese orden de ideas se entiende que para quienes manejan el poder tampoco importa la naturaleza, salvo por los recursos como el oro y el petróleo y justifican el que, para extraerlos, la naturaleza pueda ser destrozada. Quizás ese comportamiento o relación con la vida la podemos llamar identidad del poder.

En esa identidad del poder sigue viviendo el encomendero que no respeta ni leyes, ni vidas y solo atiende a sus intereses, justificados con mil argumentos racionales. Pero muchos de “los otros” entienden que sus derechos no son respetados y que, por tanto, deben hacerlos valer. En redes sociales el escritor Esteban Carlos Mejía puso una muy bella pintura de Darío Ortiz Robledo en la que se ve a unos jóvenes encapuchados, con escudos y la bandera de Colombia, en un compacto grupo, que por cierto sus cuerpos forman

como una pirámide, al estilo de las composiciones de Da Vinci; ellos resisten el embate de los chorros de agua y de gases. Y entonces un seguidor del escritor anotó que era muy bonita y a continuación preguntó: ¿pero siguen siendo vándalos?

Hoy recordamos las historias de los indígenas que todo lo perdieron con la llegada de los encomenderos y otras historias de muchos otros en nuestro país, por ejemplo la de los esclavos, a quienes se les prometió libertad si luchaban en los ejércitos criollos por la expulsión de los chapetones, pero cuando se alcanzó la victoria no se les cumplió, o la de los campesinos, quienes desde la época de la Independencia se han ilusionado con una reforma agraria que nunca llega y que parece nunca llegará, o la de los artesanos que con toda sus fuerzas apoyaban aquellos partidos que prometían la protección de sus talleres contra las políticas económicas de favorecimiento de ingreso al país de los productos traídos de la potencia industrial inglesa, pero nunca ganaban, porque, como lo señalan muchos políticos e historiadores, en nuestro país el que cuenta los votos es el que elige.

Y así, muchas otras historias de expolio hacen pensar que esos muchachos de la “primera línea” no son vándalos, sino que son colombianos que, como lo hicieron otros en el pasado, hoy hacen un nuevo intento de recuperar lo que se les ha quitado o se les ha negado. Nos dice el papa Francisco:

Sueños que se rompen en pedazos. La historia da muestras de estar volviendo atrás. En varios países una idea de la unidad del pueblo y de la nación, penetrada por diversas ideologías, crea nuevas formas de egoísmo y de pérdida del sentido social enmascaradas bajo una supuesta defensa de los intereses nacionales. Lo que nos recuerda que «cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas aún... También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero. [...] La solidaridad, entendida en su

sentido más hondo, es un modo de hacer historia y eso es lo que hacen los movimientos populares.³

Dadas ciertas tendencias del pensamiento administrativo en nuestro país es importante anotar que no es adecuado, para la construcción de una sociedad respetuosa y justa, el argumento de que no se debe poner el retrovisor, metáfora que se refiere a no mirar el pasado o la historia, en tanto cosa vieja. Quienes valoramos la investigación de lo ocurrido como posibilidad de comprensión, sabemos del valor de entender las barreras psicosociales para la paz, porque ellas atraviesan nuestra vida y nuestra historia. No podemos privarnos de las oportunidades de construir una mejor sociedad; conocer la historia nos permite tener mejores discusiones y definir las mejores estrategias para lograr el futuro que queremos. Por no investigar nuestro pasado es que llegamos a confundir memoria, ese argumento social para construir la justicia, con la acción de conservar objetos o relatos.

Marco Palacios Roza metaforiza la historia de Colombia con la pintura de Alejandro Obregón llamada *Violencia*: el cadáver putrefacto de una joven cuyos senos y vientre hinchado, esperaba un niño, representan el paisaje, montañas y valles del país. Se afirma que los colombianos somos violentos por naturaleza. El asunto es que esa naturaleza no existe. Es válida la apreciación de Rorty de que no hay una naturaleza humana sino unos lenguajes, unas narrativas y unos acuerdos que podemos llamar cultura:

A mi modo de ver, un importante avance intelectual que ha sido hecho en nuestro siglo estriba en la constante disminución del interés por la pugna entre Platón y Nietzsche. Hay una disposición creciente a dejar de lado la pregunta "¿Cuál es nuestra naturaleza?" y a sustituirla por la pregunta "¿Qué podemos hacer de nosotros mismos?" Nos inclinamos mucho menos que nuestros antepasados a tomar

³ Papa Francisco (2020). Encíclica *Fratelli Tutti*. Libreria Editrice Vaticana. Recuperado de: http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html

en serio las “teorías de la naturaleza humana”, nos inclinamos mucho menos a tomar la ontología o la historia como guías para la vida. Hemos llegado a considerar que la única lección de la historia o de la antropología consiste en nuestra extraordinaria maleabilidad. Estamos llegando a considerarnos como el animal flexible y proteico que se moldea a sí mismo, y ya no como el animal racional o como el animal cruel. (Rorty, 2000, pág. 5).

Entonces, como nos lo enseña Rorty, no hay nada sobre nosotros a lo que podamos llamar o Fe o Razón o Virtud y que nos señalará qué debemos hacer para resolver nuestros problemas y desencuentros. No hay nada sobre nuestras cabezas para poder organizar nuestra sociedad; es bueno que entendamos que solo somos seres finitos, falibles y contingentes, que dependen, para construir la vida, de otros seres igualmente finitos, falibles y contingentes. Hemos de entender que lo que tenemos es lo que hemos logrado construir, que construir es algo que se hace mejor alcanzando acuerdos en el disenso, y que el consenso no es tan común, precisamente por la afortunada heterogeneidad humana.

Pero esta dinámica está negada, de entrada, tanto por la polarización, como por la negación de la condición de humano al oponente. Es por esto por lo que es valioso hablar de Barreras psicosociales para la paz, porque necesitamos realizar acuerdos en el disenso, acuerdos para incluir al que quiere dejar la lucha armada para integrarse en los procesos de construcción social y de paz, para incluir a ese que después de haber participado en la guerra sueña con cambiar, tener un trabajo digno y poner todas sus fuerzas, desde la construcción de su vida y de su familia, para la transformación social.

La historia es una posibilidad de evitar desdibujar a quien quiere integrarse socialmente, la historia nos ayuda a evitar convertirlo en un no humano. No es posible la paz sin historia. Será posible superar esas barreras psicosociales comprendiendo sus génesis y estructura, que es lo que nos plantea esta obra. Y también es muy importante entender la necesidad que tenemos de respetar la historia, preservándola desde la investigación seria, para que no sea reemplazada por versiones construidas desde intereses particulares.

Podemos conocer y entender los orígenes de nuestra actual violencia, orígenes que por cierto no están en la época de las guerras civiles del siglo XIX, ni en la Guerra de los Mil Días, o, como lo hemos dicho, no están en nuestra supuesta naturaleza violenta, sino que los encontramos claramente en la disputa violenta por el poder entre dos partidos a partir de la década del cuarenta, como nos lo cuenta Palacios (2006)⁴ en su texto *Entre la legitimidad y la violencia*, que se desarrolla y se potencializa con otros eventos históricos como las elecciones de Olaya Herrera, y Alfonso López Pumarejo en cuyos gobiernos se presentaron políticas que afectarían a diferentes sectores, generando un ambiente de confrontación que comenzó en los debates del Congreso, cuyos Anales registran el trato agresivo y virulento con el que se agredían aquellos políticos de la época. Esta fue una polarización desde la palabra y el discurso. Así se creó una atmósfera de tensión, agresión y violencia, en la que la ecuanimidad de los argumentos, la veracidad de la información y las decisiones en justicia, comenzaron a naufragar para ser reemplazadas por mentiras con las que se quería desorientar al ciudadano.

En aquella época la gran prensa, El Tiempo y El Siglo, fundamentalmente, fueron utilizados para agredir y difamar a los contrincantes. La idea entonces, como hoy, era polarizar y poder así capitalizar la fuerza de un sector de la sociedad. Fueron esas las circunstancias en las que, como lo afirmamos, se desorientó el ciudadano porque no disponía de información veraz, condición necesaria para que, como opinión pública o expresión política social, pudiera tomar decisiones, según lo dispone el fundamento de un gobierno republicano. Las mayorías dejaron de sopesar los argumentos propios del debate político y se radicalizaron en un odio al contrincante que terminó por debilitar la democracia. Fenómeno que se repite con inusitada fuerza hoy en el país y que este libro de Barreras psicosociales nos permite entender en profundidad, lo que sin duda facilitará aportar a la construcción de la paz para poder vivir en una sociedad en la que la justicia pueda garantizarse en buena

⁴ Palacios, M. (2006). *Entre la legitimidad y la violencia Colombia 1875 - 1994*. Editorial Norma.

medida, para lo que es necesario no perder la capacidad de soñar y, como la obra nos señala, “estos sentimientos persisten, aunque agrietándose, y en estas fisuras se habrá de colar la esperanza”.

Para la década del cuarenta también se daba un agravante que se sumó a las causas que generaron la Violencia y fue que la estructura política colombiana era una organización de caciques que tenían bajo su mando grupos de gamonales que controlaban grandes masas que seguían a líderes que residían en Bogotá y eran quienes realizaban esa manera de hacer política desde el discurso agresivo. Hoy comprendemos esas dinámicas gracias a las nuevas investigaciones:

Las emociones colectivas que son configuradas y configuradoras del clima emocional, movilizan entonces acciones coordinadas (Huebner, 2011) y modos de relación que tienen consecuencias prácticas a nivel social y político, lo que pone en un primer plano la pregunta acerca de lo que hacen las emociones, base sobre la cual es posible considerar su papel como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, es decir, las emociones pueden actuar como barreras psicosociales para la paz, mas no son en sí mismas dichas barreras.” (Patiño & Barrera, capítulo 1)

Ciertamente estos fenómenos como la Violencia partidista, el ambiente originado por ésta que permitió que surgieran las guerrillas, que, si bien en un comienzo fueron liberales, en el contexto de la Guerra Fría se transformaron en comunistas, pero sus motivos siguieron siendo los mismos, dentro de los cuales se puede destacar la lucha por la tierra. Y la violencia siguió y sigue hoy, en otras circunstancias y con otras formas y los problemas siguen siendo básicamente los mismos: la disputa por el poder, la exclusión y la inequidad. En Colombia no hemos logrado resolver el problema de la violencia, a pesar de los grandes esfuerzos realizados como negociaciones y acuerdos de paz. Hemos de entender las dinámicas de las barreras psicosociales para la paz y así nos podremos disponer para construir la paz, una paz en la que el otro sea considerado como ser humano con derecho a disentir y en la que la palabra sea puesta para sanar y no para matar.

Nuestra sociedad se sigue debatiendo, hoy contemplamos las grandes movilizaciones y las fuertes resistencias. Debemos reconocer el fenómeno de las barreras psicosociales para la paz y discutirlo, que es a lo que nos invita y motiva este texto, que es el producto del esfuerzo y entrega amorosa por el país de un grupo de investigadores que nos ofrecen sus saberes y logros, lo que sin duda contribuirá con los esfuerzos que muchos realizan para reemplazar barreras por puentes que nos permitan reconocernos, dialogar y trabajar para acordar cómo resolver nuestros problemas. Necesitamos puentes que nos hagan posible esa fundante dinámica gracias a la cual logramos convertirnos en seres humanos, la conversación. Hay que abrirle espacio a la esperanza. Es muy importante darnos, como una generación de los cien años de soledad, una segunda oportunidad:

Esto quiere decir que el hecho de que emociones como el odio, el miedo o el dolor puedan ser usadas como barreras psicosociales para la paz, no significa que no puedan desempeñar otras funciones en el plano sociopolítico, una muestra clara de ello es el dolor, que además de sostener narrativas victimistas, puede generar procesos de reivindicación colectiva, de empoderamiento y de denuncia (Patiño & Barrera, Capítulo 1).

Ramón Maya Gualdrón
Historiador

Introducción

Juan David Villa Gómez¹
Lina Marcela Quiceno²
Verónica Andrade Jaramillo³

El primer libro de la investigación *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia* (Villa Gómez, Andrade & Quiceno, 2021), se centró en la forma como se había configurado un ethos del conflicto (Bar-Tal, 2010, 2013) en la sociedad colombiana, analizando las creencias emergentes en las diversas regiones representadas por ciudades principales donde se ha desarrollado la investigación (Bogotá, Cali, Palmira, Bucaramanga, Medellín, Armenia, Pereira, Quibdó y Neiva). Este trabajo permitió colegir en los relatos de los y las participantes la construcción de un cierto fatalismo y desesperanza

¹ Docente Asociado de la Facultad de Psicología y la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana. Psicólogo y Doctor en Migraciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo. Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, Sociedad y Trabajo. juan.villag@upb.edu.co.

² Docente interno de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicóloga y Magíster en Psicología Social, Grupo de Investigación en psicología: Sujeto, sociedad y trabajo (GIP). linamarcela.quiceno@upb.edu.co

³ Docente Asociada de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicóloga y Doctora en Psicología. Coordinadora del Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, Sociedad y Trabajo. veronica.andrade@upb.edu.co

en torno a las posibilidades de paz, centrados en una naturalización de la violencia que da cuenta de la forma como, en buena medida, nuestra sociedad se ha acostumbrado a esta.

Dicho a la manera de Bar-Tal (1998, 2000, 2003, 2010, 2013, 2017), se ha construido una infraestructura sociopsicológica que integra la subjetividad individual y colectiva de una parte de nuestra población. Aunque también en otros participantes se evidenciaron posturas favorables al acuerdo, los cuales posibilitan la construcción de creencias mediadoras y hacen las veces de facilitadores psicosociales para la construcción de la paz.

En este segundo libro, nos centraremos en las dimensiones emocionales de la violencia, los ecos que al respecto ha tenido en Colombia y las orientaciones emocionales colectivas que surgen en relación con el conflicto, la negociación política, la construcción de paz, la polarización, los procesos de reintegración de excombatientes y la reconciliación. Esto último tendrá un lugar relevante, puesto que es un elemento fundamental en la perspectiva de construcción de paz desde la cotidianidad de las comunidades y las personas.

La descripción de una nación dividida en torno a las posibilidades de negociación política del conflicto, a posiciones políticas que permitan una transformación importante hacia la modernización y el final de la violencia como forma de dirimir los profundos conflictos sociales, económicos y políticos del país, será nuevamente abordada en los capítulos subsiguientes, que son el producto de reflexiones a partir de ejercicios investigativos desde metodologías cualitativas y entrevistas semiestructuradas en profundidad.

En el primer capítulo, Carlos D. Patiño y Daniela Barrera complementan la reflexión teórica realizada por Patiño y Villa Gómez (2021), profundizando sobre las emociones colectivas y la forma como se configuran, a partir de allí, atmósferas emocionales, climas emocionales, culturas y orientaciones emocionales colectivas, que pueden estar en la base de procesos de construcción de paz o de exacerbación de la violencia y que funcionan como barreras para la paz y la reconciliación. En este sentido, se evidencia la forma como

estos aspectos se convierten en elementos movilizados por sectores sociales, políticos y medios de comunicación para promover la polarización política, la construcción del enemigo y la deslegitimación de una salida negociada del conflicto armado.

El segundo capítulo, escrito por Carlos D. Patiño, Carlos Esteban Estrada, Paulo Montoya, Mariana Aguirre, Mariana Gutiérrez y Eliana Barco, se entronca perfectamente con esta mirada, centrándose en los impactos emocionales y sentimentales que ha dejado la violencia. Partiendo del marco teórico construido en el capítulo 1, se analizan las formas como las emociones y sentimientos sociales se van constelando de manera compleja, al ritmo que se fue tejiendo la violencia y la presencia de los actores armados, lo cual implicó rupturas profundas en los proyectos y sentidos de vida de la gente en el Oriente Antioqueño. El impacto de esta dimensión emocional es mucho más fuerte cuando se aclara que los y las participantes, en su gran mayoría, no fueron víctimas directas del conflicto, por lo menos en el marco de lo reconocido por la ley, sino gente del común que, de todas formas, vivió con extrañeza y horror todo lo sucedido en el territorio. Al final, se muestra la forma como los sentimientos hacia los actores del conflicto devienen en barreras para la construcción de la paz y son condicionantes de las posiciones que los y las participantes asumieron en relación con la negociación política del conflicto con las FARC.

Este capítulo se enlaza teórica y metodológicamente con el capítulo 3, en el que Carlos Esteban Estrada, Carlos Darío Patiño, Jenny Paola González, Sofía Jaramillo, Sebastián López, David Ruiz y Juan José González, hacen un análisis de estas constelaciones emocionales, pero, ahora alrededor de la construcción de paz en el marco de la negociación política del conflicto armado con las FARC. Desde este punto de vista, aparece la rabia y la desconfianza como los principales movimientos emocionales hacia el proceso de negociación, mientras la esperanza emerge en los intersticios como posibilidad para que la paz pueda hacerse realidad en la región. Pero, esta esperanza tiene que ver más con la forma como en la cotidianidad de los tres municipios (Cocorná, Sonsón y La Unión), la gente ha reconstruido su tejido social y ha desarrollado incluso procesos de reconciliación.

El anterior aspecto es profundizado por Juan David Villa Gómez, Ledis Bohórquez y Diana Carolina Gómez en el capítulo 4, donde se abordan las orientaciones emocionales colectivas en relación con los procesos de reconciliación y reintegración, emergiendo sentimientos de rabia, odio e indignación que constelan en la búsqueda de una justicia punitiva que, en algunos casos, reclama la eliminación del excombatiente, especialmente cuando este tiene una atribución de ‘guerrillero’ y, con mayor fuerza, si tuvo un papel decisorio en la organización (mandos medios y altos). Lo anterior contrasta con la empatía, la curiosidad y la esperanza que se suscita ante la perspectiva de hacer posible la reintegración a la vida cotidiana de los excombatientes rasos de todos los bandos, pues existe una tensión entre su condición de víctima, por la violencia estructural y por la violencia del reclutamiento forzado, como su condición de victimario, que es soslayada desde esta perspectiva empática que abre puertas a la reconciliación.

En el capítulo 5, José Andrade aborda los usos emocionales de la violencia tanto en la vida cotidiana, como en el ejercicio de la política, en los medios de comunicación y en la misma forma como los actores en armas han apuntado a ‘dañar’ la subjetividad de los habitantes de las regiones donde se ha padecido el conflicto armado. Desde este punto de vista, se pueden relacionar estos elementos con los usos que se hacen de las emociones para sostener un estatus quo y un poder. De esta manera, se van develando los hilos que se tejen en el marco de un análisis rizomático que posibilita una mirada crítica del poder y la legitimación de la violencia lineal, en una sociedad que pide a gritos reformas estructurales del Estado y las instituciones.

En un segundo momento de este libro, en el capítulo 6, José Andrade, María Camila Prieto Llanos, Thalía Ríos Mejía, Paola Rodríguez García y Anyela Acevedo Gómez, profundizan en los emergentes de los procesos emocionales que se han suscitado en el eje cafetero, en el marco de la polarización política vivida en torno al plebiscito por la paz, las elecciones del 2018 y la consulta anticorrupción, evidenciando que las emociones fueron movilizadas desde diferentes instancias y apuntaladas en beneficio de intereses políticos que iban en detrimento de la construcción de paz y democracia en Colom-

bia. Desde una postura crítica muy clara se aduce que el uso de las emociones, por sistemas de dominación y poder en Colombia, ha sido uno de los principales elementos para lograr que incluso la población vaya en contra de intereses y procesos que la beneficiarían en el largo plazo.

En el capítulo 7, Valentina Aguirre, Edward Caucil y Juan David Villa Gómez, abordan la dimensión emocional que se cruza con la dimensión cognitiva de las creencias respecto a la polarización política vivida en el país, en el marco de las elecciones de 2018, y como tema de fondo el proceso de negociación política. En este sentido, se analizan las posiciones emocionales en torno a dos figuras políticas de la izquierda y de la derecha, con el objetivo de develar que los mecanismos que llevan a la polarización son similares en ambos lados del espectro político, por lo que urge una mirada desideologizadora que permita reconocer en el otro, que tiene una postura diferente, un otro legítimo con el que se puede y se debe conversar, debatir y negociar.

El espacio de la vida cotidiana y el impacto de la polarización, que se gestó alrededor del proceso de negociación en Colombia, se recoge también en el capítulo 8 donde Yuli Natali Velásquez Cuartas, Daniela Barrera Machado y Juan David Villa Gómez, evidencian las dificultades en familias de la ciudad de Medellín y su área metropolitana, para poder procesar la diferencia política en su interior, en particular y a propósito del plebiscito por la paz en 2016 y las elecciones del 2018, lo que, según algunos participantes, se remonta a una condición sociocultural de la familia en Antioquia y la cultura política en este departamento. En Colombia, esta dificultad de mediación de la diferencia política ha implicado una clara barrera para la construcción de la paz.

El capítulo 9 abre una última sección de este libro en la que se abordan barreras y facilitadores psicosociales para la reintegración de excombatientes. Así pues, Lina Quiceno entrelaza la historia de los procesos de negociación política del conflicto armado, que ha llevado a diversos acuerdos de paz que, en último término, no ha logrado cerrar este conflicto armado, estableciendo una pregunta por la dimensión intratable de este, en línea con la propuesta de Bar-Tal

(2013). En este sentido, evidencia las dificultades internas de los distintos procesos de DDR (Desarme, Desmovilización y Reinserción) y las dificultades que desde la sociedad se han constituido para que los excombatientes puedan reintegrarse a la sociedad, lo cual puede ser un indicio de la dificultad para concluir definitivamente la guerra y la violencia política en Colombia.

Sobre este punto, en el capítulo 10, Milton Morales, Cristian Cartagena y Edwin Alexander Hernández, se centraron en los procesos de reintegración laboral desde la perspectiva de los desmovilizados y/o excombatientes, lo cual es una posibilidad de analizar, desde sus propias voces, las dificultades, no solo económicas, sino culturales, sociales y políticas para asumirse en un nuevo papel como ciudadanos, trabajadores, padres/madres de familia, etc. En este sentido, se plantea que los estereotipos y la estigmatización por parte del resto de la sociedad, y en particular de las empresas, puede ser un factor que se convierta en Barrera para la paz y la reconciliación.

En el capítulo 11, Verónica Andrade Jaramillo, María Alejandra Gómez, Laura María Botero y Andrea Orozco Ángel, presentan un estudio de caso que revierte esta lógica de obstáculos, barreras para la reintegración y la reconciliación, evidenciando un escenario empresarial donde el proceso de reintegración se ha vivido de manera exitosa, por lo que se convierte en la muestra de una experiencia positiva en la superación de los estigmas y estereotipos en torno a los excombatientes. Una experiencia real y concreta en la que se superan orientaciones emocionales y creencias sociales que han limitado la reconciliación y que también funcionan como barreras para la paz.

Finalmente, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade Jaramillo y Juan David Villa Gómez, presentan el capítulo 12, a modo de síntesis de las ideas centrales halladas, recogiendo tanto elementos del libro *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia.*, editado por Villa Gómez, Andrade & Quiceno (2021), que representa la primera parte del reporte de esta investigación, como del presente libro, mostrando elementos que explican la manera en que se han

construido y arraigado las barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en distintos contextos.

Los autores retoman aspectos como la construcción de la noción del enemigo, el desdibujamiento de algunos grupos armados y su unificación en la noción de ‘grupos armados’, la idealización de la paz, que dificulta su construcción, la presencia de orientaciones emocionales colectivas relativas a sentimientos como miedo, rabia, incertidumbre y desconfianza, la creencia arraigada del Estado como actor ausente y responsable de gran parte del conflicto vivido a lo largo de tantas décadas, la filtración de las diferencias y polarización de lo público en espacios de interacción social cotidianos y en espacios privados como la familia. Las complejidades que encarna el proceso de reintegración en contextos como el laboral, tanto para reintegrados, como para quienes se relacionan con ellos en este contexto. Retomando los elementos expuestos a lo largo del libro, los autores también hacen visibles las fisuras encontradas, que pueden ser consideradas para pensar posibilidades de intervención hacia la construcción de paz, sin perder de vista la fuerza de lo hallado como barreras psicosociales en la ‘gente del común’ que hace parte de la sociedad civil como actor fundamental para este propósito.

Esperamos que estos libros sean un aporte a la investigación en la construcción de paz, desde una mirada profunda, comprometida y juiciosa, en la que un grupo de académicos somos conscientes de la necesidad de poner la investigación y la academia al servicio de la comprensión de las realidades que afronta nuestro país, con la intención de aportar a su transformación. Hemos intentado, desde el paradigma crítico, dirigir la mirada sobre aquellos elementos psicosociales que están habitando las subjetividades individuales y colectivas en Colombia, que se han encarnado de una u otra manera en la vida cotidiana, en las relaciones sociales, familiares y en los sujetos concretos, y que han sido obstáculos claros para poder avanzar de manera decidida hacia la superación de la violencia como medio para dirimir el conflicto social y político. De igual forma, poder poner punto final a esta guerra de baja intensidad o conflicto armado interno, que ha azotado a este Macondo que no quiere seguir condenado a otros 100 años de soledad.

Referencias

- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs of intractable conflicts. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22-50.
- Bar-Tal, D. (2000). From Intractable Conflict Through Conflict Resolution to Reconciliation: Psychological Analysis. *Political Psychology*, 21(2), 351-365.
- Bar-Tal, D. (2003). Collective Memory of physical violence: its contribution to the culture of violence. In Cairns, E. and Roe, M.D.: *The Role of Memory in ethnic conflict*. Palgrave, Macmillan.
- Bar-Tal, D. (2007). Sociopsychological Foundations of Intractable Conflicts. *American Behavioral Scientist*, 50(12), 1430-1453. doi:10.1177/0002764207302462
- Bar-Tal, D. (2010). Culture of conflict: involvement, institutionalization, and consequences. *Personality, Human Development, and Culture: International Perspectives on Psychological Science*, 2, 183-198.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. Cambridge: University Press.
- Bar-Tal, D. (2017). Intractability from a Sociopsychological Approach. *Encyclopedia of intergroup communication*. Oxford University Press. doi:http://communication.oxfordre.com/view/10.1093/acrefore/9780190228613.001.0001/acrefore-9780190228613-e-434.
- Bar-Tal, D. (2019). Conflict supporting narratives and the struggle over them In A. Srour & A. Mana (Eds.), *Collective narratives in intractable conflict: The case of the Israeli and Palestinian societies*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing. Recuperado de: www.researchgate.net/publication/327670325_Conflict_supporting_narratives_and_the_struggle_over_them
- Villa Gómez, J.D & Patiño, C.D. (2021). Barreras psicosociales para la paz: una lectura dialógica desde diferentes perspectivas teóricas. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 60-91). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D., Andrade, V., & Quiceno, L.M. (2021). Introducción. En, J.D. Villa, V. Andrade & L.M. Quiceno (Eds. y comps.) *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 13-22). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 1

Orientaciones emocionales colectivas y el carácter colectivo de las emociones: un referente teórico para el estudio de las barreras psicosociales para la paz

Carlos Darío Patiño¹
Daniela Barrera Machado²

Resumen

El presente capítulo desarrolla una reflexión teórica acerca del carácter colectivo de las orientaciones emocionales colectivas (OEC), para lo cual retoma los conceptos de sentimientos emocionales, cultura emocional, atmósferas afectivas y clima emocional, dando cuenta de su producción compartida y de su carácter interrelacional, con lo cual trasciende las posiciones sumativas propias del individualismo metodológico. Finalmente, enfatiza en el uso político de las emociones y en su papel como barreras psicosociales para la paz.

Palabras clave: barreras psicosociales, clima emocional, conflicto intratable, cultura emocional, orientaciones emocionales colectivas.

¹ Sociólogo, Magíster en educación, candidato a Doctor en Psicología. Docente asociado de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Grupos de estudios clínicos y sociales en psicología. carlospatiogaviria@gmail.com.

² Psicóloga, Especialista en Psicología social aplicada, Magíster en Psicología Social, y Docente investigadora del Grupo Interdisciplinario para el Desarrollo del Pensamiento y la Acción Dialógica- GIDPAD, adscrito al CIDEH de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. daniela.barreramachado@gmail.com, daniela.barrera@usbmed.edu.co

Introducción

Para efectos del segundo libro, correspondiente a otros aspectos como son las emociones y sentimientos, se presentan a continuación las bases teóricas de lo que constituyen estos fenómenos subjetivos, en principio como barreras para la paz y la reconciliación. Queremos llegar a entender las emociones como dimensiones humanas presentes en cualquier espacio de interacción, pero también, como sucede en momentos de postacuerdo entre contrincantes, como fenómenos afectivos (no como asuntos cognitivos), como experiencias humanas (no como respuestas) y como procesos colectivos (compartidos y no individualizados). Existen muchos y diversos modos de enfocar el fenómeno emocional, pero, no es objeto de este capítulo hacer un recorrido por los mismos.

Antes de adentrarnos en el tema del carácter colectivo de las emociones, es conveniente considerar lo que inicialmente pensamos respecto de estas, para ubicarlas en el contexto discursivo psicosocial. Las emociones a las que aludimos aquí no son solo reacciones, sino que involucran creencias y juicios de valor acerca de lo que se considera importante. Tienen un objeto (persona, situación o cosa) y un blanco (algo hacia lo que se dirige, favorable o desfavorablemente). Así mismo, están relacionadas con creencias y marcos de interpretación.

Como señalan Martínez y Quintero (2016), lo propio de las emociones es que estamos inmersos en una serie de ideas que hemos ido adquiriendo a través de nuestra biografía social, sin olvidar que: “Las creencias son una manera de entender el mundo” (Camps, 2011, cit. Martínez y Quintero, 2016). Igualmente, son evaluadoras en tanto que, al mismo tiempo, a través de estas se muestra una manera de concebir el mundo. Y por último, pueden ser espontáneas e inmediatas o pueden ser duraderas, como disposiciones que se mantienen con el tiempo, actuando en el fondo de la acción humana (Nussbaum, 2008).

Distinción entre emociones y sentimientos

El texto que sigue a continuación, y el libro en general, emplea de modo a veces indistinto los términos “emociones” y “sentimientos”, los cuales pueden ser entendidos en su diferenciación como en su similitud. Para proseguir, se hace una breve digresión acerca del modo como se distinguen aquí las emociones de los sentimientos, antes de ofrecer nuestra manera de entender ambos términos y de utilizarlos. Huebner (2011), basándose en Gilbert (2002), afirma que los sentimientos acompañan los estados emocionales. Damasio (cit. Huebner, 2011), estima que la emoción se refiere a la respuesta inmediata a un estímulo, en tanto que el sentir es duradero y es el que crea la alerta para que la emoción emerja o, en otras palabras, la emoción se siente (Huebner, 2011).

Ahora bien, cuando se trata de un conflicto duradero, como se expresó previamente, no se podría apelar al concepto simple de emociones, entendidas como respuestas individuales, o en el peor de los casos, como reacciones adaptativas, pues no se trata solo de estudiar cómo reaccionan ante ciertos eventos los habitantes de un poblado, pero sí entender cómo es que se configuran sentimientos emocionales duraderos. Por esto, atendiendo a Halperin (2014), quien sigue a Arnold (1960) y Frijda (1986), se detecta que este incluye el concepto de sentimientos emocionales afirmando que constituyen configuraciones de emociones duraderas, algo así como la constitución de modos de sentir que se van arraigando entre los miembros de una colectividad. Así, un sentimiento emocional es una disposición emocional temporalmente estable hacia una persona, grupo o símbolo (Halperin, 2011, 2014). Aquí la teoría da un giro significativo, pues trasciende la concepción típica de emoción y reconoce que se producen unas sensaciones y experiencias estables y duraderas.

En el contexto de conflictos intratables, los sentimientos emocionales generalmente se dirigen al grupo externo como una unidad homogénea y extraen su contenido y magnitud del contexto psioemocional, como de la agregación de experiencias emocionales más concretas. Como tales, los sentimientos emocionales a largo plazo, como el odio, el miedo o la desesperación, pueden considerarse

como la expresión individual de la cultura emocional, el clima y la orientación colectivos, es decir, el contexto psicoemocional.

Las reacciones emocionales alimentan estos sentimientos. Según Lerner & Keltner (citados por Halperin, 2014), cada emoción discreta activa una cierta predisposición para interpretar eventos sucesivos con base en la valoración central que desencadenó la emoción. Por lo tanto, los sentimientos que se conservan con el tiempo podrán influir sobre la eventual producción de las respectivas emociones, en concordancia con los eventos centrales objeto de evaluación por las mismas (Halperin, 2014).

En conjunto, el proceso descrito aclara la manera en que los sentimientos emocionales, a largo y a corto plazo, operan conjuntamente para contribuir con los juicios y las acciones de las personas ante los eventos relacionados con el conflicto.

Para la propuesta filosófico-cognitiva de Nussbaum (2008), es más útil emplear el concepto de emoción que de sentimiento, aunque este último en ocasiones reemplaza el uso de la palabra emoción. La razón de la autora es que definiendo como emociones su unidad de estudio, se encuentra en mejor lugar para concordar con el uso que los lectores hacen de este término. No hay en el texto que seguimos una demarcación teórico-conceptual entre lo que alude un término y lo que alude el otro. Las emociones, como las denomina, tienen tres modos de acontecer en el tiempo: las inmediatas o reacciones, las situacionales y las de fondo. En todo caso, para la autora, las emociones perciben el mundo desde el punto de vista del sujeto, aceptando que los acontecimientos tienen algún tipo de valor o importancia para él.

Ahora bien, no hay mucha distancia entre emociones situacionales y emociones de fondo, pues las situaciones pueden ser más o menos duraderas, por lo cual una emoción puede ser situacional y, sin embargo, relativamente duradera. La claridad estriba en que una emoción de fondo es la que persiste en situaciones de distinto tipo, y por lo tanto, es más duradera que la primera (Nussbaum, 2008). Las emociones de fondo no son simplemente disposicionales, poseen realidad psicológica y a menudo explican patrones de

acción. Una persona puede estar por muchos días o años cargando tristezas, odio, rencor, ira o decepción ante hechos situados en contextos diferentes, bien sea hechos de agravio, gratitud o hechos de mezquindad. Pero a la vez, ese sentimiento de fondo puede reactivarse en ciertas situaciones, solo que se ha mantenido latente. Entre estos planteamientos también afirma Nussbaum (2008) que no se requiere de plena conciencia sobre las emociones de fondo o sobre aquellas que devienen en episodios determinados, pues se trata de condiciones persistentes que pueden pasar desapercibidas debido en parte a su omnipresencia.

Queda pues planteado, mas no resuelto, que los sentimientos emocionales se van constituyendo con la organización de las experiencias, actúan con base en sus imbricaciones con las creencias y significaciones, adquieren un carácter colectivo, en tanto compartidos, se establecen como una disposición duradera, la cual se activa ante ciertos eventos que reactivan respuestas emocionales, tienen un objeto y un blanco por lo regular y que, por último, su expresión está en concordancia con las prácticas y reglas de una cultura emocional y de acuerdo con la situación en la que se forma un clima emocional. Algunos de estos aspectos serán atendidos a continuación. A partir del momento, cuando se hace referencia a emociones en el sentido aquí expuesto.

Las orientaciones emocionales colectivas como barreras en la perspectiva de Bar-Tal y colaboradores

La orientación emocional colectiva (OEC) ocurre como resultado de la interacción entre diferentes fenómenos sociales (como la socialización y la confluencia de normas y experiencias), que desarrollan en los miembros de un grupo humano o una sociedad un sentido de pertenencia que les permite reaccionar de manera grupal con cohesión. Esto se traduce en productos sociales y culturales que caracterizan al grupo (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). Bar-Tal & Halperin (2011) también consideran que las OEC son

emociones perdurables o a largo plazo, o sea, pueden entenderse como sentimientos emocionales.

La teoría de Bar Tal y sus colegas acerca de las emociones como barreras para la paz, asienta sus presupuestos en una concepción objetiva de estas. Desde esta perspectiva, reconoce la existencia de orientaciones emocionales colectivas y no tanto como meras “emociones colectivas”. Sus ideas tienen la particularidad de asignar este concepto a la existencia de un “tipo particular” de emoción en una sociedad, la cual ha de expresarse, para que lo sea, de forma recurrente, tanto en los discursos públicos como en las manifestaciones culturales prototípicas, lo que puede impregnar en su totalidad el ethos emocional compartido.

Barrera Machado & Villa Gómez (2018) hacen un breve y significativo aporte dirigido a la comprensión de esta categoría. Siguiendo las contribuciones de Halperin & Pliskin (2015) relacionan las OEC con el repertorio de narrativas del pasado y las creencias sociales, en tanto estas últimas movilizan emociones socialmente compartidas que son cultivadas mediante procesos de ideologización, tienen lugar gracias a la acción de los medios de comunicación y del papel socializador cumplido por otras instituciones sociales. Agregan simultáneamente que el papel de dichas emociones no se circunscribe a la experiencia subjetiva y la movilización corporal de quienes se implican en estas, sino que desempeñan “una acción fundamental en la motivación de la acción y en la toma de decisiones, tanto de las que corresponden a una esfera más privada e íntima, como de las que inciden en lo público y en lo político (Nussbaum, 2014; Bar-Tal, 2000; Barrera Machado & Villa Gómez, 2018).

Como categoría teórica, el equipo de trabajo de Bar-Tal se ha ido formando un concepto, a través de sus investigaciones, en el cual se entiende como tendencia característica de una sociedad para expresar una emoción particular o como un tipo social de emoción individual y colectiva (Bar-Tal & Halperin, 2013) que se refleja en un repertorio sociopsicológico (símbolos sociales tangibles e intangibles), que es compartida por un gran número de personas en una sociedad y puede ser evidenciada también en productos sociales y materiales educativos (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007).

Por lo tanto, cualquiera que sea la emoción, alude a aquella que está aprobada culturalmente y es aprendida a temprana edad por medio de mecanismos de socialización, los cuales indican cómo y cuándo expresar la emoción. Sobre la idea de emoción compartida hay que destacar que este equipo de trabajo tiene otra manera de entenderlas, no solo como se dijo antes: “por un número de personas”, sino que agregan la idea de que representan cualidades holísticas únicas de los diferentes colectivos y no son solo una agregación de emociones individuales (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). Esta idea modifica cualitativamente la anterior, de carácter sumativo.

Ampliando la comprensión de la perspectiva de Bar-Tal y sus colaboradores, debe reconocerse inicialmente que estos parten del caso de Israel, Estado en una pugna legendaria con algunos de sus vecinos, en particular con Palestina. El equipo de investigación constata la dificultad para reemplazar una emoción como el miedo u otra como el odio al enemigo, por otras como la esperanza (Ariza & Gutiérrez, 2020). Por esto, se refieren a “una sociedad” (así en singular), la cual puede caracterizarse por la sensibilización, la evaluación y la expresión de una emoción particular. Sus miembros aprenden qué emociones se aprueban, qué señales hay que atender para sentir una emoción particular y cómo, cuándo y dónde expresar la emoción (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007).

La categoría orientación emocional colectiva (OEC) sirve de herramienta teórica para entender el papel del contexto emocional a largo plazo en tanto orientador y, a la vez, de la evaluación que hagan los miembros de un colectivo social sobre hechos o eventos importantes sobre los que tenga una determinada información. Según estos autores, la OEC se integra en el conjunto de aspectos de la psicología popular con la que se interpretan eventos conflictivos o pacíficos. Aquí puede estar una de sus cualidades para que operen como barreras para la paz.

Tomados en conjunto, la cultura emocional dominante, un clima emocional de conflicto y una OEC, constituyen fenómenos emocionales colectivos, que en sus interrelaciones, conducen a esa sociedad por el camino de especificar una emoción que la identifique. El clima, la cultura y la orientación emocional se articulan con las

creencias y las narrativas, como se dijo previamente, solo que cuando tienen por objeto un conflicto intratable van adquiriendo cierta influencia marcada sobre una población, para responder de esa forma a determinados intereses nacionalistas o partidistas. Y, como afirma Halperin (2014), los tres conceptos capturan una expresión colectiva, en lugar de una expresión individual de emociones.

En otro lugar, Bar-Tal, Halperin & De Rivera (2007) ejemplifican que cuando el conflicto es irresoluble, el impacto generado por los discursos ideologizados, cargados de una fuerza emocional, es la generación de un clima de desesperación. La creencia en la deslegitimación del grupo externo se traduce en una orientación emocional de odio y la creencia de victimización se asocia con un clima emocional de miedo y angustia colectiva (Halperin, 2014).

No obstante, “contexto” parece ser el concepto determinante para entender la construcción de estas emociones, en tanto tiene un gran potencial para influir en las reacciones emocionales y el comportamiento posterior y toda vez que las emociones colectivas o grupales se forman únicamente como consecuencia de experiencias en un contexto social particular (Halperin, 2014). Será llamado en plural “contextos emocionales” aunque, en ocasiones, los autores de esta tradición emplean el concepto contextos psicológicos. Por ejemplo, Halperin (2014) se refiere al contexto psicoemocional del conflicto para indicar que se forma con los fenómenos emocionales colectivos mencionados, a la vez que representa más que las experiencias emocionales sumadas de todos los individuos involucrados en el conflicto. Fijémonos que, en algunas ocasiones, los autores dejan de proponer la presencia de emociones individuales, sin negar su existencia, para entenderlas como disposiciones afectivas de las personas.

Según ese marco de referencia, para Bar-Tal, Halperin & De Rivera (2007), los contextos emocionales dan forma a los modos como los miembros de una sociedad se emocionan en relación con los eventos devenidos, bien sea dentro del marco de un conflicto intratable, o en el ambiente de un proceso de paz. Para comprender esto, es necesario considerar las experiencias colectivas pasadas y las normas culturales, entre otras cosas. Pero, sobre todo, hay algo que va a constituir el contexto emocional, como espacio con carácter

colectivo: la identificación de individuos con un colectivo de pertenencia o con un grupo, lo cual influye en la evaluación de los eventos en cuestión (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007).

Vale añadir lo que igualmente plantean Bar-Tal, Halperin & De Rivera (2007) en relación con el contexto emocional. Según los autores, este pone a disposición entre los miembros de la sociedad señales que evocan una emoción particular, las que circulan por canales sociales de comunicación y por procesos sociales de aprendizaje de modo que pueden generalizarse. Una manera sería la presentación de noticias por la televisión enfocándose en el dolor manifiesto de las víctimas de un hecho de violencia, rodeadas de casas y caminos veredales empobrecidos, o la cara compungida del familiar de un soldado caído en combate acompañada de la voz enérgica de un militar prometiendo “acabar” con el enemigo que ha dejado desolación y tristeza entre la población.

A través de un período de tiempo, estos “se adaptan” a las señales (literalmente, no expresan que interiorizan ni que construyen significativamente entre sí tales señales). Por ende, muestran su disposición para actuar en consonancia con estas. Es mediante la generalización de ese contexto emocional que se desarrolla una orientación emocional colectiva. Un aspecto para rescatar, valorado por esta tradición, aunque no se profundice en esto, es que en buena medida los procesos de evaluación inherentes a las emociones basadas en el grupo tienen lugar en la esfera pública, por lo cual se someten a diferentes influencias: por la cultura emocional, el clima y la OEC.

Conviene proponer una mirada crítica a los planteamientos precedentes, sin desconocer las grandes contribuciones que hacen los autores referenciados. Bar Tal y sus colaboradores afirman que la categoría OEC “se refiere a **la** tendencia característica de **una** sociedad”, teniendo presente lo que se comentó previamente acerca del origen y la base empírica de sus estudios. Tal conceptualización no parece pertinente, si nos detenemos en el modo como singulariza la orientación emocional (emplea el artículo determinativo “la”), pero, sobre todo porque los conflictos que se producen en el interior de las sociedades producen diferentes corrientes emocionales, muchas de las cuales se pueden constituir en sentimientos emocionales, es

decir, duraderos y anclados en la memoria colectiva, de acuerdo a la organización social de las colectividades y a su lugar ante las relaciones de poder, como es el caso colombiano. Y no es propiamente que se equivoquen Bar Tal y sus colegas, solo que su unidad de estudio es el conflicto entre Israel y palestina, razón por la cual, tal vez, los diferentes medios productores de emociones contra el enemigo externo, entre los israelíes, enfatizan en el odio como lo muestran en sus investigaciones.

Más bien se podría considerar que una orientación emocional colectiva sería propia y compartida por cierto grupo social, cuyos miembros interactúan entre sí y producen unos referentes afectivos que incluyen qué emociones sentir, sobre qué objetos, en qué condiciones y cómo expresarlas, lo que constituiría una identidad afectiva de ese grupo, en relación con unos objetos, actores destinatarios y eventos. Ahora bien, debe dilucidarse hasta qué punto se le puede llamar orientación emocional colectiva al hecho de que un número plural de personas, que no pertenezca a un grupo de referencia específico, manifieste sentir simultáneamente determinadas emociones sobre un objeto o ante un evento. Ahondemos al respecto adentrándonos en lo que atañe al carácter colectivo de la emoción social.

Los tipos de emoción según Bar-Tal

De entrada, se admite el supuesto del carácter social de las emociones. Primero, porque es el enfoque adoptado, la psicología social y colectiva, quién determina el carácter del objeto y, segundo, por cuanto en condiciones de conflicto social (y armado, en particular), los participantes directos del mismo son organizaciones y los participantes indirectos son poblaciones categorizadas por ciertas características comunes: habitar un territorio municipal, ser objeto de violencia armada, perder los hijos en la guerra. Estas constituyen “grupos” o colectividades que experimentan, entre sus miembros, los efectos de la belicidad, así aparezca ante la mirada de los demás como hechos individualizados.

El mismo Bar-Tal (2013) plantea que las emociones son de carácter social, aunque pueden ser de dos tipos: unas son individuales, en el

sentido en que la persona configura un repertorio de emociones y expresiones emocionales propias. No obstante, su origen es social, pues los objetos sobre los que se ciernen son sociales (afectiva y simbólicamente construidos). El hecho generador se produce en el marco de las relaciones sociales, suelen ser aprobadas culturalmente y son aprendidas por medio de la socialización. Así pues, desde una edad temprana se nos indica cómo, cuándo y dónde expresar nuestras emociones. Las otras, son las emociones colectivas que, aunque también son compartidas socialmente, pueden ser percibidas en repertorios sociopsicológicos y materializadas en símbolos sociales tangibles e intangibles.

Pero además de lo anterior, Bar-Tal (2013) hace otra distinción entre las emociones que son compartidas: pueden ser emociones grupales, las cuales serían el resultado de la pertenencia e identificación a un grupo, en el que se hallan similitudes en las experiencias o comportamientos emocionales de sus miembros y una convergencia entre estos con respecto a su respuesta emocional, coincidiendo en este caso con Scheve & Ismer (2013). Las otras son las que él denomina emociones colectivas (u orientaciones emocionales colectivas) que, a diferencia de las anteriores, se presentan en (el autor no dice “entre”) un número mayor de personas dentro de una sociedad, no meramente en un grupo, las que comparten tanto emociones como creencias o, agregamos, marcos de interpretación (Bar-Tal & Halperin, 2013). No obstante, conviene esclarecer algunos conceptos vinculados con el carácter colectivo de las emociones, para ir clarificando las ideas.

La Cultura Emocional

Acerca de la categoría teórica cultura emocional, puede decirse que hay un uso múltiple y poco diversificado. Se emplea por lo regular para referirse al repertorio de emociones y expresiones emocionales propio, aprobado culturalmente, el cual se aprende desde edad temprana por medio de prácticas de socialización. La cultura emocional indica cómo, cuándo y dónde expresar la emoción (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). Así mismo, se le asocian las relaciones emocionales que se socializan en cualquier cultura particular (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007).

En similar dirección apuntan todos aquellos autores españoles y argentinos que se ubican en la misma tradición sociocognitiva en la que beben Bar-Tal y sus colegas. Por ejemplo, Zubieta, Delfino & Fernández (2008), Conejero, De Rivera, Páez & Jiménez (2004) y Páez, Martín Beristain, González, Basabe & De Rivera (2011), los cuales coinciden en señalar que la cultura emocional hace referencia a la manera en la que un pueblo o nación entiende y nombra las experiencias emocionales, a las reglas reguladoras de las circunstancias en las que deben ser sentidas y expresadas las emociones y al modo en que la gente debe comportarse respecto a estas. Estos modos se mantienen mientras suceden cambios culturales significativos. Así, la cultura emocional orienta acerca de las normas de vivencia y expresión emocional dominantes en la cultura.

Según Scheve & Ismer (2013), una cultura emocional se refiere a prácticas, normas e ideologías sociales y culturales a largo plazo, con respecto a experiencias y expresiones de estas emociones. Esto se produce por medio de interacciones y se ven reflejadas en: 1) atmósfera emocional, que alude a reacciones emocionales del grupo ante un evento común, 2) clima emocional, que se refiere a la calidad emocional duradera de los individuos dentro de una sociedad y 3) una cultura emocional compuesta por prácticas y expresiones emocionales. Una vez se internaliza esto, se guían y calibran las emociones de muchas personas (Scheve & Ismer, 2013).

Le Breton (2013), a la luz de la antropología, sin referirse directamente a la categoría, hace contribuciones importantes. Afirma que en las situaciones sociales puede haber discrepancias entre lo que uno o más individuos sienten y lo que quieren dar a entender a los otros. No obstante, la expresión del sentimiento es un performance que varía en función de los escenarios y los objetos. Una cultura emocional, además de las normas emocionales, posee creencias sobre las emociones y saberes prácticos de cómo se deben atender, codificar, apreciar, gestionar o expresar los sentimientos.

Una tradición no tan distante es la inaugurada por Hochschild y seguida por el trabajo de Goodwin, Jasper & Poletta, en sus estudios sobre movimientos sociales, cultura política y emociones. Hochschild (1979) se enfoca en las reglas que regulan socialmente

la expresión de los sentimientos, el manejo de las emociones por el individuo o por quienes lo rodean, así como por la evaluación social de las emociones. En su texto de 1983, Hochschild argumenta lo siguiente: el sentimiento, socialmente hablando, es una especie de guion previo a la acción, existe un vínculo entre cómo nos sentimos y cómo actuamos. Esas reglas o guiones son normas sociales que nos dicen qué, cuándo, dónde, cuánto tiempo sentir y cuán fuertes pueden ser nuestras emociones. La regla es impulsada culturalmente y varía a través de diferentes sociedades y edades.

Jasper (1998) indica que las emociones son parte de la cultura y, por lo tanto, somos socializados (o no) con respecto a determinados sentimientos y emociones de la misma manera que aprendemos (o no) valores y creencias de la cultura local. Jasper se suma a quienes conciben las emociones como socialmente construidas (a diferencia de otras perspectivas con mayor carga biológica o psicológico-individual, por ejemplo). En síntesis, en toda sociedad históricamente reinan reglas, creencias, prácticas y modos de expresión emocional, socialmente construidos, no solo en cuanto a modos de acción, sino también en cuanto al significado simbólico-valorativo que adquieren. Una u otra OEC se inscribe en una cultura emocional e indican cómo, cuándo y dónde expresar la emoción.

Las Atmósferas Afectivas

Según De Rivera (cit. Zubieta, Delfino & Fernández, 2008) las atmósferas emocionales “existen” cuando los miembros de un colectivo social centran su atención en un evento común a corto plazo, que afecta a sus miembros (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). Así mismo, desde su concepción teórica “aparecen” entre quienes se identifican con un grupo cuando experimentan situaciones que se viven en común. Toda atmósfera refleja cohesión grupal y tiene una gran importancia en el proceso de constitución de los movimientos sociales. No sería absurdo suponer que quienes se identifican en torno a una categoría social, como decir, “víctimas” de un grupo armado, el cual ha actuado sobre una población en repetidas ocasiones y durante un tiempo prolongado (sumado a ello,

con la complacencia de ciertos representantes del Estado), pueden compartir en su vida cotidiana una atmósfera emocional de miedo, mezclado con dolor, agravio y hasta desconfianza.

Una idea que alimenta nuestra comprensión de las atmósferas afectivas procede de la categoría situación como la entiende Fernández (2009). La atmósfera emerge de las interacciones y constituye algo intangible, en blanco, vacío, pero, que adquiere consistencia y densidad en tanto sus participantes la sienten y perciben, sin “observarla”. Una atmósfera, como una situación, es una estancia, allí se está y uno se acomoda según sus requerimientos. Solo surge en medio de todas las cosas que son distintas, constituyendo una unidad, un todo que tiene el olor, el sabor y la consistencia de dicha atmósfera. Como dice Fernández (2009) “todo lo que comprende tiene un aire de familia, o estilo o una manera de ser que los hace parecerse, hace que se les agrupe como el todo de la situación” (2009, p. 44). Por esto, se habla de atmósferas afectivas, situaciones o ambientes afectivos. Por lo tanto, la atmósfera es una dimensión inaprehensible, irreductible a variables dependientes o independientes, habita los espacios en los cuales hay interacción (como un salón de clase), o la ha habido (como un cementerio), se siente, se respira, se huele y se parece a algo. Una atmósfera de alegría se parece a un carnaval y una atmósfera de miedo se parece al ángel de la muerte.

Hay perspectivas conciliadoras como la de Anderson (2009). Con el concepto de “atmósferas afectivas” pretende integrar las conceptualizaciones opuestas entre afecto y emoción. Este último concepto envuelve la corporalidad y la materialidad del afecto y sus componentes subjetivos e interpretativos. Por su parte, el paradigma estético piensa más en lo que une que en lo que separa. El sentir en común tiene al ambiente comunitario como telón. Se trata de existir en el espíritu de los demás. Un emblema, por ejemplo, favorece la emergencia de un sentimiento colectivo. La persona, a diferencia del individuo que se encierra en sí, vale por cuanto se relaciona.

De esta manera, para Mafessoli (1990), todo conjunto social entraña un fuerte componente de sentimientos vividos en común, una especie de estética del sentimiento, que no sería una experiencia individualista o interior, sino que es apertura a los demás, al otro. La

sensibilidad compartida que aquí se describe (sensibilidad estética), proviene de participar o corresponder en un ethos común, a la vez que favorece un ethos centrado en la proximidad.

Sintéticamente, las atmósferas afectivas o emocionales se forman y comparten entre miembros de un colectivo social, quienes centran su atención en un evento común a corto plazo, se identifican entre sí cuando experimentan situaciones que se viven en común y pueden compartir en su vida cotidiana esa atmósfera emocional. Esta emerge de las interacciones y constituye algo intangible, habita espacios en los cuales hay interacción, las atmósferas unen más que separar. Sentir en común da lugar al ambiente comunitario. Las OEC pueden surgir de situaciones particulares, de atmósferas grupales y hacerse tendencia en una sociedad, traspasando las fronteras de grupos específicos.

El Clima Emocional

Con el apoyo de diferentes autores, se procede a caracterizar, para comprender, lo que sustantivamente se entiende como clima emocional. Pero, antes, una discusión. Para empezar a comprender la categoría clima emocional hay que ubicarla primero en el cruce de tres vectores que se articulan: una idea de contexto, el reconocimiento de unos actores que con sus acciones en la vida cotidiana comparten un conjunto de interpretaciones, prácticas, creencias, representaciones sociales o significados y la convicción del carácter colectivo de las emociones³. Aunque los autores que se refieren y contribuyen a una comprensión teórica de esta categoría parten en muchos casos de supuestos disímiles, se tratará de construir una idea compleja y organizada que contribuya con el esclarecimiento de esta dimensión de las emociones colectivas.

³ Se insiste que no se está planteando el asunto en términos de una emocionalidad reactiva, instantánea, impulsiva y breve. Se enfatiza en aquellas emociones que se denominan aquí sentimientos emocionales, duraderos, relativamente estables, definidos en torno a objetos, blancos y situaciones.

El contexto emocional, que se conforma con el clima y las orientaciones emocionales colectivas, interviene en la evaluación de la información y los eventos que pueden ser o no importantes para el grupo. De este modo, es correlativo de cualquier clase social y está intrínsecamente relacionado con la cultura de paz o conflicto desarrollada por una nación.

Un primer atributo de lo que nombra la teoría es que los climas emocionales son independientes de clase social (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). Posiblemente, este planteamiento nace de los estudios acerca del conflicto armado entre naciones (como es el caso del que se produce entre Israel y Palestina), cuestión que podría ser discutida si se define el escenario del conflicto (podría ser en el interior de una nación entre fuerzas antagónicas militar y políticamente, o entre naciones), su carácter (político, armado, ideológico, diplomático), el juego de relaciones de poder (dominantes vs. dominados, de alianza o competencia) y la tradición política de los sectores sociales en confrontación (la historia de la lucha de clases o historias por disputas territoriales).

Un acercamiento que cuestionaría esta idea es que años más tarde Halperin (2014) invita a tener presente una premisa: las sociedades se desarrollan y luego se caracterizan por una cultura emocional dominante, un clima emocional de conflicto y una orientación emocional colectiva (De-Rivera, 1992; Jarymowicz & Bar-Tal, cit. Halperin, 2014). En ese sentido, si primero se “desarrolla una sociedad”, la construcción de un clima emocional tiene en la base un conjunto de prácticas entre actores que ocupan unos lugares en un sistema de relaciones que pueden ser jerarquizadas, diferenciales, asimétricas, inestables o simplemente transitorias. Debido a lo anterior, una primera aproximación a la conceptualización del clima emocional se entendería como el conjunto de emociones compartidas en una sociedad (o en una parte de esta) en relación con su situación sociopolítica relativamente estable (Zubieta, Delfino & Fernández, 2008). Un caso señalado por los autores es el del miedo o la tranquilidad para hablar, los cuales pueden estar condicionados por la situación social, económica y política (Zubieta, Delfino & Fernández, 2008).

Estas mismas autoras, siguiendo a Páez et al. (1997), también conceptualizan el clima emocional como un estado de ánimo colectivo relativamente estable que se caracteriza por el predominio de ciertas emociones, en plural (Zubieta, et. al, 2008). Scheve & Ismer (2013) enfatizan particularmente que ese clima emocional tiene como cualidad central su duración en las relaciones que los individuos tienen entre sí en una sociedad. En igual dirección se pronuncian Bar-Tal & Halperin (2011). Si nos detenemos más en Zubieta, et. al. (2008), nos damos cuenta de que apuntan a señalar la existencia de perspectivas con las cuales se puede entender el clima emocional. En perspectiva objetiva, sería el conjunto de emociones predominantes que reflejan la coyuntura de una sociedad. En perspectiva subjetiva, corresponde al campo de sentimientos percibido por los individuos, pero, que “existe aparte del individuo”.

Según lo dicho hasta el momento, el clima emocional se produce a partir de prácticas sociales entre actores en un sistema jerárquico de relaciones, a partir de las cuales emergen como producto un conjunto de emociones o estados de ánimo compartidos. Lo que les permitiría poseer la doble cualidad de ser colectivas y estables, lo mismo que la situación sociopolítica en la que tienen lugar. No se entiende la razón por la cual, tratándose de emociones o afectos, las autoras no la entienden como psicopolíticas. Por lo tanto, también tendrían la cualidad de ser relacionales y, por ende, objetivas. También se encarnan en personas, quienes las localizan en su campo sentiperceptual (y por qué no, en sus cuerpos).

Como se esbozará posteriormente, los climas emocionales están relacionados con las experiencias acumuladas y es posible colegir que pueden ser diferenciales según las clases sociales. La misma Hochschild (1979) plantea que las reglas sociales de las emociones inhiben ciertos sentimientos para unas clases y estimulan otros. Por ende, las emociones sociales sí varían de acuerdo con la clase social. Hay que considerar los objetos y los blancos de dichos sentimientos emocionales y, además, la situación específica y el lugar de los sujetos en un sistema de relaciones determinado. Si se trata de enfrentamientos entre clases, la situación y las posiciones de los actores en relación son unas. Si se trata de conflictos entre miembros de una clase entre sí, la situación puede ser otra. Si se trata de conflictos entre po-

seedores de pequeñas parcelas de tierra y grandes terratenientes, la situación cambia y si se trata de ejércitos privados contra pequeños propietarios o contra ejércitos subversivos, igualmente. Si se emplea la violencia de clases, es una situación, si se recurre a vías pacíficas, pueden ser diferentes los sentimientos emocionales.

De otro lado, el conjunto de emociones compartidas, configuradoras de un clima emocional, constituyen simultáneamente un componente de condiciones psicológicas, que tienen la huella del contexto en el cual funciona una sociedad. En esta, sus miembros experimentan emociones colectivas, resultado de a) experimentar eventos que evocan emociones particulares, b) por identificaciones con la sociedad (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007), o, añadimos, con un grupo social.

Ahora bien, hay una situación particular que interesa a los autores: el clima de conflicto de una sociedad determinada, en el que la conciencia del apoyo a procesos de paz constituye un requisito previo para su construcción (Bar-Tal & Halperin, 2013). De acuerdo con Halperin (2014), en el contexto de conflictos intratables, los sentimientos emocionales que forman parte de este se mantienen en el largo plazo y se expresan en el ámbito individual. Por lo regular, se dirigen al grupo externo, al otro distinto del nosotros, como unidad homogénea, y surgen del conjunto de experiencias concretas y situaciones. Este último aspecto es relevante, toda vez que se reconoce que los climas emocionales se van produciendo a partir de las interacciones localizadas, pero, siendo permeadas por factores contextuales.

De otro lado, que se expresen individualmente no puede distraer la atención de su formación colectiva, porque una cosa es la unidad de observación (el individuo personalizado) y otra la unidad de análisis (la situación o espacio relacional). En razón de las dos ideas anteriores, se concuerda con Halperin (2014) al reconocer que el clima emocional, al igual que cultura y orientación emocional, actúan impulsados por narrativas dominantes y creencias sociales relacionadas con el conflicto, narrativas y creencias que también son propuestas, creadas, esparcidas y controladas por sectores dominantes de la sociedad, a través de los diferentes mecanismos de difusión de creencias e información, como las redes sociales, los medios masivos y el

rumor. La simetría no es descartable. A una creencia según la cual el conflicto es irresoluble, le puede corresponder un clima emocional de desesperación. A una ideología que deslegitime al oponente, le puede suceder un clima de odio entre los bandos en conflicto (Halperin, 2014).

Los seres humanos son responsables de la formación de climas emocionales destructivos, pues viven en contextos de conflictos violentos construidos por ellos (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007), en los cuales se fomentan climas negativos que conducen a reacciones como el miedo, la ira, el odio, la inseguridad y la desconfianza⁴. Estos climas se basan en convenciones sociales formadas, las cuales sirven como factores para justificar y explicar el orden social. A la vez, se incluyen como componentes de contextos en los que funcionan las sociedades, contextos creados por sus miembros y a través de sus relaciones. A su vez, estos experimentan emociones colectivas, como resultado de la respuesta de una sociedad a sus condiciones sociopolíticas. No se debe perder de vista que los medios de comunicación y la educación juegan un papel en estrategias para generar emociones como: miedo, odio e ira y visión del otro como enemigo absoluto (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007; Villa Gómez, Álvarez, Serna, Barrera & Estrada, 2019; Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño, 2020).

En definitiva, el clima emocional no excluye su producción en una cultura emocional, ambos se configuran a lo largo del tiempo, de acuerdo con situaciones y experiencias que se consolidan por cierto nivel de regularidad, según la situación sociopolítica en la que tienen lugar. El clima involucra emociones predominantes de una

⁴ En el campo específico de la psicología, las emociones negativas, entre las que se destacan el miedo-ansiedad, la ira, la tristeza-depresión y el asco "son reacciones emocionales básicas que se caracterizan por una experiencia afectiva desagradable o negativa y una alta activación fisiológica" (Piqueras; Ramos; Martínez; Oblitas, 2009, 86). Esta conceptualización integra la dimensión del agrado (además de la dimensión fisiológica), asunto que centra la atención en la experiencia subjetiva.

sociedad, colectivas y estables, pueden durar un mes o varios años, tiempo durante el cual se puede producir un campo de sentimientos determinantes de percepciones y acciones. Se produce a partir de interacciones y prácticas entre actores, en un sistema jerárquico de relaciones. En el contexto de conflictos intratables, los sentimientos emocionales, que configuran un clima determinado, se mantienen en el largo plazo y se expresan en el contexto individual y, por lo regular, se dirigen al grupo externo como unidad homogénea. Los climas emocionales son permeados por factores contextuales, los que no se pueden pasar por alto, dado que fermentan las realidades que viven los sujetos y a la vez resultan de sus actividades.

Deteniéndonos en este momento, queda relativamente claro que las OEC se forman en un contexto psicosocial en el que se constituye históricamente una cultura emocional y allí encuentra las condiciones de base. Por ejemplo, una cultura mediada por la religiosidad cristiana, anclada en valores como el amor, la piedad, la compasión, la solidaridad, el pesar, la culpa, la aflicción, el sufrimiento, la humildad, transformarían la rabia en tristeza y dolor o el odio en resignación. Las emociones son un componente fundamental de la experiencia religiosa y, a su vez, las creencias y las prácticas religiosas expresan experiencias afectivas y emocionales que están en su fundamento (Gutiérrez & Reyna, 2015).

Una cultura anclada en experiencias de desprecio por el diferente, o de odio hacia el antagonista, estimularía sentimientos de venganza, resentimiento, asco y rechazo. Cualquiera de estas podría conformar una OEC nacida de las entrañas de la cultura emocional. A la vez, dadas unas situaciones relativamente permanentes, por ejemplo, de conflicto armado interno, como ha sucedido en las naciones latinoamericanas, el clima emocional que se despierta incluiría creencias, prácticas y valores que se conserven a lo largo del tiempo. Así, la coyuntura de la situación, al cabo de muchos años de mantenerse, tienda a cambiar. En este caso, la OEC tendría el sello de dicho clima. Las OEC no surgen de la nada, como se ha dicho, son promovidas a partir de mediaciones e intereses políticos y de acuerdo con la perspectiva de los bandos en contienda.

El carácter colectivo de los sentimientos emocionales

Hay otros temas que quedan entre líneas en el tratamiento de los sentimientos emocionales, pues el estudio teórico de la cultura, la atmósfera y el clima emocional, no dan cuenta de esto. Creemos que estas categorías anuncian algo que queda subsumido, tal vez por implícito o por no ser de su competencia epistémica. Se trata del carácter colectivo de los sentimientos, no en cuanto a que haya un número de personas que “tienen” o “sienten” una misma emoción, sino en cuanto a que la comparten, se contagian, convergen en emociones o incluso se identifican por una pertenencia colectiva o grupal.

Se le seguirá la pista a la idea de emociones colectivas o el carácter colectivo de las emociones. Al consultar diversos autores se encuentra un cierto consenso en cuanto a que, para entender y construir una propuesta teórica en torno a las emociones colectivas, hay que poner entre paréntesis al paradigma individualista que estudia las emociones, como respuestas físicas o como respuestas psicológicas, de carácter cognitivo, que expresa un individuo en singular, ante un objeto o evento. Paralelamente, existe otra idea que concibe que el estudio de las emociones colectivas debe partir del estudio de los individuos agregados.

A fines del siglo XIX se habían propuesto algunas interpretaciones acerca del carácter social y colectivo de ciertas emociones, como lo hicieron saber Le Bon, Freud, Durkheim e incluso Simmel, pero desde inicios de la segunda mitad del siglo XX, el enfoque cambió hacia fenómenos individuales (Goldenberg, García, Halperin & Gross, 2019). El estudio de las emociones se centró en lo que acontecía en los individuos, pero, no entre estos. Como legado de esta tradición, se entiende que, aún en los inicios del siglo XXI, se hagan planteamientos individualizadores de las emociones colectivas, es decir, entendidas en clave de sumatoria, como bien queda claro cuando se entienden como la acumulación de muchas respuestas emocionales (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). No obstante, un año después, estos autores, en otro trabajo, admiten algo nuevo, pero igualmente con un enfoque sumativo (por opuesto

a sistémico), las emociones colectivas son “compartidas” por un “sinnúmero de personas” en una determinada sociedad (Halperin, Bar-Tal, Nets-Zehngut & Drori, 2008).

En otra perspectiva, se reconoce que los procesos afectivos se identifican en el ámbito individual y que se evalúan por su calidad, magnitud y curso temporal (Goldenberg; et al., 2019) en el contexto individual. Y, por último, en otro momento aceptan que se deben entender de modo holístico, por lo que no son solo una agregación de emociones individuales (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). En este universo de confusiones se requiere alguna claridad sobre lo que significa la idea de sentimientos emocionales compartidos.

Conviene detenernos aquí para esclarecer lo que se entiende por “compartido/a” y sus efectos ontológicos y epistemológicos, con el objeto no solo de entender el marco de referencia de los autores, sino para avanzar, si es el caso, hacia otros marcos de comprensión. Hablar de que algo se comparte tiene diferentes sentidos, procedentes del verbo compartir. O bien quiere decir que se distribuye o que alguien le da a otro algo de lo que tiene. Una pesquisa rápida por diversas fuentes llevó al hallazgo más claro entre todos. Luego de establecerse que “compartido/a” es el participio del verbo compartir, se encontró que este verbo, semánticamente se entiende así: a) dividir una cosa en partes para repartirla, b) participar con otras personas en alguna cosa, c) tener conjuntamente una cosa para hacer uso de esta. Según esto, compartir una emoción con un sinnúmero de personas equivale a tenerla en conjunto con otras personas (para sentirla o para hacer uso de esta). Tener en conjunto, ¿sería que cada una tiene o siente la misma emoción?

Hasta aquí parece sensato, al menos aceptable, pero, no puede perderse de vista que los estudiosos que afirman que hay casos en los cuales las emociones (o sentimientos) se comparten, se apoyan en los resultados de sus estudios, en los cuales acuden a los participantes muestrales de manera individualizada, siguiendo los presupuestos de cierto enfoque del individualismo metodológico. Por lo tanto, pareciera que lo que se entiende por compartir es lo que cada uno tiene, es decir, cada miembro de un conglomerado manifiesta sentir lo mismo que otros, caso en el cual las dudas aumentan. Este

enfoque concuerda con lo que se conoce como individualismo metodológico (IM), aunque esta categoría no se debe tomar a la ligera ni reducirla despectivamente a lo que es contrario al holismo metodológico (Noguera, 2003).

Las críticas al individualismo metodológico radican, no en su ontología ni en su epistemología (Noguera, 2003), sino en algunas de sus metodologías, en particular aquellas que suponen que el todo es igual a la suma de sus partes o que un fenómeno es colectivo por la presencia de muchos casos cuasi-simultáneamente. Se postula que el criterio estadístico es insuficiente por sí mismo para dar cuenta de lo colectivo. A cambio, se acepta que en el lenguaje hay términos que dan cuenta de realidades inmateriales, susceptibles de ser entendidas, aunque no medidas en términos de frecuencia. Y así como la causalidad, para quienes siguen el enfoque empírico-analítico, es una “realidad aceptable”, a pesar de que no sea directamente evidente (sería más bien conceptual) y por tanto entendida a partir de relaciones matemáticas, así mismo, conceptos como reciprocidad, convergencia, compartido (en su acepción no sumativa, como se señaló), concatenación, articulación, sincronía, simultaneidad, congruencia y otros, aproximan a la comprensión intelectual (no empírica en el sentido tradicional) de algo que se produce entre entidades individualizadas, lo que en lenguaje contemporáneo se llama emergencia.

El punto de partida, que es a la vez punto de llegada de otros procesos, es que: a) no se puede desconocer la preexistencia de condiciones sociales estructurales y estructurantes o, lo que sería para el enfoque psicosocial adoptado, situaciones totales que resultan de un decurso histórico y que contienen relaciones de poder, de clase y de género, entre otras, b) no hay proceso colectivo que no incluya el carácter agenciante, tanto del sujeto (individual o colectivo) como de otros aspectos que concurren en la situación. Y, por último, c) se supone un tipo de realidad que se produce en la interacción, a la cual concurren los determinantes sociales y las acciones particulares en un movimiento espiralado que tiene efectos imprevistos. Se enfatiza que esa realidad, a la que se le llama “individuo” a secas, no es una entidad que actúa a solas, omnímodamente, y fuera de circunstancias personales y ambientales.

El problema consiste en no distinguir entre puntos de vista holísticos y colectivistas de los puntos de vista individualistas y sumativos. Enfocarse, con exclusión de otras opciones, en el carácter individual de las emociones, puede llevar a perder de vista otros fenómenos que ocurren en el contexto colectivo (Chalmers, 2006, cit. Goldenberg; et al., 2019). Y, como afirma Huebner (2011), descartar la posibilidad de la emoción colectiva a priori, sería una apuesta equivocada. De hecho, no se debería convencer acerca de la existencia de emociones colectivas solo por regularidades estadísticas o del sentido común (Huebner, 2011).

Siguiendo al mismo Huebner (2011), no hay razón para no aceptar que, así como las emociones se viven individualmente, también pueden experimentarse de manera colectiva o entre miembros de un grupo. Para él, las críticas de emociones colectivas fallan. Y se pregunta: ¿por qué deberíamos aceptar la opinión de que las personas individuales pueden estar en estados emocionales, mientras que los grupos de personas no pueden? Para confirmar las emociones colectivas, se deben demostrar estados emocionales, que simplemente no son agregaciones (Huebner, 2011). Las emociones colectivas también se forman mediante otros procesos, como la polarización de los miembros del grupo o del grupo como conjunto ante otro. En este caso habría mayor variabilidad, de lo que se infiere de modo plausible que estas pueden cambiar con el tiempo por procesos de influencia (Goldenberg, et al., 2019).

Tampoco se debe ignorar que, vistas con lente estadístico o individualmente, no sería posible dar cuenta de su dinámica colectiva ni de la emergencia de diferentes fenómenos. Igualmente, una diferencia significativa para señalar es que las emociones individuales tienden a calmarse rápidamente, mientras que las colectivas pueden tener una efervescencia incalculable. Con la interacción, tienden a activarse de tal modo que producen lo que se ha llamado “cascadas emocionales” (Goldenberg; et al., 2019). El argumento conjetural de estos autores que cuestionan la reducción individualizadora del emocionar es que, si un individuo puede estar consciente de su estado emocional, una colectividad también puede hacerlo. Aunque sean procesos diferentes.

Por lo mismo, si no fuese por la idea teórica de emociones colectivas en sentido holístico, no se podría entender la existencia de culturas emocionales, de atmósferas emocionales ni de climas emocionales, ni mucho menos de orientaciones emocionales colectivas. Las emociones tienen una orientación colectiva en tanto se produce una realidad compartida, en común, en la que se implican sus participantes. En este sentido, el hecho de la implicación les da a los actores un carácter de agentes dinámicos de las OEC.

Para salvar el impase de cierto individualismo metodológico que apela a la sumatividad, como criterio para establecer que algo sea compartido y por tanto colectivo, se apela, entre otros, al concepto de convergencia. Scheve & Ismer (2013) proponen una comprensión de las emociones colectivas como la convergencia sincrónica en la respuesta afectiva de los individuos hacia un evento u objeto específico. Al referirse a los fundamentos simbólicos de las emociones colectivas, enfatizan la presencia de cuatro mecanismos clave: a) La membresía grupal a partir de la cual los miembros promueven la convergencia emocional a largo plazo. b) Los sentimientos duraderos de origen grupal influyen en la provocación de las emociones colectivas congruentes. c) Las normas sociales contribuyen a mantener las emociones colectivas como componentes comunes de las evaluaciones. d) Las prácticas culturales contribuyen a la difusión y validación de los sentimientos apropiados y esperados (Scheve & Ismer, 2013).

Pero no sería lo único. Los conceptos de interacción, reciprocidad, congruencia e incluso, imitación, nos sirven de criterio también, en cuando son términos relacionales y no mensurables. Así, las emociones colectivas emergen de procesos interaccionales, al responder a una misma situación. Por otra parte, y en concordancia con lo anterior, las emociones colectivas resultan en espacios de acciones coordinadas para crear un comportamiento especificado (Huebner, 2011). Las emociones colectivas también surgen de evaluar un evento similar con un mínimo de estructuras compartidas, lo que conduce a la convergencia emocional (Scheve & Ismer, 2013).

Este carácter emergente de las emociones hace que presenten dos características: la primera, es la dinámica emocional, entendida

como un proceso de influencia entre las emociones de las personas (incluye el contagio emocional), o los mismos cambios que estas experimentan cuando los sujetos descubren que otros sienten emociones similares o diferentes. La segunda, se refiere a las propiedades emergentes por efecto de la dinámica emocional. Una de estas es que puede haber cambios en la calidad (en la variabilidad y el tipo) de las respuestas emocionales.

Esto significa que, en las interacciones emocionales, las personas tienden a influirse, lo que puede derivar en una menor variabilidad emocional en el contexto colectivo (Scheve & Ismer, 2013, cit. Goldenberg; et al., 2019). Esta conducción a la similitud se entiende como contagio emocional, impulsado por procesos psicosociales como la imitación y las evaluaciones sociales (Goldenberg; et al., 2019). Hatfield, Cacioppo & Rapson (citados por Scheve & Ismer, 2013) definen el contagio emocional como la tendencia a imitar y sincronizar expresiones (verbales, gestuales, posturales) y movimientos con los de otro u otros y, en consecuencia, converger emocionalmente. Ahora bien, la variabilidad podría ser mayor si un grupo humano se polariza.

Un proceso adicional que puede resultar es el del cambio emocional a través del tiempo, como efecto de procesos de influencia de unos sobre otros (García & Rimé, 2019, cit. Goldenberg; et al., 2019). Asimismo, otro cambio que se produce como emergencia de las interacciones es la magnitud de las emociones. De hecho, como señalan Goldenberg; et al. (2019), significa que las emociones colectivas tienden a tener una mayor intensidad cuando se experimentan junto con otros individuos.

Precisamente, plantear que las emociones colectivas son más intensas cuando se experimentan en conjunto, se entiende por cuanto estos estados emocionales tienden a manifestarse en el contexto de las relaciones grupales y deben entenderse relacionamente. Incluso, los sentimientos de membresía, a los que se ha aludido, devienen resultado de acciones colectivas en grupos sociales formados por relaciones sociales (Huebner, 2011), o lo que es lo mismo, pueden resultar en una acción común con un objetivo grupal (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). Debe también señalarse que

las emociones colectivas se comparten cuando están dirigidas a grupos externos generalizados o eventos relacionados con grupos (Halperin, Bar-Tal, Nets-Zehngut, & Drori, 2008). Esto remite entonces al tema de la identificación grupal, la que puede ser un impulsor de emociones colectivas o el resultado de estas. Cuando se generan por identificación con el grupo, ayudan a alcanzar los objetivos (Goldenberg; et al., 2019).

Una cosa es hablar de las condiciones sociales como la socialización y la identificación y otra es entenderlas en las interacciones inmediatas. Según Scheve & Ismer (2013), las emociones, en los encuentros cara a cara, están permeadas por el comportamiento expresivo y el contagio emocional y son entendidas como convergencias afectivas (Scheve & Ismer, 2013). Rimé (2011) agrega que la influencia que posee el intercambio social es vital en el estudio de las emociones privadas. Esto se puede percibir en las respuestas recibidas por otras personas, lo que estimula nuestra expresión emocional. Esta estimulación puede ser recíproca, y favorecer la empatía y la comunicación emocional. Así pues, el intercambio emocional se desarrolla cuando un evento afecta colectivamente. Cada intercambio reactiva las emociones sentidas y esto puede dar el resultado de reacciones en cadena, las cuales pueden variar, en tanto pasan de una persona a otra, como construir un clima emocional en la comunidad en cuestión. Este intercambio de emociones impactaría el clima emocional en general, la cohesión y solidaridad grupal y la memoria colectiva, con influencias a largo plazo (Rimé, 2011).

Ahora bien, las emociones no se producen en el vacío, cierto, pero referirse al contexto tampoco es suficiente. El evento es una dimensión que articula el contexto con el sujeto. En otras palabras, en cada contexto o situación deviene un suceso o evento en el que se encuentra y se siente implicado el sujeto y con respecto al cual no padece de indiferencia. Precisamente, es el evento el que sacude la estabilidad emocional del sujeto y es en el evento que el sujeto siente algo por un objeto, que se puede ver amenazado o no. Para Halperin (2014), la valoración subjetiva que se tenga sobre un evento es crucial para determinar el tipo de emoción basada en grupo, que deriva del evento. Y con esta valoración se hará la evaluación de dicho evento, permeado por el conflicto intratable, clima emocional de

la sociedad y la orientación emocional colectiva e influenciados por aspectos colectivos (contexto psicológico) e individuales, constituidos a largo plazo y con evaluaciones a corto plazo (Halperin, 2014).

Uso político de las emociones

Se ha expresado ya cómo las narrativas dominantes acerca del conflicto armado y la paz impulsan la creación de ciertos climas emocionales, los cuales pueden favorecer o desfavorecer iniciativas como la negociación política en un proceso de paz, la reintegración de excombatientes, la disposición y acogida de la sociedad frente a los informes de las comisiones de la verdad, así como todas las otras acciones enmarcadas en los dispositivos de justicia transicional.

Las emociones colectivas que son configuradas y configuradoras del clima emocional movilizan entonces acciones coordinadas (Huebner, 2011) y modos de relación que tienen consecuencias prácticas en los ámbitos social y político. Lo que pone en un primer plano la pregunta acerca de lo que hacen las emociones, base sobre la cual es posible considerar su papel como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, es decir, las emociones pueden actuar como barreras psicosociales para la paz, pero, no son en sí mismas dichas barreras. No es la esencia de la emoción (si existe tal cosa) lo que la convierte en una barrera, sino que es su uso y lo que produce en los cuerpos individuales y colectivos lo que puede bloquear procesos que propenden por generar las transformaciones necesarias para que cese el conflicto armado, para que se realicen procesos de reintegración exitosos o para que se generen escenarios de reconciliación.

Apelar a la idea de uso implica considerar la presencia de unos agentes que intervienen y unas relaciones de poder a partir de las cuales es posible cultivar emociones colectivas, que no resultan de meros procesos de adaptación, sino que pueden ser manipuladas, inculcadas y promovidas intencionalmente con el propósito de que unas iniciativas o proyectos sociopolíticos se sostengan, mientras que otras se rechazan (Barrera Machado & Villa Gómez, 2018; Villa Gómez, Rúa Álvarez, Serna, Barrera Machado & Estrada Atehortúa, 2019; Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, González, Haber & Roa, 2019).

¿Cómo se llega a considerar que las FARC representa el mayor problema para Colombia? ¿Cómo resulta legitimada la eliminación de sus miembros, aunque en el presente estén participando en procesos de reintegración? ¿Cómo se llega a calificar de guerrillero a alguien que expresa apoyo al proceso de paz o de paramilitar a quien lo rechaza? ¿Cómo le apuestan a la paz y la reconciliación las comunidades que han vivido experiencias de victimización directa en el marco del conflicto armado? La respuesta a estos interrogantes tiene un asiento emocional, que implica explorar la forma en que funcionan las emociones para generar ciertos modos de relación y dar lugar a las construcciones simbólicas sobre lo que ‘somos’ y ‘no somos’, enmarcadas en relaciones de poder. Como diría Ahmed (2015), comprender “cómo funcionan las emociones para moldear los ‘superficies’ de los cuerpos individuales y colectivos” (p. 19).

En la tabla 1 se pretende recoger algunas de las ideas que se han planteado en la literatura con respecto a cómo funcionan ciertas emociones, es decir, lo que hacen en sujetos y colectivos, indicando, además, cómo suelen ser usadas como barreras psicosociales para la paz. Sin embargo, es necesario anotar que este último no es su único uso posible, así que no se busca establecer un análisis lineal desde el cual se plantee que la experiencia compartida de una emoción significa necesariamente la manifestación de ciertas barreras, especialmente en contextos caracterizados por la complejidad que tienen, por ejemplo, en el conflicto armado colombiano.

Esto quiere decir que el hecho de que emociones como el odio, el miedo o el dolor puedan ser usadas como barreras psicosociales para la paz, no significa que no puedan desempeñar otras funciones en el plano sociopolítico. Una muestra clara de esto es el dolor que, además de sostener narrativas victimistas, puede generar procesos de reivindicación colectiva, empoderamiento y denuncia (Villa Gómez, 2014).

En la tabla 1 se dio cuenta solo de algunas emociones, queda abierta la reflexión con respecto a otras. Sin embargo, con lo dicho es posible reconocer la base emocional que tienen las barreras psicosociales, como la necesidad de seguir profundizando en la misma.

Tabla 1. Uso de las emociones como barreras psicosociales para la paz

Orientación emocional	Funcionamiento	Uso como barrera psicosocial para la paz
Miedo	Implica la aversión frente a situaciones u objetos que son valorados como peligrosos. Produce inflexibilidad cognitiva (Bar-Tal, 2001; Halperin & Pliskin, 2015) y marca la distancia entre 'los amenazados' y 'los que amenazan, generando una idea de unidad entre quienes se consideran parte del primer grupo y de frontera o límite hacia quienes se asumen como parte del segundo (Korstanje, 2014).	<p>Puede acentuar la división y desconfianza intergrupala, impidiendo el cambio con respecto a la valoración que se hace de los otros y de la situación (Bar-Tal, 2001; Halperin & Pliskin, 2015). Asimismo, hace posible la deslegitimación de los otros y de la diferencia, que en el plano sociopolítico es inevitable y necesaria para la democracia, pero que bajo la óptica del miedo deviene amenazante.</p> <p>Favorece la adherencia a lecturas sesgadas, en las que se construye una lógica bipolar de amigo- enemigo, que fractura las posibilidades de salida pactada a los conflictos y actúa como un importante instrumento de poder (Ahmed, 2015; Korstanje, 2014).</p>
Inseguridad	Involucra la sensación de transgresión por parte 'otros amenazantes'. (Ahmed, 2015; Korstanje, 2014).	Se usa como la base de la construcción narrativa de las experiencias de 'crisis', que sirven como argumento para justificar acciones (como la guerra) en contra de lo que se lee amenazante, incluso aunque dichas acciones dañen la dignidad y vulneren derechos (Ahmed, 2015; Korstanje, 2014).

Continúa

Orientación emocional	Funcionamiento	Uso como barrera psicosocial para la paz
Odio	<p>Alinea el 'yo' con el 'nosotros' y el 'tú' con el 'ellos', creando una desemejanza, en la que se desea expulsar al otro, a 'ellos', de la cercanía corporal y social (Ahmed, 2015).</p> <p>Implica la creación de dos sujetos imaginados: de un 'nosotros' amado y de un 'ellos' que lo amenaza; lo que hace que "puesto que amamos, odiamos y ese odio es el que nos une" (Ahmed, 2015, p. 79).</p>	<p>Se usa para sostener narrativas victimistas, bajo el argumento defensivo de la lesión generada por 'ellos' debido a su inmodificable malignidad (Ahmed, 2015; Halperin 2008), dando lugar a la construcción de enemistad absoluta, en la que el otro se demoniza y se borran los límites morales para dañarlo, puesto que la supervivencia propia depende de su eliminación.</p>
Dolor	<p>Esta sensación aversiva puede unir y a la vez separar, permitiendo establecer la frontera entre el yo (que duele) y los otros.</p> <p>Es posible ser testigo del dolor de otros y estar abierto a afectarse por este (Ahmed, 2015, p. 79).</p>	<p>De la mano del odio, se usa para sostener narrativas victimistas, así como procesos de fetichización de la herida sufrida por un 'nosotros' o un grupo específico de sujetos, en torno al cual se pretende movilizar la solidaridad o generosidad, pero manteniendo patrones de subordinación económica y política, basados en discursos de compasión caritativos, que no reconocen las capacidades de los sujetos que sufren (Ahmed, 2015, p. 79).</p> <p>En estos procesos de fetichización, suele desconectarse la herida de su historia (las condiciones específicas en las que se generó) y convertir el dolor en espectáculo. También es posible que ciertos grupos se apropien del sufrimiento de otros, presentándolo como 'nuestro sufrimiento', para instrumentalizarlo (Ahmed, 2015).</p>

Continúa

Orientación emocional	Funcionamiento	Uso como barrera psicosocial para la paz
Amor	<p>Da lugar a la generación de vínculos que unen a las personas, permitiendo que entre estas tenga lugar el respeto, la compasión, la esperanza y el miedo. Asimismo, inhibe el asco y la venganza (Nussbaum, 2014)</p> <p>Sin embargo, también puede propiciar la construcción de grupos de amor, que mueven al sujeto en busca de su defensa, proceso en el cual se origina, a su vez, el odio (Ahmed, 2015).</p>	<p>Es posible construir una narrativa del amor como protección, para enmascarar el odio a ciertos grupos; la que permite asociar al 'nosotros' (nación, partido, etc.) con buenos sentimientos y valores.</p> <p>Se asume entonces un proyecto de redención y salvación del grupo amado, que puede implicar una respuesta de terror hacia los otros (Ahmed, 2015).</p>

Fuente: elaboración propia.

Conclusiones

La cultura emocional, el clima emocional y las OEC son fenómenos emocionales colectivos que se encuentran relacionados con las creencias y la narrativas dominantes en un contexto concreto. Para el caso de los conflictos intratables, dichos fenómenos terminan respondiendo a los intereses de los sectores hegemónicos, cuyos mecanismos de poder dan lugar a la conformación de ciertos sentimientos emocionales con respecto al conflicto mismo y a su salida negociada.

El carácter colectivo de las emociones y de los sentimientos emocionales no constituye una simple sumatoria de lo que los sujetos sienten, sino que remite a una producción emocional en el marco de una realidad compartida de la que dichos sujetos participan, es decir, a procesos interrelacionales a partir del cual derivan acciones y comportamientos coordinados, caracterizados por la mutua influencia y enmarcados en un contexto o situación específica.

Estas consideraciones acerca del carácter colectivo de las emociones invitan a reflexionar acerca de su uso político y cómo este puede dar lugar a la configuración de barreras psicosociales para la paz, lo que hace necesario explorar la forma en que funcionan las emociones para generar ciertos modos de relación y dar lugar a las construcciones simbólicas sobre lo que ‘somos’ y ‘no somos’.

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Anderson, B. (2009). Affective atmospheres. *Emotion, Space and Society*, 2(2), 77-81. Disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S1755458609000589?via%3Dihub>.
- Ariza, M. & Gutiérrez, S. (2020). Emociones colectivas y estrategias argumentativas ante la inmigración “ilegal” en los discursos de Donald Trump. En: Ariza, M. Ariza (Coord.) *Las emociones en la vida social: miradas sociológicas*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales. Recuperado de:

- https://www.academia.edu/44678459/Emociones_colectivas_y_estrategias_argumentativas_ante_la_inmigraci%C3%B3n_ilegal_en_los_discursos_de_Donald_Trump
- Arnold, M. (1960). *Emotion and Personality*. Columbia University Press.
- Bar-Tal, D. (2000). From intractable conflict through conflict resolutions to reconciliation: Psychological Analysis. *Political Psychological*, 21(2), 251- 365.
- Bar-Tal, D. (2001). Why Does Fear Override Hope in Societies Engulfed by Intractable Conflict, as It Does in the Israeli Society? *Political Psychology*, 22 (3), 601-627
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. Cambridge: University Press.
- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2011). Socio-psychological barriers to conflict resolution. In D., Bar-Tal (Ed.), *Intergroup conflicts and their resolution: A social psychological perspective* (pp. 217-240). Psychology Press. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/258145587_Socio-psychological_barriers_to_conflict_resolution
- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2013). The nature of socio-psychological barriers to peaceful conflict resolution and ways to overcome them. *Conflict & Communication online*, 12(2). Recuperado de: https://regener-online.de/journalcco/2013_2/pdf/bar-tal_halperin.pdf
- Bar-Tal, D., Halperin, E., & De Rivera, J. (2007). Collective Emotions in Conflict Situations: Societal Implications. *Journal of Social Issues*, 63, (2), 441-460. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/227494022_Collective_Emotions_in_Conflict_Situations_Societal_Implications
- Barrera Machado, D., & Villa Gómez, J. D. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El Ágora USB*, 18(2), 459-478. <https://doi.org/10.21500/16578031.3828>
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Herder
- Chalmers, D. J. (2006). Strong and weak emergence. In Clayton, P., Davies, P. (Eds.), *The re-emergence of emergence: The emergent hypothesis from science to religion* (pp. 244-256). Oxford University Press.
- Conejero, S. & De Rivera, J.; Páez, D. & Jiménez, A. (2004). Alteración afectiva personal, atmósfera emocional y clima emocional tras los atentados del 11 de marzo. *Ansiedad y Estrés*. 10. 299-312. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/235608238_Alteracion_

afectiva_personal_atmosfera_emocional_y_clima_emocional_tras_los_atentados_del_11_de_marzo

- De Rivera, J. (1992). Emotional climate: Social structure and emotional dynamics. *International Review of Studies on Emotion*, 2, 197-218.
- Fernández Christlieb, P. (2009). Lo psicosocial. *El alma pública- Revista desdisciplinada de psicología social* (4), 42-49. Recuperado el 23 de Febrero de 2015, de <http://elalmapublica.net/pdf/AP4.pdf>.
- Frijda, N. H. (1986). *The emotions*. Cambridge. Cambridge University Press y Maison des Sciences de l'Homme.
- García, D., Rimé, B. (2019). Collective emotions & social resilience in the digital traces after a terrorist attack. *Psychological Science*, 30, 617-628. doi:10.1177/0956797619831964
- Gilbert, M. (2002). Collective guilt and collective guilt feelings. *The Journal of Ethics*, 6, 115-143.
- Goldenberg, A; García, D; Halperin, E and Gross, J (2019). Collective Emotions. *Current Directions in Psychological Science*. 29(2), 154-169. <https://doi.org/10.1177/0963721420901574>
- Gutiérrez, S. & Reyna, M. (2015). El papel de las emociones en la incitación al consumo. *Análisis de un programa radiofónico de corte religioso. Comunicación y Sociedad. Nueva Época*, (23), 125-147. Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/comso/n23/n23a6.pdf>
- Halperin, E. (2008). Group-Based Hatred in Intractable Conflict in Israel. *Journal of Conflict Resolution*, 52(5), 713-736.
- Halperin, E. (2011). Emotional barriers to peace: Negative emotions and public opinion about the peace process in the Middle East. *Peace and Conflict*, 17, 22-45. doi:10.1080/10781919.2010.487862
- Halperin, E. (2014). Collective emotions and emotion regulation in intractable conflicts. In C. von Scheve & M. Salmela (Eds.), *Collective emotions* (pp. 281-295). Oxford University Press. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/299898099_Collective_emotions_and_emotion_regulation_in_intractable_conflicts
- Halperin, E., Bar-Tal, D., Nets-Zehngut, R. & Drori, E. (2008). Emotions in Conflict: Correlates of Fear and Hope in the Israeli-Jewish Society. *Peace and Conflict*, (14), 233-258. Recuperado de: <https://www.semanticscholar.org/paper/Emotions-in-Conflict%3A-Correlates-of-Fear-and-Hope-Halperin-Bar-tal/ca8e53ca6584ec2885e2dea671a36d3fd7ebcc17>

- Halperin, E., & Pliskin, R. (2015). Emotions and emotions regulation in intractable conflict: Studying emotions processes within a unique context. *Revista Advance in Political Psychology*, 36(1), 119-150. doi:10.1111/pops.12236
- Hatfield, E., Cacioppo, J. T., & Rapson, R. L. (1992). Primitive emotional contagion. In M. S. Clark (Ed.), *Review of personality and social psychology*. 14. 151-177
- Hochschild, A. (1979). *Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure*. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/2778583>. binaries/13293_Chapter4_Web_Byte_Arlie_Russell_Hochschild.pdf
- Hochschild, A. (1983). *The managed heart: Commercialization of human feeling*. University of California Press.
- Huebner, B. (2011). Genuinely collective emotions. *European Journal for Philosophy of Science*, 1(1), 89-118. Recuperado de: <https://link.springer.com/article/10.1007/s13194-010-0006-2>.
- Jasper, J. (1998). The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions Around Social Movements. *Sociological Forum*, 13(3), 397-424. Recuperado de: <https://link.springer.com/article/10.1023/A:1022175308081>
- Jarymowicz, M. & Bar-Tal, D. (2006). The dominance of fear over hope in the life of individuals and collectives. *European Journal of Social Psychology*, 36, 367-392. doi:10.1002/ejsp.302
- Korstanje, M. (2014). El miedo político bajo el prisma de Hannah Arendt. *Revista SAAP. Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político*, 18(1), 99-126.
- Le Breton, D. (2013). Por una antropología de las emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 69-79. Recuperado de: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/239>
- Lerner, J S. & Keltner, D. (2000). Beyond valence: toward a model of emotionspecific influences on judgement and choice. *Cognition & Emotion*, 14(4), 473-493.
- Mafessoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Icaría.
- Martínez, E. M. & Quintero-Mejía, M. (2016). Base Emocional de la Ciudadanía. Narrativas de Emociones Morales en Estudiantes de Noveno Grado. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14(1), 301-313. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/rlcs/v14n1/v14n1a21.pdf>

- Noguera, J.A. (2003). ¿Quién teme al individualismo metodológico? Un análisis de sus implicaciones para la teoría social. *Papers Revista de Sociología*, 69, 101-132
- Nussbaum, M. C. (2008). Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones. Paidós.
- Nussbaum, M. C. (2014). Emociones políticas ¿por qué el amor es importante para la justicia? Paidós, Estado y Sociedad
- Páez, D., Martín Beristain C., González, J. L., Basabe, N. & De Rivera, J. (Eds.) (2011). Superando la violencia colectiva y construyendo cultura de paz. Fundamentos
- Páez, D., Ruiz, J. I., Gailly, O., Kornblit, A. L., Wiesenfeld, E. & Vidal, C. M. (1997). Clima Emocional: Su Concepto y Medición mediante una investigación transcultural. *Revista de Psicología Social*, 12(1), 79-98
- Piqueras, J., R., V., Martínez, A., & Oblitas, L., (2009). Emociones negativas y su impacto en la salud mental y física. *Suma Psicológica*, 16(2), 85-112.
- Rimé, B. (2011). La compartición social de las emociones. Bilbao, Desclée de Brouwer, 453 p.
- Scheve, C. Von & Ismer, S. (2013). Towards a theory of collective emotions. *Freie Universität Berlin. Emotion Review*, 5(4), 406-413. Recuperado de: <https://www.researchgate.net/publication/258997923>.
- Villa Gómez, J.D. (2014). Recordar para reconstruir: El papel de la memoria colectiva en la reconstrucción del tejido social, el empoderamiento colectivo, la recuperación de la dignidad y la transformación subjetiva de las víctimas del conflicto armado en tres regiones de Colombia. Editorial Bonaventuriana.
- Villa Gómez, J., Rodríguez, M., Gaitán, L., González, M.A., Haber, J. & Roa, J. (2019). Emociones sociales y políticas en la construcción y la obstrucción de la paz en ciudadanos de estrato social medio-alto de la ciudad de Bogotá. *El Ágora USB*, 19(2). 352-371. DOI: 10.21500/16578031.4393
- Villa Gómez, J.D., Rúa Álvarez, S., Serna, N., Barrera Machado, D., & Estrada Atehortúa, C. E. (2019). Orientaciones emocionales colectivas sobre el conflicto armado y sus actores como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. *El Ágora USB*, 19(1), 35-63. <https://doi.org/10.21500/16578031.4122>
- Villa Gómez, J.D., Velásquez Cuartas, N., Barrera Machado, D. & Avendaño Ramírez, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que

facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-49. DOI: 10.21500/16578031.4642

Zubieta, E.M., Delfino, G.I. & Fernández, O.D. (2008). Clima Social Emocional, Confianza en las Instituciones y Percepción de Problemas Sociales. Un Estudio con Estudiantes Universitarios Urbanos Argentinos. *PSYKHE*, 17(1), 5-16. Recuperado de: <https://scielo.conicyt.cl/pdf/psykhe/v17n1/art02.pdf>



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 2

“Eso nos dolió a nosotros”. Barreras emocionales para la paz formadas durante el conflicto armado en el oriente antioqueño

Carlos D. Patiño¹
Carlos Esteban Estrada²
Paulo Montoya³
Mariana Aguirre³
Mariana Gutiérrez³
Eliana Barco³

Resumen

Antes de la firma de los acuerdos de paz entre las FARC y el gobierno colombiano, el país venía experimentando un largo conflicto armado (CA). Entre los territorios impactados estuvo el Oriente Antioqueño. El problema de estudio tiene que ver con las huellas sentimentales que ha dejado la experiencia personal y colectiva del CA y el modo como estas se constituyen en sentimientos que se proyectaron hacia los acuerdos de paz y el plebiscito de 2016. El

¹ Sociólogo, Magíster en Educación, candidato a Doctor en Psicología. Docente asociado de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Grupo de Estudios clínicos y sociales en Psicología. carlospatiogaviria@gmail.com.

² Psicólogo, Magíster en psicología. Docente asociado de la Facultad de psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Grupo de estudios clínicos y sociales en Psicología. carlos.estrada@usbmed.edu.co

³ Psicólogos de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Miembros del semillero de psicología social y política.

objetivo ha sido comprender estas experiencias afectivas en dicho contexto y así dar paso a un entendimiento de su carácter colectivo, teniendo presente que las experiencias afectivas devienen en una situación psicosocial, ante ciertos eventos, con un objeto del sentimiento y un blanco al que se dirigen. Se ha acudido a la perspectiva fenomenológico-hermenéutica para la reducción y análisis de datos. Supone que los sentimientos no se comprenden sino en relación con situaciones significadas, en las que concurren actores, procesos psicosociales (creencias, influencia, compartición, imaginarios y marcos de interpretación), sentimientos (y emociones), eventos, objetos, prácticas, acciones coordinadas e interacciones. El estudio se llevó a cabo en Cocorná, La Unión y Sonsón. Las conversaciones (entrevistas) llevadas a cabo se realizaron con personas no reconocidas como víctimas (organizadas en algún proceso colectivo), ni como miembros de organizaciones o partidos políticos, más bien con lo que llamamos ordinariamente “personas del común”, que fueron seleccionadas con el apoyo de un informante colaborador que sirvió de portero. Se concluye que el CA es una atmósfera afectiva a la manera de un bricolaje, que golpea la identidad y la subjetividad: todo lo cubre (y lo ha cubierto) de sombras afectivas y recuerdos dolorosos. Pero, sobre todo, mostró el desprecio dirigido a la población, cuestión difícil de superar. Igualmente, los sentimientos aparecen y se muestran en su forma social. Por ejemplo, el miedo, la rabia, la tristeza y la desconfianza se muestran entreveradas en ese silencio social, aquello de lo que no se habla públicamente, pero que sigue carcomiendo las relaciones en el colectivo y sospechando de lo que se haga en los acuerdos, en especial, el Gobierno Nacional.

Palabras clave: emociones sociales, paz, orientaciones emocionales colectivas, barreras psicosociales para la paz.

Introducción

*Se puede atribuir a la metáfora de la sensibilidad
o de la emoción colectiva una función de conocimiento.
Es una palanca metodológica que nos introduce
en el corazón de la organicidad característica
de las ciudades contemporáneas.
(Mafessoli, 1990, p. 42).*

Antes de la firma de los acuerdos de paz entre el Gobierno Nacional y las FARC, el país venía experimentando un largo proceso de conflicto armado. En ese lapso, además de los grupos guerrilleros y el Estado, fueron participando otros actores, de confusa procedencia, pues así como podían estar vinculados a las estructuras del narcotráfico, también han tenido vínculos con sectores del Estado y la empresa privada (caso de lo que se conoce como paramilitarismo). En todo ese tiempo, los diferentes ejércitos fueron ocupando territorios clave para la circulación de tropas y para el sustento económico, sin contar que algunos escenarios han sido fundamentales para el tráfico de sustancias ilícitas.

Entre los territorios impactados estuvo el oriente de Antioquia, zona de embalses, economía campesina y productos agroindustriales como flores y ganadería. Los enfrentamientos entre los ejércitos y la toma militar de municipios cercanos como Nariño, Sonsón y Argelia se acompañaron de prácticas de terror que aún se recuerdan. Estos hechos han dejado huellas emocionales que aún tienen impacto sobre la disposición para la paz, como se mostrará en el desarrollo del capítulo. El problema se interroga por las huellas que ha dejado la experiencia personal y colectiva del CA y el modo como estas se constituyen en sentimientos emocionales que actúan como barreras para la paz⁴.

⁴ La perspectiva teórica que apoya esta pregunta, teniendo por objeto los sentimientos colectivos, se encuentra expuesta en el capítulo 1 del presente tomo, por lo cual se omitirá en este.

Los seres humanos estamos en constante interacción, poniendo en común artefactos, relatos, sentimientos, objetos, actos e información, sea de nuestro agrado o no. Pero, también participamos de un mundo en el cual devienen acontecimientos, algunos en contextos inmediatos, otros suceden en la vida de otras personas, que al final, no nos son ajenas. Unos u otros acontecimientos, como las experiencias que allí se implican y que compartimos con otros, se cargan de sentimientos emocionales. Muchos de estos impactan nuestros cuerpos y sus relaciones: tristeza, alegría, ira, asco, indignación y decepción, de acuerdo con los escenarios de participación. Pero, otra cosa es padecer algunos de estos estando en medio de las tensiones y expresiones de una guerra que involucra a la población civil. El objetivo ha sido comprender estas experiencias afectivas en dicho contexto y su carácter colectivo, teniendo presente que devienen en una situación psicosocial y como barreras para la paz.

Bases teórico-conceptuales

Para llegar a lo que aquí se expone, ha sido necesario partir de la categoría analítica situación. En cada contexto o situación deviene uno o más sucesos o eventos en los que se encuentra y se siente implicado el sujeto y con respecto al cual no padece de indiferencia. Precisamente es el evento el que sacude la estabilidad sentimental del sujeto. Es en el mismo que el sujeto siente algo, de agrado o desagrado, en relación con algo: objeto, persona, acontecimiento, idea, recuerdo, etc. Para Halperin (2014), la valoración subjetiva que se tenga sobre un evento es crucial para determinar el tipo de emoción que deriva del evento. A esto se suma que, aparte de un objeto, hay un blanco de “la emoción”, como lo ha expuesto Nussbaum (2018).

Acá se acepta que la situación se refiere al contexto inmediato e indica una estancia en la que concurren diferentes procesos humanos (Fernández, 2009; Blumer, 1982) que van desde las interpretaciones, las creencias, los afectos e incluye las prácticas sociales, recuerdos que hacen presencia y producen efectos y los actores en interacción. Una situación involucra algún tipo de vínculo. El sujeto, personal o colectivo, de la situación, su proyecto de acción, el modo de

estar inserto en situación y el repertorio de posibilidades. A su vez, cada situación es definida por los actores (Blumer, 1982; Marc & Picard, 1992) a través de sus actuaciones, interacciones, discursos y comunicaciones (orientadas emocionalmente). A esto se ha de añadir que, en situación, el sujeto no se halla solo, ya sea que estén otros con él o que el Otro generalizado (Ritzer, 1993) actúe sobre las decisiones subjetivas.

Hay una categoría que resulta de la atención expresa a los relatos estudiados: "la gente", aquella que vive los dramas de la violencia y se constituye también en sujeto de las sentimentalidades en contextos de conflicto armado, de guerra o de terror. Para este capítulo, la gente es el sujeto de las sentimentalidades, esa realidad colectiva, que como dice Ortega & Gasset (1996)⁵, no se refiere a individuo alguno, sino a la colectividad. Y lo entiende así:

Aquellas acciones nuestras que tienen estos caracteres [...] y que ejecutamos a cuenta de un sujeto impersonal, indeterminable, que es «todos» y es «nadie», y al que llamamos la gente, la colectividad, la sociedad: son los hechos propiamente sociales, irreductibles a la vida humana individual. Estos hechos aparecen en el ámbito de la convivencia, pero no son hechos de simple convivencia.

Acerca de los sentimientos emocionales podría afirmarse que varían según una u otra situación que las dota de sentido y que les impone sus reglas de expresión (Flam & King, 2005), en espacios intersubjetivos de significación. Así, si los sentimientos son fenómenos relacionales, son también situados, de forma que adquieren también el carácter de modos de significar la realidad. Un sentimiento particular configura un significado que aún no se ha dicho.

⁵ En este escrito se sigue la versión electrónica, la cual carece de fecha de publicación y de numeración de páginas. Se cita como fuente bibliográfica la edición de Alianza Editorial y la Revista de Occidente, de 1996, aunque su primera publicación haya sido en 1957.

Como se mencionó, el capítulo trata de sentimientos contruidos por varias vías durante el conflicto armado⁶: la vivencia directa (Gil, 2008)⁷, el modo como aparecen en las relaciones (Gergen, 1994), la repetición de los hechos (Berger & Luckman, 1986), la comprensión desde marcos de referencia afectivos e interpretativos (Ángel & Herrera, 2011), las prácticas de subjetivación (Piedrahita, 2013)⁸ de sus efectos, compartirlas con las personas cercanas (Rimé, 2011) y los modos como hicieron de ellos materia de ocultamiento para evitar victimizaciones.

Con base en los criterios teóricos que nos acompañan, y con las primeras aproximaciones a los relatos, nos propusimos sustentar la siguiente hipótesis de trabajo: en el mundo de la vida de los habitantes de los municipios de Sonsón, Cocorná y La Unión, las acciones de guerra y el clima de zozobra, propios del conflicto armado vivido directamente, constituye una situación psicosocial, una atmósfera, en la que la disposición de apoyo a procesos de paz y reconciliación con excombatientes de diferentes ejércitos se ve dificultada por las huellas sentimentales que quedaron entre ellos. Creemos a la vez que la privatización de los sentimientos, por la fuerza de las circunstancias amenazantes, obstaculizó simultáneamente la constitución de subjetividades políticas.

⁶ Se dice "construidas durante el conflicto armado" por cuanto una cosa es la herencia biológica de lo que se conoce como emociones básicas, otra la construcción social de otras sentimentalidades que no vienen de la evolución (como la venganza y el odio, p. e.) y otra cosa es que un sentimiento se forme en un contexto específico y con respecto a un objeto y un blanco también específicos, en circunstancias y eventos inéditos para un grupo humano. Lo sentido es ante el conflicto armado y lo vivido allí, en tal situación.

⁷ "... no hay orden social sin orden emocional, ni viceversa, y que toda construcción colectiva de las emociones conlleva una vivencia subjetiva de éstas (Gil, 2008, 82).

⁸ "... donde existe subjetivación, no hay un sujeto sujetado a condiciones estables y asignadas de existencia; existe un cuerpo o una existencia que se afirma en la diferencia, en la mutación de su sí mismo y en la ruptura con su presente" (Piedrahita, 2013, 16). En este sentido, las experiencias emocionales no se anclan, sino que devienen, al hacerlo pueden o no transitar hacia emociones políticas, en cuyo caso operan como dinamizadoras de formas de enfrentar el poder.

Pasando a otro aspecto, partimos de considerar también que una cultura del conflicto, violento, es aquella que experimentan sociedades por un tiempo prolongado, en las cuales se desarrollan creencias estables y referentes ideológicos y simbólicos, que constituyen el ethos del conflicto. Esa ideología legitima la violencia y cristaliza relaciones deshumanizantes, polarizando la sociedad, construyendo un 'enemigo' y afianzando en los sujetos esta cultura bélica. **Esa cultura del conflicto** se constituye en una barrera para la inclinación de los sujetos hacia la paz, (Villa Gómez & Patiño, 2021).

Estos procesos culturales constituyen fenómenos psicocolectivos, se refieren a fenómenos psíquicos que habitan las relaciones, los ambientes, las interacciones, las grupalidades y las comunidades y se ubican en los intersticios de la vida cotidiana para negar u obstruir la negociación política de los conflictos bélicos en diferentes países. Bar-Tal (2013) los ha denominado "barreras sociopsicológicas para la paz" (en adelante BSPP), las cuales actúan sobre los individuos, las colectividades y las sociedades, como también emergen de ellos y ellas y contribuyen al desarrollo y permanencia de las condiciones de conflictos de larga duración (Barrera Machado & Villa Gómez, 2018).

Las BSPP adquieren el carácter de contexto por el que circulan discursos y otros asuntos simbólicos en confrontación. Tienen tres ingredientes: sus componentes (cognitivos, emocionales y motivacionales), sus efectos, procesamiento de información unilateral, y sus implicaciones, bloquean el paso a la resolución de conflictos. Con respecto a sus componentes, vale decir que estos se construyen en la participación en la vida política y social (narrativas y marcos de pensar y sentir). Parten de cosmovisiones generales, algunas ni siquiera relacionadas con el conflicto armado, pero, agudizan desacuerdos. Algunos casos en los que aparecen son: la ideología política, valores específicos, creencias religiosas y teorías sobre las características humanas (Bar-Tal & Halperin, 2014; Barrera Machado & Villa Gómez, 2018).

Ahora bien, las BSPP tienen como resultado maneras de apoyar las acciones contra quienes son considerados adversarios, victimarios, antagonistas o enemigos (Bar-Tal & Halperin, 2013). Aunque estos

autores afirman que las barreras sociopsicológicas funcionan en el contexto individual, no obsta para entender, como se ha expresado en diferentes ocasiones, que al tener fundamento la cultura política⁹ dominante del conflicto, tienen fuerza colectiva, es decir, actúan en el ambiente, formando climas emocionales.

Lo que debe resolverse a continuación alude a la manera como las BSP actúan sobre los sujetos individuales y los colectivos, es decir, en sus efectos. Para esto, se hará un recorrido por los aportes de diferentes autores. Para mayor ampliación, se referencia una bibliografía. Entonces, sus efectos se pueden reducir de la siguiente manera:

1. Pueden conducir a situaciones de polarización política como también de reconfiguración de las posiciones ideológicas de los sujetos ante el futuro político inmediato.
2. Coadyuvan al mantenimiento de identidades sociales positivas del propio grupo
3. Fomentan sentimientos emocionales como la desconfianza y el odio, perpetuando ciclos de violencia entre dos o más actores en conflicto (Hameiri, Bar-Tal & Halperin, 2014; Gayer, Landaman, Halperin & Bar-Tal, 2009).
4. Con ciertos discursos ideologizados y emocionales se crea un clima de desesperación y pesimismo o de miedo y angustia colectiva (Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007; Halperin, 2014).
5. Conducen a una “mentalidad cerrada”, sesgos que impiden la reducción de desacuerdos y la inducción a compromisos constructivos (Halperin & Bar-Tal, 2011).

⁹ La categoría de cultura política cobra valor si se orienta a recuperar su sentido antropológico que remite a los modos de pensar, sentir y actuar la vida en comunidad y que se encuentran tensionados a partir del eje autonomía y heteronomía. En la práctica, orienta el análisis de las prácticas y discursos de los sujetos políticos en torno a la democracia (en cualquiera de sus formas), el autoritarismo, las relaciones de poder, el conflicto social y sus modos de gestionarse, las formas de vinculación con los otros (antagónicas o de alianza), el distanciamiento del sistema político, etc. Estos modos son compartidos, con independencia de si los sujetos se adscriben o no a algún proyecto político-cultural, a un voluntariado o hacen trabajo comunitario (Cfr. Aguilera, 2010).

6. Generan “información sesgada” a favor de los defensores de la guerra (Bar-Tal & Halperin, 2013) e impiden los intercambios de concesiones mutuamente beneficiosos (Halperin & Bar-Tal, 2011).
7. Se valen de mecanismos como control de la información, desacreditación de contrainformación, castigo, monitoreo, acceso restringido a los archivos, censura, mecanismos de estímulo recompensa, para rechazar otras narrativas. (Bar-Tal & Halperin, 2013).
8. Apoyan el prejuicio, aumentan el etnocentrismo, refuerzan la xenofobia y apoyan la adhesión a las posiciones perpetuadas del conflicto (Halperin & Bar-Tal, 2011).
9. La razón del cierre de la información alternativa es la congelación y petrificación de las creencias sociales a través de la narrativa de la guerra y el enemigo y a nombre de un proyecto político (Bar-Tal & Halperin, 2013).
10. Generan interpretaciones unilaterales de la información, inhibiendo la asimilación y acomodación de nueva información tendiente a facilitar el desarrollo del proceso de paz (Bar-Tal & Halperin, 2014).

Unas notas metodológicas

Se ha acudido a una metodología cualitativa para la reducción y análisis de datos por varias razones. Una, procede de los modos como las personas interpretan sus experiencias, haciéndose sujetos activos de estas, las ubican en el tiempo y las mantienen en el recuerdo vívido, personal y colectivo.

El estudio se llevó a cabo en Cocorná, La Unión y Sonsón. Para comprender la situación es imprescindible atender a testimonios que dan cuenta de lo vivido directamente, o lo que sucedió a otras personas del vecindario o de sus pueblos¹⁰. Tales experiencias, con estas condiciones nombradas, fueron rastreadas, teniendo de fondo

¹⁰ A manera de aclaración previa, en el desarrollo de parte del escrito, se privilegia la voz de los habitantes de los municipios, sus testimonios son dicentes para acercarnos a esa descripción. Los autores solo llevan el hilo de los sentimientos articulados a los objetos y eventos con los que se produjeron.

ese aciago momento por el que pasaron. Las conversaciones (entrevistas) llevadas a cabo se realizaron con personas no reconocidas ni como víctimas (organizadas en algún proceso colectivo) del conflicto, ni como miembros de organizaciones o partidos políticos, sí con lo que llamamos ordinariamente “personas del común”, las cuales fueron seleccionadas con el apoyo de un informante colaborador que sirvió de portero¹¹. Entre los tres municipios se hicieron 48 entrevistas. Se tuvo como apoyo una guía de entrevista semiestructurada que contemplaba aspectos como conocimientos sobre el conflicto armado, identificación de actores armados, creencias, recuerdos, sentimientos y otros aspectos relacionados con sus experiencias.

En este estudio se han categorizado los testimonios de los participantes de acuerdo con dos situaciones en las que emergieron estos sentimientos. Una situación general, llamada conflicto armado y otra llamada proceso de paz y reconciliación. Cada situación fue analizada en función de los sentimientos expresados verbalmente o en sus entonaciones. En este último caso, los entrevistadores tomaban nota de las inflexiones de la voz e indagaban por lo que se expresaba así. Además, en la transcripción de la entrevista, se tomaba nota de aquellas inflexiones que indicaban variación en la entonación y que podían sugerir la presencia de un sentimiento.

No fue fácil resolver la complejidad de una situación, pues se confunden en una misma realidad. La innovación consistía en comprender la emergencia de sentimientos en relación con eventos, objetos y blancos de estos, según la situación, y hacerlo a través de la matriz de datos en la que se hacía su codificación y categorización. El procedimiento de análisis permitió auscultar los testimonios en detalle, lo que implicaba no solo leer lo expuesto, sino también leer en contexto lo dicho. Durante la elaboración de tendencias se iba ajustando el discurso expositivo, a partir de la autocrítica técnico-metodológica.

¹¹ Nombre que se asigna a quienes contribuyen con la selección de las personas que podrían participar en una investigación como colaboradores voluntarios. El portero se informa de los objetivos de la investigación, de su procedimiento y de las condiciones éticas de la misma. La metáfora “portero” indica quien da paso o entrada a los escenarios de trabajo investigativo.

Procedimentalmente, primero se llevó a cabo una reducción de los testimonios a sus aspectos esenciales y atinentes, en los que se destacan los sentimientos, sus significados asociados, sus objetos y los marcos en los que se inscriben. Posteriormente, se establecieron comparaciones por líneas temáticas para provocar tendencias con las que se elabora la presente descripción, solo que esta se organiza por categorías temáticas y por municipio.

No se debe olvidar que una cosa es relatar la situación afectiva vivida y otra la interpretación que hace el investigador, necesaria para producir conocimiento. De hecho, al narrarlo al investigador, el participante recrea su experiencia, la ubica en situación, identifica un evento que no solo él vivió y un objeto que no solo él definió, y emplea un marco de significado para acompañarlo, el que forma parte del acervo de experiencias e interpretaciones colectivas. Por su parte, el investigador se aproxima a comprender esos relatos como modos de entender la experiencia vivida por los actores y trata de ubicarlos en un horizonte de sentido, teorizando al respecto.

A continuación, se describe lo que resulta de manera sintética de la reducción de las entrevistas realizadas en los tres municipios mencionados, a través de lo que fueron las tendencias de la comparación de códigos descriptivos de los segmentos clasificados en las categorías analíticas situación, evento, objeto y blanco de los sentimientos. La comprensión de la emergencia de esos sentimientos se sigue ahondando al relacionar categorías emergentes que reducen a la vez la descripción de tendencias. Estas categorías emergentes también se ponen en comparación y relación para llevar el proceso de análisis a unos hallazgos significativos que se exponen aquí.

La descripción que sigue se irá desarrollando con la intención de reconstruir esas experiencias que quedaron como memoria viva en la gente y que, en alguna medida, como posteriormente se analizará, derivan hacia una postura que obstaculiza, dificulta o se flexibiliza para abrirle espacio a culturas de paz. Los subtítulos que acompañan las descripciones indican en su orden la categoría analítica de evento provocador y luego los objetos intencionales del sentimiento. Esta categoría se produce al revisar los testimonios y hallar en estos alusiones a eventos específicos provocadores de ciertos sentimientos.

Se exponen algunos de estos, no siendo taxativa la lista: abandono social, acciones de la guerrilla en los municipios, actos violentos contra la gente, callar ante la complicidad de policía y el ejército con los paramilitares, convivir con estos y callar ante sus abusos, daño a la propia familia, daño a la gente, descabezar soldado, desplazamiento y despojo de campesinos, falsos positivos, la guerra, hijo (ajeno) reclutado por la guerrilla, presencia de actores armados en el municipio, quema de fincas, silencio obligado, sobrina raptada, tolerancia con el paramilitarismo, tomas guerrilleras, secuestro, trato a la población civil, ver a paramilitares matar y acciones violentas.

En la situación que se describe en este capítulo, se recoge, organiza y crea un conjunto de descripciones que dan cuenta de los modos como los diferentes sentimientos se van configurando en torno a una variedad de “porqués”, interpretaciones, que son portadores de expectativas, valores, criterios morales e ideales de los colaboradores. Cada vez que un colaborador se refiere a un sentimiento, lo hace “debido a algo”, es decir, justificándolo, y aunque pareciera existir una dicotomía razón/emoción, lo que resulta cierto en el mundo de los sujetos, es que las sentimentalidades tienen su razón de ser y forman parte del ejercicio de la racionalidad (Cruz, 2012).

Para entender los objetos y la dinámica de los sentimientos, se hace necesario iniciar por la identificación de las situaciones definidas por los actores a través de sus relatos, para posteriormente descubrir la densidad y el sentido de estos. Una cuestión clave para señalar también, como propia del método expositivo a seguir, radica en que existiría una relación entre la posición de sujeto del colaborador, las situaciones por él definidas, los sentimientos y los eventos pasados, presentes y futuros que designan, por lo cual, para precisar, la situación se constituye de eventos ciertos o eventos posibles.

Pero hay un elemento más. En todo el recorrido de la investigación hay “otro” presente: nosotros los investigadores, aquellos “otros” para aquel sujeto, que no pasamos inmunes ni indiferentes ante los relatos. Los investigadores se han conmovido con los relatos y se vuelven a conmover cuando los sistematizan y los tratan de articular y entender. Por lo tanto, ya somos parte, de otra forma, de una nueva situación: la de la investigación, en la cual las situaciones de

los otros toman forma y se abocan a nuestra comprensión. Así que ofrecemos nuestra versión de lo que se ha comprendido, siendo nosotros sujetos creadores de un nuevo relato sentimental, que tiene por objeto las experiencias narradas por aquellos colaboradores, en un contexto académico, que no deja de ser social.

Antecedentes histórico-contextuales del conflicto armado en el Oriente de Antioquia

Una mirada al contexto regional nos indica un ámbito en el que se ha producido el sometimiento de estos municipios a las lógicas de la guerra. Los municipios de Sonsón y La Unión se encuentran localizados en el suroriente del departamento de Antioquia y comparten cercanía con 6 municipios (Abejorral, Nariño, Argelia, La Ceja y El Retiro). Mientras La Unión se ubica en la Subregión del altiplano del oriente, Sonsón se localiza en la zona de páramos. Hacia el occidente de estos municipios se localiza el municipio de Cocorná, sobre la vía que une a Medellín con el Magdalena Medio, compartiendo proximidad con Granada, El Peñol, San Carlos, San Rafael, San Francisco, San Luís y El Santuario, algunos de los cuales corresponden a la subregión de los embalses e hidroeléctricas.

Entre los municipios de La Unión y Sonsón, por un lado, y el de Cocorná, por otro, existen algunas diferencias. Geopolíticamente, cada municipio representa alternativas diferentes, La Unión y Sonsón, muy cercanos el uno del otro, se ubican en el eje sureste de Antioquia. Comparten un territorio que posee diversas riquezas naturales, incluyendo páramos y grandes valles, además de la producción agrícola, lechera, la floricultura de exportación y el turismo. Teniendo presente que es un sector en el que se combina la producción campesina con la producción de latifundios ganaderos y agrícolas. Cocorná está muy cercana al Magdalena Medio, tierra de producción petrolera y de grandes haciendas ganaderas y de cultivos extensivos.

La vida cotidiana en estos municipios transcurría en torno a la producción campesina, el intercambio con los intermediarios y

los habitantes en las plazas públicas de los domingos, la cercanía entre vecinos, la identificación inmediata de sus personajes centrales (alcaldes, sacerdotes, notarios, personeros, jueces, maestros y policías), las fiestas patronales y municipales, y aunque se vieron desde los años 70 abocados a conflictos por efecto de los megaproyectos y el incumplimiento de promesas de parte de los políticos, la vida transcurría de manera apacible, sin sobresaltos significativos y con algunos líderes cívicos o religiosos como mediadores de conflictos (ASDI & PNUD, 2010).

Entre los factores determinantes de la presencia de las guerrillas en el oriente antioqueño a inicios de los años ochenta está su potencial estratégico, pues es cruzado por la autopista Medellín-Bogotá y allí también están las represas de San Carlos 1 y 2, Jaguas y Calderas y la extensión de las líneas de transmisión de energía. El oriente es también una de las principales despensas agropecuarias del departamento, produce la tercera parte de la energía hidroeléctrica del país, allí se viene constituyendo un significativo complejo industrial y, además, posee variedad de climas. La mayor actividad de la guerrilla coincidió con la expansión de las autodefensas desde el Magdalena Medio hacia el Oriente lejano (Echandía, 2004).

Durante el conflicto armado de los años 90, su demografía se modificó sustancialmente, aunque este proceso venía desde la descomposición campesina, con la industrialización de Rionegro, la apertura de la vía Medellín-Bogotá, la creación de centrales hidroeléctricas y la construcción de embalses, la ocupación de tierras para fines de recreo, la construcción del aeropuerto internacional y la ampliación de la vocación turística. Mientras algunos municipios experimentaron un acelerado y profundo decremento poblacional, otros tuvieron aumentos de proporciones similares, producto del desplazamiento (Marín Carvajal citado por Villa Gómez, 2021).

En los años 80 dos hechos fueron significativos para que esta región se “integrara” en la dinámica del conflicto en el ámbito nacional. De un lado, la derrota de las FARC en el Magdalena Medio sur, que la hizo replegarse hacia el ala oriental de la cordillera central (zona de ríos, bosques y páramo), coincidiendo con la construcción de los grandes embalses en esta zona del país. De otro lado, el exterminio

por parte de grupos armados no identificados (García & Sarmiento citados por Villa Gómez, 2012) de aquellas organizaciones y personas que lideraban un movimiento social por el reconocimiento de los campesinos en los pleitos por los territorios objeto de embalses y el aeropuerto, hechos que sirvieron de pretexto para la creación de dos frentes del ELN en la región (Villa Gómez, 2012).

Los frentes guerrilleros estuvieron activos durante los años 90 del siglo XX a través de ataques a municipios, voladura de torres de energía, cierres y secuestros en la carretera Medellín-Bogotá y Medellín-Sonsón. La consecuencia fue la reacción paramilitar, en manos de los bloques Metro y José Luis Zuluaga, de las AUC, de gran incidencia sobre la vida de estos municipios a fines del siglo XX e inicios del XXI. Durante estos años, la violencia se incrementó desproporcionadamente, alcanzándose a registrar un número aproximado de 54.791 desplazados, 100 casos de ejecuciones extrajudiciales en 2005, (El Colombiano, mayo 9 de 2006, cit. Villa Gómez, 2012) y un sinnúmero de homicidios y desaparecidos.

En el año 2005 se acordó la desmovilización del Bloque Héroes de Granada de las AUC, que contaban con 2.033 combatientes y, luego, el bloque José Luis Zuluaga con 1.800 combatientes. Este proceso de desmovilización se produjo en medio de diferentes modos de control social, incluyendo la cooptación de candidatos a alcaldías y concejos, amén del control sobre algunos renglones económicos.

Sonsón fue fundado el 4 de agosto de 1800. Sus principales productos agrícolas son el higo (este sobre todo para exportación), hortalizas, maíz, frijol y papa, además, café, caña y tomate chonto (Alcaldía de Sonsón, 2017). En agosto de 1996 sucedió allí lo que llaman "el fin de semana negro", en el cual, en una incursión de paramilitares al municipio, asesinaron a nueve personas (Osorio, 2018) entre el 24 y 26 del mes en mención, por ser supuestamente colaboradores de la guerrilla. Narran pobladores que llegaron al municipio personas armadas rayando paredes con las siglas de la AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) Y ACCU (Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá), además de "muerte a los sapos", gestando zozobra en el municipio (Atehortúa, 2019). Otra masacre fue realizada en el año 2003 el 27 de febrero, a manos de hombres del frente 47 de las

FARC-EP. En esta ocasión, asesinaron a 5 campesinos en el corregimiento La Danta de este municipio (Echandía, 2004).

En la zona del altiplano, especialmente en La Unión y El Carmen de Viboral, se llevaron a cabo el mayor número de acciones militares, con presencia guerrillera y se registraron masacres con un alto grado de regularidad, la mayor parte por cuenta de los paramilitares. En La Unión también se registraron 2 masacres, la primera en abril de 2000, en el corregimiento Mesopotamia, donde 4 lugareños fueron asesinados, la segunda se realizó en agosto de 2001, en las veredas San Miguel y Buena Vista donde 5 personas fueron asesinadas por sus presuntos vínculos con el ELN (Echandía, 2004).

En Cocorná y San Luis también se presentaron acciones. En la zona del páramo, Sonsón es escenario del mayor número de combates librados por la Fuerza Pública contra ejércitos ilegales. Allí, con la expansión de las AUC, se expresó el desplazamiento de la población de los municipios de Argelia y Sonsón. Entre 1998 y 2002 la presencia de las autodefensas en todos estos municipios se evidencia en un sostenido incremento de las masacres, los asesinatos selectivos y los homicidios indiscriminados (Echandía, 2004).

Ahora bien, ¿Qué le pasó a la gente? Aproximación descriptiva a la situación

El conflicto armado no solo ocurrió, se mantiene en la memoria personal y colectiva y allí cobra actualidad. La memoria colectiva es la psicohistoria de la gente, allí no solo habitan recuerdos, también las creencias, los sentimientos, las expectativas frustradas o no, los traumas y los aprendizajes. El daño causado sigue siendo objeto de sentimientos combinados. El sufrimiento no sanado, el trauma vívido, mantienen herido el tejido humano. Aunque no es exhaustiva la descripción de la situación, sus eventos son identificados de acuerdo con el lugar del actor (narrador) en la situación y el contexto psicopolítico.

El contacto con el paramilitarismo¹²: entre la crueldad y la intimidación

La realidad de los paramilitares es diversa, o "son" benefactores del pueblo o el país, "son" quienes, actuando de manera inadecuada, sirvieron al país o "son" crueles victimarios. Hay gente que agradece a los paramilitares. Así, una de las interpretaciones en torno a estos, adoptada por la gente de Cocorná, es de acuerdo y apoyo a sus actividades. Se valora de sus acciones lo logrado ante los guerrilleros: su retiro del territorio. La conformidad y el agrado con estas acciones se sintetizan en declaraciones como estas: *"matan a quienes presuntamente se relacionaban con la guerrilla, [...] reducen la presencia de guerrillas"* (C. EN°33); *"ayudaban a acabar con los malos [...] solo mataban guerrilleros"* (C. EN°46); *"acabaron con la guerrilla"* (C. EN°42); *"destierran la guerrilla"* (C. EN°45). Este encuentro con el paramilitarismo entusiasma y satisface a una parte de los participantes, un modo de vivir una experiencia, que no se manifiesta entre habitantes entrevistados en Sonsón y La Unión:

En el 2002 entraron los paracos, se quedaron hasta [...] el 22 de agosto más o menos del 2003, fue terrible, o sea, a mí personalmente me gustó que haya entrado esa gente, me gustó y no me gustó (C. EN°33). [...] cuando llegaron los paramilitares nos exi

¹²

La idea de contacto en este texto se refiere a aquellas huellas emocionales que ha dejado el fenómeno paramilitar en Colombia y, en particular, en el oriente antioqueño. Alude a la experiencia relacional que produce y se produce en el encuentro entre dos o más subjetividades, en el cual, una de ellas impone sus criterios sobre el modo de vida que deben seguir los demás, obedeciendo a reglas estrictas, so pena de correr el riesgo de perder la vida. Como fenómeno es ampliamente estudiado en el país, específicamente en el texto: Centro Nacional de Memoria Histórica (2018). Paramilitarismo: balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico. Bogotá, Centro Nacional de Memoria Histórica, 232 páginas. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/balances-jep/descargas/balance-paramilitarismo.pdf>

gían, a mí me exigían \$20.000 pesos mensuales, pero realmente la guerrilla desapareció [...] uno si se daba cuenta que mataban guerrilleros, o colaboradores de la guerrilla, pero a la población en si no le afectaba cómo le afectó la guerrilla (C. EN°42). Eso hacían los paramilitares, a veces mataban gente injustamente, que en realidad no lo era, [...] porque por ejemplo aquí mataron unos hijuemamas que no les importaba ir, bajarlo de ese carro y matarlo. Aquí mataron unos guerrilleros muy bravos como fue el famoso “Corroncho” y otros (C. EN°46).

En un principio todo era beneplácito por su combate contra la guerrilla, después, en los diferentes municipios, su aceptación se transformó en un bricolaje sentimental, que coincide con lo que Benski & Langman (2012) llaman “constelación emocional” y que incluye la combinación de rencor/impotencia/desconfianza/dolor/tristeza/miedo/rabia¹³. Su crueldad sigue indignando, así como la dirección de sus acciones. Los paramilitares controlaban el orden público, asesinaban en presencia de pobladores y obligaban a las personas a cambiar sus hábitos. El miedo colectivo, y una sensación constante de muerte e inseguridad, circuló por estos pueblos, ciertos personajes se encargaron de eso:

“... que yo recuerde así, había uno muy temido, famoso, famosísimo, (¿sí?), Huracán era el apelativo que tenía, ¡era miedosísimo!, digamos, en plena plaza él pasaba y veía a alguien, así como que tuviera entre la lista para asesinar y lo mataba –¿ahí de frente?

¹³ Debe hacerse una aclaración. Hay ocasiones en las cuales, ante un evento, como por ejemplo el que aquí se trata, un participante expresa un sentimiento y otro expresa otro y así sucesivamente, varios pueden coincidir, simultáneamente. En otras ocasiones, se expresan dos o tres sentimientos concomitantes ante un evento. Esto dificulta la exposición, por lo tanto, a falta de ese lenguaje que integre sentimientos mezclados, o que nombre sentimientos que se confunden, se empleará esta forma de enunciación. Los investigadores entenderán que se conjugan sentimientos en la colectividad, así un sujeto mencione uno y otro mencione otro. Cuando sea solo uno el nombrado, se utilizará su nominativo particularizado. Los investigadores no se ocuparon, por convicción metodológica, de insistirle al entrevistado cuál sentimiento era el correcto o el que más se sentía, ni pretendieron que especificara uno solo y respetaron el modo como definían la situación.

– ahí, no importaba si hubiera (sic) niños, o si habían mujeres, ancianos" (S. EN°17).

A ese miedo se suman la rabia/impotencia (por frustración) y, en ocasiones, la desconfianza. La impotencia ante la inequidad ("*no se protegía igual a los ricos que a los que trabajaban*" S. EN°09), ante la "obligación" de soportar la presencia de esa otra gente, 'tener que ver' asesinatos en la plaza pública y, sobre todo, callar ante hechos ominosos: "*uno mostrarle una sonrisa; pues... era más el miedo; uno que tenía que pelar los de leche, [...] o sea uno era con un pánico*" (S. EN°06).

La decepción, del espectro sentimental de la desconfianza, por la falta de ideales, objetivos sociales y principios de las AUC se integra en ese bricolaje sentimental al constatarse los horizontes de este ejército: "*... ellos realmente no luchan por una lucha social auténtica sino por una lucha muy aparte, muy privada, muy política*" (S. EN°07). Otro concuerda, solo que destaca un aspecto de los paramilitares, al igual que de la guerrilla, la generación de terror:

Pues, decepción en [...] constatar que ninguna forma, ni de paramilitares ni de guerrilla aportó a la construcción de tejido social, ninguna apostaba a su fin último que era digamos construir una sociedad mejor, sino que privilegió la industria del terror. [...] (S. EN°07).

El pánico, del espectro sentimental del miedo, y el desconcierto, (del espectro sentimental de la desconfianza), además del desengaño, adoptaron una forma entre algunos: marcharse del pueblo. Otros permanecieron en él, pero bajo otra forma del miedo: el encierro y el aislamiento: "*(E: indicios de miedo) ... de pronto mantenerse encerrado, a veces no salir, y más que todo cuando estaban los paramilitares [...] si usted llegaba después de las 8 de la noche, usted en la calle no encontraba gente*" (S. EN°8). La impotencia se acompañaba de una atmósfera sepulcral: ese temor no ha desaparecido, ha dejado su estela:

(uno siente) miedo, cierto, que de pronto vuelvan, [...] porque es que son muchos comentarios, "ah, que va a volver la limpieza", entonces a uno le da miedo de eso, de pronto un comentario mal

hecho ... [...] o un dedo diciendo aquel, entonces uno todavía siente miedo, cualquier día viene uno y otra vez otra masacre (S. EN°18).

En La Unión, la atmósfera emocional que se vivía no era diferente: el asesinato de hijos en presencia de sus familiares, algunos también entregados en pedazos (“picados”) (LU. EN°26), el desplazamiento de otras familias por paramilitares (LU. EN°30), o sus disparos frente a las casas en horas de la noche (LU. EN°21), el hijo de una señora que observa un asesinato en la calle (LU. EN° 21), el abuso de las mujeres (LU. EN°24), el silencio de la gente ante lo que ocurrió o el retiro de la información que se ha publicado en Internet (LU. EN°24).

Es una atmósfera de zozobra, en la que cunde el miedo. Cualquier habitante se encontraba con un cadáver en la vía, con un paramilitar que intimidara o con un asesinato en medio de la plaza central: *“a uno se le ponía la piel de gallina”* (LU. EN° 26). Se relatan casos de miedo permanente, angustia o sensación de ser perseguido, ante posibles irrupciones intempestivas de los paramilitares (LU. EN° 30) o el miedo por su seguridad (LU. EN° 24), pues *“hay personas observando lo que se haga”* o como relata otra colaboradora:

La única reacción mía (ante el asesinato de un vecino en la puerta de su casa) no fue encerrarme sino coger a mis dos niños e irme para la plaza lejos y sentarme en una acera, allá me senté tres horas con mis niños a esperar a que llegara la policía e hicieran el levantamiento del cuerpo y todo, claro yo tenía miedo, eran mis hijos, es mucho miedo (LU. EN°21).

El miedo persiste por la sensación de que se repita un acto violento sobre el sujeto o cualquiera de su entorno (LU. EN°30). Además del miedo, se desconfía de los intereses de los paramilitares, sus miembros son asimilados a máquinas o robots que obedecen a otros, sin criterio político alguno.

En Cocorná la rabia/dolor son sentimientos que concurren por los daños efectuados, con sus asesinatos y torturas a la gente, uno de los pobladores lo simboliza apelando a un juicio inmodificable: *“j eran*

muy malos!" (C. EN°43). La amenaza a la gente fue una constante: si no se colaboraba entregando guerrilleros, los mataban. Como en La Unión y Sonsón, por estas "razones" asesinaron gente indiferenciadamente, hubo familias que por sus acciones perdieron seres queridos. Las AUC tomaron el control absoluto del pueblo.

En Sonsón el miedo asumía la forma del mutismo, la ceguera, la indiferencia. Solo se podía "*ver y callar*" (S. EN°06). El riesgo de la delación era inminente. Cualquier persona podría ser acusada, con peligro de ser asesinada si, por casualidad, interactuaba con algún desconocido (S. EN°02), presenciaba homicidios (S. EN°8) o estaba en lugar equivocado: "*me tocó ver en un local sacar a una persona, [...] todo mundo vio, pero cuando llegaba la policía nadie vio nada*" (EN°8). Una realidad simple y clara: no sabe nada ni ha visto nada.

El contacto con el paramilitarismo se constituyó en la experiencia del horror, la cercanía con la crueldad, la posibilidad de ser sindicado como enemigo y con esto, un miedo que superaba la indignación y la impotencia, adoptando la forma del silencio cómplice, so pena de perder la vida o a algún ser querido.

Ejecutar inocentes por parte de las FF AA: intimidante e indignante

Al ejército, como a las fuerzas armadas en general, le corresponde la protección del territorio y sus pobladores. No obstante, la desilusión se deja venir después de lo ocurrido en el caso de las ejecuciones extra-juicio o falsos positivos¹⁴, dejando su estela de miedo/rabia/dolor/decepción, cuerpos estremecidos e imágenes contrariadas:

¹⁴ "...la Secretaría de Gobierno de Antioquia conformó el Comité Interinstitucional de Derechos Humanos, que recogió 240 casos de ejecuciones extrajudiciales presentadas por el Ejército como 'positivos'. Según el Comité Interinstitucional de Derechos Humanos, el 60% de estos casos se cometieron en el oriente del departamento, en municipios como Granada, San Francisco, Cocorná y Nariño" (ASDI & PNUD, 2010, 39). Se puede también acudir a reportes de prensa como el de Mi oriente (<http://mioriente.com/sin-categoria/la-barbarie-de-los-falsos-positivos-en-el-oriente.html>);

Cuando hablamos por ejemplo de los falsos positivos me da mucha más rabia porque estamos hablando del grupo que cuida a los ciudadanos del país y fueron ellos mismos quienes los mataron, los desvistieron, les pusieron un camuflado y los hicieron pasar por falsos positivos para llenar sus bolsillos de dinero, eso no es así y para mí ellos son un grupo armado también (LU. EN°23).

En los municipios de Sonsón y La Unión, el asco se mezcla con una sensación de agravio moral que más parece ira, con la que se evalúa la manera injusta de actuar ante personas inocentes:

Lo peor que pudo haber hecho el Ejército Nacional de Colombia es lo de los falsos positivos, porque sacaron gente buena, campesinos buenos, camuflados de guerrilleros para poder presentarle hechos a la presidencia y a los comandantes del ejército, o sea, para mí el ejército también fue igual de dañino a los otros grupos armados (S. EN°11).

Estos sentimientos no son ajenos a la decepción concatenada con la deslegitimación, efecto de un proceder no aceptado, como sucede en Cocorná:

Es algo también que uno dice, hombre, son personas que vienen a cuidar el pueblo, pues ¿por qué hacen eso?, [...] de todas maneras que maten a una persona es muy duro, es súper difícil, pero cuando le dicen a uno, es que él mató a mi mejor amigo, mi compañero, [...] Eso es muy difícil, [...] uno escucha, que mataron a muchas personas inocentes (C. EN°40).

La frustración ante las FF AA no encontró paliativo. Por el contrario, se agudiza con el trato brusco, agresivo y abusivo que emplearon. La dignidad se siente arrasada. La actuación del ejército y de la policía hace sentir a la gente violentada, vulnerada, en especial,

Hacemos Memoria (<http://hacemosmemoria.org/2019/06/01/falsos-positivos-jep/>)
o El Tiempo (<https://www.eltiempo.com/colombia/medellin/antioquia-envia-112-casos-de-falsos-positivos-a-la-jep-367682>)

porque no espera eso de quienes están para actuar en su defensa y protección. Cuestionando lo que se piensa en las ciudades, según los medios informativos, se cree que allí desconocen el contexto rural, no saben que algunos militares llegaban con actitud amenazante, contribuyendo a un clima de miedo/indignación, tal como el que se sentía ante la guerrilla. Un participante nos cuenta con rabia:

[...] ven (en las ciudades) muy heroico que el ejército vaya y se mete al monte a salvar a la gente, pero no saben que ellos no llegaron a salvar la gente sino a decirles guerrilleros, como pasó en San Carlos, o en Granada, que llegaron a violar chicas, y también llegaron a hacer daño, ¿cómo no va a sentir uno miedo cuando ve al pueblo lleno de militares? (LU. EN°24).

Sí, miedo mezclado con rabia, una combinación que nace en la significación de injusticia con la que se entiende una realidad tan adversa como la vivida, pero que simultáneamente no hay manera de enfrentar con valor, pues existe el riesgo y el temor, de ser victimizado:

(¿El ejército daba más miedo?) Sí, es que a veces llegan unos como con un mando [...] Ah, incluso que a uno a veces le daba más rabia con el ejército, [...] ¡Nooo, eso no era justo! (S. EN°01). Cuando yo viajaba para Sonsón a trabajar, [...], como en la frontera con Abejorral, eso era un miedo, cómo no va a ser mejor uno no ver nada, es que el que carga un arma a uno ya le da miedo de por sí (LU. LU. EN°24). Y el ejército... no le veo como qué ideales tengan, como te digo, si el ejército tuviera una idea clara de hacer algo, ellos harían más por la patria de Colombia como se dice y mire que antes han estado cometiendo las fechorías, que, mejor dicho, no deberían de llamarse ejército de Colombia (con vergüenza e indignación) (C. EN°33).

No es posible un solo sentimiento colectivo. Es una herida de todos, cualquier palabra puede ser empleada para cualquier sentimiento que se confunde con otro. Pero el miedo, combinado con rabia, prevalece ante la ejecución de inocentes por la fuerza pública. El sentimiento compartido es una mezcla de rabia y miedo, pues si algo dicen con sus relatos es que el ejército y la policía no cumplían sus funciones, irrespetaban a los colombianos y maltrataban a la gente inocente.

La complicidad FF AA y paramilitarismo¹⁵: lo que se reprime por miedo y decepciona

La complicidad fuerza pública/paramilitarismo incluye un conjunto de sucesos: violencia paramilitar sobre la población, abusos y complicidad con los policías, convivir entre estos y tener que callar. A la ignominia de la invasión de ejércitos ilegales perpetradores de violencia contra la población civil se suma el silencio y la omisión de acciones de la fuerza pública, las experiencias directas, los comentarios entre parroquianos, los sistemas de creencias sobre los actores armados, todo esto se integra en una confusión, el referente de la confianza se pierde, es el vacío existencial y la inseguridad ontológica:

ahí estaba uno en un conflicto: [...] está uno en un momento que no sabe en quién confiar [...] había gente que decía que en las afueras el comandante de la policía se reunía con el comandante de los paramilitares, [...] entregándole armas. [...], en un pueblo bien pequeño como este, asesinar a alguien aquí en la plaza y demorar-se media hora la policía pa' llegar a hacer levantamiento, eso es mucho, ¡a dos cuadras estaba la cosa! (S. EN°06). Si ellos también (matan), entonces estamos en la nada, cuidarse uno solo porque de verdad que... si el ejército está para cuidarlo a uno y ellos también hacen sus cosas... (LU. EN°26).

Esta complicidad era de público conocimiento, pero, nadie se atrevía a decir algo: *“la policía pasaba mucha información cuando esos grupos armados iniciaron, prestaban el arma, decían en tal parte están, estaban amangualados”* (S. EN°8). El sentido de estos sentimientos de desconfianza (que integran decepción y desilusión), en contexto,

¹⁵ Acerca de esta relación hay diversas fuentes que no solo dan testimonio de esto sino que lo analizan y estudian. Ver: El Espectador, 06/01/2015 (<https://www.youtube.com/watch?v=qQHnLRALFls>); Human Rights Watch (2001). La sexta división. Nueva York-Washington-Londres-Bruselas (<https://www.hrw.org/sites/default/files/reports/col6thsp.pdf>); Agencia Prensa Rural, 31/01/2016 (<https://www.prensarural.org/spip/spip.php?article18591>), y otras fuentes.

tiene que ver con las expectativas que las fuerzas oficiales legítimas del Estado generan.

Los sentimientos adoptan la forma de la negación: "¡no es posible!". Así mismo la necesidad de seguridad, depositada en la fuerza pública, se ve emocionalmente interpelada y confrontada con la realidad. Constituye un motivo suficiente para aniquilar la esperanza de un nuevo país: no hay con quién para estas personas. Si cualquiera decía saber algo, los efectos no se esperaban, debía irse del pueblo:

(cómo se veía el miedo) eh, abandonando el pueblo... porque si yo fui testigo de un homicidio y a mí me dicen que si dice alguna cosa yo soy el siguiente, yo no soy el único que estoy viendo quizás hay otras personas que están viendo, y quizás esas otras personas si tengan el valor de ir a denunciar, entonces claro como él fue el primerito que vio entonces él es el objetivo militar" (S. EN°08).

En esto coincide otro testimonio de La Unión, el cual valida la existencia de que tal relación existió y advierte que las Fuerzas Armadas no han sido transparentes, siente desconfianza: "O sea, es que cuando ya ha escuchado casos ya pierde la confianza en ese grupo, en esa persona" (LU. EN°32). Esa complicidad del ejército fue tan manifiesta que gente victimizada da cuenta de esto censurando el cinismo y narrando la situación con dolor:

...cuando nosotros logramos salir de las 12 horas de confrontación de los dos grupos, cuando llegó el ejército, los paramilitares llegaron en moto del ejército. (P: ¿A la vista de todos?) A la vista de todos. Y se van y los que salieron vivos que eran de rango volvieron con el ejército [...] y ellos venían con su armamento normal. Eso nos dolió a nosotros como personas [...] ¡que el ejército apoyara a un grupo ilegal que llevaba un mes haciéndonos tanto daño en el pueblo! (C. EN°43)

La decepción también se vive con dolor, no se experimenta sola. Adiós confianza, no hay en quién creer. La maldad no podrá ser combatida por quienes deben hacerlo. No hay quién defienda a la población inerte y desprotegida ante los abusos de los "dueños del pueblo". La policía aliada a los paramilitares es el colmo de lo es-

perado. No es asunto de miedo solamente, es asunto de sobrevivir guardando silencio, omitiendo mención a la ignominia, es la impotencia enclaustrada en los cuerpos y en las casas.

Acciones de los grupos armados: objeto de dolor, miedo y rabia

Han sido muchos los hechos vividos en la *“época más cruda y más violenta y más dolorosa”* (LU. EN°21) dolor que tiene como objeto el dolor de los otros ante actos *“vividos con terror”* (LU. EN°30). El discurso colectivo construye un sujeto victimario: *“los grupos armados”*, categoría que encierra las actuaciones de la guerrilla, las AUC y las FF AA. Las *“acciones de los grupos armados”* tenían por objetivo militar, no solo el ejército contrincante, sino, sobre todo, a la población civil.

Por estos es una guerra que merece el adjetivo *“sucía”* (admitiendo que guerra es guerra, ni limpia ni sucia): los asesinatos por grupos paramilitares de la gente del pueblo (hermanos, padres, hijos, vecinos, niños, ancianos), los daños a la gente, el desplazamiento y el despojo de tierras, el reclutamiento forzado de menores por la guerrilla, la toma guerrillera de los municipios, las masacres, los bombardeos, los impedimentos para trasladarse a otro municipio, incursiones guerrilleras en las veredas (llegaban a fincas, violaban jovencitas), limpiezas sociales, familiares cooptados por paramilitares, en fin, como dice una de las personas *“sufrimos por todos lados”* (LU. EN°21). Todo esto con sus efectos psicosociales: la pérdida de credibilidad institucional, la ruptura de los lazos sociales, la fractura de las relaciones económicas y el dolor compartido por los propios y por los otros, los caídos.

La sensibilidad de los habitantes de Sonsón, La Unión y Cocorná actúa como marco de referencia para evaluar, recordar, proyectar o definir la vida. Casi no hay distinción entre lo vivido en cuerpo propio y lo vivido por los demás, la gente. Al punto, que uno de ellos expresó su impotencia con llanto: *“yo he sentido mucha impotencia, mucho dolor, rabia, solamente me limito a escuchar y a veces a llorar con la gente también, porque las cosas que cuentan son impresionantes”*

(S. EN°04.). Hay un relato que dice de los extremos a los que se llegó en estos contextos:

Alguna vez un pobre trabajador de esas personas, un pelao, sembró una paperita de cuenta de él, con una platica la sembró; apenas se dio cuenta la vieja que ya estaban vendiendo los cultivos, ya era robado, y ahí llama a estos paramilitares: "vayan, miren, mátenlo", así de sencillo, ¡mire hasta donde llegan! (S. EN°09).

Hay una historia de un caso de violación de mujeres en Cocorná, narrado con sentimientos de rabia y dolor (agravio moral) concentrados. Estos sentimientos afloran a borbotones, son incontenibles, no solo en la situación relatada, sino durante el mismo relato, huella de la ignominia, independiente de quién haya sido el perpetrador o del grupo armado que fuese:

Es una mezcla de sentimientos malos. Me da mucha rabia. Yo soy mama de una niña de 22 años, [...] cada vez que recibo declaraciones pienso tanto en ella. Me da rabia, tristeza, indignación absoluta, [...] termino llorando con ellos, me abrazan y me dicen tranquila XXX (se sonríe levemente), no tendría por qué estar abrazándome, pero a mí eso me desborda, yo no me alcanzo a imaginar esa angustia, ese dolor que en ese momento (C. EN°40).

El conflicto armado sacudió la cotidianidad con su simbología de arbitrariedad y falta de compasión. Cuando el logos no alcanza a asimilar los sucesos, cuando el sentimiento ha tenido que contenerse por años, el cuerpo mismo declara con lágrimas el dolor causado a otros: "*Hasta ganas de llorar me daban, no puedo creer [...] es indescriptible*" (LU. EN°30). El dolor toma el rostro de las metáforas: "*no cabe en la cabeza*" (LU. EN°30), "*la situación fue muy dura*" (difícil de aceptar y vivir), "*los asesinados por limpieza "no son basura"*" (LU. EN°21), "*cuando son pobres campesinos no sale tanto*" (en los medios de comunicación) (LU. EN°28).

El dolor de la gente, además de afligir, desencadena otros sentires, no hay espacio que lo acoja, es inabarcable e ilimitado: "*(Qué significa tocar fondo) Porque, o sea, yo estar ahí, llegar una persona a hacer una declaración de desplazamiento con un niño en brazos, llorando y la*

forma en que lo describía, ¡no, muy doloroso!” (S. EN°08). No hay indiferencia ante estos dolores, la acción de “los grupos armados” crea otros sujetos que no están involucrados, unos terceros que aparecen como los nadie, sin defensores.

Se siente interpretando y se interpreta sintiendo. Lo que otrora se naturalizaba, ahora adquiere sentido: la tierra del campesino, su propiedad, lo suyo, lo que le provee de identidad social. Sin esta, deja de ser, habita ese mundo de los nadie: *“Entonces, pues, es un sentimiento de tristeza [...], es rabia, o sea, son terrenos que le pertenecen a los campesinos, no tiene alguien por qué llegar a quitárselo”* (S. EN°05). En este como en otros casos, la tristeza no es aflicción, es sentimiento de agravio por la injusticia social, es un dolor empático, distribuido, por el sufrimiento injusto de los otros, los pobres. No hay palabras para explicar lo vivido: *“Es que eso es sin palabras. [...] es algo tan... que se le queda a uno aquí adentro, yo estaba muy niña y eso se queda aquí, no se borra.”* (S. EN°09). La tristeza es colectivizada y con ello se producen identificaciones con aquellas personas vulneradas por las acciones de los actores armados: *“aunque yo no perdí a nadie gracias a Dios, pero es ver el sufrimiento de la gente (se le entrecorta la voz) de los niños, de los ancianitos que los dejaron solos, hay casos terribles”* (LU. EN°31).

El sufrimiento del otro es el objeto del dolor propio. Las personas dejan que la experiencia del otro, por medio de su discurso, se vincule con la experiencia propia y así las atraviesan sentimientos empáticos con respecto de su comunidad. Una forma determinante de la producción de miedo entre los pobladores ha sido el terror ejercido a través de esas acciones cruentas. En este caso, como en otros, la confusión sentimental es notable, ningún ejército cuidó la gente, por el contrario, se ensañó sobre ellos:

La guerrilla llegó y acabó y a todos nos jodió, después llegaron los paracos y acabaron con la guerrilla, pero nos acabaron a nosotros también y nos llenó de temores y de miedos y eso nunca solucionó los problemas de nadie (LU. EN°28).

El miedo impregnó el ambiente emocional. Los asesinatos fueron constantes, cualquiera podría ser la víctima siguiente, cualquiera

podría ser sospechoso, cualquiera podría quedar en alguna vereda como un NN. En el momento menos esperado, la parcial tranquilidad podría ser asaltada y transformada: *"Ya uno se mantenía muerto de miedo, ladraba un perro por la noche y uno creía que ya habían llegado; no había como paz"* (S. EN°02). Esta sensación de zozobra devenía en impotencia, dada la negligencia de las autoridades para evitar los hechos o para castigar a los responsables que se exhibían públicamente, en particular, los paramilitares. Uno de los entrevistados relata: *"¿estarse uno callado y viendo tantas cosas!, [...] fue mucha la gente inocente que cayó"* (S. EN°06).

Ese fantasma recorre el mundo y cómo no, el Oriente Antioqueño. El fantasma de una guerra en la que los civiles pierden a sus mejores compañeros, vecinos y amigos o a su comunidad. Pérdidas que solo dejan la estela de dolor: ¿por qué se ensañan con los que no tienen nada que ver? Se preguntaría alguno con indignación y sentimiento de injusticia. Un agravio molesto, incómodo e insuperable. Como cualquier expresión de injusticia, no hay corazón que lo tolere y no hay razón que lo entienda. Los grupos armados se llevaron a tantos y tantas, que ya no hay campo para más muertos. Son valores de solidaridad empática, respeto por la vida, cuidado del otro, los que orientan su sentir y su marco de interpretación, o mejor, el dolor es su marco de referencia valorativo.

¿Y la guerrilla?: por su maldad,
desprotección y mucha rabia

Si algún sentimiento dejó la presencia de la guerrilla de las FARC y el ELN entre los habitantes de la región es un miedo mezclado con rabia. Las noches eran intranquilas, las barricadas dentro de los hogares insuficientes. Cuando la guerrilla se tomaba los pueblos, el miedo cundía, pues controlaban a quienes iban y venían, controlaban los cuerpos, las voluntades y el orden público e intimidaban. Como dicen los testimonios:

Al tener poder, ellos (la guerrilla) [...] al tener armas, la gente empieza a subyugarse [...] porque a todos nos da miedo, y ellos [...]

empiezan a volverse líderes de las veredas, entonces la gente qué hace, obedece, nos da miedo, nosotros somos 10 o 20 contra 200 [...]” (S. EN°10).

Este testimonio coincide con aquel que refiere al sentimiento de desprotección (S. EN°2), un sentimiento conexo con el miedo, en ambientes en los cuales también es habitual la arbitrariedad que deriva del poder basado en las armas. El miedo circula por los cuerpos de los parroquianos, se impregna y se contagia. Las calles hablan de lo que hay que hacer para mantener la vida:

En este pueblo, hasta hace poco, uno no podía llegar, cuentan las personas [...] que después de las 6 de la tarde, no transitaba ningún carro por miedo a que estuvieran autodefensas y FARC, [...] si, más las FARC, [...] ese grupo es uno de los más reconocidos (S. EN°14).

La guerrilla deja una impresión rabiosa en los cuerpos, uno de los habitantes es claro cuando dice que ante ellos (siente) *“un sentimiento de rechazo. Cuando uno rechaza es porque no hay ningún sentimiento de agrado, que todos los calificativos que tengo ante ellos son malos”* (S. EN°03). Mismos sentimientos devienen cuando se recuerda un personaje particular (Karina) quien dio muestras de sevicia con sus actos, como hacer que se le cortara la cabeza a un soldado e hizo que la patearan (S. EN°06). Los siguientes testimonios reflejan el impacto que se produce entre quienes condenan las actuaciones de la guerrillera mencionada, la rabia mezclada con odio se muestra como un sentimiento visceral, encarnado, ¡total!

Aquí eso fue lo más sanguinario que hubo porque fue muy mala, ella tomó a Nariño y lo tomó de un viernes a un domingo, sale ahora y la prenden que, porque habla de gestora de paz, ¿usted cree que uno bien malo, en tal cosa de la noche a la mañana?” (S. EN°06). ¿entonces por qué no le cayó un rayo y la mató en una de esas? Una persona de esas no queda buena sino muerta o en una cárcel, porque ella no, sabiendo uno como fue de sanguinaria, como fue de mala, porque aquí vino y mató a unos en Río Arriba”. (S. EN°06).

El daño efectuado a la gente alimenta y sostiene una rabia contenida (combinada con miedo), no siempre expresada y, eventualmente, transformada en odio "*Claro, la rabia se transforma en odio ¿no? ¿Eso es qué pues? Pues, ¿qué motivó, por qué le hacen daño a la gente de esa manera?*" (S. EN°03). Hay casos en los que se mezcla con repudio, dolor, impotencia, en especial, como se ha mostrado en otras ocasiones, cuando el daño es ejercido sobre otros (S, EN°05), aquellos más vulnerables, como los ancianos (uno de ellos fue asesinado por no querer entregar una res a la guerrilla) (S. EN°10).

En La Unión hicieron daños a las propiedades e impactaron la subjetividad, la misma que se aferra a las pertenencias, soportes materiales de la identidad: "*Lo que pasó es que aquí estuvieron las FARC y las autodefensas. [...] quemaron fincas, quemaron carros, entonces por eso lo expreso de esa manera*" (EN°23). La rabia tiene sus modos de aparecer, pero, la sensación de las personas se dirige a su represión estratégica, para sobrevivir en medio de la crudeza del conflicto armado. Los siguientes testimonios dan cuenta del clima emocional que se vivía ante la presencia de la guerrilla:

Igual tocaba aguantarla (la rabia) porque... igual, era un sentimiento de miedo, de impotencia de no poder hacer nada, porque no se podía hacer nada, y obvio de rabia, de saber que hicieron una toma, que se tomaron Nariño, que lo destruyeron, o a Argelia y de las muertes y era esa rabia, y la impotencia de que no se podía hacer nada (S. EN°17). ¿Cómo era el ambiente del pueblo? Muy tenso, mucho temor, porque a pesar de que La Pinera está retirada de aquí de la cabeza municipal se escuchaban los disparos, la gente pensaba que eso estaba pasando aquí en el pueblo, pero mentiras, era más abajo. La gente no salía por el miedo pues... a cualquiera le pasaría eso (S. EN°05).

La rabia devenida en odio, sentimientos que no se desligan de otros como el dolor, atraviesan la vida con sabor agrio, de desagrado, y con color tenue, queda como huella. ¿Olvidarlo?, ¡difícil! La guerrilla, la luchadora de las causas nobles, también cayó derrotada al ceder a la crueldad de sus actos, con el objeto de justificar sus acciones. La huella que deja, una quimera de lo que pudo ser.

Lo que deja el conflicto armado, como barreras emocionales para la paz.

Sentimientos deshumanizadores contra la guerrilla.

En los tres municipios en cuestión, el odio está ligado al no olvido, al resentimiento y a la convicción de que este no saldrá de sus corazones. El objeto del odio no es otro que la guerrilla y esto tiene implicaciones para aceptar posibilidades de reconciliación. De ahí que la paz, el perdón y la justicia transicional no sean visibilizados. En el odio que configura la subjetividad se forman también el recuerdo del agravio, la incredulidad sobre la reconciliación, la decepción por la entrega del país a las FARC y la incapacidad para perdonar. Estos dos testimonios dan cuenta de esta postura subjetiva: “[...] cuando ustedes me preguntaban ¿usted siente odio?, claro, ¿entonces qué? No he olvidado. Yo pienso que es un proceso que viene del interior de mucho..., y mientras uno no crea en esa paz yo pienso que no va a existir mucha gente” (S. EN°03). No es el único caso, el rencor también está presente entre gente de La unión:

(¿Rencor?) o sea siento como algo, como un resentimiento, porque me da tristeza que le entreguemos el país a esas personas (las FARC) que de alguna manera contribuyeron a la guerra con una ideología buena o mala, pero contribuyeron a esta... que se dio o al conflicto armado que se vivió [...] son las personas humildes que se afectaron prácticamente [...] es por eso, es como si un poquito de rencor (LU. EN°26).

Se destaca, entre las subjetividades que odian, una que deposita la fuente del mismo en la maldad que nace en el alma y se anida en el corazón, al punto que se estima la incapacidad de perdonar. Los restos de estos sentimientos también se mantienen a pesar del paso del tiempo, en particular cuando se estima que aún se siente la injusticia, que delinquir paga. A esto se agrega el asco por la guerra de poderes detrás del conflicto armado, el microtráfico y la vista gorda del Estado. De donde se podría afirmar que las

fuentes del asco y el odio se mantienen intactas entre aquellos que siguen valorando las realidades a partir de su inconformidad con los desenlaces de los acuerdos y con el carácter de los enemigos declarados. Así lo sienten algunos:

¡Me dan asco!, porque [...] este municipio tiene un problema de microtráfico, y esto nadie lo habla, por guerra de poderes, [...] el municipio de La Unión [...] como es tan rico, acá hay varias cocinas, hay varios jóvenes que [...] por ganarse 100.000 pesos en el día van y venden y son los paramilitares los que han estado con el tema del microtráfico (LU. EN°22).

Cuando se mencionan las emociones como barreras para la paz, la reconciliación y la convivencia, el odio atrae la atención por su peso adverso y funesto ante estas posibilidades de sociabilidad. Perdomo (2015), Villa Gómez (2016), Restrepo (2002) y Aguilera (2003) señalan, de acuerdo con los estudios, que fundamentalmente el odio se manifiesta en situaciones de confrontación o competencia de un bando con el otro. En palabras de Aguilera (2003), superar este sentimiento, junto con los daños morales y psicológicos causados por el conflicto armado, es necesario para lograr la convivencia en Colombia.

La rabia guardada contra las negociaciones de paz

El sentir, tiene sus matices y acentos. El enojo se forma en torno a las actuaciones, ya no en un pasado, sino en cuanto a aquello que aún se mantiene, o dicho en otras palabras, se mantiene precisamente por lo ocurrido, lo que no se olvida, se mantiene vivo y se actualiza en esta fase del proceso. Las heridas causadas no sanan y el dolor junto con la rabia vuelven cuando se evocan los actos de estos grupos, los desplazamientos y los despojos a los campesinos. Al punto que algunos sienten que la rabia muta en deseos de venganza. Ese sentir se condensa en el siguiente testimonio: *(Hoy) es rabia, o sea, uno explota y uno libera esas ideas de venganza, pues, que tiene represadas. Pues, y en este caso, no sé, [...]* (S. EN°05). La rabia sigue

allí represada, agazapada, tal vez obnubilando el nuevo presente, pero afincándose en su razón de ser subjetivo.

El enojo tiene otro objeto: deserciones, justicia transicional, negociaciones y firma del acuerdo, ocupar puestos públicos, participación en el congreso, el plebiscito y la reparación. Como se puede ver, son diferentes los hechos a los que se circunscriben estas emociones. En uno de los eventos, la rabia tiene tres matices: en un lado se convierte en esperanza, en otro se niega y, en uno más, se mezcla con escepticismo. Mientras un participante acepta que con la salida de las veredas de los grupos armados se acabó la presión (S. EN°02), otro no acepta *“el cuento de perdonar y olvidar”*, afirmando que las cosas no se van a arreglar (S. EN°03). El otro caso espera a ver qué sucede a partir del momento de la firma del acuerdo (S. EN°05). Mientras de un lado la rabia cede, en el otro la rabia ciega y en el último, cambia a desconfianza.

El fenómeno del Plebiscito propuesto por el Gobierno de Santos constituye otro evento indignante. El objeto de indignación en este caso fue el comportamiento de las personas (tanto los que apoyaron el no, como los contrarios). Específicamente molesta y produce rabia la *“ignorancia de la gente”* (S. EN°10); para quien así siente, no se entiende que siendo víctimas hubiesen votado por el NO: *“eran la mayoría víctimas y todas dicen ‘sí, yo voté por el No’, [...] o sea, ¡es el colmo!”*. Luego, a la manera de revancha comentó: *“me alegré demasiado cuando siguieron con los acuerdos y reglamentándolos”* (S. EN°10). No obstante, la rabia también proviene del lado opuesto, aquellos que, al apoyar el No, cuestionaban con enojo a quienes lo apoyaban, máxime si eran sus parientes:

Esa niña mía bailaba del pelo cuando yo vote al “sí”, esa niña se podía morir de la ira conmigo, rabia porque yo hablaba de Santos y ella era porque la tenían envenenada (con dolor y tristeza), disque que porque la iban a poner a trabajar con ellos, que le van a pagar más a los de la guerrilla y eso es un envenenamiento impresionante (con asombro, desconcierto), [...] y se mueren de la rabia porque yo vivo metida en el proceso de paz (S. EN°10).

Existen simultáneamente otros eventos particulares que se inscriben en eso que se ha denominado "efectos de las negociaciones", pero, que apunta en la dirección de lo obtenido por el grupo insurgente desmovilizado. De un lado, las acciones de quienes no se acogieron o de aquellos que luego del acuerdo desertaron, han dejado una estela de bronca o rabia entre algunos habitantes. A uno de los participantes su sentir le lleva a la conclusión de que la guerra no se acaba, pues conviene a algunos, todo porque *"alguien de la guerrilla se voló con 60 compañeros sin seguir negociaciones"* (S. EN°02).

Por otra parte, hay quienes se indignan por ver guerrilleros ocupando puestos importantes, lo cual califica, inmerso en su rabia, como "una monstruosidad" que le ha ocurrido al país. De este modo da cuenta de su sentir:

... que rabia da hoy ver a esas personas ocupando puestos importantes en el país, yo critico eso, [...] o sea, ¡vamos a permitir que ellos gobiernen el país! [...], se nos olvidó el daño que le hicieron a Antioquia y al país (S. EN°10).

El concepto de justicia juega un papel importante en el origen de la rabia y la indignación tras la firma del acuerdo de paz. El hecho de eximir a los excombatientes del castigo penal o de otra naturaleza y beneficiarlos con puestos de poder burocrático se considera desproporcionado en relación con las acciones perniciosas cometidas contra la población civil, así lo comenta una de las entrevistadas: *"...se ofrecieron ciertos privilegios que no se debía, no es justo que una persona que ha acabado con vidas, que ha maltratado a familias enteras, lo premien"* (LU. EN°23). Por otra parte, en el cuestionamiento al gobierno por el proceso de paz con las FARC, tras compararlo con el que se llevó a cabo con los paramilitares, se señala el no haberse tenido en cuenta a las víctimas y el no haberles dado la reparación adecuada al ser los dolientes, quienes lo vivieron directamente:

El asunto de la verdad [...] vuelve y le da una rabia ¿cierto?, finalmente es un juego entre los que están ostentando el poder y la gente de abajo, al campesino y la gente que sufrió de fondo finalmente no la tienen en cuenta (LU. EN°24).

Además de esto, el funcionamiento del sistema de justicia también es puesto en duda, los entrevistados afirman que “*La ley de este país no sirve*” (LU. EN°22). Lo que se plantea entonces es que el problema no es el haber alcanzado la paz con el grupo guerrillero, el malestar se encuentra en la cesión de privilegios, en la falta de castigo e incluso en la fragilidad del acuerdo y la posibilidad de sacar provecho del mismo en las elecciones: “*(...) cada uno está buscando cómo acomodarse para las próximas elecciones, entonces nada, los partidos esta semana se hicieron a un lado y se hundieron los proyectos. Entonces no, es una paz, muy mal hecha...*” (LU. EN°27). Los sentimientos negativos no siempre están dirigidos a los excombatientes, al gobierno “también le toca su parte”:

Entiendo básicamente que como personas todas buscamos algo y ellos (FARC), equivocados o no, según lo quiera ver uno, porque también hay quien les dé la razón, buscaban algo y ese fue el mecanismo que se les ocurrió. Si me genera muchas emociones, la parte del gobierno” (C. EN°42).

En síntesis, el objeto de la rabia es que se hayan eximido a los excombatientes del castigo penal y se les dé beneficios políticos. No se ha tenido en cuenta a las víctimas, por eso la rabia también es hacia el funcionamiento del sistema de justicia: “La ley de este país no sirve”. Pero el blanco de la rabia, no son los excombatientes, sino el gobierno. El acuerdo se evalúa desproporcionado, carece de equidad e igualdad en el trato a guerrilleros y víctimas. La rabia se subjetiva tomando la forma de la crítica y se señala que el acuerdo es un juego entre dos bandos: los de arriba y los campesinos. Los políticos se van acomodando para las elecciones. Todo esto se entiende en un horizonte en el cual lo acordado no es justo, entendido como inequitativo. Rabia contra gobierno y sistema de justicia. Acuerdo con inequidad, deficiente y desproporcionado. Ignora víctimas, premia líderes de la guerrilla.

Conclusiones

El conflicto armado es una situación que encerró en una esfera infranqueable la vida de miles de habitantes. Hoy los acuerdos de

paz con paramilitares, guerrilleros o fuerzas armadas, son realidades ajenas para quienes lo perdieron todo, aunque hayan quedado vivos. Perdieron su gente, esperanza, tranquilidad e ilusión de vivir en un pueblo guardando sus tradiciones. Ahora tienen que sumarle actos simbólicos de perdón y reclamos al Estado, terapias grupales para no olvidar, pero, mantener la memoria viva. Y en medio de todo, con odio, rabia, desconfianza, y hasta con dolor/agravio, son muchos los que enfilan baterías contra los militares, los exmiembros de las FARC y contra "el gobierno", por pactar algo desconociendo ese espectro de sufrimiento de la gente común.

El conflicto armado se mantiene vivo a través de la memoria colectiva. Sus efectos emocionales están vigentes. Para los habitantes de estos tres pueblos antioqueños es una situación total en la que todo se articula, se hace uno, aunque a través de la palabra aparezcan distintos la rabia y la tristeza, la desconfianza y el miedo. El miedo de ayer es el miedo de hoy. La rabia y el odio gestados durante el conflicto armado, o durante los acuerdos de La Habana y hasta en el Plebiscito, son los mismos ahora durante la implementación de los acuerdos. Si hay algo que haya provocado efecto sobre las comunidades es "el daño a la gente" y el sentir/descubrirlo, como un daño a todos, no a cada uno. El daño a la gente concita sentimientos articulados, toman tonos y forman una especie de bucle afectivo colectivo.

¿Y cómo es que estos sentimientos emocionales constituyen barreras para la paz y la reconciliación? Los relatos abundan en diversidad de sentimientos emocionales que embargan a los sujetos, ante uno u otro evento, o ante uno u otro objeto. Ahora bien, cada sentimiento no se presenta en su completa condición, o lo que es tal vez más preciso, podrían emplearse diferentes términos, sustantivos, adjetivos y hasta metáforas para identificarlos, lo que hace más complejo el sentimiento. Muchos sentimientos emocionales tienen mezclas, variaciones, mutaciones y matices diferentes (Ovejero, 2007). Algo como esto descubre Fernández (2015), que en su estudio descubre que la población, vinculada al caso de Ayotzinapa, sentía tristeza ante noticias de hechos violentos, incluso, mezclada con enojo e impotencia ante las mentiras utilizadas para esconder los hechos de violencia.

No hay posibilidad de distinguir sentimientos emocionales sino de aceptar la emergencia de una combinación colectiva de sentimientos, que Benski & Langman (2012) denominan “constelaciones emocionales”, algo así, según ellos, como la aparición conjunta de algunos, dando cuenta de la complejidad emocional. El significado emocional, dice Jasper (2012), debe ser lo que los actores realmente respalden, no el que los estudiosos atribuyan. Por esto, en lugar de clasificar desde el punto de vista de la ciencia, nos ajustamos a los modos de definir lo sentido por parte de los participantes.

Detrás de los nombres de los sentimientos emocionales hay una subjetividad colectiva impactada en sus cuerpos aniquilados o reprimidos. Sin libertad de expansión hacia la vida, con la identidad confundida, pues han quedado cosificados por la violencia, subordinados por la crueldad del otro, reducidos a la obediencia y el silencio cómplice. El conflicto armado, como situación emocional, ha sido la fractura de la esperanza colectiva, la obturación de la alegría social y la minimización de la cordialidad.

Y en este orden de ideas, no es gratuito que emerjan sentimientos emocionales contra los acuerdos, como se ha expuesto, y que estos no se modifiquen a pesar de los anuncios de esperanza y reconciliación nacional. Ya se sabe que los sentimientos emocionales devienen barreras por su carácter rígido, inflexible y son cerrados a la contradicción o la diferencia, creando de esta forma una lógica bipolar de amigo/enemigo, como lo indica la aversión a las FARC o a los paramilitares, en la que se hace de estos blanco de odio e ira (Bar-Tal, Chernyak-Hai, Schori, & Gundar, 2009).

Las acciones de paramilitares y guerrillas, como del gobierno o los militares, son blanco de sentimientos como la rabia, el miedo, la desconfianza o el odio, por sus acciones durante el conflicto armado o durante los acuerdos de paz. Lo que se comprende es que una población o una región, ante la experiencia de conflicto armado dentro de su país, no experimenta una orientación “emocional” colectiva, en sentido singular, como lo sugieren los estudios de Bar Tal & Halperin (2013), sino diferentes orientaciones emocionales colectivas (OECs), entremezcladas y

confusas que se reflejan (no de manera especular) en la disposición de los pobladores ante los acuerdos o ante los actores del conflicto armado, ahora en tiempos de posacuerdo. Poma & Gravante (2013) afirman que las emociones actúan en matrices, pues ante un mismo evento intervienen diferentes emociones y producen respuestas diferentes según los sujetos y el contexto.

¿Cuándo se forman sentimientos emocionales como barreras para la paz? Digamos que cuando los eventos se suman y articulan entre sí. Cuando a unos sobrevienen otros. Cuando no son aislados sino que adquieren sistematicidad durante varios años. Cuando los golpeados son, serialmente, todos aquellos que forman parte de su comunidad. Cuando los perpetradores una y otra vez caminan impunemente por donde las personas naturales del territorio transitan en su cotidianidad (como el caso de "Huracán"). Cuando al asesinato le sigue la violación sexual (como en Cocorná) o cuando los ancianos son asesinados "por no colaborar" (como en Sonsón). En otras palabras, cuando la estructura social es modificada y las condiciones históricas definen más de un opresor que somete con base en el terror. Nuestra hipótesis es que no se entiende sino por sus efectos psicosociales: cuando se ha provocado daño se va creando animadversión emocional. Como lo expone Hatibovic (2017), las barreras emocionales aumentan la animadversión sobre los que han sido considerados como enemigos.

Es el aplastamiento de la gente por ese militarismo cruento durante décadas, con la complicidad de quienes decían luchar por o defender "al pueblo", en sus diferentes formas, lo que constituye el sentimiento de daño y la manera cómo afecta es lo que se ha dado en llamar agravio moral y menosprecio (Honneth, 2006). Aquí radica la razón de ser de la constitución de barreras emocionales para la paz y la reconciliación.

El daño emocional y su correspondiente sentimiento de agravio y humillación configuran un clima afectivo y con él se establece el eslabón que vincula sentimientos emocionales durante el conflicto armado, con los sentimientos emocionales en la situación de posacuerdo. No afirmamos que cada individuo actúa ante las posibilida-

des de paz de forma aversiva, sino que se forma un clima emocional que abriga y embarga a cada poblador, a cada sujeto, como una maraña de sentimientos que lo somete, la cual, a su vez, crea una disposición personal para oponerse a una reconciliación. Cada miembro de la comunidad, de manera diferencial, ha sentido el peso del conflicto armado y cada uno se ha subsumido a la estela de miedo, rabia, odio y desconfianza colectivos. Y, por lo mismo, ha transitado con estos sentimientos emocionales hacia la fase de posacuerdo sin desprenderse fácilmente de sus efectos. Aunque haya quienes les apuesten a las posibilidades de reconciliación, otros mantienen su rechazo: el dolor es muy fuerte para ser olvidado. Parafraseando a Halperin & Bar-Tal (2011), las OEC fundadas en el sentimiento de agravio se integran en el conjunto de aspectos de la psicología popular con la que se interpretan y vivencian eventos conflictivos o pacíficos. Aquí puede estar una de sus cualidades para que operen como barreras para la paz.

El informe del Grupo de Memoria Histórica (CNMH, 2013) reconoce la existencia de daños y los clasifica en cuatro categorías: emocionales y psicológicos, morales, políticos y socioculturales. Cada una de estas involucra las implicaciones individuales, familiares y, desde luego, colectivas. Según sus palabras, que en nada contradicen con estas líneas, en casi todos los territorios a donde acudió el GMH, las personas dieron cuenta del miedo como el sentimiento más generalizado (dada su permanencia a través del tiempo). Ese sentimiento, se acompañó de sensaciones permanentes de amenaza y vulnerabilidad. Las personas se vieron obligadas a desplegar mecanismos de protección como el silencio, la desconfianza y el aislamiento.

Todo esto, tal como también aparece en este capítulo, produjo el repliegue de las personas su vida íntima y enclaustrada, a tal punto que también limitaron sus conversaciones con el entorno. Las familias se encerraron, no se podía salir a la calle y se desconfiaba de la gente. Esto también es un daño psicosocial, más allá de las personas, es la vida colectiva la afectada. En estas condiciones operan las barreras emocionales para la paz y la reconciliación, pues es a través de las OEC que se puede entender el papel del contexto emocional a largo plazo (sentimientos emocionales), en

tanto orientadoras de la evaluación que hacen los miembros de un colectivo social sobre hechos o eventos importantes de los que tenga una determinada información.

En concordancia con el mismo informe (CNMH, 2013), las personas daban muestras de sentimientos profundos de odio y de rabia, producidos en situaciones y vivencias de injusticia o en relación con el recuerdo de las humillaciones repetidas que experimentaron. A todo esto se suma, para aumentar el dolor y la frustración, la sensación de impotencia que dejaba constatar la impunidad de que se hacían objeto los responsables directos e indirectos de los actos de horror. Parafraseando a Barrero (2011), esa gestión de las violencias se va instalando en el cuerpo social sin acompañarse de compasión, deshumaniza no solo al contrincante, sino a quienes son sospechosos: todos. Cuando las barreras emocionales tienen por objeto un conflicto intratable, o por blanco un actor armado, van influyendo sobre los significados construidos por una población, para responder de cierta forma a determinados intereses o rechazar conciliaciones con quien ha sido considerado "enemigo del pueblo" (Halperin, 2014).

A través de la comprensión del sentimiento de daño y agravio moral se logra también comprender el carácter destructivo de la violencia sobre los sentimientos colectivos de integración, sus materializaciones psicosociales en los lazos de confianza y la emergencia de barreras emocionales para la paz y la reconciliación, cuando los enemigos militares acuerdan su procura. Dice Palma (2020) que muchas víctimas de la violencia entienden que no hay salida para un proyecto político alterno, lo cual crea ira, angustia y miedo, reproduciéndose en forma de espiral rabia/miedo-pesimismo-rabia/miedo. De aquí a un rechazo de los acuerdos, al plebiscito y a la reintegración de excombatientes de las FARC, hay menos de un paso. La proximidad de daño propio encarna en ira justificada, como se ha mostrado a través de los relatos.

Al cabo de un tiempo, deviene el trauma psicosocial entendido como el daño que se produce en el "cuerpo social" al que pertenecen los individuos, es decir, en las relaciones interpersonales y en las comunidades (Palma, 2020). Las situaciones de ultraje y violencia,

pero sobre todo el desprecio mostrado a los otros (en este caso por los combatientes a la población civil), se integran en una totalidad con sentimientos de rabia e injusticia, situación en la que se producen identificaciones con quienes sufren actos de humillación y agravio: los otros. El daño perpetrado a los campesinos, los pobres, las familias, las mujeres, ancianos y niños, es un daño sentido empáticamente, provocador de ira y odio.

Bonett (2019) se refiere al desprecio, la humillación, el asco, el resentimiento, la ira y la envidia, cuando hace referencia al odio. Sostiene que pueden ser factor o resultado del odio, pero, que ninguno alcanza la fuerza de este sentimiento. Bonett (2019) amplía su conceptualización al ámbito de lo político y plantea que, como todas las emociones y sentimientos, el odio se asienta en creencias: cuando nace de la indignación, de una sensación de injusticia, o cuando sucede al oprobio, la exclusión o la humillación, puede cegar, aunque también aguce la capacidad crítica. El odio es el sentimiento emocional que actúa como la más poderosa barrera afectiva para la paz, es impulsado por una evaluación del comportamiento dañino del exogrupo (Halperin, 2014)

Por su parte, la ira se asocia con la evaluación de un comportamiento del exogrupo como injusto y desleal (Roseman, Wiest, & Swartz, citados por Halperin, 2014). Se constituiría en barrera emocional para la paz en cuanto entorpece la asimilación de nuevas ideas o valores, información positiva sobre el que ha sido construido como oponente, además que influye para que la gente se oponga a las negociaciones, al compromiso y la reconciliación (Halperin, 2014).

Se concluye, por lo menos en el marco de este territorio, que no estamos tratando con uno de los polos del conflicto, ningún ejército, sino con “ese tercer sujeto pasivizado” por el CA, que el tipo de conflicto es interno, entre fuerzas estatales y fuerzas ilegítimas, no entre naciones, que los sentimientos emocionales como los de odio, ira y desconfianza son intercategoriales: de la población civil hacia sus gobernantes, su ejército regular o hacia quienes dicen luchar por su “bienestar”, que no hay una orientación emocional colectiva definida, sino combinaciones de sentimientos emocionales u orien-

taciones articuladas y que se ha creado una confusión sentimental, más grave que una orientación determinada.

El CA ha creado y le ha dado forma a un clima emocional que golpea fuerte la identidad y la subjetividad: todo lo cubre (y lo ha cubierto) de sombras afectivas y recuerdos dolorosos. Pero, sobre todo, mostró el desprecio dirigido a la población civil, la misma que lo siente, cuestión difícil de superar. Igualmente, los sentimientos aparecen, se muestran, en su forma social, por ejemplo, el miedo, la rabia, la tristeza y la desconfianza se muestran entreveradas en ese silencio social, aquello de lo que no se habla públicamente, pero que sigue carcomiendo las relaciones en el colectivo y sospechando de lo que hagan los líderes de los acuerdos, en especial, del Gobierno Nacional, en eso que podría llamarse "que no sepan de lo que aquí hablamos". Pero también y fundamentalmente, ha quedado claro que las barreras emocionales para la paz y la reconciliación se configuran en torno al sentimiento de daño sobre sí y sobre los otros, ocasionado por acciones que proceden de los ejércitos actuantes y del gobierno nacional y al sentimiento de menosprecio de que han sido sujetos "pasivos" y que se constituyen en sujetos activos cuando se trata de oponerse a los acuerdos de paz.

Referencias

- Aguilera T., A. (2003). Las secuelas emocionales del conflicto armado para una política pública de paz. *Convergencia*, 10(31), 11-37. Recuperado de: <https://convergencia.uaemex.com/article/view/1635/1244>
- Aguilera Ruiz, O. (2010). Cultura política y política de las culturas juveniles. *Utopía y Praxis Latinoamericana* 15(50), 91-102
- Alcaldía de Sonsón. (2017). Sonsón Antioquia. Obtenido de Mi Municipio: <http://www.sonson-antioquia.gov.co/MiMunicipio/Paginas/Presentacion.aspx>
- Ángel, D. & Herrera, D. (2011). La propuesta hermenéutica como crítica y como criterio del problema del método. *Estudios filosóficos*, (43), 9-29.
- ASDI & PNUD (2010). Oriente Antioqueño: análisis de la conflictividad. Recuperado de https://info.undp.org/docs/pdc/Documents/COL/00058220_Analisis%20conflictividad%20Oriente%20Antioque%C3%B1o.pdf

- Atehortúa, A. (31 de 08 de 2019). “Fin de semana negro”: Memoria de una masacre en Sonsón . Obtenido de Hacemos memoria: <http://hacemosmemoria.org/2019/08/31/fin-de-semana-negro-memorias-de-una-masacre-en-sonson-juan-camilo-gallego-castro-periodista/>
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. Cambridge: University Press.
- Bar-Tal, D., Chernyak-Hai, L., Schori, N., & Gundar, A. (2009). A sense of self-perceived collective victimhood in intractable conflicts. *International Review of the Red Cross*, 91(874), 229-258. doi:10.1017/S1816383109990221
- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2013). The nature of socio-psychological barriers to peaceful conflict resolution and ways to overcome them. *Conflict & Communication*, 12(2). Recuperado de: http://www.cco.regener-online.de/2013_2/pdf/bar-tal_halperin.pdf
- Bar-Tal, D. & Halperin, E. (2014). Socio-psychological barriers for peace making and ideas to overcome them / Barreras sociopsicológicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social: International Journal of Social Psychology*, 29(1), 1-30. doi:10.1080/02134748.2013.878568.
- Bar-Tal, D.; Halperin, E. & De Rivera J. (2007). Emociones colectivas en situaciones de conflicto: implicaciones sociales. *Journal of Social Issues*, 63, (2), 441—460
- Barrera Machado, D., & Villa Gómez, J. D. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El Ágora USB*, 18(2), 459–478. <https://doi.org/10.21500/16578031.3828>
- Barrero, E. (2011). *Estética de lo atroz. Psicohistoria de la Violencia política en Colombia*. Corporación Cátedra Libre Ignacio Martín-Baró. Asociación Latinoamericana para la Formación y la Enseñanza de la Psicología –ALFEPsi–. Colombia.
- Benski, T. & Langman, L. (2012). The Effects of Affect: the place of emotions in the mobilizations of 2011. In: Benjamín Tejerina and Ignacia Perugorria (Editors). *Global Movements, National Grievances. Mobilizing for “Real Democracy” and Social Justice*. Universidad del País Vasco. Bilbao. Descargado de https://www.academia.edu/9211959/2012_Global_Movements_National_Grievances._Mobilizing_for_Real_Democracy_and_Social_Justice

- Berger, P. & Luckman, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*, Barcelona, Hora. 162 p.
- Boiger, M. & Mesquita, B. (2012). The Construction of Emotion in Interactions, Relationships, and Cultures. *Emotion Review*. 4(3). 221 –229. Disponible en http://www.comp-si.org/workshop-14-files/Boiger_Emotion%20Review%202012.pdf
- Bonett, P. (2019). Apuntes sobre el discurso del odio en la sociedad contemporánea. Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Desde el jardín de Freud [n.º 19, enero-diciembre 2019, Bogotá], pp. 177-186.
- CNMH (2013). *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá, Imprenta Nacional. Versión electrónica. Recuperado de: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-ya-colombia-memorias-de-guerra-y-dignidad-2016.pdf>
- Cruz, A.L. (2012). La razón de las emociones. *Eleuthera*, 6, 64-81.
- Echandía, C. (2004). *Panorama actual del Oriente Antioqueño*. Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH. Documento pdf. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/319141645_Panorama_actual_del_Oriente_Antioqueno
- Fernández Ch., P. (2006). *El concepto de la psicología colectiva*. México. Facultad de Psicología UNAM. Localizado en <https://app.box.com/shared/qstsbx9cck>
- Fernández Ch., P. (2009). Lo psicosocial. *Revista El Alma Pública. Revista Desdisciplinada de Psicología Social*, 2(4), 41-48. Recuperado de: <http://www.elalmapublica.net/pdf/AP4.pdf>
- Fernández P., A.M. (2015). Una mirada social general sobre el movimiento por Ayotzinapa. *Teknokultura*, 12(2), 241-265.
- Flam, H. & King, D. (Edited) (2005.) *Emotions and Social Movements*. Routledge. New York. <https://epdf.tips/emotions-and-social-movements-routledge-advances-in-sociology.html> (45)
- Gayer, C.; Landaman, S.; Halperin, E. & Bar-Tal, D. (2009). Overcoming Psychological Barriers to Peaceful Conflict Resolution: The Role of Arguments about Losses. *Journal of Conflict Resolution*, 53(6), 951-975. doi:10.1177/0022002709346257.

- Gergen, K. (1994). *Realidades y Relaciones: Aproximaciones a la construcción social*. Paidós.
- Gil, A. (2008). El asco desde la mirada psico-social: emociones y control social. *El alma pública. Revista Desdisciplinada de Psicología Social*, 1(1), 73-87. Recuperado de https://www.academia.edu/307661/El_Aasco_desde_la_mirada_Psicosocial_Emociones_y_Control_Social
- Halperin, E. (2014). Collective emotions and emotion regulation in intractable conflicts. In Von Scheve, C. & Salmela, M. (Eds.), *Collective emotions* (281-295). Oxford University Press.
- Halperin, E., & Bar-Tal, D. (2011). Socio-psychological barriers to peace making: an empirical examination within the Israeli Jewish Society. *Journal of Peace Research*, 48(5), 63-651.
- Hameiri, B.; Bar-Tal, D. & Halperin, E. (2014). Challenges for Peacemakers: How to Overcome Socio-Psychological Barriers. *Policy Insights from the Behavioral and Brain Sciences*, 1(1), 164-171. doi:10.1177/2372732214548428.
- Hatibovic Díaz, F. (2017). *Psicología Política y Problemas Sociopolíticos: Emociones Compartidas, Regulación Emocional y Creencias Sociales en el marco del Conflicto Marítimo con Bolivia y la Corrupción Política en Chile*. Universidad del País Vasco UPV/EHU. Recuperado de: https://addi.ehu.es/bitstream/handle/10810/26534/TESIS_HATIBOVIC_DIAZ_FUAD.pdf?sequence=1&isAllowed=n
- Honneth, A. (2006). El reconocimiento como ideología. *Isegoría*, (35), 129-150. En: <http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/viewArticle/33>
- Jasper, J. (2012) ¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas. *Sociológica*. 27(75), 7-48. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732012000100001
- Mafessoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Icaría. 289p.
- Marc, E. & Picard, D. (1992). *La interacción social. Cultura, instituciones y comunicación*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Nussbaum, M. (2018). *La ira y el perdón. Resentimiento, generosidad y justicia*. México, Fondo de Cultura Económica, 431.
- Ortega, J., & Gasset, J. (1996). *El hombre y la gente*. Revista de occidente y Alianza Editorial. Para este trabajo se consultó la

- versión de Librodot.com. Obtenido de <http://manuelosses.cl/VU/El%20Hombre%20y%20la%20gente.%20O.Gasset.pdf>
- Osorio, D. (26 de 08 de 2018). Hacemos memoria. Obtenido de El "fin de semana negro": El principio de la tragedia. Recuperado de <http://hacemosmemoria.org/2018/08/26/paramilitares-sonson-1996/>
- Ovejero, A. (2007). *Las relaciones humanas: Psicología social y Teoría Aplicada*. Biblioteca Nueva.
- Palma, C. (2020). Recuperar el legado de Martín-Baró: Psicología social de la guerra. *Revista Psicología para América Latina*, (33), 53-65. Recuperado de: <http://pepsic.bvsalud.org/pdf/psilat/n33/a07n33.pdf>
- Perdomo, H. (2015). Concepciones del conflicto armado colombiano en estudiantes de un curso de sociología de la UNAD. *Revista de investigaciones de la escuela de ciencias sociales, artes y humanidades UNAD*, 6, 109-112. Disponible en <https://goo.gl/1VLbn7>
- Piedrahíta, C.L. (2013). Reflexiones metodológicas. Acercamiento ontológico a las subjetivaciones políticas. En: Piedrahíta; Claudia; Díaz, Álvaro y Vommaro, Pablo (Comp.) *Acercamientos metodológicos a la subjetivación política: debates latinoamericanos*. Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Clacso.
- Poma, A. & Gravante, T. (2013) Emociones, protesta y cambio social. Una propuesta de análisis. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273229907003>
- Restrepo, L.C. (2002). La confianza frente a la desconfianza Un enfoque de salud mental para la construcción de paz en Colombia. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 31(4), 271-284. Disponible en <http://www.scielo.org.co/pdf/rcp/v31n4/v31n4a03.pdf>
- Rimé, B. (2011). *La compartición social de las emociones*. Desclée de Brouwer.
- Ritzer, G. (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. McGraw Hill. 680p.
- Villa Gómez, J. D. (2012). *El papel de las acciones públicas de memoria colectiva de las organizaciones de víctimas en la reconstrucción del tejido social y el empoderamiento colectivo*. Tesis Doctorado en Migraciones internacionales y Cooperación al desarrollo, Instituto de Migraciones, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, España.

- Villa Gómez, J.D. (2016). Perdón y reconciliación: una perspectiva psicosocial desde la noviolencia. *Polis*, 43, 1-23. Disponible en <https://journals.openedition.org/polis/11553>
- Villa Gómez, J.D & Patiño, C.D. (2021). Barreras Psicosociales para la Paz: una lectura dialógica desde diferentes perspectivas teóricas. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 60-91). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 3

“Las heridas van sanando poco a poco”.
La transformación emocional vivida en
los acuerdos de paz y posacuerdo
en el oriente antioqueño

Carlos Esteban Estrada¹
Carlos D. Patiño²
Jeny Paola González³
Sofía Jaramillo³
Sebastián López³
David Ruiz³
Juan José González³

Resumen

Este capítulo de libro, resultado de investigación, hace parte del proyecto “barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”. Comprende la continuidad y transformación afectiva vivida en los Municipios de Sonsón, Cocorná y la Unión durante el proceso de paz y el naciente posacuerdo, dándole continuidad al capítulo anterior de este mismo libro, “Eso nos dolió a nosotros”.

¹ Psicólogo, Magíster en psicología. Docente asociado de la Facultad de psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Grupo de estudios clínicos y sociales en Psicología. carlos.estrada@usbmed.edu.co

² Sociólogo, Magíster en educación, candidato a doctor en Psicología. Docente asociado de la Facultad de psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Grupos de estudios clínicos y sociales en psicología. carlospatiogaviria@gmail.com.

³ Psicólogos de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Miembros del Semillero de Psicología Social y Política.

Barreras emocionales para la paz, formadas durante el conflicto armado en el oriente antioqueño". Tomando como situación el proceso de paz y el posacuerdo, y a partir de los eventos que allí se dieron, como el plebiscito por la paz, la entrega de armas por parte de los excombatientes de las FARC-EP y demás, se habrá de dar cuenta de un legado emocional en transición, de afectos que han sido creados y sedimentados en el marco del conflicto armado que comienzan a moverse. Así, la rabia que ahora toma por objeto unos acuerdos que se perciben como un premio a la infamia y a la no reparación. La desconfianza que se dirige tanto a los participantes del proceso de paz como al proceso mismo, en tanto se percibe lejano y distante. Estos sentimientos persisten, aunque agrietándose, y en estas fisuras se habrá de colar la esperanza.

Palabras clave: emociones, afectos, sentimientos, proceso de paz, posacuerdo, violencia.

Introducción

La sociedad completita es una forma que guarda dentro de sí más formas. A esta se le conoce por sus texturas, olores, relatos acompañados entre silencios, acentos y gestualidades, se le siente en las maneras de ver la vida, en la constitución de las ciudades, los refranes, los pueblos y las veredas. La sociedad se ve en sus medios de transporte, en sus *quehaceres* y caminantes. Tal vez por esto se dice que la memoria se airea entre la gente y se mantiene en las historias de los sentires y los pensares, esos de los que también están hechos los discursos de la política, las conversaciones a la hora del almuerzo y los días de mercado. También se encuentra en el recuerdo desde relatos que entre miradas dibujan el paso desgarrador que deja una guerra, historias del conflicto armado que palpan heridas y cicatrices en nuestras voces y silencios.

Así como en algunos lugares no cesa el aturdidor sonido de la guerra, en otros como Cocorná, Sonsón y la Unión, los toques de queda y los bandos como se les solía conocer, con miradas desafiantes y armamentos, son ausencias y recuerdos de un pasado, pero, que queda titilando como grieta en imágenes y en recorridos. Parece que se respira una

tensa calma en las pieles, las miradas, en lo que se ve, se hace o, en su defecto, deja de hacerse. Allí, habitan sentimientos endurecidos por su larga trayectoria, unos de velocidad lenta y otros que son un suspiro en tanto desorden. Su presencia puede unificar, separar o gestar intentos de olvido.

Los actos de violencia cometidos por los grupos armados, como el despojo de las tierras, la irrupción en las prácticas alrededor de las mismas, el reclutamiento forzado y el asesinato, dejan sentimientos de impotencia y en la mirada y gestos de las víctimas se reconoce un hastío, la rabia actúa de inmediato, sentimiento rápido y filoso, mientras que va acentuándose o, a su modo, difuminándose en la superficie que logra entrever rezagos de un profundo dolor punzante que se arraiga en el cuerpo.

Se sigue a viva voz el recelo, la extrañeza de ir viendo gente rara, extraña al municipio, a la vereda. Esos mismos que no son ni vecinos ni cercanos, pero, caminan “pisando fuerte” y pasando por encima. Donde sentir todo esto es reconocer la desconfianza de quien camina por el costado, vivirlo es ir viendo cómo se van dejando silencios distantes entre la gente y es la mirada puesta en el vecino que ya no se sabe quién es o mejor dicho de qué bando es. Caminar las carreteras, mirar a los ojos, cuidar lo que se dice, cuidar a quien se le dice, es el ambiente del pueblo que se encuentra nublado por el temor. Este se impregna y camina con el caminante, no perece y se acompaña de la desconfianza que no es más que sonido de la cotidianidad, hecho y delineado por la zozobra, el terror y la incertidumbre.

La presencia de los paramilitares no da tregua y la confrontación armada con la guerrilla deja entre la gente sentimientos que se encapsulan y dan duro, muy duro. Mientras que el ejército decepciona y el Estado entre sus intentos de hacerse sentir se hace ausente, sus acuerdos son objeto de desesperanza y hastío, mientras una luz de esperanza se cuele por las fisuras que deja una oleada de violencia que cesa a ratos. A pesar de la resignación y la desazón puesta encima de la esperanza de una comunidad fragmentada por la violencia, la fortaleza aturdidora se inmiscuye desde sentires dulces, resistentes y abigarrados, afectos como el amor, la alegría y la indignación irrumpen a tropiezos en esa cotidianidad hecha por el conflicto armado tomando a su lado un hábito de valentía, deseosa y compasiva para seguir apostándole a la vida.

En este capítulo de libro, que se enmarca en el macroproyecto de “barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”⁴, que es la continuación del capítulo anterior, damos cuenta de la continuidad afectiva vivida en los Municipios de Sonsón, Cocorná y la Unión, en tiempo de proceso de paz y el nacimiento posacuerdo. En este sentido, la orientación teórica y metodológica que se asume puede ser profundizada en dicho capítulo. En lo que atañe a este, se desarrollará justamente a partir de la situación proceso de paz y posacuerdo. Todo esto, en función de los eventos que concretan modos de sentir y de *afectarse* (conmoverse, emocionarse), que en general habrán de dar cuenta de un legado emocional en transición. Afectos que han sido creados y sedimentados en el marco del conflicto armado comienzan a moverse. La rabia y la desconfianza persisten como barreras para la paz, aunque agrietándose, y en estas fisuras se habrá de colar la esperanza.

Valga aclarar que esta mirada en torno a los afectos también se encuentra en relación con lo propuesto por Bar-Tal (2013), al enunciarlos cómo un componente del ethos favorable al sostenimiento de los conflictos bélicos, junto con las narrativas del pasado (construcciones de memoria) y creencias sociales colectivas (en torno al enemigo y las motivaciones de unos y otros grupos). Así se centra la atención especialmente en los afectos, entendiéndolos en su contexto de producción y en articulación con estos otros elementos que el autor desarrolla.

Cómo se llega emocionalmente al proceso de paz y posacuerdo

El proceso de negociación entre el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón y la guerrilla de las FARC-EP constituyen un hito en la his-

⁴ Este proyecto se logra gracias a la articulación entre La Universidad Pontificia Bolivariana, La Universidad San Buenaventura De Medellín, Fundación Universitaria Católica Del Norte, Fundación Universitaria Claretiana, Pontificia Universidad Javeriana – Cali y Universidad Surcolombiana.

toria reciente de Colombia. Toda vez que la guerrilla con mayor trayectoria y expansión en el país participó de un proceso de dejación de armas y terminó finalmente con la desmovilización y desvinculación de la estructura armada el 24 de noviembre de 2016, día en que finalmente se firman los acuerdos de paz que incluían seis puntos centrales, a saber: reforma rural integral, participación política, apertura democrática para construir la paz, cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo y la dejación de las armas, solución al problema de las drogas ilícitas, víctimas y los mecanismos de implementación y verificación.

Para llegar a firmar este acuerdo de paz se involucró en el proceso de negociación a diferentes actores sociales: a los sabidos Estado y la guerrilla de las FARC-EP. Así participaron entonces organizaciones comunitarias y líderes sociales, actores clave que estuvieron presentes en el conflicto armado y, especialmente, las víctimas de la violencia en Colombia (de todos los bandos, incluyendo el Estado, en manos de los militares) se sumaron al proceso en clave de aporte, de reconocimiento de los diferentes sectores que padecieron el conflicto e incluso quienes dieron voz a aquellas personas que hoy faltan entre la gente, todo esto en aras de asumir un proceso que se avecinaba como esfuerzo colectivo de construcción de paz (Fisas, 2010).

Esta situación de reencuentro entre diversos sectores sociales y diferentes lugares de experiencias en el marco del conflicto dieron lugar a un escenario afectivo en el que se actualizaron viejos resentimientos, como la indignación, el miedo y la desconfianza. Estos sentimientos gestados en el marco del conflicto llegan como lastre histórico, endurecidos y fuertes, a afrontar el posible cambio y sus movilizaciones.

En este sentido, la desconfianza fue una constante durante el proceso de paz y se ha ido enquistando conforme pasa el tiempo. Como no habría de ser así, si la certeza de un buen desarrollo del proceso se ha visto interrogada por las experiencias pasadas de intentos fallidos y nuevos ciclos de violencia. Además del clima de desconfianza sentido a partir de los procesos comunicativos que se hicieron durante el proceso de paz y el papel de los medios de comunicación en el lenguaje en torno a los acuerdos (Tabares, 2019; Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño, 2020).

La gestión de este clima emocional que se erige en el escenario del proceso de paz y posacuerdo supone un momento que podríamos pensar como construcción afectiva de la paz, donde es fundamental dar cuenta qué y cómo se siente en relación con esta. Asimismo, poder reconocer aquellos sentimientos y experiencias emocionales con los que se llega a la paz, produciendo mezclas afectivas concretas en los diferentes municipios, que cooptan a los sujetos y les hacen partícipes de estos modos de sentir. En este sentido, será fundamental reconocer el lugar de la rabia y la desconfianza emergente en el conflicto armado, para comprender el modo en que se podría asumir un eventual ambiente de paz (Paladini, 2011) que, entre otros elementos, requiere involucrar justamente una suerte de confianza en que dicha situación sea plausible y que, por esta razón, podamos hablar de la esperanza.

Entre tanto, la construcción emocional de paz es clave para detener los ciclos sucesivos de violencia que ha vivido el país a lo largo de su historia. La promoción de sensibilidades favorables a la paz es un reto por asumir en época de posacuerdo. Especialmente cuando se sabe que de no reconfigurar las dinámicas mismas que posibilitan el mantenimiento de la guerra, es probable que se recicle la violencia. Diferentes estudios señalan que aquellos conflictos que *terminan* con un proceso de paz, la mayoría se reanudan en los siguientes cinco años a la firma de un acuerdo (Gurr y Marshall 2003, citados por Nasi & Rettberg, 2005) y, en términos de Bar-tal & Halperin (2013), en el clima de conflicto de una sociedad determinada la conciencia del apoyo a procesos de paz constituye un requisito previo para su construcción.

Ahora bien, a propósito del proceso de paz en Colombia se comienzan a gestar acciones de buena voluntad entre las partes, con lo que se concretan acuerdos como el cese al fuego (que en diferentes ocasiones fue bilateral), que incluso se sostuvo un tiempo seguido a la firma de estos. En este contexto, los municipios de Sonsón, La Unión y Cocorná, todos ellos en Antioquia, percibieron un fuerte alivio a la cotidianidad de la violencia y los afectos se fueron transformando, e incluso un leve halo de esperanza se vislumbraba en el horizonte de país. Sentimientos como la esperanza hacen parte fundamental para la construcción de paz, aun

cuando se mezcla con otros afectos como el dolor y el enojo, pues pueden fortalecer la solidaridad en la consecución de un mismo objetivo (Fernández, 2017).

Por otro lado, Cohen-Chen, Halperin, Crisp & Gross (2014) sostienen que la esperanza se refiere a elementos como el deseo de que una meta específica se materialice, un componente de expectativa de que hay un futuro posible y otro componente de afectos positivos acerca de la anticipación de lo venidero. En este sentido, se acerca a la postura de Fernández (2000) sobre la esperanza como gracia en la vida, como aquello que se mantiene a pesar de la muerte y lo incierto. Es un afecto que emerge desde la oscuridad como una luz, un halito de luz ante la melancolía y ante el impotente sentir de que todo está perdido.

Además, podría decirse junto con Fromm (1968), que la esperanza es un elemento decisivo para cualquier intento de efectuar cambios sociales. Es un afecto que está presto para lo que todavía no nace, sin caer en desesperación por la velocidad del cambio. Además, la esperanza no es ingenua, es más bien imaginativa y creativa en el proceso de construcción hacia el cambio. Cuando este sentir es fuerte, puede ver y fomentar todos los signos de la nueva vida y también prepara para ayudar a lo que está en condiciones de nacer, pero, cuando es débil pugna por la comodidad o la violencia (Fromm, 1968).

Con este panorama, nos acercamos al modo por el cual los habitantes de los municipios de Sonsón, La unión y Cocorná vivieron estos afectos de rabia, desconfianza y esperanza en torno a los sucesos que configuran los acuerdos de La Habana, el proceso de paz con las FARC-EP y el posacuerdo.

El lastre del daño y la violencia endurecidos en los corazones: la rabia

Negociaciones polémicas: la rabia actualizada

Durante el proceso de paz entre la guerrilla de las FARC-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón, la rabia fue una constante en los municipios de Cocorná, La Unión y Sonsón. Este sentir se produce en relación con eventos particulares como: desertión de actores armados del proceso de paz, el manejo y la forma en que se piensa la justicia transicional, las negociaciones, el plebiscito y la consiguiente firma del acuerdo, la ocupación de puestos públicos por parte de excombatientes de la guerrilla y la eventual reparación de las víctimas del conflicto armado.

La rabia en torno al proceso de paz también se asume y se matiza en intensidad en función del lugar político que toma el sujeto, toda vez que en aquellas personas 'en desacuerdo' con el proceso de paz se agudiza este sentir, especialmente en relación con los beneficios que habrían de recibir los excombatientes de la guerrilla, puesto que estas concesiones se perciben como un premio a la ignominia y a la atrocidad de sus actos. Este sentir gestado en el marco del conflicto se actualiza en esta nueva situación, lo que queda del pasado, el acuerdo, alienta el enojo, que las personas expresan como:

Rabia, a uno eso le da como rabia. Yo digo eso no es justo, no es justo, porque habiendo tanta gente que ha luchado, que ha trabajado, que ha estudiado y personas que lo único que hicieron fue hacerle mal al pueblo, al país, a todo el mundo, y que ya con ganas de subirse al mando (LU, EN°26).

La rabia, que otrora se vivía en relación con los grupos armados y sus hechos victimizantes, como se ha mencionado en el capítulo anterior, ahora también recae en un proceso que en principio buscaría cambiar el rumbo de la violencia en el país, puesto que el proceso lo que hizo fue "generar que esos sentimientos de rabia, de inconformismo se ampliaran más, fuera, fueran mayores dentro de todos los

colombianos porque eso hizo, que uno escuchaba en todos lados, en cada esquina hablar” (C, EN°12). Ahora, la forma en que se vive la rabia en torno al proceso de paz y el escenario de posacuerdo también se ve mediada por el modo en que los participantes entienden que los medios de comunicación ocultan sistemáticamente la información de las acciones oprobiosas de los gobernantes y, en su lugar, tienden un velo de falsedad con el único objetivo de dividir la opinión del pueblo, fomentando este sentir, y con esto, aumentar aún más las diferencias entre los habitantes de los municipios.

“[los medios de comunicación] Tapan muchas porquerías que hacen nuestros políticos, pero nos muestran lo poco, no están mostrando todo como es. Ellos tratan de acomodar sin esconder la noticia, pero no son profundos al dar el contenido como tal [...] son los mismos medios que nos han enredado a los colombianos, que no los han dejado salir adelante, porque justamente cuando estamos en eso, llegan las elecciones faltando 6 meses y vamos a escuchar solo los medios de comunicación es una pelea interna entre dos partidos o dos candidatos, pero los otros lo tratan de tapar porque nuestro país para tapar la corrupción hay que destapar las noticias” (C, EN°4).

De La Habana a los municipios en Colombia: un acuerdo distante

Las dinámicas propias del proceso de paz y posacuerdo que propician el sostenimiento de la rabia escalan la cotidianidad dejando entrever que estos viejos agravios se enquistan en las relaciones y que se vivió con relativa independencia el proceso formal de los acuerdos entre el Estado y la guerrilla. La rabia que se ha visto endurecida con el paso del tiempo en los municipios dista de que lo que se percibe es la idea de la paz. En este sentido, la rabia opera en los cuerpos restringiendo el margen de tolerancia a la diferencia y a la divergencia, quienes se acercan a la postura política que sostiene la persona que hable, fortalecen su bando mientras que el disidente de esta postura se percibe más distante. La grieta que este afecto acompaña se hace más amplia y la gente,

que necesita justamente dirimir diferencias, se encapsula como estrategia de protección propia (en este sentido se articula con la desconfianza para evitar que la postura que se tiene sea de conocimiento público, no se quiere dar ventaja a posibles adversarios o grupos armados) como apuesta por conservar unos mínimos de convivencia.

Siempre esa rabia la tengo que saberla contener, porque como está el país, yo tengo que saber con quién manifiesto la rabia, porque es que si la manifiesto con una persona que está de acuerdo con lo que está sucediendo en estos momentos, vamos a terminar es peleando, en una confrontación (C, EN°12).

Con esto, llama la atención que los sujetos no solo participan de la rabia vivida en torno al proceso paz y de ahí se extienda, como situación de la vida pública de los municipios, a la relaciones entre estos, siendo entonces *que "el tema ahorita de la paz, lo que hizo fue dividir todo un país, en vez de generar unidad hacia el deseo por la paz, lo que hizo fue generar discordia"* (C, EN°12). Por otro lado, los participantes también entienden que la rabia es un afecto que desean abandonar, pero, que justamente requiere de unas condiciones dadas en el marco de un proceso que repare y sane a quienes reconocen en el lugar de víctima del conflicto:

Yo creo que lo que se necesita en Colombia es dejar a un lado el rencor, dejar a un lado la rabia ocasionada en años atrás producto de la guerra... imaginarnos una Colombia mejor y más humana. Entonces lo que hace falta en últimas: que la reparación que se haga, aporte y sane a las personas, sane a las víctimas. (S, EN°07)

Con este panorama, se puede entender que la rabia vivida en el marco del proceso de paz y en el posacuerdo ha operado sobre los cuerpos como en las relaciones, no solo con la institución estatal a quien se le reclama una reparación percibida como escasa, sino que se ha enquistado en las dinámicas de la vida cotidiana de los municipios. Por las lógicas con que actúa este sentir, los cuerpos se distancian y tensionan, se asume una postura donde se interpreta la acción del contrario como una ofensa fortuita, que podría eventualmente implicar un enfrentamiento, pero que en aras de

una mitigación de dicha lógica de la violencia, los participantes buscan exorcizarla.

La desconfianza desperdigada

En los municipios de Sonsón, la Unión y Cocorná el proceso de paz se vivió marcado especialmente por un afecto: la desconfianza. Este sentimiento en el marco de este proceso de paz tiene diferentes direcciones, a saber: los actores involucrados en el proceso de paz y en el mismo proceso de negociación. Con respecto a los primeros, los participantes comprenden que sus intenciones son ominosas, ocultas y portadoras de sevicia, por lo cual no terminan de confiar en estos. Para el caso del Estado, asumen que hay vínculos con los actores armados y, además, *“es una mentira, para ganar más poder”* (S, EN°09) o incluso se cree *“que el presidente estaba por un nobel de paz, que ya lo consiguió y listo”* (S, EN°14). En torno a la guerrilla, desconfían del proceso de entrega de armas y de sus aspiraciones políticas. Ahora, en relación con el proceso mismo, los participantes comprenden que este no fue claro, que la información no estuvo disponible y argumentan falta de espacios para participar y enterarse del mismo. Este vacío en la comunicación justamente se llena con la fantasía que la desconfianza alberga, que se concreta en creencias de complicidad en contra de la población civil y víctimas:

Con sinceridad me siento desconfiada, porque es que ningún momento ellos han dado a conocer, verdaderamente, lo que se negoció, nunca lo han hecho, ellos hablan de unas cosas y hacen otras, [...] inicialmente decían que no les iban a pagar y les están pagando; [...] cuando dicen vamos a entregar las armas es todo, pero en este momento todavía están sacando caletas [...] (S, EN°8).

En esta misma vía, la desconfianza en torno al proceso de paz y los actores que participan del mismo, recordemos, se configura a partir de las experiencias vividas en el conflicto, como se dijo en el capítulo anterior, y aun así es un lastre que se alimenta también del presente vivido en el proceso de paz y en el posacuerdo. En este sentido, la forma en que se vive este proceso en estos municipios del

Oriente Antioqueño es como una farsa y un engaño en diferentes vías, a saber, engaña la guerrilla, *"...y dijeron, que todos los de las FARC se iban a desmovilizar y mira que los primeros días, unos grupos, se salieron, como de ese proceso, y no creo que hayan entregado todas las armas"* (S, EN°14), y también engaña el Estado: *"en ese momento uno ve que el proceso de paz es falsas promesas, por qué, porque al iniciar, cuando hicieron lo del plebiscito, ya habían firmado, y porque nos ponen a elegir a nosotros..."* (S, EN°14), cuyos representantes pierden legitimidad, *"ya no creemos en muchos políticos por lo mismo porque vienen con unos cuentos diferentes a lo que hacen... nos sentimos engañados"* (LU, EN°23). Incluso hay quienes sienten que el Estado es quien más está engañando y promoviendo la desconfianza en el proceso, *"Le estamos incumpliendo a la guerrilla, increíblemente eso es lo que está pasando, o sea negociamos, la guerrilla cumple y el gobierno le incumple, el gobierno no, la nación, la sociedad está incumpléndole a las FARC"* (LU, EN°28).

En este amplio panorama, los participantes hacen una lectura, incluso histórica, que ratifica su postura de desconfianza, pues no sería la primera vez que, en el marco de procesos de paz, su confianza fuera defraudada, aunque no lo supieran en su momento y en el transcurso del tiempo, pudieran habitar la certeza del engaño sufrido como es el caso de la desmovilización de las otrora conocidas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que, en el gobierno del expresidente Álvaro Uribe Vélez, participaron de un proceso de paz.

Yo la verdad no sabía nada, sí sabía de los paramilitares, sabía que se habían desmovilizado en el 2005-2007, luego leí que al final ellos no se desmovilizaron que entregaron como unas armas de juguete (...) Pero cuando uno se empieza a enterar que hubo una mutación, que se convirtieron en BACRIM, que ellos en realidad todo fue como un montaje yo digo como acá nos metieron la mano a la boca (C, EN°15).

Asimismo, la desconfianza se cierne sobre aquellos actores que hicieron parte del proceso de paz en lugares diferentes al Estado y a las FARC-EP. En este sentido, es llamativo notar cómo la desconfianza con que se vive parece cubrirlo por completo, se entiende que el proceso de paz tenía que hacerse y firmarse a pesar del sentir y vivir

de la gente y, por lo tanto, las acciones que se produjeron para conseguir tal fin se viven como infamia:

La gente por ejemplo dice, los que estuvieron allá se dejaron comprar y dijeron lo que el gobierno quería que dijeran, de alguna u otra forma se siente que se vendieron porque necesitaban que el proceso de paz se diera. Entonces la gente dice, también porque tienen que estar negociando con ellos, viviendo tantos años allá, con todas las comodidades (C, EN°6).

En torno a la vida en comunidad, en el marco del proceso de paz y posacuerdo, llama la atención la forma en que la desconfianza, que en principio se vive en relación con el proceso de paz y a los actores, ahora también se individualice y llegue incluso a ser una forma de la relación entre personas en donde lo que diferencia a unas de otras es el buen corazón: (Sobre los actos de perdón de la guerrilla: Escepticismo, desconfianza) *“Ojalá se cumplieran, pero yo no creo, eso es muy difícil; como le digo, hay personas de muy buen corazón, como otras que no, que ya no les importa nada (S, EN°09).*

En esta misma línea, la sospecha se cierne sobre el otro, la desconfianza no es otra cosa que la misma confianza deteriorándose en el proceso. Construir paz de manera conjunta se convierte en un reto en el que habría que comenzar superando la idea del otro como desinteresado o distante políticamente, a propósito de esto se dice que:

Yo pienso que sí sería muy interesante un proceso donde nos unamos, y busquemos juntos las paz, pero quién me da la garantía a mí, desde que estas personas están con la misma actitud, con la misma intención de aunar fuerzas, porque sus intereses pueden ser muy distintos a los interés de una persona que realmente, realmente quiera la paz, ahora yo pienso que no se pierde nada con creer en el otro, y aprovechar todo indicio que se vaya dando de ellos o de parte de otros que no sean ellos de paz, deseos de paz, pues aprovecharlos y mirar que se puede hacer (S, EN°04).

Ahora bien, lo que si se tiene claro en el horizonte de la desconfianza es cómo se exagera en la medida en que sube peldaños

institucionales, en la medida en que los procesos lleguen “desde arriba” la mirada de sospecha recae sobre estos. Y al contrario, aquellas colectividades que construyen escenarios de paz en clave territorial son aquellas que despiertan confianza. Es posible que algo de lo mencionado anteriormente se trance en este proceso y justamente lo institucional, leído desde la ambición y la desconfianza que producen sus intereses, sean objeto de rechazo, en este sentido:

Yo no creo en una paz que me traiga firmada Santos, ni Timochenko, ni que me la traigan de La Habana, ni de Noruega, no, yo no creo en esa paz, realmente no creo en esa paz sino en la que construimos desde abajo con nuestra gente sencilla, y en los pequeños grupos que muchas veces hacen esfuerzos por crear la paz de una manera anónima y silenciosa (S, EN°04).

La desconfianza entonces hace lo suyo, permanece latente aferrada a diferentes objetos en el marco del proceso de paz (y como se ha dicho, de los actores que allí participan) y del posacuerdo. Tanta violencia caló en los corazones de la gente y se fue endureciendo con el recelo e incredulidad que sostienen la desconfianza, pero como afecto situacional, en la medida en que la situación cambia, este cambia con la misma, como se conocerá a continuación.

La esperanza entre rendijas y fisuras

Durante el proceso de negociación política del conflicto armado entre la guerrilla de las FARC-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón, se abriría la posibilidad de gestar un ambiente de paz próximo. Se podría comenzar a pensar en clave de perdón y reconciliación, desmovilización y desarme, reinserción y paz, la idea de una vida en comunidad, superando los sentimientos de rabia y desconfianza y, además, sin violencia, se erigía como la máxima del acuerdo aunque era claro para todos los actores que, estando lejos de esta, el proceso de su construcción requeriría más que una firma para formalizarlo, un proceso que también se viviera en sectores distintos a los que la negociaron directamente.

En este contexto se gesta un clima afectivo en el que la esperanza toma diferentes formas, desde una mirada escéptica de una posible paz, que más parece resignación, que una convicción de que la paz será una realidad viable, hasta la idea de una posibilidad tangible en el futuro, eso sí, no muy cercano.

Las grietas de la desesperanza

El clima gestado en el marco del conflicto armado en Colombia daba cuenta de cómo con el pasar de los años (y con ellos los acuerdos de paz fallidos), se endurecían afectos como la rabia y la desconfianza. Conforme pasaba el tiempo, y algunas condiciones en las vidas de la gente parecían cambiar, la esperanza con que se iba asumiendo tanto el proceso de paz como el escenario de posacuerdo parece dar cuenta de una transición hecha desde la desesperanza en relación con el proceso de paz, hasta tal punto que incluso la misma esperanza en la idea de futuro en paz se deposita en el quebrantamiento de los mismos acuerdos, en este sentido,

aunque estamos en un país lleno de corrupción, pero se vale creer todavía, pienso que hay que elegir otra vez un candidato donde tengamos como ya una barrera contra el proceso que va con la guerrilla, que no le entregamos el país a ellos (C, EN°13).

Ahora, esta postura es una entre tantas, por otro lado, se entrevé otro lugar según el cual sería mejor cualquier arreglo posible, a perpetuar las dinámicas de violencia que se han gestado por décadas en el territorio: *“Es que vea, por ejemplo, quien me decía, mis amigas me decían, usted que prefiere. Hay un dicho que dice, es mejor un mal arreglo que un mal pleito. ¿Usted que quiere que Colombia siga en esta guerra?” (C, EN°6).*

De igual manera, la esperanza se nutre de las acciones pasadas o eventos que se perciben positivos, como fue la negociación de paz con la guerrilla del M-19, de tal manera que se concibe un posible cambio, una transición eventual que puede ser favorable incluso para el país y, en ese sentido, poder estar acompañada de posibles transformaciones en los ámbitos público y político. La luz con que

se mira el futuro está teñida también del pasado que de alguna manera la proyecta y que, en el transcurso mismo de la historia en acción y movimiento, concreta una imagen a partir de la cual se busca entender lo venidero:

Entonces me decían... hay que apostarle al cambio. Si la guerrilla en este momento está buscando... ponían mucho el ejemplo del M-19, que también en su momento nadie creía en que podía haber un cambio importante o hacer parte importante de la política del país y demostraron que finalmente pues, han hecho, esta Wolf de senador y hay unos militantes de su momento activos en la vida política...ahora es porque es el momento y están de moda por todo lo que han hecho, pero en su momento también se le dio la oportunidad al M-19 y lo han hecho bien, entonces por qué no generar esa conciencia en ellos (C, EN°6).

Esta forma en que se vive la esperanza da cuenta de un legado que ha dejado la guerra, que por un lado cimienta lógicas de indolencia y naturalización del conflicto como posibilidad tangible y permanente para los sujetos del municipio, como paradójicamente un agotamiento y hastío por la violencia y sus efectos en los cuerpos y las relaciones. La forma en que se vive parece dar cuenta de “haber tocado fondo”, hasta tal punto que cuesta confiar en un posible futuro promisorio, aunque se anhela.

La esperanza renaciendo

Entre tanto, todo esto es una postura esperanzadora, pues deja ver que la cimentada desesperanza que se vivía en el marco del conflicto armado colombiano se ha ido descongelando. Comienza a ceder, ablandarse, fisurarse y, por estas grietas, la esperanza encuentra cómo entrar en el diálogo cotidiano, en la vida comunitaria de estos municipios, grietas que se hacen más amplias en tanto los participantes “de acuerdo” perciben cambios: “... sí se ha visto unos pinitos de unos que quieren cambiar, pero el temor acá es que si, quieren cambiar unos pocos, pero no creo que todos” (C, EN°4).

En la medida que esto puede apreciarse, también se da un proceso paralelo, según el cual quienes han sufrido los efectos imbatibles de la violencia van curándose del daño sufrido: *“No, ya, ya, ya de todas maneras las heridas van sanando poco a poco”*. (S, EN°04). Algo clave para comprender este proceso de sanación es el lugar del otro y de la relación que se sostienen en las comunidades, puesto que el otro que acompaña en esta sanación puede dar cuenta de las transiciones afectivas que se viven, puesto que

De pronto al principio sí, uno rencor, rabia, odio, hasta darles (ríe). Pero no, no, ya no, ya de verdad con la ayuda... pero uno sí necesita ayuda, uno si necesita ayuda, sea de un profesional, sea de un padre, sea de un amigo que lo aconseje bien, algo.” (S, EN°04).

En este sentido da esperanza no solamente el cambio que puedan habitar los excombatientes y el cuestionado proceso de paz y posacuerdo, sino la compañía de otros en el proceso de superación del dolor.

La esperanza puesta en individuos no en procesos o grupos

Finalmente, es bastante llamativo la forma en que la esperanza se siente especialmente en relación con los individuos, claro, no está exenta de requisitos estrictos para cumplir, pero, la esperanza en relación con el proceso de paz y los grupos en sí mismos se ve disminuida en comparación con la mirada puesta en sujetos.

Para los habitantes de los municipios abordados es fundamental el lugar del individuo para el proceso de construcción de esperanza, puesto que allí se deposita la luz que orientará finalmente hacia una paz vivida e incluso hay expresiones que se refieren a la paz como cuestión entre personas:

Tranquilidad como principal, la tranquilidad como dicen vale mucho y a partir de ahí pues se genera situación económica, el progreso. Principalmente tranquilidad para poder... y eso genera paz” (C, EN°13).

La esperanza de que con todo lo que yo hago, tengo la esperanza de que otras personas también puedan pensar lo mismo, y que se puedan superar y que puedan dejar ese odio y ese rencor, todo lo que ellas sienten porque hay que pensar para vivir y no vivir para pensar (C, EN°5).

La esperanza entonces es vivida en relación con la superación del odio, tarea que adquiere un compromiso de los sujetos para sumar a la construcción de paz. Ahora bien, el hecho de que la esperanza se sienta especialmente hacia individuos, cuando se produce en relación con excombatientes se tiñe de un tono que implica, o al menos espera de este, un proceso de reconfiguración de sí mismo y de sus prácticas. En este sentido, el otro, el excombatiente, en aras de un posible escenario de reconciliación se ve interrogado en tanto la misma gente le solicita que *"... esas personas reinsertadas no deben de premiarles, es un premio para ellos, sino ponerlas a trabajar, un trabajo social, que se ganen la vida como nos la ganamos nosotros."* (S, EN°10), al mismo tiempo que se espera un proceso de limpieza de conciencia cuyo resultado sea que tenga en su mente que no va a hacer más daño y que va a trabajar con la comunidad, "bienvenido" (S, EN°10). Así, los habitantes de estos municipios se esperan con un cambio de conciencia y de prácticas cotidianas por parte de quienes se desvinculan de la guerra.

De este modo, el proceso mismo de reconciliación gana en términos de disposición para el mismo por parte de la gente de estos municipios, en tanto la mirada al excombatiente, al ser filtrada por la esperanza, alcanza a ver otras dimensiones del otrora victimario, se apela a la bondad de su corazón en proceso de transición para eventualmente desenvolverse en un escenario de posacuerdo. Eso sí, tampoco se cae en la generalización y más bien se dice que:

Yo creo que con algunas personas se podrá, [convivir] porque yo sé que mucha de la gente tiene un corazón bueno. (Se sentiría cómo da conviviendo con): ...pues si lo hacen de corazón, [...] con todos, porque es que todos somos personas [...] Desde que la persona lo haga de corazón y sea buena gente, no hay ningún problema (S, EN°09).

Con este panorama, podemos decir que aquellos eventos que se encuentran cargados de esperanza implican un proceso de espera de reorganización del otro, “excombatiente”, más que de su grupo armado (independientemente del que sea, legal o no), pues sobre estos permanece el recelo y la desconfianza, pero sobre el sujeto, con rostro y en concreto, pareciera prevalecer la mirada que recupera la esperanza en el cambio y en la transformación, como si el sujeto pudiera cambiar, pero, los grupos permanecieran fieles a las lógicas de la atrocidad, tal como se podrá ver en el capítulo 4 de este libro y en el capítulo 9 del primer libro (Gómez, Bohórquez & Villa Gómez, 2021).

Conclusiones

El legado del conflicto armado en Colombia ha atravesado los cuerpos en proporción a la cercanía con que se ha vivido. Para nadie es un secreto que, como parte de las dinámicas de la vida social, este se vivió especialmente en aquellos sectores más desprotegidos donde el Estado no llega, y cuando lo hace, el impulso con el que arriba causa otros daños que se suman a los ya ocasionados por los victimarios implacables. En este sentido, los cuerpos son portadores de una historia que no es solo suya, que le pertenece al contexto en el que se produjo, a la historia que le marca, a las situaciones de las que participó y de la gente con la que lo vivió, ese cuerpo que tiene la marca de las relaciones vividas concretadas en unidad.

Conforme el tiempo pasa, el cuerpo se va acoplando a las formas que toma, se va endureciendo, se va engarrotando y con él los modos de sentir. Las situaciones, que para el caso de la violencia, se hacen constantes, sistemáticas y cotidianas. Así, el cuerpo envejeciendo en situaciones de violencia se expone a modos de sentir que se van sedimentando en las relaciones, las cosas, en el espacio y en la vida.

Para el caso de la rabia y la desconfianza, en tanto nacen en el marco del conflicto y se sostienen por los recuerdos mismos de la colectividad, que se materializan en las relaciones y en modos de comunicación, se configuran como barreras psicosociales para la construcción de paz y reconciliación, toda vez que generan un

ambiente hostil en el contacto interpersonal e intergrupalo (situación que se articula con la forma en que se vive este afecto en la ciudad de Medellín, de acuerdo con Villa Gómez, Rúa-Álvarez, Serna, Barrera-Machado & Estrada-Atehortúa (2019), en la comunidad llamada a un acercamiento reconciliador que supere la diada víctima-victimario. La reconciliación y la paz como ejercicio territorial que emerge en comunidad requiere necesariamente una configuración afectiva basada en la confianza entre la gente, en la idea de futuro conjunto y en procesos para hacer dicha idea posible.

Así, se podría sostener que en estos municipios del oriente antioqueño, durante los diálogos de paz y el posacuerdo, los sentimientos de rabia, desconfianza y esperanza se articulan de tal modo que dan cuenta del "remocionar"⁵ compartido en torno a las dinámicas de conflicto y guerra que se han vivido en contexto. Este "remocionar" supone una reconfiguración del afecto en función de las situaciones vividas, lo que además produce otros modos de habitar el territorio y las relaciones. Los afectos que se han construido en el marco del conflicto armado en Colombia se ajustan y constituyen situaciones diferenciadas, donde se funden con otros afectos, se resisten al cambio mientras mutan y captan objetos diferentes y novedosos mientras se extienden entre la gente en su diario vivir.

El "remocionar" da cuenta de una articulación entre estos afectos de rabia, desconfianza y esperanza que se configura en torno a lo que se percibe en cercanía o distancia. Unos acuerdos que se sienten lejanos, que no se ocupan de las situaciones estructurales de la cotidianidad de los municipios, y que buscando promover unos modos de sentir, paradójicamente producen otros. Esta situación de distancia, sin rostro cercano, sin identidad configurada en las relaciones cotidianas es finalmente, y cómo no, objeto de la desconfianza y de la rabia de los participantes.

⁵ Remocionar implica justamente remover las emociones, es volver a sentir en contexto presente, en el que se actualizan las emociones vividas, dando lugar a nuevas experiencias afectivas.

En este sentido, la pérdida de rostro estatal en el acuerdo de paz y el tiempo venidero no ha hecho más que endurecer la forma, una simple falta de estética entre gobernantes y civiles, o en palabras de Fernández, “la estética es el grado de unidad de alguien y algo. Así es como se usa en el arte y la vida cotidiana” (2004, p. 76). Mientras se va haciendo más extensa cualquier realidad se va haciendo más distante y dura, contrario a lo que ocurre con los vínculos comunitarios, que al cesar en alguna medida la violencia durante el proceso de paz y posconflicto el acercamiento se vive con optimismo y la esperanza se cuela entre cuerpo y cuerpo.

La rabia y la desconfianza se aferran a lo difuso que pueden tornarse los objetos del acuerdo de paz y de posconflicto y lo que queda de fondo en los otrora protagonistas del conflicto, en lugar de quien lo padece, es un sentimiento de exclusión y no reparación (una deuda histórica sentida casi como impagable). No hicieron parte de los acuerdos, no fueron escuchadas sus voces, entienden que no se les comparte, comunica ni participa de las decisiones que se tomaron en La Habana y se firmaron en Cartagena, la cizaña está sembrada y ha sido fecunda.

En esta misma línea de ideas, la rabia ya no se dirige solo a las fechorías y acciones violentas y recurrentes que se vivieron en el marco del conflicto, perpetrados por parte de todos los actores armados. Estos recuerdos avivan este sentir que ahora también se dirige en torno a la exclusión y no reparación percibida, que los participantes entienden viven en relación con los acuerdos y del posconflicto. Unos acuerdos que se experimentan con relativa independencia de lo que en La Habana se dialogaba.

Con estas situaciones, la rabia no sería ajena a la vida cotidiana y tomaría las relaciones mismas entre los habitantes de los diferentes municipios, puesto que las dinámicas que se vivieron en ese momento convocaron a una suerte de bandos que en ocasiones tensionó a favor o en contra del proceso de paz, situación que se agudizó y se expresó en el marco del plebiscito de 2016 (Perilla, 2018; Villa-Gómez, Rúa-Álvarez, Serna, Barrera-Machado & Estrada-Atehortúa, 2019). Esta rabia, tan dañina en términos de relaciones, requiere ser transformada en aras de tramitarla de un modo distinto a la ensordecadora venganza

(Chaparro, 2018). En este punto, estos sentimientos colectivos pueden orientarse como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación.

Por su parte, la desconfianza que se vivió en época de conflicto ahora copta también un proceso de paz, al cual los participantes le atribuyen la generación de falsas promesas y el ocultamiento sistemático de la información y de lo pactado. Sentimiento que de nuevo se actualiza y que se cuele entre la gente, quienes buscando cómo protegerse evitan el diálogo político abierto que pueda exponerlos con su postura. En este sentido, la continuidad de la desconfianza nacida en el conflicto hace que la gente llegue reacia e indispuesta para afrontar este proceso de paz que les habría de implicar, gestar y organizarse para convivir de otros modos con los otrora victimarios.

Esta desconfianza, promovida en gran parte por los mismos actores partícipes del proceso de paz (Tabares, 2019), se vivió de manera constante, la información avasalló a la gente y le hacía dudar del procedimiento y, cómo no, del posible resultado. Esta desconfianza que se cuele por las relaciones distanció cuerpos, resquebrajó vínculos e hizo un panorama en el cual la sensación de estar excluido del proceso de paz se agudizara, no se puede conocer aquello distante. Además de esto, la desconfianza también se articula con el miedo (Fernández, 2004), lo que produce una lógica del resguardo y aislamiento de los otros, que pueden ser percibidos eventualmente como dañinos (Estrada-Atehortúa, Oliveros-Ossa & Rentería-Hernández, 2019).

Para estas condiciones de desconfianza que giran en torno a lo distante que se perciben y entienden, los participantes del proceso de paz y el proceso mismo, las condiciones vecinales y comunitarias, lo cercano, es aquello en lo que se deposita finalmente la confianza, e incluso en la idea de futuro, de tal suerte que esta cercanía, cálida y vívida, va gestando y cuidando de la luz que promueve la esperanza en una historia marcada por la violencia y la guerra.

Así, la esperanza comienza a surgir en el marco del proceso de paz (Hernández 2016) para comenzar a configurarse, renaciendo entre el desorden de la violencia, colándose en las fisuras del endurecido pesimismo y miedo gestado en el conflicto. Parece por fin mostrar

un quiebre en la historia recurrente de violencia acontecida, el deseo de transformar tanto dolor y ruina en esperanza (Domínguez & Aleán, 2020). La esperanza llega a aquello que se logra ver, al parecer lo que se siente cercano, se individualiza y tiene rostro, toma por objeto a las comunidades que están ahí, día a día buscando hacer la paz y gestar acciones cotidianas de convivencia. En ese sentido, la esperanza no tiene rostro de institución o estructuras militares, por lo contrario, se alberga en el compromiso personal e individual. Fernández (2011) sostiene justamente que los sentimientos o afectos de protección, como son la esperanza y la confianza, emergen a partir de relaciones percibidas como familiares, aquella calidez de lo conocido redunda finalmente en el “acoger” en relaciones y en comunidad.

La eventual creación de condiciones de convivencia pacífica se vive en coherencia con la gestión comunitaria. Si los acuerdos de paz y su implementación se viven con una relativa independencia en los territorios, la gente de estos municipios, aún con desconfianza y rabia en torno al proceso de paz y sus actores, y las dinámicas mismas del posacuerdo, reconocen también que a partir de la cotidianidad no se cesa en la creación de apuestas para la paz, el perdón y la reconciliación. En este sentido, Chaparro (2018) habrá de sumar con la idea justamente que la esperanza en este proceso de paz, más que vivirse como una convicción de armonía en relación con los actores del conflicto, es más una aceptación puesta en la idea de futuro que aquello innegociable, se irá limando, como las asperezas.

Así, tanto el proceso de paz como el posacuerdo dan cuenta de una esperanza en gestación, que implica que justamente se vive en tensión con su opuesto, la desesperanza que lo constituye (Fernández, 2011). La apuesta misma por la esperanza da cuenta de la espera, del anhelo de cambio y transformación que se pueda alcanzar en los tiempos venideros.

Referencias

Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. University Press.

- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2013). The nature of socio-psychological barriers to peaceful conflict. *Conflict & communication online*, 12(2), 1-16.
- Chaparro, A. (2018). Acordar la paz en Colombia o “la cosa misma” de la filosofía. *Estudios de Filosofía*, 57, 35–57.
- Cohen-Chen, S & Halperin, E & Crisp, R & Gross, J. (2014). Hope in the Middle East: Malleability Beliefs, Hope, and the Willingness to Compromise for Peace. *Social Psychological and Personality Science*. 5. 67-75. 10.1177/1948550613484499.
- Domínguez, E.M. & Aleán, M.A. (2020). “Narrativas para la emergencia del perdón, la reparación y la reconciliación en víctimas del conflicto armado en Colombia”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 84, 62-78, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/maalean.pdf>
- Estrada-Atehortúa, C., Oliveros-Ossa, J., & Rentería-Hernández, L. (2019). Emociones sociales que constituyen barreras psicosociales para el perdón y la reconciliación en Medellín. En: Carmona, J. y Moreno, F. (ED.) *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 388 – 407). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Fernández, P. (2000). *Afectividad Colectiva*. Universidad Autónoma de México.
- Fernández, P. (2004). *La sociedad mental*. Anthropos.
- Fernández, P. (2011). Sentimiento. En *Lo que se siente pensar o La cultura como psicología*. Acasías México: Taurus.
- Fernández, A.M. (2017). Una aproximación a los sentimientos ante la violencia y los movimientos sociales: el caso Ayotzinapa. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, XII (24), 125-165. [fecha de Consulta 13 de Septiembre de 2020]. ISSN: Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=2110/211053791006>
- Fisas, V. (2010). Introducción a los procesos de paz. *Quaderns de construcció de pau*(12), 1-24.
- Fromm, E. (1968). *La Revolución de la Esperanza. Hacia una tecnología humanizada*. Estados Unidos. : Fonde de Cultura Económica.
- Gómez, D; Bohórquez, L. & Villa Gómez, J.D. (2021). Entre la ley del talión y la coexistencia armónica. Creencias sociales sobre justicia, reconciliación y reintegración en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales*

- para la paz y la reconciliación en Colombia. (pp. 323-364). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Hernández, E. (2016). Negociaciones de paz en Colombia: una mirada en perspectiva de construcción de paz. *Papel Político*, 21(1), 35-56. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.papo21-1.npcm>
- Nasi, C., & Rettberg, A. (2005). Los estudios sobre conflicto armado y paz: Un campo en evolución permanente. *Colombia Internacional* (62), 64-85.
- Paladini, B. (2011). *Acción sin daño y construcción de paz*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.
- Perilla, D. (2018). La plebitusa: movilización política de las emociones posplebiscito por la paz en Colombia. *Maguaré*, 2(32), 153-181. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v32n2.77012>
- Tabares, C. (2019). Emociones políticas: confianza, esperanza y miedo en la discursividad pública del proceso de paz en Colombia (2012-2016). *Revista Latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 30, 47-59.
- Villa Gómez, J., Rúa-Álvarez, S., Serna, N., Barrera-Machado, D., & Estrada-Atehortúa, C. (2019). Orientaciones emocionales colectivas sobre el conflicto armado y sus actores como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en ciudadanos de Medellín. *El Ágora U.S.B.*, 19(1), 35-63. <https://doi.org/10.21500/16578031.4122>
- Villa Gómez, J.D., Velásquez Cuartas, N., Barrera Machado, D. & Avendaño Ramírez, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-49. DOI: 10.21500/16578031.4642



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 4

Orientaciones emocionales colectivas sobre la justicia y la reconciliación en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga

Juan David Villa Gómez¹
Ledis Bohórquez²
Diana Carolina Gómez³

Resumen

Se presentan los resultados de un ejercicio investigativo implementado en el área metropolitana de Bucaramanga, Santander, Colombia, articulado a un trabajo realizado en otras regiones del país. En este capítulo el objetivo fue analizar las orientaciones emocionales colectivas hacia desmovilizados de grupos armados en un contexto de posacuerdo y de reintegración social, diferenciando las posiciones de los participantes frente al Acuerdo de paz: acuerdo, desacuerdo y ambivalente. Se realizaron 32 entrevistas semiestructuradas y en

¹ Doctor en Migraciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo, Docente asociado, Facultad de Psicología y Escuela de Ciencias Sociales, Universidad Pontificia Bolivariana, Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, sociedad y trabajo (GIP).

² Doctora en Derechos Humanos, Paz y Desarrollo Sostenible. Docente asociada, Departamento de Formación Humanística, Universidad Pontificia Bolivariana, Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre cultura, derechos humanos y muerte.

³ Magíster en Psicología. Docente asistente de la Facultad de Psicología UPB, Bucaramanga. Grupo de investigación Análisis y transformación psicosocial.

profundidad, analizadas desde un enfoque hermenéutico de contenido, que se realizó a través de un proceso intratextual, intertextual y de codificación teórica de primero y segundo nivel. Los principales resultados, identificados en los participantes que se mostraron “en acuerdo”, “en desacuerdo”, y “ambivalente”, destacan como principales orientaciones emocionales colectivas el miedo y desconfianza hacia los desmovilizados y las posibilidades reales de su compromiso con la reintegración, curiosidad por conocer la vida de los excombatientes antes de alistarse en el grupo armado, tristeza y dolor por las víctimas y por los desmovilizados rasos, alegría y esperanza frente a las opciones de paz que se abren con los procesos de desarme y desmovilización y también, rabia, indignación y odio, en particular hacia los comandantes. Este odio está asociado a la creencia de la impunidad que, para los participantes, particularmente “en desacuerdo” ha sido más claro e incisivo. En síntesis, a pesar de las orientaciones emocionales encontradas, se evidencia en los entrevistados un sentimiento de empatía hacia los excombatientes de base, que abre la puerta a una segunda oportunidad y al horizonte de la reconciliación.

Palabras clave: barreras psicosociales para la paz, orientaciones emocionales colectivas, reconciliación, justicia transicional, justicia retributiva.

Introducción

El conflicto armado colombiano puede comprenderse como un *conflicto intratable* (Bar-Tal, 1998) debido a su prolongación y persistencia por más de 70 años, su asidua violencia de baja intensidad, pero con efectos profundos y extendidos en la sociedad, que le dieron un carácter central en la vida civil y relacional de los colombianos. Un conflicto con altas demandas de vidas, más de 260 mil víctimas fatales, la mayoría civiles, más de 215 mil y 46.813 combatientes (CNMH, 2018). También con un alto costo en pérdidas de bienes materiales civiles, de infraestructura productiva y de intercambio comercial.

Desde la perspectiva del Centro Nacional de Memoria Histórica CNMH (2013), la diversidad y extensión de los hechos violentos fracturaron múltiples dimensiones humanas. En pueblos enteros, el conflicto armado produjo daños morales y afectaciones a la honra y a la dignidad a través de la estigmatización y la devaluación por motivos de etnia, género, raza y posicionamiento político. También daños socioculturales por la fractura de las relaciones sociales y de la identidad colectiva producto de la vulneración de las costumbres, los ritos, intercambios culturales y económicos en las comunidades. Generó impactos emocionales y psicológicos, el legado emocional de la guerra, como: sentimientos de miedo, tristeza, nostalgia, culpa, incertidumbre, desconfianza, dolor, sensación de amenaza y vulnerabilidad, aislamiento social, odio, rabia, impotencia y silencio. Asimismo, el conflicto afectó la democracia a través de la criminalización y el asesinato de líderes y lideresas sociales por motivos políticos, la desintegración de procesos organizativos y de participación democrática (Cepeda, 2006).

Desde estas lógicas de daño, el conflicto armado impuso una dinámica de silenciamiento y de desconfianza en el otro, de aislamiento de lo social-comunitario y de la acción pública, fracturando las redes de trabajo colaborativo, menoscabando valores fundamentales para la convivencia social como la empatía, la solidaridad y la participación democrática (CNMH, 2013; Martín-Baró, 1988; Samayoa, 1990). Estos impactos constituyen el daño psicosocial de la guerra, entendiéndose lo psicosocial como “la vida emocional que se construye en las relaciones con los otros, con nosotros mismos, con nuestras ideas, con los distintos contextos importantes afectivamente” (Arias, Morales, & Junca, 2007, p. 1). Además, se constituye una subjetividad caracterizada por sentimientos de miedo y terror, soledad, aislamiento, exclusión y exacerbación del prejuicio, como referentes de significación del “otro” a partir de su deslegitimación y deshumanización (Barrero, 2008, 2011; Samayoa, 1990; Tajfel & Turner, 2001). Tal como señala Martín-Baró (1988), “la militarización de la vida social puede ocasionar una progresiva militarización de la mente” (p. 140).

En estos contextos, para hacer frente a las desgastantes demandas psicológicas del conflicto, de acuerdo con Bar-Tal (1998, 2000, 2007), se configura una estructura sociopsicológica cognitivo-

afectiva en los individuos que está comprendida por memorias colectivas sobre el pasado, un *ethos* u orientación dominante hacia el conflicto y orientaciones emocionales colectivas, las cuales permiten lidiar con el adversario y adaptarse a los efectos psicológicos, al miedo y estrés de la confrontación violenta armada y simbólica prolongada. Las memorias colectivas y el *ethos* del conflicto están constituidas por creencias sociales ampliamente compartidas por los miembros de una sociedad. Diversos estudios señalan que esta estructura puede favorecer la continuidad del conflicto y derivar en barreras psicosociales para la paz (Bar-Tal, 2010; Bar-Tal & Halperin 2010, 2014; Bar-Tal, Halperin & Oren, 2010; Barrera & Villa Gómez, 2018; Halperin & Bar-Tal, 2011; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera & Estrada, 2019).

Las emociones colectivas se forman a partir de las experiencias en contextos sociales particulares y son influenciadas por marcos provistos de normas, valores e información de la cultura (Bar-Tal, 2007). A su vez, estas emociones influyen en el comportamiento frente a eventos conflictivos y sobre los contextos donde estas se generan (Bar-Tal, 2001, 2007). Se puede decir que son emociones sociales y, a su vez, políticas y públicas. Para Nussbaum (2014), estas últimas son aquellas que “tienen como objeto la nación, los objetivos de la nación, las instituciones y los dirigentes de esta, su geografía, y la percepción de los conciudadanos como habitantes con los que se comparte un espacio público común” (p. 14).

En esta misma línea Bar-Tal (2001) denomina Orientaciones Emocionales Colectivas a las emociones dominantes y ampliamente compartidas por los miembros de una sociedad o como afirman Patiño y Barrera en el primer capítulo de un colectivo o grupo. Estas emociones se caracterizan porque son expresadas y difundidas a través de distintos productos culturales (libros, películas, arte), discursos públicos y medios de comunicación. Están asociadas con creencias sociales ampliamente difundidas por distintos canales informativos, entre estos el sistema educativo, familiar y político, los cuales tienen la capacidad de configurar emociones (Bar-Tal, 1998, 2001).

Tal como lo afirman Patiño & Barrera en el primer capítulo, en sociedades con conflictos intratables, la orientación emocional

colectiva más dominante suele ser el miedo (Bar-Tal, 2001, 2007). Durante el conflicto, esta emoción les permite a los individuos adaptarse y responder ante las amenazas, sin embargo, en tiempos de posconflicto se constituye como la mayor barrera psicosocial para la paz (Bar-Tal, 2001). Para el caso particular del conflicto colombiano, la irrupción de la violencia en los territorios a manos de otros grupos armados ilegales, disidencias, residuales y grupos armados organizados puede influir en la cristalización del miedo como orientación dominante de la sociedad, incluso durante el post acuerdo. Bar-Tal (2000) plantea la necesidad de reorientar el miedo hacia una emoción de esperanza, como empieza a mostrarse en el capítulo 3, para poder desarticular las creencias sociales que mantienen el conflicto y caminar hacia la reconciliación.

Ante esto, es de gran relevancia el estudio de las emociones sociales en la sociedad colombiana en un contexto de posconflicto. El acuerdo de paz firmado en 2016 puso fin al cese de hostilidades entre dos fuerzas armadas enfrentadas por más de 50 años. Sin embargo, aunque inicialmente las formas de violencia asociadas al conflicto disminuyeron, se adoptaron otros tipos y la violencia persiste (Human Right Watch, 2020). El Centro de investigación y educación popular CINEP/PPP (2019), advierte sobre un tipo de *violencia camuflada* que va dirigida especialmente hacia la base social, los dirigentes cívicos y comunales, cuyos móviles políticos y sus responsables se suelen invisibilizar. Desde la firma del Acuerdo hasta abril de 2021, han sido asesinadas 1.147 líderes y defensoras de Derechos Humanos en el país y alrededor de 270 firmantes de paz excombatientes de las FARC (INDEPAZ, 2021).

Adicionalmente, mientras se difunden discursos propagandísticos y negacionistas del conflicto armado en Colombia, como los emitidos por el entonces presidente del Congreso de Colombia, Ernesto Macías, durante la posesión del presidente Iván Duque, quien retoma las palabras del 2004 del expresidente Álvaro Uribe “en Colombia no existe un conflicto armado sino *una amenaza terrorista*” (Semana, 2004), y las *declaraciones y la presunta imposición de una política negacionista por parte del exdirector del CNMH*, Rubén Darío Acevedo, por lo cual fue llamado a un debate de control político en el Congreso (Semana, 2019). A su vez, el gobierno implementa

una estrategia de seguridad esencialmente militar catalogando erróneamente a todas las disidencias de las Farc como un solo grupo en conflicto armado contra el Estado (Pappier & Johnson, 2018), dejando en un segundo plano la implementación del Acuerdo y la superación de los factores que dieron origen al conflicto. Sumado a lo anterior, la segunda guerrilla más fuerte del país, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) continúa su lucha contra el Estado, generando acciones de ataque y contraataque que afectan a la población civil, con lo cual la percepción real de avances hacia la paz y la idea de estar en etapa de post conflicto es esquiva para la mayor parte de la población.

Con base en el panorama nacional, la infraestructura cognitivo-afectiva propuesta por Bar-Tal puede ser de gran relevancia, puesto que permite comprender tanto el desarrollo y mantenimiento del conflicto, como su resolución y los procesos de reconciliación (Bar-Tal, 2007). Bar-Tal (2000) señala que “el establecimiento de relaciones pacíficas entre las partes opuestas depende de un proceso de reconciliación exitoso que, a su vez, requiere de un cambio de ethos conflictivo y la formación de un ethos de paz alternativo” (p.352).

La reconciliación es un concepto de gran complejidad frente al que no hay un consenso en su definición, ni en sus abordajes prácticos (Bloomfield, 2003, 2006; Galtung, 2001). Algunos debates sobre el término señalados por Bloomfield (2006), giran en torno a si es un proceso, es un estado final o ambos (Bar-Tal & Bennik, 2004), a su vinculación con términos como verdad, justicia, perdón, democracia y a sus dimensiones individual, interpersonal o política, entre otros. Frente a este último debate añade Bloomfield:

La reconciliación política, entonces, parece ser algo menos profundo, menos personal y más pragmático que la reconciliación individual. Además, no requiere de elementos tan grandiosos como el perdón o los estados finales armoniosos, sino más bien, como dice Villavicencio, elementos de “coexistencia pacífica” (2015, p.16).

Sin embargo, las aproximaciones conceptuales al término concuerdan en que la reconciliación involucra el restablecimiento y la reconstrucción de relaciones fracturadas, la creación de relaciones no

violentas entre individuos y comunidades después de un conflicto (Bloomfield, 2003, 2006; Bar-Tal & Bennink, 2004), proceso que puede requerir varios años o generaciones.

Para Huyse (2003), la reconciliación puede conllevar una serie de etapas: 1) aplacar los sentimientos que producen malestar emocional, como el odio, el resentimiento y el deseo de venganza, para poder convivir de forma no violenta con el adversario o perpetrador con base en acuerdos de respeto mutuo, 2) a partir de la convivencia no violenta, reconstruir la confianza en el “otro” y reconocer sus derechos humanos y civiles, para lo cual es primordial prescindir de los dispositivos cognitivos y emocionales de deshumanización y deslegitimación del adversario (Samayoa, 1990; Bar-Tal, 2000b; Bar-Tal, D. & Halperin, 2010, 2014), y 3) de la confianza transitar hacia la empatía, que se logra a través de la verdad, de la comprensión de lo sucedido y del reconocimiento de lo que es común entre víctimas y perpetradores, lo cual es la base para el perdón. Sin embargo, este no es necesario ni requisito para la convivencia y la reconciliación y no involucra el olvido (Huyse, 2003; Villa Gómez, 2016). Villa Gómez & Patiño (2021) dirán que es un proceso que implica una dimensión subjetiva y psicosocial y otra sociopolítica que se entrelazan y se implican mutuamente para transformar la lógica de la guerra tanto en lo local, como en lo nacional, en lo individual como e lo colectivo.

Para Villa Gómez (2016), “la discusión en torno al perdón y la reconciliación en contextos de violencia política tiene una enorme complejidad, puesto que pasa por múltiples sensibilidades y lógicas que, en muchos casos, son contrapuestas, contradictorias y no compatibles” (p.1). Entre estas, las concepciones instituidas sobre el perdón desde lógicas religiosas propias de nuestra cultura, las lógicas políticas que, en función del logro de la paz, en ciertas circunstancias imponen el perdón como una responsabilidad única de las víctimas, como si de esto dependiera la consecución de la paz, las afectaciones emocionales y psicológicas de las víctimas, la manifestación legítima de emociones como el odio y la rabia y el impacto que tienen sobre la salud mental y en el plano relacional de lo psicosocial. Todo esto es fundamental en relación con la construcción de un horizonte de paz, en perspectiva de futuro.

El panorama actual de los procesos de reconciliación en Colombia ni siquiera se encuentra en lo que Galtung (1998, 1999, 2003) denominó *paz negativa* o ausencia de violencia directa por conflicto armado. Si bien el Acuerdo de paz posibilitó el desarme, el cese de hostilidades con la guerrilla de las Farc y la disminución de la cifra de hechos y de víctimas especialmente durante los siguientes dos años a su firma en el 2016 (Ávila, 2019), no representó el fin de la violencia armada en Colombia. Por esto, ante la amenaza que constituyen los nuevos actores armados, ciertos sectores políticos y una parte de la sociedad sostienen la necesidad de reforzar la defensa y la militarización del territorio, pero, se pasa a un segundo plano la superación de las condiciones de desigualdad e injusticia social que dieron origen al conflicto armado, la transformación de la violencia estructural, en tanto *paz positiva*, (Galtung, 1999, 2003), con miras a una paz sostenible.

Esto se puede constatar en la poca voluntad del gobierno actual con la implementación del acuerdo, que es consistente con la oposición del partido de gobierno Centro Democrático durante el plebiscito por la paz. Sin embargo, para Galtung (1999, 2003), no hay paz posible mientras existan las condiciones de insatisfacción de necesidades básicas que impiden el desarrollo humano así hayan cesado los enfrentamientos. Se concluye entonces que no es suficiente el cese de hostilidades para superar la violencia estructural (Galtung, 2003), ni la cultural, para los que son esenciales procesos de reparación y reconciliación (Galtung, 1998). De allí que nos preguntemos: ¿cómo se posibilitará el perdón y la reconciliación más allá de formalismos políticos? Para dar respuesta se sigue lo propuesto por Villa Gómez et al. (2007):

Quando se empieza a reflexionar sobre la paz y sobre la necesidad de hacerla parte de nuestra cultura, no se puede pensar que ésta consiste en dejar de disparar, en que simplemente se acabe la guerra, porque ésta es la parte emergente, aparente de la guerra. Es fundamental que se piense en sus fundamentos culturales, en los discursos y símbolos que la legitiman, en los valores cotidianos que la hacen posible (p. 18).

Este proceso implica tanto la superación de la impunidad, como ejercicio de una memoria y una verdad que reconozcan la humani-

dad del victimario, sus derechos y, a su vez, conlleva la superación del deseo de venganza, la transformación de sentimientos de odio, rabia y miedo, de tal manera que emerja no solo la empatía, sino también la esperanza, con lo cual se posibilita la convivencia, incluso cuando el perdón sea una tarea pendiente (Huysse, 2003).

Teniendo en cuenta las afectaciones del conflicto sobre la psique, la subjetividad y lo relacional, que involucran un trauma psicosocial (Martín-Baró, 1988) y el establecimiento de relaciones deshumanizantes con el adversario (Samayoa, 1990), se propone para esta investigación comprender la reconciliación asociada a la perspectiva de la *noviolencia*, que resumen de la siguiente manera López-Martínez, Useche & Martínez (2016):

Respetar la vida, negarse a deshumanizar a los otros, rebelarse frente a las iniquidades, no colaborar con las injusticias, atreverse a desobedecer las leyes que aseguran las arbitrariedades, derribar gobiernos tiránicos, enfrentarse a las formas del colonialismo e imperialismo, luchar por los derechos y las libertades, movilizar a amplios sectores sociales en el reconocimiento de sus identidades y personalidades etnoculturales (p.8).

Esta perspectiva subraya el papel activo de los individuos en la transformación de la violencia cultural y simbólica, combatiendo los elementos violentos que han organizado y dispuesto relaciones psicosociales deshumanizantes, discriminatorias y excluyentes, posicionándose y oponiéndose radicalmente frente a éstas. Villa Gómez (2016, 2020) subraya la importancia que tiene para lograr el perdón, la reconciliación, el reconocimiento de responsabilidades de los victimarios, la solicitud del perdón frente a hechos concretos, la verdad sobre lo sucedido, la voluntad y el compromiso de no repetición del daño. Frente a este punto se subraya el compromiso con los procesos de reincorporación que se constata con la cifra de permanencia del 94% de los desmovilizados en los procesos de reincorporación (ARN, 2020). Hecho que puede favorecer procesos de reconciliación e inclusión social de esta población con horizonte de paz.

Por último, Villa Gómez (2016) y Villa Gómez et al. (2020) señalan la relevancia de acompañar las experiencias subjetivas y

los procesos de perdón de las víctimas con acciones psicosociales en las comunidades afectadas y en la sociedad en general, con el fin de develar los discursos de ciertos sectores políticos y de los medios de comunicación aliados de ese poder, que perpetúan el odio, la venganza y continúan relegando toda la responsabilidad del conflicto en los combatientes, negando la existencia de un conflicto armado y los factores políticos de cierre a la democracia, de injusticia social que lo originaron y mantuvieron, frente a los cuales el Estado tiene parte de responsabilidad. Discursos que no posibilitarán la construcción de la paz en Colombia.

Frente a la inclusión social de los excombatientes, Molano (2009) nos cuestiona acerca de cuál es la sociedad que tenemos y a la que los desmovilizados van a reintegrarse: “*¿A qué sociedad nos estamos refiriendo? ¿A la que hoy existe ante nuestros ojos? ¿A una estructura social que ha generado la violencia que vivimos y sufrimos desde mediados de los años cuarenta?*” (Párr. 1). Por otro lado, Nussbaum (2014) señala como un horizonte la *sociedad aspiracional*, democrática, que da igual valor a todas las personas, igualdad de oportunidades políticas, igualdad de derechos civiles y donde se respeta a todos los individuos más allá de principios de cualquier índole.

De otro lado, los derechos de las víctimas a la verdad, justicia, reparación y medidas de no repetición están reconocidos en instrumentos internacionales como en los principios y directrices básicos sobre el derecho de las víctimas de violaciones manifiestas de las normas internacionales de derechos humanos y de violaciones graves del derecho internacional humanitario a interponer recursos y obtener reparaciones (Naciones Unidas Derechos Humanos, 2005). Así mismo, están contenidos en la legislación colombiana, de manera expresa en la Ley 1448 de 2011 artículo 9: Carácter de las medidas transicionales “El Estado reconoce que todo individuo que sea considerado víctima en los términos de la presente ley tiene derecho a la verdad, justicia, reparación y a que las violaciones de que trata el artículo 3º de la presente ley, no se vuelvan a repetir, con independencia de quién sea el responsable de los delitos” (Congreso de la República, 2011).

Como medio para reconocer y revindicar estos derechos, dentro de los procesos de transición se suele acudir a modelos de justicia

restaurativa, donde la víctima toma relevancia y la protección de sus derechos violados por las acciones agresoras es su propósito principal. Por esto, la víctima debe tener la posibilidad de ser escuchada para narrar sus historias, para expresar cuáles son sus necesidades y expectativas y que se genere una forma de reparar el daño que se le ocasionó. Por lo tanto, en la justicia restaurativa todos los esfuerzos se enfocan, desde el inicio del proceso, en el restablecimiento de los derechos de la víctima, el esclarecimiento de la verdad y en la reparación de los daños causados. Así, la víctima no se instrumentaliza y tiene un papel fundamental (Méndez, 2015).

De esta manera, en palabras de Uprimy & Saffon (2005), hay un cambio importante en el enfoque, puesto que la finalidad principal del proceso no se centra en la sanción a los responsables y victimarios, sino en las necesidades de las víctimas y el restablecimiento de la paz social, logrando así reconocer el sufrimiento causado a la víctima, repararle el daño y restaurarla en su dignidad. En cuanto al victimario, hay que intentar reintegrarlo a la comunidad. Poner la atención en las víctimas y en el restablecimiento de la comunidad, como en procesos de resocialización factibles y exitosos, permite el reconocimiento del sufrimiento de la víctima no solo por parte del victimario sino de la comunidad. De igual forma, abre espacios para que el victimario, reconociendo el daño causado, haga procesos de reconocimiento y perdón que generan ambientes más propicios para la paz.

Para aportar a este horizonte, en el marco de la investigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”, nos centraremos en las orientaciones emocionales colectivas en torno a la reconciliación y la justicia en un grupo de ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga, Colombia, a partir de cuestionamientos estructurantes de lo relacional entre sociedad y excombatientes en un contexto actual de post conflicto (post acuerdo), haciendo una lectura desde el realismo crítico y la psicología de la liberación (Danermark, Ekström, Jakosben & Karlsson, 2016; Blanco & Gaborit, 2016; Villa Gómez & Patiño, 2021). Las preguntas analizaron las emociones personales y

colectivas que se suscitaban al ponerse en la situación de coexistir con desmovilizados, en el barrio y en el trabajo. Sobre lo que merecen y cómo deben resarcir sus daños para que sea posible la reconciliación social. En este caso, indagamos por las orientaciones emocionales de los participantes, como componentes de la estructura socio psicológica del modelo conceptual propuesto por Bar-Tal (2000, 2007, 2013) que configura la subjetividad individual y colectiva en contextos de conflictos intratables. Asimismo, la pretensión del estudio es comprender cómo estas orientaciones emocionales colectivas pueden actuar como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación.

Metodología

Como se ha esbozado en diferentes capítulos, esta investigación utilizó el método cualitativo, con un enfoque fenomenológico-hermenéutico e interés crítico social. Se realizaron 32 entrevistas semiestructuradas y en profundidad en el área metropolitana de Bucaramanga (municipios de Floridablanca, Piedecuesta y Bucaramanga), de las cuales, 20 participantes fueron mujeres y 12 fueron hombres, de estratos medios, según las características determinadas en el capítulo 1 del primer libro de esta investigación (Villa Gómez, Díaz-Pérez, Barrera, Velásquez & Avendaño, 2021). Fueron seleccionados por un muestreo no probabilístico, intencional y de bola de nieve. Luego de analizar los discursos de los participantes, estos se categorizaron en tres grupos, según sus propios relatos: personas que se mostraron “de acuerdo” con el proceso de negociación (12), personas “en desacuerdo” (14) y quienes no tenían posición clara y se mostraban “ambivalentes” frente al mismo (6).

Se desarrolló un análisis de contenido guiado por categorías preestablecidas (perdón, justicia y reconciliación) avanzando en un proceso intratextual, intertextual y de codificación teórica de primero y segundo nivel (Flick, 2004; Gibbs, 2012). Con lo cual se realizó una interpretación interactiva entre procesos inductivos y deductivos, hasta llegar a la construcción de los textos que constituyen los resultados.

Resultados

Las emociones identificadas en los participantes de las tres posiciones en relación con el proceso de negociación política del conflicto armado entre el gobierno colombiano y las FARC: “acuerdo”, “desacuerdo” y “ambivalente”, tienen distintos matices y se expresan asociadas con creencias sociales y actitudes frente a la convivencia y reconciliación con los desmovilizados. De la misma manera que en el trabajo realizado sobre las creencias sociales en el capítulo 9 del primer libro (Gómez, Bohórquez & Villa Gómez, 2021) estas constelaban en relación con orientaciones emocionales y viceversa. En los participantes de la presente investigación se identificaron cinco constelaciones de orientaciones emocionales colectivas (Benski & Langman, 2012): las primeras en relación con la reconciliación y la reintegración de los excombatientes: miedo/desconfianza, curiosidad, tristeza/dolor y alegría/esperanza. La cadena emocional indignación/ira/odio está vinculada con la justicia.

Miedo y desconfianza

El miedo es una orientación emocional colectiva característica de los conflictos de larga duración, fuertemente asociada con narrativas del pasado victimistas que cristalizan creencias sobre la imagen negativa del enemigo y son muy resistentes al cambio (Bar-Tal, 2001; Bar-Tal, Halperin & De Rivera, 2007). En esta investigación, el miedo es la emoción más ampliamente compartida por los participantes de las tres posiciones políticas frente al proceso de paz de La Habana. En los tres grupos el miedo se expresa asociado a creencias sociales sobre la seguridad personal (Bar-Tal, 1998; 2013) y en la mayoría de los participantes está vinculado a la desconfianza hacia el desmovilizado, lo cual motiva acciones de precaución y cautela en la convivencia. En los participantes “en desacuerdo” emerge junto con estereotipos negativos y trasciende la dimensión afectiva, involucrando actitudes de rechazo y discriminación. En los otros dos grupos el miedo no imposibilita la convivencia.

Particularmente, en los participantes “en desacuerdo” el miedo emerge asociado a la narrativa de peligrosidad del desmovilizado y a la amenaza que puede representar para los participantes y sus

familias. Se enfatiza en su pasado como actor del conflicto que infligía daño a la comunidad, sus acciones son leídas como delictivas y al margen de la ley, lo que conduce a identificarlo con “el delincuente”: *“una persona que ha tomado la justicia por su cuenta, que de pronto ha matado, ha dañado a otros, ha robado, ha tenido relación con el narcotráfico”* (P26-D). El temor emerge junto a la creencia de que la violencia perpetrada por estos actores en otros escenarios se desplace al contexto personal y vecinal:

E: ¿Qué pasaría si algún desmovilizado viviera acá, se mudará acá al lado de su casa?

P: Ay no, me muero del susto [...] Me daría mucho miedo, porque es una persona que ya ha matado, ya ha hecho tanto daño, no le daría nada volver a hacerlo si lo tuviera que hacer (P1-D).

Como lo indican Gómez, Bohórquez & Villa Gómez (2021), se va construyendo una imagen diabólica donde el excombatiente se convierte en encarnación del mal, por lo tanto, portador de una imagen que produce temor y desconfianza. Un primer elemento en esta construcción estriba en una comprensión general en los y las participantes: la guerra ha dejado en los desmovilizados una huella, una marca, un trauma que no es fácil de borrar, como si los llevara a desposeerse de sí mismos y ser tomados por esa fuerza maligna “natural” a la manera de un trastorno mental: *“algo que marca y que como te digo, tal vez sane, pero va a ser una herida que te deja la marca”* (P19-D), o como encarnación del mal:

Por culpa de esos malos, o sea por culpa de esa gente que no tiene un corazón, que de pronto no les ha importado tener una familia, que no les ha importado como vivir en armonía, sino en guerra: “vamos a hacer daño, a matar” (P1-D).

Que están enseñados a estar en el monte, como animales a correr como cabros... (P30-D).

Esto sucede cuando la creencia y la representación que se construye rompen con la imagen concreta del desmovilizado raso, con la persona que quiere reinsertarse a la sociedad, con el ser humano que es, y se identifica más con el grupo armado, o cuando se establece una

diferencia y se habla de los comandantes, como lo indicaron Gómez, et al. (2021). En ese momento, el miedo parece incrementarse, puesto que se teme que se atente contra la vida de la comunidad, puesto que se atribuye mayor capacidad de daño y de obrar “el mal” a los comandantes. Pero, también porque cuando se tiene como referente la imagen o la idea del grupo en abstracto, se intensifica la orientación emocional del miedo.

Esto es relevante dado que el miedo que se siente hacia el desmovilizado, a quien de alguna manera se puede mantener vigilado y controlado, al ser parte de la comunidad, puede ser manejado o, por lo menos, afrontado de alguna manera. Pero cuando se desplaza hacia una “representación del enemigo” identificada en el comandante o en el signifiante ‘guerrilla”, este actor, lejano, sobre el que no se tiene control, representa una amenaza mayor “*si yo veo algo que me dé desconfianza, que actúen extraño o que lleguen personas extrañas ahí o que haya movimientos extraños, yo buscaría mudarme*” (P25-D). Con lo cual se refuerza una perspectiva en la cual el desmovilizado más que persona, encarna y hace parte de un cuerpo social, identificado como exogrupo, del que se sospecha y al que se le teme.

El siguiente diálogo pone en evidencia este proceso de representación, que se convierte en movilizadora del miedo, emoción que luego se consolida para oponerse al proceso de negociación y a la implementación del acuerdo, a los procesos de reintegración y genera una posición de sospecha frente a la reconciliación, llevando consigo una mirada que se reduce a la necesidad de castigo, y más que el castigo, a la segregación de la persona y su imposibilidad de volver a hacer parte del todo social:

E: Pero no me has dicho qué sientes...

P: ¿Qué siento? Es que para mí no son personas confiables así luego recen y... creo que no van a cambiar.

E: No son personas confiables, Pero ¿qué te producen a ti?

P: Desprecio

E: ¿Desprecio? ¿Te generan desprecio?

P: Sí, o sea, es como si no fueran personas, no sé.

E: No son personas... ¿Qué significa? Alguien que no es persona ¿Qué es?

P: Yo creo que perdieron su objetivo inicial, por lo menos no sé, Manuel Marulanda, y se apasionaron tanto con el tema de, de la guerra, como tal la guerra, que casi se volvieron unos psicópatas

E: ¿Y qué hay que hacer con un psicópata?

P: (Risas) No tienen arreglo (Risas) Los psicópatas no tienen arreglo

E: ¿Y con alguien que no tiene arreglo qué hay que hacer? Y si es un psicópata que no tiene arreglo ¿Qué se te ocurre que como sociedad deberíamos hacer?

P: Juzgarlos

E: ¿Y si no tiene arreglo?

P: Ah, pues tanto como matarlos, no. Yo creo mucho en la vida, entonces... Yo le temo mucho a la muerte, entonces para mí la muerte, independientemente del bando que sea, no.

E: Y si no los matamos ¿Qué deberíamos hacer?

P: No pues, a la cárcel, cadena perpetua, depende de los delitos.

E: Cadena perpetua.

P: Por ejemplo, uno escucha: "no, que reclutaron niñas" Listo, las reclutaron, las convencieron, así fueran menores de edad, las convencieron, se las llevaron, pero luego... ya no son solamente el tema de guerra. Mira cómo ellos pierden lo de, lo de pensar en justicia, en igualdad, en equidad, por ejemplo, las violan, las embarazan, las obligan... Eso no tiene nada que ver con el tema de equidad, eso ya... es un demente (P31-D).

Así, se les atribuye una secuela que dificulta la toma de conciencia y el cambio personal, hecho que genera desconfianza en estos participantes y se constituye como una barrera para la convivencia al verse amenazado el espacio personal y familiar "a mí no me asegura nadie que mi espacio no se va a ver vulnerado por ese pasado de esa persona" (P16-D). Esta perspectiva subraya una visión estereotipada y cristalizada del enemigo (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez et. Al., 2020): la de "el guerrillero", la cual está mediada por la desconfianza y, por lo tanto, es difícil de transformar frente al nuevo escenario de desarme y desmovilización en el que este es ahora un desmovilizado, un firmante de la paz: "Por la percepción que yo tengo de ellos, o sea como esa desconfianza que me generan de no sé, no me preguntes por qué, pero siento que ellos están quieticos esperando algo" (P20-D).

Para algunos participantes “en desacuerdo” y “ambivalentes”, el miedo trasciende la dimensión afectiva e involucra actitudes de rechazo y discriminación hacia el desmovilizado, especialmente el exguerrillero, que dificultan la posibilidad de convivencia. Esta conducta de rechazo está mediada por la imposibilidad de aceptar a una persona que ha cometido tanto daño, según su punto de vista, así se cristaliza una imagen del actor anclada al pasado, cargada de temor y desconfianza que deviene barrera para la reconciliación y la reintegración:

Me iría. Si lo tuviera de vecino, no, pasaría una carta, no sé, o sea, no es discriminar porque no, pero, o sea, da miedo, o sea como no se puede aceptar a una persona que ha hecho tanto daño, aceptar-la normal a la comunidad (P1-D).

El miedo se expresa también junto con creencias de justicia retributiva y punitiva en estos participantes “en desacuerdo”. Para quienes la reconciliación estaría supeditada al pago de una pena, una sanción carcelaria como forma de resarcir el daño (...) “*que los hubieran castigado, que los hubieran metido a la cárcel, que hubieran pagado el dolor que sintió tanta gente y tantas familias...*” (P1-D), manteniéndose así una polaridad entre castigo e impunidad, la cual se pretende romper en los procesos de reconciliación con confianza cívica (Villa Gómez, 2016, 2020). Se separan “los otros” desmovilizados de “nosotros” quienes “*nunca hemos ni siquiera matado, ¡Dios mío!, un ratón*” (P1-D), y se delimita la cárcel como condición para reintegrarse a la sociedad.

En los participantes “de acuerdo”, al igual que en los otros dos grupos, el miedo se caracteriza por la desconfianza y la precaución hacia el desmovilizado. Sin embargo, en este grupo, el miedo se encuentra atravesado por la empatía. Se reconocen dos visiones en oposición del desmovilizado: por un lado, las dimensiones personales: los estigmas y prejuicios asociados a este grupo de personas, y por otro, las disposiciones contextuales: las difíciles condiciones de vida que mediaron su participación en el conflicto armado, las cuales se contrastan con las condiciones privilegiadas de otros grupos sociales:

Yo creo que la estigmatización también es una vaina muy jodida, porque yo creo que lo que uno más miedo le daría sería, eh que

esté loco, o sea, que tenga un trastorno muy heavy y quiera matarnos a todos, pero pues yo creo que en general es tener esa empatía, tener esa capacidad de entender que no todo mundo tiene el privilegio de vivir lo que uno vive, de estar donde uno ha estado (P9-A).

Así pues, lo que prima en los participantes “de acuerdo” es que el miedo no imposibilita la convivencia “*no podemos tampoco juzgar y pensar, que esas personas no pueden estar en la sociedad*” (E28-A). Razón por la cual parece que no referencian actitudes de discriminación y rechazo, como también se evidencia en el capítulo 11. En participantes de las tres posturas se señalan estrategias para lidiar con el miedo y la desconfianza sin llegar a excluir al otro o abolir la convivencia, entre estas: la vigilancia de sus acciones: “*Uno se da cuenta que, qué está sucediendo, sus comportamientos*” (P12-D), la cautela y la precaución: “*pues primero mirarlo a verlo a ver qué... toca esperar, toca tener cuidado*” (P3-A) y garantizar la seguridad personal: “*si no se meten conmigo no me afecta, o sea conmigo o con mi familia*” (P20-D). Estas dos perspectivas abren una posibilidad para la reconciliación y la convivencia, a pesar del miedo y la desconfianza, permiten un acercamiento a la humanidad del otro “*de saber si de verdad sí está cambiando, que ama a su familia*” (P12-D). Sin embargo, es un proceso que lleva tiempo, en el que hay que ir “*poco a poco, con el pasar de los días*” (P12-D).

En los participantes “de acuerdo” el miedo se asocia también con la falta de información sobre el desmovilizado y la desconfianza en sus intenciones “*uno no sabe, digamos, qué esté detrás de él, o sea, la persona, su identidad*” (E13-A) (...) *porque no se sabe quién es primero, de qué bando es, qué propósitos tenga y hasta enterarme de la verdad no puedo...*” (E14-A). Sin embargo, se realiza una interlocución con el miedo sentido que deriva en curiosidad, en el deseo de saber la verdad sobre el “otro”, lo cual abre la posibilidad para la convivencia y la reconciliación. Así pues, teniendo en cuenta que la estigmatización y los prejuicios hacia los desmovilizados dificultan la reconciliación social, puede afirmarse que mientras los participantes “en desacuerdo” mantienen creencias estigmatizantes del otro, quienes están “de acuerdo” expresan matices que posibilitan la convivencia a pesar del miedo.

Curiosidad

En los participantes “de acuerdo” emerge la curiosidad hacia el desmovilizado, el proceso de desmovilización y las condiciones que lo llevaron a ser parte del conflicto y también a desmovilizarse “*de hecho, me daría mucha curiosidad, como qué hace, jum ... quién es, qué hace, qué hizo después, qué hizo antes de*” (P11-A). La curiosidad tiene que ver con la necesidad de comprender las razones por las cuales se dio la opción de la lucha armada y sobre el lugar subjetivo del excombatiente en relación con su convivencia en la vida cotidiana. Por esta razón, se expresa junto con el miedo y la desconfianza, orientaciones emocionales basadas sobre todo en el desconocimiento de ese otro que solo ha sido representado desde la categoría social de “guerrillero”, la cual ha sido deshumanizada desde muchos sectores,

E: ¿Sentiría un poco de desconfianza?

P: No, como curiosidad más bien.

E: Curiosidad.

P: Sí, como curiosidad, y por qué ahora y por qué sí, será verdad que quiere, ¿no? (P3-A).

Nótese bien que la entrevistadora plantea la pregunta por la desconfianza. Y la participante responde desde otro lugar. Incluso, podríamos afirmar que funciona como una especie de “resistencia pasiva” al relato dominante construido en medios de comunicación y discursos políticos, como si se estableciera “el beneficio de la duda”, es decir, estos participantes, por lo menos, se dan la oportunidad de esperar y “curiosear” sobre los excombatientes, antes de adoptar actitudes de rechazo, discriminación y estigmatización, lo cual denota un signo de humanización y una disposición a la reconciliación. Por lo tanto, se manifiesta un deseo de conocer a la persona, de saber sus intenciones y motivos para desmovilizarse y su historia de vida, disposiciones actitudinales que están atravesadas tanto por el miedo como por la empatía:

[...] Venga, cuente: ¿usted por qué estaba metido?, eso sí, también generaría un poco de miedo (P13-A).

Por saber que si lo que ha vivido no tanto por si mató o no a alguien, sino de pronto por dónde vivía cuando era niño, qué le pasó para llegar hasta allá, me daría mucha curiosidad eso (P17-A).

Ahora bien, la curiosidad de estos participantes está dirigida más a los excombatientes rasos, que a los comandantes. Frente a estos últimos, se expresa una inquietud en torno los procesos de participación política, que se acompaña, a su vez, de desconfianza en relación con el cumplimiento del acuerdo, las acciones de su partido político y cuáles serían sus ‘verdaderas’ intenciones al realizar la negociación política del conflicto y lograr un acuerdo de paz, especialmente porque emerge una duda seria en relación con la popularidad o la capacidad de movilizar el voto popular del nuevo partido político surgido luego de su reintegración, la Fuerza Alternativa del Común (COMUNES): “*será que la gente, será que la gente si vota por ellos. No, imposible, eh, no, yo no me imagino*” (P3-A).

Tristeza y dolor

Los participantes de todas las posturas frente al acuerdo expresaron emociones de tristeza hacia las víctimas. Precisamente, en estas se ha depositado el dolor por todo lo sucedido y acaecido. En este sentido, la tristeza y el dolor por el daño padecido y el horror sufrido, en propia persona, en la familia o en la comunidad pueden enquistarse de tal manera que terminan produciendo dificultades para concebir una negociación política del conflicto o para desarrollar procesos de reconciliación:

Tristeza de acordarme de todas las personas que han muerto, que yo conozco que han fallecido; Ehh, tristeza acordarme que yo de chiquita tenía que también esconderme y andar con escoltas; tristeza cuando me acuerdo de ver a mi papá golpeado en la Universidad Nacional porque salían a echarles piedras, mi papá era policía, en esa época era comandante de policía y llegaba con las piernas reventadas, yo tenía 14, 15 años, llegábamos a limpiarle las piernas a mi papá, entonces eso me da tristeza; tristeza recordar cuando mataron a mi hermano, que fue una lucha para poderlo

tener, que mi mamá tenía un solo riñón y le habían dicho que no debía tener más bebés y contra viento y marea dijo: 'Dios me lo dio Dios me lo quitará' y así fue, siento tristeza; siento tristeza de ver que a mi esposo le mataron un tío, le secuestraron 3, le dejaron el otro bobo; siento tristeza de pensar que no sé qué va a pasar de mis hijas si siguen en este país. Siento rabia cuando me acuerdo de todo el daño y todos los niños que han secuestrado; siento rabia cuando pienso que han violado tantas niñas y niños también en las guerrillas; siento rabia al pensar que le han quitado a las madres sus bebés para llevárselos, porque yo soy madre y si a mí me van a quitar un niño de 2 o 3 años yo prefiero que me maten, entonces siento ahí es como una mezcla de rabia y tristeza. Siento impotencia al saber que nuestro Estado no ha podido controlar todas esas situaciones y siento impotencia al pensar que es difícil controlarlo cuando tú vas a negociar con alguien que tiene 100% la razón, no hay negociación (P21-D).

Pero también emerge la tristeza hacia los desmovilizados, emoción que es atravesada por la empatía debido a la falta de oportunidades y las dinámicas violentas que se vivían en los territorios donde se libró el conflicto armado. Se produce, porque se comprenden las condiciones que los llevaron a tomar las armas en contextos difíciles,

También sé que algo en la vida los llevó a ser lo que son, ¿sí? A odiar, a querer el poder, a esos niveles de maldad, o sea, uno no nace malo, ¿sí? Uno se vuelve malo por las condiciones o por cosas que lo rodean, entonces siento tristeza por todos ellos (E6-D).

De igual forma se realiza una diferenciación entre los jefes y cabecillas y los militantes rasos, se señala el reclutamiento forzado implementado por los grupos armados ilegales, como forma de victimización, diferenciando a quienes lo ejercían y daban las órdenes y quienes en condición de reclutados forzados “*solamente estaban ejecutando una orden y pueden que lleven muchos años involucrados en la guerrilla, pero eh ¿cómo llegaron a la guerrilla? Por reclutamiento forzado, porque no había más vía*” (P9-A). Frente a los primeros se siente indignación, rabia, e incluso, odio. Pero hacia el desmovilizado raso, emergen sentimientos de tristeza, especialmente en el contexto actual, donde se viene presentando un asesinato sistemático de excombatientes de la base de

las FARC, que se quedaron en el campo y no gozaron de los mismos beneficios de los cabecillas: “*sé que varias personas se desmovilizaron y se quedaron en el campo, y da tristeza porque ya lo que uno lee en noticias es que a muchos desmovilizados los terminaron matando, ¿por qué? O sea, tampoco*” (P22-D).

A su vez, emerge la frustración frente a los procesos de reinserción de los excombatientes de las FARC que se encuentran en las zonas de verificación y reincorporación “*eso va a ser muy difícil*” (P18-A) debido a falta de aceptación social. La tristeza aquí se vincula a la desesperanza en relación con el éxito que puedan tener los procesos de reintegración social. En los participantes “en desacuerdo”, porque se experimenta una desconfianza básica hacia el grupo armado y sus militantes, de forma genérica, suponiendo un posible retorno a las armas:

P: Igual, igual, un poco desconfiado, tampoco se puede decir, este, no es posible en una sociedad

E: Desconfiado, ¿de qué se sentiría?

P: inseguro de que algún momento la persona en algún momento pueda volver a reunir todas esas experiencias horribles que ha tenido, y cometa otro error (P30-D).

En los participantes “de acuerdo” aparecen tristeza y dolor porque luego del plebiscito, las dificultades en la implementación del acuerdo y el asesinato de líderes sociales y excombatientes, se ha ido gestando una especie de fatalismo y decepción que refuerza la percepción del carácter irresoluble del conflicto armado, tal como lo analizaron Quiceno, Ospina & Bernal (2021), Oliveros, Correa y Machado (2021), y Jaime-Salas, et al. (2021) puesto que las negociaciones ni la desmovilización frenan las acciones violentas y observan que un horizonte de reconciliación está muy lejano. Además, porque reconocen que las tensiones y dinámicas violentas del enfrentamiento entre distintos actores armados legales e ilegales presentes en los territorios siguen sometiendo a poblaciones enteras, consolidando contextos inviables, donde la única alternativa para los jóvenes, debido a la falta de oportunidades, es “*el ejército o la guerrilla, porque no hay trabajo, porque no hay oportunidades reales*” (P9-A).

Esta perspectiva dimensiona el impacto que tiene la desigualdad social en los territorios donde se libró y donde todavía se libra la guerra y cómo la participación en algún bando representaba una oportunidad de protección de sí mismos y también de sus familias. Ante la ausencia de oportunidades reales, ser parte de que un grupo armado era la garantía de supervivencia dada su indefensión frente a las dinámicas violentas libradas en estas regiones *“y si su hijo está en el ejército los matan a todos, entonces es mucho más fácil meterse en la guerrilla, saber que están con los que los protegen de verdad, entrecoronas”* (P9-A). Esta narrativa se asocia con las orientaciones emocionales colectivas de dolor y tristeza mediadas por la empatía hacia aquellos que fueron reclutados y no tuvieron otra alternativa que cumplir órdenes.

Alegría y esperanza

Paradójicamente, algunos participantes en desacuerdo expresan alegría frente a los procesos de desarme, desmovilización y reintegración social de excombatientes y de su compromiso con aportar a la sociedad. Como lo expresan Gómez, et al. (2021), los participantes en desacuerdo tienen una posición contradictoria en relación con los excombatientes, puesto que, cuando se habla de estos en genérico y en perspectiva de reconciliación, expresan una alegría fundamentada en la mejoría en los índices de inseguridad, en que se logra controlar uno de los problemas del país, como la violencia y en la posibilidad de que esta disminuya. Además, porque piensan que se les da una oportunidad a quienes consideran, en algunos casos, también víctimas del conflicto armado.

E: pero ¿qué sentiría?

P: ehmmm alegría

E: ¿alegría?

P: Sí, igual pues al ser desmovilizados se sobreentiende que es una persona que bueno, ¡listo, ya! Como que dejó el pasado atrás, las armas y todo, se está integrando a una sociedad, está haciendo parte de una sociedad, ellos también están tratando, si, como de ser personas nuevas, eh proactivas a la sociedad, entonces tam-

bién me da alegría que se desmovilicen que sean personas que, pues, que vienen acá y así como uno, que hagan las cosas por lo correcto, por decirlo de esa forma (P5-D).

Sin embargo, cuando se pasa a la diferenciación entre rasos y comandantes y cuando aparece el significante ‘FARC’, esta alegría parece trasladarse debajo del miedo, la desconfianza, el dolor y la rabia:

Y no hacer como si nada hubiera pasado, porque ellos piden las cosas así. Eso es como uno tener un hijo adolescente que es el que manda en la casa y cada vez que el niño estalla, todo el mundo acata las ordenes de él, para mí es similar. Si al niño no se le colocan las pautas necesarias para ser criado bien, el día de mañana va y mata, ¿por qué? Porque todo el mundo le tenía miedo y tocaba cumplir todo lo que el niño quería (P6-D).

Los participantes “de acuerdo” y “ambivalentes” parecen expresar más claramente su alegría por la desmovilización y la reintegración de los excombatientes. En este caso, centrados en la persona concreta que tiene la oportunidad de reconstruir su vida y aportar a la sociedad. Lo cual conduce a reflexionar en la necesidad del apoyo social a estos procesos, en la aceptación y la apertura hacia estas personas, darles una oportunidad y hacerlos sentir parte de la sociedad:

E: ¿pero qué sentiría en un primer momento, o sea cuando le digan: “no, él es desmovilizado de tal grupo armado”

P: me daría felicidad (P7-Amb).

E: ¿sentiría felicidad porque él quiere continuar?

P: ujum, porque dejó la violencia [...] aceptarlo porque ya se desmovilizó, ya no tiene armas, nada, ya está arrepentido; y lo que ellos necesitan es alguien que los apoye, que los acepte, que los haga sentir otra vez como un ciudadano, porque de nada sirve que ellos se desmovilicen, pero las personas los rechacen, porque ellos no se van a sentir como parte de la sociedad, se van a sentir como rechazados (P8-A).

Finalmente, en los participantes “de acuerdo”, junto a la alegría emerge la esperanza, emoción compartida por la mayoría de estos

participantes en relación con la realización de procesos de negociación política del conflicto armado. Para estos participantes, la negociación es sinónimo de esperanza de paz. Por lo tanto, al traer aparejada la desmovilización, la reintegración y la convivencia, consideran que se está gestando una posibilidad para la transformación de emociones de rencor y odio, tan características de la sociedad colombiana, en lo cual se deben involucrar los miembros de toda la sociedad para el logro del perdón y la reconciliación:

En un país como Colombia nosotros siempre tenemos nuestra malicia indígena muy, muy alta, pero ese es el reto, que tener mucha gente de la desconfianza a la confianza, más allá de las curules y de lo que el Estado tenga que hacer, lo construimos tú yo, el vecino, el celador, el portero, el de la tienda, el profesor, el rector, todos, todos, el taxista, todos los miembros de la sociedad tenemos en nuestras manos esa tarea tan importante de vencer el odio, de vencer ese rencor, esa sed de venganza que muchas veces nos da. Como sociedad colectiva, por la reconciliación, ¿sí? por el perdón, por reconocer al otro como igual, eso, yo creo que va a ser por ahí (P18-A).

De allí que algunos de estos participantes alcancen a expresar frustración por lo que ha pasado en Colombia, luego del llamado plebiscito por la paz, en donde una parte importante de la población votó “NO” al acuerdo firmado con las FARC, porque sienten que las puertas para la desmovilización y la reintegración se cierran cuando en una sociedad se moviliza el rencor:

*P: el día en el que los ex guerrilleros de las FARC abandonen sus zonas de verificación y reincorporación y enfrenten en lo que es realmente la reinserción a la sociedad civil eso va a ser muy difícil.
E: el hecho de que sea difícil, ¿cómo te hace sentir a ti?
P: muy frustrado muy frustrado. Yo pienso que yo estoy listo para el día de mañana si yo quiero estudiar un posgrado y mi compañero que está sentado al lado es un exguerrillero, nunca lo voy a discriminar, al contrario, escucharé sus experiencias, valoraré mucho la intención que tiene de tomar ese camino y de hacer algo nuevo. Si yo fuera un empresario, contrataría todo ese montón de*

milicianos, les daría trabajo y todo eso; y es muy frustrante que uno como joven vea que aún estamos muy lejos de lo que uno quiere para su país, porque hay incluso gente de nuestra generación que tiene un pensamiento muy retrógrado frente a las nociones de paz. Y lo digo retrógrada porque es como, es como que se cierran a ceder ciertas cosas que tenemos que ceder como, por ejemplo, el sí tener que perdonar lo que la guerrilla hizo y más aún me parece aún más frustrante ver que los sectores que más se oponen a construir la paz desde la sociedad son los sectores que nunca se vieron tocados por realmente lo que fue nuestra guerra, porque es que nuestra guerra fue una guerra de sevicia, una guerra de alevosía y una cosa realmente tétrica [...] si yo hubiera nacido en ese contexto me sentiría un poco más frustrado, por eso yo miro las generaciones que estaban en esa época: han normalizado mucho el conflicto, han normalizado mucho las tácticas, entonces ahora un bombardeo donde mueren dos personas es otra vez, ¿sí? y para mí no es otra vez, para mí, para mí es muy, es como muy nos estamos matando, ¿sí? (P18-A).

Sin embargo, y a pesar de lo anterior, se pudo reconocer en participantes de las tres agrupaciones una perspectiva de esperanza, en la que manifiestan que es posible que los desmovilizados puedan resarcir el daño más allá de la judicialización penal, como favorecer la reconstrucción de las relaciones y la convivencia, entre estas el trabajo social y comunitario, pedir perdón y arrepentirse, la verdad y la memoria, todo esto juega un importante papel hacia la reconciliación y la reconstrucción del tejido social, ante lo cual manifiestan también emociones de empatía, esperanza y felicidad.

Indignación, rabia y odio

La tendencia de las respuestas de los entrevistados en las distintas preguntas va mostrando sus emociones particulares acerca del proceso de negociación llevado a cabo entre el Gobierno Colombiano y las Farc, lo cual se refleja en su pensamiento descrito en sus creencias sobre justicia. No obstante, en este apartado se referencian las orientaciones emocionales frente a la aplicación de justicia en el marco del acuer-

do. Se identificaron dos tendencias: por una parte, la rabia, el odio, la repulsión frente a los victimarios “...*simplemente repudio, es lo que produce todas sus acciones*” (P 4-D) y, por otra, frustración, desilusión e indignación frente a un proceso de paz que observan con rasgos de impunidad, en particular porque el conocimiento que se tiene sobre el mismo está focalizado en que los integrantes del grupo no pagarán cárcel, en esta medida, para los participantes, no se hace justicia: “...*para uno como país decir indignación, porque ellos no merecen estar tan bien después de tanto crimen que cometieron...*” (P1-D).

La constelación emocional (Benski & Langman, 2012) que liga indignación, rabia y odio, fue expresada en su inmensa mayoría por participantes “ambivalentes” y “en desacuerdo”. La fuerza de estas emociones se manifiesta en un rechazo hacia los victimarios, que está articulada completamente a la sensación de injusticia e impunidad. Esto no permite observar bondades en el proceso de negociación política del conflicto, en relación con el fin de la guerra, las posibilidades de desarrollo en los territorios, y otras oportunidades, porque el sentimiento de rechazo opaca cualquier otra opción.

En primer lugar, expresan que ante las acciones ejecutadas por el grupo guerrillero (FARC) las sanciones penales deben ser necesarias. En relación con la proporcionalidad necesaria que debe acompañar a la justicia, se siente que estas acciones deberían ser castigadas y retribuidas de alguna manera. Por lo tanto, el primer sentimiento es de indignación cuando analizan que el acuerdo de paz no cumplió con esta función compensatoria de la justicia:

Me da, me da como piedra, como, ¿cómo se llama eso? Sí, como mal genio, como que ush, no, no aguanta, o sea, no aguanta que alguien que se sabe que ha cometido, eh, sobre todo, o sea, cosas muy graves: saber que reclutaron niños de manera forzosa, que hay acusaciones con mucho fundamento, que nunca se han constatado pero que no creo que todas las personas que dicen que ellos violaron derechos humanos fundamentales como el secuestro, eso que metían a los soldados a unas jaulas de alambres de púas, y los tenían años allá encerrados, amarrados a un árbol, o meses, así sea un día. Ese tipo de situaciones me parece que no

pueden llegar a perdonarse legalmente, así como así, ah bueno, usted entregó las armas y dijo que ya no lo va a volver a hacer, y venga para el senado, no, no, no, o sea, no me gusta ese mensaje, porque quiere decir que es un mundo en el que a veces hacer las cosas mal sí tiene premio (P2-Amb).

Así pues, la indignación se manifiesta porque creen, de alguna manera, que con el acuerdo se está premiando a los excombatientes. Esto es, según su punto de vista, desproporcionado e injusto. De allí el malestar que se va traduciendo en rabia. Por lo tanto, su posición se manifiesta claramente en la idea de “pagar” por el daño. Incluso aceptarían la reincorporación y la reconciliación, después de que se hubiera aplicado el castigo correspondiente y que los excombatientes paguen por el “daño” que han causado:

Es que es eso, paguen. Si después de pagar quieren hacer parte del Congreso, háganlo, ¿sí?, pero ¿cómo es posible que, aparte de todo, les demos curules?, ¿sí? O sea, gánense las cosas por sus propios medios ¿sí? Esa, esa es la indignación, ¿por qué tenemos que darles todo? O sea, paguen, si después de que pagaron siguen con la idea de que quieren cambiar y de que quieren ser parte del Estado, háganlo, por mí no hay ningún problema, el problema es el hecho de que no pagan, cuando debajo de ellos hay muchas personas que sí están pagando, otras que están sufriendo, familias que no tienen, que no están completas porque ellos en algún momento dieron la orden de matar, no sabemos a quién violaron y están en el congreso, ¿sí? Esa es mi indignación (P6-D).

La indignación se hace cada vez más fuerte cuando se toca el tema de los comandantes, esta emoción se incrementa y puede pasar al plano de la ira y la venganza que, en este marco, supera la necesidad de castigo y justicia retributiva:

P: Y que lo metan preso, porque no merece estar ni siquiera vivo [refiriéndose a Jesús Santrich, excomandante de las FARC]

E: Ya que dice eso, que él no merece ni siquiera estar vivo, eh, ¿qué siente usted frente a cada uno de esos actores? O sea, ¿qué le produce, por ejemplo, él? [...]

P: Rabia. De lo peor [...] O sea, es un ser humano que ha hecho tanto daño, o sea, no. No, ojalá que el día que lo lleguen a encontrar, porque está escondido como una rata. Ojalá que el día que lo lleguen a encontrar, que ojalá se de ese día y ojalá llegue ese momento, el presidente que esté ahí, o sea de verdad no tenga compasión, porque él no ha tenido compasión con muchos colombianos. Entonces, ojalá no tenga compasión y lo, que tenga lo que, que haga lo que él considere que deba hacer. O sea, lo que él.

E: Sin compasión.

P: Qué cree que se debe hacer, para ese señor. El castigo que ese señor merezca, pero yo creo que como yo y como muchos colombianos, creeríamos que ese señor, deberían, no sé, darle otro tipo de castigo diferente, para que ya no siga haciendo tanto daño, ni siga con el plan de que van a volver a hacer daño, que van a volver, como que asustar a la gente, a asustarnos a nosotros los colombianos. (P1-D).

Pareciera que esta búsqueda de venganza es la única manera de calmar o de transformar esa sensación de malestar, de indignación, ese deseo de hacer mal a quienes lo hicieron, que en algunos casos puede traducirse en odio: *“más que el perdón diría que se haga justicia, y esa justicia apacigua un poco, mucho, diría un 90% el sentimiento de odio, por decirlo así, o de repulsión”* (P23-Amb). Lo cual se traduce en la creencia enunciada por Gómez, et al, (2021) que la retribución justa, según la proporción del mal atribuido es la pena de muerte: *“A veces desde la rabia, uy yo diría que, no sé, la pena de muerte, pero no, pero desde la rabia yo podría llegar a pensar en eso”* (P20-D).

Frente a la JEP⁴, las emociones son de desilusión, impotencia y frustración, no solo por la idea de impunidad debido al no pago de cárcel, sino porque se considera que muchos de sus crímenes son imperdonables. Algunos de estos participantes cifran en este punto su principal desacuerdo con el proceso de negociación puesto que, desde su concepción de justicia, el marco de justicia transicional construido parece, a todas luces, injusto:

⁴ Jurisdicción Especial para la Paz.

No estoy de acuerdo que salgan como limpios del proceso, que firmen y no vayan a ser castigados. Aunque yo no me he leído bien todo eso, esos acuerdos y no es que no vayan a ser castigados, dicen los acuerdos (P31-D).

Hay una posibilidad de entrar a una posible amnistía, a esta, eh... no sanción, que ya por cierto nuestra justicia es bastante laxa con quienes tienen y dura con quienes no pueden, ¿sí? Entonces, tampoco, me siento ni a gusto ni de acuerdo (P32-D).

El análisis de las entrevistas relacionó que los y las participantes que demuestran sentimientos empáticos o pensamientos comprensivos hacia la población insurgente del país tienen una tendencia hacia la esperanza de cambio en Colombia con la Justicia Especial para la Paz, y casi siempre son personas “de acuerdo” con el proceso de negociación. Mientras quienes presentan desconfianza ante su posibilidad de cambio, indignación, ira, odio y repulsión por su actuar en el conflicto, entre otras emociones, ven a la JEP con ojos de desilusión e indignación y casi siempre son aquéllos que están en desacuerdo con este proceso de paz.

De todas formas, y a pesar de estas orientaciones emocionales, en el desarrollo de algunos relatos, emerge un sentimiento de empatía con los reincorporados, especialmente los rasos, y tristeza por la historia que muchos de ellos tuvieron que vivir, aduciendo la posibilidad de una segunda oportunidad, lo cual vuelve a situar la justicia en el horizonte de la reconciliación:

A pesar de que considero que los de arriba deberían estar en la cárcel, también sé que algo en la vida los llevo a ser lo que son, ¿sí? A odiar, a querer el poder, a esos niveles de maldad, uno no nace malo, ¿sí? Uno se vuelve malo por las condiciones o por cosas que lo rodean, entonces siento tristeza con todos ellos. (P6-D).

Discusión

Los resultados de la presente investigación pueden analizarse en dos sentidos. En primer lugar, cuando se habla de la reconciliación y

el proceso de reintegración de excombatientes desde un horizonte general y en la perspectiva de construcción de paz, entendida esta como final de la violencia en Colombia, todos los y las participantes, sin importar su posición en relación con la negociación política del conflicto armado entre las FARC y el Estado colombiano, manifiestan apertura, buena disposición y expresan orientaciones emocionales de esperanza y alegría.

Esta alegría se relaciona con una actitud de apertura y acogida hacia los desmovilizados de cualquier grupo armado, siempre y cuando, “hayan cambiado realmente”, “hayan superado trastornos psicológicos” y se demuestre su buena voluntad, tal como lo desarrollaron Gómez, et al, (2021). Cuando preguntamos en nuestra investigación por la reconciliación y reintegración de los excombatientes, en genérico, fue frecuente encontrar una respuesta recurrente de aceptación, acompañada de alegría y esperanza. En este caso, no se hacen distinciones entre los grupos armados y se puede identificar una disposición más benevolente y de acogida que favorecería la reconciliación. Esto es positivo porque estas emociones jugarían un importante papel para procesos de postconflicto (Bar-Tal, Chernyak-Hai, Schori & Gundar, 2009), “puesto que la disminución de emociones negativas y el aumento de emociones positivas es esencial para lograr una verdadera reconciliación” (Villa Gómez, Rodríguez, et. al, 2019, p. 354).

Ahora bien, se puede añorar una reconciliación y se pueden expresar orientaciones emocionales de valencia positiva para hablar de la reintegración de los desmovilizados, pero luego, cuando se llega a lo concreto, es decir, que los desmovilizados eran guerrilleros de las FARC, que coinciden con una construcción social del enemigo, por lo menos en sus creencias (Angarita Cañas, et Al, 2015; Villa Gómez, 2019), estas orientaciones emocionales se desdibujan y emergen y se superponen el miedo, la desconfianza, la indignación, la ira y el odio, que se encuentran asociadas, precisamente, con actitudes de discriminación y estigmatización y con su oposición fehaciente al proceso de negociación política del conflicto armado con las insurgencias. Desde este punto de vista, la construcción de la creencia sobre el deseo de paz (Bar-Tal, 1998, 2013) se aproxima a esta posición, puesto que se añora y se desea la paz, pero la construcción

del concepto termina siendo un lugar idealizado y de una armonía absoluta, que impide y bloquea, precisamente, la construcción de una paz imperfecta (Villa Gómez & Arroyave, 2018):

Este deseo de paz utópico e inalcanzable se cruza con la sensación de que Colombia es un país "herido", con un conflicto armado complejo y difícil de acabar, cuya responsabilidad reside exclusivamente en otros, lo cual pareciera una forma de configuración de la subjetividad política en estos participantes (Villa Gómez et al, 2019, p. 366).

Esta paradoja y entrecruzamiento de orientaciones emocionales en los participantes da cuenta también de las complejidades del conflicto colombiano y de sus múltiples procesos de negociación política, que han generado una cierta desconfianza con este tipo de procesos y dan cuenta de elementos del trauma psicosocial que ha sido encarnado en la subjetividad de los y las habitantes de este país y que se conecta con el fatalismo como expresión subjetiva de los y las participantes recogidos en las diversas regiones agrupadas en el primer libro. Tal como se expresó al comienzo, el trauma psicosocial tiene un dimensión dialéctica en la cual el orden social se encarna en cada sujeto de forma diversa, pero con componentes comunes que nos permiten reconocer que si bien, puede haber una disposición positiva para hacer posible la reconciliación, las marcas y las huellas que la guerra y los actores armados han dejado en la sociedad, posibilitan también la emergencia de orientaciones emocionales de miedo y desconfianza, pero, de forma más arraigada la indignación, la ira y el odio.

En este sentido, los ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga coinciden con lo que se ha ido desarrollando en la investigación "Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia" en ciudades como Bogotá y Medellín (Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, González, Haber & Roa, 2019; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera & Estrada, 2019; Villa Gómez, 2020), puesto que se evidencia de forma general que los y las participantes que han expresado su desacuerdo con el proceso de negociación política del conflicto armado entre el Estado colombiano y las FARC y que votaron "No" en el denominado plebiscito por la paz, dan cuenta de la construcción social de orientaciones emocionales colectivas

de miedo y temor ante este grupo armado, sus miembros y las posibilidades de reinserción de estos, especialmente si se reubican en sus comunidades inmediatas.

En este sentido, la posibilidad de la reconciliación, en términos concretos, se hace más compleja y difícil puesto que, en estos participantes, estaría supeditada a una justicia punitiva y vindicativa que da poco lugar a un proceso de reconstrucción del tejido social, más allá del castigo, la exclusión y, en algunos casos, la eliminación de quienes fueron responsables de la violencia armada, especialmente los comandantes.

El miedo, seguido de la desconfianza, lleva a una mirada de recelo y se acompañan de un cuestionamiento claro al proceso de negociación política con este grupo armado (FARC), pero, también con otras insurgencias armadas como las del ELN. En este sentido, se instala un proceso de configuraciones grupales en las que el excombatiente ocupa el lugar de un “otro”, que es externo, que no pertenece, que no hace parte de la comunidad imaginada. Por lo tanto, su pertenencia implica algún tipo de “pago”, representado en la justicia retributiva, luego de la cual se podría aceptar la compensación y el “ingreso” de este actor en la vida de la comunidad. Pero, ese “otro externo” termina siendo señalado, observado y evaluado permanentemente en su comportamiento y, en algunos casos, discriminado, estigmatizado y excluido. Ser excombatiente “guerrillero” tiene implicaciones en la sociedad colombiana, por lo menos desde lo expresado por estos participantes y en otros capítulos recogidos en esta investigación, que hace muy complejo un proceso de reconciliación, así sea como construcción de confianza cívica o en un marco ético de la responsabilidad que incluya procesos de justicia restaurativa a través de la verdad y acciones de reparación (Villa Gómez, 2016, 2020; Villa Gómez & Patiño, 2021).

Así pues, la construcción social de una orientación emocional de miedo, de acuerdo con Bar-Tal & Halperin (2014) y Villa Gómez et. al (2019) en el marco de los conflictos intratables cumple una función que se refuerza con la necesidad de experimentar seguridad. Desde este punto de vista, se va gestando un clima emocional de inseguridad, en el cual la gente del común experimenta miedo

hacia aquel que ha sido construido como el generador de dicha inseguridad y reclama condiciones que favorezcan un ambiente en las que pueda llevar su vida con cierta normalidad. En este contexto, se produce una oferta de seguridad desde discursos políticos que parecen crear un clima de protección y control, con lo cual parece extirparse al actor generador del temor, por lo que, si estos discursos prometen su “extirpación” del entorno social inmediato, se respaldan estas políticas, aún a costa de mantener un escenario de conflicto armado y violencia, puesto que de una u otra forma, esta ‘opinión pública’, esta gente del común, al ver que el actor “ha sido puesto a raya” acepta con beneplácito el mantenimiento del conflicto y la violencia, en la medida en que se esté golpeando, conteniendo y atacando al actor, que en sus creencias, es el principal ejecutor de la violencia.

En síntesis, la reconciliación como proceso, en medio de esta paradoja, se termina diluyendo, puesto que este clima emocional de miedo y desconfianza termina por posibilitar un escenario de oposición, no solo a la reconciliación social, sino también a la construcción misma de la paz, como se indicó en la introducción. Esta podría ser parte de la historia que se ha construido en Colombia, donde estos participantes se han opuesto a una negociación política con las insurgencias armadas, basados en este marco de orientaciones emocionales.

Por tanto, en estos participantes “en desacuerdo”, la reconciliación se supedita a una justicia retributiva. Ahora bien, como este marco de justicia puede tomar un carácter vindicativo (Méndez, 2015), el clima emocional que fue emergiendo en las conversaciones con estos participantes se dirigía a orientaciones emocionales de indignación, ira y odio, referidas con mayor frecuencia a los excombatientes de las FARC, a quienes se les asigna el rol de victimarios y se les realiza una atribución de maldad connatural. En este sentido, la expresión de estas emociones, en un primer momento, se manifiestan en la búsqueda de un castigo y en asocio con la creencia en la aplicación de una justicia punitiva como la mejor manera de afrontar a estos actores.

De igual forma, avanzan hacia orientaciones emocionales de odio y deseo de venganza que implican la búsqueda de la pena de muerte o la aplicación de la ley del talión. También en este punto coincide

con los resultados obtenidos en otras ciudades en el marco de la presente investigación, como en Bogotá (Villa Gómez et al, 2019) y en Medellín (Villa Gómez & Arroyave, 2018):

Se elaboran orientaciones emocionales donde priman la indignación, la rabia, la ira, el odio, llegando incluso al asco; con lo cual se moviliza la disposición afectiva colectiva para legitimar cualquier acción violenta que se desarrolle contra este grupo o contra cualquier posición política o ideológica que les sea similar o que simplemente apoye el proceso y acuerdo de paz con “ellos” (Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera & Estrada, 2019, p. 56).

En este mismo sentido Bar-Tal & Halperin (2014), y Halperin y Bar-Tal (2011) plantean que en la lógica de transformación de los conflictos intratables, una de las orientaciones emocionales que más debe analizarse y transformarse es la del odio, puesto que esta emoción es una de las fundamentales para deshumanizar al adversario, para atribuirle características animalescas o fantasmagóricas que le quitan su rostro humano y pueden devenir en la legitimación de acciones violentas y aberrantes en contra de este, sin que se asuman la culpa o la vergüenza y que se respalden partidos políticos y políticas públicas que fortalezcan opciones de fuerza que mantengan el conflicto armado y lo profundicen. Lo cual, desafortunadamente, puede verse de nuevo en Colombia: luego de que todos los indicadores de violencia bajaron entre 2014 y 2017 (Ávila, 2019), a partir de 2018 se empezó a incrementar nuevamente con la muerte de más de 1147 líderes sociales, más de 270 excombatientes asesinados y más de 120 masacres durante del gobierno de Iván Duque Márquez (Indepaz, 2021).

De acuerdo con Bar-Tal (2013) estas orientaciones emocionales, fincadas en el miedo, la ira y el odio se vinculan claramente con creencias de deslegitimación del adversario y de sus objetivos, con las de bondad del propio grupo, que se siente en el derecho de vengar el daño y la aflicción recibidos, en la búsqueda de la propia seguridad. Esto se busca consolidando creencias de unidad, entendida como homogeneidad y unanimidad, para fortalecer la cohesión interna, del que es percibido como el endogrupo de “los buenos”, que tendrían el derecho de excluir, castigar, juzgar e, incluso, eliminar a “los malos”

(Villa Gómez, 2019, 2020; Villa Gómez, et. Al. 2020), construyendo por tanto climas emocionales de miedo y terror, indignación y rabia, odio y crispación, como se confesó por parte de miembros del partido Centro Democrático, en relación con el plebiscito por la paz (Basset, 2018) y que se reeditó en las elecciones del 2018.

Con el agravante de que las anteriores orientaciones emocionales no son dirigidas solamente hacia el grupo armado, sino también hacia los grupos políticos de izquierda, con el “sambenito” de ser “comunistas” “castrochavistas” y ser “terroristas vestidos de civil” que se camuflan en la civilidad, pero, que esconden sus vínculos con las estructuras armadas o son la cara amable de una revolución violenta. Estas atribuciones consolidan un clima de polarización que niega la posibilidad de coexistencia y reconciliación, dificultan la construcción de un orden democrático y se convierten en barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia.

De otro lado, los participantes “de acuerdo” logran establecer una línea de continuidad entre sus orientaciones emocionales en relación con la reconciliación y la justicia. Al parecer, un aspecto importante estriba en su capacidad de reconocer la humanidad de los excombatientes, incluidos los de las FARC y el proceso que han logrado realizar, para no asumirlos desde sus creencias y emociones como el “enemigo absoluto”, con lo cual les pueden reconocer objetivos legítimos y la posibilidad de cambio, superando el miedo y la desconfianza y, al mismo tiempo, sin dejar de sentir indignación y dolor por las acciones de violencia, por el daño causado y el sufrimiento padecido por las víctimas, desmontando las orientaciones emocionales colectivas de odio, reconfigurándolas hacia la esperanza y la empatía, en la medida en que pueden reconocer en ese “adversario” armado, un ser humano.

Quizás por esta razón algunos autores (Cohen-Chen, Halperin, Crisp & Gross, 2014; Halperin & Pliskin, 2015; Leshem & Halperin, 2020; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera & Estrada, 2019) consideran que la esperanza, acompañada en algunos casos de una indignación hacia la injusticia, pero no hacia los actores, que promueva la movilización y el compromiso con transformaciones sociales, puede ser uno de los caminos para superar conflictos

intratables y romper las barreras para la construcción de la paz y la reconciliación (Shuman, Halperin & Reifen Tagar, 2017; Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, González, Haber y Roa, 2019) , lo cual implica, al mismo tiempo, reconocer la dimensión estructural del conflicto y la importancia de transformar la dimensión cultural de la violencia, algo que puede ser reconocido en algunos relatos de los y las participantes “de acuerdo”.

Para concluir, puede afirmarse que, si bien hay ciudadanos y ciudadanas que se han opuesto a la paz, cuyas orientaciones emocionales se han exacerbado en climas emocionales de miedo, desconfianza, dolor, ira y odio y que centran su mirada de la superación del conflicto en el castigo vindicativo a los victimarios, también se ha construido una ciudadanía que ha logrado trascender estas lógicas, construyendo orientaciones emocionales colectivas de esperanza, benevolencia y empatía que, sin perder de vista los daños y el dolor causado, pueden comprender dimensiones estructurales y convertirse en actores que pueden favorecer una opinión pública y una acción movilizadora que, por fin, permita la construcción de la paz en Colombia, superando discursos de odio y proyectos políticos centrados en el mantenimiento de “enemigos absolutos” para pervivir y mantener su poder.

Siguiendo a Bar-Tal (2000) y Bar-Tal & Bennik (2004) será nuestra tarea seguir promoviendo estas formas de la ciudadanía y la generación de espacios de comprensión de las lógicas del conflicto y de los adversarios para que se abran escenarios humanizantes y constructivos para la reconciliación, con estos podrán recuperarse valores fundamentales para la convivencia social como la empatía, la solidaridad y la participación democrática (Martín-Baró, 1988; Samayoa, 1990).

Referencias

- Angarita, P. E., Gallo, H., Jiménez Zuluaga, B. I., Londoño Berrío, H., Londoño Usma, D., Medina Pérez, G., ... Ruiz Gutiérrez, A. M. (2015). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Sílabo Editores.

- Arias, F. J., Morales, C., & Junca, C. (2007). Una Aproximación al Conflicto Armado: Desde la perspectiva psicosocial. *Fundación Dos Mundos*, 1-8. En: http://www.observatoriodelainfancia.es/oia/esp/documentos_ficha.aspx?id=2507
- Ávila, A. (2019). *Detrás de la guerra en Colombia*. Planeta.
- Barrero, E. (2008). *De Macondo a Mancuso*. Bogotá, DC, Colombia: Corporación Catedra Libre Ignacio Martín Baró.
- Barrero, E. (2011). *Estética de lo atroz: de los pájaros azules a las águilas negras*. Colombia: Ediciones Cátedra Libre, Bogotá.
- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs in times of intractable conflict: The Israeli case. *International Journal of Conflict Management*, 9(1), 22–50.
- Bar-Tal, D. (2000). Shared beliefs in a society: Social psychological analysis. Sage.
- Bar-Tal, D. (2001). Why Does Fear Override Hope in Societies Engulfed by Intractable Conflict, as It Does in the Israeli Society? *Political Psychology*, 22(3), 601-627
- Bar-Tal, D. (2007). Sociopsychological Foundations of Intractable Conflicts. *American Behavioral Scientist*, 50(11), 1430-1453. <https://doi.org/10.1177/0002764207302462>
- Bar-Tal, D. (2010). Socio-psychological barriers to peace making: The case of Israeli Jewish Society. *Social Issues and Policy Review*, 4(1), 63-109.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. University Press.
- Bar-Tal, D. & Bennink, G.H. (2004) The Nature of Reconciliation as an Outcome and a Process,” En Bar-Simon-Tov, Yaacov (ed.): *From Conflict Resolution to Reconciliation* (pp. 11-38). OUP.
- Bar-Tal, D.; Halperin, E. & De Rivera, J. (2007). Collective Emotions in Conflict Situations: Societal Implications. *Journal of Social Issues*, 63(2), 441-460.
- Bar-Tal, D.; Chernyak-Hai, L.; Schori, N. & Gundar, A. (2009). A sense of selfperceived collective victimhood in intractable conflicts. *International Review of the Red Cross*, 91(874), 229-258. doi:10.1017/S1816383109990221.
- Bar-Tal, D.; Halperin, E. & Oren, N. (2010). Socio–Psychological Barriers to Peace Making: The Case of the Israeli Jewish Society. *Social Issues and Policy Review*, 4(1), 63-109.

- Bar-Tal, D. & Halperin, E. (2010). Overcoming Psychological Barriers to Peace Making: The Influence of Mediating Beliefs about Losses. En M. Mikulincer, & P. Shaver, *Prosocial motives, emotions and behavior*; (pp.1-35), American Psychological Association Press.
- Bar-Tal, D. & Halperin, E. (2014). Socio-psychological barriers for peace making and ideas to overcome them / Barreras sociopsicológicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social: International Journal of Social Psychology*, 29(1), 1-30. doi:10.1080/02134748.2013.878568.
- Barrera, D. & Villa Gómez, J. D. (2018). Barreras Psicosociales para la construcción de la paz. *El Ágora*, 18(2), 459 - 478.
- Basset, Y. (2018). Claves del rechazo del plebiscito para la paz en Colombia. *Estudios Políticos (Universidad de Antioquia)*, 52, 241-265. <http://doi.org/10.17533/udea.espo.n52a12>
- Benski, T. & Langman, L. (2012). The Effects of Affect: the place of emotions in the mobilizations of 2011. In: Benjamín Tejerina and Ignacia Perugorría (Editors). *Global Movements, National Grievances. Mobilizing for “Real Democracy” and Social Justice*. Universidad del País Vasco. Bilbao. Descargado de https://www.academia.edu/9211959/2012_Global_Movements_National_Grievances_Mobilizing_for_Real_Democracy_and_Social_Justice
- Blanco, A. & Gaborit, M. (2016). La racionalidad inmanente a la psicología como ciencia y como profesión. En I. Martín-Baró, *Realismo crítico: fundamentaciones y aplicaciones* (pp. 3-75). San Salvador: UCA Editores.
- Bloomfield, D. (2003). Reconciliation: an introduction / Conclusion. En Bloomfield, D.; Barnes, T. & Huyse, L. *Reconciliation after violent conflict*, (pp.10 – 18 / 167 - 168). Estocolmo: IDEA.
- Bloomfield, D. (2006). On good terms: Clarifying reconciliation. Berghof Report No. 14. Berghof Research Center for Constructive Conflict Management.
- Bloomfield, D. (2015) ¿Qué podemos entender por reconciliación? En *Reconciliación: perspectivas y aportes conceptuales para su comprensión* (pp.11-32). CINEP/PPP. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cinep/20161027012002/20150801.Reconciliacion_Ppaz10.pdf
- Cepeda, I. (2006). Genocidio político: el caso de la Unión Patriótica en Colombia. *Revista CEJIL: Debates sobre los derechos Humanos y el Sistema Interamericano*, 1(2), 101-112.

- Centro de investigación y educación popular, CINEP/PPP (2019) *Violencia camuflada. La base social en riesgo* (Informe anual de DD.HH. en Colombia 2018). Recuperado de https://www.cinep.org.co/publicaciones/wp-content/uploads/woocommerce_uploads/2019/05/2019509_Informe_ViolenciaCamuflada_2019_DDHH_Completo.pdf
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CMH. (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Imprenta Nacional.
- Cohen-Chen, S.; Halperin, E.; Crisp, R. & Gross, J. (2013). Hope in the Middle East: Malleability Beliefs, Hope, and the Willingness to Compromise for Peace. *Social Psychological & Personality Science*, 5(1), 67 – 75.
- Congreso de la República. (10 de Junio de 2011). Ley 1448 de 2011. Por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las. Bogotá.
- Danermark, B., Ekström, M., Jakobsen, L. & Karlsson, J. (2016). *Explicando la sociedad: el realismo crítico en las ciencias sociales*. UCA.
- Flick, U. (2004) *Introducción a la investigación cualitativa*. Ediciones Morata y Fundación Paideia y A Coruña.
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia 3R: Reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos invisibles de la guerra y la violencia*. Bilbao: Bakeaz Gogoratz.
- Galtung, J. (1999) *Fundamentalismo USA, Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*. Barcelona, Icaria.
- Galtung, J. (2001). *After Violence, Reconstruction, Reconciliation and Resolution*. En Mohammed Abu-Nimer, ed., *Reconciliation, Justice and Coexistence: Theory and Practice* (pp. 3-23) Lanham, MD, Lexington Books.
- Galtung, J. (2003). *Violencia Cultural*. Bizkaia: Gernika Gogoratz. Centro de Investigación por la Paz. Fundación Gernika Gogoratz.
- Gibbs, G. (2012). *El análisis de datos cualitativos en investigación cualitativa*. Ediciones Morata.
- Gómez, D.C., Bohórquez, L., & Villa Gómez, J.D. (2021) *Entre la ley del talión y la coexistencia armónica. Creencias sociales sobre justicia, reconciliación y reintegración en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga*. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 323-364). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

- Halperin, E., & Bar-Tal, D. (2011). Socio-psychological barriers to peace making: an empirical examination within the Israeli Jewish Society. *Journal of Peace Research*, 48(5), 637-651. doi:10.1177/0022343311412642
- Halperin, E., & Pliskin, R. (2015). Emotions and Emotion Regulation in Intractable Conflict: Studying Emotional Processes within a Unique Context. *Advances in Political Psychology*, 36, 119-150.
- Human Right Watch (2020). Colombia. Eventos de 2019. Recuperado de <https://www.hrw.org/es/world-report/2020/country-chapters/336672>
- Huysse, L. (2003). The Process of Reconciliation. En: Bloomfield, D., Barnes, T. and Huysse, L. (Eds.) *Reconciliation After Violent Conflict, A Handbook*. International IDEA, Stockholm.
- Indepaz (2021). Informe especial sobre agresiones a personas defensoras de los derechos humanos y de los acuerdos de paz. Recuperado de <http://www.indepaz.org.co/informe-especial-sobre-agresiones-a-personas-defensoras-de-los-derechos-humanos-y-de-los-acuerdos-de-paz/>
- Jaime-Salas, J., Angulo, C.E., Medina, L.M. & Trujillo, M.P. (2021). La ilusión fatal e imposible de la paz como Cultura del Conflicto: Creencias sociales sobre el conflicto armado y la paz negociada en habitantes de Neiva. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 366 - 403). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Leshem, O.E. & Halperin, E. (2020). S. C. van den Heuvel (ed.), *Historical and Multidisciplinary Perspectives on Hope*, Springer Open (pp. 179-196). https://doi.org/10.1007/978-3-030-46489-9_10
- López-Martínez, M. Useche, O. & Martínez, C.E. (2016). Noviolencia, resistencias y transformaciones culturales. *Polis, Revista Latinoamericana*, 15(43), 7-15.
- Martín-Baró, I. (1988) La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador* 7(28), 123-141.
- Méndez, S. (2015). Restauración: la justicia más allá del castigo. *Revista Nova et Vetera*. Obtenido de <https://www.urosario.edu.co/revista-nova-et-vetera/Inicio/Omnia/Restauracion-la-justicia-mas-alla-del-castigo/>
- Molano, A. (2009). Exclusión e inclusión. Congreso de Inclusión Social con Enfoque Psicosocial. Publicado en *Rehaciendo la vida a través de la palabra*. Ministerio de la Protección Social

- Naciones Unidas Derechos Humanos. (16 de Diciembre de 2005). Principios y directrices básicos sobre el derecho de las víctimas de violaciones manifiestas de las normas internacionales de derechos humanos y de violaciones graves del derecho internacional humanitario a interponer recursos y obtener reparaciones. Obtenido de Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para Derechos Humanos: <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/remedyandrepairation.aspx>
- Nussbaum, M. (2014). Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia? Paidós.
- Oliveros, J.F., Correa, C., & Machado, Y. (2021). ¿La imposibilidad de una paz perfecta? Creencias sociales y emociones políticas frente a la paz en la ciudad de Quibdó. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, Ethos del conflicto y creencias sociales como Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (pp. 248-285). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Pappier, J. & Johnson, K. (23 de octubre de 2020). ¿Hay conflicto armado con las disidencias? La Silla Vacía. Recuperado de <https://lasillavacia.com/silla-llena/red-de-la-paz/hay-conflicto-armado-las-disidencias-77270>
- Quiceno, L.M., Ospina, J., & Bernal, E.G. (2021). Barreras psicosociales para la paz. Una lectura desde las creencias sociales sobre el conflicto y la paz en Palmira (Valle del Cauca). En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, Ethos del conflicto y creencias sociales como Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (pp. 182 - 215). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Samayoa, J. (1990). Guerra y deshumanización: una perspectiva psicosocial. En I. Martín-Baró (ed). Psicología social de la guerra: trauma y terapia (pp. 5-9). UCA.
- Semana (12/5/2004). ¿Conflicto armado o amenaza terrorista? <https://www.semana.com/on-line/articulo/conflicto-armado-amenaza-terrorista/69662-3/>
- Semana(8/7/2018). El criticado discurso del presidente del Congreso, Ernesto Macías. <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-criticado-discurso-del-presidente-del-congreso-ernesto-macias/578506/>
- Semana (11/5/2019). Darío Acevedo niega el conflicto armado: Iván Cepeda. <https://www.semana.com/nacion/articulo/dario-acevedo-niega-el-conflicto-armado-cepeda/639073/>

- Shuman, E.; Halperin, E. & Reifen Tagar, M. (2017). Anger as a catalyst for change? Incremental beliefs and anger's constructive effects in conflict. *Group Processes & Intergroup Relations*, 21(7), 1092-1106. DOI: 10.1177/1368430217695442
- Tajfel, H., & Turner, J.C. (2001). An Integrative Theory of Intergroup Conflict. En: M. A. Hogg & D. Abrams (Eds.) *Intergroup relations: Essential reading* (94-114). Ann Arbor, MI, Edwards Brothers.
- Uprimy, R., & Saffon, M.P. (12 de Diciembre de 2005). Justicia Transicional y Justicia Restaurativa: tensiones y complementariedades. Obtenido de Dejusticia: https://www.dejusticia.org/wp-content/uploads/2017/04/fi_name_recurso_52.pdf
- Villa Gómez J. D. (2016). Perdón y reconciliación: una perspectiva psicosocial desde la noviolencia. *Polis. Revista Latinoamericana*, 15(43), 131-157, 1-22.
- Villa Gómez, J.D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona & Moreno, F. (ED.) *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365-387). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Villa Gómez, J.D. (2020). Creencias y representaciones sociales sobre el perdón, la justicia y la reconciliación en ciudadanos de Medellín y tres municipios del Oriente Antioqueño. En A. Ruiz Gutiérrez; A. Valderrama López, & A. Galindo Hervás; *Justicia, memoria e integración: debates teóricos en el marco de las instituciones sociales* (pp. 227-273). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D. & Arroyave, L. (2018). Creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas sobre la paz negociada en ciudadanos de Medellín. *Kavilando*, 10(2), 449-469.
- Villa Gómez, J.D., Díaz-Pérez, I.L., Barrera Machado, D., Velásquez Cuartas, Y.N., & Avendaño Ramírez, M. (2021). ¿Por qué hablar de barreras psicosociales para la paz en el contexto colombiano? En J.D. Villa-Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 24-58). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D.; Sánchez, N; Tejada, C. & Téllez, A.M. (2007) *Nombrar lo Innombrable. Reconciliación desde la perspectiva de las víctimas*. Bogotá: CINEP.

- Villa Gómez, J.D. & Patiño, C.D. (2021). Barreras psicosociales para la paz: una lectura dialógica desde diferentes perspectivas teóricas. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (pp. 60 - 91). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D., Rúa, S., Serna, N., Barrera, D. & Estrada, C.E. (2019). Orientaciones emocionales colectivas como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. *El Ágora*, 19(1), 35-63. <https://doi.org/10.21500/16578031.4122>
- Villa Gómez, J., Rodríguez, M., Gaitán, L., González, M.A., Haber, J. & Roa, J. (2019). Emociones sociales y políticas en la construcción y la obstrucción de la paz en ciudadanos de estrato social medioalto de la ciudad de Bogotá. *El Ágora USB*, 19(2), 352-371. DOI: 10.21500/16578031.4393.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 5

Usos emocionales de la violencia y barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en el Eje cafetero

José Alonso Andrade Salazar¹

Resumen

Las barreras psicosociales se constituyen en impedimentos para alcanzar la paz. Al ser construidas social e históricamente forman parte activa de la raigambre de elementos emocionales, actitudinales, antropológicos y conductuales con que se toman decisiones en el ámbito político. Conocer la forma como dichas barreras se presentan, reproducen y legan en el ciudadano de a pie y cuáles son sus componentes emocionales, desde el punto de vista relacional, constituyó el objetivo de este capítulo, según las entrevistas realizadas a 28 personas en la ciudad de Armenia y 10 en la ciudad de Pereira. En este sentido, se encontró que las emociones tienen una connotación política ampliamente influenciada por los medios de comunicación masiva, dicha atribución es percibida y criticada, pero existe cierta banalidad que acompaña el reclamo y las acciones de resistencia, por lo que suele prevalecer el acomodamiento y la pasividad ante dichas condiciones de manipulación. Aunque las personas identifiquen que los discursos polarizadores avivan las contiendas políticas y que estas disputas se trasladan al ámbito social,

¹ PhD en Pensamiento complejo. Magíster en investigación Integrativa. Miembro de los grupos de investigación: Estudios clínicos y sociales en Psicología y del Grupo Interdisciplinario para el desarrollo del pensamiento y la acción dialógica (GIDPAD) de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Docente investigador Universidad de San Buenaventura, Armenia.

comunitario y familiar, el cansancio, desesperanza y apatía referidos, son muestra inequívoca del desgaste de la voluntad colectiva ante el ideal de lucha por alcanzar una paz justa, asequible y duradera. La violencia y el conflicto armado se entienden como lineales, de larga data e irresolubles, lo que apuntala el desaliento y desconfianza en el gobierno de turno, además de afianzar emociones de odio, miedo, asco y humillación al referirse a los diferentes actores armados del conflicto, especialmente los insurgentes identificados a modo de parias, bandoleros o subversivos, al tiempo que, en la esfera política, se reconoce como rasgo trológico identitario la interrelación entre desigualdad social (inequidad), impunidad y corrupción política.

Palabras clave: barreras psicosociales para la paz, conflicto armado, emociones, violencia, violencia lineal

Introducción

Los resultados de investigación aquí descritos son parte del macroproyecto “*Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (II Fase)*”, realizado por la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), en convenio con la Universidad de San Buenaventura Medellín y otras universidades de Colombia. En esta ocasión se analizan y describen los resultados del eje cafetero, específicamente de las entrevistas realizadas en las ciudades de Pereira (10) y de Armenia (28) en relación con las barreras psicosociales, es decir, los sentidos que concurren en las narrativas del pasado, las creencias sociales y las emociones políticas, que en su reticularidad dan forma a la apatía política, la manipulación mediática y los discursos guerreristas. Además, de ideas y emociones polarizadas que cimentan la exclusión del otro considerado como paria, ilegítimo o enemigo, por lo que operan a modo de impedimentos para la edificación de la paz y la reconciliación.

Se consolidaron en una matriz de contenido intertextual sesenta entrevistas en profundidad, de las cuales se extrajo, bajo la metodología de rizoma, las relaciones entre los diversos contenidos abordados

en las entrevistas, además de identificar las relaciones emergentes en cada pliegue de sentido relacional. A través de esta metodología se busca identificar las derivas, relaciones y recorridos de los contenidos experienciales-narrativos, considerando elementos que se deslizan, superponen, integran o trasgreden y forman una organización reticulada (raíz) y no-categorial (Andrade & Rivera, 2019).

Conviene precisar que los argumentos aquí presentados son fruto de la comprensión rizomática de las narrativas de los entrevistados, a razón de las categorías abordadas en la entrevista. No obstante, el Rizoma como metodología compleja-relacional, o sea como sistema reticulado de ideas/nociones, dimensiones, categorías y significaciones, escapa a la categorización escalar y fragmentaria, de modo que sus resultados se expresan en clave de relaciones inter-retro-activas, es decir, a través de “*buclajes dialógicos*”, en los que se producen reingresos de lo producido (análisis, nociones, conceptos, interpretaciones) en aquello que le dio origen (narrativas, experiencias, emociones, juicios, etc.), lo cual permite identificar los virajes y asociaciones entre los diversos *campos del conocimiento* y los elementos emergentes de dichos escenarios de retroalimentación, como acciones de resistencia, impedimentos sociales, aspectos emocionales, motivacionales o cognoscitivos (barreras psicosociales) y otras formas de comprensión de los fenómenos estudiados. En el documento no hay una parcelación expedita de cada área del rizoma (segmentos, mesetas y desterritorialización), puesto que el texto como campo relacional representa el rizoma *per se*.

Este capítulo tiene por objetivo reflexionar acerca de la relación entre manipulación mediática, violencia lineal y barreras psicosociales para la paz, partiendo de la idea que de su entrecruzamiento inter-retro-activo y reticular (buclaje) emergen los diversos usos emocionales dados a la violencia. Para esto, se propone contrastar las narrativas de los entrevistados con aportes teóricos y reflexiones en torno a la paz, la reconciliación, la violencia y el conflicto armado de personas residentes en el eje cafetero colombiano.

Respecto al conflicto armado y en consonancia con Bar-Tal (1996), este suele ser percibido como un conflicto que desgasta la voluntad colectiva de encontrar vías de resolución concertadas entre Estado-

sociedad-insurgencia, a través del empoderamiento y la participación política. Razón por la cual se considera intratable e incomprensible. En este sentido, su aproximación comprensiva se puede constituir en impedimento, también en oportunidad, cuando se encuentran enlaces o pasarelas que vinculen de forma dialógica los antagonismos, obstáculos o barreras, orientando así la exploración investigativa hacia circunstancias fundantes de lo violento, a menudo vedadas por la censura arbitraria a la historia y la memoria.

El desgaste que produce percibir el conflicto armado colombiano como irresoluble, imperecedero e incomprensible, se deriva en un agotamiento y deterioro colectivo que conduce a las personas y colectivos a instituir la apatía, el individualismo y la banalización de sus funestas consecuencias. Esto se evidencia en las siguientes opiniones:

Mal muy mal, desilusionados cansados porque eso también cansa de que se luche y se luche y el presidente y los guerrilleros que son los que definen la situación " (E 2); Pues obviamente me da tristeza pues de que Colombia haya vivido ese proceso... obviamente sí da mucha tristeza como colombiano porque uno nació aquí y a uno le toca lo que es de aquísí me duele porque veo imágenes y escucho personas que cuentan historias y pues es lamentable y triste, pero pues no puedo decir que yo sienta un dolor así inmenso porque en realidad no lo viví de cerca (E3); La guerra yo creo que perdió la posibilidad de generar sentimientos drásticos, ya no genera ira, no genera rabia, no genera tristeza porque se volvió diaria; porque simplemente la banalizamos, la volvimos común, los medios nos la venden siempre. Entonces pues es difícil ya sorprenderse con esa palabra (E12).

Dicho estado entra en consonancia con lo que Max Weber (1997) llamó el *desencantamiento del mundo*, el cual es propio de una sociedad occidentalizada, secular y racionalista, en la que la explicación analítica pesa más que la comprensión y empatía por la condición humana del otro, donde la meta racional se enfoca en la dominación, el cálculo, la predicción, el control y también en la obediencia, la manipulación de la historia y la memoria, como en la reificación de la violencia como necesaria, legítima o socialmente tolerada.

Para Weber (1997) la intelectualización y racionalización progresiva que se radicaliza en el pensamiento científico de época y en las ciencias sociales en particular, no son garantía de un saber efectivo y real de las circunstancias que dan forma a la convivencia humana. De allí que, en el plano del conflicto armado, el desencantamiento frente a la condición humana del que sufre actos de lesa humanidad, víctima tanto de la barbarie como de la apatía social, hace parte de las formas lineales como la violencia del conflicto armado se perpetua al linealizar la hospitalidad, solidaridad y empatía y también las ideas, nociones, pensamientos, emociones y reflexiones en torno a la guerra, la paz y la reconciliación. Lo anterior, surge en un escenario interpretativo donde la violencia se torna sistemática, a la vez que los hechos y víctimas se sistematizan y se vuelven parte de la estadística más que de una solución colectiva fundada en la empatía y en un ideal de nación reconstruida colectivamente. Al respecto algunos entrevistados afirman,

Desde que me conozco, desde muy joven escuché a mis padres hablar sobre la violencia y que siempre ha sido por pensamientos diferentes políticos [...] Era muy normal ver eso y escuchar: que "fulano le puede quitar la vida a sutano"; y él veía el elemento en su casa: un machete, una escopeta o un cuchillo. Tanto hombres como mujeres eran en ese momento muy prevenidos a todo, pues la violencia estaba en la casa, la violencia estaba en su entorno, y la violencia estaba en los colegios (E6); Uno si ve que en muchas familias se separan se dejan de hablar, se entregan tanto a eso que olvidan que el hecho de que a usted le guste un partido político o un candidato no quiere decir que va a cambiar su situación siempre va a hacer lo mismo en su vida nada cambia (E1); Es que el tema de la desinformación fue brutal y también de pronto las oportunidades políticas estaban muy a la extrema era exactamente lo que no hemos podido resolver desde épocas de la colonia [...] mi familia también está dividida, qué curioso eso, mi familia paterna es uribista al cien por ciento, y mi familia materna es indianista, ni pepristas ni fajardistas (E25).

Desencantarse en este contexto conlleva la escasa o nula percepción y ejercicio de las normas y, a la vez, la insolencia de las estructuras sociales para proporcionar a las personas lo esencial para conseguir

las propósitos sociales y políticos. Como consecuencia, los derechos de las víctimas se desmitifican y las instituciones y la sociedad recurren a la intelectualización como vía expedita y racional explicativa de la guerra. Una posición reductora que limita la violencia a indicadores medibles en términos de bajas, cifras y pérdidas logístico-económicas, que poco se acerca a las verdaderas dimensiones histórico-culturales, antropológicas, emocionales y de contexto, emergentes del conflicto armado. Se acude al término desencantamiento, como isomorfismo en tanto intención y respuesta estereotípica, enfocada en censurar las creencias e imaginarios colectivos, es decir, como acción que los incapacita para asumir la paz como proceso reticulado, coconstruido, por lo que se ampara en la técnica, el cálculo y la predicción para aplicar medidas de reparación.

Respecto a la paz, conviene mencionar que la noción Kantiana de *paz perpetua* la convierte en un logro alcanzable a través de la concertación y el trabajo conjunto. Así, conseguir dicho estado requiere confianza en que esta es un logro asequible, al tiempo que el compromiso gubernamental de que no se desatará una nueva guerra. Todo esto en el marco de una constitución republicana con base en la libertad e igualdad social y que redunde en la capacidad de elección y toma de decisiones políticas, lo cual implica una organización legal y democrática de los estados (Kant, 2002).

Para Hans Joas (2017) existen múltiples modos de abuso de dicho concepto para justificar la intervención militar interna y transnacional, y legitimar la violencia como recurso para lograr la paz perpetua o paz duradera. No obstante, para las personas entrevistadas la paz es alcanzable en gran medida si se produce equidad, justicia social en el ámbito político, al mismo tiempo que se desarrolló una intención o consciencia de la necesidad de paz,

Yo creo que la paz es un derecho y es un deber. Es un derecho que tenemos todas de disfrutar de la tranquilidad. Pero es un deber que tenemos también de aportar a esa tranquilidad [...] debe de haber igualdad social, debe de no haber hambre, porque cuando hay hambre no es posible que haya paz (E5). Debería haber conciencia también en todos nosotros para que haya esa paz como tal, y sería genial donde existiera esa conciencia [...] en realidad,

la paz debe nacer en cada quien, no la crea como tal un gobierno y no la impone como tal una sociedad, sino que cada quien debe generar paz y eso nace no solamente el conflicto con los grupos armados ilícitos, sino también con el vecino, con el familiar (E4). Para mí la Paz es la disminución de violencia sobre todo pues de conflictos (E31).

Con relación al desencantamiento Joas (2017) indica que no conduce de forma específica a la secularización, racionalización e intelectualización de las dimensiones vitales, como lo plantea Weber (1997), puesto que en realidad revela la existencia del poder de lo sagrado, el cual se extiende a múltiples escenarios de interrelación y que, como lo expresa Emile Durkheim (1897), existe de acuerdo a la experiencia colectiva. De allí que no se reduzca o no tome la forma de religión y que elementos como la nación, la familia, los derechos humanos, la convivencia o la paz, pueden sacralizarse de forma independiente a las religiones.

De allí se puede extraer la idea que una paz duradera es una paz sacralizada, no limitada a la firma de un convenio, sino enrutada hacia un compromiso histórico y social con su no repetición y que, como lo expresa Zuleta (1980, 1987), requiere ir *en, a través y más allá* de los conflictos, es decir, aprender a tener mejores conflictos, hacerlo bajo la idea de que son resolubles y poco duraderos, pues de dichas experiencias es dable extraer formas novedosas y recurrentes de no reproducción de la violencia y la guerra. Una paz duradera y sacra permite que los ciudadanos se comprometan en conservarla, que estén atentos a la banalidad que acecha y es, a la vez, empática con la memoria porque la integra al defender la historia que le da sentido, como lo expresa Boaventura De Sousa (2006) cuando señala que a partir de esta se reconstruye la democracia y la historia de vencedores y vencidos, se incluyen otros discursos y lógicas explicativas y se constituye en un bien social del que deben partir las políticas y reformas estatales.

Las barreras psicosociales se instalan precisamente como impedimento para una paz posible y duradera (Barrera & Villa Gómez, 2018). De allí, su asociación con la violencia lineal, pues a mi juicio, constituyen parte del entramado de elementos que le dan forma al

fenómeno violento, promoviendo el desencantamiento, la apatía y limitaciones a la motivación e interés por un cambio sociopolítico demandado y necesario. Las barreras impiden la toma de decisiones ajustadas a un contexto político real, de modo que se linealizan en función de los objetivos políticos preprogramados.

La violencia lineal presenta dos condiciones de sentido: uno en el que las *interpretaciones* la identifican conceptual y operativamente bajo una relación estructural y condicionada entre causa-efecto, por lo que suele ser definida en función de ciclos, fases o eventos cumbre, los cuales actúan a modo de detonadores de la rebeldía y la resistencia y, otro momento, donde la linealidad hace referencia a una *praxis* estereotípica, enfocada en la reproducción, mantenimiento e interiorización de las formas de represión, violencia y silenciamiento de la convivencia, la memoria y la paz. En este escenario, incluso, la resistencia-revolución puede verse avocada a linealizar sus acciones, dado que al responder con violencia puede llegar a operar bajo los mismos lineamientos de opresión de los que fueron objeto (Andrade, 2018, 2019).

No obstante, dichas barreras son a la vez un constructo complejo que escapa a la racionalización e intelectualización discursiva. Así, desde una dimensión dialógica, convocan el diálogo de saberes y la concurrencia inter y transdisciplinar. Es más, una paz-tregua construida con base la reticularidad de la historia, la memoria, la justicia, dignificación y reparación, pero, también con un claro compromiso con las generaciones actuales y venideras acerca de su sostenimiento, legado y dispersión. En este sentido, las personas logran identificar diversos tipos de impedimentos o barreras para alcanzar la paz que van desde las acciones políticas del gobierno hasta lo cultural y religioso,

Creo que los que lo han impedido pues obviamente primero que todo es este periodo presidencial en cabeza de Duque, y obviamente la mayoría del Congreso que lastimosamente pues hace parte de su bancada y de los que lo apoyan a él. [...] creo que son todas estas personas electas que están en el congreso y que apoyaron la campaña presidencial y el mismo Duque que está impidiendo el proceso de paz (E3); Ha sido difícil por los conflictos religiosos, económicos y de cultura que se ha implementado en el país, y pues más que todo

los han dificultado los grupos armados y nuestro propio gobierno [...] todos los habitantes de Colombia hemos de una manera u otra, ehh, dificultado la paz. Primero no estamos preparados para recibir la re-inserción social de las personas que se desmovilizan; segundo porque generamos violencia con todos los actos, con la intolerancia por la diferencia, con, con muchísimos actos que realizamos en nuestro diario vivir que no permiten que haya una paz de verdad (E5); que un exguerrillero sea mi vecino será bienvenido y tendré yo mis parámetros y mi forma de compartir con él. Pero que no lo dudes que genera algo de... una barrera divisoria por su pasado. Así demuestre lo contrario, pero tiene esa premisa de que permaneció y que se desconoce qué tantas cosas hizo (E6); [respecto al plebiscito] pues fue muy triste como los resultados que vivimos y obviamente sabíamos lo que se venía y que en este momento lo estamos evidenciando como con tantas barreras y tantas trabas que se colocaron ya al cumplimiento de esos acuerdos establecidos (E15).

Barreras, adoctrinamiento e influencia mediática

Uno de los resultados relevantes de la investigación fue verificar que las emociones y sentimientos políticos son garantes o influenciadores de la generación de barreras psicosociales para la paz. En este sentido, una barrera se tipifica como un impedimento que busca evitar algo. No obstante, en el plano psicosocial la investigación encontró que las personas, al hablar de las emociones vinculadas a procesos políticos, identifican en torno a ellas una relación importante entre violencia insurgente, violencia de Estado, política beligerante y guerrerrista, neoliberalismo, polarización, cooptación del poder y criminalidad, la cual da forma a la interrelación trilogica entre *desigualdad social* (inequidad), *impunidad* y *corrupción* política, que a la postre pueden impulsar las barreras hacia el adoctrinamiento ideológico-mediático además del acomodamiento general a la lógica explicativa que la mayoría acepta como válido. Asimismo, es posible que las barreras por saturación heteronómica y cansancio social acumulado desencadenen resistencias colectivas y reflexiones acerca de la necesidad de cambio social y empoderamiento.

A su vez, presenta una construcción histórica, sostenida por representaciones, imaginarios sociales y legados transgeneracionales respecto a lo político, por lo que puede ser transmitida y reproducida a través de complejos procesos de socialización, adquiriendo en dicho campo experiencia, interpretación y sentido tanto en el lenguaje, como en la vivencia emocional y la comunicación. Asimismo, las barreras psicosociales cuentan con una marcada operatividad en la *praxis* social, lo cual es visible por medio de manifestaciones individuales y de grupo en el plano de la incomodidad política, protestas, insurrección, desacato, desobediencia o resistencia, entre otras, en cuyo caso las barreras también tienen una acción de pivote, pues operan como dispositivos de lucha que se gatillan ante la emergencia y saturación de factores represivos con los cuales se constriñen las posibilidades de empoderamiento y cambio social. Las personas suelen identificar las acciones de resistencia, ejemplo de esto son las siguientes opiniones:

(..) que si tengo que perdonar al que asesinó a mi tío pues lo voy a hacer porque estoy cansado, estoy cansado de tener que ver seguir luchando de las formas que no son, estoy cansado de ver a mi familia llorar, estoy cansado de ver a mi familia Pobre también (E18); para mí que es muy importante hablarlo porque hay comunidades indígenas y culturas que esperan esa reivindicación, que están haciendo resistencia desde hace siglos anteriores (E38); la educación es un motor de desarrollo fundamental para el país, entonces cuando uno mismo no pelea sus derechos y cuando hablo de pelea no hablo de otro conflicto sino de defender mis derechos de votar (E17).

De lo comprendido en relación con las entrevistas se extrae también que, en gran medida, las barreras psicosociales para la paz referencian el emergente dialógico, producto de la reticularidad asociativa entre el conglomerado de experiencias en torno a lo político “identidades, diálogos, ideologías, creencias, juicios, esperanzas, dramas sociales”, de las cuales se nutren los imaginarios y sus diversas representaciones respecto a temas clave en la política social. No obstante, dichas barreras, una vez emergen, pueden inducir al contrasentido y la ambivalencia en la toma de decisiones políticas, por lo que dificultan el hecho de asumir una

postura clara sobre tópicos que requieren mayor discusión, reflexión y producción de acciones en el orden de lo individual y colectivo. Para las personas este tipo de impedimentos se anclan en profundas diferencias ideológicas y también en la pasividad de la sociedad frente a los abusos sistemáticos de la clase política. De lo anterior los sentimientos son variados:

(...) frustración básicamente, emm creo que lo podría resumir en eso ya que, mmm de no haber sido por la mala gestión de los políticos pasados, no habiéramos llegado al punto, y de no ser por la mala gestión de los políticos de ahora, no seguiríamos en las mismas [...] Radica mucho en la división de los ideales políticos de los ciudadanos y de los políticos que no respetan la diferencia de ideales de la población (E2). Me parece muy triste que haya perdurado tanto tiempo un conflicto armado, que digámoslo nosotros como colombianos no habiéramos cambiado ese panorama político tan desalentador de siempre, que siempre nos dejemos llevar por el interés propio y no por el común (E4). No pues eso sería tristeza e impotencia, ya que los conflictos se pueden solucionar de una manera más clara y pacífica y o sea lastimosamente acá en Colombia el país viene viviendo desde hace muchos años la solución de sus problemas de forma violenta, la gente tiene diferencias con otros y piensan matarse, piensan golpearse o sea no hay una solución pues dialogada, ni nada, todo lo solucionamos a los golpes (E13)

Conviene precisar que no existe un listado sucinto de barreras emocionales y esto sucede porque las barreras son inclasificables, al igual que lo psicosocial, no debe ser categorizado en una serie de instancias rígidas o descriptores. En consecuencia, lo que las personas identifican como barreras psicosociales son en realidad vivencias cargadas de contenidos conceptuales, declarativos, emocionales, procedimentales y actitudinales, religados entre sí, que tienen la propiedad de orientar las decisiones, ideas, reflexiones, criterios, sentidos y prejuicios respecto a lo político, hacia aquello que la mayoría interpreta como válido. A su vez, emergen del sobresalto emocional y de aspectos que tornan ambivalentes o confusas las ideas, generando un espacio de interacción donde a menudo se opta por escoger la explicación más llana y mayormente aceptada por el colectivo y de acuerdo con el grado de polémica y contradicción que el contenido trae consigo.

Asimismo, es dable considerar la importancia de los contenidos emocionales en la interpretación de la realidad social, puesto que las vivencias de las personas, que participaron de esta investigación, revelan las dimensiones emocionales y afectivas que adquieren los hechos políticos, a la vez que el uso y abuso que puede hacerse de dichos contenidos por parte de quienes centralizan el poder económico, político y mediático para sus fines particulares. Ejemplo de esto es que la personas vivencian emociones de difícil trámite como:

(...) frustración, porque, principalmente creo que es muy difícil trabajar un tema tan grave, tan delicado como es con cualquier ciudadano, siento mucha frustración porque a pesar de que nos explique y se explique de que la violencia, uno no gana siendo víctima [...] Frustración, indignación, rabia porque no, al no ser algo que me afecta a mí, solo puedo ver cómo afecta a las demás personas y pues siento empatía hacia su dolor, y siento rabia hacia los gobernantes y los causantes de ese dolor por causar y por no llegar a un punto medio donde se puedan cambiar las cosas'(E4). Siento tristeza, siento tristeza por algo tan triste que, por ejemplo, otros lugares hablan como: "no, acá fue horrible, pasó tal cosa, pero acá es como no acá pasa esto, y hay muchas personas afectadas... sí, es tristeza [...] Siento tristeza de la burla que están haciendo con cada uno de nosotros porque no se justifica que el Estado nos tome a las víctimas como parte de una payasada (E1). [Respecto al ELN] yo diría que siento decepción y angustia, porque son como los que más fuerza tienen en la actualidad en muchas zonas del país (E5); [respecto a insurgentes] Yo que siento, no se la verdad no sé, yo creería que asco, repudio contra estas personas si es que así se les puede llamar (E3).

Así las cosas, la función de las barreras psicosociales para la paz es precisamente situar en el colectivo social la idea de una paz con impedimentos y en gran medida inalcanzable, mediatizada por intereses y poco duradera, la cual se instala en el sentido del merecimiento histórico, más que en el empoderamiento social-colectivo. Dicha paz referencia una paz que se siente ajena a las vivencias, que no responde con hechos a la magnitud de la barbarie y que, bajo el halo de los gobiernos lineales, favorece la

impunidad y la violación de los derechos de las personas con tal de legalizar y reproducir la violencia como único medio de concertación entre grupos antagónicos:

La paz de un país y menos como Colombia acá no hay forma alguna de que eso pase [...] "si hablamos de paz en general es lo que está en relación con usted, conmigo, con el vecino el no tener conflictos de ningún tipo pero que es algo imposible [...] no creo que se logre y menos en este país mientras siga habiendo corrupción en los mandatarios y se siga dejando que los grupos hagan lo que quieran acá no habrá paz (E3). El expresidente Álvaro Uribe Vélez incansablemente con su partido político hizo hasta lo imposible para que se promoviera la campaña del No, de que se promoviera que las personas votaran 'No' y se implementara ese acuerdo, todo se hizo con mentiras, todo fue con silogismos, y todo fue con "si ustedes votan entonces nos vamos a volver guerrilleros, nos vamos a volver comunistas" (E1). Es una lucha de muchísimo tiempo, creo que desde que nos independizamos nunca dejamos de estar en guerra simplemente han cambiado los bandos, pero la guerra siempre ha existido y la última o la que más bum ha tenido es la guerra de guerrilla y actualmente la guerra urbana (E12).

En las barreras psicosociales priman reticularidades entre lo emocional, cognitivo, ideológico, motivacional, biofísico y antropológico, de las cuales emergen las aspiraciones de rebeldía, al mismo tiempo que la creciente desilusión en torno a lo político. Asimismo, germinan de dicha reticularidad nociones confusas-borrosas, relativamente estables o incongruentes, respecto al papel que las personas tienen en la (*de*)construcción de los sistemas sociales y políticos.

Como ya se explicó en el párrafo anterior, esto puede propiciar emociones controversiales y polarizadas, las cuales fueron evidentes en los discursos de las personas al referirse a los efectos emocionales que produce la continuidad del conflicto y la imposibilidad de una paz duradera. Muchos llegaron a sentir desconsuelo, rabia, indignación, desesperanza o también apatía, desencanto y sentimientos de impotencia y abandono. A causa de esto, las personas experimentan un bloqueo emocional que impide la puesta en escena de

consecuencias esperadas ante dichas afectaciones: el empuje hacia la acción/movilización colectiva capaz de generar una ecología de la acción que permita, a su vez, la subversión del sujeto, o sea su posicionamiento como agente de cambio sociopolítico y, en torno a esto, la activación de la motivación para la lucha ante el abuso de poder. La resistencia ante la violentización de la vida cotidiana, la reflexión-acción ante la naturalización de la violencia y la barbarie y la no aceptación del terrorismo en sus diversas formas de ejecución naturalizada: “insurgencia armada, grupos de limpieza social, grupos armados de extrema derecha o de extrema izquierda, terrorismo de Estado”, el exterminio y el vasallaje.

Empero, las barreras pueden aumentar su incidencia restrictiva a través de la manipulación ejercida por actores sociales que usan el poder de los medios de comunicación masiva y las acciones *de hecho* “intimidaciones, silenciamientos, presiones políticas y económicas, despojos, desprestigio social, destierros, desapariciones, etc.” para influir masivamente en las personas. Cabe mencionar que dichas barreras sirven al régimen en clave de represión, pues a través de estas la información se distorsiona y también se invalida. En este sentido, operan a favor del totalitarismo y sirven a intereses de clase.

Al respecto, Sartori (2007) señala que la propaganda y adoctrinamiento totalitario no han forjado una especie de “hombre nuevo”, pero, si han resultado oportunas anquilosando al hombre libre y su autonomía de juzgar por cuenta propia. Así, queda expuesto, desde el nacimiento hasta su defunción, a propaganda insistente y adoctrinante, orquestada para su consumo, en la que todo coincide con sus expectativas porque está falsificado, pero se presenta de forma cierta, lo que impide la comprobación de dicha verdad. Sartori indica que “cuando es así estamos ante un público engañado y sin remedio, y por lo tanto estamos ante una opinión en el público que no es en absoluto del público” (p. 58).

Para Lippman (2003) esto implica que la opinión pública afronta lo político a través de ficciones construidas para su consumo y reproducción como verdades ineludibles, un mundo que “queda fuera de nuestro alcance, visión y comprensión (...) que nunca podremos llegar a observar, tocar, oler, escuchar ni recordar. De

forma gradual estamos construyendo imágenes mentales fiables del mundo que queda fuera de nuestro alcance” (p. 41). En consonancia a lo expuesto Wolf (2000, 2001) revela que la acción comunicativa está determinada por la fluctuación entre dos actitudes: una que percibe en los medios el peligro de su influencia social-global y otra que trata de aminorar dicho poder, rehaciendo las relaciones influenciadas por estos medios. En este sentido, es importante mencionar que Lazarsfeld, Berelson & Gaudet (1994) declaran que los contactos interpersonales son más robustos que los MASS MEDIA (medios de comunicación) y, por esta razón, elementos como la preferencia política suelen ser bastante estables en el tiempo y no pueden modificarse con facilidad. Es el caso de la instalación de barreras psicosociales para la paz desde una estructura mediática preprogramada.

Dicho esto, las personas suelen consumir información diversa, pero, seleccionan asuntos relacionados con sus inclinaciones políticas de base. Esta constancia revela que la identidad de las personas tiene un fuerte contenido emocional fundado en complejos procesos de interiorización de sus referentes sociopolíticos. De allí que la información mediática sea manejada por personas o instituciones con cierto nivel de relación y credibilidad y que, en torno a esto, la información no pase de forma directa del medio a las personas. En contraste con esta posición, Horkeheimer & Adorno (1987) entienden que la información circula por medio de flujos de comunicación, que suelen ser controlados a través de los MASS MEDIA, los cuales reemplazan las organizaciones o estructuras de comunicación, que anteriormente facilitaron el encuentro político en el plano de lo público, al tiempo que dejaron de situar a las personas como ciudadanos activos y partícipes de los procesos de transformación social.

Para Chomsky (1980, 2007) los MASS MEDIA operan como emisores de mensajes manipulados, dirigidos de forma intencionada hacia el ciudadano de a pie, por lo que su objetivo primordial sea distraer, anunciar, advertir, instaurar, instalar, distribuir cierto tipo de virtudes, valores y códigos morales de actuación, para que las personas y colectivos modelen sus comportamientos en determinadas estructuras ideológicas, políticas y sociales. Las emociones suelen

ser manipuladas mediáticamente para orquestar, validar y legitimar los usos emocionales de la violencia, desviar en el común general el interés por los sucesos políticos que requieren mayor reflexión y empoderamiento social, a la vez que brindan información confusa o recortada, construida deliberadamente para manejar los impactos, las emociones y las posibles reacciones de quienes consumen esta información. Estas emociones se ejemplifican, por ejemplo, en las siguientes narrativas:

Rabia, molestia y tristeza, que... ya después de tantos años ellos haber hecho tanto... tanto daño al país, pues sencillamente en un tiempo que quisieron decir que como que ya se querían "desmovilizar supuestamente", y pedir perdón entonces ya ahí si el Estado les corrió y les dijo "¡ay si, tomen todo lo que quieran!, y ya vuelvan a la sociedad como si nada, como si nada hubieran hecho", cuando en realidad hubo muchas víctimas a raíz y por culpa de ellos" (E4). El gobierno permite que esas personas le cobren vacuna a los campesinos que están arando su propia tierra, que lo que están haciendo es hacernos un bien, alimentando bien al país, entonces me llena de indignación y de rabia que estas cosas pasen y que, ¡uno qué va a hacer!" [...] siento que eso fue una farsa ahí, el proceso de paz para mí eso fue una burla. Pues, como indignación porque, y falta de respeto porque yo siento que nosotros no valemos nada y mucho menos esas personas (E6); [en torno al plebiscito] luego ve los resultados de las urnas y ver que no es así, entonces uno siente mucha rabia, indignación, porque en ¿dónde está todo esto que se habla en redes? y a la final no se cumple. Entonces previamente la verdad yo estaba muy mmm a la expectativa y creía que iba poder lograr algo (E2).

En las barreras se mediatiza la historia, se manipula lo político y se intermedian las tradiciones y acontecimientos, separando cada vez más lo público de lo privado al instalar en el imaginario social un modelo de operaciones con base en preferencias ideológicas, legados de poder y reproducción masiva de la ignorancia histórica. Lo anterior tiene el efecto de un opioide ideológico que se consume masivamente a favor de la desinformación y la controversia destructiva, por lo que da forma a representaciones difusas acerca de lo

político. Esta forma de operar da cuenta de un sistema de gobierno enfocado en la ideologización represiva y la reproducción violenta de su ideología, para lo cual administra y aumenta la censura, a la vez que valida y despliega violencia, constriñe resistencias, limita las libertades bajo la premisa de defensa y validación de la democracia.

Así, el intento de linealización de dichas acciones se hace efectivo cuando cuenta con ejercicios de represión, silenciamientos y violencia, lo que revela la naturaleza asintónica y apática del Estado respecto al dolor y vulnerabilidad de estos colectivos. La investigación identificó que de estos elementos emerge el interés por reproducir tres formas de violencia lineal a través de la linealización de las emociones: *impunidad e injusticia* enfocadas en generar *enfado, tristeza e indignación* con el otro considerado adversario e imperdonable. *Corrupción y cooptación* del poder para producir *asco, aversión o vergüenza* en contra de quien es señalado como ilegítimo, paria, bandolero o subversivo. *Acostumbramiento/naturalización del horror*, con el fin de provocar *miedo, impotencia y desconsuelo e inequidad y exclusión* asociados a sentimientos de abandono, desconfianza y apatía en el ciudadano de a pie. En consecuencia, las emociones pueden ser controladas usando complejos dispositivos de anulación, segregación, restricción, castigo y vigilancia colectiva. La influencia de los partidos políticos y la manipulación mediática con fines individualistas es visible en las siguientes narrativas:

Solamente que pues obviamente los medios de comunicación solo pasan lo que es escandaloso y lo que no le sirve al país sinceramente (E3). [Respecto al plebiscito] fue una campaña con puras falacias que en realidad le llegaron a toda la población que no tenía la capacidad de entendimiento de saber que esto eran puras mentiras y patrañas [...] hay que recordar que la campaña política del actual presidente también se basó en mentiras y en falacias [...] La verdad a mí me producía mucha repulsión como hacían política por medio de engaños y mentiras. Eso son ¡Falacias! son puras falacias (E1). Estuvieron la verdad la maquinaria política de cada partido, la manipuló frente a todo lo del tratado de paz (E4). Desconfianza, Defraudada, Que todo fue una mentira (E37).

La barrera se apoya como dispositivo de control social a gran escala, pero, se auto-instala a través de procesos de interiorización del dominado, quien la reproduce y la lega. Así, la barrera se extiende y desarrolla, acudiendo a la robustez interinfluente del imaginario colectivo para apuntalarse en las prácticas y discursos sociales. Para Barrera & Villa Gómez (2018) son resultantes del despliegue de procesos de ideologización mediante una serie de mecanismos discursivos y retóricos, comunicativos, mediáticos y educativos, que dan lugar a la configuración de barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación. Igualmente, señalan que refieren un entramado de narrativas del pasado como memorias colectivas victimistas, creencias sociales rígidas y emociones políticas de odio, ira, miedo, asco y humillación, que deshumanizan al adversario, polarizan la sociedad y legitiman la violencia.

De esta manera, los procesos de ideologización atraviesan la subjetividad y configuran una cultura bélica que constituye la base cultural y psicosocial de la violencia. Sin embargo, como se expresa en este apartado, en la otra faz de las barreras psicosociales, las emociones y sentimientos políticos propician reacciones emocionales de obstinación y aturdimiento, propios de la naturaleza resiliente de los grupos sociales oprimidos y que depende de los direccionamientos en la información y también de la capacidad de los colectivos para restablecer sus ideales y metas de resistencia. Así, una barrera una vez identificada como impedimento al desarrollo social es también una oportunidad de reorganización de las múltiples formas de represión y violencia contra la experiencia.

Violencia lineal, conflicto armado y barreras psicosociales

Las personas copartícipes de esta investigación identifican claramente que la violencia en Colombia tiene múltiples rostros. Uno de estos es sin duda alguna la criminalidad organizada, es decir, los colectivos armados que operan al margen de la ley, las asociaciones criminales, el narcotráfico, el paramilitarismo, la parapoltica

y la política del olvido. Así como la generación de políticas de seguridad, que en gran medida atentan contra el bienestar colectivo, a la vez que disminuyen las posibilidades de legitimidad y defensa de los derechos de las comunidades, sobre todo, de aquellas que histórica, socioeconómica y culturalmente han sido excluidas de los beneficios de un estado social democrático y de derecho incipiente y en construcción.

Es indudable que estos elementos tienen un eco emocional importante en la sociedad y que intermedian, en mayor o menor medida, o al menos es cooperante, con las reacciones emocionales, las aptitudes, la posibilidad de movilización social que se pueda generar en torno a la persistencia, la reproducción de la violencia y el conflicto armado. No obstante, si se toma en cuenta dicho precepto, es claro y por ahora, primariamente expedito, explicar por qué existe cierto halo de banalidad social-generalizada cuando se trata de ayudar, reconocer, cooperar o validar la condición humana de las víctimas. En este sentido, se debe considerar *a priori* que las emociones afectan la percepción, sentido, conceptualización, el ejercicio de la lucha y la resistencia social en contra de la violencia y que incluso esto se decide o se implementa a modo de estrategia, antes de que las personas decidan la orientación o el destino de sus resultados.

Cabe anotar que el problema de concederle una condición *apriorística* a la comprensión de la violencia se centra en la deducción que dicha propensión genera, pues conociendo sus resultados, medios y fines, lo violento se torna predecible, es decir, se vuelve herramienta, protocolo, a la vez, proyecto y caldo de cultivo ideológico para todo totalitarismo, lo cual deja de lado las circunstancias y fluctuaciones que la afectan como fenómeno complejo. Dicho de otra manera, la violencia requiere una comprensión relacional antes que un análisis lineal que reduzca efectos a causas e intenciones a cifras. Esto representa una oportunidad para entender que elementos como la manipulación histórica y la interinfluencia mediática pueden dar cuenta de la existencia de emociones políticas que se instalan, reproducen y difunden a través del lenguaje y las prácticas socializadoras, por lo que la dominación así implementada opera a modo de dispositivo reproductor de la dominación interiorizada,

tópico ampliamente discutido por Foucault (1985, 2003), Agamben (1998b, 2011) y, recientemente, por Han (2016, 2017) para quien el poder tiene la función de expulsar lo distinto e institucionalizar la exclusión. De esta forma, la violencia se hace parte del pensamiento común y en pro de esto se tolera y consume, se le adjudica al otro en busca de un responsable directo y se subjetiva usando la influencia mediática, por lo que se suele explicar en función de polaridades, causas y efectos, es decir, de amigos versus enemigos, a menudo sin ir más allá de sus consecuencias inmediatas.

De allí que, tal como lo afirma Weber (1997, 2009), el Estado busque monopolizar la violencia en sus territorios, con el fin de legitimar la dominación reuniendo en dicha ventaja política todos los insumos, procesos y medios materiales y jurídicos, al tiempo que expropia los territorios e incluso legitima como válida la violencia y la muerte, para defender la soberanía o la democracia de quienes se oponen al totalitarismo. Esta violencia es productora de barreras psicosociales que a modo de ideas son ampliamente difundidas en los colectivos: son parte de estas la idea de imposibilidad de cambio social, la consolidación del miedo como estrategia represiva o de un Estado o líder salvador. La violencia en su proceso de naturalización se torna irreconocible e imperceptible para la mayoría, dadas las nuevas manifestaciones que asume y la naturalización lineal con la que se concibe.

Así, cuando la violencia y la dominación social obtienen la forma de *proyecto*, la linealización de la creatividad y las resistencias, al mismo tiempo que la homogenización de los comportamientos, se instituyen como parte de un programa encaminado a la reproducción de la represión, la pasividad contestataria y la subyugación colectiva, por lo que gran parte de sus manifestaciones emocionales gravitan en torno a la disipación progresiva de la apatía, desinterés, individualismo, confusión e insensibilidad a la influencia mediática manipulada (Andrade, 2019). De este modo, la violencia lineal, la represión y las barreras psicosociales dan forma a una trilogía reticulada de la cual emerge la barbarie y la sevicia de la guerra como estrategias anulativas de una paz asumida como *anomalía*. La linealidad es percibida a partir de la inevitabilidad,

permanencia y recurrencia de la corrupción, inequidad e impunidad por las personas y se hace manifiesta en los siguientes discursos:

Ya son muchos años del conflicto armado según tengo entendido y lo que más recuerdo en este momento se remonta al frente nacional [...] más adelante viene todo el problema del narcotráfico, el problema de la corrupción y seguimos en conflicto [...] Pienso que la guerra es un conflicto que no se va terminar porque este país es corrupto [...] pueden pasar más cosas o puede que baje un poco la delincuencia pero trafican con otras cosas, Colombia no está preparado para cosas y todavía como que le falta mucho (E3). Yo creo que las causas son el desacuerdo en el que se encuentran las personas con el gobierno, o sea porque vivimos en un país corrupto y las constantes, elecciones de gobiernos corruptos han hecho que el pueblo quiera como alzarse en armas para defenderse de eso [...] Que todo lo que hagan es plata, plata, pero todo es para el bolsillo de ellos, pero el pobre más pobre y el rico más rico y el gobierno más lleno de plata y el pueblo más endeudado (E5).

Dicho esto, es preciso considerar de acuerdo con las narrativas de las personas entrevistadas, que violencia lineal y barreras psicosociales forman parte del entramado de emergentes de la violencia sociopolítica, el magnicidio y la política de la guerra en Colombia. Cabe mencionar, que la violencia da fuerza a dichas barreras al institucionalizar la violencia como mecanismo represivo de defensa de la democracia, además de consolidar, a través del abandono estatal, una política del despojo que cimienta bajo la coacción, la manipulación mediática, la segmentación política y la desinformación, todas operadas a modo de estrategias de dominación y polarización emocional.

Aunque las personas no refieren conceptualmente las barreras psicosociales en sus discursos, es posible extraer de estos la idea de que dichas barreras o impedimentos se valen de contenidos emocionales programados deliberadamente, en cuyo caso, se alimentan de información masificada-manipulada en sus referencias de base. Aspectos como los teatros sociales o escenarios divulgativos montados para dar cuenta de la atrocidad que justifica el ataque voraz al enemigo y que legitiman en ambos bandos las respuestas

bélicas y sus excesos derivados, son muestra del poder disgregativo de la violencia lineal, mientras que la opinión, interpretación y acción colectiva, cada vez más sectorizada y diametralmente polar, revela el poder disociativo en el contexto emocional y cognoscitivo de las barreras psicosociales.

La violencia lineal referencia, a su vez, la extensión metamórfica del fenómeno violento, por lo que dichos modos de violentización se extienden y cambian a través de prolongaciones, las cuales son identificadas por las personas entrevistadas a través de sensaciones ligadas a la continua persecución, a la vez que con terrores relacionados con el silenciamiento, el asesinato y el despojo selectivo de personas, grupos y comunidades, especialmente de líderes y lideresas sociales, también de personas desmovilizadas reintegradas a la vida civil, por lo que muchos de ellos se ven obligados a abandonar sus territorios so pena de morir resistiendo allí. Algunas referencias de la linealización de la violencia se hacen manifiestas en las siguientes narrativas:

El narcotráfico cuando ingresó en los 70/80 se dieron cuenta que para poder hacer su actividad ilegal necesitaba un cuerpo armado, que eran los paramilitares. Entonces entra otra forma de perseguir, amenazar y humillar al pueblo, al campesino que siempre es el que está allí en medio de todos estos ideales y conflictos (E6). Existe violencia en todos los rincones de Colombia. Y eso es por la desigualdad, por el hambre, por la falta de educación (E5). Algunos sectores que son tradicionales y que están acostumbrados a tener el poder sigan sustentando o justificando el tema de la violencia en el marco de la ostentación del poder como tal. Entonces se me hace muy triste (E14). Lo simbólico, lo artístico, lo cultural, transforma, es desde ahí que uno puede empezar a transformar todas las realidades; pero a veces eso se hace tan imposible que uno ve que la única esperanza es desaparecer uno de esos actores de alguna u otra forma, ya sea ejerciendo la violencia, eso sería como la última medida por así decirlo (E28).

Para las personas el despojo es también una acción política, reproducida y mantenida con base en intereses económicos y extractivistas. Razón por la cual hace referencia a todas aquellas

medidas interinstitucionales que favorecen directa o indirectamente el afianzamiento de grupos armados en los territorios, a la vez que la construcción e imposición de medidas legales para substraer a las comunidades de sus espacios vitales. Lo cual sucede, a su juicio, ante la mirada impávida de un colectivo social que naturaliza la guerra e interpreta los hechos políticos a través de los lentes de la apatía y la indiferencia, ambas manifestaciones concretas de las barreras emocionales y de los usos emocionales y mediáticos de la violencia en las sociedades.

En este sentido, Sartori (2005) indica que en el marco de las democracias, a pesar de las influencias mediáticas manipuladas, las personas construyen juicios e ideas personales acerca de lo público y lo político, pero, en dicho campo la opinión transita de los *influyentes* a los *influenciados*, a la vez que la borrosidad, confusión o divulgación difusa de información es parte de la actividad persuasiva que ejercen pequeños núcleos de *difusores* con cierto nivel de poder sociopolítico y mediático. Además, explica “que en el seno de todo depósito los procesos de interacción son horizontales: influyentes contra influyentes, emisores contra emisores, recursos contra recursos” (p. 176).

En palabras de Morin (1977) y Nicolescu (1996), dicha polarización limita la concertación y el diálogo constructivo entre opositores, descartando cualquier oportunidad de tercero incluido o de antagonismo complementario. De esta manera, los medios de comunicación masiva están entramados en la base reticulada de elementos que dan forma a la violencia sociopolítica, a la vez que se constituyen en garantes de la censura y el acomodamiento de verdades de acuerdo con los intereses políticos de época.

Baudrillard & Morin (2004) opinan respecto a la violencia que las polarizaciones motivacionales, cognitivas y emocionales dan pie a la reificación de lo destructivo y la instalación del horror como estrategia de control global, dado que distancian personas de intenciones y alejan las acciones del centro ético que da forma a la responsabilidad antropológica, produciendo escisiones o particiones afectivas como: “amor vs desamor, repulsión vs admiración, bondad vs maldad, estándar vs peculiar, comprensión vs intolerancia”,

por nombrar algunas. Estas polarizaciones son productoras de alejamientos y, a la vez, de reducciones respecto a la comprensión relacional de lo violento. De allí, la necesidad de examinar la violencia como fenómeno global y complejo, consustancial en el marco de una reflexión integradora.

Respecto a la violencia, aunque para el caso colombiano no exista un consenso absoluto acerca de las causas que propician la escalada de actos de lesa humanidad, sí es posible considerar que la prolongación del conflicto armado interno, tanto como la emergencia de colectivos sociales enfocados en el ejercicio de la violencia, tiene una relación consonante con el aumento de la pobreza, la miseria, la creciente desigualdad social, el abandono estatal, la falta o limitada oferta de oportunidades de desarrollo socio-laboral, la cooptación del poder, la impunidad y la corrupción política a gran escala, aspectos a los que debe sumarse, además, la manipulación de la información, la historia y la memoria por parte de los grupos socioeconómicos y políticos y también la pasividad con que los colectivos sociales responden ante dichos abusos de poder. Tómese, como ejemplo, la escasa participación colectiva-ciudadana en la construcción de políticas públicas, el apoyo limitado a protestas, movilizaciones y víctimas de Estado, la poca consolidación de las resistencias en *frentes de lucha* o en movimientos sociales, al mismo tiempo que la pobre o nula construcción-ejecución de programas de protección y defensa de los derechos y dignidad de personas, grupos y comunidades.

Lo anterior se acerca a lo que Daniel Bar-Tal (1996) llama conflictos intratables, es decir, conflictos como el Colombiano que persisten en el tiempo dadas sus condiciones de reproducción violenta y que se consolidan en el imaginario como conflictos irresolubles, de difícil comprensión y con una solución impredecible, por lo que suelen producir un cansancio, desgaste exagerado en las sociedades y en todos aquellos que forman parte de su trama de eventos.

En general, dicha intratabilidad desemboca a lo largo del tiempo en el despliegue de estructuras mentales que permiten a los colectivos sociales aminorar, desviar la atención, evitar el reconocimiento de consecuencias, generar apatía y distanciamiento e incluso, banali-

dad respecto a las derivaciones psicosociales que el conflicto armado y la violencia tienen en su existencia. A mi juicio, dichos elementos configuran un tipo de linealidad reductora de las verdaderas dimensiones del conflicto, una linealidad construida e instalada *en y a través* de los imaginarios sobre la violencia y la barbarie, por lo que se encuentra presente en gran parte de la población colombiana y que, además, se ve alimentada por políticas de Estado enfocadas en entorpecer los procesos de paz, segregar, manipular la historia y la memoria y que también implementa políticas totalitarias, neoliberales y de extrema derecha en contra de todo aquel señalado de enemigo y contradictor del régimen.

De allí que una mirada relacional al fenómeno sea mucho más amplia y generosa para entender la violencia como un emergente de las relaciones sociopolíticas, de las tensiones, rupturas, encuentros y desencuentros dados en la sociedad, comprendida esta como un sistema complejo capaz de auto transformarse, de generar los insumos para operar sistémicamente, de intercambiar información, procesos y energía, de ejecutar transformaciones en clave de reactualización y reorganización y, a la vez, generar productos emergentes como la concertación social, la violencia, resistencias, ideologías, orientaciones emocionales políticas, etc.

Conviene señalar que dicha violencia emergente, la cual hace intratable el conflicto armado colombiano, se escala a través de los siguientes aspectos claramente identificados por las personas entrevistadas a través de sus narrativas del pasado y presente del conflicto armado: una política enfocada en la *anulación* del adversario más que la concertación y el estímulo a los procesos de paz, la intencionalidad destructiva y lineal tanto de los grupos alzados en armas como de las fuerzas estatales, la creciente manipulación mediática que desvía la noticia y construye la información de acuerdo con favoritismos políticos, por lo que difunde los hechos de forma masiva para generar reacciones emocionales protoespecíficas, el ejercicio de la violencia como negocio de guerra, fundado en la mercantilización de la violencia y la necesidad de víctimas para justificar que la inversión en insumos bélicos sea mayor a la inversión social y, finalmente, el escalamiento de la violencia a causa de intereses extractivistas, bélicos, ideológicos, territoriales,

industriales, logísticos, políticos, entre otros, que en conjunto dan forma a circunstancias generadoras, mantenedoras y reproductivas de lo violento que otorgan poder, especificidad y connotación destructiva a los múltiples actores armados.

Además, cabe precisar que la teleología de la violencia se inscribe y responde a una lógica estratégica del poder como instrumento de dominación, actividad represiva, manipulación emocional y control colectivo, es decir, una violencia cuyos usos emocionales se extienden-proyectan hacia diversos ámbitos de interrelación social que, en su decurso temporal de actividades destructivas, linealiza la vida y la creatividad instalando, en palabras de Agamben (1998a) un campo donde se reproduce la violencia como excepción justificada, causando el menoscabo paulatino y escalar del tejido social.

Dicho sea de paso, esta intencionalidad tiene una doble vía o connotación anulativa: la *primera* reitera la necesidad de implementación de la violencia por parte del Estado y sus aparatos represivos como única condición para confrontar la insurrección, defender la soberanía y consolidar la democracia. Por lo cual la violencia se constituye en la única vía emocional-mediática efectiva para dar cuenta del poder hegemónico del Estado y de la anulación de cualquier proto-poder emergente, capilar, insurgente o contrahegemónico, mientras que la *segunda* reduce y legitima la violencia al ordenamiento natural, es decir, la naturaliza y normaliza al adscribirla a una serie describable-constatable de eventos aptos de registro y clasificación o al situarla en una base orgánica unitaria, heredada, inevitable, instintiva e *hybrica*, que incluso se le considera necesaria desde una lógica neoliberal. Cabe anotar que estas reducciones de sentido respecto a la violencia son un referente inequívoco de la linealidad *explicativa* atribuida al fenómeno, al mismo tiempo de la linealidad de *praxis* propia de los estados totalitarios, los que de acuerdo con Agamben (1998a, 1998b), operan bajo la máscara de la democracia para instalar de forma “legítima” nuevos métodos de coerción y dominación hegemónica.

Ciudadano de a pie, polarización emocional y barreras psicosociales

La manipulación emocional es un hecho que merece un estudio no solo en el marco de la interinfluencia entre MASS MEDIA-Partidos Políticos-Sociedad, sino también respecto a los elementos socioculturales, económicos, emocionales, cognitivos, motivacionales y antropoéticos que le dan forma y, a la vez, fomentan su reproducción, mantenimiento e influencia global. No es un secreto que el ciudadano de a pie, que son la mayoría de los habitantes de Colombia, es susceptible de la manipulación mediática. Sobre él recaen numerosas responsabilidades y exigencias políticas y, además, presenta un marcado cansancio y distanciamiento de los escenarios y mecanismos públicos de participación (Botero et al., 2018). A este ciudadano se le identifica desde una noción estructural y descriptiva como una persona “normal y corriente” (Real Academia Española, 2001), pero, de acuerdo con Lippman (2011) esta noción es peyorativa y reductora, pues él “se siente como un espectador sordo en la última fila, alguien que debería estar concentrado en lo que está sucediendo, pero que no puede mantenerse despierto” (p. 31). Este autor también opina que es consciente de las afectaciones políticas e incluso de las emociones que le produce la información, por lo que conoce su marginalidad socioeconómica, pero, es poco sensible a la instrumentalidad de la cual es objeto.

No obstante, suele desconocer la profundidad de lo que en realidad sucede, por lo que se aproxima a causas, motivos y responsables a partir de información construida y preprogramada para su consumo, de modo que las posibles interpretaciones que genere se matizan de acuerdo con explicaciones enunciadas masivamente en clave de certidumbre y veracidad. Muestra de esto es la posición que las personas tienen respecto a la información derivada de algunos medios de comunicación masiva:

Uno siente rabia y tristeza a la vez porque ver todo lo que sucede y que nadie haga nada, eso no tiene sentido y menos cuando siempre se habla de paz uno prende el televisor y hay paz, las propagandas paz, la emisora que la paz y paz no hay sigue habiendo daño.

Yo creo que fue bajo la influencia de las campañas del No, que tergiversaron en muchas ocasiones la información dada (E3). Creo que la gente votó por eso equivocada y desinformadamente y he aquí las consecuencias, gobernados por este estúpido que tenemos de presidente (E1). La sociedad digamos después de que se hizo público el acuerdo y la gente conoció el detalle hubo muchísima desinformación muchísima manipulación de quienes no querían que se lograra la paz por X o Y motivos digamos por posiciones e intereses personales por muchas cosas (E32).

Lippman (2011) indica que la información que se le ofrece al ciudadano de a pie es controversial, ambivalente, descontextualizada e incompleta, que a menudo incluso su sistema formativo-educativo no le permite contextualizar adecuadamente la complejidad de los sucesos. De allí que sus nociones y construcciones de sentido no encuentren eco o potencia política para generar transformaciones de gran envergadura, motivo por el cual aspectos como la intolerancia, la violencia y la insurrección actúan como elementos que logran impulsar la defensa de los derechos o abrir paso a dichas transformaciones. Empero, defender un derecho con violencia es caer en la misma violencia que viola el derecho, por lo que se constituye en una forma concreta de violencia lineal (Andrade, 2020).

De este modo, los asuntos públicos parecen no competirle, por lo que remite la toma de decisiones trascendentales a otros o se ve marcadamente influenciado por el mensaje corto, concreto, burlesco y polémico (Villa Gómez et al., 2020). Dicho de otra forma, aunque goza de deberes y derechos políticos y sociales “vive en un mundo que no puede ver, no entiende y es incapaz de dirigir” (Lippmann, 2011, p. 31). De las condiciones de operatividad mediática depende la potencia de la manipulación emocional, la cual es orquestada masivamente a través de mensajes borrosos, discordantes, fragmentarios y polarizantes, que incitan la valorización del otro como adversario, ilegítimo, corrupto, cooperador del terrorismo, no merecedor de admiración y blanco de desprecio. Además, de forjar contrasentidos y ambivalencias políticas, que a la postre, se constituyen en motivadores de reacciones emocionales equidistantes (polarizadas):

En esos días yo estaba de verdad fui víctima de una confusión de la parte mediática de igual manera que la sociedad colombiana estaba dividida fundamentada más que todo en uno sentimientos y visiones equivocadas proporcionadas desde los dos frentes que se están enfrentando los del sí y el no porque eran dos polarizaciones (E29). Uno a veces está cómo muy limitado por la información que recibe. Entonces es como estar ahí en el sin saber, en el limbo [...] porque últimamente eso es lo que pasa a toda hora, yo estoy de este lado, tu estas de ese lado, entonces, por tanto, somos enemigos (E22). Llevaron a dos extremos la gente que era amiga de la paz y los enemigos de la paz, entonces de alguna manera se pudo mirar en el plebiscito que fue el resultado, un simulacro de elecciones, sirvió para medir fuerzas y se llegó a la conclusión de que el partido que estaba jugando sucio iba a ganar (E13).

La polarización política es un fenómeno que afecta las instituciones sociales y lo gubernamental y que, además, influye en la percepción que tienen las personas acerca de la corrupción, la desigualdad social y la cooptación del poder (Moreira, 2019; Van Tongeren, 2011; Villa Gómez, Quiceno, Aguirre & Caucil, 2019). En este sentido, a medida que aumenta el nivel de polarización la opinión pública percibe menor corrupción y esto sucede porque, de los extremos equidistantes, al menos uno de estos se presenta a sí mismo como salvador de todos los males que el opositor trae consigo. De allí que cuando se presenta polarización social las personas elijan la opinión masiva, las pruebas o evidencias presentadas como incuestionables, admisibles y aceptadas por la gran mayoría. En gran medida, las personas perciben la polarización como el efecto de intereses políticos en torno al plebiscito y al acuerdo de paz, a la vez que a otros ámbitos de relación. Muestra de esto son las siguientes opiniones:

Los que votaron por el no, no creo que estuvieran dándole el no a la paz, creo que estaban hablando a cómo se iba a llevar a cabalidad ese proceso y pues me acuerdo de que todo el mundo estaba diciendo como que no se debe polarizar las opiniones, no se debe dividir, y pues fue exactamente lo que pasó (E19). La misma familia han cogido de burla y jocosidad a las personas que estaban con Duque y no estaban con Santos porque eso hubo una polarización

de la comunidad con esto de Santos y lo de Uribe [...] Después de estos procesos políticos ha habido polarización, o sea nos hemos abierto, la gente o es de este lado o del otro. Para poder tener convivencia en el trabajo, en las unidades educativas, para poder compartir con los semejantes hoy por hoy se llega a sin querer a un acuerdo de que lo que menos se debe tocar es el tema de política (E6). Porque es que estamos tan acostumbrados a decir bueno es que blanco y negro, pero entonces decídase derecha izquierda, decídase pero no reconocemos que hay una gama de colores o de grises también si lo queremos ver así (E38).

Según Henao & Isaza (2018), la percepción de corrupción puede tener indicadores socio demográficos tales como la capacidad adquisitiva, la educación, la edad o el género y responde a la vez a fuertes contenidos mediáticos relacionados con las polaridades instaladas por organizaciones políticas que se consideran a sí mismas como adversarias. Así, a mayor corrupción habrá mayor polarización y como resultado se tendrá una menor percepción de la impunidad y la corrupción, dado que suelen ser dichos partidos políticos quienes manejan los medios con los cuales se legitima globalmente la veracidad o falsedad de sus discursos. La polarización tiene como circunstancia que practica la manipulación informática y uno de los canales donde resulta operativa es la divulgación masiva de *memes*, es decir, de mensajes de texto, imágenes, vídeos, audios o una combinación de todos, que se divulgan velozmente por internet y se “viralizan”, esto es, se comparten, etiquetan y extienden rápidamente por la web-.

Dichos memes contienen información manipulada, lo que afecta su sentido de acuerdo con propósitos satíricos, irónicos o burlescos, pues esto tiene un amplio efecto en la opinión pública y también en la imagen que las personas asumen de diversos personajes de la vida política. En este sentido, avivan la polarización definiendo en términos de extremidades equidistantes el sentido de “los buenos” y los “malos”, políticamente hablando. De acuerdo con Villa Gómez et al., (2020), los medios de comunicación influyen activamente en la construcción de ideas, nociones y creencias sociales, definiendo colectivamente las orientaciones emocionales con base en la polaridad amigo *vs* enemigo, lo cual

acrecienta la polarización política y justifica, en gran medida, una respuesta bélica al conflicto sociopolítico.

En este escenario, los memes resultan importantes, pues reflejan la transmisión y evolución de la cultura, es decir, la existencia de similitudes entre la evolución cultural y la evolución biológica, en la línea de Dawkins (2000), esto resulta equivalente a todo proceso evolutivo. Así, tanto memes como procesos evolutivos comparten tres condiciones de aparición: profusión de elementos diversos, herencia o multiplicación (replicación) y capacidad diferencial o número de duplicados de acuerdo con su nivel de interacción con el contexto (medio, espacio, escenario, territorio, Oikos-Eco). Dicho de otro modo, para Dawkins (2000) la cultura evoluciona a través de la resistencia diferencial de los memes, los cuales conservan y replican la información cultural, actuando como replicadores socioculturales, por lo que se ven sometidos a la selección, modificación y evolución. En este sentido, las personas identifican que el problema principal del plebiscito y la consulta anticorrupción fue la desinformación, que a través de la información mediática confundía a las personas:

Porque le digo la verdad a las personas del común a las personas trabajadoras no les queda tiempo de analizar la información, no les queda tiempo de informarse de sacar una opinión, lastimosamente la opinión aquí son un puesto (E7). Si algo identificó el proceso electoral del 2018 fue precisamente la desinformación de los medios de comunicación frente a el acuerdo de paz [...] escogieron al presidente que iba a perpetuar el conflicto y las situaciones de violencia y la salida armada [...] la gente conoció el detalle hubo muchísima desinformación muchísima manipulación de quienes no querían que se logrará la paz por X o Y motivos (E14). Antes del plebiscito eso si fue rabia total, la desinformación, o sea el juego mediático que hubo a la hora del plebiscito fue muy complicada, hay que entender que las fuerzas políticas y más la fuerza política de centro democrático como tal fue un factor que influyó mucho en el resultado del plebiscito (E11).

Políticamente hablando, y siguiendo este enfoque teórico, los memes tienen una amplia influencia cultural, dado que la cultura

política se organiza de acuerdo con la información disponible, acumulada en la memoria, imaginarios y representaciones colectivas “condensadas en memes”, que suelen ser asimiladas habitualmente a través de la imitación-reproducción, así como también, por influjo de complejos procesos educativos, introyección, imposición ideológica, bombardeo mediático y la asimilación fruto del conflicto ideológico, el debate o la pasividad interpretativa.

El fenómeno de la polarización política afecta la economía, estimula el asesinato de líderes sociales, deteriora las instituciones, aminora la cohesión de grupos que defienden los derechos o proponen nuevas formas de gobernabilidad, además de reificar el miedo, el terror, la desconfianza, el extremismo y la rigurosidad, al mismo tiempo que los señalamientos negativos y la estigmatización. Elementos que en conjunto impiden la consolidación de una paz real y duradera. Como ejemplos de estos efectos tenemos el fracaso del plebiscito por la paz y la negociación con el ELN y la derrota de la consulta anticorrupción, los cuales evidencian la confluencia de factores institucionales, sociales, ideológicos y culturales en la toma de decisiones políticas.

Cabe anotar que el *No por la paz* fue mediatizado masivamente por campañas agresivas enfocadas en el horror de las posibilidades, una de estas por comparación con la crisis venezolana, por analogías insustanciales con gobiernos de izquierda, como también por ideas que relacionaban acuerdo de paz e imposición del homosexualismo en escuelas y colegios. Se masificó la falsa idea de que el acuerdo, en esta lógica extremista y peyorativa, atentaba contra la tradición familiar heterosexual. Ejemplo de esto son las siguientes narrativas:

Entonces sentarme todos los días a comer con mi papá era escuchar “es que esto lo van a volver Venezuela, es que esto lo van a volver un nido de homosexuales y esto lo van a volver tierra para quién, o sea me van a quitar mi casa, me van a quitar mi negocio”; entonces uno ya entendía cuál era el problema ahí. (E27). También la Iglesia católica muchas veces promulgando esos tipos como

de perspectivas de que el acuerdo de paz va en pro de que las personas se vuelvan homosexuales de que hayan de que puedan adoptar parejas de un mismo sexo, una cantidad de razones vacías que están fundamentadas en valores netamente conservadores creo que eso no nos deja tampoco avanzar (E39).

Asimismo, las redes sociales, días antes del plebiscito, realizaron campañas de desprestigio a través de mensajes ambivalentes, chistes e ironías descalificantes. Además de reencauchar videos, declaraciones y acusaciones en contra de los grupos desmovilizados y de aquellos en vías de desmovilización. Dicho sea de paso, la campaña masiva por el 'No' exacerbó ánimos, pasiones, sentimientos y emociones colectivas, al propagar la versión no fundamentada y engañosa de que a los guerrilleros de los grupos armados se les iba a entregar durante cuatro años un sueldo que superaba dos salarios mínimos vigentes y se omitió la profundidad enunciativa-comprensiva de los acuerdos (Basset, 2018).

A esto se suma que la explicación de los acuerdos de paz a menudo se hacía en términos técnicos y de difícil entendimiento general, lo cual abrió paso a nuevas especulaciones y memes desacreditando el proceso, aspecto que influyó masivamente en la producción, extensión y disipación de la polarización emocional. En torno a este aspecto, es importante mencionar que la rabia, la consternación, el desconsuelo e ideas engañosas caracterizaron las emociones que dieron forma a las decisiones políticas de los votantes (British Broadcasting Corporation - BBC, 2016).

El segundo ejemplo es el de la derrota en la participación electoral de la consulta anticorrupción, la cual evidenció no solo el cansancio en el comportamiento electoral, sino también la escasa motivación de las personas con respecto a los mecanismos de participación ciudadana. De esta se debe rescatar que propuso la toma de acción colectiva frente a la inequidad, cooptación del poder y corrupción política en Colombia, además de cuestionar el *quehacer* de los partidos y sus representantes. No obstante, al parecer, la consulta no llegó ampliamente al ciudadano de a pie,

habitualmente desinteresado en lo público, lo que trajo consigo como consecuencia, que este fuera más sensible a la manipulación mediática y la polarización emocional.

Barreras psicosociales y emociones políticas: acercamiento al sentir ciudadano

Las emociones políticas se encuentran adheridas como amalgama identitaria en la cultura pública de la sociedad colombiana y también en todas aquellas sociedades oprimidas por totalitarismos, violencia, conflictos internos y guerras. Suelen ser aprendidas, transmitidas y reproducidas en diversos contextos de relación, por lo que *en, a través y más allá* de dichos escenarios se religan y transforman de acuerdo con la interpretación y vivencias individuales y colectivas en torno a lo político.

En Colombia la incredulidad y desconfianza ante el proceso de paz y la apatía de los votantes frente a la consulta anticorrupción son un claro ejemplo de cómo se manipularon mediáticamente la repugnancia y la ira, las cuales, según Nussbaum (2014), se identifican habitualmente como las emociones mayormente sentidas por sociedades golpeadas por la violencia, los totalitarismos, la desigualdad e impunidad. Asimismo, señala que las personas cuando no encuentran una vía expedita de canalización de la ira la pueden volcar hacia sí mismos, generando con esto culpa y sentimientos contradictorios que a menudo nublan las dimensiones y la profundidad real de los problemas que se pretenden resolver o confrontar.

Al respecto opina: “la culpa es un tipo de ira dirigida contra uno mismo, pues se reacciona ante la percepción de que uno ha cometido una injusticia o ha causado algún daño” (Nussbaum, 2014, p. 244). De esta forma, la culpa se focaliza en la acción o en la intención posterior de hacerlo. Por esto, para el caso del ciudadano de a pie colombiano, elegir la posición menos perjudicial o comprometedor (ilusión de control), preferir no tomar partido (apatía política), optar por la intención de la mayoría (ampliamente influenciada por los medios) y elegir expresamente de acuerdo con los

sentimientos y emociones que la situación le produce (en su mayoría ambivalentes), se constituyen entre las posibles acciones para implementar desde el punto de vista personal y colectivo, con el fin de subvertir la culpa de decisiones políticas sentidas e interpretadas como inapropiadas o contraproducentes. Entre las emociones desfavorables experimentadas por las personas en torno a lo político, y en particular al *plebiscito por la paz* y la *consulta anticorrupción*, se hallaron emociones auto atribuidas, generadas y percibidas por sí mismas, desde una postura polarizada y a menudo ambivalente.

Uno de los extremos, el perjudicial o desventajoso, de acuerdo con lo que sienten las personas, es la emoción de *aversión* social a lo político, es decir, la percepción de asco o animadversión por el proceder de los líderes elegidos, el cual relacionan con las crecientes dificultades para la consecución de la paz. Asimismo, la emoción de *oposición*, ante el acuerdo de paz y el inicio de un nuevo proceso con otro grupo armado, posición que asocian a la circulación de información escasa y deficiente sobre los contenidos, medios y fines del proceso de paz y que, en gran medida, aumenta la polarización en tanto instala dos posiciones entre dos facciones: a) aquellos que entienden el proceso como necesario y legítimo porque conciben ampliamente la magnitud del acuerdo y b) quienes no comprenden dicha magnitud y son mayormente susceptibles a la manipulación mediática. Llama la atención que las personas perciban estas dos dimensiones y también que se inscriban automáticamente en la segunda.

Es claro que, tanto en la consulta anticorrupción como en la consulta por la paz, se impuso la manipulación mediática, en descrédito ideológico, la polarización y el maniobraje de ideas, emociones, sentimientos y aptitudes con fines de generación de reacciones preprogramadas. Así, la voluntad nuclear del partido/grupo político se alzó sobre la voluntad colectiva, debido al monopolio de los medios, el poder divulgativo de la información y la capacidad de circulación de noticias e informes sobre chantajes, sobornos, corrupción o ideología etc. Dicho así, a la verdad seccionada le siguieron la mirada *contemplativa* de la mayoría y la *banalización* de las noticias, de modo que aspectos como la integridad, los logros sociales y el ideal del bien común sobre el

beneficio individual, dejaron de ser baluartes de la necesidad de cambio, demandado como imperativo, pero, que no alcanzó a cristalizarse como proyecto político a gran escala.

De allí se desprenden, a su vez, la vivencia de sentimientos adversos en torno a ambos procesos políticos, es decir, *tristeza*, por creer en procesos que no han tenido eco real en las necesidades colectivas, *miedo*, a no actuar de acuerdo con la mayoría, a subvertir el ordenamiento, *hostilidad*, contra sí mismos y contra otros por suponer la verdad en las promesas políticas y también por creer en que el deseo individual puede ser el deseo de la mayoría, *frustración*, por no lograr los cambios esperados y también por elegir el resentimiento en vez del perdón con verdad, justicia y reparación como oportunidad, *indignación*, por sentirse y saber que fueron ampliamente manipulados por los medios, la justicia y las élites sociales y, finalmente, *desesperanza* o desilusión ante la impunidad, inequidad, injusticia y corrupción que caracteriza la política colombiana.

De lo anterior emergen las barreras psicosociales y toman fuerza y potencialidad todos aquellos impedimentos culturales, educativos y emocionales respecto al valor, sentido ético y capacidad transformadora de la praxis política, que forma parte del sistema de transmisión generacional de contenidos en el contexto intrafamiliar, comunitario y social. Estas barreras también se manifiestan, y esto lo identifican igualmente las personas, en la poca importancia de comprobar las fuentes u orígenes de las noticias, en la pasividad ante el descrédito mediático de personajes políticos y también del proceso de paz y en la idea de que quienes votan por la paz apoyan ideologías de extrema derecha o de extrema izquierda, satanizadas *exprofeso* para aumentar la aversión y polarización social. No se debe pasar por alto el incremento de “fakes news” y la insustancialidad que rodea el pensamiento político general, como también la “*memetización*” de la actividad política que a menudo puede minusvalorar, sobreestimar e incluso ridiculizar este pensamiento político.

Cabe precisar que, en función de estas barreras, se difunden ampliamente emociones conflictivas. Tómese como ejemplo la vivencia del miedo a elegir y sostener una postura ideológica, la cual se matiza como sospecha y aprehensión catastrofista. La rivalidad entre polos

políticos, interpretada como odio irreconciliable entre facciones del poder, la desazón y el resentimiento frente a las ideologías políticas y los sucesos que marcan el accionar de grupos desmovilizados y reintegrados a la vida social y, a la vez, la vergüenza asumida como deshonra y desprecio por quien se ve sometido a la fuerza de la opinión y la manipulación mediática. En gran medida, las barreras nublan la necesidad de incorporar nuevas emociones a los sentimientos políticos, como la simpatía por nuevas propuestas de gobierno y de paz, el amor como construcción social con base en la legitimidad del otro como legítimo otro, además de aminorar el interés por un ideal conjunto de convivencia, lo cual limita la empatía con el sentir, los pensamientos, las ideas y decisiones de otros.

Asimismo, se ve afectada la solidaridad ante el que sufre el embate de la guerra, la cual se entiende como fetiche y potencialidad destructiva y que solo se advierte realmente cuando se aproxima a la realidad de quien la vive, al mismo tiempo que la compasión como sensibilidad en la instalación de medios y condiciones de exclusión, violencia y represión social. Para Nussbaum (2006) no existe ruptura entre *emociones*, entendidas como particularmente femeninas e íntimas y, con *razón*, atribuidas a lo masculino y público, dado que ambas emergen colaborativas en todo proceso político. Así, una manipulación emocional es, a la vez, una manipulación de la razón. Al parecer, la cultura pública se nutre de las significancias emocionales, puesto que resultan relevantes para evaluar las formas como se orientan e impactan los discursos masivamente, pero, también a través de estas es posible concebir nuevos ideales de convivencia, legitimidad, reparación, equidad y justicia social.

A modo de corolario

En el rizoma anterior son visibles los tres momentos enunciativos del problema central investigado: “segmentación, mesetización, desterritorialización”, al igual que los significantes emergentes en torno a las ideas, emociones, afectos, imaginarios y sentidos expresados por las personas a través de sus narrativas. La *segmentación* está conformada por aquellas trayectorias o raíces prolongadas, de propensión relativamente estable, que se derivan del núcleo relacio-

nal central (Conflicto sociopolítico) y que son representadas a través de las *narrativas* del pasado respecto al conflicto armado, *emociones* colectivas en torno a las dinámicas políticas del país, *creencias* sociales en relación con la guerra, *atribuciones* a los actores armados “autopercepción del comportamiento propio y de otros” y *juicios* en relación con temas como reparación, memoria, reconciliación y procesos de paz.

Estos elementos de forma reticulada, y a través de su interrelación significativa, configuran, a su vez, *barreras psicosociales* para la paz y la reconciliación y cuya función principal es operar teleológicamente como impedimentos o dispositivos de control, manipulación y linealización violenta, que limitan la superación de la corrupción, injusticia, inequidad y cooptación del poder. Cabe anotar que dichas situaciones se reproducen a través de modos particulares de violentización de las relaciones sociales y políticas y la cooperación de los *mass media* en el déficit de información de las dimensiones reales de la guerra.

Estos nuevos nodos operan como centros de organización de los segmentos, pues revelan relaciones aracnoideas emergentes, “*mesetas*”, e incluyen, además, la violencia lineal como herramienta de sometimiento, por lo cual la manipulación ideológica y la interinfluencia mediática se tornan imperceptibles, interiorizadas, reproducidas y se asimilan como parte de las lógicas emergentes de las relaciones políticas. Para las personas los *medios de comunicación masiva* son en realidad *medios masivos de manipulación*, pues son capaces de afectar masivamente la verdad de las historias y la robustez de la memoria colectiva.

También encuentran en la protesta social formas lineales de resistencia, es decir, acciones de defensa de la democracia y los derechos, que aparentan favorecer a las comunidades, pero que, en realidad, son orquestadas por grupos de poder que manejan los medios de comunicación y controlan el poder político, bélico y económico y, en cuyo caso, algunas de las resistencias sociales representan y reafirman la capacidad devastadora del poder centralizado, por lo cual favorecen al régimen antes que al ciudadano de a pie. Estos elementos hacen del conflicto armado

colombiano un conflicto percibido como imperecedero, de difícil solución, cíclico en sus formas de violencia, corrupción e injusticia, es decir, aparentemente irresoluble e intratable, *grosso modo*, linealizado por grupos de poder e intereses individuales.

De este modo, dada las frecuentes interinfluencias, “*inter-retroacciones*”, entre las significancias derivadas de los segmentos, se configuran de su entramado las *mesetas*, es decir, relaciones complejas de sentido, tejidas conjuntamente por las opiniones respecto a los múltiples actores sociales implicados en la trama sociopolítica de la guerra. Estas reticularidades se distribuyen en el rizoma en desarmonía relativa, pero, con una clara propensión a la organización de los sentidos que las personas dan de su experiencia con el conflicto armado y lo político. En las mesetas se encuentran elementos como violencia lineal, represión, actitudes, e interpretaciones, con base en las emociones personales y colectivas, las cuales afectan directamente la empatía, hospitalidad y solidaridad que las personas pueden tener respecto al otro e influyen, a su vez, en las creencias sociales acerca de la reparación, en el papel de los diversos actores sociales respecto a la paz y en la efectividad y claridad de las decisiones políticas.

Asimismo, para las personas una de las consecuencias más nocivas del conflicto armado es la *naturalización y banalización* de la violencia, además de las consecuencias emocionales que ambas condiciones traen consigo: tristeza e indignación, rabia, asco, aversión, miedo, vergüenza, venganza, impotencia y desconsuelo, emociones que también guardan relación con la linealización o mantenimiento de la *corrupción*, la *inequidad* y la *crueledad*. A su vez, la derrota de la consulta anticorrupción y del plebiscito por la paz fueron eventos interpretados como acciones manipuladas por los grupos de poder, encargados de reproducir la desigualdad social y diezmar cualquier posibilidad de lucha social-colectiva, en cuyo caso perciben un ambiente de injusticia e ilegitimidad del poder popular.

De lo dicho hasta aquí se distingue la violencia en tres dimensiones: violencia insurgente, violencia de Estado y violencia permanente o violencia lineal. A esta descripción, deben sumarse la política de la guerra, el reconocimiento de un gobierno fascista o neoliberal, la percepción de una izquierda debilitada, como tam-

bién de la resistencia social como una actividad colectiva capaz de contrarrestar la crueldad y la violencia. En este sentido, estos nodos de concentración significativa permiten, a su vez, prolongaciones percibidas como de mayor duración e inevitabilidad: la idea del conflicto como irresoluble, la persistencia del discurso guerrerrista, lo inevitable de la manipulación mediática, el aumento de la apatía y de la polarización política, al mismo tiempo que la esperanza de la concertación social, la consolidación de nuevos frentes de lucha que contrasten con las resistencias linealizadas, el aumento de las luchas sociales populares, la defensa de la memoria y de los derechos de las víctimas y la esperanza en la paz como un proceso posible, pero, una paz tipo *tregua*, sujeta al cambio y las rupturas, pero también asociada a la responsabilidad de todos para mantenerla y hacerse cargo colectivamente de esta.

La violencia sociopolítica en Colombia se percibe como endémica y, a menudo, es asumida como una especie de “*condena inevitable*” por quienes la sufren de forma directa, repetitiva y lineal. Dado el constante flujo de atrocidades y barbarie de la que son objeto ante la mirada frígida y autística del Estado y de amplios sectores de la sociedad. En todas sus manifestaciones destructivas, lo violento deja secuelas imborrables en las víctimas, a la vez que se instala y resignifica en el imaginario social a modo de “*emergente natural del conflicto*”, modificando también las ideas, actitudes, temporalidades y emociones a través de complejos procesos de consumo e interdicción mediática y manipulación informativa.

Como resultado de la prolongación de dichas operaciones, la dominación se constituye en *programa*. En su haber se gestan propósitos tales como la generación masiva de apatía, desánimo, desinterés, banalidad y levedad en las nuevas generaciones, al tiempo que se expande globalmente el desencanto, la ambivalencia política-emocional (polarización) y la esperanza en líderes que, como salvadores potenciales, encarnan el ideal mesiánico anhelado como solución totalitaria y plena, un ideal construido generacionalmente a través de castas políticas, promesas de transformación social (equidad) incumplidas y desigualdades sociales, territorio que sirve de cultivo, dispersión y sostenimiento a las barreras psicosociales para la paz y la reconciliación.

Las nuevas generaciones no se sienten partícipes ni de la historia, ni de las medidas de transformación políticas requeridas. Así, la reproducción lineal de la violencia sociopolítica instala el sufrimiento como única vía de comunicación con la memoria, dejando de lado el aprendizaje que las vivencias generan en los colectivos. Así, la memoria sirve al bien estatal y al Estado hegemónico más que al bienestar social. Esta forma de violencia lineal es repetitiva y permanente, pero, en esta se puede identificar la multicausalidad reticulada, además de *buclajes*, es decir, reingresos y retroalimentaciones entre experiencias, interpretaciones, sentidos y aprendizajes, los cuales dan forma a emergentes complejos.

Por ejemplo, resistencias, resiliencia, nociones, formas creativas de hacer paz y paces, que a su vez, redefinen y convierten en no-lineales las trayectorias linealizadas del conflicto y revelan oportunidades de negociación y (*de*)construcción de la violencia y la barbarie de la guerra. Esta oportunidad de resignificación tiene un trasfondo emocional reticulado entre sentimientos, pasiones, vivencias, ideales y sentidos respecto a la violencia, capaz de dar forma e impulsar la rebeldía y la resistencia social, a la vez que, en su condición antagonica-complementaria, incuba impedimentos o barreras que se instalan colectivamente como dispositivos de control que se gatillan y se adhieren a las ideas, narrativas, discursos y memorias, por lo que modifican el sentir y la interpretación de las personas y pueden ser orquestadas como mecanismos de dominación e interinfluencia colectiva-masiva.

En la violencia se incuban ambos elementos “barreras-resistencias” como antagonismos y ambos adquieren criterios de oportunidad emergente, en tanto los sucesos sociopolíticos y las lógicas del poder así lo permiten o hacen viable su emergencia. No obstante, desde una posición dialógica, de este antagonismo pueden surgir terceros incluidos, como: la barrera psicosocial como oportunidad deconstructiva de las limitaciones impuestas a la participación política, la construcción de diálogos sociales y concentraciones con amplio poder de decisión social-comunitario, medidas de descentralización del poder político (autonomías), representaciones acerca de la violencia y el conflicto armado, los diálogos de paz y la reconciliación,

la implementación-valoración de la memoria del conflicto armado como herramienta, estrategia o dispositivo de transformación colectiva de la guerra y también, como bagaje experiencial, en contraposición a la barrera, que impulsa la construcción conjunta de aprendizajes significativos, para evitar y a la vez intervenir los brotes de violencia y barbarie.

A partir de las narrativas de las personas, se encuentra que las diversas manifestaciones de la violencia y la resistencia dan cuenta de la presencia de barreras psicosociales para la paz en su imaginario colectivo. Evidencia de esto es su presencia manifiesta y latente en las interpretaciones respecto al conflicto armado, el plebiscito y el proceso de paz, cuando se referencian como elemento clave de la violencia en Colombia: la imposibilidad de superar el conflicto armado, el aumento de la impunidad del Estado, la enorme desigualdad social y el mantenimiento de la reproducción de la violencia. De modo que el vasallaje realizado por los actores armados del conflicto “guerrillas, paramilitares, milicias, narcotráfico, Bacrim, Estado (ejército y policía)”, genera el estigma del conflicto como insuperable. En dicha lógica, sus consecuencias plausibles permanecen a manera de *imprinting* sociocultural en sus relatos y vivencias actuales, condición que a la vez se instala simbólica y linealmente en los escenarios de diálogo social acerca de la concertación social, el cambio político, la violencia y la guerra.

Dicha linealidad hace parte de los modos como la violencia lineal se sitúa de forma permanente en los espacios modificando la forma como se habita el territorio. La violencia que se extiende de forma permanente y se diversifica en tanto formas de operatividad destructiva lleva el nombre de *violencia lineal*. Una de sus representaciones es la conformación de *barreras psicosociales* que influyen las percepciones, ideas y sentidos respecto a temas clave en la política nacional. Esta violencia se encuentra, a juicio de las personas, mediatizada por información manipulada, la cual tiene la propiedad de generar efectos emocionales polémicos, controversiales, ambivalentes y apartados en extremos, es decir, antagónicos, que legitiman la polaridad amigo-enemigo, bueno-

malo, sacro-profano, etc., a través de mensajes borrosos-confusos donde se exhibe, escarnece, desprecia o titula al otro de paria, tráfuga, bandolero, ilegal, corrupto o insurrecto.

Este escarnio se expone públicamente a través de memes, mensajes, propaganda política, noticias de desprestigio, *fakes news*, entre otros medios, y tiene un efecto masivo en el ciudadano de a pie, el cual se identifica a sí mismo como manipulado por los medios, pero, es poco consciente de las estructuras de poder o de los mecanismos usados para causar los efectos emocionales que la información produce. Así, las barreras se instalan como elementos que *naturalizan* la distorsión que los MASS MEDIA disipan.

No obstante, las personas perciben igualmente que el abandono, la corrupción, la mala política y el desinterés estatal por los dramas sociales, también operan como formas de violencia, por lo que se identifican, para el caso de la investigación, como formas representativas de violencia lineal. Dicha “violencia del olvido” se extiende al plano social y da muestras de su influencia permanente a través de la apatía colectiva ante el que sufre los embates de la guerra, el desinterés generalizado por la historia y la memoria sociopolítica y la creciente impunidad, corrupción y criminalidad política. Dicho sea de paso, las personas opinan sobre el conflicto desde su desconocimiento a profundidad, por lo que se le acercan a través de nociones y noticias modificadas, manipuladas en sus contenidos y construidas-difundidas mediáticamente para su consumo.

La investigación encontró que dicho emergente de relaciones da forma a una distorsión informativa e interpretativa que favorece la polarización y repudio incluso de aquello que más se anhela: la paz y la reconciliación. Las personas conviven en medio de una guerra de la que entienden lo manifiesto, es decir, las muertes, el exterminio, la continuidad de la barbarie, la focalización del poder, la corrupción, entre otros elementos, pero, a la vez, se sienten excluidos de conocerla a profundidad, dado que el miedo a recordar, denunciar

y opinar se ha instalado como emoción primordial al momento de referir la necesidad de cambio del orden político instituido.

Referencias

- Adorno, T., & Horkheimer, M. (1987). *Dialéctica del iluminismo*. Sudamericana.
- Agamben, G. (1998a). ¿Qué es un campo? In *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Pre-textos.
- Agamben, G. (1998b). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos.
- Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*, 26(73), 249–264.
- Andrade, J. A. (2018). ¿Es la violencia lineal? *Linealidades y no-linealidades de la violencia*. Grupo de Investigacion y Editorial Kavilando.
- Andrade, J. A. (2019). Resistencia civil-termodinámica y violencia lineal: una interpretación desde la complejidad (A. Insuasty & E. Borja (eds.)). Grupo de Investigacion y Editorial Kavilando. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/kavilando/20200309052412/0.pdf>
- Andrade, J. A. (2020, April 10). 10 formas de Violencia lineal en Estados decadentes . *Formación, Género y Luchas Populares*. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.11708.80001>
- Andrade, J. A., & Rivera, R. (2019). *La investigación una perspectiva relacional*. Fundación Universitaria del Área Andina.
- Bar-Tal, D. (1996). Societal beliefs in times of intractable conflict: The Israeli case. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 6(3), 65–102.
- Barrera, D., & Villa Gómez, J. D. (2019). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El Agora USB*, 18(2), 459–478. <https://doi.org/https://doi.org/10.21500/16578031.3828>
- Basset, Y. (2018). Keys to the Rejection of the Referendum for Peace in Colombia. *Estudios Políticos (Universidad de Antioquia)*, 52, 241–265. <https://doi.org/http://orcid.org/0000-0002-5732-2567>
Resumen
- Botero, F., García, M., & Wills-Otero, L. (2018). Polarización y posconflicto. Las elecciones nacionales y locales en Colombia, 2014-2017. *Unievrnsidad de los Andes*.
- British Broadcasting Corporation - BBC. (2016, October 3). Las razones por las que el “No” se impuso en el plebiscito en Colombia. *Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37537629>

- Byung-Chul, H. (2016). *Sobre el poder*. Herder.
- Byung-Chul, H. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder.
- Chomsky, N. (1980). *Estructuras Sintacticas*. Siglo XXI.
- Chomsky, N. (2007). *El control de los medios de comunicación*. Washington D. C. (États-Unis). <http://www.voltairenet.org/article145977.html>
- Dawkins, R. (2000). *El gen egoísta*. Salvat editores.
- De Sousa Santos, B. (2006). *Reinventar la democracia. Reinventar el estado*. CLACSO Libros.
- Durkheim, E. (1897). *De la división du travail social*. PUF.
- Foucault, M. (1985). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza editorial.
- Foucault, M. (2003). *Hay Que defender la sociedad*. Ediciones AKAL.
- Henoa, J., & Isaza, C. (2018). *Corrupción en Colombia - Tomo I: Corrupción, Política y Sociedad*. Universidad Externado.
- Joas, H. (2017). *Die Macht des Heiligen: eine Alternative zur Geschichte von der Entzauberung*. Suhrkamp.
- Kant, I. (2002). *Sobre la paz perpetua*. Alianza editorial.
- Lazarsfeld, P., Berelson, B., & Gaudet, H. (1994). *The People's Choice. How the voter makes up his mind in a presidential campaign*. Columbia. University Press.
- Lippmann, W. (2003). *La opinión pública*. Langre.
- Lippmann, W. (2011). *El público fantasma*. Ed. Universidad de Cantabria.
- Moreira, C. (2019). *Tiempos de democracia plebeya. Presente y futuro del progresismo en Uruguay y América Latina*. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Morin, E. (1977). *El método I. La naturaleza de la naturaleza (6ª edición)*. Editorial Cátedra. Colección Teorema Serie mayor.
- Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplina. Manifiesto*. Du Rocher.
- Nussbaum, M. (2006). *El ocultamiento de lo humano: Repugnancia, vergüenza y ley*. Katz Editores.
- Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas: ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Paidós.
- Oliveros, J.F., Correa, C., & Machado, Y. (2021). *¿La imposibilidad de una paz perfecta? Creencias sociales y emociones políticas frente a la paz en la ciudad de Quibdó*. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 248-285). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

- Real Academia Española. (2001). Diccionario de la lengua española [Dictionary of the Spanish Language] - RAE (22nd ed). Author.
- Sartori, G. (2005). Elementos de teoría política. Alianza editorial.
- Sartori, G. (2007). ¿Qué es la democracia? Taurus Ediciones.
- Van Tongeren, L. (2011). Polarización y conflictos en América Latina. Seminario Internacional “Polarización y Conflictos En América Latina. Retos Para La Transformación de Conflictos y La Seguridad Humana,” 76. http://icip.gencat.cat/web/.content/continguts/noticies/2011/juliol11/documents_i_enlla_os/relatoria_seminario_polarizaci_n_y_conflictos_en_america_latina.
- Velásquez Cuartas, N.; Barrera Machado, D. & Villa Gómez, J.D. (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín-Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*, 13(1), 149-174.
- Villa Gómez, J., Quiceno, L., Aguirre, V. & Caucil, E. (2019). El fenómeno de polarización entre ‘Petristas’ y ‘Uribistas’ de la ciudad de Medellín: creencias y emociones movilizadas en los grupos frente al adversario y sus respectivas figuras políticas. *Kavilando*, 11(2): 266-287. Disponible en: <https://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/345>
- Villa Gómez, J.D., Velásquez, N., Barrera, D., & Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 19-50. <https://doi.org/10.21500/16578031.4642>
- Weber, M. (1997). Economía y sociedad. Fondo de cultura económica.
- Weber, M. (2009). La política como vocación. Alianza Editorial.
- Wolf, M. (2000). La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas. Paidós.
- Wolf, M. (2001). Los efectos sociales de los media. Paidós.
- Zuleta, E. (1980). Democracia y Participación en Colombia. *Revista Foro*, 4, 103-107.
- Zuleta, E. (1987). Colombia: Violencia, democracia y derechos humanos. Altamir Ediciones.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 6

Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en el departamento del Quindío

José Alonso Andrade Salazar¹
María Camila Prieto Llanos²
Thalía Ríos Mejía²
Paola Rodríguez García²
Anyela Acevedo Gómez²

Resumen

Esta es una investigación cualitativa abordada desde el modelo relacional-rizomático, a través del cual, se aporta a la comprensión de las barreras psicosociales que se presentan a modo de impedimentos en la construcción conjunta de la paz y la reconciliación. En este sentido, con base en las narrativas de veintiocho personas entrevistadas residentes en el departamento del Quindío, se encontró que las barreras psicosociales determinan en gran medida las acciones, sentidos, actitudes e interpretaciones que influyen las dinámicas colectivas aprobatorias y desaprobatorias en torno al conflicto armado, lo político y los procesos de paz. En el ciudadano de a pie dichas barreras son activamente apuntaladas por los medios de comunicación masivos, de tal manera que no se perciben como impe-

¹ Psicólogo y PhD en Pensamiento Complejo. Posdoctorado (C) En Educación, investigación y complejidad, Escuela Militar de Ingeniería - Bolivia. Docente investigador de la Universidad de San Buenaventura. Grupo: Estudios Clínicos y Sociales en Psicología, USB de Medellín.

² Psicólogas de la Universidad de San Buenaventura, Armenia.

dimentos, por lo que identifican la existencia de obstáculos políticos y sociales para alcanzar la paz, pero no son conscientes de las formas como participan de su apuntalamiento. Las emociones vinculadas a los modos de proceder de los diferentes actores armados y también de los partidos políticos son el odio, la ira, la tristeza y el desagrado, que se acoplan a creencias sólidas respecto a su identidad en términos de corrupción, clientelismo, violencia, inequidad, injusticia, cooptación del poder y polarización. No obstante, los actores armados se tildan específicamente de desalmados, apáticos al dolor ajeno y oportunistas con respecto a la guerra. Las personas perciben que la crisis política y social que vive el país se asienta en las crecientes dificultades para lograr un diálogo concertado entre polos políticos, sociedad e insurgencia.

Palabras clave: barreras psicosociales para la paz, conflicto armado, emociones políticas, violencia lineal.

Introducción

La violencia en Colombia, su permanencia, continuidad y la corrupción e impunidad que rodea su ejercicio, constituyen evidencia real de las dimensiones devastadoras de la guerra en la existencia, creencias, imaginarios y representaciones sociales de las personas. La persistencia de su actividad destructiva expone a un amplio sector poblacional, casi siempre campesinos que habitan en zonas próximas a los lugares de confrontación, a vivenciar diversas situaciones de horror que deterioran sus vínculos sociales, fragmentan sus ideales, destruyen la continuidad de la familia y la comunidad, además de atomizar sus ideologías y limitar toda posibilidad de concertación y diálogo constructivo, puesto que, en dicho contexto, el otro es señalado de enemigo, paria, bandolero, colaborador del bando opuesto, entre otros calificativos. Dicha posición resulta contraproducente y anulativa y se extiende como un sesgo que caracteriza las ejecuciones, masacres y todo acto de maldad en el marco de la guerra que afecta en gran medida a las poblaciones rurales. El vivir directamente esto o ser testigo de dichos eventos genera secuelas

permanentes en la vida de los sobrevivientes (Torres et al., 2010) y los expone a la repetición continuada de su vulnerabilidad biopsicosocial (Molano, 2015). El número elevado de víctimas del conflicto armado en Colombia revela solo una parte de las dimensiones reales de la violencia, por lo que es preciso ir más allá cuando se trata de pensar la guerra, sus causas y consecuencias.

Aproximadamente el 16% de la población en general es víctima de actos de violencia, cifra que va en aumento y en deterioro de su calidad y expectativa de vida (Restrepo, 2016). La guerra no solo viola los derechos humanos sino también el derecho internacional humanitario y expone a las víctimas a la permanencia de sus efectos y nocividad (Centro de Memoria Histórica - CMH, 2014). En Colombia la prolongación del conflicto armado, al igual que el aumento de actos de lesa humanidad y las dificultades estructurales para ofrecer garantías de no-violencia a la sociedad, abre paso a la continuidad de la violencia como parte de las dinámicas sociales que enfrentan al Estado, la sociedad y la insurgencia armada (Kalmanovitz, 2011). A lo que se debe sumar el aumento de la pobreza, miseria y vulnerabilidad de los colectivos sociales menos favorecidos por el estado de derecho, quienes suelen ser los más afectados por la confrontación y la inversión económica que produce la guerra (PNUD, 2003; Portafolio, 2017).

Las secuelas y daños en dichos escenarios se tornan irreparables e inefables en los ámbitos social, físico y psicológico. Esto se evidencia en el aumento de problemas de salud mental en dichas poblaciones y de otros conflictos sociales producto del estrés que ocasiona la violencia, la discriminación social y el abandono de sus lugares de origen, es decir, de su raigambre sociocultural (Bejarano, 2017; Instituto Nacional de Salud & Observatorio Nacional de Salud, 2017). El tema de la salud mental de las víctimas es amplio, pero, en él convergen elementos sociopolíticos y antropológicos, instalados en la base de las relaciones políticas entre colectivos.

Una forma de aproximarse para entender este punto es la idea generalizada en el colectivo de víctimas acerca de la guerra como evento imparables y de la reparación como una condición ilusoria o segmentada en tanto capacidad de acceso y cubrimiento (Villa Gómez, 2016). La noción de condena respecto al conflicto, sentirse

sentenciados a vivir la violencia, y las secuelas físicas y psicológicas que pueden dar forma a la “pena moral” (Andrade, et al., 2019). La territorialización como reocupación territorial de grupos insurgentes y neoparamilitarismo que acosa a las víctimas en nuevos sectores de asentamiento y se ve apuntalado indirectamente por una política de estado de extrema derecha (Fundación Pares, 2019), los conflictos socioambientales que desplazan a las poblaciones de sus territorios (Insuasty, 2013; Londoño et al., 2019). Los daños, dilemas morales irreparables, arraigados en la dinámica violenta y fragmentaria de los vínculos sociales, lo cual revela la grave afectación al clima político, distorsiona el ideal de civilidad y sana convivencia de país cohesionado (Giraldo, 2014; Pécaut, 1987) y la elevada polarización que no solo divide a los partidos políticos sino al país en bandos segmentados, estacionarios y poco dialogantes, entre otros elementos.

Esta situación ubica el conflicto armado colombiano en la categoría de conflicto intratable, en palabras de Bar-Tal (2000). Conviene mencionar que para Bar-Tal los conflictos intratables reúnen las siguientes características: persisten durante un largo periodo de tiempo, las partes se perciben una respecto a la otra como irreconciliables, ciertos estamentos o actores sociales se interesan por perpetuarlo, son violentos, pero, alternan periodos de guerra manifiesta y directa y periodos de guerra latente, refuerzan la idea de que cuando un grupo gana el otro pierde, son totales, en otras palabras, la guerra resulta fundamental para la supervivencia de cada parte, por lo que se les adjudica un lugar central en la vida de los implicados. Para las víctimas, vivir situaciones de violencia a diario y enfrentarlas con sus recursos emocionales, cognitivos, situacionales o materiales, representa un reto que entraña su enorme capacidad de supervivencia y los enfrenta, a menudo, a la impotencia.

Una de las consecuencias de la violencia es la dificultad de respuesta a las crisis y el estrés, especialmente, cuando las vulnerabilidades aumentan a causa del desplazamiento o por el encuentro con nuevas formas de violencia en los espacios y escenarios que habitan. Este panorama es en todo sentido devastador, con el paso del tiempo ha generado en la sociedad no solo la indignación social, sino también emociones y sentimientos de desamparo, apatía, rechazo, cansancio y, en cierta medida, el acostumbramiento a la violencia a modo

de naturalización del conflicto y sus atrocidades, lo cual acerca la guerra a cierto estado de banalidad del mal, tal como se expresa en palabras de Hannah Arendt (1963).

En gran medida, la banalidad implica la difuminación de los sentimientos colectivos de empatía frente a la barbarie que afecta la vida del otro, lo cual, aunque no resulta generalizado en el total de la sociedad, si representa un grave peligro para la restitución social de las víctimas, especialmente cuando esta banalidad se instala como recurso o respuesta general ante la violencia. Esta intrascendencia respecto al dolor del otro, sentida también como un decreto interno de inoperancia ante la corrupción política y pasividad democrática frente a la necesidad de reconstruir el Estado, afecta todas las esferas de la convivencia y deteriora la expresión social de rebeldía ante el abuso de poder. Como consecuencia, en muchas personas y grupos se instala el cansancio, la apatía y la levedad e inconstancia de la lucha social, como reacciones estereotípicas fuertemente apuntaladas por las ideologías y la manipulación emocional-mediática.

En este sentido, se configuran y validan, políticamente hablando, impedimentos, restricciones, acciones represivas, acusaciones, etc., que limitan la capacidad de percepción de las dimensiones reales de la guerra en tanto consecuencias más allá de las cifras e impactos económico-materiales. Así las cosas, las secuelas dejadas por la violencia suelen mantenerse de forma lineal en la estructura psíquica de las víctimas y en el ciudadano de a pie, afectan las relaciones de confianza y seguridad con otros, la percepción del Estado como benefactor, los discursos respecto al conflicto y la violencia y la toma de posición frente al cambio político demandado.

Como consecuencia directa, lo anterior hace que “la violencia sea vista como un fenómeno lineal, que asociado a una memoria terrorífica de actos de lesa humanidad, asume una condición de inevitabilidad, dado los continuos procesos históricos de exclusión social, exterminio, inequidad, abusos, segregación, cooptación del poder e impunidad que lo rodean” (Andrade, 2017a, p. 977). La afectación emocional de sus creencias suele ser tan nociva que no solo conmueve su salud mental y física, sino que también altera su percepción de existencia personal, comunitaria y social, ubicándolos

a menudo, como diría Pécaut (2001), en el no-lugar. La linealidad viene expresada en muchas enunciaciones, no obstante, es posible identificar que la violencia linealizada,

(...) referencia todas aquellas condiciones, acciones y afectaciones que un comportamiento violento presenta en la estructura psíquica y social de una persona grupo o comunidad, teniendo como base la permanencia de dicho estado, la reproducción de estas condiciones de manifestación y también la interiorización de esta condición en los afectados, de modo que algunas personas suelen creer que están condenados a vivir estos tipos de alienación y violencia (Andrade, Alvis, et al., 2019, p. 207).

Estas formas de violencia lineal se hacen presentes en el ámbito sociopolítico, a menudo, como modos legítimos y operantes de gobernabilidad. De allí que la violencia lineal desmigaje paulatinamente el tejido social, el ideal de país y democracia y, a la vez, la vida convivencial de las víctimas, al diezmar sus oportunidades, ocultar la verdad, limitar la justicia y problematizar la reparación al manipular a su antojo la memoria y la restitución y protección de los derechos ciudadanos. Este Estado instala la idea de un estado-violento, que a través de la *violencia de Estado* que tal como lo afirma Weber (1997), se convierte en una herramienta para mantener bajo control una sociedad que opera desde el convencimiento y la anulación de cualquier forma de subversión del sujeto político. Así las cosas, esta violencia linealizada en las ideas, ideologías y cogniciones de las personas, anclada en su historia y cultura como fundamento civilizatorio, es dada a las personas a través de sistemas educativos y proyectos políticos orquestados-preparados para la regulación, la obediencia y la reglamentación, más que para la crítica y la subversión propositiva. El mundo reglamentado da forma a modos de represión ampliamente difundidos a través de complejos dispositivos de control, los cuales se encuentran entramados a las lógicas de poder capilar que caracteriza a los regímenes totalitarios (Foucault, 1978, 1985).

Cabe anotar que el no-lugar sobresalta su capacidad de sentirse acogidos en los escenarios de reasentamiento, puesto que aumenta su vulnerabilidad biopsicosocial y deteriora el tejido vinculante que puede extenderse como medida protectora a las comunidades

receptoras. En consecuencia, desmigaja paulatinamente la percepción de hospitalidad y seguridad que estas comunidades pueden brindar a las personas vulneradas. Estos efectos comunitarios suelen permanecer durante un tiempo prolongado en las personas expuestas a actos de lesa humanidad. Además, cabe mencionar que la violencia en Colombia no es un hecho nuevo, pues ha sido operada de forma sistemática por múltiples actores sociales que, a través del ejercicio bélico, ven en la guerra un negocio lucrativo e inacabado con el que pueden satisfacer sus intereses económicos, políticos y territoriales.

No es un secreto la influencia del narcotráfico y el paramilitarismo en la política colombiana, como tampoco lo es que la corrupción, la desigualdad, la injusticia y la cooptación del poder son elementos comunes del *quehacer* político en Colombia. A lo que hay que adicionar que los medios masivos de comunicación (MASS MEDIA) suelen ser manipulados por grupos políticos con poder económico, que organizan la información para que sea “digerida” de forma masiva por el ciudadano de a pie (Villa Gómez et al., 2020). La segregación de los contenidos, la organización de los mensajes masivos y la planificación de las posibles reacciones emocionales y cognitivas que estos producen, se constituyen, teleológicamente hablando, en elementos operativos para manipular las actitudes, emociones y creencias de la población en general.

Cabe precisar que en la política colombiana el descrédito del otro, exponer públicamente sus debilidades y errores, aminorar la influencia de partidos políticos emergentes, condenar las acciones de rebeldía y resistencia social colectiva como actos de terrorismo y la manipulación mediática, entre otros elementos, constituyen el basamento sobre el que se legitima la violencia de Estado y la represión social a gran escala. En este aspecto, las emociones juegan un papel determinante en la generación de actitudes y creencias con respecto a lo político (Nussbaum, 2014). Son estas las que dan forma, en el marco de lo individual y colectivo, a todos los impedimentos o barreras que limitan la posibilidad de tomar decisiones políticas realistas y claras, sostenidas en la experiencia de cansancio y aversión social ante la arbitrariedad y violencia estatal, es decir, una toma de

decisiones como individuo y sociedad orientada al cambio social y político requerido y anhelado.

Dicho cambio pudo haberse expresado en el *plebiscito por la paz* de 2016 como en la *consulta anticorrupción* de 2018, pero, desafortunadamente, no logró trascender hacia un proyecto político de país, o tal como lo expresa Zemelman (1989), hacia una utopía compartida de cambio y esperanza de transformación colectiva, que fuese capaz de potenciar al sujeto como constructor de su propia historia.

En relación con esto, se encontró que elementos como la identidad, la polarización, las creencias y la relación de todas las anteriores con las emociones, suscitan fracturas importantes en la imposibilidad de diálogo entre la sociedad, sus grupos e instituciones, los partidos políticos y el gobierno. De tal forma que dicho rompimiento afecta la interpretación cotidiana de lo político, aumenta la polarización, difumina la posibilidad de pensar lo público y de apuntalar el empoderamiento social y comunitario, que puede darse a partir de la toma de conciencia frente a la responsabilidad social con la historia y la memoria y también cuando se toma posición colectiva respecto a los abusos y debilidades del Estado.

Grosso modo, cuando se vulnera toda posibilidad de pensar conjuntamente la transformación del país como un hecho posible y alcanzable en el marco de una paz duradera y la reconciliación como proceso. En gran medida, la polarización diezma las identidades colectivas, pero, genera nuevas identificaciones que les permiten a los sujetos situarse en el lugar que la ideología valida. Las barreras psicosociales son el emergente de dicho posicionamiento y como impedimentos se instalan en la semiótica del lenguaje y se convierten en parte de los modos como se responde ante el absurdo. Este trabajo explora dichas dimensiones y les otorga sentido en tanto posibilitan lógicas de censura, pero también se toma en cuenta que, en función del cansancio social, pueden activar otros modos de resistir y defender la memoria y los derechos.

Cabe mencionar que en Colombia el fenómeno de la polarización política afecta gravemente la democracia, al mismo tiempo que debilita la identidad política y el sentido de participación y

empoderamiento de personas grupos y comunidades. En este aspecto, el ciudadano de a pie, es decir, el ciudadano del común (Lippmann, 2011), a menudo pasa por ser un espectador pasivo, ampliamente manipulado por grupos de poder que orquestan el consumo de información mediatizada y manipulada, aspecto que tiene como objetivo suscitar la polémica que no lleva a la discusión conjunta con miras al acuerdo político, sino que enfrasca a las personas en ambivalencias matizadas de emociones aversivas y sesgadas (Villa Gómez et al., 2020).

En dicho escenario, las personas se orientan hacia lo que la mayoría elija, considere u opine y más si la información retrata la polémica extremista entre bueno-malo, héroe o villano, legítimo e insurgente o sacro-profano (Sartori, 2005; Villa Gómez, 2019) no afirmamos que el público lo haga todo por sí mismo y solo. Sabemos muy bien, por tanto, que existen ‘influyentes’ e ‘influenciados’, que los procesos de opinión van desde los primeros a los segundos, y que en el origen de las opiniones difusas están siempre pequeños núcleos de difusores. (... Polarizar implica estar en uno de los extremos y actuar desde ese lugar en función de la ideología que el extremo profesa. No obstante, esto tiene consecuencias en la forma como el ciudadano de a pie entiende las dimensiones de lo político y su responsabilidad con las decisiones que podrían transformar el país. Así las cosas, la vida emocional y las interpretaciones que se hacen de lo político desde el ciudadano de a pie, puede ser manipuladas a través de los medios masivos de comunicación y generar reacciones que favorezcan dichas posiciones extremistas y limitadas (Van Tongeren, 2011; Villa Gómez et al, 2020).

Lo anterior consiste en ampliar la divergencia y disminuir la convergencia entre ideas, reduciendo la posibilidad de encuentro entre los diferentes frentes discursivos, de modo que todas las ideas se desplazan hacia extremos ideológicos inter-excluyentes. En este contexto el pueblo pierde voz, visibilidad, poder e influencia política. En este curso de eventos, la polarización política se convierte en polarización social, barrial, comunitaria, familiar, emocional y personal (Velásquez, Barrera & Villa Gómez, 2020; Avendaño & Villa Gómez, 2021), extendiéndose hacia otros ámbitos de relación social. Lo anterior, linealiza las ideas en extremos equidistantes,

incrementa la confrontación ideológica sin complementariedad y, en ocasiones, hace rivalizar a quienes antes se comunicaban a través de lazos de hermandad. No obstante, las personas y colectivos resisten y, de esta acometida, surgen resistencias y pensamientos divergentes. Dicho de otra forma, aparecen ideas incómodas que se alejan de los extremos y construyen nuevas formas de pensar alejados de las aristas. La influencia de la polarización es evidente en la actitud paradójica de las personas al momento de exigir sus derechos y demandar cambios sociales pertinentes. Tómese como ejemplo los resultados de procesos electorales enmarcados en la elección de líderes claramente cuestionados en la palestra pública, dado sus nexos con narcotraficantes, paramilitares y otras formas de delincuencia.

En este escenario, se produce la legitimidad del corrupto y se amplían las brechas de reconocimiento de lo político como un escenario que podría cambiar la imagen de la política colombiana, determinando a su vez roles polarizados y equidistantes: “bueno-malo, normal-patológico, amigo-enemigo, víctima-victimario, etc.,” con los cuales es difícil, a través de un dispositivo dialógico, reunir lo disociado y encontrar vías emergentes y creativas para el diálogo y la concertación social. Estos eventos constituyen parte de las memorias y creencias instaladas en las narrativas del pasado y del “ahora”, como parte de los repertorios de experiencia con que se da forma a las actitudes e interpretaciones acerca de lo político.

Como consecuencia, las memorias, ideas y cogniciones, además de las representaciones y emociones colectivas, dan forma a la actitud que se tiene con respecto al *quehacer* político, pues algunas de estas pueden favorecer la apatía, la naturalización del conflicto, la deshumanización del dolor y sufrimiento del otro y también la polarización social (Bar-Tal, 2000; Blanco & De la Corte, 2003, Villa Gómez, Quiceno, Aguirre & Caucil, 2019). De este modo, la creciente incomodidad de las personas, con respecto a los procesos políticos y las decisiones inapropiadas en relación con las opciones para la paz y la reconciliación, han motivado en algunos investigadores la idea de que existen barreras psicosociales que impiden que las personas se empoderen de procesos anhelados, justos y necesarios para generar cambios políticos pertinentes.

La motivación de este estudio estriba en ampliar los conocimientos y diálogos académicos respecto a estas barreras y, con esto, comprender su funcionamiento e instalación narrativa en el colectivo social. El concepto de barreras psicosociales para la paz y la reconciliación fue trabajado, en el contexto colombiano, por Barrera & Villa Gómez (2018) y este, al igual que otros trabajos del mismo corte, permiten su construcción conjunta como constructo, por lo que todo aporte a la discusión constituye una novedad *per se*. Esta investigación servirá para conocer las dimensiones emocionales, actitudinales y sociopolíticas que soportan las decisiones en torno a la paz, la violencia, la praxis bélica y sus actores, la memoria y la reconciliación, ofreciendo luces acerca de los modos como el ciudadano de a pie constela su papel en dichos campos actuación e interpretación.

Contexto sociopolítico

Dos momentos clave para Colombia en temas de política, paz, corrupción y reconciliación fueron el Plebiscito por la paz con las FARC de 2016 y la consulta anticorrupción de 2018, escenarios donde se esperaba que la participación social actuara de pivote para apuntalar un cambio sociopolítico demandado y urgente. No obstante, luego de los comicios, ninguno de los dos representó la voluntad y deseo de la mayoría por lograr la paz y mermar la corrupción en el país y, mientras en el primero se impuso el *NO por la paz* con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), bajo las condiciones propuestas por el gobierno saliente de Juan Manuel Santos (British Broadcasting Corporation - BBC, 2016a), en el segundo, ganó el *SI* por las propuestas de control político y social ante la corrupción, votaron más de 11 millones y medio de colombianos, pero, dicho esfuerzo fue insuficiente, esto a pesar de que el SI ganó con 99 % de votos, pero, los votos no fueron los suficientes, pues hicieron falta casi 500.000 votos para que en términos de cantidad de participación ciudadana la propuesta fuese una realidad operante. Empero, este resultado demostró el cansancio con la política actual colombiana y la elevada participación de jóvenes que acudieron a las urnas reveló un nuevo tipo de votante, preocupado por la política actual, decepcionado con el manejo dado a los recursos estatales

y, en gran medida, con elevados índices de desaprobación frente a la gobernanza actual (BBC, 2018). Los resultados del plebiscito demuestran la elevada polarización política y social que vive Colombia, al mismo tiempo que la fuerza mediática que ejercen ciertos partidos políticos por desviar los recursos colectivos para alcanzar una paz estable y duradera (BBC, 2016b; Villa Gómez et al., 2020).

En dicho escenario vale la pena considerar la manipulación de acuerdo con tres dimensiones: manipulación *mediática* “que causa la pauperización de la capacidad crítica de las poblaciones”, manipulación *emocional* que “implica el uso del miedo, la obligación y la culpa para controlar a otros” y manipulación *actitudinal* que “influye en la vida anímica de los sujetos para disponer su comportamiento”. Trilogía desde la cual se puede repensar desde un escenario relacional los modos como las personas eligen y deciden ciertas cosas en el ámbito político, aunque esto pueda ir en contravía de lo que personal y colectivamente se anhela. Este aspecto toca el tema de las emociones políticas y también de los impedimentos que histórica y culturalmente se imponen a los procesos de paz, a la vez que revela la magnitud de la guerra y la violencia en la ecología mental de los colectivos sociales. Para el caso del Quindío en el plebiscito por la paz, 73.393 personas votaron por el SI y 110.708 por el NO. Caso similar sucedió con los dos departamentos del eje cafetero Caldas (SI: 135.540 y NO: 180.366) y Risaralda (SI: 136.208 y NO: 171.230) (Revista Semana, 2016), situación asociada en gran medida a la reificación de la ideología uribista en amplias regiones del eje cafetero.

Conviene señalar que en la consulta anticorrupción las personas votaron especialmente por retirar beneficios carcelarios a los corruptos (Periódico El Tiempo, 2018b) y por la claridad en la forma como se manejan los recursos del Estado. En cuanto umbral de participación, en ciudades como Bogotá y Valle del Cauca se superó el umbral porcentual (33,33%), mientras en Antioquia y Atlántico la votación no superó el 30%, regiones al parecer de amplio corte uribista (Diario La República, 2018). En el eje cafetero, de tradición uribista en cuanto votación por presidencia de la república en 2016, tuvo una participación importante en la consulta anticorrupción (Periódico El Tiempo, 2018a). Así, Caldas,

Quindío y Risaralda superaron el umbral con 33%. El Quindío ocupó el cuarto lugar en pedagogía y divulgación (36%), Armenia con el 48% pasó el umbral de la consulta en el 11° puesto entre las ciudades capitales con mayor participación proporcional. Llama la atención que las personas participaron ampliamente aun cuando en el Eje Cafetero (Caldas, Risaralda y Antioquia) la participación y accesibilidad a “los canales y emisoras comerciales para animar la consulta fue limitado. Asimismo, la financiación para la campaña fue casi cero, hubo precario respaldo de empresarios y no se contó con los recursos para pagar la logística de quienes promovían la Consulta” (Arango, 2018, p. 4).

En los tres departamentos, en segunda vuelta, la campaña de Iván Duque había conseguido las mayorías y es probable, entonces, que un grupo de quienes respaldaron la consulta hayan hecho lo propio con dicha candidatura. Pero también es probable que una porción de ciudadanos que siguen las orientaciones de Uribe se haya abstenido de participar (Arango, 2018, p. 2).

Se trae a colación dicha elección dado que en el Plebiscito, sobre los acuerdos de paz de Colombia, realizado en el año 2016, se presentó una fuerte campaña mediática en contra, encaminada por simpatizantes y por el partido político “Centro democrático”, liderado por el expresidente Álvaro Uribe Vélez, lo cual motivó sesgos e interpretaciones a menudo poco fundamentadas y polarizadas sobre la base de posibles faltas a la moral política por parte de líderes de otros partidos, a lo que se suman acusaciones acerca de la corrupción, señalamientos negativos a la ideología de izquierda, el comparar la crisis social colombiana con la crisis humanitaria venezolana e inferir que se llegaría a este estado, al mismo tiempo que atribuciones al fomento de la homosexualidad, la dificultad o imposibilidad para perdonar los crímenes de lesa humanidad cometidos por las FARC, el cuestionamiento del funcionamiento de la justicia especial para la paz (JEP) en el marco de la justicia transicional y la idea de que los excombatientes tenían beneficios económicos exagerados y que la sociedad debía pagar completamente por su desmovilización.

Estos elementos fueron detonantes de la insatisfacción colectiva y avivaron el conflicto de emociones e ideas que, impulsados por las redes sociales, dieron forma a la negativa generalizada frente al proceso de paz (BBC, 2016b) y, dicho sea de paso, “la victoria del NO se debe al voto de los sectores populares urbanos, periurbanos y de las ciudades intermedias que no se sintieron interpretados por el discurso de la paz y temieron ser olvidados en el contexto del posconflicto” (Basset, 2018, p. 241).

Método

Esta es una investigación cualitativa, con un enfoque hermenéutico, de metodología de rizoma (Andrade & Rivera, 2019), cuyo objetivo es comprender las barreras psicosociales y su contenido emocional subyacente, es decir, los significados y emociones presentes en las narrativas del pasado, las creencias sociales y las emociones políticas, que configuran prácticas sociales, discursos de polarización y construcción social del enemigo, que operan como obstáculos para la construcción de la paz duradera y la reconciliación en Colombia.

El muestreo fue no-aleatorio de tipo intencionado. Se empleó el análisis narrativo para comprender los relatos de 28 ciudadanos de diversos géneros, estratos socioeconómicos, niveles de escolaridad y ocupación, residentes actualmente en los siguientes municipios del departamento del Quindío: Armenia, Calarcá, Circasia, Montenegro y Salento. Las narrativas se organizaron en matrices de acuerdo con las respuestas dadas por cada persona, en función de su opinión creada en torno al conflicto armado, el proceso de paz, el posconflicto, la consulta Anticorrupción, la influencia de los medios de comunicación masiva, y de allí, se buscó reconocer las creencias, actitudes y emociones de las personas en torno a lo político.

En la metodología de rizoma se identificó la raíz principal (conflicto sociopolítico) y de esta la *segmentación*, es decir, las derivaciones relativamente estables del problema, de las cuales emergen nuevas prolongaciones capilares, las cuales se intrincan formando redes de relaciones llamadas *mesetas*. El proceso de buclaje entre las mesetas

lleva el nombre de *mesetización* y en él se constituyen nodos de sentido (*territorios*) respecto a lo investigado. Finalmente, del proceso anterior surgen extensiones y rutas relativamente estables, que posibilitan identificar las trayectorias contextuales del problema. Este proceso lleva el nombre de *desterritorialización*, pues abandonan las mesetas para convertirse en derivas, tendencias, extensiones o proyecciones que suelen permanecer en el tiempo y dar forma a las relaciones de sentido que gravitan en torno al problema. La interpretación de las narrativas se llevó a cabo a través de esta metodología, de tal forma que los resultados se expresan en clave de relaciones a partir de la información derivada de las entrevistas.

Resultados y discusión

Las personas del común o público fantasma, según Lippman (2011), entienden el conflicto armado en Colombia como *guerra interna* inacabable, la cual se ha vivido de forma directa (víctimas de los actos de lesa humanidad) e indirecta (los no-desplazados, que conviven con las múltiples consecuencias de la guerra). Asimismo, identifican la inusual desidia de los diversos actores armados con respecto al fin de la guerra y su desmotivación para alcanzar una paz duradera, pues la preservan y mantienen para obtener beneficios muy particulares del conflicto. Así, fuerzas militares o ejército nacional (FF MM), disidencias de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Ejército de Liberación Nacional (ELN), paramilitares, milicianos, narcotraficantes, bandas criminales y delincuencia organizada, entre otros, pugnan por el poder territorial, dan continuidad a una violencia inacabable, lineal, en la cual los campesinos, mujeres, niñas y niños, resultan ser los más afectados al convertirse en escudos humanos y víctimas adyacentes de la violencia (Pécaut, 1995, 1997). Un ejemplo de esta linealidad de la violencia se encuentra en la misma idea de paz ligada a intereses y corrupción:

Para mí la paz es lo que no ha existido y lo que no va a existir [...] Pienso yo que, como forma de ganar votos, porque uno en campañas que escuchaba vamos a apuntarle a la paz de Colombia vamos a trabajar por la Colombia que tú quieres y que todos

queremos solo en eso influye en hacer publicidad y campaña (E3). La verdad pienso que eso ha sido un perdedera de tiempo y de dinero porque como vemos la guerra no ha cambiado en nada y todo lo que se habló en los acuerdos nada se ha cumplido y simplemente se evidencia la corrupción de un Estado el cual no le importa en lo más mínimo el pueblo colombiano (E17).

Además, señalan que la lucha por los ideales políticos y subversivos, el deseo de poder, y la intención de lucro económico a partir de la guerra, la corrupción y el narcotráfico, han generado escenas de horror y terrorismo en casi todo el territorio colombiano, principalmente en zonas rurales, donde aumentan los actos de lesa humanidad como el asesinato a líderes sociales, las masacres, desapariciones, violaciones, ejecuciones, acosos, silenciamientos, amenazas, reclutamientos y desplazamientos forzados, y en todo sentido, la deshumanización y a veces la naturalización de la brutalidad que caracteriza la guerra:

Se conocieron de masacres de 20 y 50 personas y muchos de niños vieron morir a sus familiares muy allegados, hoy en día son muchachos ya señores. Pero también hicieron daño, mucho daño, y hacen todavía mucho daño (E6). No pues mi primer pensamiento cuando ganó el presidente de este partido fue pensar que íbamos a volver como a un tiempo de guerra [...] Y pues la verdad sí era como ese miedo de que se volviera a masacres y a otros tipos de sufrimiento [...] es inexplicable lo que uno siente al ver que hay personas tan malas y que nos les duele acabar con familias enteras asesinar, violar y que incluso para muchos de ellos es satisfactorio escuchar súplicas, piedad para que por favor no les hagan nada, pero eso siempre ha sido en vano (E1).

Estas ideas revelan la percepción de un conflicto inacabable y, en alguna medida, incomprensible. De modo que, en palabras de Bar-Tal (1996), se torna intratable porque su reproducción lineal y extendida desgasta a las personas y colectivos, generándoles ideas reducidas del contexto político actual y de las dimensiones reales del conflicto armado. En este contexto, las personas se encuentran tan ensimismadas y desgastadas ante la permanencia de la atrocidad, que pueden llegar a banalizar la barbarie como lo señala Arendt

(1963) y lo reafirma Pécaut (1997), al reseñar las graves afectaciones para la convivencia que emergen del paso de la banalización del conflicto armado al terror que este suscita en el ámbito personal y colectivo. Tómese como ejemplo la siguiente opinión: “*La guerra yo creo que perdió la posibilidad de generar sentimientos drásticos, ya no genera ira, no genera rabia, no genera tristeza porque se volvió diaria; porque simplemente la banalizamos, la volvimos común, los medios nos la venden siempre*” (E13). En este sentido, la violencia se linealiza y se torna parte de la cotidianidad. Así, se consume por diversos medios y se tolera como uno de los modos implicados en las relaciones sociopolíticas (Andrade, 2017b, 2018). La idea de conflicto inacabable y cansancio en torno a la reproducción de la violencia y la impunidad es visible a través de las siguientes narrativas:

Yo digo que eso no tiene fin, es muy complicado porque digamos, por ejemplo, digamos acaban con la cabecilla y ahí va a querer venir otro al mando, y otro y otro, y esa es una cadena que nunca acaba [...] No, es que yo digo que la política es lo peor que hay. Para mí, es lo peor que hay [...] Uno como joven que mantiene en redes ve que es posible llegar a un cambio, pero luego ve los resultados de las urnas y ver que no es así, entonces uno siente mucha rabia, indignación, porque en ¿dónde está todo esto que se habla en redes? y a la final no se cumple (E2). No quería escuchar como tantas cosas que podían suceder y cuáles no...Ole no, estas cosas no deberían pasar y al final pasaron, al final fue como que todo esto no sirvió de nada, al parecer al final nada sirvió de nada porque de todos modos iban a hacer lo que querían (E1).

A partir de la memoria de la guerra, los entrevistados que tuvieron experiencias vinculadas al conflicto armado, reconocen eventos de impacto como la masacre de Bojayá, Trujillo, las masacres en Antioquia como en Ituango, en el Golfo de Urabá, en Bolívar y El Salado, eventos que a su juicio reinstalan el terror que aún acompaña los recuerdos y que trae a sus vidas emociones complejas y dolorosas, como el miedo, la tristeza y el enfado-ira, al mismo tiempo que horror, indignación, intranquilidad y expectación negativa, dado que se sienten desprotegidos aun estando en lugares relativamente seguros sin presencia de actores

armados insurgentes, aspecto al que se agrega la indolencia y poca empatía que las personas suelen tener con los hechos³. En general, en todas las personas entrevistadas el recordar estas masacres produce emociones como desprecio, tristeza y desagrado, además de sentimientos de incredulidad y desesperanza ante las políticas de seguridad, las promesas políticas y el *quehacer* de los gobiernos actuales. Ejemplo de esto se expresa en las siguientes narrativas:

Desde todos siento rabia tristeza y mucho desprecio esas personas no se merecen que uno los mire de otra manera la verdad no lo merecen por ningún motivo no hay razón de ser (E6). Pues con mis amigos de la Universidad, en su gran mayoría estaban de acuerdo con el sí, que se dieran los acuerdos, pues también tenían como el sentimiento de tristeza cuando no ganó eso, porque nos hacía pensar que vivíamos en un país guerrillero (E1). Bueno, frente a las FARC, rabia, rabia porque fue una destrucción ya tengo que hablarlo en el tema personal, fue la destrucción de mi proyecto de vida, fue acabar, no solamente con mi proyecto de vida, con el proyecto de vida de una comunidad de 269 familias, que estaban en el sitio donde yo laboraba, pero también de un sin número de jóvenes (E20).

En gran medida el odio, el disgusto, el rechazo y la repulsión, caracterizan los sentimientos dirigidos a los grupos insurgentes o al margen de la ley, principalmente hacia las FARC y el ELN. Estos grupos suelen ser percibidos como insensibles y de poca empatía con el dolor de las víctimas, especialmente las FARC, dado que

³ Dicha apatía es manifiesta en el siguiente relato: "sentí mucha, mucha, pero mucha rabia de ver obviamente las posturas de cada persona, la redes sociales, las posturas de cada persona de pronto más jóvenes, de mediana edad, la de los adultos mayores, a los padres nuestros a la misma familia, la postura de cada uno daba mucha rabia porque uno tenía la esperanza de que la gente votara a favor de la paz, pero no tristemente no fue así, entonces como que es decepcionante ver el pueblo Colombiano lo testarudo, lo terco que puede llegar a ser, o sea como que realmente no piensa lo complejo que era tomar una decisión como esta y el beneficio que se podía presentar no solamente en cuanto a la guerra si no en inversiones, en muchas cosas, pero la gente se dejó llevar más por el rencor, por el remordimiento, supongo, no sé, o por partidos políticos que han afectado mucho a Colombia desde mi punto de vista (E22).

reconocen en estas acciones sanguinarias y de indolencia como asesinar a inocentes, torturarlos, abusos sexuales a mujeres, secuestros, desplazar a millones de familias y usurpar sus tierras (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez et al, 2020), tal como se vio en los capítulos 4 del presente libro y 9, del primero, en ciudadanos de Bucaramanga (Gómez, Bohórquez & Villa Gómez, 2021). Igualmente identifican que algunas personas de los grupos “siguen órdenes”, de esta manera se pueden justificar en parte sus acciones, puesto que fueron reclutados forzadamente y pueden ser considerados también como víctimas del conflicto, por lo que son objeto de lástima y compasión.

Respecto a la idea de tolerar, aceptar y/o entrar en contacto con una persona desmovilizada, los entrevistados manifiestan rechazo, creencias negativas de inseguridad y peligro, además de intolerancia y estigmatización, puesto que, por su pasado, no aportarían a la construcción de una paz legítima. Del mismo modo, el ELN es percibido y conocido como otro de los grupos violentos, aunque la mayoría de entrevistados señalan tener poco conocimiento sobre los ideales y acciones que caracterizan a este grupo, por lo que no se realiza una distinción clara de sus objetivos guerrilleros. Así, suele compararse por contraste con las acciones de las FARC, cuya presencia mediática por los actos de lesa humanidad suele ser mayor, e incluso para algunos la creencia gira en torno a la idea de que se trataría del mismo grupo solo que con un nombre distinto. Tómese como ejemplo las siguientes opiniones:

El ELN es algo similar que las FARC, es lo mismo, sino que con diferente nombre, el Ejército Liberal de Colombia creo, eh... también con sus ideales políticos, eh... además esos son grupos pues que están al margen de la ley y... tienen sus actividades ilícitas, como lo es el narcotráfico, también, entonces pues obviamente son ejércitos que van en contra del gobierno y es lo que ha generado también el conflicto armado (E4). Pues la guerrilla que son como los más conocidos y pues que yo haya escuchado que son asesinos y que han hecho mucho mal a muchas personas en el país (E2). FARC que son una organización con un alto nivel de violencia y asesinatos desde la década de los 70 del país hasta la actualidad y que son como los más comunes y lo que uno más escucha (E6) Para mí que metieran a la cárcel a todos esos bandidos que no han

hecho sino asesinar y todo [...] Porque es que ahorita después de ver todo lo que ellos han hecho durante tantos años en Colombia, entonces ahora los vemos en la Cámara de Representantes, los vemos en el Senado, y ya como candidatos a la presidencia (E8).

Aunque exista una posición que refleje temor y distanciamiento en torno a la idea de compartir espacios o de convivir con personas desmovilizadas, los entrevistados también expresan la posibilidad de que esto cambie a través de comportamientos sanos y de convivencia. Parámetro que señalan como básico para la aceptación en condiciones de igualdad, reconocimiento y aceptación. Con respecto a tener un vecino en condición de desmovilizado las personas opinan:

Pues sinceramente, no lo aceptaría y no [...] desconfianza y pues sencillamente me da rabia, porque a partir de ellos, por culpa de ellos murieron muchas personas conocidas, y que estimábamos y todo... entonces pues, la verdad no... no voy con eso, y sentiría de pronto rabia (E4). Si yo veo que es un desmovilizado, si no lo veo un vecino altanero o que venga aquí a sobrepasarse unas normas de convivencia, o venir de mal vecino o con bullas; sino que lo ve uno como una persona tranquila y amable, lo veo como con esos deseos de cambio y de ser una persona de bien. Pues para mí sería mi vecino, lo trataría de igual manera. Pero si veo que es una persona que sigue siendo de las FARC y que sigue, no sería mi amigo [...] Aquí yo tuve un vecino que tuvimos sospecha de que estaba con los paramilitares, y para mí él nunca fue mi amigo, el saludo de pronto cuando se lo encontraba uno, pero pare de contar, pero para mí él nunca fue mi amigo y nunca tuve eso de sentarme con él a hablar, no, porque no estoy de acuerdo con esas cosas (E2).

Entre las ideas que constelan las nociones y sentidos respecto a los impactos de la guerra en lo que toca a las FARC, el ELN y los Paramilitares, suelen considerarlos como grupos con ideales políticos desdibujados, cuyo interés económico supera la solidez ideológica y a esto se suma que sus vínculos con el narcotráfico aumentan su condición de grupo terrorista y los actos de maldad que a la fecha caracterizan las praxis de las disidencias. Respecto a las Fuerzas Armadas Militares (FF MM), la mayoría los identifica

como “héroes”, lo cual revela el impacto de las campañas mediáticas en dicho campo, a la vez que la polarización entre *amigo vs enemigo* que reaviva y apunta la creencia de que la impunidad, la violencia, la injusticia y la corrupción caracterizan la política y la lucha armada en Colombia.

Para Schmitt (1999), esta configuración “*amigo vs enemigo*” se constituye en condición *sine qua non* de lo político, escenario donde se incuban tensiones, territorialidades, oposiciones, hostilidades y violencia que, de acuerdo con los entrevistados, forma parte de la lógica con que se maneja la política colombiana. En torno a la polarización y sus efectos en los partidos políticos, las comunidades, las familias y las personas comentan:

Después de estos procesos políticos ha habido polarización, o sea nos hemos abierto, la gente o es de este lado o del otro. Para poder tener convivencia en el trabajo, en las unidades educativas, para poder compartir con los semejantes hoy por hoy se llega a sin querer a un acuerdo de que lo que menos se debe tocar es el tema de política [...] Se altera la gente porque estamos polarizados. Sí, hay mucha alteración [...] La misma familia han cogido de burla y jocosidad a las personas que estaban con Duque y no estaban con Santos porque eso hubo una polarización de la comunidad con esto de Santos y lo de Uribe (E6). En los últimos meses desde el cambio de gobierno pues uno evidencia como el constante ataque mediático hacia la contraparte que negoció los acuerdos, entonces esta como siempre ese odio, ese sinsabor, se empieza otra vez a polarizar todo, entonces en los contextos en los que uno se desenvuelve sigue siendo muy polarizado hay partes en las que apoyan y que seguimos con la paz, con lo pactado, pero hay partes que no, hay otros contextos que lo único que piensan es que el Estado debe volverse más fuerte y seguir combatiendo y como negar por así decirlo los beneficios, no beneficios sino como lo que se logró alcanzar con los acuerdos, que era como empezar nuevos procesos y nuevas formas de justicia que es como a los que la gente y a la bancada de derecha es lo que más los inquieta, pensaría yo, seguimos estando polarizados en esa cuestión de los acuerdos y de lo que sigue (E11).

Asimismo, existe una pequeña fracción de personas que señala los falsos positivos (ejecuciones extrajudiciales) y los abusos de miembros de las FF MM como característicos de grupos dentro de los mismos militares, por lo que suelen acreditar sus actos de lesa humanidad como acciones legítimas donde las “bajas” de civiles e inocentes son “justificadas”, pues se encuentran cobijadas por la justicia y la impunidad de las violaciones que cometen, al respecto expresan que el ejército “*tiene el deber de defenderlos pero no tienen responsabilidad de sus actos delictivos*”, refutación vinculada a emociones como el desprecio, el enfado, la tristeza, el disgusto y a sentimientos de desilusión y decepción. Así pues, aunque pocos identifican la corrupción e impunidad en las FF MM, la mayoría conserva la creencia que el Estado opera con base en la corrupción, la violencia y la contradicción, es decir, de acuerdo con lo contrario que profesa: protección, respeto a la vida, búsqueda de equidad, justicia y transparencia:

Yo considero que más daño ha causado el gobierno. Porque en su afán por mitigar el conflicto armado y hacerse mostrar ante organismos internacionales ha hecho cosas como los falsos positivos atentando contra el mismo pueblo colombiano (E5). Pues al gobierno, porque ellos son la rama de todo esto, las raíces son ellos... Porque pues mire lo que usted me cuenta de los falsos positivos, entonces, o sea, es como muy evidente para mí que la mayor y el principal actor de todo esto es el gobierno (E6). Muchas veces cogen otras personas que son como los falsos positivos, donde de pronto a uno lo han puesto a dudar de que de pronto han matado personas también inocentes para decir dimos de baja a un guerrillero o de pronto para dar resultados (E2)

Esta situación es visible en la actividad corrupta de los militares y en la linealidad de una política descompuesta (parapolítica, narcopolítica, carrusel de corrupción, polarización política y cooptación del poder). Para muchos, el abuso de poder es la manifestación de una crisis de seguridad en instituciones como el ejército y la policía, creadas para defender la democracia. Esta crisis tiene como referente la crisis del Estado moderno arraigada en su imposibilidad de responder las exigencias de gobernabilidad, de no conciliar intereses particulares con intereses generales y la no confluencia entre disposi-

ciones personales y expectativas políticas colectivas (Freund, 1982), además de los imaginarios que rodean la *praxis* bélica y que en gran medida ubican al conflicto armado en representaciones colectivas cercanas a la idea de “callejón sin salida” (Blair, 1999; PNUD, 2003). Las personas entienden que existe abuso y corrupción en las fuerzas estatales, ejemplo de esto son las siguientes narrativas:

En un momento uno empieza a ver muchas masacres que han ocurrido acá, y acá han ocurrido demasiadas masacres, y han sido por muchas partes, por grupos armados, por grupos no armados, por grupos paramilitares, por grupos militares, bueno, entre comillas, por personas que han patrocinado eso, o sea, paraco hijueputa, jajaja... pero sí, ha habido muchas partes, lo que te digo, personas que son paramilitares, militares (E1). Pues los militares ehh, tienen, ellos tienen como dos caras. Para mí unos merecen respeto porque tienen unaaa, o sea, tienen una tarea muy difícil en la sociedad, pero los militares que abusan de su poder ellos, no sé, ellos son unas personas... yo creo que eso es, es repugnancia lo que me produce una persona que pueda atacar a un adulto mayor, o que pueda atacar a un mismo ciudadano solo porque tiene un uniforme (E5). Seguramente habrá muchos militares que de pronto... no sé. Pues siempre lo he visto como ese grupo de personas que son del Estado y que han estado para defendernos a nosotros los colombianos, aunque pues se ha dicho también mucho el ejército que muchas veces cogen otras personas que son como los falsos positivos, donde de pronto a uno lo han puesto a dudar de que de pronto han matado personas también inocentes para decir dimos de baja a un guerrillero o de pronto para dar resultados (E2).

Correlativamente, como expresaban los ciudadanos del Valle del Cauca (Quiceno, Ospina & Bernal (2021) y (Díaz-Pérez, et al (2021), se cree de forma general que Estado y Gobierno son los responsables de la miseria del país, dado que sus políticas aumentan la pobreza, corrupción e impunidad, en sectores primordiales como la salud y educación y reproducen así la injusticia y desigualdad social. Explican esto a partir de la preminencia de un poder centralizado, donde el *control político* es mantenido por una serie de familias cuyos miembros son los integrantes del gobierno, favoreciendo así la permanencia de acciones políticas que conducen

a una continua vulneración de derechos. Estos llamados “delfines” o hijos de políticos que heredan el poder tienen influencia en la política colombiana por herencia derivada de sus apellidos y esto trae consigo la reproducción de las mismas condiciones de opresión que caracterizaron a los gobiernos anteriores (Revista Semana, 2013). Se encontró que parte de las representaciones ligadas al surgimiento de movimientos insurgentes se debe en gran medida a la necesidad de ruptura del monopolio político, al respecto se indica:

Existía también el ELN, la FARC en diferentes partes de Colombia... Y todo por la oposición a los gobiernos de Colombia, y por generar un cambio a las clases politiqueras de tradición, hoy en día llamados “Delfines”: que el papá pasaba al hijo o el hijo al nieto (E6). Me parece que independientemente de cómo se den las cosas el ejecutivo es culpable porque se le olvidó que ellos tienen monopolio de la fuerza, y pues no pueden abusarla y en esta guerra no se ha dado sino abusos por parte de los militares; que sea su forma de controlar el conflicto yo no lo creo porque los abusos han sido casi que todos a la población civil (E4).

Las personas reconocen que el conflicto armado ha dejado secuelas de tipo social, comunitario y psicológico-ambiental imborrables e irreparables, por lo que se instala en la memoria colectiva a través de los episodios de horror que caracterizan la guerra y el genocidio. Estas secuelas permanecen en la memoria colectiva a modo de estigma y suelen aumentar la vulnerabilidad de las víctimas (Andrade et al., 2016; Miller & Rasmussen, 2010; Velasquez, 2008), además de deteriorar la percepción que las personas crean en torno a la efectividad de los derechos de verdad, justicia, reparación y garantías de no-repetición de hechos victimizantes (Comisión Colombiana de Juristas - (CCJ), 2007; Oficina del alto comisionado para la paz - OACP, 2018). No obstante, las personas identifican los procesos de negociación como intentos por superar la guerra, que no cristalizan a menudo, por las crecientes exigencias del Estado a los grupos que desean desmovilizarse y también debido a la inflexibilidad de los insurgentes ante dichas prerrogativas.

En este sentido, conviene reconsiderar que el plebiscito por la paz de 2016 marcó el precedente para que la desesperanza con respecto

a la paz se instalara como aliada de la incredulidad y el inconformismo político. Para los participantes “de acuerdo”, el plebiscito por la paz referencia el deseo de grupos políticos por abrir camino a la paz, no obstante, en la polarización que reina en el país. Según la opinión colectiva, no hubo acuerdo y más que esto, la división de poder generó una división social que incluso se extendía a las familias y grupos de personas cercanas al referirse a la necesidad de la paz y la contienda entre “uribistas” (simpatizantes de Álvaro Uribe Vélez y del grupo político Centro democrático) y “Petristas” (simpatizantes de Gustavo Petro fundador del movimiento político Colombia Humana). A esto se anudó, además, la percepción de que los medios de comunicación favorecían los discursos polarizadores generando mayor confusión y distanciamiento ideológico. Los entrevistados refieren efectos emocionales y actitudinales derivados del triunfo del NO por la paz, además de la desinformación:

El día del plebiscito yo estaba en una guerra constante tratando de convencer a mis papas y a mis familiares que votaran por, por el Sí, mmm lo logre con unos, con otros no, y los días posteriores, nooo tirarme a la pena y al luto de haber perdido eso (E2). Posteriores al plebiscito pues hubo mucha tensión porque pues las FARC dijo: no pues ya se dañaron los acuerdos, empezaron incluso amenazas, la gente se sentía tensa. [...] Hubo mucha división en el país, la verdad eso es lo que yo recuerdo más, que hubo mucha división en el país. En las redes sociales eran increíble como todo el mundo decía: ay que los del No son unos estúpidos, que los del Sí no sé qué. O sea, se tiraban mucho los unos con los otros (E5). Lo mismo, desinformación o sea yo creo que tu papá Duque quedó de presidente producto de la misma desinformación que generaron estos partidos con ayuda a los medios de comunicación para decirte a la gente todo lo que no era (E18).

Para algunos “en desacuerdo”, la paz implicaba impunidad frente al accionar de las FARC y la falta de claridad respecto a la actividad de la justicia especial para la paz (JEP), además de constituir el cierre “exitoso” de un gobierno saliente del expresidente Juan Manuel Santos. En general, la creciente polarización política, la manipulación mediática del ciudadano de a pie y la apatía política caracterizaron la derrota tanto del *plebiscito por la paz* como

de la consulta anticorrupción, las cuales aspiraban a convertirse en el motor del cambio sociopolítico demandado por el pueblo colombiano (British Broadcasting Corporation - BBC, 2016a, 2016b, 2018). La manipulación política a través de los medios de comunicación masiva y la notable desinformación al ciudadano de a pie, es lo que las personas reconocen como elemento que da forma a la polarización política, social e ideológica:

Hay que recordar que la campaña política del actual presidente también se basó en mentiras y en falacias. Se mofaban de la actual situación de la que el país vecino Venezuela, entonces hacían creer a las personas de que si votaban por un partido de izquierda entonces nos íbamos a volver comunistas, que Colombia se iba a volver socialista, que entonces las personas que tenían muchas tierras o que tenían muchas propiedades las iban a expropiar [...] Y pues lastimosamente Colombia es un país muy conservador y muy de derecha que no ha querido como dar el paso a nuevos ideales (E1). Había mucho comentario que estaban manipulando a la gente cosas, que yo pienso que es cierta porque tuve una experiencia con algunas personas cercanas a mí que me contaron como fueron al barrio unos barrios deprimidos a decirles que los hijos de ellos si ganaba el SI iban a tener que ir al colegio vestidos de mujeres por la parte sexual que le metieron a eso, y el procurador también ayudo mucho Ordoñez una campaña desinformativa de desinformación le metieron miedo a la gente con lo de del Castro chavismo entonces yo pienso que fueron unas votaciones no muy buenas, no muy transparente no estuvieron bien logradas sino manipuladas y pienso que por eso gano el NO (E19).

En torno a la corrupción priman ideas que referencian el cansancio social respecto a la política colombiana y el deseo de mermar su incidencia, pero, bajo una óptica crítica señalan que quizás fue el objetivo de un grupo minoritario que se centró en los jóvenes como el grupo foco de votación, delegándoles una responsabilidad que no lograron aprovechar. Este desplazamiento de la culpa referencia las dificultades de clarificación sobre los motivos reales de la derrota de la consulta anticorrupción, al mismo tiempo que la manipulación informacional que rodeó el tema. En este sentido, se reconoce la desinformación mediática y el desconocimiento de la historia de

corrupción política del país como parte de las razones para la continuidad de las políticas inequitativas y excluyentes:

Se estrella uno mucho con los jóvenes, hoy en día se dejan guiar mucho por las redes [...] a ellos en los colegios y todo les instruyen colegios, universidades y todos los instruyen con otra metodología, les muestran no más lo bueno no les muestran lo malo. Y yo creo que para uno opinar y hablar tema debe de saber la historia (E6). [En el senado y congreso] la realidad del país va de la mano con la corrupción porque todo se rige por el poder y el tener más desde lo económico y político (E1). [La derrota de la consulta anticorrupción] simplemente se evidencia la corrupción de un Estado el cual no le importa en lo más mínimo el pueblo colombiano (E7). [Los jóvenes] Pues la verdad miramos muchas cosas, pues nosotros teníamos esperanzas en un cambio, teníamos esperanza en que hubiera algo distinto (...) es un problema de poder y no vemos que vaya a haber un cambio ya ha pasado un tiempo y no habido cambio a pesar de que han tratado (E16).

Según su opinión, la falta de votos demostró el poder presente en ciertos conglomerados económicos, en contra de los esfuerzos por la transparencia y las exigencias reales a los políticos colombianos, además de la política centralista, dado que en términos de participación, el Quindío se hizo presente con un número de votos importante por el **SI** a las reformas planteadas (Arango, 2018). En gran medida la consulta se perdió en el centro del país y no en la “periferia”, puesto que los que se han visto históricamente menos favorecidos por los beneficios de un estado social democrático y de derecho en construcción, tienen mayor consciencia de la necesidad de cambio político. Así las cosas, tanto el triunfo del **NO** por la paz y la derrota de la consulta anticorrupción por falta de votos, revelan la potencia restrictiva de los impedimentos o barreras psicosociales para la paz, pues se gatillan a modo de dispositivos de control de la voluntad y se activan en contextos mediatizados por información a menudo polémica o manipulada para generar emociones adversas o contradictorias (González et al., 2015; Salazar, 2009; Villa Gómez et al., 2020). Esta falta de votos se asocia igualmente con resistencias de las personas a creer en los procesos que pueden tener cambios trascendentales en el país, ejemplo de esto se revela a través de la siguiente opinión: “*Pues simplemente todos salimos a votar. Hubo*

mucha gente que no salió, pero para mí es gente que no salió es porque realmente no les interesa lo que pase en Colombia, completamente desentendidos” (E2), al mismo tiempo que en un comentario de apatía y evasión: “yo no vote ni sabía para qué era eso, yo no voto para nada de esas cosas yo lo que escucho, lo dejo ahí y no más yo ya no estoy para esas cosas como de estar metiéndome en la boca del lobo” (E6).

Los y las participantes expresaron sentimientos de desconfianza y de desesperanza, que aumentan la poca credibilidad ante las políticas de Estado. Por ejemplo, creencias de un gobierno corrupto que maniobra *en y a través* de la impunidad beneficiando a delincuentes, aumentando la pobreza y reproduciendo la injusticia. Dicho impedimento constituye una barrera que dificulta la consecución de la paz. Se encontró que la duda y desconfianza fueron ejes transversales frente al Acuerdo de Paz, además de los estigmas y etiquetas sociales. Así, toda persona en desacuerdo se rotuló de “*guerrerrista, violento o inconsciente*”, mientras que aquellos a favor eran “*guerrilleros comunistas, izquierdistas, pacifistas e incluso Chavistas*”. Polarización alimentada por posturas recalitrantes y disyuntivas avivadas por la polémica extrema instalada por los medios de comunicación masiva que, según las personas, actuaban a favor del partido político que lo legitima económicamente, como es el caso de las siguientes opiniones:

Siempre tocaba escuchar como esas opiniones como repitiendo lo que decían las campañas del No: que nos vamos a volver comunistas, que a volvernos castrochavistas, que el socialismo [...] se metieron con género ahí cuando no tenía nada que ver, con la ideología de género, que porque supuestamente se estaba diciendo que en las escuelas se les iba a enseñar a los niños entonces a ser homosexuales o bisexuales [...] si ustedes votan entonces nos vamos a volver guerrilleros, nos vamos a volver comunistas. Hasta se inventaron un nuevo termino el “castrochavismo” que eso en realidad ni siquiera existe (E1). Que si votaban por un partido de izquierda entonces nos íbamos a volver comunistas, que Colombia se iba a volver socialista, que entonces las personas que tenían muchas tierras o que tenían muchas propiedades las iban a expropiar. Y pues lastimosamente Colombia es un país muy

conservador y muy de derecha que no ha querido como dar el paso a nuevos ideales (E11).

Todo esto se extendió a contextos como el familiar y académico, generando roses y “acalamientos”, además de rabia, rechazo, desaprobación e incluso hasta odio ((Cfr. Velásquez et al, 2020; Avendaño & Villa Gómez, 2021). En este sentido, un entrevistado señala: “*un primo que él siempre se ha demostrado ser como seguidor del expresidente Álvaro y de su partido él sí también era de los que promovía esa campaña del NO y esas falacias y esas mentiras*” (E1), y también en otro caso, “*en realidad entonces habían, incluso hasta en la misma familia desacuerdos. (...) Pues nos dejamos influenciar y nos dejamos llevar por eso, entonces pues si hubo como tal, eh... fue un tiempo muy emocional, esas elecciones*” (E4). Para Chomsky (2007), el control ejercido por los medios de comunicación implica el control del miedo y cómo extenderlo en formas tan subjetivas e indirectas que las personas no perciban su nocividad y lo instituyan como una de las pautas de relación propias de las dinámicas políticas y sociales. Así, venden ideas como la democracia, la seguridad o la violencia necesaria y legítima. Las personas se tornan manipulables en la medida que reconocen menos su papel en las transformaciones sociales convirtiéndose en “publico fantasma” (Lippmann, 2011) y delegan el poder de decidir a otros y se les hace creer que se libran de la responsabilidad de asumir las consecuencias de un mal gobierno.

El doble engaño está en instalar la creencia de que es conveniente culpar más a otros que a sí mismos y que otros pueden decidir mejor que ellos lo que ellos deben decidir por sí mismos (Van Tongeren, 2011). En el Quindío, región de amplia historia Uribista, el **No** por la paz salió victorioso (Revista Semana, 2016). Posterior a las votaciones, las personas recrearon la idea de que “la derecha” triunfó sobre “la izquierda” y con esto se salvó al país de volverse “otra Venezuela”. Situación que en realidad revela las dimensiones nocivas de la polarización para el imaginario de cohesión sociedad-Estado. Asimismo, el hecho de que el gobierno colombiano decidiera dar continuidad al Acuerdo de Paz, se interpretó como un acto de *burla* por parte del Estado hacia el pueblo, lo que refieren a través de sentimientos de desilusión y decepción, afectos que persisten

hasta la fecha y que incluso cuestionan la viabilidad y garantías del acuerdo de Paz firmado con las FARC, dado el auge bélico de las disidencias y la fuga de Jesús Santrich e Iván Márquez acusados de acciones ilícitas posteriormente a su desmovilización (RCN Noticias, 2019).

Siento tristeza de la burla que están haciendo con cada uno de nosotros porque no se justifica que el Estado nos tome a las víctimas como parte de una payasada (E1). No va a pasar que simplemente es una forma de seguir robando el país y de burlarse de las personas porque de ahí no va a pasar la guerra siempre seguirá y así ya no se viva como se vivía antes sigue habiendo daño destrucción (E2). Pues, eso es una burla, o sea, yo cuando estábamos en eso, yo sentía que eso fue una burla y eso fue algo para que Santos quedara bien, por ejemplo, lo del premio Nobel y todo eso (E16). Solo una burla para las víctimas y fuera de eso está la entrega de armas de las FARC, que igual siguen violentando a los colombianos, solo que se han cambiado de nombre solo es ver lo que paso en Nariño el año pasado y se supone que estábamos en paz en cesar el fuego (E11).

En el año 2018, los colombianos enfrentaron un proceso electoral, que los participantes señalan haber vivido con cierta *furia y tensión*, pues experimentaron la continuidad de dinámicas extremas entre el **Sí** y el **No** dadas en el plebiscito, polarización representada en los partidos de “izquierda” y “derecha”, incubando y desatando emociones políticas de *ira* por la impunidad y corrupción, *miedo* por la lógica violenta y lineal que han generado los gobiernos en su lucha por el control socio-político y desagrado por la forma en que la corrupción hace parte del quehacer político colombiano, además de sentir miedo e incertidumbre al momento de pensar el futuro económico y sociopolítico del país.

Para Nussbaum (2014), estas emociones son prototípicas de gobiernos sumamente polarizados con una elevada influencia mediática, capaz de manipular la información para generar respuestas emocionales que aumentan el conflicto social y desvían con sofismas de distracción la atención y el empoderamiento que los procesos políticos requieren. En Colombia, el tema de la paz es prioridad social, no obstante, la paz requiere un ambiente político

que la garantice y dé continuidad a los acuerdos que los procesos conllevan y exigen de los diferentes actores sociales (Insuasty & Vallejo, 2012).

Para los y las participantes la paz es un asunto catalogado de complejo, dadas las múltiples condiciones y decisiones implicadas en su obtención. Consideran que la paz es un concepto indeterminado y la catalogan como “*ese algo*” dado en la individualidad y no colectivamente, desde la práctica del respeto, el amor, la comprensión y la aceptación-tolerancia en la convivencia con los otros pero que, a la vez, debe ir de la mano con la *praxis* transparente y equitativa del Estado en cuanto brindar garantías a los ciudadanos sobre su robustez y durabilidad. Sin embargo, la idea de la posibilidad de la paz genera creencias negativas que la vinculan a la desilusión, desesperanza e imposibilidad de alcanzarla (Díaz-Pérez, et al. 2021; Quiceno et al. 2021; Oliveros et al. 2021), que de acuerdo con Muñoz y Molina (2010) referencia una especie de “*paz imperfecta*” la cual se construye con base en experiencias y ambientes donde los conflictos se regulan tranquilamente, es decir, en que los sujetos y colectivos optan por posibilitar el cubrimiento de las necesidades de otros voluntariamente, razón por la cual incluye una zona intermedia donde se entrelazan las ideas de una paz negativa y a la vez positiva (Harto de Vera, 2016). Al respecto las personas señalan algunos aspectos relevantes para que la paz sea un hecho posible:

Paz es poder usted salir a la calle tranquilo, salir con sus hijos a donde quiera que quiera ir, que usted va tranquilo eso es sentir una paz, que usted vaya tranquilo, que usted vea que las calles son tranquilas de andar, pero digamos que usted se va a ir para Ibagué, allí en la línea lo están esperando, si saben que usted tiene algo de dinero, pues te van a coger y te van a llevar [...] Pero yo creo que también la paz es un estado en donde además de tranquilidad debe de haber igualdad social, debe de no haber hambre, porque cuando hay hambre no es posible que haya paz (E5). Con la esperanza de que la generación actual pueda tener como la suficiente capacidad como para aceptar de que la paz es un consenso, de que la paz es algo de lo que aportamos todos y para eso debemos ceder en ciertas cosas (E1). La paz para mí es estar todos en un estado de armonía, halando todo los colombianos para un mismo lado, no

vivir en guerra que no hayan, que no existan grupos que declaren la guerra al estado colombiano y lo estuvimos logrando por un tiempo porque una cosa es la paz y otra la corrupción, cuando estábamos logrando la paz, estábamos derrumbando la corrupción ahora va a ser lo contrario, todos queremos la paz y para mí la paz la debe lograr el Gobierno, cierto deben estar el Gobierno como en cabeza de todos los colombianos (E10).

La paz se vincula a la idea de perdón, situación que según los entrevistados se ha convertido en una obligación, cuando debería ser una elección, pues a la fecha, las personas no se sienten preparadas para perdonar y olvidar. Además, señalan que previo al perdón debe haber una reparación *integral e integrada* a las demandas y necesidades de las víctimas y para esto se requiere de insumos materiales, garantías de seguridad y de no repetición, pero, especialmente de la verdad y la justicia para las víctimas y la sociedad. De allí que perciban la verdad como una deuda con el pueblo, pues solo la veracidad de los hechos puede disminuir el dolor inefable e irreparable que ha causado la guerra en las personas y comunidades. Lo inefable se constituye en lo más difícil de confrontar, puesto que va más allá del relato al instalarse en la dinámica inconsciente que caracteriza el funcionamiento psicológico de las víctimas (Portilla & Correa, 2015). Incluso consideran que el tema del perdón requiere claridad con respecto a los hechos y logran percibir un funcionamiento ineficaz de la Justicia especial para la paz (JEP), al respecto afirman:

Esta parte de la justicia especial para la paz se supone que no ha funcionado mucho, se supone que los guerrilleros tendrían que venir acá además de pedir perdón y contar la verdad, pero pues no se ha visto nada de eso (E3). Les dieron la oportunidad de cambiar y ser personas de bien y para que, si allá están más de la mitad, les dijeron que entregaran las armas y cuales armas, las viejas tal vez entonces no ellos no merecen perdón, para que perdón en personas que quieren seguir en su guachafita ellos no quieren cambiar y dejar esa vida (E2). Después de tantos años ellos haber hecho tanto daño al país, pues sencillamente en un tiempo que quisieron decir que como que ya se querían “desmovilizar supuestamente”, y pedir perdón entonces ya ahí si el Estado les corrió y les dijo “¡ay sí, tomen todo lo que quieran!, y ya vuelvan a la sociedad como si

nada hubieran hecho", cuando en realidad hubo muchas víctimas a raíz y por culpa de ellos (E4).

Así, cuando la reparación se torna comunicable, el conflicto armado se percibe como insuperable e intratable, lo cual da forma al mayor de los impedimentos: la conformación de estructuras mentales capaces de aminorar los alcances reales y manifiestos del conflicto armado colombiano. En general, las personas consideran que existen impedimentos para alcanzar la paz, pero que estos están instalados en las esferas del poder político colombiano, por lo que no reconocen como individuo y sociedad su implicancia en la consolidación y reproducción de dichas barreras. Las barreras psicosociales se alimentan de dichos escenarios, atribuciones e imaginarios, de tal forma que modifican los modos como las personas interpretan y vivencian la realidad sociopolítica.

Conclusiones

Con base en las narrativas de las personas entrevistadas o ciudadanos de a pie residentes en el departamento del Quindío, se comprenden las construcciones de sentido en torno a la guerra, la reconciliación y los procesos de paz. Se encontró que las barreras psicosociales determinan en gran medida las acciones, sentidos, actitudes e interpretaciones, que influyen en las dinámicas colectivas aprobatorias y desaprobatorias en torno a la paz y la reconciliación. En el ciudadano de a pie, dichas barreras no son percibidas como impedimentos, pero tampoco a modo de beneficio, de modo que identifican la existencia de obstáculos políticos y sociales para alcanzar la paz, pero, no son conscientes de las formas como participan de su apuntalamiento.

Las emociones vinculadas a los modos de proceder político son el odio, la ira, la tristeza y el desagrado, mientras que los actores armados se tildan de apáticos al dolor ajeno y oportunistas respecto a la guerra. Asimismo, las creencias en torno a la identidad del gobierno como institución gravitan en términos de corrupción, clientelismo, violencia, inequidad, injusticia, cooptación del poder y polarización, los cuales se asocian a la crisis política y social que

vive el país y las dificultades para un diálogo concertado entre polos políticos (Villa Gómez et al., 2019).

La vida emocional en estos espacios se ve ampliamente alterada por información difusa, polémica, contradictoria, manipulada e incluso irreal, construida para ser consumida por un público que ha aprendido a banalizar la comprensión y reconocimiento de las causas, consecuencias y derivas posibles de la guerra. Lo anterior constituye una barrera o impedimento que linealiza las voluntades, fragmenta las resistencias, difumina la memoria, desvanece la creatividad de la protesta, limita la emergencia de propuestas de cambio social e instala la violencia de Estado o violencia legítima como mediadora indiscutible para defender y ejercer los derechos, la democracia, la seguridad o la continuidad del Estado (Villa Gómez et al, 2020).

Estas barreras constriñen la capacidad de decisión de los colectivos respecto al empoderamiento requerido, obstruyendo la posibilidad individual y colectiva de *hacerse cargo* tanto de su propia historia como de las herramientas para transformar el sistema sociopolítico colombiano. Aquí, los sentimientos y emociones políticas influyen la creación de barreras psicosociales para la paz, que pueden ser pensadas, construidas y reorganizadas de acuerdo con los contextos. Las personas reconocen estas barreras a través de la violencia, impunidad, corrupción, cooptación del poder y negligencia por parte del Estado. De modo que las barreras constituyen una de las formas de manifestación de la violencia lineal. La polarización y manipulación emocional mediática violenta las voluntades e instala ideas lineales que se interiorizan, reproducen y divulgan, lo que genera emociones controversiales y polarizadas en torno a lo político.

El plebiscito por la paz de 2016 evidencia la polarización política en el país manifiesta a través de una notable división social, la cual resultó ser el correlato de las contiendas y particiones que caracterizan el *quehacer* político colombiano. Dicha fragmentación se percibe como fomentada por los medios de comunicación masiva quienes promueven discursos polarizantes que favorecen la confusión y el distanciamiento ideológico en las y los ciudadanos de a pie. Efectivamente, la creciente polarización sociopolítica,

la manipulación mediática y la apatía política de la otra parte de la población (esa mitad que no suele votar, pues en Colombia el abstencionismo ronda el 59%), *explican grosso modo*, la derrota tanto del plebiscito por la paz como de la consulta anticorrupción, lo cual pone en evidencia la potencia restrictiva de los impedimentos o barreras psicosociales para la paz, entendiendo que estas se instauran y gatillan a modo de dispositivo de control.

La polarización política y la manipulación de medios, ante la división social, no solo traen como consecuencia la confusión y distanciamiento ideológico, sino que alimentan posturas recalcitrantes y disyuntivas desde las cuales se estigmatiza y etiqueta al otro y con esto se instala la polaridad amigo vs enemigo como garante de la identidad ideológica y política de los colectivos, engaño del cual las personas no son totalmente conscientes (Villa Gómez, 2019). En el análisis de narrativas respecto al plebiscito y las elecciones presidenciales del 2018 se evidencia una polarización ideológica que es a la vez emocional y actitudinal, pues lleva al ciudadano de a pie a elecciones extremas-dicotómicas como “Sí-No”, “izquierda-derecha”, “legítimo-paria”, márgenes donde se identifica la fuerte influencia mediática que da forma y aumenta los roces y choques entre grupos a través de la desinformación, tergiversación informativa y la persuasión colectiva.

Entre las emociones generadas por los medios de comunicación masiva se encuentran odio, ira, repugnancia, repudio y rechazo al otro señalado de corrupto o ilegítimo. Dicho sea de paso, los imaginarios sociales que se tienen ante los actores armados insurgentes están acompañados también de odio, repudio y rechazo, los cuales van de acuerdo con las creencias hacia los mismos, donde se les considera “enfermos” y poco merecedores del perdón y de ser resocializados. Estas creencias y emociones se entienden como dispositivos mentales y actitudinales instaladas y replicadas a través de complejos procesos de comunicación.

Conviene mencionar que el Acuerdo de Paz entre el Gobierno y las FARC genera, en la mayoría de los ciudadanos, controversia y miedo, creencias y pensamientos de carácter catastrófico ante el destino político del país, además de sentimientos de incertidumbre

y desesperanza ligados a la historia de violencia que caracteriza el conflicto armado. Otra creencia es la autopercepción como “víctimas del gobierno”, es decir, de la violencia que el mismo Estado promulga y legitima a través del totalitarismo, cuya fachada de “democracia participativa y seguridad democrática” esconde en realidad, intereses económicos y políticos que han favorecido históricamente a los mismos conglomerados y partidos.

En este sentido, ideas de engaño estatal, ilegitimidad política, desgobierno y de ficción en torno a la posibilidad de alcanzar la paz y abrir paso a la reconciliación, forman parte de las creencias relacionadas con lo político en el ciudadano de a pie. La pérdida de confianza y esperanza en el gobierno y los partidos políticos, el cansancio que produce pensar en un conflicto de larga data, la desilusión respecto al posconflicto, la incredulidad en relación con el fin de la violencia y la corrupción y en el papel de la sociedad en la construcción colectiva de los procesos de paz y paces, además, de la extensión de los conflictos sociopolíticos a ámbitos y contextos alternos como la familia, el trabajo, las relaciones con otros (Velásquez, et al., 2020), forman parte del cúmulo de situaciones que al reticularse dan forma a las barreras psicosociales para la paz.

La manera como el conflicto se ha presentado en Colombia suscita su percepción, en los y las participantes, como “incomprensible e inacabable” y la naturalización de la brutalidad y la deshumanización que caracteriza a la guerra, la linealización de la violencia que propicia, a la vez, el desgaste y agotamiento individual y colectivo, deja como consecuencia la banalización de la barbarie, al posicionar de modo legítimo la violencia en la cotidianidad de las personas, en las relaciones sociopolíticas y en su vida social. Así, las memorias del pasado están acompañadas de emociones complejas y dolorosas como el terror, el miedo, la ira, la aversión y el desprecio, las cuales acompañan el recuerdo de eventos de gran impacto para las comunidades, además de otros sucesos caracterizados por injusticias, desigualdad, explotación, corrupción, entre otros elementos, que instalan en las personas sensaciones de desprotección y abandono estatal, además del desmigajamiento de la confianza y la esperanza hacia las políticas de gobierno y la praxis de los gobiernos actuales.

Las emociones políticas como la ira, el miedo, la desilusión y apatía que emergen en los ciudadanos de a pie ante la lógica de la violencia, la impunidad y la corrupción, son entendidas como emociones prototípicas de gobiernos totalitaristas y polarizados que cuentan con una elevada influencia mediática, capaz de manipular la información para generar respuestas emocionales que mantienen el conflicto y las dinámicas violentas, lo cual opera como mecanismo de distracción ante la necesidad urgente de empoderamiento político y social de los colectivos.

De la información recogida, a través de las narrativas de las personas entrevistadas, se entiende que las barreras constituyen una construcción histórico-cultural emergente de las dinámicas complejas adscritas a los procesos políticos pero que, en su decurso situacional, han encontrado eco en las aspiraciones de grupos políticos-económicos quienes las alimentan, reproducen y reprograman a través de la polarización, la manipulación informativa y una política centralista enfocada teleológicamente en el control social a gran escala. Esta conclusión, a juicio de escapar al escarnio y la especulación, tiene como finalidad suscitar el debate crítico y la retroalimentación académica, razón por la cual requiere ser mayormente indagada y matizada, en cuyo caso es dable considerarla como aproximación a la comprensión del fenómeno de las barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, un tema altamente necesario que, a la fecha, constituye un punto clave para la comprensión de las dimensiones y sentidos dados a la violencia, el conflicto armado y los procesos de paz.

Referencias

- Andrade, J. A. (2017a). Violencia lineal: manifestaciones sociopolíticas de la violencia lineal a la luz del conflicto y el posconflicto. En *Memorias Encuentro Interinstitucional de Semilleros de Investigación EAM*. Institución Universitaria EAM, Armenia - Quindío - Colombia (EAM, pp. 977-982). https://www.researchgate.net/publication/318859529_Violencia_lineal_manifestaciones_sociopoliticas_de_la_violencia_lineal_a_la_luz_del_conflicto_y_el_posconflicto

- Andrade, J. A. (2017b, June 13). Violencia-lineal y violencia no-lineal. Dos oportunidades de comprensión del fenómeno violento. 3. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.21498.08644>
- Andrade, J. A. (2018). Violencia lineal, violencia no-lineal y resistencia civil: una interpretación desde la complejidad. *Multiversidad Mundo Real Edgar Morin*.
- Andrade, J. A., Acevedo, S., González, D., & Buitrago, L. (2019). Memoria, violencia lineal y pena moral: narrativas de la masacre de Trujillo (A. & B. E. Insuasty (ed.)). Grupo de Investigación y Editorial Kavilando.
- Andrade, J. A., Alvis, L., Redondo, M., Jiménez, L. K., & Rodríguez, L. (2016). Secuelas Psicológicas de la guerra en mujeres forzadas a desplazarse. *Revista Internacional de Psicología*, 15(1), 2–62. <https://doi.org/10.33670/18181023.v15i01.173>
- Andrade, J. A., Alvis, L., Rodríguez, L., Leguizamo, D., Daza, M., & Pérez, E. (2019). Mujeres desplazadas, guerra y violencia de género como violencia lineal. In *Investigación en ciencias sociales ensayos y resultados* (pp. 205–236). Universidad del Quindío.
- Andrade, J. A., & Rivera, R. (2019). La investigación una perspectiva relacional. *Fundación Universitaria del Área Andina*.
- Arango, O. (2018, Agosto). El eje cafetero le cumplió a Colombia en la consulta popular anticorrupción. *Revista Sur*, 11. <https://www.sur.org.co/el-eje-cafetero-le-cumplio-a-colombia-en-la-consulta-popular-anticorrupcion/>
- Arendt, H. (1963). *Eichman in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*. The Viking Press.
- Avendaño, M. & Villa Gómez, J.D. (2021). Polarización Política y Relaciones Familiares: Prácticas relacionales y mecanismos de configuración de la postura política como barreras psicosociales para la democracia y la paz en Medellín. *El Agora USB*, 21(1): 34 - 60. Doi: 10.21500/16578031.5472
- Bar-Tal, D. (1996). Societal beliefs in times of intractable conflict: The Israeli case. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 6(3), 65–102.
- Bar-Tal, D. (2000). *Shared belief in a society*. Social Psychological Analysis. Sage Publications.
- Barrera, D., & Villa Gómez, J.D. (2019). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El Agora USB*, 18(2), 459–478. <https://doi.org/https://doi.org/10.21500/16578031.3828>

- Basset, Y. (2018). Keys to the Rejection of the Referendum for Peace in Colombia. *Estudios Políticos (Universidad de Antioquia)*, 52, 241–265.
- Bejarano, D. (2017). Análisis de la Política Pública en Salud para la población en situación de desplazamiento víctima del conflicto armado asentada en Bogotá, D.C. 2011-2015. Un acercamiento desde los discursos del enfoque diferencial. Universidad Nacional de Colombia.
- Blair, E. (1999). Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios. CINER, Instituto de Estudios Políticos, IEP, Universidad de Antioquia.
- Blanco, A., & De la Corte, L. (2003). Psicología social de la violencia: introducción a la perspectiva de Ignacio Martín Baró. In *Poder, ideología y violencia* (pp. 9-62). Trotta.
- Botero, F., García, M., & Wills-Otero, L. (2018). Polarización y posconflicto. Las elecciones nacionales y locales en Colombia, 2014-2017. Unievrnsidad de los Andes.
- British Broadcasting Corporation - BBC. (2016a, October 2). Colombia: ganó el “No” en el plebiscito por los acuerdos de paz con las FARC. *Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37537187>
- British Broadcasting Corporation - BBC. (2016b, October 3). Las razones por las que el “No” se impuso en el plebiscito en Colombia. *Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37537629>
- British Broadcasting Corporation - BBC. (2018, Agosto 27). El referendo contra la corrupción en Colombia queda invalidado tras no atraer a suficientes votantes. *Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-45317930>
- Centro de Memoria Histórica - CMH. (2014). Archivos de graves violaciones a los DDHH. Infracciones al DIH Memoria Histórica y conflicto. Elementos para una política pública. CMH. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/Archivos-de-graves-violaciones-a-los-DDHH.-Infracciones-al-DIH-Memoria-Histórica-y-conflicto.pdf>
- Chomsky, N. (2007). El control de los medios de comunicación. Washington D. C. (États-Unis). <http://www.voltairenet.org/article145977.html>
- Comisión Colombiana de Juristas - (CCJ). (2007). Verdad, justicia y reparación Algunas preguntas y respuesta. Opciones Gráficas Editores Ltda.

- Diario La República. (2018, agosto 27). Así votaron los principales territorios del país a la Consulta Anticorrupción. Economía. <https://www.larepublica.co/economia/asi-votaron-los-principales-territorios-del-pais-a-la-consulta-anticorrupcion-2763922>
- Foucault, M. (1978). Curso del 7 de enero de 1976, en *Microfísica del poder*. La Piqueta.
- Foucault, M. (1985). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza editorial.
- Freund, J. (1982). *La crisis del Estado y otros estudios*. Cuadernos de ciencia política. Universidad de Chile, Instituto de Ciencia Política.
- Fundación Pares. (2019). #Arieexplica El origen del paramilitarismo Colombia. youtube. https://www.youtube.com/watch?v=AY0MyHM_YgI
- Giraldo, J. (2014). *Política y guerra sin compasión*. Universidad de Antioquia. <http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/mesadeconversaciones/PDF/politica-y-guerra-sin-compasion-1447166720-1460380261.pdf>
- Gómez, D.C., Bohórquez, L., & Villa Gómez, J.D. (2021). Entre la ley del talión y la coexistencia armónica. Creencias sociales sobre justicia, reconciliación y reintegración en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 323-364). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- González, G., Rincón, C., & León, R. (2015). Incidencia de los medios de comunicación y las percepciones de violencia escolar. *Revista Virtual Universidad Católica Del Norte*, 46, 71–88. <http://revistavirtual.ucn.edu.co/index.php/RevistaUCN/article/viewFile/700/1227>
- Harto de Vera, F. (2016). La construcción del concepto de paz: paz negativa, paz positiva y paz imperfecta. *Cuadernos de Estrategia*, 183, 119–146. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5832796.pdf>
- Instituto Nacional de Salud & Observatorio Nacional de Salud. (2017). *Consecuencias del Conflicto Armado en Salud en Colombia; Noveno Informe Técnico*.
- Insuasty, A. (2013). *La Nueva Era “Bio”: Consideraciones Políticas, Éticas y Filosóficas Una reflexión para el porvenir*. Grupo de Investigación y Editorial Kavilando.

- Insuasty, A., & Vallejo, Y. (2012). ¿Crear ambiente para la Paz? *Kavilando*, 4(1), 11–18. https://www.academia.edu/28990795/_CREAR_AMBIENTE_PARA_LA_PAZ
- Kalmanovitz, S. (2011). El impacto económico del conflicto interno colombiano y un escenario de paz. INDEPAZ.
- Lippmann, W. (2011). El público fantasma. Ed. Universidad de Cantabria.
- Londoño, D., Mesa, N., & Insuasty, A. (2019). Conflictos socioambientales, alternativas al desarrollo y nuevos sujetos políticos. *Revista Kavilando*, 11(1), 9–16. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.35712.79363>
- López, D. (2017). De la naturalización de la violencia a la banalidad del mal. *Ratio Juris*, 12(24), 111–126. <https://doi.org/10.24142/raju.v12n24a5>
- Miller, K., & Rasmussen, A. (2010). War exposure, daily stressors, and mental health in conflict and post-conflict settings: Bridging the divide between trauma-focused and psychosocial frameworks. *Social Science and Medicine*, 70(1), 7–16. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2009.09.029>.
- Molano, A. (2015). Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010). *Contribución Al Entendimiento Del Conflicto Armado En Colombia. Comisión Del Conflicto y Sus Víctimas*, 58.
- Muñoz, F., & Molina, B. (2010). *Pax Orbis. Complejidad y conflictividad de la paz*. Editorial Universidad de Granada.
- Nussbaum, M. (2014). Emociones políticas: ¿Por qué el amor es importante para la justicia? Paidós.
- Oficina del alto comisionado para la paz - OACP. (2018). P&R: Sistema integral de Verdad, Justicia, Reparación y no Repetición. OACP. <http://www.altocomisionadopalapaz.gov.co/procesos-y-conversaciones/proceso-de-paz-con-las-farc-ep/Paginas/PR-Sistema-integral-de-Verdad-Justicia-Reparacion-y-no-Repeticion.aspx>
- Oliveros, J.F., Correa, C., & Machado, Y. (2021). ¿La imposibilidad de una paz perfecta? Creencias sociales y emociones políticas frente a la paz en la ciudad de Quibdó. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno. *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación* (pp. 248 - 285). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Pécaut, D. (1987, September 11). Daniel Pécaut “el clima político puede deteriorarse aún más. *Revista Semana*. <http://www.semana.com/nacion/articulo/daniel-pecaut-el-clima-politico-puede-deteriorarse-aun-mas/9544-3>

- Pécaut, D. (1995). De las violencias a la violencia. In G. Sánchez & R. Peñaranda (Eds.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (pp. 262–273). IEPRI-CEREC.
- Pécaut, D. (1997). *De la violencia banalizada al terror* (Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) (ed.); *Controvers*). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Pécaut, D. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Planeta.
- Periódico El Tiempo. (2018a, June 17). En el centro, eje cafetero y oriente se impuso Iván Duque. Elecciones-Colombia-2018. <https://www.eltiempo.com/elecciones-colombia-2018/presidenciales/los-lugares-de-colombia-en-donde-gano-ivan-duque-las-elecciones-231790>
- Periódico El Tiempo. (2018b, agosto 27). Se cae la consulta anticorrupción: reviva los resultados. Partidos-Políticos. <https://www.eltiempo.com/politica/partidos-politicos/resultados-de-la-consulta-anticorrupcion-de-2018-en-colombia-260372>
- PNUD. (2003). *El Conflicto, Callejón Con Salida*.
- Portafolio. (2017, April 9). 8.376.463: las víctimas del conflicto armado en Colombia. Gobierno, 20. <https://www.portafolio.co/economia/gobierno/el-numero-de-victimas-del-conflicto-armado-en-colombia-504833>
- Portilla, A. C., & Correa, C. (2015). La reparación de las víctimas en Colombia, una promesa parcialmente cumplida. Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ). <https://www.ictj.org/es/news/estudio-reparacion-individual-victimas-colombia>
- Quiceno, L.M., Ospina, J., & Bernal, E.G. (2021). Barreras psicosociales para la paz. Una lectura desde las creencias sociales sobre el conflicto y lapaz en Palmira (Valle del Cauca). En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación* (pp. 182-215). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- RCN Noticias. (2019, February 5). Unos 2 mil 700 hombres integran las disidencias de las Farc. RCN Radio. <https://www.rcnradio.com/colombia/unos-2-mil-700-hombres-integran-las-disidencias-de-las-farc>
- Restrepo, M. (2016, octubre 13). El 16% de la población es víctima. Conflicto Social y Paz. <https://kavilando.org/index.php/2013-10-13-19-52-10/conflicto-social-y-paz/4451-el-16-de-la-poblacion-es-victima>

- Revista Semana. (2013, octubre 26). ¡Todo un acuario de hijos de políticos! Nación. <https://www.semana.com/nacion/articulo/delfines-politica-colombia/362553-3/>
- Revista Semana. (2016, octubre 3). Vea los resultados del plebiscito por regiones. Mapa d Eresultados. <https://especiales.semana.com/mapa-resultados-plebiscito-por-departamentos/>
- Salazar, R. (2009). La nueva estrategia de control social. Miedo en los medios y terror en los espacios emergentes. *Quórum Académico*, 6(2), 105-123. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199018370007>
- Sartori, G. (2005). Elementos de teoría política. Alianza editorial.
- Schmitt, C. (1999). El concepto de lo político. Alianza Editorial.
- Torres, Y., Barreño, J., Berbesé, D., & Sierra, G. M. (2010). Indicadores de trastornos de salud mental en población desplazada. Universidad CES. <http://www.mhinnovation.net/sites/default/files/downloads/innovation/research/Indicadores Tx de salud mental en población desplazada Colombia.pdf>
- Van Tongeren, L. (2011). Polarización y conflictos en América Latina. Seminario Internacional “Polarización y Conflictos En América Latina. Retos Para La Transformación de Conflictos y La Seguridad Humana,” 76. http://icip.gencat.cat/web/.content/continguts/noticies/2011/juliol11/documents_i_enlla_os/relatoria_seminario_polarizaci_n_y_conflictos_en_america_latina.pdf
- Velasquez, J. F. (2008). Conflicto armado: memoria, trauma y subjetividad (L. Carreta Editores (ed.)).
- Velásquez, N.; Barrera, D. & Villa Gómez, J.D. (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín-Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*. 13(1), pp. 149-174.
- Villa, Gómez J.D. (2016). Intervenciones psicosociales en el marco de acciones de reparación a víctimas del conflicto armado colombiano. *ECA- Estudios Centroamericanos*, 71(774), 81-85.
- Villa Gómez, J.D. & Quiceno (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona, y F. Moreno, (ED.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365 – 387). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Villa, J.D., Quiceno, L., Aguirre, V., & Caucil, E. (2019). El fenómeno de polarización entre ‘Petristas’ y ‘Uribistas’ de la ciudad de Medellín:

creencias y emociones movilizadas en los grupos frente al adversario y sus respectivas figuras políticas. *Kavilando*, 11(2), 266-287.

Villa Gómez, J.D., Velásquez, N., Barrera, D., & Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 19-50. <https://doi.org/10.21500/16578031.4642>

Weber, M. (1997). *Economía y sociedad*. Fondo de cultura económica.

Zemelman, H. (1989). *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*. Siglo XXI editores.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 7

Polarización, creencias sociales y orientaciones emocionales movilizadas en facciones políticas: “petristas” y “uribistas” del área metropolitana del Valle de Aburrá¹

Valentina Aguirre²

Edward Caucil²

Juan David Villa Gómez³

Resumen

El presente capítulo plantea un estudio sobre la polarización, considerando que las visiones frente al conflicto armado, y la resolución política y negociada del mismo, configuran creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas, que pueden terminar dividiendo la sociedad entre grupos opuestos que se excluyen mutuamente y son incapaces de ver los elementos positivos, constructivos y humanos del lado contrario. Por esta razón, el objetivo es comprender cómo se da este fenómeno de polarización entre segui-

¹ El presente texto es derivado de la macro-investigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia” y fue la base del trabajo de grado de los dos coautores, psicólogos recién egresados.

² Psicólogos egresados, pertenecientes al Semillero Interacciones de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana, Grupo de Investigación en Psicología – GIP (valentina.aguirre@upb.edu.co; edward.caucil@upb.edu.co).

³ Docente Investigador Facultad de Psicología, Escuela de Ciencias Sociales, Universidad Pontificia Bolivariana. Grupo de Investigación en Psicología (GIP): Sujeto, sociedad y trabajo. juan.villag@upb.edu.co; <http://orcid.org/0000-0002-9715-5281>

dores de dos figuras políticas de actualidad, adscritas a miradas de izquierda y derecha: “petristas” y “uribistas”⁴ en el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, para identificar qué creencias y emociones se movilizan en estos grupos sociales frente al adversario político y frente a la figura propia. El método investigativo es cualitativo, con análisis de contenido desde el enfoque hermenéutico, a partir de un instrumento aplicado a 150 participantes, donde se leían discursos trocados de ambos actores políticos y se preguntaba por su acuerdo o desacuerdo, las razones para esto y las emociones que se suscitaban al leerlos. Se identificaron orientaciones emocionales colectivas de rechazo, desconfianza y animadversión en relación con el discurso del líder político contrario, esgrimiendo razones que estaban fundamentadas en creencias de devaluación reactiva y deslegitimación del otro, considerándolo negativo, peligroso y causante de muchos males en el país, simplemente como reacción a la figura política, sin realizar una lectura del contenido de su discurso y propuestas. Todo esto evidencia la forma como la polarización reduce espacios de diálogo, conversación, discusión y debate, constituyéndose en barrera psicosocial para la construcción de la paz, la reconciliación y la democracia en Colombia.

Palabras clave: polarización, barreras psicosociales para la paz, conflicto, devaluación reactiva, creencias sociales, orientaciones emocionales colectivas.

⁴ “Petrista” o “Uribista” son los apelativos con los que comúnmente se les conoce a los seguidores de Gustavo Petro o Álvaro Uribe.

Introducción

Este capítulo emerge de un ejercicio investigativo realizado en el marco del semillero Interacciones⁵ del Grupo de investigación en psicología (GIP): sujeto, trabajo y sociedad, de la Universidad Pontificia Bolivariana, y en el marco de la macroinvestigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”. En este proceso surgió la pregunta por la polarización, ya que era tema de discusión en los medios de comunicación y en algunos espacios académicos. Específicamente en la ciudad de Medellín y su área metropolitana, fuimos profundizando esta pregunta, en familias y en la sociedad en general (Avendaño & Villa Gómez, 2021; Velásquez, Barrera & Villa Gómez, 2020; Villa Gómez, Quiceno, Aguirre & Caucil, 2020), en relación con el plebiscito por la paz del año 2016 y las elecciones presidenciales del 2018.

Un primer análisis, de tipo cuantitativo descriptivo, fue publicado en la revista *Kavilando*, 11 (2) (Villa Gómez, Quiceno, Aguirre & Caucil, 2020). Desarrollamos un instrumento que recogía discursos sobre la paz de dos actores políticos claves para ese contexto (Álvaro Uribe Vélez y Gustavo Petro), y los trocamos, con el objetivo de analizar si el acuerdo o el desacuerdo con los mismos, las razones esgrimidas para su asentimiento y las orientaciones emocionales, estaban relacionados con su contenido o con la devaluación reactiva y la deslegitimación del adversario, siguiendo metodológicamente una investigación previa de Maoz, Ward, Katz & Lee Ross (2002) que presentaba tres estudios,

a través de los cuales se evidenciaba la manera como los israelíes devaluaban las propuestas que venían de operadores políticos palestinos y viceversa; de tal manera que cada grupo se identificaba con las propuestas de sus propios líderes y rechazaba

⁵ Agradecemos a los estudiantes que participaron a lo largo de este proceso: María Camila Agudelo, Susana Hoyos, Cristian Evelio Buitrago, Valentina Castro, Efraín Pérez, Sofía Jaramillo, María José Arteaga, Juan David Montoya, Santiago Rodas, Santiago Restrepo, María del Mar Rivas, Sofía Lopera, Daniela Bedoya, Deisy Gómez, Manuela Avendaño, Valentina Aguirre y Edward Caucil, los dos últimos, coautores de este texto.

las del adversario. Ahora bien, los hallazgos fueron aún más contundentes cuando se trocaron los discursos y se les presentó a los participantes el discurso de un palestino, como si fuera un judío y viceversa. Frente a esta situación, la mayoría de los y las participantes mantuvieron sus posiciones de aceptación frente al discurso de quien creían hacía parte de su propio grupo, sin reparar en el contenido de la propuesta, ni reconocer que los discursos se habían trocado y pertenecían al líder político del grupo contrario. La aceptación se hacía de manera acrítica y basada en la pertenencia al propio grupo, mientras el rechazo se realizaba sin un proceso de análisis, simplemente basado en la reactividad generada al saber que era un discurso del que se consideraba el "adversario". Este fenómeno es lo que se conoce como 'Devaluación reactiva' que se desarrolla en contextos de polarización social y política y en el marco de conflictos armados, especialmente aquellos de larga duración, en los que se va desarrollando una infraestructura sociopsicológica (creencias sociales, narrativas del pasado de la memoria colectiva y orientaciones emocionales colectivas) que se convierte en barrera para la construcción de la paz y la reconciliación (Villa Gómez et al., 2020, p. 267).

Puede afirmarse que Colombia, como nación, ha experimentado una fragmentación histórica que ha dividido al país en diversos momentos. La noción de polarización se ha generalizado en el contexto actual, tanto en medios de comunicación, como en la academia. Una primera definición nos permite afirmar que es un "fenómeno por el cual la opinión de una persona se va haciendo más extrema, en la medida en que sus oponentes sustentan puntos de vista contrarios. Esto se ve reforzado con la tendencia a interpretar selectivamente las evidencias, de manera que fortalezcan las creencias propias" (El Tiempo, 2019).

En un plano académico, Martín-Baro (1989) la definía como aquel proceso psicosocial por el cual las posturas ante un determinado problema tienden a reducirse cada vez más a dos esquemas opuestos y excluyentes en un determinado ámbito social. Otros estudios, desde la teoría de la identidad y la categorización social (Torres-Marín, et al, 2017), encontraron que la radicalización ideológico-política es un elemento inherente a la polarización, que desemboca en procesos de des-

legitimación y deshumanización que utiliza un endogrupo para validar su posición (Barreto & Borja, 2007; Trujillo, 2009, citado en Torres-Marín, et al, 2017), que se relaciona con el impacto de los medios de comunicación que agudizan la ruptura social (García-Gaudilla, 2003; cfr. Capítulos 5 y 6 del presente texto).

Cuando se ha vivido un conflicto armado por tantos años, como en el caso colombiano, el impacto no solo afecta a las víctimas, sino también al resto de la sociedad, desarrollándose lo que Martín-Baró (1990) denomina 'trauma psicosocial'. Más allá de la mirada centrada en el daño y la afectación psicológica individual, manifestada en trastornos de diverso tipo, puede comprenderse este trauma como una huella sociohistórica, cuyas consecuencias afectan tanto a los sujetos particulares, con desatención selectiva, aferramiento a prejuicios y deshumanización, como a la colectividad en general, emergiendo rigidez ideológica, institucionalización de la mentira, polarización, militarización de la vida cotidiana y legitimación de la violencia generalizada como forma de resolver los conflictos. Lo cual también se expresa individual y colectivamente con orientaciones emocionales de odio, deseo de venganza y defensa paranoide (Samayoa, 1990).

Incluso pueden cristalizarse manifestaciones identitarias aglomeradas en bandos irreconciliables que pueden llegar a naturalizar la violencia en las relaciones cotidianas, en las formas de pensar, sentir y actuar, configurando una subjetividad particular que se puede considerar problemática cuando hablamos de paz y reconciliación (Villa Gómez, et al, 2019). Así, se fractura la confianza básica que sostiene el tejido social y se produce un efecto paranoide en la que los otros, con posiciones diferentes, se convierten en adversarios, que además son deslegitimados, devaluados en sus puntos de vista, y en muchos casos, deshumanizados (Martín-Baró, 1990), lo que en muchos casos termina legitimando la violencia contra estos.

En la interacción social se va operando una lógica endogrupo vs. exogrupo, como lo expone Tajfel (1984): entendiendo que la división entre grupos en una sociedad determinada permite configurar marcos cognitivos que proporcionan sentido y significado para los sujetos que hacen parte, logrando que pueda ser reconocido y distinguido en ese espacio social, lo que les ofrece sentido de pertenencia.

cia e identidad. Es un proceso de unificación de objetos y acontecimientos sociales donde lo que el grupo presenta como sus normas, valores, propósitos, etc., resultan equivalentes respecto de las acciones, intenciones y sistema de creencias del individuo, el proceso de categorización social. Así, se asignan valencias positivas de valor y categorización al grupo perteneciente (endogrupo) y negativas y excluyentes al grupo ajeno (exogrupo):

surge entonces una identidad social y esta es entendida como aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (o grupos) social junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia; la cual va a estar ligada por la satisfacción del individuo dentro de ese espacio grupal; si esto no ocurre, el individuo tenderá a abandonarlo. Es así como esta categoría social va a crear y definir el rol del sujeto en la sociedad y el colectivo responde a su autoimagen (Tajfel, 1984, p.292).

Así, pueden emerger en un contexto como el colombiano, categorías como “uribistas” y “petristas”, ya sea porque se reconocen a sí mismos en este grupo de pertenencia o porque son leídos por el resto de los ciudadanos como miembros de esta categoría. Ningún grupo vive aislado, por lo que la comparación con otros es inevitable. Ahora bien, el hecho de que las representaciones frente a un fenómeno sean distintas no implica que, por consiguiente, se genere un proceso de polarización, radicalización y exclusión del otro. Deben darse otras condiciones: una elaboración ideológica, una lectura persecutoria del otro, una perspectiva de suma cero, donde el triunfo del otro significa la propia derrota y se exige a los participantes una lealtad que les impide valorar el punto de vista del adversario (Martín Baró, 1983, 1989).

Es decir, la polarización se da en sociedades divididas, cuyos grupos escindidos de un todo social cuentan con intereses particulares que son posteriormente ideologizados, que entran en confrontación, disputan el poder, pero, que también pueden acudir a mecanismos de discriminación, exclusión o eliminación del adversario. En términos de nuestro contexto, podemos identificar dos elementos:

1. Un conflicto armado de más de 7 décadas de duración que genera que los grupos que se sienten afectados por uno y otro bando se dividan y polaricen, con la incapacidad de valorar el punto de vista contrario. En este caso, los "uribistas" y "petristas" parecen presentar formas mutuamente excluyentes de analizar la realidad nacional, el conflicto, la paz y otros problemas del país, con lo que pareciera renovarse una lógica que ha sufrido Colombia a lo largo de su historia, marcada por ideas políticas opuestas e innegociables de suma cero que pueden conducir a diversas formas de violencia (Pécaut, 2003).
2. Esta polarización se exacerbó durante las elecciones presidenciales de 2018 donde Gustavo Petro se enfrentó en la segunda vuelta con Iván Duque, candidato del partido Centro democrático orientado por Álvaro Uribe. Estas campañas se caracterizaron por la deslegitimación de las nociones de izquierda y derecha, según cada candidato.

Todo lo anterior ha redundado en lo que Bar-Tal (1998, 2010, 2013) denominó Barreras psicosociales para la construcción de la paz, definidas por el autor como:

Conjunto de creencias, actitudes, emociones, valores, motivaciones, normas y prácticas funcionales que otorgan un sentido a la situación de conflicto, justifican el comportamiento de la sociedad facilitan la movilización para participar en el conflicto, posibilitan el mantenimiento de una identidad social y una autoimagen del colectivo positivas (Bar-Tal, 2007, p. 18).

En términos del autor, estas barreras son el producto de conflictos de larga duración y difícil resolución, a los que denomina: conflictos intratables (Bar-Tal, 2007, 2013). Puede afirmarse que el conflicto colombiano cumple con la mayoría de las características de este tipo de conflictos (Rico, 2020), puesto que implica: longevidad (se habla de por lo menos una generación): Colombia ya suma más de siete décadas, ser percibido como irreconciliable y que implique grandes cuotas de violencia: se suman más nueve millones de víctimas (Registro Único de Víctimas, marzo 1 de 2021). Y, en consecuencia, una demanda material y psicológica donde no solo se evidencia la repercusión en las víctimas sino en la sociedad, generando una cul-

tura del conflicto que se manifiesta en todas las esferas de la vida social, cristalizándolo y perpetuándolo.

De esta forma, se configura un ethos del conflicto que se encarna en estas barreras psicosociales para la paz y que, como señala Bar-Tal (1998, 2010, 2013), pueden identificarse a través de tres grandes categorías: narrativas del pasado de la memoria colectiva, creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas (OEC). La primera se refiere al sentido que se le da al presente a partir de la articulación de pasado por lo que se entiende el conflicto a partir de las ideas y representaciones colectivas que se han hecho de este. Las creencias, por su parte, configuran la visión del presente y del futuro, formas de percibir el endo y el exo grupo, construcción de la realidad en la que se vive.

Puede considerarse que la devaluación reactiva es una creencia social y puede ser definida como el “proceso por el cual el acto mismo de ofrecer una propuesta o concesión particular puede disminuir su valor aparente o atractivo a los ojos del receptor” (Ward, Atkins, Lepper & Ross, 2011, p. 1). De esta forma, lo que plantea alguien con un punto de vista contrario será desvirtuado por el solo hecho de pertenecer a este grupo, incluso si tiene una buena intención y es sincero. Así, se produce una situación en la que se cree que su lado es el correcto y el otro el incorrecto, deslegitimando al otro como efecto de la configuración de la identidad personal en función del endogrupo, de tal manera que el otro, devenido adversario, puede ser una amenaza y sus propuestas serían perjudiciales (Maoz & Eidelson, 2007).

La devaluación reactiva implica considerar ese “otro” punto de vista como absolutamente negativo, que no aporta nada, que tiene un cierto grado de perversión y malignidad, es decir, de “suma cero”, en que el beneficio para ese otro significaría una pérdida en el propio, por lo tanto, todas las propuestas de ese “otro” son desvalorizadas, desestimadas, no tenidas en cuenta, y en muchos casos, son acusadas de esconder otros propósitos, aparentar algo o intentar engañar (Maoz & Ross, 2002; Maoz, 2006). Esta devaluación se hace más fuerte en contextos de polarización, extremismo político y descalificación del adversario, donde las personas tienden más a una evalua-

ción de la propuesta solo debido a la persona o grupo a quien se le atribuye (Maoz & Ross, 2002).

Las OEC son sentimientos compartidos por una gran cantidad de individuos, que se expresan también como clima emocional compartido, que va más allá de la emoción particular y la reacción de cada sujeto en términos psíquicos y corporales⁶, tienen el poder de influenciar la perpetuación del conflicto (Halperin y Pliskin, 2015). "La caracterización societal de una emoción que se refleja en los niveles individual y colectivo, en el repertorio sociopsicológico, así como en símbolos societales tangibles e intangibles, como los productos culturales o ceremonias" (Bar-Tal & Halperin, 2014, p. 27), permite identificar los aspectos emocionales que subyacen a una cultura política, a sus valores, prácticas y discursos, dejando de ser una expresión o reacción privada e individual, para manifestarse en creencias y representaciones que se comparten en lo colectivo, las interacciones sociales y las instituciones para configurar identidades políticas y acciones, que en contextos de conflicto violento y polarizado, exacerban las posiciones y las hacen irreconciliables.

Ahora bien, considerando la polarización como una barrera psicosocial para la construcción de la paz y la reconciliación, que no es fundamental en la conformación de grupos, pero que es facilitada en el contexto colombiano por la fragmentación del tejido social producto del conflicto, las posiciones hegemónicas que generan creencias sociales no articulables entre sí, relacionadas directamente con el control de los medios de comunicación y difusión y las posiciones populistas de ambos bandos, que juegan con las orientaciones emocionales de las personas y colectivos, evitando una mirada objetiva del hecho político, nos disponemos a comprender los mecanismos con los que esta opera en las personas de un grupo y de otro ("petristas" y "uribistas") en el Área Metropolitana del Valle de Aburrá.

⁶ Este tema se desarrolla conceptualmente en detalle en el capítulo 1 del presente libro.

Metodología

Esta investigación tuvo dos componentes, uno cuantitativo que permitió la producción del artículo mencionado, en la revista *Kavilando* (Villa Gómez, et al, 2019) y otro cualitativo que es el trabajo que se presenta en este libro, que cuenta con un enfoque hermenéutico que precisa la explicitación del sentido y el significado, la historicidad, las preconcepciones y el recorrido del sujeto ante el objeto analizado. Este diálogo propone un sistema maleable que proporciona categorías y conceptos para la producción de significados y posibilita nuevas formas de comprensión y reflexión sobre el fenómeno (González Rey, 2017) más allá de corroborar hechos e hipótesis empíricas.

Tuvimos como población de estudio personas que habitan en el área Metropolitana del Valle de Aburrá, afines tanto a Gustavo Petro como a Álvaro Uribe, enmarcados en forma general como “petristas” o “uribistas”; es decir, militantes representativos de lo que se entiende por Izquierda o Derecha, respectivamente. El muestreo fue tipológico e intencional, se fue desarrollando por bola de nieve, con la condición de que los participantes fueran mayores de edad, sin restricciones de escolaridad, estrato socioeconómico o cualquier otro dato sociodemográfico. Participaron 150 personas, 75 “uribistas” (E1 – E75) y 75 “petristas” (E76 – E150), que hubieran votado en las elecciones del 2018, en primera vuelta por Gustavo Petro o por Iván Duque (candidato que representaba los intereses del expresidente Álvaro Uribe y su partido), o que se declararan abiertamente como simpatizantes del movimiento Colombia Humana o simpatizantes del partido Centro Democrático.

El instrumento consistió en un cuestionario que contenía dos fragmentos de discursos de ambos líderes políticos: Gustavo Petro y Álvaro Uribe⁷, los cuales estaban acompañados con preguntas abiertas

7 Discurso de “Petro

“Queremos aportar a un gran pacto nacional. Nos parece fundamental que en nombre de la paz no se creen riesgos a los valores que la hacen posible: la libertad, la justicia institucional, el pluralismo, la confianza en el emprendimiento privado, acompañado de una educación universal, de calidad, como cabeza de la política social. Pedimos que no haya violencia, que se les dé protección a las Farc y que cesen todos los delitos, incluidos el narcotráfico y la extorsión. Los hechos de paz avivan la fe en su posibilidad. Los discursos de paz desvirtuados por la violencia

y cerradas que indagaban por el nivel de acuerdo y desacuerdo con el contenido del discurso, así como por las razones y sentimientos generados. Estos discursos hacen referencia al proceso de paz, pero, intencionalmente se presentaron trocados, es decir, el discurso que tenía el nombre de 'Uribe' en realidad se correspondía con el discurso de Gustavo Petro y el discurso que tenía el nombre de 'Petro' en realidad era el de Álvaro Uribe. Adicionalmente, el cuestionario contaba con preguntas sociodemográficas.

Además, optamos por el análisis cualitativo de contenido que busca comprender las ideas expresadas de un texto, siguiendo una línea de significados en una hermenéutica inferencial: se van construyendo códigos y categorías que logran "sistematicidad", que también permite desarrollar hipótesis y conclusiones (Espín, 2009). En este proceso de análisis se conformaron tres grandes categorías, según el tipo de participantes, para la organización de los datos. A partir de estas se elaboraron seis matrices: "uribistas o petristas que no se

generan escepticismo que bloquea el sendero de acercamientos. Con hechos de paz los ciudadanos apoyan el diálogo y la fuerza pública siente retribuida su misión de proteger al universo ciudadano sin excepción alguna. En medio de la violencia, el diálogo se desgasta y la búsqueda de la paz desmotiva la tarea de la institución armada legítima.

Discurso de "Uribe"

Estoy absolutamente convencido de que la batalla pacífica por la democracia va a triunfar en Colombia, a pesar de todo; que vamos a ganar y que vamos a hacer que el Estado Social de Derecho y la plena garantía de los derechos ciudadanos y las libertades esté en todo el territorio nacional. Esa es la verdadera base de una política de seguridad democrática. No tiene sentido un proceso de paz ni una política de seguridad si se construyen sobre la base de negar los derechos y las libertades de los ciudadanos en cualquier territorio de la nación. Un proceso de paz solo puede consistir en el restablecimiento de la plena vigencia de los derechos de los ciudadanos y no de los actores armados. Nosotros somos la generación de la paz, no nos vamos a dejar arrebatar de nuevo la esperanza de la paz y la democracia, no vamos a caer en sus trampas, nos quieren llevar a la violencia y no señores, los violentos son ellos, los tristes son ellos, nosotros somos la alegría, nosotros somos la paz y la democracia. No hay guerras eternas y en esa medida, siempre hay un final para las guerras y si ese final es dialogado es muchísimo mejor que la paz de los victoriosos.

dieron cuenta”, siendo esta la categoría más densa, pues se trata de aquellos que no notaron que el discurso no pertenecía al actor político, la segunda: “uribistas o petristas ambivalentes”, aquellos que encontraron contradicciones en el texto, pero aun así no se daban cuenta que el discurso estaba trocado y, por último, quienes “se dieron cuenta” y esto se entiende como aquellos que afirmaron que los discursos estaban trocados.

La investigación contó con todos los protocolos y elementos éticos, informando a los y las participantes que esta investigación no implicaba ningún riesgo a su salud física ni mental, se realizó un consentimiento informado en el que la persona aceptaba su participación voluntaria en el ejercicio y, al final del mismo, se les informó que los discursos estaban trocados, lo cual fue una oportunidad para realizar diálogos pedagógicos en torno a la polarización en Colombia.

Resultados

El presente apartado da cuenta de los principales hallazgos identificados. Estos resultados se organizan y ordenan mediante las tres grandes categorías anteriormente mencionadas: los participantes que no se dieron cuenta, los participantes ambivalentes y los participantes que sí se percataron de la inconsistencia entre el personaje y el discurso. Hemos organizado el análisis para cada uno de los discursos y grupos de participantes en dos partes: la primera en torno a las razones que esgrimen para estar en acuerdo o en desacuerdo, recogiendo las principales creencias sociales y, en segundo lugar, las orientaciones emocionales, de tal manera que, en casi todos los casos, sus argumentos, configurados por sus sentimientos y creencias, terminan apoyándose más en el personaje y sus identificaciones con él, que con sus palabras y contenido.

Participantes “uribistas”

Los que no se dieron cuenta – Discurso de “Uribe”

Este grupo de participantes no identificó que ambos discursos no corresponden a los personajes a los que fueron atribuidos, por lo

que se encontraron de acuerdo con el discurso atribuido a su personaje de referencia y en desacuerdo con el antagonista. Así pues, expresaron su acuerdo con el discurso de "Uribe", argumentando que mencionaba el "restablecimiento de la plena vigencia de los derechos de los ciudadanos y no de los actores armados", lo que fue interpretado como la necesidad de castigar al actor armado, desarrollando un proceso de justicia sin impunidad.

De esta manera, conciben la paz no como un acuerdo bilateral sino como un proceso de sometimiento al Estado, con la aplicación de una justicia retributiva sobre el actor armado, de manera similar a lo que puede verse en el capítulo 4 del presente libro y en los textos de Díaz-Pérez, et al. (2021) y Gómez, Bohórquez & Villa Gómez (2021) afirmando que ésta sería, realmente, una paz sin impunidad. Al tiempo que refieren en sus relatos, rótulos despectivos frente al actor armado: "*Paz sin impunidad, con justicia y castigo a los terroristas*" (E62). Esto contrasta con el planteamiento final del discurso en donde se propone la negociación política del conflicto como un diálogo, perdiendo su hilo para referirse más a las propias ideas construidas según su grupo de referencia y que identifican con el personaje.

Dentro de las razones esgrimidas para estar en "acuerdo" con el discurso de "Uribe", está la idea de que el proceso de paz que negoció el presidente Juan Manuel Santos fue un "premio", puesto que, desde su punto de vista, la paz ideal es aquella en la cual se paga por los actos violentos cometidos, reiterando que: "*hay que castigar a los que cometan crímenes y no premiarlos*" (E35), planteado de otra forma: "*No puede existir paz sin justicia*" (E46). Así pues, destacan una identidad entre paz y justicia, donde el "otro" debe ser sancionado y pagar a la sociedad:

No se puede negar el daño que unas personas le hicieron al país, por eso se debe hacer pagar de alguna manera así no sea tan drástica, pero no permitir que esos crímenes queden impunes y premiarlos como si fueran héroes (E39).

La idea de paz sin impunidad de este grupo de participantes se ve acompañada de la protección de los derechos exclusivos de los ciu-

dadanos que contrasta con una paz, entendida como premio para quienes “violan estos derechos”, para delincuentes y terroristas. Por lo tanto, el proceso de negociación política con las FARC ha sido leído como algo que transgrede los derechos de los ciudadanos y de las víctimas:

Hay que hacer una paz ajustada a la ley, hay que dar oportunidad a los que se quieren ajustar a ésta, pero no pasando por encima de los ciudadanos que bien proceden (E56). Porque la paz la merecen las víctimas y no los victimarios (E49); Porque se trata de hacer una paz bajo nuestra constitución y el derecho internacional, en especial respetando los derechos de las víctimas (E51).

De esta forma, el castigo debe imponerse como algo necesario para la protección de estos derechos. No pareciera que se incluyera bajo el signifiante “víctima” a aquellas que se generaron por acciones de la Fuerza Pública. En esta medida el actor armado, que para el caso estaría representado solamente por las FARC, pasa a ser un “otro” desprendido del rótulo de ciudadano, dando paso a la justificación de la violencia en su contra. Un “ellos” que no hace parte del “nosotros”, un otro que puede configurarse como enemigo o como no-humano, aquel que no gozaría del mismo estatus y garantías de derechos que el resto, por lo que se validaría el combatirlo y el eliminarlo (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño, 2020), salvo que se sometan al poder establecido y sean castigados por sus crímenes, como también puede verse en los capítulos 4 y 6 del presente libro y en varios capítulos del libro *Ethos del conflicto y creencias sociales como Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia*. (Villa Gómez, Andrade & Quiceno, 2021).

Se puede inferir, entonces, que se ha configurado una distancia social entre ellos, agentes negativos y violentos y nosotros, actores de bien, con derechos: “*Los derechos de los ciudadanos de bien deben de estar por encima de los de cualquier actor armado y por ende deben ser protegidos.*” (E55). Esto implica una distinción clara entre un endogrupo: “la gente de bien” y un “exogrupo”, el grupo armado ilegal, que en la mayoría de los casos termina siendo la

guerrilla de las FARC, de tal manera que un proceso de paz con "ellos" no sería viable, salvo que sean vencidos o se sometan a la propia justicia.

Respecto a la adhesión hacia el personaje que siguen, los participantes exaltaron las cualidades que para ellos le dan validez a Uribe, resaltando su gestión en los años que gobernó y la forma como su política de "seguridad democrática", según estos, favoreció la paz en el país: *"Yo soy muy "uribista", lo apoyo en todo, porque fue la persona que pacificó este país, gracias a él pudimos viajar a las fincas..."* (E39). Estos argumentos evidencian que, independientemente del contenido del discurso, lo redimensionan a la luz de los postulados generales del personaje y su oposición al proceso de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos con la guerrilla de las FARC.

Pero al mismo tiempo, esto se entremezcla con un deseo de paz (Bar-Tal, 2013) que les impide decir que están "en contra" de una paz negociada, pero no de la manera en que se acordó en el gobierno de Santos. De tal forma que terminan afirmándose a sí mismos como amantes de la paz, pero formulando en su deseo otro tipo de paz, que no logran clarificar, pero que se puede recoger en la frase popularizada: "paz sí, pero no así" (Cfr. Villa Gómez & Arroyave, 2018). Por esta razón, pese a que se busca en el discurso una forma de deslegitimar al grupo armado, de considerarlo criminal y de considerar la paz dialogada como impunidad: *"No puede pedir protección para las FARC, antes a ellos son a los que más duro hay que darles"* (E53), plantean una propuesta alternativa y unilateral dada la percepción de la paz como algo innegable:

Estoy de acuerdo con la paz, que no debe haber más violencia (E53). Hay que apuntarles a la paz siempre, pero con inteligencia para llegar a un acuerdo sólido y claro, donde las dos partes accedan y no haya tanta violencia en un proceso de paz [...] Creo que también deben pagar por tantos delitos cometidos injustamente (E40).

En la mayoría de los participantes se evocaron OEC en relación con el discurso de "Uribe", en la medida en que se configuran como parte del repertorio y del clima emocional entre los seguidores de este

personaje. Emociones como esperanza, alegría y seguridad emergieron cuando se les preguntó por lo que sentían al leerlo: *“Esperanza, ¡Creo en Uribe!”* (E62). Dichos sentimientos se relacionan con la confianza que les inspira, omitiendo los supuestos del discurso:

Siento confianza, el discurso me inspira fe en que se hará lo posible para lograr una paz que repare a las víctimas, y que sea una paz que nos permita crecer como país, sometiendo a los actores armados a la pena que merecen (E45).

En la misma línea se encontraban sentimientos de identificación *“Al leerlo me siento tranquila, me identifico, va de acuerdo con mis principios”* (E44). Así pues, los sentimientos de confianza, admiración e identificación con su líder, independiente de lo que este diga, justifica invariablemente su toma de postura, que se realiza en función del grupo de referencia.

Discurso de “Petro”

Al igual que ante el discurso anterior, los participantes se enfocaron en el personaje, sus argumentos se alejan del contenido ofrecido por el texto, fundamentándose más en sus creencias y OEC hacia el personaje (“Petro”). El texto fue leído con la lente de la imagen previa construida del actor y no teniendo en cuenta el contenido del texto, señalando específicamente su pasado, pues según algunos de ellos, *“¿Qué puede hablar un exguerrillero del proceso de paz? Nada”* (E37). Al parecer, esto impediría que el político tenga un criterio que pueda ser valorado, pues su pasado es determinante para afirmar que Gustavo Petro apoya a las FARC y que su apoyo al acuerdo de paz parte de un interés unilateral, por lo que descalifican su postura. Así, el discurso de ‘Petro’ es sojuzgado desde una matriz moral previa (Haidt, 2019) que impide sopesar su punto de vista, con la paradoja que las palabras son tomadas de un discurso de Álvaro Uribe.

Además de lo anterior, se le atribuye estar a favor de la lucha de clases: *“él va con la lucha de clases, lo mismo de Venezuela, la lucha de*

clases sociales, los pobres van a tener la oportunidad de tal cosa, y lo han mostrado así" (E22). Y también en varios argumentos se evidencia un miedo a "ser como Venezuela": "..., queriéndonos llevar a una Venezuela" (E32), "él da miedo, sobre todo por la experiencia de Venezuela" (E22). Se expresa así un temor colectivo irracional frente al adversario, por lo que se le deslegitima.

Este tema, durante las elecciones del 2018, se convirtió en tierra de abono para deslegitimar la izquierda y producir miedo frente al adversario, generando la idea de que, al permitirle el ejercicio del poder, se llegaría inevitablemente a la misma situación: *"Lo que desea es una Colombia envuelta en llamas y dolor como Venezuela."* (E58). Esto puede interpretarse como una resistencia a la izquierda, entendida como "ideología comunista", pensamiento que ha estado presente antes de la situación actual del país vecino y que se relaciona con expresiones como "Castrochavismo", objeto de miedo para evitar que las ideas de izquierda crezcan en Colombia:

Pero sí tengo claro que no me gustan las ideas del comunismo y menos un tipo como Petro que mató, que secuestró e hizo todo. Lo que pasa es que hay mucha gente que no conoce la historia y si la conoce se hace el bobo (E29). Que no seamos un pueblo arrodillado o sometido, o con ideas comunistas... (E60).

Por otro lado, tal como se enunció, para este grupo de participantes, la paz solamente era posible si entra en discusión la necesidad de castigar y hacer pagar a los actores armados, y en este aspecto el político, Petro está impedido, según los evaluados *"..., sabiendo que estos merecen castigos ejemplares por ser las mentes criminales iniciadoras de un conflicto tan duradero como el de las FARC contra los campesinos y militares" (E54).*

En relación con las OEC, en el discurso de "Uribe" prevaleció la admiración, confianza y respaldo hacia el propio líder, en contraposición al discurso de 'Petro' donde primó la desconfianza, el temor y la ira, que les conecta con la legitimación de la violencia frente al grupo contrario: *"Cuando el diálogo no rinde frutos hay que recurrir a la violencia."* (E42). De esta forma, se evidencia una disonancia en-

tre la paz como algo innegable y la guerra como una opción, desvirtuando los acuerdos firmados en 2016: “Santos hizo mal el negociar con las FARC” (E26).

Frente al personaje manifiestan sentimientos como rabia, miedo, en una lógica donde ese otro (el Gustavo Petro real) resulta siendo el adversario, atribuyéndole un carácter populista: “*Rabia por ser un discurso populista parece escrito por otra persona*” (E62). Y en efecto es escrito por otra persona: por Álvaro Uribe. Sin embargo, este y los demás participantes “uribistas” que no se dieron cuenta, no logran diferenciarlo, porque prima la imagen y la reacción desde sus construcciones previas: prejuicios y estereotipos, una devaluación reactiva que impide hacer una lectura del contenido del texto, al que consideran populista, hipócrita o manipulador, manifestando su desconfianza: “*que no es real, es un discurso falso*” (E61), “*hipocresía y mentira de un socialista*” (E32). Igualando socialismo con mentira y falsedad.

Por otro lado, el odio también es un sentimiento emergente frente a este adversario, considerándolo un enemigo común, pues lo identifican con “el terrorismo”, vinculándolo con las guerrillas en general y con las FARC en particular: “*Sucio de ideas y resentimiento es lo que refleja*” (E65). De igual forma, se deslegitima a las personas que están de acuerdo con el personaje: “*Rabia, tristeza y dolor de que aún en este siglo existan personas tan ignorantes, perezosas y dadas a una zona de confort y alcahuetería*” (E58). Este tipo de relatos implica un nivel de polarización que se acerca a la deshumanización, la exclusión del otro y la devaluación reactiva, en los que se dificulta identificar puntos de encuentro, puesto que la posición del otro está deslegitimada desde una pretendida superioridad moral que excluye otras miradas posibles.

De esta forma, por el solo hecho de nombrar, ver y sentir al personaje, se asume una posición frente a lo que dice, por lo que aun comprendiendo cognitivamente lo que se lee, se descarta, buscando justificaciones para su desacuerdo, en una clara devaluación reactiva, convertida en barrera psicosocial para la construcción de paz y de una sociedad democrática que pueda debatir sus problemas de forma abierta. Se crea un clima emocional de desconfianza que

ahonda en la polarización como imposibilidad de reconocer el punto de vista del otro: *"No es claro el discurso, tiene muchas incoherencias"* (E69). *"Genera desconfianza. Logra convencer de que la paz es importante desde afirmaciones morales"* (E33). El sentimiento se convierte en motor para la negación de posturas diversas y para que el grupo de referencia se vea como la única posibilidad, bloqueando la posibilidad de encuentro y mantenimiento del lazo social.

Participantes "uribistas" ambivalentes

La mayoría de estos participantes estuvieron de acuerdo con ambos discursos, dada la imposibilidad de oponerse a un discurso de paz sin importar de dónde proviene, *"...parece difícil oponerse moralmente a la paz, mucho menos en el marco de la libertad. Aquí los argumentos emotivos son varios y eso no me parece adecuado, pero el contenido, en sí mismo, parece bien"* (E11). Sin embargo, como se verá más adelante, argumentaron favorablemente en el discurso de "Uribe", fijándose esencialmente en sus ideas, resaltando los puntos con los que están de acuerdo. Mientras que en el discurso de "Petro", manifestaron su "acuerdo", pero, luego terminaron esgrimiendo su punto de vista en contra del personaje. En relación con el discurso de "Uribe", se centraron en la resocialización, la justicia y el bien social. Sin embargo, confluyen con los anteriores participantes en la idea de hacer pagar a los actores armados:

Todos dos tienen razón, igual al final se enfocan en el diálogo, pero por lo que entiendo es que se les perdona todo lo malo que han hecho. Me gusta más el de Uribe en la parte que dice que, para que haya una verdadera paz cuando haya una plena vigencia de los derechos de los ciudadanos y no de los actores armados (E6).

Así pues, los participantes eligen qué información registran de los discursos, reforzando sus ideologías y valores. Específicamente sesgan su percepción descartando todo aquello que entra en conflicto con sus puntos de vista previos, así simplifican su análisis en categorías morales y duales: bueno y malo, coherente e incoherente. En el caso de Petro termina pesando su historial, que evalúan como contrario a aquello que consideran bueno y positivo, por lo que estaría

inhabilitado para hablar de paz: *“En sus discursos tiende a favorecer a los que son como él, porque no olvidemos que en otro tiempo no muy lejano también fue guerrillero”* (E71). Por lo que su “acuerdo” con este discurso radica en un argumento simple: “es difícil oponerse a la paz”. Pero, sus demás argumentos van a estar dirigidos a refutar sus ideas y la “impunidad” que según estos propicia:

Parece difícil estar en contra de la paz y la justicia. Hay puntos que parecen problemáticos, inviables, o metodológicamente difusos, pero la idea general de pedir paz es algo a lo que normalmente no puedo oponerme (E11).

En este caso, las orientaciones emocionales van a estar en ambos extremos, dependiendo de si estuvo o no de acuerdo con el discurso. Por lo que las de valencia positiva van a estar dirigidas hacia lo que sienten por el personaje. Por “Uribe” expresan:

Emoción y un sentimiento de fuerza y valentía [...] tengo la esperanza de que la paz se va a lograr (E12). *Un Álvaro Uribe que no solo piensa en que la paz se busca por las armas, sino por medio del diálogo consciente y llegando a acuerdos* (E75). *Sinceridad y coherencia en el discurso* (E14).

En relación con el discurso de “Petro”:

Sin tener en cuenta de quién es el discurso, estoy de acuerdo con lo que se plantea en él, sin embargo, hay que mirar quién lo dice y cómo su campaña fomentó la discordia, lo cual hace que su discurso pierda toda legitimidad (E16).

Concluyen que sus propuestas son injustas, pues no reparan, sino que aparentemente “preman”, *“...busca la paz, pero igualmente me parece que le falta hablar sobre la reparación de las víctimas.”* (E15). Como los anteriores, también la orientación emocional va a estar centrada en la desconfianza, afirmando que lo argumentado por “Petro” suena utópico o incoherente: *“el candidato no me genera confianza y me parece más utópico e idealista que concreto y práctico”* (E10). Así pues, escinden la aprobación del discurso al confrontarla

con la imagen del personaje, puesto que consideran que su postura es radical, pues manteniendo un marco de interpretación dicotómica entre buenos y malos, *"Las palabras se miden dependiendo de quién vengan. Si las palabras fueran de otro personaje, posiblemente cambiaría de posición. Ejemplo (El papa) no veo otra persona que le quede bien el discurso."* (E68). La realidad se mide en términos de santos y demonios, estos últimos carecen de reconocimiento.

También encontramos una minoría de personas que están en oposición a ambos discursos y sus argumentos están ligados a la desconfianza y el descontento con la estructura y el ejercicio de la política en el país: *"hace mucho tiempo que los políticos y gobiernos dejaron de pensar en los intereses de los colombianos y se dedicaron a lo suyo"* (E71). *"Es pura demagogia"* (E2).

Participantes "uribistas" que se dieron cuenta

Este grupo (5 en total) presenta una inconformidad frente al discurso de "Uribe" por lo que no se sienten representados en éste: *"Eso no representa mis ideales"* (E17). Hubo otros que refrieron el discurso al adversario *"Me parece que es más de Petro."* (E28) o lo negaron como un discurso del personaje al que era atribuido *"¡Ese no es el discurso de Álvaro Uribe!"* (E67). Al darse cuenta de que el discurso no pertenecía al personaje al que era atribuido, los participantes se sintieron atacados y no representados: *"Inconformidad, atacado"* (E18). Las personas no se sintieron representadas en relación con sus ideas de derecha, considerando que era un texto engañoso por no ser verdaderamente del personaje.

De otro lado, estos participantes identificaron que el discurso de "Petro" era realmente el de Uribe, razón por la cual manifestaron sentirse identificados, pues era afín con los valores que consideraban importantes, indicando una atención por el discurso, en vez de la persona que lo enunció:

El discurso está asentado sobre valores cívicos y democráticos del respeto de la dignidad humana (tanto de la ciudadanía como de los

actores del conflicto), la prevalencia de la constitución y el imperio de la ley; todo buscando una construcción propositiva de la paz en Colombia. (E17). Siento que el texto corresponde a un discurso del expresidente Álvaro Uribe, por el contenido ideológico del mismo, la forma de expresar y las palabras le dan argumentación al discurso (E19).

Frente a las emociones alrededor del discurso se evidencia afinidad: *“Me siento representado en mis valores; más allá del hecho de quien “lo dijo” no me representa.” (E17). Así, los “uribistas” que se dieron cuenta lograron diferenciar el discurso del autor y argumentan sus posturas, reconociendo en ambos discursos su autoría y argumentando con base en un postura ideológica, antes que un seguimiento a ciegas de la figura de referencia.*

Participantes “petristas”

Los que no se dieron cuenta – Discurso de “Uribe”

Estos participantes manifestaron su desacuerdo con el discurso de “Uribe” por la desconfianza que les genera. Consideran que este discurso es hipócrita y polarizante, puesto que parece reivindicar los derechos de los actores armados inmersos en el conflicto. Toman además el apartado del discurso que hace una diferenciación entre “nosotros” y “ellos” para manifestar inconformidad con esta delimitación entre la sociedad y los grupos armados, “la gente de bien” versus “los delincuentes y terroristas”. Por lo que refieren que un proceso de paz, en general, siempre debe ser bilateral, porque todas las partes en esta guerra cometieron atrocidades:

Al referirse al proceso de paz desde una sola orilla está cometiendo transgresión: pues solo se refiere a una parte del conflicto, “nosotros los ciudadanos”. Dejando de lado los actores armados. Un proceso de paz es para tener en cuenta 2 partes; si no, es una rendición. Y en ese caso es otro tipo de asuntos (E104).

Por lo que consideraron que este es un discurso de odio y exclusión: *“al principio el discurso comenzó muy bien; pero luego, aunque*

habla de paz, hace ver a los actores armados como enemigos violentos y diferentes" (E132). Por otro lado, en estos participantes también, y de forma similar a la forma como procedieron los "uribistas", se evidencia la inclinación a evaluar el discurso en función del personaje, por lo que lo consideran hipócrita: *"me resulta poco creíble, falso, y poco genuino lo que plantea, algo como un discurso hipócrita" (E123).*

Estos participantes, por tanto, no logran ubicar gestos altruistas o de paz en el personaje referido. Lo consideran una figura política indeseable, a raíz de su campaña en contra de la negociación política del conflicto armado entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC. Esta campaña tenía como fondo un recorrido discursivo que, según los participantes, el "Álvaro Uribe" real utilizó para deslegitimar a los actores del conflicto (que para él son casi que exclusivamente las guerrillas): *"se inventa definiciones con el propósito de infundir mentiras en las personas que las lleven a actuar de manera irracional y violenta (E145).* En esa medida, se considera un discurso estratégico y mentiroso que, por otro lado, busca generar polarización, con la demarcación "Nosotros" y "Ellos", generando odio y exclusión. Se rechazan sus puntos de vista, incluso antes de leer cualquier palabra, de tal manera que son tan reactivos en la devaluación del actor político:

Promueve la polarización entre los colombianos (E145). No estoy de acuerdo con el discurso porque es comparativo, se fundamenta en la figura de "ellos vs nosotros", ellos son los malos, nosotros los buenos, ellos los violentos y nosotros la panacea... propagando así la polarización (E134).

Algunos ven además un discurso deshumanizante, sin notar siquiera que el mismo discurso plantea la protección de derechos y la inclusión de los actores del conflicto. Puede afirmarse que su lectura se basa en las atribuciones previas sobre el personaje, poniendo en evidencia la devaluación reactiva y la deslegitimación, incluso del texto (realmente es de Gustavo Petro) e impidiendo el reconocimiento del adversario político, en tanto otro, con puntos de vista diferentes, aunque legítimo, humano, que tampoco debe ser excluido, deshumanizado: *"Se le está quitando la noción de seres humanos a los com-*

batientes, puesto que se les considera como monstruos y perpetuadores de la guerra. Se cree que nosotros somos los buenos y ellos los malos por encima de todo” (E130).

Así, estos participantes consideran que el discurso de “Uribe” construye un enemigo en la guerrilla: *“hace ver a los actores armados como enemigos violentos y diferentes” (E132)*, reiterando que se trata de un discurso de odio: *“además es un discurso como en base al odio, como en base a polarizar y a decir váyanse unos contra otros” (E146)*. Desde este punto de vista, parecen proyectar en el discurso leído las preconcepciones, prejuicios y representaciones previas, de manera similar a la forma como los “Uribistas” lo hicieron en relación con el discurso de ‘Petro’. La polarización se manifiesta en las posiciones que proyectan en los discursos leídos con palabras que ni siquiera están escritas allí.

El grupo hace hincapié en el reconocimiento de los derechos de los actores armados que suponen, son excluidos: *“Los actores armados también son ciudadanos y tal vez no tantos desearon estar en esa posición” (E142)*, considerando que, la figura a la que se refiere omite, por ejemplo, la negligencia del Estado y los delitos cometidos por el ejército contra la sociedad civil:

¿No es violencia también el abandono del Estado y la corrupción? Y si dice que son violentos, ¿cuál es la razón de esa violencia? (E112). Los grupos ilegales no han sido los únicos “malos”, las fuerzas militantes también han cometido atrocidades contra el enemigo y civiles también (E131).

La paradoja es que, con signo opuesto, apuntan a esta misma idea, la de los derechos y los de los actores armados. Al interpretar la deshumanización del otro que hace parte del grupo armado, lo reivindica como ciudadano y toma la paz como un diálogo con ese otro revestido de esa humanidad. Así, la paz es un acuerdo bilateral, donde las partes implicadas no pueden ser desprendidas de su condición de sujeto *“la paz implica un gran sacrificio y habrá cosas en el olvido, pero no se puede hacer paz con exclusiones” (E142)*. Esta concepción no difiere del planteamiento del discurso leído, que al final propone el diálogo para un proceso de paz, más que la victoria de algún bando. Sin embargo,

pese a estar en acuerdo discursivo, con argumentos y justificaciones del discurso de "Uribe", precisamente por ser este el "portador", se da un proceso de devaluación reactiva (Maoz, 2002), calificando al personaje como persona bélica que no ha favorecido los diálogos de paz, generando emociones negativas alrededor de las FARC:

Habla de encontrar la verdadera paz, pero sus acciones son en dirección a la guerra, porque en eso fundamenta su política de seguridad democrática, habla de restablecer los derechos vulnerados y lograr una paz desde el diálogo, pero aboga por la perpetuidad del conflicto (E110). Él Siempre estuvo a favor de la guerra y habla de diálogos de paz cuando ha estado contra el acuerdo con las Farc (E107).

Por lo cual afirman que *"No se puede generar un tratado de paz si es unilateral sin tener en cuenta la otra parte. Tampoco se puede generar empatía con una parte demeritando a la otra"* (E126). Además de lo dicho anteriormente, lo relacionan con grupos paramilitares y narcotráfico que, para estos participantes es una razón de peso para dudar, pues priman sus discursos anteriores, sus acciones y los imaginarios que tienen sobre él:

Además de que las negociaciones y desmovilizaciones por parte de grupos paramilitares que él propuso fueron falsas (E107). Siendo él, el principal promotor de la guerra en el país para mantener el control del narcotráfico... (E140).

De manera similar a los "uribistas", la devaluación reactiva y la deslegitimación del discurso, se extiende hacia las personas que son afines ideológicamente. De allí que las discusiones puedan zanjarse por la vía de desacreditar y deslegitimar al otro, al que se le mira desde un cierto aire de superioridad académica, moral y política:

Tristemente las personas ingenuas que no leen no investigan, no conocen la historia, caen en la trampa de la política del miedo, venerando a los mismos que nos perjudican (E140). La verdad sobre ese señor Uribe es bien conocida, por lo menos en esa Colombia que lee, investiga y no come entero. (E124).

La denotación de la ignorancia atribuida al grupo contrario se acompaña de formas de auto legitimación en las que estos participantes se conciben a sí mismos como ilustrados, razón por la que dicen estar en contra del personaje, mientras que los que están a su favor lo harían por ignorancia, considerando que una parte de la sociedad civil, la que sigue a Uribe, está alienada en el discurso de su líder,

Él tiene un discurso muy armado, es un país de muchos dolores, de muchos años de guerra, con muchos muertos encima, y a pesar de que sigue siendo una patria boba [...] Me ofende su inteligencia, realmente el hecho de yo escucharlo o leerlo y pensar que hay gente que cree semejante cosa, no me cabe en la cabeza, no puedo entender como alguien está de acuerdo con esta cosa (E147).

Esto trae implícitas dos concepciones de sociedad civil, una “cansada” de la guerra, de la inequidad, que cree en el cambio (Un nosotros), a quien se le asigna la categoría “pueblo” y, la otra, una sociedad ilusa, que cree en el Expresidente Uribe, que quiere la guerra, “la patria boba” (Ellos). En esa medida el grupo cae en la misma lógica polarizadora que cuestiona en el adversario y sus seguidores, desacreditando la postura política de estos. Por lo tanto, y como se verá enseguida, se suscita y se mueve la desconfianza, que connota la posición argumentativa de los participantes, conduciendo a una posición clara: a ese personaje, por ser quien es, no se le puede creer.

Ahora bien, la pregunta que puede plantearse es la siguiente: si no se le puede creer, si de entrada los calificativos sobre él, al parecer, le niegan también una condición de humanidad, ¿de qué forma puede establecerse un posible diálogo con él y su grupo político, si no son interlocutores creíbles para posibles acuerdos democráticos y/o de paz? Esta pregunta rebasa los límites de este ejercicio investigativo, pero no deja de ser importante, teniendo en cuenta la semejanza con la que los participantes seguidores de uno y otro califican a su adversario, pues al no validarlo como interlocutor legítimo, se cierran posibilidades de construir un diálogo fructífero que rompa la polarización y sea una semilla para la construcción de paz.

Las orientaciones emocionales, de entrada, se rigen por la incomodidad y el disgusto: “*Como no me gusta Uribe, entonces siempre soy*

como buscando lo malo de él, lo malo que haya ahí" (E115). Emergen desconfianza, rabia, indignación, frustración, asco, porque, según ellos, se ha encargado de promover la guerra en el país, tiene un pasado oscuro ligado con la violencia, además, sus ocho años de jefe de Estado fueron dedicados a la guerra y por esto no favorece un proceso de paz. Una minoría también manifestó sentimientos ligados a la tristeza y el miedo, pues para estos si lo expuesto en el discurso de "Uribe" se cumple, se volverá a la guerra:

Siento repudio, y me genera una risa sarcástica, por lo que dice, siento impotencia porque un señor que debe estar pagando los delitos cometidos, anda libre, haciendo campaña, pues mueve fichas a su antojo, no siente lástima, no brinda ningún tipo de respeto a todas aquellas personas o víctimas que se han visto afectadas física y moralmente por sus actos. Pregunto: ¿Por qué si fue presidente en dos periodos, no hizo lo posible por sentarse a dialogar con los grupos armados? ¿Por qué no se somete a la justicia? ¿Por qué justo ahora viene a hablar de paz? Si tuvo el tiempo y la oportunidad como jefe de estado de sacar al país hace años de la guerra, cierto, no le conviene (E124).

Una característica que comparten muchos de los "petristas" entrevistados es orientar sus emociones negativas contra los seguidores de Uribe. Como se decía anteriormente, por una especie de superioridad intelectual, donde sí son coherentes, conocen la verdad y no son manipulados por intereses políticos, por esto llegan a sentir "decepción de la gente que aún le cree" (E128). Para ellos, estar en sintonía con este actor implica favorecer el odio. "Siento mucha alegría al saber que no sigo siendo parte de esa cadena de odio que ha jodido tanto a mi país" (E111).

Esto es un asunto importante porque, como se ha observado en sus respuestas, los "petristas" participantes, por lo menos en el marco de este ejercicio investigativo, también parecen estar cargados de orientaciones emocionales que desacreditan e invisibilizan la postura de aquellos que no se encuentran en su línea política: "Miedo y rabia, asocio las palabras del senador con la venganza, el odio y la discriminación" (E145). Discriminación que sin darse cuenta también profesan y no les permite valorar las posturas que los demás también

exponen. Con estos argumentos, es importante pensar que efectivamente parece que solo buscan en el discurso del “otro”, las comas y puntos que les permite atacar directamente sus ideas y así consolidar de a poco el propio punto de vista, sin darse cuenta de que, con ello, fomentan las posturas que dicen temer.

Discurso de “Petro”

Estos participantes manifestaron pleno acuerdo con el discurso de “Petro”. Una de las primeras razones esgrimidas tiene que ver con sus propuestas alrededor de la educación, pese a no aparecer este tema en el discurso. Durante la campaña para la presidencia uno de los discursos más conocidos del candidato Gustavo Petro era el referido a la educación universal:

Me parece más esta posición que busca pasar la guerra a un segundo plano y comenzar a construir a partir de la educación y las oportunidades (E133). Petro es una persona que defiende el proceso de paz y su política social y defensa de la educación universal en pro de la paz (E127).

Al igual que los “uribistas”, sustentan sus argumentos más en la imagen preconcebida de su líder, que en el contenido de lo leído, aunque también recurren a elementos del discurso como la referencia a un “pacto nacional”, interpretada como una invitación a unirse por la paz:

Me gustaría que realmente se lograra un pacto nacional, es imposible hablar de paz en medio de guerra. Para que haya paz no basta con hablar de seguridad, es necesario generar y fomentar una serie de valores mencionados en el discurso de Petro (E103). La paz es una tarea que debe desarrollarse en común, entre el pueblo y el Estado, por ello creo que un hecho, y un pacto de paz, son la base fundamental para poder desarrollarla, en un país que históricamente se ha negado al perdón (E111).

En esta medida, los participantes también se acercan a la noción de “oportunidades” como base para generar en el futuro sociedades jus-

tas que se conviertan en caminos para la paz: *"La guerra no cesa solo por el fin de las armas. La guerra cesa con el perdón, la oportunidad, la igualdad, la equidad"* (E119). Enfatizan, además, en la inequidad social del país, que consideran, según los discursos previos del candidato, puede solucionarse con oportunidades de educación,

Confianza al saber que la Colombia humana es el camino del verdadero progreso (E140). *Siento que el discurso refleja, medianamente, mi posición al respecto. La paz, más que un acuerdo FARC-Estado, es un reto que responde a la coyuntura política, al cansancio de un pueblo* (E130). *Sus palabras le dan esperanza al pueblo (...) Respeta totalmente lo que se logró y que ha traído un poco de paz al pueblo colombiano* (E128).

El discurso del personaje de referencia, por otro lado, no se percibe como polarizador, se compara con el de la figura contraria, que es considerado fuente de polarización: *"Contrario al discurso de Uribe, en este discurso se percibe unión"* (E120). Estos participantes también consideran que debe dársele protección a las FARC, reivindicando los derechos de este grupo. Pero, no logran identificar que son palabras del expresidente Uribe. Paradójicamente, pero en otro sentido, pareciera que coinciden con los "uribistas", en la medida en que asumen que esta posición, en el discurso de "Petro", derivaría de la militancia del personaje en una guerrilla de izquierda de la cual se desmovilizó. Así, estos participantes lo valoran, mientras los "adversarios", como se vio anteriormente, utilizan este mismo argumento para deslegitimarlo,

Hay que darles protección a las FARC, porque no estamos hablando de una guerra de buenos y malos, estamos hablando de guerra entre dos malos; entonces muy posiblemente si no se les da protección a las FARC, probablemente los otros malos, el otro bando malo, también cague el proceso de paz, que es lo que ha venido pasando, que los que fomentan esa violencia ahora no son los guerrilleros de las FARC que se sentaron, sino también el Estado. (E121). *Su militancia en el M19 y sus estudios económicos demuestran una congruencia entre lo que piensa y lo que se hace. Su lucha desde la militancia, el congreso (...) demuestra un no hacia la corrupción* (E130).

Como puede inferirse, y como sucedió con los participantes “uribistas”, se construye entonces una brecha de buenos y malos: en este caso, los “uribistas”, las fuerzas militares y el Estado en general están en un bando (los malos), los “petristas” están en el otro, legitimando, incluso, la militancia de la figura de referencia como una muestra de convicción y comentando los logros que tuvo el grupo guerrillero del que formó parte. Una de las razones para esto es que, a los primeros, de entrada, se les atribuye corrupción y ser los responsables de un Estado inequitativo, lo cual también estaría en la base de la violencia, de la cual ‘ellos’ (siempre ellos) serían los responsables, ¿no es violencia también el abandono del *Estado y la corrupción*? *Y si dice que son violentos, ¿cuál es la razón de esa violencia?* (E112). Mientras, de otro lado, su candidato es considerado como un paladín de honestidad, justicia y renovación verdadera, frente a la política tradicional colombiana.

El personaje es considerado una persona con valores, a favor de la paz y el progreso, que no busca intereses particulares y lucha decididamente por el bienestar social. Por esta razón, en un proceso de identificación con él, consideran que es el verdadero promotor del diálogo como camino para la paz, que busca el cese de la violencia, la paz es su objetivo principal, en conjunto con la restauración de los derechos civiles para los excombatientes y la población:

Creo que es una oportunidad para que en Colombia se implementen nuevas políticas, nuevas formas de gobernar, es un candidato que se sale de los partidos y propuestas tradicionales. Probablemente realice un cambio en Colombia que la lleve por un nuevo camino de paz y diálogos. Necesitamos nuevos “aires” que acaben con tanta violencia (E105).

Al igual que los “uribistas”, los “petristas” que no se dieron cuenta se sienten conformes con el discurso propuesto por la figura que siguen: la cual genera sentimientos de seguridad, tranquilidad, esperanza y afinidad. Sentimientos que no están referidos al discurso sino al personaje. Incluso pueden sorprender expresiones como las del siguiente relato:

Tranquilidad, es un discurso bien pensado, sin exageraciones, se percibe la buena intención, además que viene de un político honesto, que ha destapado la corrupción en Colombia, no tiene mancha do el nombre con sangre, aunque lo persigue ese pasado guerrillero, fue ese mismo grupo al que perteneció el que trajo cambios positivos al país, en cuanto a derechos y democracia, con la constitución más incluyente (E124).

Estos sentimientos implican, además de la identificación, un cierto culto a su persona, que pasa a ser la referencia del grupo, denominado con adjetivos positivos, interpretando, incluso, que es un perseguido de los "otros", solo porque busca generar "cambios positivos en el país". Estos sentimientos se justifican en el sueño de cambio y en el ideal de un país diferente: un discurso y un político diferentes: "*Placidez, ya que concuerdo con esta postura y con la visión integrativa que promueve, sin tener de fondo un discurso de odio y segregación*" (E100). La emoción, entonces, estaría dirigida a un ideal de país, identificado con la persona a quien siguen (su líder), quien portaría valores colectivos fundamentales como educación, equidad, progreso, paz etc. Razones suficientes para dar como válida la retórica que han leído en el presente discurso (que es de Álvaro Uribe), puesto que al final ha primado su identificación con el personaje para seguirlo, justificarlo y reinterpretar lo leído a la luz de lo que conocen previamente.

Todo esto moviliza la esperanza y el anhelo por un país mejor: "*siento una esperanza para mi país que en futuro muy próximo se puede deslumbrar*" (E127). En ese sentido, el sentimiento se genera desde la ilusión de un cambio, dada la inconformidad que se tiene en relación con el ejercicio de la política tradicional: "*Siento seguridad, me da esperanza que este país cambie*" (E115).

Finalmente, se manifiestan sentimientos de tristeza "*Tristeza de que no sea una mentalidad colectiva*" (E137), frente al discurso de Uribe y el hecho de que existan personas que lo apoyen. En este grupo, aunque se considere más abierto a la pluralidad, se manifiesta también la necesidad imperante y puramente excluyente de que todas

las personas piensen de la misma forma, generando conflictos entre unos y otros porque no se acepta la diferencia.

Participantes “petristas” ambivalentes

Al igual que los “uribistas” ambivalentes, la mayoría de este grupo estuvo de acuerdo con ambos discursos, justificando su postura en la dificultad para oponerse a un discurso de paz, por lo cual, una vez más, necesitan nombrar al personaje y la idea que tienen de él para afirmar que pueden estar de acuerdo con las palabras, pero no con el “locutor”. Es significativo encontrar, en relación con el discurso de ‘Uribe’, que se encuentran sorprendidos por leer dichas palabras en una persona que, según ellos, está impedido para hablar de este tema. La mayoría sustenta que es una contradicción y que estas ideas generan polarización, de forma similar a los argumentos de quienes “no se dieron cuenta”, por lo que parecen estar orientados por las mismas razones y argumentos:

Es un discurso que plantea la repetición de la repetidora, que busca generar en el pueblo colombiano temor y zozobra con el fin de garantizar que, si no son ellos los próximos mandatarios, Colombia se convertirá en un país sin futuro, sumergido en la desigualdad y la violencia. Todo ello se genera desde un jefe político que solo divide al país (E93).

De acuerdo con lo anterior y con lo que se ha venido desarrollando, no es de extrañar que los sentimientos van a ser negativos e imponen una barrera que desvirtúa cualquier idea proveniente de ese “otro” leído como patrocinador de la guerra, que solo busca la polarización. De allí que emerjan desconfianza, temor y rabia: *“siento rabia al saber que lo dicho no es como se haría, pues un político tan vinculado con los paramilitares y el narcotráfico, hablando de paz y diálogo no sé qué esté buscando” (E91).*

En relación con el discurso de ‘Petro’ se dan dos posturas: por un lado, se encuentra el grupo que está de acuerdo con el discurso y resalta que se caracteriza por no polarizar, tener presente todos los sectores sociales y analizar condiciones para construir la paz: *“Este*

propone una política sobre la justicia y la educación, además de poner al diálogo como eje fundamental de la paz, al igual que el anterior" (E82). Por otro lado, se encuentra un grupo que no está de acuerdo con lo que expresa, su postura se acerca a la de quienes se dieron cuenta que los discursos estaban trocados, mencionando la incoherencia con las posturas del personaje verdadero, pero no logran identificarlo plenamente: "es un discurso muy fantasioso en el que no se tienen unas prioridades más de acuerdo con las necesidades del país" (E88).

Por lo tanto, las orientaciones emocionales van a estar caracterizadas también por dos líneas, unas ligadas a la confianza en aquellas personas que se encuentran de acuerdo con el discurso y otras que tienen sentimientos negativos como desconfianza y resignación:

Siento calma, lo veo muy coherente y consistente, es un discurso que no tiene contradicción y que más o menos refleja un pensamiento social, más hacia la mirada de cultivar la igualdad en la sociedad, que un discurso más con una mirada capitalista, sino que es un discurso más social (E85). Provoca un aire de desconfianza, no solo por el idealismo de sus propuestas sino por el privilegio que le da a las fuerzas armadas (E88).

De allí que un pequeño grupo tiene dificultades para identificarse con las ideas expuestas, están inconformes con la postura del discurso, pero, no logran identificar con claridad qué es lo que pasa, así que se limitan a justificarse y resaltar de alguna manera que aquel discurso es incoherente con el candidato, sin afirmar claramente que no es el discurso de su líder.

Participantes "petristas" que se dieron cuenta

Estos participantes (7 en total) manifiestan aprobación al discurso de "Uribe" pues se percataron que dicho discurso pertenecía a Gustavo Petro, de allí que validen las ideas, resaltando el Estado social de derecho, reconociendo la paz como objetivo primordial, la participación de los actores armados, la importancia de darle prioridad a los derechos humanos y la justicia social. Esencialmente, resaltan cómo dicho discurso va de acuerdo con su filosofía, valores,

posturas e ideas. Esto quiere decir que este pequeño grupo hace una lectura juiciosa de los textos expuestos y no se deja llevar de inmediato por los nombres. Aunque el personaje sigue siendo importante han podido introyectar sus posturas de tal forma que reconocen sus ideas y línea política:

La principal razón es que pone los derechos y las libertades civiles en el centro del discurso de la paz, resaltando la obligación del Estado social de derecho de garantizar tanto la paz como el bienestar de la ciudadanía. Habla de actores armados y reconoce éste como un conflicto multipolar que se compone de varios actores y no uno solo. Exalta el diálogo como vía ideal para alcanzar la paz mientras ataca la guerra. Ataca una seguridad democrática que se basó en exaltar la guerra y violentar a los ciudadanos (E78.)

De acuerdo con lo anterior, la mayoría de estos participantes va a expresar emociones positivas como confianza, alegría, inspiración, deseo por la paz y esperanza. De otro lado, el discurso de “Petro” va en contra de la postura política de estos participantes, por esto, argumentan que es un discurso contradictorio que se asimila a la derecha colombiana y a partir de esto empiezan a refutar los temas con los que están en desacuerdo, remarcando no estar de acuerdo con los valores allí propuestos y que la institución no debe de ser la prioridad para un proceso de paz. Identifican que es un discurso más de corte “uribista”, resaltando la incoherencia del contenido y su supuesto locutor, identificando que dicho discurso no representa las ideas que conocen de Gustavo Petro. Por esta razón, sentimientos como desconfianza e incoherencia son los que priman en estos participantes, develando también la postura política de cada uno:

En este discurso se menciona paz fundamentada en varios “valores”. Uno de estos es la justicia institucional, cómo va a ser posible que se nombre a éste como primordial para una era de paz (E80). Este fragmento de la paz (...) es muy genérico y ambiguo y poco representativo de lo fundamental de Petro (E79).

Discusión

Los resultados muestran gran parecido en las creencias y orientaciones emocionales de ambos grupos, en relación con el líder político adverso y sus seguidores. Se puede decir que mantienen las mismas dinámicas y que fabrican su visión de la realidad desde ciertos discursos parciales que, en la mayoría de entrevistados, no permite un análisis del texto sin alejarse de sus preconcepciones, siendo predominantemente polarizados y polarizadores. Coinciden, con la definición dada por Martín-Baró (1983), en la que los puntos de vista se reducen cada vez más a dos esquemas opuestos y excluyentes.

Ambos, "uribistas" y "petristas", mostraron mayoritariamente, por lo menos en este ejercicio investigativo, una constante devaluación del grupo y figura opuesta y una autolegitimación propia (Borja, Barreto, Sabucedo & López, 2008; Trujillo, 2009, citado en Torres. et al, 2017, Bar-Tal, 2013), de acuerdo con las creencias preexistentes y el sesgo de confirmación o cámara del eco (Baum & Groeling, 2008; Fiorina, 2016; Garret, 2009; Martin & Yorukoglu, 2014; Prior, 2013, Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño, 2020), fenómeno que se produce cuando se da un proceso de reafirmación de las posturas y creencias adquiridas en relación con nuevos contenidos recibidos (Levandursky, 2013). Esto significa que las personas tienden a identificar solamente la información que es similar o semejante a aquello que creen y piensan, reforzando su posición. Consumen medios informativos coincidentes con sus puntos de vista, como sucede en Norteamérica con el consumo de Fox News en la población conservadora (Levandusky, 2017) o RCN en Colombia (López de la Roche, 2019).

Además de lo anterior, puede identificarse un proceso de devaluación reactiva, en la cual la propuesta del otro es rechazada, por simplemente venir del adversario (Ward, Atkins, Lepper, & Ross, 2011), tal como se infiere que sucedió con la mayoría de los participantes, quienes no se dieron cuenta que ambos discursos estaban trocados y se opusieron al contrario solo por provenir de esa figura. Igualmente, no se dieron cuenta que entran en un juego constante de deslegitimación mutua, al tiempo que se autolegitiman y validan su posición.

Esta deslegitimación, definida como el uso del discurso como medio para invalidar al contrario, al tiempo que se valida la postura propia (Borja, et al, 2008; Bar-Tal,, 2013), se manifestó en exageraciones, descalificaciones, metáforas o insultos para diferenciar a un personaje del otro, extendido en muchos casos a sus seguidores, invalidando mutuamente sus discursos y propuestas, desde un formato “nosotros/ellos”, donde cada bando busca legitimarse y marginar al contrario. Al personaje y al grupo adversario se les trató de mentirosos, ignorantes, ingenuos, irracionales, radicales, etc. Así pues, ellos son los malos, los ignorantes, los maleables y nosotros los buenos, los que sí comprendemos, los que sí queremos el bien del país.

Así pues, se han ido construyendo en Colombia creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas que hacen las veces de barreras sociopsicológicas para la paz (Bar-Tal, 2007, 2013; Barrera & Villa Gómez, 2018), que generan prácticas sobre el entramado social y dificultan la resolución del conflicto: el miedo a volverse Venezuela, el gobierno actual como narcotraficante, la acusación de “guerrillistas” o de “comunistas” no son más que construcciones sociales que se encarnan en la subjetividad, en los procesos de pertenencia grupal y en las identidades de estos participantes, deviniendo en una dificultad real y concreta para encontrar salidas colectivas al conflicto político y armado colombiano. En algunos casos, se llega a niveles de deshumanización del “otro” (Maoz & McCauley, 2008): una incapacidad de que ese “otro” devenido “enemigo” pueda estar dentro de la sociedad, pues no encaja en ésta, al ser un peligro, inferior o inmoral. Lo que puede conducir a posturas en las que se le niega al otro sus derechos, generando desconfianza e incapacidad para producir empatía (Nagar & Maoz, 2015) y de allí la legitimación, la indiferencia o la indolencia frente a su sufrimiento.

Así pues, la devaluación reactiva suele emerger en contextos polarizados y con un conflicto ideológico prolongado en el tiempo (Maoz & Eidelson, 2007). En el caso palestino israelí, y según esta autora, la postura tomada por judíos-israelíes cuando se les presentaba una noticia, dependía menos de su contenido, que de la forma como había sido asumida por los palestinos: cuando se les decía que

el contenido de la noticia había sido rechazado por los palestinos, la consideraban, pro-israelí. Por el contrario, la consideraban pro-palestina, cuando era aceptada por los palestinos, siendo entonces rechazada. Esto también ocurre con las posturas tomadas por los "uribistas" y "petristas" que no se dieron cuenta, pues no es posible encontrar un punto donde ambos grupos se vean beneficiados: son opuestas e innegociables puesto que, desde la percepción de cada uno, el "otro" planea desestabilizar al que se pertenece.

En otra investigación también realizada en el conflicto palestino-israelí se argumentó que

"los partidarios de ambos lados devaluaron los signos positivos y las estrategias moderadas del oponente y expresaron su escepticismo acerca de la moderación declarada de las intenciones del otro [...] Si bien las élites vieron las propuestas ofrecidas por su propio lado como soluciones integradoras de las que ambas partes se beneficiarían, vieron las propuestas del otro lado en términos distributivos más simples, de "suma cero", es decir, como ganancias para el otro lado, a expensas de su propio lado. Estos hallazgos sugieren claramente la operación de la devaluación reactiva, así como los sesgos más generales "egocéntricos" y de "endogrupo" (Hunter, Stringer y Watson, 1991; Citados en Maoz & Ross, 2002, p.5).

Este mismo argumento coincide con los hallazgos de la presente investigación, donde parece darse una "suma 0" entre ambos grupos, puesto que las posturas del adversario parecen generar perjuicio al país, mientras las mejores opciones serán las generadas por su endogrupo.

Siguiendo las respuestas ofrecidas en la presente investigación podrían identificarse dos posturas claras y diferenciadas en torno a la paz y al conflicto por parte de los "uribistas" y los petristas", que pueden interpretarse como opuestas e irreconciliables, o como complementarios, dependiendo de la forma cómo se concibe al interlocutor: como enemigo o como miembro legítimo del todo social. Los "uribistas" parecen centrarse en la necesidad de justicia, entendida como castigo, buscando que un proceso de paz no permita la impunidad. Esta visión puede intentar satisfacer una

necesidad de retribución de parte de quien ha hecho daño, pero, puede llegar al límite del sometimiento, en la que ya no podría hablarse de un acuerdo de paz. Por su parte, los “petristas” han enfatizado en la necesidad del diálogo, el reconocimiento de la insurgencia como actor político, lo que implica negociación y concesiones de ambos lados.

Si se mira bien, ambas perspectivas, con sus matices, podrían ser complementarias y constituirse en pilares de un proceso de paz sólido. Por lo que puede inferirse, que más allá de las propuestas, están las creencias y las orientaciones emocionales hacia el otro, que se convierten en obstáculo para construir la paz con ese “ellos”. De tal manera que es ilustrativo que cada bando acuse al otro de “polarizar” y se le nieguen sus argumentos, puntos de vista y visiones de sociedad. Por todo lo anterior, se entiende el fenómeno de la polarización en el contexto colombiano entre “petristas” y “uribistas” como una barrera psicosocial para la construcción de paz, puesto que se piensa que existe un abismo inconmensurable entre ambos puntos de vista, imposibilitando el diálogo y el reconocimiento de las diferentes posturas que pueden existir en una democracia legítima. Este es un verdadero reto, puesto que, como lo desarrolló Tajfel (1984), es normal generar categorías para organizar la realidad. La tarea consistirá en educar para que estas categorías reconozcan la humanidad que habita en el otro y no se deshumanice, ni devalúe. De tal manera que puedan coexistir, dialogar, debatir y construir espacios políticos de negociación y transformación.

Ahora bien, esto es un problema en la historia política de Colombia, permeada por un constante ataque a las diferencias ideológicas (polarización), devaluación reactiva, deslegitimación y deshumanización del adversario, como en las luchas entre liberales y conservadores desde 1830 hasta la década del 50 del siglo XX, como en la lucha anticomunista durante la guerra fría y, ahora, con esta perspectiva de derecha e izquierda, que se recoge en la presente investigación. En este marco histórico, el reconocimiento del otro se ha hecho casi que imposible, puesto que se siguen replicando estas formas de ver, nombrar y no reconocer al “otro”, basadas en creencias que se configuran como estereotipos y orientan cognoscitivamente a

la persona, determinando qué datos de la realidad va a captar, cómo se van a recibir y cómo se van a interpretar.

De esta forma, se preservan ciertos sesgos que descartan la información conflictiva y privilegian la más confirmadora, aportando así a la ideologización de las acciones colectivas, explicando sus "verdaderas" causas y ofreciéndoles justificación moral, lo que mantiene una diferenciación social entre "buenos" y "malos", en una referencia mutua y dinámica que puede cambiar, según las circunstancias y necesidades, en una imagen especular (Martín-Baró, 1990) que genera calificativos y conductas de acuerdo con sus respectivos estigmas, por ejemplo: *"pero sí tengo claro que no me gustan las ideas del comunismo"* (E29), O los Petristas a Uribe *"... un político tan vinculado con los paramilitares y el narcotráfico..."* (E87).

Por lo tanto, se hace necesario preguntarse sobre la necesidad de la aceptación de la diferencia, que va más allá de comprender al otro, porque eso de ser posible, no sería necesario, pues implica un autocuestionamiento continuo que nos haga ver que en el fondo de todos nosotros no hay nada por fuera del entramado social, que estamos atravesados por miles de voces con los mismos derechos, pues "el problema no es que no nos entendamos, eso es normal, entre personas con posiciones e intereses diferentes, el problema más serio es que *no entendemos que no nos entendemos*" (Ichheiser, Citado por Crespo, 2015). Parece difícil en contextos gobernados por discursos de miedo y odio, por desconfianzas con los otros y extrañas dificultades para ver a los demás como humanos, naturalizando prácticas sociales divisorias, pero entrados en gastos, habiendo pasado por lo que hemos pasado como país, es importante dejar de responsabilizar al adversario, hacernos responsables por el conflicto y volvernos dueños de nuestra historia.

Referencias

- Avendaño, M. & Villa Gómez, J.D. (2021). Polarización Política y Relaciones Familiares: Prácticas relacionales y mecanismos de configuración de la postura política como barreras psicosociales para

- la democracia y la paz en Medellín. *El Agora USB*, 21(1): 34-60. Doi: 10.21500/16578031.5472
- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs of intractable conflicts. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22-50.
- Bar-Tal, D. (2007). Sociopsychological Foundations of Intractable Conflicts. *American Behavioral Scientist*, 50(11), 41-67. Recuperado de: <http://online.sagepub.com>
- Bar-Tal, D. (2010). Culture of conflict: involvement, institutionalization, and consequences. *Personality, Human Development, and Culture: International Perspectives on Psychological Science*, 2, 183-198.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. University Press.
- Bar-Tal, D. (2017). Intractability from a Sociopsychological Approach. In H. Giles & J. Harwood (Eds.) *Encyclopedia of intergroup communication*. Oxford University Press.
- Bar-Tal, D., & Halperin, E. (2014). Barreras sociopsicologicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social*, 29(1), 15-30.
- Barrera, D. & Villa Gómez, J.D. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El ágora USB* 18 (2), 459-478.
- Barreto, I. & Borja, H. (2007). Violencia política: algunas consideraciones desde la psicología social. *Revista Diversitas Perspectiva Psicologica*, 3(1): 109-119.
- Baum, M., & Groeling, T. (2008). New media and the polarization of American political discourse. *Political Communication*, 25(4), 345-365.
- Borja, J., Barreto, I., Sabucedo, J., & López-López, W. (2008). Construcción del discurso deslegitimador del adversario: gobierno y paramilitarismo en Colombia. *Universitas Psychologica*, 7(2), 571-583.
- Borja, H. et al. (2009). Creencias sobre el adversario, violencia política y procesos de paz. *Psicothema*, 21 (4), 622-627.
- Crespo, E. (2015) No hay nada malo en ser diferente: notas sobre la psicología crítica de Gustav Ichheiser. *Revista de historia de la psicología*. 36(3), 25-48.
- Díaz-Pérez, I.L., Saavedra-Flórez, T., Caicedo-Muñoz, S. & Sánchez-Jaramillo, C.A. (2021). Ethos atribuido al conflicto armado durante la implementación del acuerdo de paz por la instancia ciudadanía en Cali-Colombia. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 137-180). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

- Espín, J. (2009). "El análisis de contenido: una técnica para explorar y sistematizar información". *Revista de Educación*, 4, 95-105. Tomado de: <http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/1913/b15141895.pdf?sequence=1>
- Fiorina, M.P. (2016) Has the American public polarized? Ensayo. Hoover Institution. En: <https://www.hoover.org/research/has-american-public-polarized>
- García-Gaudilla, M. (2003). Politización y polarización de la sociedad civil venezolana: las dos caras frente a la democracia. *Espacio Abierto*, 12(1), 31-62
- Garrett, R.K. (2009) Echo chambers online?: Politically more selective exposure among Internet news users. *Journal of computer-mediated communication*, 14(2), 265-285.
- Gómez, D.C., Bohórquez, L., & Villa Gómez, J.D. (2021). Entre la ley del talión y la coexistencia armónica. Creencias sociales sobre justicia, reconciliación y reintegración en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 323-364). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- González Rey, F. (2017). La Epistemología Cualitativa y el estudio de la subjetividad en una perspectiva cultural-histórica. *Conversación con Fernando González Rey. International Research in Early Childhood Education* 7(1), 161-181.
- Haidt, J. (2019). La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata. Ariel-Planeta.
- Halperin, E., & Pliskin, R. (2015). Emotions and Emotion Regulation in Intractable Conflict: Studying Emotional Processes within a Unique Context. *Advances in Political Psychology*, 36, 119-150.
- Levendusky, M. (2013) Why do partisan media polarize viewers? *American Journal of Political Science*, 57(3), 611-623. <https://doi.org/10.1111/ajps.12008>
- Levendusky, M. (2017). Partisan media and polarization: challenges for future work. *Research Encyclopedia of Politics*. 1-16. DOI: 10.1093/acrefore/9780190228637.013.50
- López de la Roche, F. E. (2019). Posverdad, ideología y odio en la movilización del Centro Democrático del 1 de abril de 2017 contra el presidente Santos y el proceso de paz: análisis del registro fotográfico del evento. En: Roncallo-Dow, S.; Cárdenas Ruiz, J.D. y Gómez Giraldo, J.C.

- (Eds.) *Nosotros, Colombia... Comunicación, paz y posconflicto*. (pp. 41-80). Universidad de la Sabana y Editorial Eafit.
- Martin, G., & Yorukoglu, A. (2014). Bias in cable news: Persuasion and polarization. *American Economic Review*, 107(9): 2565-2599.
- Martín-Baró, I. (1983) *Polarización social en El Salvador*. Estudios Centroamericanos, ECA, 38 (412), 129-142.
- Martín-Baró, I. (1990). El impacto psicosocial de la guerra. *Psicología social de la guerra: Trauma y Terapia* (4-13). El Salvador: UCA Editores.
- Maoz, I., Ward, A., Katz, M., & Ross, L. (2002). Reactive Devaluation of an "Israeli" vs "Palestinian" peace proposal. *Journal of Conflict Resolution*, 46(4), 515-546.
- Maoz, I. (2012) The Face of the Enemy: The Effect of Press- Reported Visual Information Regarding the Facial Features of Opponent Politicians on Support for Peace. *Political Communication*, 29(3), 243-256.
- Maoz, I., & Eidelson, R. (2007). Psychological bases of extreme policy preferences: how the personal beliefs of Israeli-Jews predict their support for population transfer in the Israeli-Palestinian conflict. *American Behavioral Scientist*, 50(11), 1476-1497.
- Maoz, I. & McCauley, C. (2008) Threat, Dehumanization, and Support for Retaliatory Aggressive Policies in Asymmetric Conflict. *Journal of Conflict Resolution*, 52(1), 93-116.
- Nagar, R. & Maoz, I. (2015) Predicting Jewish-Israeli Recognition of Palestinian Pain and Suffering. *Journal of Conflict Resolution*, 61(2), 372-397.
- Pécaut, D. (2003) *Violencia y política en Colombia*. Elementos de reflexión. Hombre Nuevo Editores.
- Prior, M. (2013). Media and political polarization. *Annual Review of Political Science*, 16(1), 101-127.
- Rico Ravelo, D. & Sottillotta, C.E. (2020). Barriers to Peace? Colombian Citizens' Beliefs and Attitudes Vis-à-Vis the Government-FARC-EP Agreement. *Studies in Conflict & Terrorism*, DOI: 10.1080/1057610X.2020.1752008
- Tajfel, H. (1984) *Grupos humanos y categorías sociales: estudios de psicología social*. Herder.
- Torres-Marín, J., Navarro-Carrillo, G, Dono, M., & Trujillo, H. M. (2017). Radicalización ideológico-política y terrorismo: un enfoque psicosocial. *Escritos de Psicología*, 10, 134-146.

- Velásquez, N., Barrera, N. & Villa Gómez, J.D. (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín-Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*, 13(1): 149-174.
- Villa Gómez, J.D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona y F. Moreno, (ED.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365-387). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Villa Gómez, J.D., V. Andrade & L.M. Quiceno, V. (Edt) (2021), *Ethos del Conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia*, Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D. & Arroyave, L. (2018). Creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas sobre la paz negociada en ciudadanos de Medellín. *Kavilando*, 10(2), 449-469.
- Villa Gómez, J.D., Quiceno, L., Aguirre, V. & Caucil, E. (2019). El fenómeno de la polarización entre "petristas" y "uribistas" de la ciudad de Medellín: Creencias y emociones movilizadas en los grupos frente al adversario y sus respectivas figuras políticas. *Kavilando*, 11(2): 266-287.
- Villa Gómez, J.D., Velásquez, N., Barrera, D. & Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1): 18-52.
- Ward, A. Atkins, D. Lepper, M. & Ross, L. (2011). Affirming the Self to Promote Agreement With Another: Lowering a Psychological Barrier to Conflict Resolution. *Personality y social psychology bulletin* 20(10), p. 1-13.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 8

“Yo no sé si se puede separar la postura política de lo que una persona es”.
Construcción de identidad social
y relación con la diferencia política
en familias

Natali Velásquez Cuartas¹
Daniela Barrera Machado²
Juan David Villa Gómez³

Resumen

El objetivo del presente capítulo es comprender cómo se vive la diferencia política en las familias, a partir del papel que tienen en la construcción de las identidades sociales de sus miembros los siguientes elementos: pertenencia a un grupo familiar, marco cultural y posiciones asumidas frente al espectro político, particularmente en el marco del proceso de negociación política del conflicto armado entre el gobierno colombiano y las FARC-EP, como la forma en que se valora dicha pertenencia. Se desarrolla una metodología cualitativa, mediante la entrevista en profundidad

-
- ¹ Psicóloga, Especialista en Intervenciones Psicosociales y en Psicología Social Aplicada; Magíster en Psicología Social. natalivelasquezcuartas@gmail.com
- ² Psicóloga, Especialista en Psicología Social Aplicada, Magíster en Psicología Social y Docente Investigadora del Grupo Interdisciplinario para el Desarrollo del Pensamiento y la Acción Dialógica- GIDPAD, adscrito al CIDEH de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. daniela.barreramachado@gmail.com
- ³ Docente Asociado de la Facultad de Psicología y Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicólogo y Doctor en Migraciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo. Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, Sociedad y Trabajo: juan.villag@upb.edu.co. <http://orcid.org/0000-0002-9715-5281>

de 20 participantes, pertenecientes a 10 familias del municipio de Medellín, con posiciones políticas diferentes frente al “proceso de paz”, elegidos a través de un muestreo por bola de nieve. Se hace uso del análisis cualitativo de contenido, que permite reconocer que en las familias se vive un silenciamiento de la diferencia política, que en muchos casos es leída como opuesta o antagónica, pues la noción construida del sí mismo, a partir de la diferenciación del “nosotros” y “ellos” se construye en la lógica de polarización de las posiciones políticas, sacralización religiosa y autoritarismo, incrustadas en marcos culturales que penetran el escenario familiar.

Palabras clave: barreras psicosociales, diferencia política, identidad social, relaciones familiares, polarización política.

Introducción

Un elemento muy importante en el análisis de la configuración de conflictos armados en el mundo es el papel que juega la construcción de identidades sociales en su mantenimiento, puesto que estas suelen estar ligadas a procesos de pertenencia, inclusión y arraigo de un sujeto en un escenario colectivo y en un campo socio-simbólico que funciona como alteridad, pero, al mismo tiempo lo constituye (Maldonado y Carrillo, 2011). Sea esta étnica, religiosa, partidista o nacional y, siguiendo a Maalouf (2007), pareciera que solo importa el propio punto de vista, las propias costumbres, historia y sufrimiento, reforzada por memorias literales (Todorov, 2002, 2013), en detrimento de la historia, las costumbres y la vida de un otro. Puesto que existe una clara construcción de una comunidad o un nosotros imaginado, memorias de un pasado compartido, mitos originarios o fundacionales, un sistema de normas morales y hasta unos procesos de apropiación territorial (Herranz & Basabé, 1999; Bar-Tal, 2003, 2013; Villa Gómez & Barrera, 2017), en los que una agrupación se reconoce a sí misma en detrimento de otra y en muchas ocasiones un grupo se afirma, excluyendo, señalando o estigmatizando al contrario.

¿Podría ser este un elemento que ha contribuido a configurar el conflicto armado colombiano y la dificultad para una solución política negociada del mismo? ¿Es una configuración solo de quienes toman las armas o también de la sociedad civil en general? Son preguntas que pueden alimentar el debate y que acompañan el presente texto, producto de la investigación sobre polarización en familias de la ciudad de Medellín, en el marco de la macro investigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”.

En el caso del conflicto armado colombiano, considerado como un conflicto insurgente-contrainsurgente, la construcción identitaria de los ciudadanos del común que no participan de los grupos armados, legales o al margen de la ley y que no han sido víctimas directas, tal vez no parezca un fenómeno de mayor relevancia de cara a pensar su mantenimiento o transformación. Sin embargo, diversos trabajos investigativos, en este y otros contextos, señalan cómo estos ciudadanos construyen un conjunto de narrativas del pasado, creencias compartidas y orientaciones emocionales colectivas sobre el conflicto, la paz y los actores armados que fundamentan la toma de decisiones, configuran prácticas, modos de relacionamiento y se cristalizan en una infraestructura psicosocial que puede mantener la cultura de la guerra y, por consiguiente, erigirse en barreras psicosociales para la construcción de la paz (Bar-Tal, 2003, 2007, 2010, 2013; Rico & Sottiolotta, 2020; Villa Gómez, 2019; Villa Gómez & Arroyave, 2018; Velásquez, Barrera & Villa Gómez, 2020; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera & Estrada, 2019; Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, González, Haber & Roa, 2019, Villa Gómez & Patiño, 2021).

Estos repertorios psicosociales son producto y, a su vez, productores de procesos de categorización social, en lógica de “nosotros/ellos”, “amigo/enemigo”, marcos de significados que configuran enunciaciones y actitudes, valores y emociones, en función de los cuales los sujetos construyen una noción, que no es estática ni inmóvil, de lo que ellos mismos son y a partir de la apropiación o la diferenciación con respecto de ciertas posiciones políticas, sistemas de valores y con los sujetos o grupos que los portan (Butler, 2017;

De la Corte, 2004; Espinosa, Calderón-Prada, Burga & Güímac, 2007; Velásquez et al, 2020; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera Machado & Estrada, 2019).

Es decir, dichos sistemas no solo brindan una idea sobre las cuestiones políticas particulares que refieren, por ejemplo: el proceso de paz, las guerrillas, los paramilitares, la izquierda, la derecha, etc., sino que también permiten a los sujetos generar construcciones simbólicas y emocionales en torno a una concepción de sí mismos, según su afiliación a un “nosotros” simbólico y su adscripción al sistema de creencias, valores y fundamentos morales compartidos por este. De esta manera, una parte del autoconcepto se termina construyendo a partir del conocimiento que los sujetos tienen de su membresía simbólica a un grupo o a un proyecto social y político con el que comparten creencias, narrativas y orientaciones emocionales colectivas y de la valoración que hacen de dicha membresía (Maalouf, 2007). Tajfel (1984) denominó a esto “identidad social”, que suele generar procesos de comparación, favoritismo endogrupal e incluso de discriminación a quienes no hacen parte del grupo o se oponen a este.

En contextos de conflicto y violencia política prolongada, en los que se han cristalizado relaciones deshumanizantes y polarizadas (Martín-Baró, 1989), las interacciones intergrupales suelen estar cargadas de una percepción estereotipada del otro, como exogrupo, que posee un sistema ideológico diferente. De allí que pueda llegar a ser considerado, en vez de un otro diferenciado, en algunos casos, como enemigo absoluto, lo que fragmenta el tejido social y da lugar a la legitimación e incluso la naturalización de una serie de prácticas violentas, en cuya base se encuentra una lógica de eliminación real o simbólica del otro y su amenazante diferencia (Bar-Tal, 2003, 2013; Bonilla-Neira, 2020; Lozada, 2004; Martín-Baró, 1988, Villa Gómez, 2019).

Ahora bien, esta pretensión de silenciar o incluso eliminar la diferencia no solo tiene lugar en las interacciones intergrupales, sino también en las intragrupalas. Al respecto, hay que recordar que la adhesión a las normas descriptivas o prescriptivas de un grupo y la subyacente conformidad con el mismo es aprobada y genera orgullo

y admiración entre sus miembros, mientras que la desviación de dichas normas produce desaprobación e incluso vergüenza (Suhay, 2015) y, en escenarios de conflicto, puede polarizar las relaciones y dar lugar a una serie de castigos sociales, como lo describen Marques & Páez (1994), haciendo alusión al efecto oveja negra:

La devaluación de los malos sujetos, de las ovejas negras, sería un castigo subjetivo, orientado a defender la imagen del grupo mediante una versión interna del castigo ejemplar público a los malos ejemplos y de la presión grupal para que estos vuelvan al redil. Igualmente, la glorificación de los buenos sujetos sería una recompensa subjetiva, una versión subjetiva de las ceremonias públicas de glorificación de los héroes (Marques & Páez, 1994, s.p.)

Es importante puntualizar que la consideración de unos sujetos como malos u ovejas negras parte, precisamente, de la percepción de grupo frente a quienes se diferencian y distancian de unas normas y prácticas comunes. Esto permite comprender que en las familias, como endogrupo, que además se diferencia de otros por sus implicaciones afectivas y por las características de los vínculos que se tejen entre sus miembros, se presenten una serie de prácticas que podrían ser consideradas como sanciones de tipo afectivo y/o moral cuando algunos de sus integrantes asumen una ideología política, religiosa o cultural diferente, considerada como contraria a la compartida por el resto de sus miembros y transmitida intergeneracionalmente y sobre todo cuando esto sucede en el marco de momentos históricos de coyuntura, como en el caso de Colombia. Entre estas prácticas se encuentran el recibimiento de etiquetas ideológicas y calificativos peyorativos, la mofa, el insulto y la agresión, como el pacto de silencio o de falso acuerdo (Velásquez et al, 2020; Avendaño & Villa Gómez, 2021). Todas estas están cargadas de violencia simbólica, que pretende negar, silenciar, excluir y homogeneizar. Acciones que se encuentran en contravía con la posibilidad real de generar las transformaciones culturales necesarias para lograr la paz.

Vale recordar que la construcción de paz no solo depende de cambios económicos, sociales y políticos, sino que exige dismantelar la cultura de la guerra y elaborar el trauma psicosocial y las relaciones deshumanizantes que traen aparejadas tras décadas sucesivas de violencia (Barrera &

Villa Gómez, 2018; Girón, 2015; Martín-Baró, 1988). Es necesario entonces atender a las creencias, los valores, las emociones, la calidad de las relaciones, como las identidades que configuran los sujetos, pues todo esto da cuenta de la cultura política construida, que en el caso colombiano involucra, entre otras características, el autoritarismo y la histórica exclusión de la diferencia y la oposición. En nuestra cultura “el diferente, en política, no es un opositor, es un enemigo, al que hay que constreñir o si es el caso, eliminar” (Girón, 2015, p. 44; Cfr. Angarita, et al, 2015; Gallo et Al, 2018, Villa Gómez, 2019). Todo esto lacera las bases fundamentales para la democracia, impidiendo ensanchar las diferencias y dar cabida a la pluralidad.

En consonancia con lo anterior, el presente capítulo pretende comprender cómo se vive la diferencia política en las familias a partir del papel que tienen en la construcción de las identidades sociales de sus miembros los siguientes elementos: pertenencia a un grupo familiar, marco cultural y posiciones asumidas frente al espectro político, como la forma en que se valora dicha pertenencia. El telón de fondo es el proceso de paz entre el Gobierno Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC-EP, el cual generó escenarios de polarización con importantes consecuencias en las relaciones familiares.

Cuando se revisa la historia sociopolítica de Colombia, se reconoce la Violencia de los años 50 como un fenómeno que involucró un alto compromiso identitario por parte de la población, la cual se vio dividida entre dos partidos políticos, el liberal y el conservador, que no solo eran proponentes de un modo de organización particular de la sociedad, la economía y la política, sino también

[...] verdaderas subculturas transmitidas de generación en generación. De allí se deriva que [para la época] el conflicto no opone solo a los “activistas”, que se reclaman de una obediencia o de otra, sino que se nutre también de pasiones compartidas por la mayor parte de la población (Pécaut, 2015, p. 148).

Se trató de un conflicto que involucró los fundamentos identitarios personales y colectivos de los colombianos, impactando de manera

importante los procesos de socialización familiar (Guzmán Campos, Fals Borda & Umaña Luna, 2005; Pécaut, 2015) y que generó unas configuraciones culturales que aún prevalecen, como se señalará más adelante y como lo señalaron Villa Gómez, Díaz-Pérez, Barrera, Velásquez & Avendaño (2021).

Con el cambio de la violencia bipartidista hacia un conflicto armado insurgente y contrainsurgente, se transforma la participación e involucramiento de la población civil, que en su totalidad ya no se adscribe abiertamente a un bando o al otro y que, en general, asume un papel pasivo en la confrontación. Sin embargo, su experiencia de victimización y su relación con los actores armados, ya sea de manera directa o a través de la construcción simbólica que sobre estos realizan los medios de comunicación y otras instituciones sociales, les permite a las personas relacionarse con estos fenómenos a través de creencias sociales construidas, narrativas del pasado, orientaciones emocionales colectivas y prácticas materializadas en la cotidianidad. Estos repertorios psicosociales no solo se alimentan de las vivencias del presente, sino también del marco simbólico y cultural que la historia de violencia ha configurado, incidiendo en las prácticas que se asumen y las decisiones que se toman.

Ahora bien, siguiendo a Gallo et. al. (2018), el período 2002–2010 se convirtió en una etapa en la cual el discurso de los medios de comunicación y otras instancias estructurantes de la opinión pública y las subjetividades estuvo permeado por una lógica amigo-enemigo, que fue formando alinderamientos identitarios que se definían desde una perspectiva axiológica: “los buenos somos más”, “Colombia es Pasión” y otros mensajes que buscaban establecer un marco de identidad con un proyecto político cuyo fin era el triunfo militar del Estado (las fuerzas del bien y del orden), sobre las FARC, relato que permitió la configuración de un referente de nación para Colombia y que buscaba un marco de significado con base en valores como la unidad, el patriotismo y la victoria (militar). De tal manera que la construcción de país podría resumirse en una máxima: “lo que nos une es que este sea un país sin FARC”. (Omar Rincón, en el documental “Apuntando al Corazón” – Gordillo & Federico, 2013).

Así pues, la experiencia continuada de la violencia ha generado que el mecanismo psicosocial de construcción del enemigo sea uno de los pocos referentes identitarios con los que cuenta la población colombiana (Blair, 1999), como un legado simbólico histórico que se actualiza y materializa en las relaciones presentes, establecidas no solo con asuntos asociados al conflicto armado o la guerra sino a la política en general y la forma como se vive en los escenarios cotidianos (Velásquez et al, 2020). Blair (1995) sugiere que “la sociedad colombiana es una sociedad armada” (p.47), expresión cuyo significado no solo designa su participación en actos de violencia armada o a la militarización, sino que puede extrapolarse para dar cuenta de la constante actitud de defensa, ataque y persecución del enemigo que acompaña la forma en que se viven los asuntos políticos, es decir, de una mentalidad guerrerrista que se ha cristalizado en parte de la población, permeando imaginarios colectivos, prácticas sociales e identidades.

Como lo muestra del papel de estos repertorios psicosociales en la toma de decisiones por parte de la población civil que no ha sido víctima directa del conflicto armado, figuran las interacciones generadas alrededor del plebiscito al que fueron sometidos los acuerdos de paz entre el Gobierno de Colombia y las FARC-EP en el año 2016, en las cuales se evidenciaron dinámicas de polarización y construcción de enemistad en la vivencia de lo político y cómo esto supone obstáculos para la construcción de paz (Rodríguez-Raga, 2017; Basset, 2018).

A este escenario se abonan tres fenómenos propios de la cultura política y del devenir histórico del país como son la sacralización de la política, la polarización sociopolítica y el autoritarismo cultural, que impactan identidades y formas de relacionamiento que establecen los sujetos en diversos escenarios, entre estos, el familiar. El primer fenómeno apunta a la sacralización de la política, lo que le confiere una carga religiosa y moral, desde la cual ciertas entidades (partido, nación, líder, etc.) se convierten en centros de fe y lealtad (Souroujon, 2016). Esto produce efectos en la percepción que se tiene tanto de la política como del oponente, es decir, del “otro”. Esta sacralización se reforzó con la Violencia de los 50, momento en el cual los partidos se erigieron en comunidades imaginadas de

sentimiento, sentido y referentes de identidad. Actualmente, esa sacralización se evidencia en la ausencia de referentes colectivos de lo público, es decir,

[...] la ausencia de formas de sociabilidad que permitan construir referentes colectivos "instituidos de sentido", al margen de concepciones sacras y totalizantes, de principios sagrados, de "causa común" y trascendente, de verdades absolutas de naturaleza mesiánica, con las cuales se asume la política (Blair, 1995, p.52).

Se adolece de una mentalidad que rompa con la fundamentación trascendente y con el endiosamiento y/o demonización de personajes políticos, que será posible a través de unas socialidades secularizadas, pues

La idea de trascendencias immanentes, de la sacralización de lo político, se aleja de la creencia en divinidades supranaturales propia de las religiones tradicionales, religiones con la que en muchas ocasiones mantiene una relación de tensión, lo que aquí se sacraliza son entidades sociopolíticas [...] En consecuencia las trascendencias immanentes se erigen como un criterio de legitimidad que inhibe cualquier tipo de cuestionamiento y un criterio de identidad que tiende a las articulaciones homogéneas (Souroujon, 2016, p. 19).

Vale la pena preguntarse cómo la sacralización enunciada genera consecuencias prácticas en la relación que se establece con lo político en el escenario familiar e incide en la forma como se construyen las identidades y en la relación con la diferencia política.

El segundo fenómeno remite a la polarización sociopolítica. Como consecuencia de la ausencia de referentes de construcción de identidad social y nacional al margen de las imágenes sacralizadas de la Iglesia, el partido y, ahora, la figuras o personajes políticos⁴, se suelen tramitar los conflictos, que surgen como consecuencia de la diferencia, en términos de dicotomías, bipolaridades y lógicas de amigo/enemigo (Blair, 1995). De este modo, las diferencias y las

⁴ Como lo muestra el capítulo 7 del presente libro.

respectivas posiciones se polarizan en extremos excluyentes, dando lugar a diversas formas de violencia (Lozada, 2004).

El tercer fenómeno es el autoritarismo cultural. La socialización desde patrones fuertemente religiosos y la histórica presencia de la violencia en diferentes escenarios del territorio nacional, ha generado consecuencias culturales importantes, caracterizadas por un poder vertical y por la imposición como vía privilegiada para el tratamiento de los conflictos (Uribe, 1993). A esto se suma la tendencia a obedecer a la autoridad, no solo la representada por el Estado, sino autoridades en el plano de lo político y lo familiar, lo que a su vez se relaciona con el fenómeno de la conformidad, por medio del cual las personas aceptan el juicio que la mayoría terminan avalando, aceptando y actuando de formas que, de otra manera hubieran reprochado (Blair, 1995).

La construcción de identidades, a partir de estos referentes, favorece la adhesión a matrices morales, resultado de la unión simbólica y emocional de los sujetos a ciertos “bandos políticos” con los que comparten un sistema de creencias y valores, cerrándose a otras alternativas. Así, “las opiniones políticas funcionan como insignias de membresía social” (Haidt, 2019, p. 133), que vinculan a los sujetos al “nosotros”, mientras construyen un límite imaginario con el “ellos”, lo que termina generando ciertos modos de relación y comportamiento (Oren & Bar-Tal, 2006). Si bien las matrices morales permiten unir a algunas personas bajo un repertorio simbólico compartido, también las lleva a desconocer la posibilidad de que existan otras matrices además de la propia, lo que dificulta que puedan al menos considerar la legitimidad o validez de diferentes “verdades morales”, a la hora de construir juicios y de orientar a la sociedad (Haidt, 2019).

En el caso de Haidt (2019), es importante aclarar que, pese a su postura en la que presenta las matrices morales con una base genética no determinante, pero, que se reescribe en la interacción del proceso evolutivo y de socialización, para la presente investigación se asume como perspectiva la construcción psicosocial de estas matrices, considerando que la adhesión a estas no está al margen

de relaciones de poder, pues, como señala Martín-Baró (2003), los grupos dominantes despliegan una serie de mecanismos orientados a influir en la opinión pública, a construir un cierto sentido común y a generar en los sujetos ciertas actitudes, creencias y comportamientos que son funcionales en su dominación; es decir, un marco ideológico que provee un esquema cognitivo y valorativo y se instaura por la mediación de diversas instituciones sociales, como medios de comunicación, escuela y familia, manipulando las matrices morales ya construidas, en función de sus intereses (Villa Gómez, Velásquez, Barrea & Avendaño, 2020). Haidt (2019) sugiere que “partidos políticos y grupos de interés se esfuerzan por hacer que sus preocupaciones se conviertan en detonantes de tus módulos morales. Para obtener tu voto, tu dinero o tu tiempo deben activar al menos uno de tus fundamentos morales” (p. 199).

Cuando se activan estas matrices morales, los sujetos se vuelven inflexibles frente a la diferencia, asunto que está condicionado a la identificación con cierto grupo o proyecto político y a la diferenciación con respecto de otros. Ahora bien, vale la pena preguntarse qué sucede cuando surgen diferencias en los fundamentos morales de sujetos que pertenecen a un mismo grupo, como la familia. Considerando el carácter binario que asumen las matrices y el legado de construcción de enemistad absoluta, incipiente secularización y polarización sociopolítica que caracteriza la cultura política colombiana y que se erige en referente identitario para la población.

En esta línea, las desviaciones de un miembro del endogrupo, con respecto a las normas y al sistema de creencias compartidas por este último, en ocasiones se percibe como una amenaza, que tiene asociada una carga emocional negativa (desprecio/vergüenza), pues se considera que trastoca la claridad de las fronteras grupales y atenta contra la legitimidad y superioridad percibida en normas, creencias y valores del propio grupo (Marques & Páez, 1996; Suhay, 2015). Así pues, los miembros que no logran garantizar la conformidad y no sintonizan con los repertorios compartidos, pueden llegar a devenir vergonzantes y reciben reacciones y comportamientos aversivos, que buscan regularles y controlarles de forma más o menos violenta en función del marco cultural (Marques & Páez, 1996).

De allí la importancia de que la relación que las familias establecen con las diferencias políticas de sus miembros se comprenda asociada con la construcción de la identidad social pues, como se verá, la pertenencia a ciertos grupos o “nosotros” y, por consiguiente, a unos sistemas de valores, creencias y matrices morales particulares, da lugar a ciertas formas de vivir y tramitar la diferencia. Es necesario señalar que la familia es un grupo particularmente relevante en esta cultura, conformado por lazos de parentesco entre sus miembros y por una profunda carga afectiva que teje dichos lazos: tiene además un papel clave en la socialización política, contribuyendo ya sea a mantener el orden social y reproducir la cultura política o a generar algunas de las transformaciones necesarias para construir la paz (Banducci, Elder, Greene & Stevens, 2016; González, 2015; Iglesias, 1990; Pachón, 2008).

La familia es una institución fundamentalmente estructurante de la sociedad antioqueña. De hecho, tanto esta como las Iglesias poseen los mayores niveles de aglutinación y confianza por parte de la población del departamento (Centro de Análisis Político de EAFIT, 2013). Por esto, la presente investigación se remite al escenario familiar para reconocer la forma en que allí se vive la diferencia política y la participación que en esto tienen las construcciones identitarias que realizan los sujetos, a partir de su pertenencia a un grupo familiar, un marco cultural, un proyecto o posición política y de la forma en que dicha pertenencia es valorada. Teniendo como telón de fondo el proceso de paz entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC-EP, el cual generó escenarios de polarización con importantes consecuencias en las relaciones familiares.

Metodología

La presente investigación obedece a una metodología cualitativa, pues su propósito es construir comprensiones frente al problema abordado y apelar al recurso de la comunicación como vía privilegiada para aproximarse al carácter simbólico de las realidades, de manera situada y singular y en esta línea, del reconocimiento de la naturaleza interactiva de la producción de conocimiento (González Rey, 2006). Desde este marco y atendiendo al objetivo de la investigación, se realizaron las siguientes elecciones:

Unidades de trabajo: familias de la ciudad Medellín, con integrantes que manifiestan posturas políticas distintas sobre el Acuerdo de Paz, que no pertenecen a un partido político particular y que se ubican en un estrato social medio o alto.

Unidades de observación: relatos segmentados y codificados acerca del marco cultural, posiciones asumidas frente al espectro político, pertenencia a un grupo familiar, que dan cuenta de la construcción de identidades sociales.

Procedimiento de muestreo: se acudió a un procedimiento tipológico, intencional y por bola de nieve (Martínez, 2008). Se contó con la colaboración de un total de 10 familias, con las cuales se alcanzó el punto de saturación. Se entrevistó a dos miembros de cada una de estas, representantes de posturas políticas diferentes con respecto al acuerdo de paz. Se consideraron los siguientes criterios de selección de los participantes: familias que viven en la ciudad de Medellín, con cualquier tipo de composición, que tuvieran miembros con posturas distintas frente el Acuerdo de Paz construido entre el Gobierno de Colombia y las FARC.

Estrategia de recolección de información: se utilizó la entrevista semiestructurada en profundidad, debido a que esta permite adentrarse en la vida de los otros y que según Bonilla-Castro & Rodríguez (1997), puede definirse como "una conversación o intercambio verbal cara a cara, que tiene como propósito conocer en detalle lo que piensa o siente una persona con respecto a un tema o situación particular" (p. 93). El equipo de investigación desarrolló las entrevistas con base en una guía de preguntas formuladas previamente.

Plan de análisis: cada entrevista fue grabada, posteriormente transcrita y se le asignó un código para su identificación, en función del grupo familiar y de la postura frente al acuerdo de paz (acuerdo- desacuerdo), así: F3-A, F3-D, F4-A, F4-D, etc. Las transcripciones se sometieron a análisis cualitativo de contenido (Cáceres, 2003), a partir de un proceso de segmentación en matrices de coherencia, de los relatos derivados de las entrevistas en función del tema. Posteriormente, se configuraron matrices

intertextuales, donde se unieron contenidos similares y se crearon códigos para la categorización. Finalmente, se efectuó la interpretación, integrando todas las categorías.

Resultados

La investigación inicial tomó como punto de referencia la posición asumida por los sujetos (“de acuerdo”, “en desacuerdo”⁵) frente a los Acuerdos de Paz entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC-EP, en el marco de plebiscito del año 2016, lo que dio lugar a la comprensión de las consecuencias de la polarización política sobre las relaciones familiares (Velásquez et al, 2020). Ahora bien, en las conversaciones sostenidas con los colaboradores de la investigación se logra identificar que hay elementos que están presentes más allá de este hecho en particular y que dan cuenta de la participación de una tríada de aspectos dentro de su configuración identitaria, los cuales se relacionan entre sí y orientan la forma en que se maneja la diferencia política en el contexto familiar. Estos aspectos son: la pertenencia a un grupo familiar, el marco cultural (religión y región) y las posiciones asumidas frente al espectro político. A continuación, se profundizará en cada uno de ellos:

Pertenencia a un grupo familiar

La familia es el grupo primordial de referencia para la construcción identitaria de los sujetos. Allí tiene lugar parte de la socialización en las normas, valores, formas de ver el mundo, incluyendo la relación con la política. Varios de los participantes de la investigación refieren que en sus familias ha tenido lugar la transmisión de posturas políticas desde los bisabuelos o abuelos, quienes vivieron la violencia entre liberales y conservadores. Experiencia configuradora de una dinámica de polarización sociopolítica, como de la instauración

⁵ Nominación que se utilizará de aquí en adelante para referirse a los participantes.

de una lógica de negación y eliminación de la diferencia política dentro del mismo seno familiar. Sobre este punto, Arzayús-Penilla, et al. (2021), también presentan relatos sobre la forma cómo esta violencia era configuradora de las identidades de adultos mayores en la ciudad de Cali.

En esta línea, algunos participantes afirman que la política ha tenido un papel relevante en sus familias y recurren a la narración de experiencias que dan cuenta del rechazo que se genera hacia quien se diferencia de la postura considerada “correcta” y de las prácticas que se ponen en marcha frente a esto, en las cuales se colige la asimilación de lo diferente con lo malo en términos religiosos:

Hay una anécdota con la que yo sí te podría asegurar que mis abuelos maternos son de súper derecha; pues fueron, mi abuelo ya murió y mi abuela ya sí es de súper derecha; porque en la juventud de mi tío le quemaban los libros revolucionarios a él. No le dejaban nada de eso, “todo eso era satánico”, “era el diablo” y le quemaban esas vainas (F3-A).

La familia deviene en un grupo sociopsicológico, del cual los sujetos se sienten parte, comparten creencias grupales y desarrollan actividades coordinadas (Bar-Tal, 1990). Las familias construyen sistemas de creencias y sistemas morales que consideran propios, lo que comporta consecuencias identitarias para sus integrantes, en tanto definen el límite entre lo que “somos” y lo que “no somos”, así como el comportamiento prototípico que se espera de los miembros:

Nosotros creemos en el paquete de valores cristianos católicos: disciplina, esfuerzo, dedicación. Cosas muy locas, nosotros creemos, por ejemplo, que la familia es como una empresa, que hay un valor importante en la casa que es madrugar, eso es todo loco ahí pues, pero pa nosotros es importante que se madrugue, que se aproveche el tiempo, gracias a Dios di con una esposa que cumple con el mismo paquete de valores, nosotros no aceptamos que un hijo de uno esté todo el día echado viendo televisión, o en un tablet o con lo que sea, no vamos con eso (F7-D).

Las orientaciones y creencias políticas no se quedan al margen de esta exigencia de homogeneidad. De allí que las desviaciones de los sujetos con respecto al sistema de creencias “compartidas” suelen ser rechazadas, como se profundizará en el próximo acápite. En línea con lo anterior, los participantes afirman que la creencia sobre la afiliación o identificación con un lugar del espectro político genera divisiones que están asociadas a lo moral, pues se identifican no solo las posturas, sino también las personas en una dicotomía bueno/malo, en la cual la valoración positiva de sí mismo pasa por la definición negativa del otro:

La política se vuelve como creencias que son inamovibles y se promueven de una manera muy idealizada, del bien y el mal, muy polarizada; entonces, hay unos buenos y unos malos, si en una familia tú crees en el bueno y en el malo y que cada uno va a ver contraria su posición, entonces cuando vea al otro: “tú eres el del malo y yo soy el del bueno (F1-A).

Ahora bien, tras la homogeneidad, lo que se exige a los sujetos es lealtad con las matrices morales familiares, pues la disparidad con respecto de estas se erige en amenaza o ataque contra la integridad del grupo. De allí que se lean como “malos”, en términos morales, todos aquellos actos que expresan diversidad, por lo que pueden ser objeto de castigo simbólico, sanción afectiva o moral. Lo anterior es especialmente significativo cuando se considera que, más allá del contexto familiar, existe la tendencia a devaluar a los portadores de las posiciones políticas diferentes. En este sentido, para algunos el conservar el vínculo familiar (membresía) termina teniendo un peso decisivo en la forma de asumir la diferencia en términos morales y políticos, por lo cual deciden silenciar sus posturas, construyendo un pacto de silencio o falso acuerdo (Velásquez et al, 2020; Avendaño & Villa Gómez, 2021):

Yo he hablado con varios amigos, porque yo soy de esos oasis que decíamos al principio y lo que ellos me decían era que era una renuncia implícita para hablar de esos temas [política] en la familia, es decir, nadie hablaba de eso, tampoco había memes sobre tal cosa. En algunos casos fue desde un principio la renuncia implícita, personas dijeron desde el principio no, y en algunos otros casos

porque hubo alguna peleíta y aprendieron rapidito la lección y pararon de hacerlo (F2-A).

Sin embargo, no en todos los casos se tramitan las diferencias a través del silencio que mantiene una aparente homogeneidad, sino que también algunos participantes refieren situaciones en las que dichas diferencias se han expresado y han generado confrontaciones mediadas por agresiones verbales, que no solo atacan las posiciones ideológicas, sino también a las personas. Al respecto, vale recordar que las posturas políticas hacen parte de la identidad, participan de la noción que se construye de sí mismo y de otros, por lo que, con dinámicas de polarización y sacralización política, estas diferencias se moralizan y se asocian con lo malo:

Y hubo un momento en el que se dejó de atacar argumentos y se atacaron personas, entre mis dos tíos, se atacaron feo y mi tío fue exageradamente grosero con mi tía; tanto así que mi primo se enojó de una manera increíble e insultó a mi tío de todas las maneras posibles. Mi tía se fue como riéndose y mi primo exageradamente enojado y mi tío echándonos... super radicales. Inclusive yo pensé que pudo haber llegado a los golpes, porque estaban demasiado irascibles (F3-A).

Marco cultural: religión y región

La construcción que los participantes realizan sobre la noción de sí mismos, los otros y lo político, se alimenta, además de la tradición familiar, por la pertenencia a un contexto cultural y por la forma en que este es valorado, lo que, a su vez, establece normas, valores, costumbres e interacciones en la familia. Ya sea por medio de la identificación o la diferenciación, este marco histórico, religioso y regional antioqueño, se actualiza en posiciones políticas y se lee como configurador de estas, simbolizándolas en un repertorio desde el cual la diferencia expresada da lugar al silencio, la agresión o incluso la ruptura, pues las desviaciones se castigan y al sujeto se le exige lealtad frente a las matrices morales hegemónicas. Así, los participantes se enfrentan a una fuerte exi-

gencia de conservar la unidad, al punto que se les obliga a poner en un segundo plano sus cosmovisiones ideológicas, de cara a proteger y favorecer al endogrupo:

Alguien de la familia mía se lanzó a la cámara por el centro democrático, entonces yo dije que yo (nunca) en la vida votaba por ellos, que podría ser quien quisiera y que yo jamás iba a votar por ellos; entonces mi tío que es de izquierda tiene otra posición y decía que la familia es la familia y que hay que votar por la familia sin importar qué pensamientos tenga (F3-A).

Esto se experimenta como una colonización de la subjetividad, en la que familia e Iglesia se convierten en determinantes del sí mismo y de la otredad. De allí que algunos participantes “de acuerdo” comprenden el modo de relación que los colombianos establecen con lo político, como dogmático, con un carácter absoluto y sacralizado: *“yo creo que tiene que ver con que somos muy colonizados, ha sido un país muy colonizado de todas las maneras, demasiado religioso -de la religión católica y casi que ortodoxa” (F10-A).*

Así, para los participantes, religión y política son fenómenos que aparecen ligados, e incluso superpuestos en la cultura colombiana, asunto que valoran positivamente algunos de los que están “en desacuerdo” y que son frecuentemente criticados por los que están “de acuerdo” con el proceso de paz. En este punto, es importante aclarar que no se está haciendo referencia a la superposición de instituciones, como iglesias y partidos, sino de marcos simbólicos que construyen repertorios interpretativos para leer el mundo:

Yo creo que no deberían existir partidos políticos, yo pienso que una persona que sea idónea, primeramente, que tenga a Dios para dirigir un país ya va ganancia porque es una persona que sabe que debe dirigir con justicia y equidad una nación (...). Si no encontramos una persona con esos ideales, realmente estamos perdiendo el tiempo, porque entonces no se va a aplicar la verdadera democracia (F2-D).

La política y la religión no son ajenas, son una cara de la misma moneda (F9-D).

Se observa en el relato la forma como la moral cristiana se asume como criterio para establecer la idoneidad de los líderes políticos que, en esta lógica, podrían aparecer endiosados o demonizados en función de su cercanía o lejanía con los sistemas de valores que dan cuenta de su visión del “temor de Dios”. Villa Gómez & Patiño (2021) enuncian el carácter de convicción, casi religiosa, que toman algunas de las creencias sociales que se constituyen como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, puesto que desde este lugar, la valoración, las actitudes y las acciones, en relación con un proceso político determinado, no estarían marcadas tanto por el debate público y democrático necesario para resolver los problemas colectivos, sino desde lugares donde la creencia, como dogma de fe, no se puede controvertir, discutir o cuestionar. Por lo tanto, esta convicción se afirma y afianza en la subjetividad de las personas, configurando un aspecto central en la construcción de su identidad.

Así pues, la idea, la propuesta, la política pública, el candidato a un cargo público o, como en el caso de la presente investigación, el proceso de negociación política de un conflicto armado, terminan siendo asumidos, valorados o juzgados según criterios religiosos o morales y no desde una racionalidad práctica de orden ético y político. Todo esto denota una pobre secularización de la cultura política colombiana, donde incluso se ha llegado a atribuir a algunos personajes, cualidades, actitudes e imágenes que tocan lo religioso y, en algún caso, pueden devenir en una figura cuasi divina, o diabólica si es de signo contrario, bloqueando la posibilidad de construir un orden democrático:

Si, personas como mi papá, porque ellos ven muchas veces a esos políticos como los dioses, entonces, si las personas de las FARC van a estar en la política y no va a participar el candidato que a él le gusta, entonces eso va a significar algo muy difícil de aceptar para él (F4-A).

[Refiriéndose al expresidente Uribe] Yo creo que lo primero es el regionalismo, el hecho de ser antioqueño ¿Ya? Eso es como si hubiéramos tenido un papa antioqueño, el “man” putas, pues, entonces desde ahí yo creo que viene eso (F6-D).

Para algunos de los participantes “de acuerdo” se trata de un contrasentido, pues la democracia es una construcción colectiva, que se fundamenta en la participación libre e igualitaria de la ciudadanía en la toma de decisiones frente a los asuntos públicos, más allá de sus creencias religiosas. Tienen una postura crítica con respecto a las posiciones políticas asumidas de manera dogmática, como revelaciones o verdades absolutas, no sujetas a discusión o contradicción. Sostienen que la asociación entre política y religión configura creencias fuertemente arraigadas en una parte importante de la población e incide en su toma de decisiones:

Es como cuando tú vas a hablar con alguien de una creencia religiosa, él no te va a aceptar otro tipo de perspectiva que no sea la que está bajo el marco de su creencia y lo mismo pasa con la política en este país. La política en este país prácticamente se maneja como un dogma más, lo que diga fulano así es y el que diga fulano así es... y ya (F8-A).

La sacralización de las creencias políticas se convierte, entonces, en un fenómeno importante en la construcción de la identidad social como colombianos. Pero, recibe una valoración diferencial entre los participantes que están “de acuerdo” y “en desacuerdo”, como se indicó. De hecho, para algunos “de acuerdo”, pareciera que en Colombia se comparte un repertorio histórico que fundamenta el rechazo de lo diferente, aprendido desde el ámbito religioso, por el predominio de un credo específico que se transpola a otros tipos de diferencias:

Aquí no respetamos a las minorías, no queremos la diferencia, no queremos otras religiones, somos católicos de pura cepa y es todo lo que nos interesa. La Iglesia que es una de las instituciones históricamente más fuertes, no sabe nada de lo que es respeto y cuando eso no se enseña en un hogar, cuando no se aprende cuando uno es pequeño ¿Cómo se va a poder manifestar en una discusión política? (F3-A).

Ahora bien, asumir lo político desde un carácter dogmático, con una dinámica cuasi religiosa, hace que las partes se sientan portadoras de una verdad “revelada” que debe defenderse y que no está

sujeta a contradicción o construcción colectiva, lo que cierra la posibilidad de que la diferencia exista o se exprese. De esta forma, se realiza una construcción de la política en términos de exclusión del otro diferente. Fenómeno que, como se señala en el relato, surge a partir de un proceso de formación en el seno de sociabilidades y sistemas de relaciones, en los que se sataniza lo diferente. El punto de vista del otro es demonizado, se le encasilla en calificativos que refieren a lo peligroso y terrorífico, ligado al mal absoluto (Amossy, 2017; Bonilla-Neira, 2020; Orkibi, 2012). Esta amenaza latente, y el mal encarnado en lo diferente, pareciera que justificara la deslegitimación de la postura del otro, pero, sobre todo, su eliminación. Como una herejía, este punto de vista es mejor que desaparezca, que no exista, casi que esta es la única forma de solucionar el conflicto, lo que se acepta sin cuestionamiento, culpa o reflexión.

De acuerdo con Avendaño & Villa Gómez (2021), para mantener la armonía en la familia, en las relaciones sociales, es necesario que el otro y su postura no existan, es necesaria la homogeneización para la eliminación de la amenaza que representa su postura. En la historia de América Latina y de Colombia, el "comunismo" ha encarnado ese lugar. El problema es que a este se le asimila cualquier idea crítica, cualquier lucha por la justicia, incluso, en este contexto, la búsqueda de un acuerdo político con la insurgencia, convirtiendo así a diversos puntos de vista, que solo tienen en común la crítica al *status quo*, en ese enemigo que está al acecho, una sombra fantasmagórica que no conocen, pero, a la cual le temen y de la que es necesario deshacerse, como de una infección, un mal que debe exorcizarse, legitimando, incluso, el insulto, la descalificación y la agresión contra ese diferente (Amossy, 2017; Bonilla-Neira, 2020; Orkibi, 2012).

Avendaño & Villa Gómez (2021), siguiendo a Pécaut (2003), afirman que en Colombia los partidos políticos liberal o conservador, durante el siglo XIX y hasta la primera mitad del siglo XX, configuraron una identidad cerrada, que se encarnaba en la subjetividad de las personas. No era una posición ideológica, una postura en el debate democrático, sino casi una trinchera desde donde se asumía una posición defensiva que, en la historia de este país, ha pasado muchas veces al ataque, traducido en varios momentos en una necesidad de eliminar al otro, porque encarna en su ser valores y creencias la

posibilidad de “destruir” un modo de vida establecido y concebido como “sagrado”. En una “dialéctica amigo-enemigo [donde] no es posible postular la existencia de un espacio común” (Pécaut, 2003, p. 41). Esto comporta una serie de implicaciones en la forma en que la diferencia política se vive en cualquier espacio de interacción, entre estos, en la familia:

En el caso de mi mamá era mucho más teso, porque ella además de ser así, como muy uribista, es muy cristiana, entonces están los argumentos como uribistas, los de siempre, los detractores del acuerdo, los del no; pero estaban también los argumentos cristianos y todo el tema de la ideología de género y que van a volver homosexual a todo el mundo y todas las “güevonadas” (F5-A).

A esta exclusión del otro y de la diferencia se abona el autoritarismo cultural que se ha internalizado y que se actualiza en diversas instituciones sociales:

[...] entonces claro que en la mesa no se habla de eso, el papá es el que dice cómo es y no se habla, ¿qué quiere decir que no se habla? Que nadie le discute al papá: si él dice somos católicos, somos católicos. ¿vos creés que yo le voy a decir a mi abuelito, que es mi papá, que yo no soy católico?, le da un infarto, eso está por fuera de discusión que yo no lo puedo hablar con él, eso es algo evidente, él es el que pone las reglas políticas, es el que pone todo y él es conservador y todo y ya, no hay nada qué hacer (F2-A).

El argumento de autoridad vertical que, según uno de los participantes, deriva de una estructura relacional señorial heredada de los españoles, tiene un lugar central, tanto en la transmisión de posiciones ideológicas, como en el mantenimiento de la homogeneidad familiar. Esta verticalidad impide el establecimiento de diálogos de carácter horizontal donde fluyan las opiniones y posturas diversas. Por consiguiente, se hace necesario considerar el papel de las relaciones de poder y de la autoridad en la construcción identitaria, pues la noción sobre lo que “somos” como grupo, como familia, está atravesada por el poder que tienen algunos miembros para establecerlo y por la negación, silenciamiento e incluso eliminación simbólica de aquellos que disienten de dicha noción:

Colombia es un país regido por valores tradicionales, los países regidos por esos valores son más propensos a la corrupción, a eliminar la diferencia, al autoritarismo; entonces son países menos democráticos [...] Colombia es tan diversa, pero Antioquia... Eso de la pujanza antioqueña, yo creo que somos colonizadores, yo creo que somos maltratadores, me toca decir ahí porque ahí estamos todos ¿cierto?, yo creo que somos muy autoritarios, la manera en la que hablamos y creernos como de mejor familia (F10-A).

La forma en la que se valora la autoridad y las prácticas de obediencia, control e incluso castigo que resultan de esta, tiene para los participantes un carácter especialmente relevante en el contexto cultural antioqueño, pues consideran que la historia de expansión a través de la colonización de nuevos territorios, legitimada bajo la construcción simbólica de la “pujanza y la verraquera paisa”, ha dado lugar a la idea de un “nosotros”, “los paisas”, entendidos como un endogrupo que comparte valores y cosmovisiones en los ámbitos religioso y político, que se vive desde el favoritismo endogrupal y desde la consideración de la propia superioridad.

De hecho, algunos de los participantes “de acuerdo” con el proceso de paz, relatan que en Antioquia existe un marco simbólico hegemónico, un *estatus quo* de pensamiento muy cercano a la violencia, caracterizado por la tendencia a eludir la norma, por el ejercicio de prácticas colonizadoras, solapadas, que son además movilizadas por medio de valores católicos y tradicionales arraigados. Lo anterior se expresa en los siguientes testimonios:

Pero la limpieza (en Antioquia) es absoluta, yo creo que es lavando culpas [...] para mí es una cultura mafiosa y delincuencial y que tiene serios problemas con la norma (F10-A).

Lo que pasa es que yo soy antioqueño y en estos días vi un meme y lo decía claramente “Antioquia, ¿por qué tan paraquita mi amor?” y ese meme lo dice todo, somos muy paracos, entonces no hay tantos conflictos en Antioquia de cuenta de eso, pues, como todos somos igualitos, es una sociedad tan monocultural, ¿tan difícil ver la diferencia? (F2-A).

La lógica de la limpieza y de la homogeneidad cultural no son distantes, pues a ambas subyace el deseo de presentar una imagen im-poluta, en la que no hay manchas que irrumpen la idea construida sobre lo que somos. La violencia, en sus distintas expresiones, ha sido un mecanismo expedito para silenciar diferencias, conservar la uniformidad y “limpiar” la amenazante diferencia. Es una lógica similar a la que Bauman (2008) plantea en “Modernidad y Holocausto”, la lógica del jardinero, que para perfeccionar y “embellecer” el jardín, va eliminando las malezas, con el agravante que aquí “las malezas” son seres humanos.

De hecho, si se examina con detenimiento la dinámica paramilitar que, según algunos participantes se encuentra tan legitimada entre los antioqueños, constituye una expresión de la lucha contra la subversión, ampliamente entendida como aquello que transgrede el *estatus quo*, lucha que se realiza a través de la violencia, completamente justificada, so pretexto de mantener el orden imperante, los poderes actuales y la cosmovisión hegemónica. Para eliminar lo malo, lo que no sirve, lo demoníaco (Amossy, 2017; Bonilla-Neira, 2020; Orkibi, 2012).

En todos estos relatos se están expresando las concepciones que los participantes han construido sobre su contexto y sus familias, en tanto familias antioqueñas, y sobre ellos mismos, en tanto sujetos que se identifican o diferencian con las cosmovisiones, valores y prácticas propias de su región. Al respecto, la mayoría de los participantes “de acuerdo” consideran que en Antioquia existe una orientación política hegemónica, “*Antioquia es un departamento muy de derecha y muy muy muy tradicionalista y conservador*” (F2-A), lo que comporta consecuencias prácticas en la relación que se establece con la diferencia política.

Según la experiencia de algunos de los participantes “de acuerdo”, tomar distancia crítica a través de un alejamiento simbólico o real de Antioquia y de sus cosmovisiones hegemónicas, les ha permitido, por un lado, reconocer la tendencia que en esta región existe para conservar las ideas tradicionales y a cerrarse a otras perspectivas, a bloquear la diferencia. De otro lado, les ha posibilitado reconocer

que ellos mismos pueden moverse hacia otras ideas, que pueden diferenciarse del grupo, lo que implica cambios en la valoración de sí mismos, que comienza a dejar de referirse a su pertenencia a esta región, lo que no se hace sin dolor. Sin embargo, comienza a hacerse fundamental establecer límites y fronteras entre lo que “éramos” y lo que ahora “soy”:

He tenido una distancia crítica y veo a Antioquia igualita, veo que yo me puedo mover, veo que hay un montón de ideas fluyendo y veo a Antioquia como encerrada en sus montañitas, muchas veces todavía, no dándole entrada a muchas cosas que yo he visto que ya es hora de que pudieran acceder y que le cuesta mucho (F10-A).

Yo llevo tres años viviendo por fuera y he puesto en perspectiva todo eso, es como una sana distancia para tú poder pensar cómo es la gente allá, cómo eras tú allá, como esa especie de nicho en el que tú te movías, los pensamientos que circulaban ahí, y tú tomas distancia y puedes reflexionar un poco y ponerlos en comparación con otros pensamientos, puedes llenarte de experiencias y lo experimento con mucho dolor (F2-A).

De acuerdo con lo planteado hasta el momento, se reconoce cómo participa el marco cultural en la construcción identitaria realizada por los participantes y en los modos de relacionamiento que se establecen con la diferencia política en el escenario familiar. La superposición entre religión y política, la asunción dogmática de esta última, el autoritarismo cultural y la lógica de eliminación de la diferencia de cara a mantener la homogeneidad, constituyen algunos de esos referentes identitarios que provee dicho marco y que inciden en la vivencia de la diferencia política dentro de un endogrupo como la familia.

Posiciones asumidas frente al espectro político y pertenencia a un grupo familiar

Para los participantes de la investigación, además del marco cultural, las posiciones ideológicas, asumidas por ellos, y que hacen

parte de sus identidades, tienen importantes consecuencias, respecto a la configuración de relaciones intergrupales, caracterizadas por la competencia, la exclusión, e incluso, la violencia. La identificación con un lugar del espectro político o con un personaje, o grupo que tiene una postura concreta frente al proceso de paz, presenta una relevancia particular en la percepción que se tiene de sí mismo y de los otros.

En el discurso de los participantes de la investigación surge la mención a tres escenarios del espectro político: derecha, centro e izquierda, tanto para definir a otros como para definirse a sí mismos. La postura de centro aparece relacionada tanto con la izquierda como con la derecha, a manera de matiz, con respecto a los dos “extremos”. En este orden de ideas, frente a la izquierda se refieren a: izquierda en general, izquierda socialdemócrata y, centroizquierda. En este espectro se ubican la mayoría de los participantes, de acuerdo con el “proceso de paz”; respecto de la derecha, se diferencia entre lo que denominan derecha en general, los ortodoxos y la centroderecha. En este espectro se ubican la mayoría de los participantes “en desacuerdo” con el proceso.

En el caso de los participantes en desacuerdo, la derecha se significa como una postura política cuyo sistema de valores incluye la legalidad, el trabajo y la seguridad. Adicionalmente, en el discurso de algunos se considera que esta ideología está relacionada con los valores judeocristianos y es asumida como la correcta, en contraposición con la izquierda:

Si yo me considero de derecha, me encasillé en esa parte: es que yo trabajo, ¿quién es el que más tiene? el rico, ¿quién es el que más trabaja? el rico [...] para mí justicia es: si yo trabajo y yo tengo un trabajador acá, le voy a pagar lo justo (F4-D)

Yo promulgo que el que trabaja, come, y el que no trabaja, no come, punto. Y hay que trabajar muy duro y hay que levantarse muy temprano y hay que acostarse muy tarde trabajando, sacrificio, esfuerzo, disciplina y eso va dando los frutos y el que trabaja lo tiene y mi discurso es coherente con mi vida, entonces toda la familia lo sabe (F7-D).

El trabajo aparece como una idea central, asociada al esfuerzo, al sacrificio y la disciplina. En relación con ello, se construye también una noción de lo justo, entendida en términos de los méritos individuales, considerando que el que tiene más es porque trabaja más, al margen de las condiciones estructurales del contexto. El sistema de valores defendido desde esta posición apunta a la conservación del orden social y a la valoración del esfuerzo personal, pues se asume a los “ricos” como modelos de logros y poder.

Solo quienes se ubican en una postura de centroderecha apelan a la necesidad de que el Estado, a través de sus políticas, genere condiciones de bienestar a las personas “desfavorecidas”, consideran que estas deben recibir “ayuda” a manera de un acto caritativo, pero no la relacionan con una responsabilidad de carácter estatal hacia la garantía y protección de los derechos de la población en general:

A mí me gustan más ideas de centro y derecha que más hacia la izquierda, sin desconocer una cosa, más un centro o una derecha social, más hacia la búsqueda de que las personas tengan mejores circunstancias de vida a través de las políticas que se tomen y que ayuden a que esas poblaciones, que son menos favorecidas, tengan mejores garantías de vida, solucionadas sus necesidades básicas, por la misma circunstancia de vida que nosotros hemos vivido (F3-D).

Por su parte, los participantes “de acuerdo” consideran que la derecha es generadora de un orden social injusto, que se sustenta en una ideología de progreso y trabajo, afín al capitalismo neoliberal, que termina protegiendo los intereses de ciertos sectores de la sociedad. Algunos participantes afirman que se trata de una postura equivocada, por las consecuencias prácticas que ha tenido para el país.

Yo creo que se ha demostrado un poquito en 200 años de historia, que el país está tan mal y realmente nunca ha sido un escenario demasiado justo, o que se vea demasiado progreso y siempre hemos sido de derecha, entonces no sé si con eso se ha demostrado que la derecha está equivocada o no [...] Hay personas que dicen que aquí hay trabajo para el que quiera, que el que no trabaja y se muera de hambre es porque quiere, y ese es uno de los argumen-

tos que tienen para apoyar el capitalismo a capa y espada; que aquí hay posibilidades para todo el mundo. Yo pienso diferente, yo pienso que no hay empleo suficiente y no hay condiciones suficientes (F3-A).

En el proceso de diferenciarse con algunos presupuestos, los participantes terminan también apelando a aquellas ideas con las cuales se identifican, por ejemplo, cuando se critica la noción de trabajo y mérito que se tiene desde la derecha están, al mismo tiempo, expresando las creencias que asumen con respecto a dicho tema, y que involucran una consideración sobre las condiciones sociales, económicas y políticas productoras de desigualdad y de pobreza; acudiendo a argumentos más universalistas, que comprenden la justicia en términos sociales, colectivos, y que abogan por la igualdad, la equidad, la libertad, de cara a generar una justicia fundamentada en las condiciones estructurales. Muchas de estas posturas constituyen argumentos liberales, que defienden la libertad de pensamiento, el reconocimiento de la diferencia y la igualdad en los derechos. De hecho, una parte importante de los participantes “de acuerdo” afirman ser de centroizquierda o de una izquierda socialdemócrata.

Ser de izquierda es buscar la igualdad, tú eres mujer y yo soy hombre, somos iguales. Igualdad de oportunidades y derechos. [...] Y eso es la izquierda, es una lucha y una obsesión por la igualdad [...] Hay dos ejes en los que se trabaja en la democracia: la igualdad y la libertad. (F2-A).

Yo tengo una posición política muy centroizquierda, y más que de partidos, es esa visión un poco de justicia social, de que tengamos todos un punto más de igualdad, y no ponerle el acelerador y la gasolina siempre al beneficio personal, empresarial y más del capitalismo, pues..., salvaje (F1-A).

Por otro lado, para los participantes “en desacuerdo”, la izquierda se encuentra signficada por la contraparte en términos de búsqueda de asistencialismo, subsidios y holgazanería. Se equipara la izquierda al comunismo y a las guerrillas y se valora como injusta, pues desconoce el mérito de trabajo y esfuerzo como criterio de reparti-

ción de la riqueza, se considera que promueve un orden que pone en desventaja a quienes son “ricos”. Asimismo, se asimila con la ilegalidad y el narcotráfico. En consecuencia, los de izquierda son considerados como personas que no trabajan, que lo quieren todo gratis, que están en constante oposición y que buscan la revolución por la vía de la violencia, llevan la contraria por todo, en términos de un antagonismo construido e incrustado que, según estos participantes, no permite resolver los problemas del país, al contrario, son una talanquera para el progreso y el desarrollo:

Para mí, izquierda es el comunismo, el famoso socialismo y lo que nos han vendido estos grupos, para mí son grupos que promuevan la parte social, que se metieron en el negocio del narcotráfico, entonces le quieren vender al mundo: el comunismo y el socialismo, que venga que es que hay que quitarle al rico para darle al pobre [...] Ahora el de izquierda para mí es el que no trabaja y quiere que los otros que trabajan “venga pa acá” (F4-D).

La izquierda es lo contrario, la gente que intenta atacar todo el tiempo a los demás, es llevar la contraria: el lado opuesto, la parte de la ilegalidad [...] como la revolución, pero mal entendida, una revolución como atacando a los otros, ¿sí? (F10-D).

A partir de las posturas ideológicas se configura un concepto de lo que el “otro” es y, por consiguiente, de lo que “yo” y “nosotros” somos. A esto se suma el hecho de que, en el contexto de polarización, dichas posturas se significan como antagónicas, opuestas e irreconciliables, además se moralizan y materializan, dando lugar a formas particulares de relacionamiento. Así, el estar en un lugar del espectro político o identificarse con un partido o un personaje político concreto pasa a estar asociado al ser de las personas, tanto en la valoración que cada uno hace de sí mismo, como en la conferida por otros, lo que facilita la consiguiente descalificación y reificación maligna del otro, con quien no se puede dialogar, con quien no se puede construir, cuya existencia entorpece los propósitos de cada bando (Amossy, 2017; Bonilla-Neira, 2020; Orkibi, 2012).

En el siguiente fragmento de una de las entrevistas, el participante hace referencia al extrañamiento que le genera el hecho de que uno de sus familiares, a quien considera una buena persona, pertenezca o se declare afín al partido político Centro Democrático:

No sé hasta qué punto eso sea muy común, que uno pueda separar esa postura política de lo que una persona es, porque yo lo conozco, lo quiero mucho, pienso que es una buena persona, veo muchas cosas buenas en él; sin embargo, tiene esa postura y yo no sé hasta qué punto uno puede separar esa postura política de lo que una persona es. Por qué uno puede ver tanta corrupción y tanta miseria y estar a favor. Entonces yo no sé si puede ser ignorancia de alguna manera o qué. No sé cómo explicarlo, porque si yo la considero buena persona y la considero inteligente, yo no me explico cómo pueda apoyar a un gobierno tan terrible, es algo curioso. No lo he dejado de considerar buena persona, pero al menos eso sí me confunde (F3-A).

Y podría afirmarse que, desde el otro lado: “viceversa”. Se generan, entonces, conflictos en la relación familiar, porque la moralización de posturas ideológicas y posiciones políticas que se asumen como contrarias, entran en tensión con las percepciones que se tienen de aquellos con los que se comparte la vida cotidiana y la propia biografía, a quienes se les conoce e incluso se les quiere.

Cuando se activan elementos que detonan las matrices morales construidas, por ejemplo, en torno a la idea de justicia, se pueden zanjar diferencias que, bajo las dinámicas de polarización y de enemistad con las que se vive lo político, devienen desde rupturas irreconciliables hasta pactos de silencio, que hacen que el tema político quede vedado en la interacción para salvaguardar algunos vínculos (Velásquez et al, 2020). Así el ejercicio político debe quedar restringido a la esfera individual, a las elecciones personales:

Igual a mi amigo, nos conocimos desde muy pequeños, todavía la política no era parte de nuestra vida, lo quiero mucho a él por lo que es, después vino esta diferencia que uno podría llamar irreconciliable, pero uno se da cuenta de que no, es algo que uno puede ignorar y cada quien ya después en su individualidad ejerce la po-

lítica como quiere, pero en lo posible alejado de esa persona para que no haya un conflicto [...] hay uribistas que quiero mucho. Pero si no lo conozco, si lo primero que sé es que es uribista, lo más seguro es que no me agrade y no vaya a querer tener una relación con esa persona (F3-A).

De hecho, la posición política de las personas constituye para algunos un criterio para establecer relaciones o vínculos de algún tipo. Sin embargo, si se trata de vínculos antiguos, por ejemplo, de personas que se conocen desde la infancia o con las que ya se comparte una historia, es posible continuar con la relación a pesar de que la postura política sea contraria, aunque no exenta de conflictos y de riesgos de ruptura.

De esta manera, se puede incurrir en ejercicios de devaluación reactiva del otro en función de las posturas políticas con las que cada uno se identifica, dando lugar a que los lazos entre miembros del endogrupo se afiancen y los que se construyen con sujetos considerados parte del exogrupo se debiliten, pues las personas terminan favoreciendo el establecimiento de nuevas relaciones con aquellos que tienen una visión similar (Maoz, Ward, Katz, & Ross, 2002; Maoz & Eidelson, 2007; Villa Gómez, Quiceno, Aguirre & Caucil, 2019). Así, se privan del disenso que puede estar presente en la relación con sus contrarios y se favorece la polarización de las posturas, pues la retroalimentación recibida termina siendo favorable a las propias visiones:

La gran mayoría de mis amigos y contertulios son de la misma corriente mía, con la gente que uno conversa y hace polémicas, por lo general son del lado de uno, pero también resulta gente que no es del lado de uno (F10-D).

Ahora, algunos de los participantes "de acuerdo", relatan que inicialmente tenían posturas políticas iguales a las de sus familiares "en desacuerdo", debido a la transmisión intergeneracional de visiones sobre ciertos actores, partidos y valores; sin embargo, cuando comenzaron a participar de otros espacios y tuvieron la posibilidad de estar inmersos en otro tipo de discusiones con variedad de posturas, su perspectiva acerca de lo político empezó

a cambiar, lo que comporta consecuencias prácticas en las interacciones cotidianas, pues da lugar al surgimiento de disenso y, eventualmente, a conflictos en el interior de un grupo.

Yo salí de un colegio que para mí era una burbujita de mucha gente que nació en familias con plata y muy metidas en las vacaciones, pasar rico, la plata. Entonces desde muy chiquita, séptimo u octavo, yo quise ampliar un poco más esa burbuja y empecé a buscar estar en otro tipo de escenarios. Entonces ir a teatro, a conciertos, al festival de poesía y cuando uno va asumiendo un poquito ese círculo social y de espacios donde uno comparte y vive, se te va abriendo el mundo en muchas cosas: en la cabeza, en lo que piensas, en el tipo de personas que te encuentras [...] Entonces me fui acercando como a ese asunto de ponerse en el lugar del otro, de pensar en la gente que, por cosas de la vida, nació en un entorno que no le favorece su desarrollo, que tiene que luchar demasiado [...] Entonces cuando yo vi esa realidad, se me expandió ese círculo y esa vida y empecé a preocuparme por eso "bueno, no se vale, que unos lo tengan tan fácil y otros tan difícil" y comencé a acercarme a esas creencias (F1-A).

Se tiene entonces que la familia constituye un grupo con un importante papel dentro de la construcción identitaria de los sujetos. Los relatos de los participantes sugieren que en ella la diferencia política se asume como moralmente mala y amenazante de la integridad grupal, de allí que la lealtad exigida a sus miembros pasa por la homogeneidad ideológica, cuya ausencia es castigada. La identificación y diferenciación con ciertas posiciones ideológicas en el espectro político se presentan desde una lógica polarizada, en la que se devalúa la diferencia y a quienes la expresan. Las posiciones asumidas tienen un importante peso en el autoconcepto, en la idea sobre lo que soy y lo que somos y ello, a su vez, impacta en las relaciones con los otros.

Discusión

Lo expuesto hasta este punto permite identificar la articulación de una serie de elementos que participan en la construcción de identidades sociales construidas en la interacción familiar, en los procesos

de configuración de las relaciones sociales y políticas que se encarnan en la subjetividad de los y las participantes. De manera específica se destaca la tríada: pertenencia al grupo familiar, marco cultural (religión y región) y posiciones asumidas dentro del espectro político, que está relacionada con matrices morales y con la forma en que se tramita la diferencia política en el escenario familiar.

Desde su nacimiento, el ser humano está inserto en diferentes grupos, el primordial en su proceso de desarrollo es la familia, la cual tiene un devenir histórico, con acontecimientos relevantes y experiencias que se transmiten a las nuevas generaciones, bien sea, desde narrativas, formas específicas de la emotividad, prácticas concretas o normas sociales compartidas, que tienen un papel clave para definir la membresía. La familia le presenta una versión del mundo a sus integrantes, que incluyen también unas formas de ver el contexto más cercano, en otras palabras, creencias frente a lo que acontece en su país y región, las cuales configuran modos de sentir, pensar y actuar, así como unas valoraciones de sí mismos y de los demás.

Blanco, Caballero & De la Corte (2005) al referirse a las funciones que cumplen los grupos para las personas, destacan la satisfacción de necesidades de carácter afectivo, pertenencia, reconocimiento, lo que resumen en “la insistente necesidad de identidad” (p. 33). Ahora bien, señalan que tales funciones están referidas de manera especial a grupos que denominan “primarios”, en donde las relaciones que se configuran tienen unas características particulares: relaciones duraderas y estrechas, marcadas en su mayor parte por la espontaneidad, la intimidad y el cariño. Lo anterior se ve reflejado en la familia como “primer grupo que interviene en nuestra construcción psicológica y ocupa un lugar preeminente en el desarrollo de la mente, en la configuración de la conciencia” (p. 34).

De esta manera, “nuestros comportamientos, actitudes, valores y formas de ver el mundo guardan un estrecho paralelismo con los valores y normas propias de los grupos a los que pertenecemos” (Blanco, Caballero & De la Corte, 2005, p. 38). En los grupos de referencia se puede identificar la relevancia de dos elementos que los definen: orientación y aspiración (Blanco, Caballero & De la Corte,

2005, p. 40). Tanto el marco cultural de una región, como un lugar dentro del espectro político, son referentes para la transmisión de aspiraciones familiares, que se espera sean asumidas por sus miembros. Cuando la identidad del grupo es importante para sus miembros y esta se ve amenazada por diferencias que generan una contradicción clara de intereses y perspectivas, que se leen como irreconciliables, estos se sienten motivados a proteger sus valores para evitar la disolución y preservar la integridad grupal; por tanto, cuando se percibe este tipo de situación, aquellos miembros que están altamente identificados la interpretan “como una amenaza para el yo, incluso si la existencia o el bienestar del yo individual no está directamente en peligro” (Brewer, 2011, p. 125).

De otro lado, el marco cultural configura una asociación entre política y religión, tanto en el escenario nacional como local. Como se mencionó anteriormente, se trata de una superposición en términos de marcos simbólicos que se constituyen en repertorios interpretativos que permiten a los sujetos leer el mundo en el que están inmersos, expresados en creencias arraigadas que inciden en la toma de decisiones. La sacralización de la política no es algo que se pueda endilgar a las personas que sostienen una de las posturas en tensión (acuerdo/desacuerdo), sino que parece ser un referente de la construcción de identidad de los colombianos, pues es un elemento significativo en la cultura política, que da lugar a una asunción dogmática de las creencias y a la búsqueda de la eliminación de la diferencia en pro de la homogeneidad cultural (Pécaut, 2003, 2015).

La alusión a la influencia ejercida por la lógica religiosa y sacralizada en los valores y postura política es directa en algunos relatos. A los participantes “de acuerdo” parece inquietarles tal influencia y el hecho de que en Colombia la política esté sacralizada y los personajes o líderes políticos sean incluso “endiosados”. En cambio, los participantes “en desacuerdo” hacen una valoración positiva de dicha relación, considerando que son dos aspectos de la vida que están conectados. En concordancia con el trabajo de Haidt (2019), este es uno de los puntos cruciales que impiden que las personas con distintas inclinaciones políticas puedan establecer diálogos para comprender

la posición contraria, en tanto quienes están “en desacuerdo” hacen juicios de la izquierda porque consideran que carece de “formación espiritual”, mientras que aquellos “de acuerdo” consideran que la política no debería estar sacralizada.

Estos juicios y creencias se encuentran intrincados a matrices morales propias de una y otra posición en el espectro político, así como a aquellas que configuran el marco cultural antioqueño, lo cual da lugar a una serie de normas para la familia como grupo social. Así, en los relatos de las personas “en desacuerdo” se hace constante alusión a aspectos como la tradición, la familia, la seguridad y el trabajo; propios de una matriz moral de derecha en la que la lealtad, la autoridad y la santidad tienen un papel central (Haidt, 2019). Estos participantes hacen constante referencia a la familia como institución homogénea, a la necesaria conexión entre la política y la religión, como se mencionó anteriormente, y se apela al discurso de la legalidad, la seguridad y el trabajo, considerados como valores centrales en un buen ciudadano.

Tales cuestiones, además de estar referenciadas en un plano nacional, emergen con particular fuerza en el contexto regional de Antioquia (Uribe, 1993). Entonces, la pertenencia a un país y, de manera puntual a una región que tiene un marco cultural hegemónico, con características específicas, equiparado con lo que los participantes nombran como “derecha”, se constituye en un elemento importante para el análisis, por los efectos en la construcción de las identidades. De manera especial, porque lo anterior se encarna en escenarios familiares y en sus modos de relación frente a la diferencia política, reproduciendo en el contexto micro las cosmovisiones y tradiciones propias de la cultura política, es decir, del marco cultural (Martín-Baró, 1989; Ramos, 1990).

A esto se suma la forma en que se han asumido las posiciones dentro del espectro político, tanto para los participantes “de acuerdo” como los “en desacuerdo”, la cual está caracterizada por la polarización, que hace que tales posiciones se interpreten como excluyentes y contrarias, en una relación amigo/enemigo, buenos/malos, que no facilita el reconocimiento de la diferencia y que da lugar a una serie de prácticas que buscan el castigo para quienes la expresan. Lo anterior, se comprende mejor y adquiere mayor relevancia cuando se considera que los partici-

pantes se identifican como pertenecientes a grupos de distinta índole: región, postura política y familia. Es necesario recordar que los grupos están inmersos en un sistema más amplio, por lo tanto, el hecho de que un sujeto pertenezca a uno en particular tiene consecuencias en la medida de la diferenciación o similitud que ese grupo de referencia tiene respecto de otros.

La pertenencia a un grupo trae consigo una significación emocional y valorativa, que está directamente relacionada con las categorizaciones presentes en el ambiente social en que se desenvuelve (Tajfel, 1984). De hecho, en el discurso de los participantes se identifica que todos reconocen su pertenencia a un marco regional antioqueño, sin embargo, los participantes “en desacuerdo”, manifiestan orgullo y una valoración positiva de dicha pertenencia, mientras que, los participantes “de acuerdo” cuestionan y critican este marco, señalando lo que consideran puntos negativos.

Cabe entonces atender a lo que se enfrenta el sujeto cuando percibe que hay conflicto entre las orientaciones en las que se suscriben los diferentes grupos a los que está afiliado, mucho más cuando se presentan, de forma contradictoria. En este sentido, puede afirmarse que hay consecuencias tanto para el sujeto como para sus respectivos grupos. En el caso de lo reportado en esta investigación, cuando el sujeto se ubica en un lugar diferente del espectro político, respecto a las orientaciones de la familia, en el caso de los participantes “de acuerdo”, es que se llega a poner en entredicho su pertenencia, su lealtad, pero también su identidad como miembro del grupo.

Tajfel (1984) en la explicación acerca de la categorización y la identidad sociales, entiende esta última como “aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (o grupos) social junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia” (p. 292). De esto se deriva que los sujetos tiendan a permanecer afiliados a los grupos que aportan a los “aspectos positivos de su identidad social”, así mismo, que se opte por separarse de dichos grupos cuando se considere que tal aporte no sucede. En el caso de los participantes que están “de acuerdo”, describen que en ocasiones

han experimentado o experimentan un distanciamiento del grupo familiar precisamente porque hay una contraposición en términos morales respecto de la valoración que se hace de asuntos políticos como: el conflicto armado, ciertos actores políticos relevantes, la necesidad o no de un camino de paz y reconciliación, lo que es justo, entre otros.

La participación en diferentes escenarios de interacción en los que fluyen otras ideas, en el caso de estos participantes “de acuerdo”, les ha permitido considerar otras posibilidades en términos de su postura política y experimentar una diferenciación respecto de su familia, así como del marco cultural de la región de pertenencia, lo que configura otra manera de experimentar la valoración de ellos mismos en función de la pertenencia a estos dos grupos. Así pues, sentirse parte de una familia no garantiza que sus miembros tengan identificación plena con sus marcos de significación, lo que presenta la necesidad de diferenciar dos asuntos puestos en juego respecto de la identificación: el grado y la calidad. “El grado se refiere a la fuerza con que se experimenta la diferencia con otros grupos; en cambio, la calidad de la identificación equivale a la atracción que siente el individuo hacia el propio grupo” (Morales, citado por Mercado & Hernández, 2010, p. 233). Teniendo en cuenta lo anterior, para el caso de los participantes de la investigación se ve afectado el segundo elemento, y en algunos casos disminuye la percepción de diferencia respecto de grupos que en el discurso familiar se han presentado como contrarios a los valores transmitidos intergeneracionalmente.

Ahora bien, lo anterior implica costos para los sujetos, por ejemplo, un costo emocional al experimentar tristeza, asociada al cambio de posición, al pasar de ser parte de ese “nosotros” a identificarse con lo que previamente era un “ellos”, es decir, ubicarse en contraposición con características que lo hacían parte de esos grupos. Otro costo es el asociado a los modos de relacionamiento frente a la diferencia política en el escenario familiar, que incluye una serie de prácticas que han sido previamente mencionadas, tales como el uso y recibimiento de etiquetas ideológicas y calificativos peyorativos; la mofa, el insulto y la agresión; así como el pacto de silencio o de falso acuerdo (Velásquez, et al, 2020).

Estas prácticas actúan como una suerte de castigo que, de acuerdo con lo afirmado por Marques & Páez (1996), reciben fuertemente los sujetos del endogrupo (la familia) que “lo hacen mal”, es decir, que actúan de forma negativa según lo esperado por el grupo. Bajo el efecto oveja negra, estos sujetos son señalados como el ejemplar negativo con las subyacentes prácticas de relacionamiento que derivan de ello, las cuales resaltan su condición de traidor interno, en algunos casos considerado peor que el enemigo externo (Marques & Páez).

La diferencia política expresada por algunos de los miembros de la familia, no solo representa una amenaza percibida para la unidad e integridad del grupo, sino también para la autoridad que tienen ciertas figuras en él, puesto que desde el marco cultural y como legado de las relaciones de violencia histórica en el país, el respeto por la autoridad de la figura del padre y del mayor, constituye un aspecto central en la configuración identitaria, de allí que dicha figura juegue un papel clave en la transmisión intergeneracional de posiciones ideológicas, cuya ruptura se significa desde la ofensa, la transgresión y el merecimiento del castigo. Haidt (2012) explica que las personas se preocupan por sus grupos de referencia y las opiniones políticas adquieren una relevancia particular, puesto que representan insignias de membresía social (Smith, Bruner & White, citados por Haidt 2019). La familia no está al margen de ello, de allí que el cambio de las opiniones políticas de alguno de sus miembros se considere como un asunto que impacta en la dinámica familiar, en la homogeneidad grupal y en la identidad compartida.

A pesar de ello, se percibe que hay giros en las identidades de los sujetos, en la medida en que se acceden a otros discursos y otras formas de ver el mundo que tocan aspectos de sus matrices morales, lo que deriva en que se realice una valoración diferente de algunos fundamentos morales previamente construidos en su contexto familiar. Los participantes que han experimentado el giro de un pensamiento más cercano a la derecha, hacia un pensamiento más cercano a la izquierda, dan más relevancia a los fundamentos de cuidado y la libertad, que Haidt (2019) presenta como propios de una matriz moral liberal, que sostiene “los ideales de justicia social, que enfatiza la compasión por los pobres y la

lucha por la igualdad política entre los grupos que conforman la sociedad” (Haidt, 2019 p. 263) y que se relaciona con la postura “de acuerdo”, así como con las decisiones que se asumen en el contexto familiar cuando se privilegia el cuidado del vínculo pese a las prácticas de castigo simbólico o sanción afectiva recibidas por expresar una posición diferente.

Para algunos de los participantes, precisamente la pertenencia al grupo familiar genera o motiva la necesidad de proteger el vínculo pese a la diferencia que se experimenta en términos morales y políticos. Sin embargo, como se ha mencionado, esta preservación pasa por un pacto de silencio o falso acuerdo, que obtura el aprendizaje de convivir con la diferencia, pues es negada y/o silenciada (Velásquez, et el, 2020). A pesar de ello, los participantes no modifican sus nuevas posturas políticas, solo aprenden o bien, a camuflarlas y silenciarlas o bien, a generar estrategias para introducir las de manera creativa y sutil en los espacios de interacción familiar. Respecto de lo anterior, también cabe mencionar que este deseo de conservar el vínculo se relaciona con el costo que los sujetos perciben si tienen que salir de su grupo de referencia. Como advierte Tajfel (1984), abandonar este grupo trae consigo dificultades y, puede llegar a ser imposible, precisamente por el conflicto que se genera en el sujeto y que está asociado de manera directa con su autoimagen, puesto que es un espacio de vital importancia en la construcción de identidad de sus miembros.

Las nuevas matrices morales en las que se insertan los sujetos que dan un giro en su posición política entran en conflicto con la hegemonía en su contexto familiar, que según ellos es de derecha. De acuerdo con Haidt (2019), dentro de los fundamentos morales de quienes son afines a la derecha se encuentra el de autoridad/subversión, el cual se moviliza cuando hay presencia de actos “que subviertan de manera evidente las tradiciones, instituciones o valores que se perciben que proporcionan estabilidad” (p. 212). De allí que las prácticas frente a las diferencias políticas, que surgen en el escenario familiar estén cargadas de algunas prácticas de violencia simbólica, pues en el fondo propenden por mantener modos de relacionamiento basados en la negación y silenciamiento de dicha diferencia, o en la exclusión y homogeneización de los miembros

que la expresan (Velásquez et al., 2020), en tanto se consideran amenazantes para las posiciones ideológicas dominantes y para los personajes de autoridad que las sostienen.

Según Tajfel (1984), cuando para el sujeto no es posible abandonar el grupo de referencia no solo tiene la opción de mantener la conformidad con las posiciones de este, sino que también puede asumir el compromiso de generar algún tipo de cambio en él. De hecho, desde lo que se recoge en el discurso de algunos de los sujetos de la presente investigación, se identifica la intención de llevarlo a cabo, lo cual se tramita por dos vías: la de la imposición o por la vía de la persuasión dialogada. Con respecto a la primera, figuran los actos de violencia verbal, mofa y burla por parte de los participantes “de acuerdo” hacia aquellos que están “en desacuerdo”. En cuanto a la segunda, algunos acuden al recurso del afecto y la creatividad, para propiciar momentos de intercambio de ideas “*cuestionamientos más delicados, más creativos, más suaves*” (F2-A). Así que en algunos casos los participantes actúan: “*como si*”, es decir, silencian sus posturas políticas diferentes y generan la sensación de aparente homogeneidad, sin embargo, unos tantos, despliegan prácticas creativas, silenciosas y sutiles en las que buscan promover transformaciones ideológicas en el grupo, sin que se perciban como una afrenta contra la lealtad a las matrices morales que encarnan las familias. Allí hay una pista para la apertura al diálogo político cotidiano, indispensable para la construcción de una sociedad democrática y en paz.

Conclusión

En contextos de conflicto prolongado, como es el caso colombiano, las identidades se ven involucradas y pueden obturar la posibilidad de transformar las dinámicas de polarización, de la construcción del enemigo y la negación de la diferencia, propias de la lógica de la guerra (Uribe 1993), y en esta línea, actuar como barreras psicosociales para la paz. Las identidades se configuran en torno a las matrices morales que son representativas de los grupos y con las cuales los sujetos ven representados sus intereses o apuestas, pues la afiliación a un grupo implica asumir un sistema de creencias y la conformidad con sus normas como muestra de lealtad (Tajfel, 1984).

Por consiguiente, en la base de los conflictos intergrupales no solo aparecen creencias y opiniones políticas particulares, sino que se encuentran diferencias percibidas en cuanto a las matrices morales, producto de las cuales resulta la distancia cultural. En el proceso de relacionamiento con lo político, los sujetos se identifican con ciertas posiciones o bandos con los que se comparten narrativas morales y “una vez que han aceptado una narrativa particular, se ciegan a otros mundos morales alternativos” (Haidt, 2019, p. 20).

De este modo, se configuran matrices morales que se tejen en torno a ciertos valores y cosmovisiones, que pueden ser elevados al carácter de verdad absoluta, los cuales suelen cegar a los sujetos, impidiéndoles reconocer la validez de otros marcos, asimilándose a una creencia, concebida como certeza, de corte ideológico, pero muy cercana a la convicción religiosa y moral. En esta línea, Haidt, (2019), afirma “(...) que cuando queremos creer en algo, a menudo ni siquiera nos molestamos en buscar una sola pieza de evidencia de apoyo. Nos limitamos a aceptar las cosas acríticamente” (p. 132).

A todo esto abona el marco cultural regional y religioso, que da lugar a la sacralización de la política, así como la lógica de polarización con la que se asumen las posturas (izquierda/derecha) dentro del espectro político y el autoritarismo cultural que se transmite en las prácticas familiares. La interacción de estos elementos configura una dinámica de negación, exclusión y silenciamiento de la diferencia, una imposibilidad de reconocer la otredad y de buscar eliminar lo que subvierte las posiciones hegemónicas. De este modo, la idea sobre “lo que somos”, se sostiene desde la deslegitimación de lo que “ellos son”, lo cual imposibilita construir una cultura política democrática, erosionando las bases para la paz.

Es fundamental apuntar en esta dirección a la hora de generar procesos de transformación social y subjetiva que apunten a la construcción de culturas de paz y de un claro respaldo de la sociedad civil a la negociación política del conflicto armado en Colombia. Lo cual implicaría que tanto en la familia, como en las relaciones sociales cotidianas, como la escuela, se abran espacios para realizar el diálogo político, aun sobre temas que incomodan, de tal manera que ningún aspecto de lo público termine sacralizado y pueda

ser debatido, siempre en función del bienestar de la población. La democracia se construye sobre el disenso y sobre la posibilidad de conversar sobre aquéllos aspectos en los que no estamos de acuerdo, probablemente, no para alcanzar un consenso, sino para reconocer que en la diferencia hay posturas diversas que pueden coexistir e, incluso, complementarse (Eschenhagen, 2021) en la búsqueda de un bien común o de la paz en un país que está agotado de la guerra y la violencia cotidiana.

Referencias

- Amossy, R. (2017). *Apología de la polémica*. Prometeo.
- Angarita, P. E., Gallo, H., Jiménez, B. I., Londoño, H., Londoño, D., Medina, G., ... Ruiz, A. M. (2015). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Sílabo Editores.
- Arzayús Penilla, M. del M., Barrera Segura, S., Lobo Peña, V.Y. & Díaz-Pérez, I.L. (2021). Barreras psicosociales para la construcción de la paz en un grupo de adultos mayores en Cali, Colombia. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 217 - 246). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Avendaño, M. & Villa Gómez, J.D. (2021). Polarización Política y Relaciones Familiares: Prácticas relacionales y mecanismos de configuración de la postura política como barreras psicosociales para la democracia y la paz en Medellín. *El Agora USB*, 21(1): 34-60.
- Banducci, S., Elder, L., Greene, S. & Stevens, D. (2016) Parenthood and the polarisation of political attitudes in Europe. *European Journal Political Research*, 55(4), 745-766.
- Bar-Tal, D. (1990). *Group beliefs: A conception for analyzing group structure, processes and behavior*. Springer-Verlag.
- Bar-Tal, D. (2003). Collective Memory of physical violence: its contribution to the culture of violence. En E. Cairns & M.D. Roe, *The Role of Memory in ethnic conflict*. Palgrave, Macmillan.
- Bar-Tal, D. (2007). Sociopsychological Foundations of Intractable Conflicts. *American Behavioral Scientist*, 50(12), 1430-1453. doi:10.1177/0002764207302462

- Bar-Tal, D. (2010). Culture of conflict: involvement, institutionalization, and consequences. *Personality, Human Development, and Culture: International Perspectives on Psychological Science*, 2, 183-198.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. University Press.
- Barrera, D. & Villa Gómez, J. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El Ágora USB*, 18(2), 459-478. <https://doi.org/10.21500/16578031.3828>
- Basset, Y. (2018) Claves del rechazo del plebiscito para la paz en Colombia. *Estudios Políticos*, (2), 241-265
- Bauman, Z. (2008). *Modernidad y Holocausto*. Sequitur, cuarta edición.
- Blair, E. (1995). La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social? *Estudios Políticos* 6, 47-71.
- Blair, E. (1999). *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*. Editorial Universidad de Antioquia
- Blanco, A; Caballero, A & De la Corte, L. (2005). *Psicología de los grupos*. Pearson Prentice Hall.
- Bonilla Castro, E., & Rodríguez, P. (1997). Más allá del dilema de los métodos. Ediciones Unidas- Grupo Editorial Norma.
- Bonilla-Neira, L. (2020). Tópicos y violencia verbal en la convocatoria a la marcha #NoMásDesgobierno en Colombia. *Revista Estudios Lingüísticos*, 28(4): 1747- 1777.
- Brewer, MB (2011). Identity and conflict. En: Bar-Tal (2011). *Intergroup conflicts and their resolution. A social psychological perspective*. Psychology Press. 125-143.
- Butler, J. (2017). *Marcos de Guerra: las vidas no lloradas*. Paidós Básica.
- Cáceres, P. (2003) Análisis cualitativo de contenido: una alternativa metodológica alcanzable. *Psicoperspectivas*, II, 53-82.
- Centro de Análisis Político de EAFIT (2013) Representaciones de la sociedad antioqueña. En: Centro de Análisis Político de EAFIT. *Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013* (pp.21-43). Editorial Artes y Letras.
- De la Corte, L. (2004). Valores, identidades y derechos morales en la modernidad tardía. En: L. De la Corte; A. Blanco, y J.M. Sabucedo (eds.) *Psicología y derechos humanos* (pp.25- 68). Icaria.
- Eschenhagen, M. (2021). Colonialidad del saber-educación ambiental: la necesidad de diálogos de saberes. *Praxis & Saber*, 12(28), e11601. <https://doi.org/10.19053/22160159.v12.n28.2021.11601>

- Espinosa, A., Calderón-Prada, A., Burga, G., & Güímac, J. (2007). Estereotipos, prejuicios y exclusión en un país multiétnico: el caso peruano. *Revista de Psicología*, xxx (2), PP. 295-338.
- Gallo, H.; Jiménez, B.; Londoño, D.; Mesa, J.A.; Ramírez, M.E. & Ramírez, D. (2018). Discursos de enemistad. Pronunciamientos sobre los medios de comunicación y las ONG en el conflicto armado colombiano, 1998-2010. Editorial Universidad de Antioquia.
- Girón Sierra, J. (2015). El porqué de la cultura en el posconflicto. En: IPC, *La paz como construcción: tensiones y realidades del conflicto y el posconflicto en Antioquia*. IPC
- González, D.M (2015) Estado del arte. La familia como texto y contexto para la socialización política de los niños y las niñas, *Katharsis*, 19, 99-133
- González Rey, F. (2006) *Investigación cualitativa y subjetividad*. Guatemala: Oficina de derechos humanos del arzobispo de Guatemala.
- Gordillo, C., & Federico, B. (Dirección). (2013). *Apuntando al corazón* (documental) [Película].
- Guzmán, G., Fals Borda, O. & Umaña, E. (2005). *La Violencia en Colombia* (tomos I). Taurus.
- Haidt, J. (2019). *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*. Planeta.
- Herranz, J. K. & Basabe, N. (1999). Identidad nacional, ideología política y memoria colectiva. *Revista de Psicología Política*, 18, 31-47.
- Iglesias, J. (1990). La familia y el cambio político en España. *Revista de Estudios Político* (Nueva Época), (66)
- Lozada, M. (2004). El otro es el enemigo: imaginarios sociales y polarización. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10(2), 195-209.
- Maalouf, A. (2007). *Identidades Asesinas*. Alianza Editorial.
- Maldonado, I. & Carrillo, M.A (2011). Identidad y vida cotidiana. En A. Ovejero & J. Ramos (Coords.) *Psicología social crítica* (pp. 237-245). Editorial Biblioteca Nueva.
- Maoz, I., Ward, A., Katz, M., & Ross, L. (2002). Reactive Devaluation of an "Israeli" vs "Palestinian" peace proposal. *Journal of Conflict Resolution*, 46(4), 515-546.
- Maoz, I., & Eidelson, R. (2007). Psychological bases of extreme policy preferences: how the personal beliefs of Israeli-Jews predict their support for population transfer in the Israeli-Palestinian conflict. *American Behavioral Scientist*, 50(11), 1476-1497.

- Marques, J & Páez, D. (1996) Identidad Social y Diferenciación intergrupala: El "Efecto Oveja Negra" como una función y un antecedente del control social subjetivo. En J.F., Morales, D., Páez, J.-C. Deschamps, y S. Worchel, Identidad social: aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos. Promolibro.
- Martín-Baró, I. (1988). La violencia política y la guerra como las causas del trauma psicosocial en el Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*. VII (28), 123-141.
- Martín-Baró, Ignacio (1989) Psicología social de la guerra: trauma y terapia en el Salvador. UCA EDITORES.
- Martín-Baró, I. (2003). Poder, ideología y violencia. Trotta.
- Martínez, M. (2008). Ciencia y arte en la metodología cualitativa. Trillas.
- Mercado, A. & Hernández, AV. (2010). El proceso de construcción de la identidad colectiva. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*. Universidad Autónoma del Estado de México, 53, 229-251.
- Oren, N., & Bar-Tal, D. (2006). Ethos and identity: Expressions and changes in the Israeli Jewish society. *Estudios de Psicología*, 27(3), 293-316.
- Orkibi, E. (2012). L'insulte comme argument et outil de cadrage dans le mouvement «anti-Sarko ». *Argumentation et Analyse du Discours*, 8, 1-26. DOI: <http://journals.openedition.org/aad/1335>
- Pachón, X. (2008). La Familia en Colombia a lo largo del siglo XX" Familias, cambios y estrategias. Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional. 145-159.
- Pécaut, D. (2003) Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión. Hombre Nuevo Editores.
- Pécaut, D. (2015). La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria. La Carreta Histórica.
- Ramos, R. (1990) La familia como agente de socialización política. *Revista interuniversitaria de formación del profesorado*. 9, 85-91.
- Rico, D. & Sottolotta, C.E. (2020). Barriers to Peace? Colombian Citizens' Beliefs and Attitudes Vis-à-Vis the Government-FARC-EP Agreement. *Studies in Conflict & Terrorism*, DOI: 10.1080/1057610X.2020.1752008
- Rodríguez-Raga, J.C. (2017). Colombia: país del año 2016. *Revista de Ciencia Política*, 37(2): 335-367.
- Souroujon, G. (2016). La relación entre la lógica religiosa y lo político en las democracias liberales. La sacralización política de Néstor Kirchner. *Reflexión Política*, 18(35), 16-27. <https://doi.org/10.29375/01240781.2461>

- Suhay, E. (2015). Explaining Group Influence: The Role of Identity and Emotion in Political Conformity and Polarization. *Political Behavior*, 37, 221-251.
- Tajfel, H. (1984). Grupos humanos y categorías sociales. Estudios de psicología social. Herder.
- Todorov, T. (2002). Memoria del mal, tentación del bien. Ediciones Península.
- Todorov, T. (2013). Los usos de la memoria. Paidós.
- Uribe, M.T. (1993) Notas coloquiales sobre la ética y la política. En: Carlos Calderón, et. al. Ética para tiempos mejores. Colombia: Corporación Región- Programa por la Paz.
- Velásquez, Y.N., Barrera, D., & Villa Gómez, J.D. (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín - Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*, 13(1), 149-174.
- Villa Gómez, J.D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En: J. Carmona y F. Moreno (ED.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365-387). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Villa Gómez, J.D & Arroyave, L. (2018) Creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas sobre la paz negociada en ciudadanos de Medellín. *Revista Kavilando*, 10(2), 449-469.
- Villa Gómez, J.D. & Barrera, D. (2017). Registro identitario de la memoria: políticas de la memoria e identidad nacional. *Revista Colombiana de Sociología*, 40 (1), 149-172.
- Villa Gómez, J.D., Díaz-Pérez, I.L., Barrera Machado, D., Velásquez Cuartas, Y.N. & Avendaño Ramírez, M. (2021). ¿Por qué hablar de barreras psicosociales para la paz en el contexto colombiano? En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno. *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación* (pp. 24.58), Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D. & Patiño, C.D. (2021). Barreras psicosociales para la paz: una lectura dialógica desde diferentes perspectivas teóricas. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno. *Ethos del conflicto y creencias*

- sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (pp. 60 - 91), Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J., Quiceno, L., Aguirre, V., & Caucil, E. (2019). El fenómeno de polarización entre “Petristas” y “Uribistas” de la ciudad de Medellín: creencias y emociones movilizadas en los grupos frente al adversario y sus respectivas figuras políticas. *Kavilando*, 11(2): 266 – 287. Disponible en: <https://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/345>
- Villa Gómez, J., Rodríguez, M., Gaitán, L., González, M.A., Haber, J. & Roa, J. (2019). Emociones sociales y políticas en la construcción y la obstrucción de la paz en ciudadanos de estrato social medio-alto de la ciudad de Bogotá. *El Ágora USB*, 19(2). 352-371. DOI: 10.21500/16578031.4393
- Villa Gómez, J. D., Rúa, S., Serna, N., Barrera Machado, D. & Estrada, C.E. (2019). Orientaciones emocionales colectivas sobre el conflicto armado y sus actores como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en ciudadanos de Medellín. *El Ágora USB*, 19(1). 35-63. DOI: <https://doi.org/10.21500/16578031.4122>
- Villa Gómez, J., Velásquez, N., Barrera, D., & Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-49. <https://doi.org/10.21500/16578031.464>



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 9

Procesos de DDR en el marco de múltiples procesos de paz en Colombia: contextualización y barreras

Lina Marcela Quiceno¹

Resumen

El presente capítulo intenta desde una revisión documental, hacer un recorrido histórico, social y político de los procesos de paz y las estrategias gubernamentales implementadas en diferentes periodos de gobierno para garantizar la desmovilización y reintegración de personas y grupos vinculados de manera directa al conflicto armado. De igual forma se esbozan algunas dimensiones de la reintegración y sus impactos, además de las dificultades que se tienen por parte de los excombatientes para llevar a cabo un adecuado proceso de retorno a la vida civil, teniendo en cuenta las barreras psicosociales presentes en la sociedad colombiana, que actúan como catalizadoras en la obstaculización de procesos de reconciliación, convivencia y paz. Se intenta entonces, ofrecer un marco para situar y comprender la reintegración (tema que se trabajará en los siguientes capítulos), sus barreras y sus oportunidades, en función de una perspectiva crítica, psicosocial como complemento a todas las discusiones que ha producido la macro investigación “*Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia*”, entendiendo que es necesario posicionarse desde diversas perspectivas para lograr una comprensión adecuada de un fenómeno tan complejo como los impactos del conflicto Colombiano y sus posibles salidas.

¹ Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicóloga y Magíster en Psicología Social, Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, sociedad y trabajo (GIP). linamarcela.quiceno@upb.edu.co

Palabras clave: Conflicto armado, procesos de paz, desmovilización, reintegración, barreras psicosociales para la paz, construcción de paz.

Los procesos de paz, aproximaciones

Colombia, ha tenido que enfrentar diferentes procesos históricos que se encuentran marcados por el conflicto armado, en donde se han visto enfrentados diferentes actores (guerrillas, autodefensas, fuerzas del Estado, narcotráfico), cuyas características ideológicas se transfiguraron en el uso de la violencia política como estrategia de legitimación de su lugar.

Pizarro (2017) menciona que una de las características a resaltar del conflicto colombiano es su larga duración, por lo que se encuentra entre los siete más viejos del mundo; también indica que normalmente en este tipo de conflictos, se evidencian aspectos que hacen que su resolución por vías negociadas sea compleja, entre ellos, los impactos emocionales que se generan entre los actores y la sociedad, también, la desconfianza entre actores y Estado, la naturalización de la violencia como medio legítimo de gestión de las necesidades emergentes dentro de una sociedad, convirtiéndose en lo que se denomina: conflictos intratables (Kriesberg, 1993; Bar-Tal, 2017). Este tipo de conflictos trae consecuencias que se relacionan con las barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, concepto que ha sido ampliamente trabajado en el libro *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (Villa Gómez, Andrade & Quiceno, 2021) y en los anteriores apartados del presente libro.

Weber (1968), menciona que el Estado como entidad cumple una función muy importante a la hora de mantener en equilibrio la vida de los sujetos que se encuentran dentro de él, ya que, a partir del uso legítimo de la fuerza y estrategias de cohesión como planes, programas y proyectos de intervención, sobre la base de la garantía de derechos, se convierte en preventor y/o un mediador

de los conflictos que surjan, lo que le implica una gran capacidad de gestión al respecto.

Orejuela (2000), menciona que el Estado colombiano ha demostrado bastante ineficiencia respecto del cumplimiento de sus funciones, frente a situaciones como tener presencia en todo el territorio, y manejar de manera eficiente las instituciones a su cargo, lo que implica una adecuada administración de justicia y la resolución de los conflictos de los ciudadanos, que en el caso de Colombia, lo que sobresale, son los altos niveles de impunidad (97%), el desborde del narcotráfico, y el surgimiento, desarrollo y posicionamiento de ejércitos y/o personas que quieren ejercer la función estatal; estas situaciones demuestran una corresponsabilidad del Estado en los procesos de escalada de los diferentes conflictos que se tienen en el país y su negligencia para resolverlos de manera acertada (Ortega & Quiceno, 2020).

Teniendo en cuenta lo anterior, y resaltando que, a partir de estos hechos se han producido 9.123.123 víctimas del conflicto armado registradas a abril 30 de 2021², diferentes gobiernos, en aras de fortalecer la cohesión, como función estatal por excelencia (Weber, 1968), han tratado de buscar otras salidas diferentes a las armadas, con los actores permanentes y emergentes, que existen desde hace más de 60 años, una de esas estrategias es la que se ha denominado: *procesos de paz*.

Los procesos de paz como tácticas para dar salida a los conflictos armados implican varios aspectos, el primero, es el acuerdo de paz que hace referencia a la negociación que se promueve entre actores y que la más de las veces, requiere de un mediador que se considere neutral. (Acevedo & Rojas, 2016). Para Fisas (2010), los acuerdos realizados son simplemente la primera parte del proceso; los puntos centrales para lograr el establecimiento de la solución del conflicto son la implementación efectiva de lo acordado y el constante desa-

² Según lo menciona el Registro único de víctimas, de la Unidad de Víctimas, recuperado de: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>

rollo de estrategias para lograr terminar con las condiciones estructurales que lo originaron, de no ser así, posiblemente los esfuerzos realizados en la negociación desemboquen en el desencadenamiento de nuevas violencias.

De igual forma, este autor subraya que las negociaciones dependerán del tipo de demandas que tengan los grupos que se sientan a negociar; esto estará ligado a su historicidad, origen, formas de lucha y aspiraciones. En este sentido, distinguen cinco tipos de modelos para los procesos de paz, según sean las particularidades de los grupos, a saber: **de reinserción** (se buscan oportunidades efectivas para la reincorporación a la comunidad), **de reparto del poder** (la intención es el acceso al poder, por ende se realizan acuerdos de repartición del mismo, en términos administrativos), **de intercambio** (este tipo dependerá de los intereses particulares que tengan los grupos, acuerdan dejar las armas por la consecución de algo específico como tierras, no agresión, entre otros), **de medidas de confianza** (las partes realizan acciones para reestablecer relaciones y legitimar un lugar diferente al de enemigos) **y de autogobierno** (en donde las demandas de los grupos incluyen la posibilidad de una forma de independencia, concediéndose parcialmente).

Es importante anotar que cualquiera que sea la forma de negociar, el proceso normalmente, se establece en fases, que según Fisas (2010), están dadas por un primer escenario que es la **exploración o pre-negociación**, en donde se identifica por parte de los involucrados el deseo de generar espacios para la negociación, el nivel de disposición y el convencimiento, así como: qué estarían dispuestos a ceder, cuáles serían las condiciones de seguridad, las garantías para el cumplimiento de lo acordado en una primera fase. También se generan las primeras rutas de lo que podrá ser el proceso; se apunta a identificar las bases fundamentales del desacuerdo, lo que permitirá al mismo tiempo, identificar asuntos claves de la negociación; todo lo anterior, apuntado por supuesto, al reconocimiento del otro como un adversario legítimo.

Como producto final de esta primera fase se espera tener la información suficiente para concretar la ruta de trabajo que permita saber al menos qué negociar, y ciertas estrategias o pasos para hacerlo,

es decir, una agenda de trabajo, o lo que el autor llama “hoja de ruta” (Fisas, 2010). Se considera fundamental en esta fase que los adversarios presenten reales intenciones de participar y no, como ha sucedido en algunos casos, sea una estrategia para fortalecerse y figurar, ya que, de ser así se imposibilitará continuar con el proceso a largo plazo.

La segunda fase implica la **negociación**. En esta lo primero que ocurre es la legitimación de los negociadores o representantes de las partes; se busca que sean personas idóneas y que representen una postura real de las mismas, idealmente que sean los adversarios originales, también se busca establecer la claridad de que en ese escenario se participa con la idea de un gana-gana; es decir, que ninguna de las partes debe querer tomar ventaja sobre su adversario. Otro aspecto importante, es el hecho de propiciar actitudes que permitan cambios significativos en el tipo de relaciones que se tenían antes del proceso, si bien, puede que las partes no establezcan vínculos afectivos, sí se busca que se legitimen y respeten, esto garantizará el cumplimiento de los acuerdos, posteriormente (Fisas, 2010).

En este sentido el centro de esta fase es la discusión de las agendas que previamente se construyeron en la fase anterior y la búsqueda de acuerdos parciales con sus protocolos, para posteriormente llegar a los acuerdos finales. Esta parte del proceso de paz también implica el cese al fuego, la neutralización de acciones ofensivas, el cumplimiento de los pactos y el fortalecimiento de la confianza, lo que resulta fundamental para el establecimiento del acuerdo final (Fisas, 2010).

Por último, se tiene el establecimiento de **las estrategias de implementación y la generación de tácticas para la solución de desavenencias futuras**, que implica la construcción sobre la base de lo acordado, de cómo se verificará que se dé cumplimiento y se mantenga la voluntad de paz, además de pensarse qué situaciones podrían alterar dicho cumplimiento y cómo resolverlas; esta fase implica también la creación de entidades, cargos, funcionarios, presupuestos y demás asuntos necesarios para llevar a cabo dichos planes (Acevedo & Rojas, 2016).

En contraste con lo anterior, vale la pena mencionar la perspectiva de Galtung (1998), quien comenta que, en la última fase del ciclo de vida de los conflictos, es decir, lo que sigue después del conflicto, es vital considerar tres asuntos a trabajar, que el autor llama las 3 R: reconstrucción, reconciliación y resolución, entendiendo que la primera hace referencia a trabajar sobre las afectaciones que deja el conflicto, teniendo en cuenta la reparación y resarcimiento de los daños causados, la segunda implica la verdad sobre los hechos, el perdón y el encuentro con el otro, y la última, como ya se ha enunciado, es el trabajo para la modificación de las condiciones que originaron el conflicto.

El mismo autor plantea que las sociedades normalmente no están preparadas para llevar a cabo estas tres apuestas, lo que a menudo se convierte en un círculo, pues esta última fase, puede desencadenar nuevas oleadas de sucesos conflictivos, dando origen nuevamente a la primera fase.

A continuación, se esbozará una cronología de los procesos de paz que se han tenido en Colombia, identificando entonces aspectos relevantes para tener en cuenta sobre las condiciones de los procesos de desmovilización, reintegración y normalización que fueron objeto de estudio de la investigación que da origen a este texto.

¿Qué ha pasado con la paz?: recuento de los Procesos de Paz y Desmovilización en Colombia

Anteriormente se habló de lo que es un proceso de paz y las fases que implica; en este apartado se enfatizará en los denominados DDR (Desarme, Desmovilización y Reinserción), y cómo se han desenvuelto en el contexto histórico colombiano, con el fin de que podamos comprender las consecuencias que han traído, así como sus dificultades y trayectos, de cara a una consolidación en los ámbitos institucional y subjetivo. Esto, en tanto existen personas que se han visto beneficiadas y/o perjudicadas; de igual forma que sea posible visualizar las barreras psicosociales que se encuentran en relación con la condición del excombatiente,

abriendo debates para posteriores discusiones (situaciones que serán desarrolladas en los dos capítulos siguientes).

Inicialmente, es importante enfatizar que históricamente la humanidad ha tenido conflictos, por ende, la proposición de estrategias de reconstrucción del tejido social, entre actores, sociedad civil e institucionalidad después de finalizados los mismos, ha estado presentes desde tiempos inmemoriales. El Instituto de Estudios Geoestratégicos y Asuntos Políticos (2013), en su revisión a la “contribución de Cartagena al DDR”, menciona que, en Grecia Antigua, los hombres que participaban en alguna guerra simplemente regresaban a sus hogares a desempeñar las labores cotidianas que ejercían antes de ser requeridos en esta, lo que implicaba que eran ciudadanos del común que ya tenían un lugar en su sociedad con algún tipo de rol asignado que se recuperaba fácilmente. De otro lado, también se señala que en Roma los soldados que dejaban la guerra eran enviados a establecer colonias para así extender los reinos, posteriormente, en la edad media, por lo general los participantes de las guerras eran mercenarios que estaban entrenados para esta labor y una vez terminada, debían ir a buscar otras batallas para emplearse nuevamente.

En épocas un poco más contemporáneas, y tras la finalización de la guerra fría se amplió el espectro para la resolución de diferentes conflictos en Latinoamérica y África, en donde trataron de implementarse procesos básicos similares a los de desarme, desmovilización y reintegración, enfatizados en el ofrecimiento de alternativas laborales de corto plazo y dirigidos a quienes pertenecieron a los bandos en disputa; instituciones normalmente militares se encargaban del asunto (Steenken, 2008).

Fue con la finalización de la década de los 80, que estas estrategias para reorganización, fortalecimiento del desarrollo y mantenimiento de la paz, fueron denominadas DDR. Sin embargo, no es sino hasta la época actual (aproximadamente desde el 2004) que la ONU (Organización de Naciones Unidas), que había trabajado en procesos de acompañamiento a diversos países con conflictos internos, y que había podido evidenciar que los países que

no implementaban estos programas, tenían más posibilidad de volver a presentar nuevas confrontaciones, bajo los aprendizajes de su experiencia, desarrolla diversos protocolos para la implementación de estas fases (Correales, 2017).

En este sentido los programas de DDR (Desmovilización, Desarme, Reinserción y Reintegración), se asumen como una estrategia que suele aparecer en el marco de los procesos de paz, con el fin de garantizar que quienes participaron en el conflicto, puedan lograr de una manera efectiva la realización de diferentes actividades que propendan por su desarrollo integral y sobre todo, que les permitan el no retorno a escenarios de violencia. También se pretende con su implementación, fomentar asuntos como: la recuperación, el desarrollo sostenible, el mejoramiento de la democracia, aprovechamiento de las fuerzas militares en ejercicios que contribuyan a la soberanía más allá de la guerra, la redistribución de presupuestos estatales reduciendo la inversión en la guerra e invirtiendo en otros asuntos prioritarios que contribuyan al mejoramiento de las condiciones de calidad de vida de los ciudadanos, ya que se precisan como causas estructurales que originan la situación (Steenken, 2008).

Por su parte la ONU (2010), conceptualiza cada una de las letras que hacen parte de la sigla, señalando que el *Desarme*, lleva implícito el inventario de las armas, municiones y explosivos que individual o colectivamente se tengan, almacenamiento de estos, su posterior destrucción y/o redistribución a las fuerzas armadas oficiales; también un acto simbólico de entrega, que reafirma el compromiso de no usarlas. La *Desmovilización*, por su parte, se inicia normalmente con el acuartelamiento (individual o colectivo), normalmente en entidades militares, con los debidos registros, el desarme, la participación en procesos de orientación para preparar la salida y por último la salida.

En el caso de la letra R, implica los procesos de reinserción y reintegración, en algunos autores también aparece la recuperación (Steenken, 2017; Universidad Militar Nueva Granada, 2013). En este caso por parte de la ONU (2010), la *Reinserción* es entendida como un proceso de asistencia a corto plazo que reciben las personas

que se retiran de los grupos armados ilegales, la cual se focaliza en garantizarles atención primaria, entendida como: albergue inicial, alimentación, salud, educación y algunas herramientas básicas para asumir la vida civil. Se resalta que es un proceso transitorio.

Posteriormente está la *Reintegración*, que pretende generar un apoyo en el largo plazo y oportunidades efectivas en relación con aspectos: vocacionales, económicos y laborales de los excombatientes, quienes a su vez tendrían incidencia en las comunidades receptoras, entendiéndose con esto, que ellas también hacen parte fundamental del proceso en sí mismo, así como de la permanencia de los excombatientes en la vida civil; en ese sentido en los últimos años se ha priorizado este énfasis, dado que inicialmente se trabajaba únicamente con la persona que se desmovilizaba y se soslayaban las comunidades que los acogían.

La *Recuperación* implica las estrategias para lograr entretejer nuevamente las relaciones sociales que se fracturaron a partir de los impactos generados por la guerra en los territorios de mayor presencia de esta y también, la sensibilización de la sociedad civil que no ha participado de manera directa, pero que es corresponsable en la consolidación de una mejor convivencia y resolución efectiva de conflictos futuros (Steenken, 2017).

Colombia al ser un país históricamente marcado por el conflicto, ha intentado realizar diferentes procesos, tanto de paz como de DDR. Uno de los primeros registros con los que se cuenta, data de 1.953 cuando el general Gustavo Rojas Pinilla, otorgó una amnistía que permitió que la guerrilla Gaitanista de Rafael Rangel Gómez se desmovilizara, aunque el proceso no fue muy exitoso, pues algunos de sus integrantes volvieron a las armas y otros se convirtieron en bandoleros. Sin embargo, Rangel se convirtió en representante a la cámara por el Movimiento Revolucionario Liberal dentro del contexto del Frente Nacional, posibilitando con ello su participación política (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014).

En el gobierno del presidente Turbay, y debido a la expansión de las FARC, se pensó en una primera salida negociada, por ende, se expidió la Ley 37 de amnistía (1981) y también se creó la primera

comisión de paz (Decreto Ley 474 de 1982). A pesar de que dicha normativa incluía muchas restricciones y papeleo, se logró con ésta, la desmovilización de varios actores armados: tres milicias urbanas en Medellín, dos grupos guerrilleros y algunas disidencias (Agencia Colombiana para Reintegración, ACR, 2016).

Posteriormente, en la presidencia de Belisario Betancur en 1982, se proyectó en su gobierno realizar un proceso de paz con las guerrillas que incluyera una comisión de paz integrada por diferentes sectores de la sociedad (productivos, políticos y sociales), amnistías para facilitar la desmovilización, reformas políticas para garantizar la participación de los desmovilizados en el gobierno y por supuesto un ejercicio de DDR, además de un énfasis en la recuperación de las zonas del país que se habían visto afectadas por el conflicto (Pizarro, 2017). Estos asuntos se materializaron mediante la aprobación de la Ley 35 de 1982, donde se exponían las condiciones y disposiciones para la amnistía a los miembros de grupos armados y también la propuesta del PNR (Plan Nacional de Rehabilitación).

La estrategia del PNR tuvo asuntos significativos en términos de las propuestas de trabajo al respecto de la comunicación efectiva entre los ciudadanos de las zonas apartadas y las instituciones, pues se generaron reuniones permanentes entre ambos en dichas zonas; además, se fortaleció la inversión en la ruralidad y se generaron estrategias que permitían una mayor descentralización en aspectos económicos, administrativos, políticos y fiscales. Sin embargo, la puesta en marcha de la estrategia tuvo los inconvenientes usuales que tiene la implementación de políticas públicas, como las dificultades de coordinación entre los niveles nacionales, departamentales y locales, el financiamiento y la concreción de proyectos viables (Tirado, 1990).

Villarraga (2015), luego de algunas revisiones de reportes oficiales, menciona que gracias a la Ley 35, se acogieron 1.384 miembros de grupos como: EPL, ELN, FARC, M-19, ADO³, provenientes

³ EPL (Ejército Popular de Liberación), ELN (ejército de liberación nacional), FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), M-19 (Movimiento 19 de abril), ADO (autodefensa Obrera).

de diferentes departamentos y de Bogotá. A estas personas se les ofreció diferentes apoyos para vivienda, créditos de fortalecimiento agrícola, para adquisición de taxis, becas con instituciones educativas, atención en salud y asesoría técnica, a partir de una estrategia denominada *Programa Especial de Microempresas de Rehabilitación*. También participaron en los procesos de atención entidades como: el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), el Ministerio de gobierno, el Instituto colombiano de Reforma Agraria (INCORA) y la Caja Agraria, que sentarían las bases en los primeros proyectos para la reintegración.

Pese a que se logró que todas estas personas se acogieran a la amnistía, e incluso se posibilitaron estrategias de participación política como la conformación de la UP (Unión Patriótica) como partido que representaba a las FARC en una alianza con diversos partidos de izquierda, movimientos sociales y sectores políticos ajenos al bipartidismo tradicional. Semana (1997), reporta que los diálogos con los grupos, para avanzar en su total y efectivo desmantelamiento, no se realizaron de manera clara, ni se generaron los avances suficientes para unos acuerdos contundentes, lo cual permitió que por ejemplo, las FARC fortalecieran tanto sus acciones bélicas (ocupación de nuevos territorios, incremento en secuestros y extorciones), como el número de frentes e integrantes. Por su parte, el grupo señalaba que el gobierno había generado persecuciones y ambientes desfavorables que impidieron el avance.

Sumado a lo anterior, los amnistiados organizados en la Asociación Nacional de Amnistiados, denunciaron haber sido objeto de diferentes hostigamientos como: asesinatos selectivos, desplazamientos, persecuciones y desapariciones forzadas; además del incumplimiento de algunos de los acuerdos y beneficios consignados en la Ley 35, evidenciando que la reintegración tuvo muchas dificultades y por ende, fue poco exitosa (Villarraga, 2015).

Además de lo ya descrito, el suceso que demarcaría una alerta contundente en relación con los acercamientos a la paz con los diversos grupos, fue la consolidación del M-19 y su acción emblemática, la toma del palacio de justicia en 1985 (Semana, 1997). Una vez elegi-

do presidente Virgilio Barco (1986-1990), resaltó como una de sus prioridades el desarrollo del proceso de paz con este grupo.

La política de este presidente fue radicalmente distinta a la de su antecesor, ya que se caracterizó por poner límites a los grupos y tener directrices claras respecto de las condiciones de cese al fuego; para ello, creó la Consejería Presidencial para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación, que sustituyó a la Comisión de Paz del gobierno anterior.

Este Gobierno tuvo como apuesta central la reconciliación y buscó enfatizar en los procesos estructurales que originaban el conflicto, por ende, se propuso trabajar sobre la reforma agraria, brindando mayores oportunidades a la población campesina con el fin de que se redujera el apoyo a los grupos subversivos y la inclusión de nuevos miembros en estos. En términos de la normalización, se buscaba restablecer el funcionamiento de organismos del Estado en ciertas poblaciones abandonadas por la institucionalidad y respecto a la rehabilitación se buscaba ofrecer un plan de acompañamiento a los excombatientes promoviendo la justicia como pilar (Villarraga, 2015).

Pese a los esfuerzos realizados por el Programa Nacional de Rehabilitación (PNR), la fuerza de fenómenos como el narcotráfico y el paramilitarismo, hacen que esta época sea recordada como problemática y compleja, teniendo en cuenta los diversos asesinatos emblemáticos que fueron llevados a cabo como el exterminio sistemático de los miembros de la UP (Unión Patriótica); dentro de este los asesinatos de Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo Ossa; por otra parte, los de Luis Carlos Galán y Carlos Pizarro, todos candidatos a la presidencia; además de los diferentes atentados con carros bomba, secuestros y demás actos violentos ejecutados por alianzas oscuras de estos grupos con el Estado (El Tiempo, 1997).

También es de reconocer que hubo aspectos positivos de ese periodo presidencial que contribuyeron a ejercicios fortalecedores de la paz como los acuerdos con el M-19, que se consideran como el proceso más exitoso de desmovilización de una guerrilla en Colombia, teniendo en cuenta la reincorporación a la vida civil, sobre todo la participación política de muchos de sus miembros en el escenario

gubernamental, fomentando el apoyo y gestión para la realización de la constituyente que desembocaría en una nueva constitución, que es la que tenemos en la actualidad (Molina, 2018).

Posteriormente en el Gobierno de Cesar Gaviria (1990 – 1994), se conservó inicialmente todo el equipo negociador del gobierno anterior, y de igual forma la estrategia del PNR, lo que incidió positivamente en el ejercicio de la realización de procesos de paz con otros grupos como: PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), EPL (Ejército Popular de Liberación) y el MAQL (Movimiento Armando Quintin Lame), quienes participaron de manera activa en la realización de la Asamblea Nacional Constituyente, en la cual lograron incidir, respecto a temas agrarios, participación política y derechos para los pueblos indígenas. Sin embargo, avanzado el periodo de gobierno se cambiaron los dirigentes del PNR y las comisiones de negociación, lo que dio un giro a los métodos utilizados, implicando retrocesos en futuros procesos de paz (Pizarro, 2017).

Como acciones significativas se resalta que se dio la creación de la Fundación Progresar, que estaría encargada de realizar procesos de reinserción de los excombatientes, el Plan de Reencuentro, teniendo en cuenta que el EPL consideró que el programa de reincorporación a la vida política y civil debería enfatizar en la concepción de reencuentro, pues era un acto de reconciliación. Pese a estas estrategias, hubo muchas persecuciones a los desmovilizados que terminaron con asesinatos selectivos y desplazamiento, entre otros actos en su contra (Villarraga, 2013).

Durante el Gobierno de Ernesto Samper (1994 – 1998), se retomaron los diálogos con las FARC, proponiendo un posible ejercicio de despeje de territorio para facilitar las conversaciones (municipio de La Uribe). Durante el proceso se filtró a los medios, una comunicación con información militar, situación que generó desconfianza y cerró las posibilidades de diálogo con este grupo, este hecho produjo un viraje hacia las negociaciones con el ELN, desembocando en la firma de un preacuerdo. Sin embargo, la muerte de Manuel “El cura” Pérez (líder emblemático del grupo), sumado a las crisis de credibilidad que tuvo ese gobierno debido a los diversos escándalos

relacionados con dineros del narcotráfico filtrados en la campaña y el llamado “Proceso 8.000”, hizo que este y muchos de los actores armados presentes en la época, no tomaran en serio los acercamientos (Semana, 2004).

Pese a estas situaciones, hay que resaltar que durante este gobierno se avanzó en la priorización del DIH (derecho internacional humanitario) con la adición al protocolo de Ginebra. En esa misma línea, se abrió la primera oficina de la Cruz Roja internacional y el Alto Comisionado para los derechos humanos, aceptando como país la actuación de la Comisión Internacional Humanitaria, que se encargaría de generar procesos de mediación a petición de los actores en disputa. También se logró la desmovilización de dos frentes pertenecientes a la guerrilla del EPL y de una milicia urbana emergente en Medellín, denominada Movimiento Independiente Revolucionario- Comandos; para ellos se dispusieron, en convenio con la administración local, cuatro estrategias para la realización de procesos encaminados a su reintegración que estaban basadas en la generación de proyectos productivos (Pizarro, 2017).

Ya entre los años 1998 a 2002, el presidente Andrés Pastrana retoma las conversaciones con la guerrilla de las FARC. Como primera medida reconoce la existencia de un conflicto armado interno y da estatus político a esta guerrilla; en este sentido, se dieron conversaciones que posibilitaron la realización de diversos acuerdos con este grupo (Acuerdo de Caquetania, el de los Pozos y el de San Francisco de la Sombra). También se generó el despeje por parte del ejército y los miembros del Estado de 4 municipios en el departamento del Meta y uno en el Caquetá, en donde no deberían producirse enfrentamientos entre las partes, con la intención de que fuera una zona en donde se propiciarán encuentros y acuerdos, conocida como la zona de distensión. Sin embargo, estas acciones fueron infructuosas, si se tiene en cuenta que, por parte de las FARC, había mucha desconfianza hacia el gobierno, existían fuertes tensiones al respecto del control en la zona de distensión; desde otra perspectiva, los medios de comunicación hacían fuerte oposición al proceso de paz, y en cambio, se percibía una actitud benevolente frente a las autodefensas. De otro lado, el gobierno evidenciaba en las FARC, acciones contradictorias a la voluntad de paz que menoscaban el proceso, como el asesinato de Consuelo Araújo Noguera, tres

indigenistas norteamericanos, ataques a torres de energía, oleoductos y secuestros, entre otros. Con el ELN también se realizaron acercamientos, sin embargo, se tomaba como algo secundario, que dependía mayoritariamente del avance que se tuviera con las FARC, de modo que, tampoco prosperó (Gonyalons, 2017).

Pese a que no se lograron concretar procesos de paz contundentes, se retomaron los programas que se habían construido en gobiernos anteriores para el apoyo a la desmovilización, contando con una sede oficial denominada Dirección General para la Reinserción, que se apoyaba en las disposiciones del decreto 2546 de 1999, en el cual se señalaba que esta entidad debería direccionar y acompañar los programas para la reinserción y procesos de paz con los grupos guerrilleros, recibiendo también apoyo de la Red de Solidaridad social, la que se encargó de acoger a las personas que individualmente decidían desmovilizarse y brindarles acompañamiento (Decreto 1385 de 1994) (Agencia colombiana para la reintegración, ACR, 2016). Al respecto hay cifras en las cuales se evidencia que en este periodo se desmovilizaron 2.505 personas (Verdad Abierta, 2008).

Posteriormente, en el siguiente mandato, que fue largo gracias a la reelección (2002 – 2010), Álvaro Uribe Vélez que introdujo otro discurso respecto al proceso, fue enfático en afirmar que en Colombia no había conflicto armado, si no acciones y grupos terroristas. Las implicaciones de esta concepción se focalizaba en desconocer el carácter político de las actuaciones de los grupos y por ende limitar los procesos de paz con los mismos, pues además de lo anterior, este gobierno fortaleció las fuerzas militares y su estrategia de persecución, negándose a negociar con cualquier grupo si no aceptaba un cese al fuego unilateral, demostrando sometimiento y voluntad de desmovilización. En este sentido, la agenda de negociación estaba priorizada y limitada, razón por la cual, los únicos grupos que se plantearon este ejercicio, logrando acuerdos y posteriormente su desmovilización, fueron las Auto-defensas Unidas de Colombia - AUC, teniendo en cuenta que en teoría no perseguían fines políticos (Gonyalons, 2017).

Frente a los procesos de acompañamiento a la desmovilización, este gobierno plateó grandes cambios, pues incluyó la obligatoriedad de

la colaboración con información por parte de quien se desmovilizaba; esta incluía: ayudar para la ubicación de grupos, entrega de armamentos y demás asuntos que propiciaran el desmantelamiento de los mismos y su accionar. También se fijaron recompensas y hasta la colaboración de estas personas en operaciones militares contra guerrilla, lo cual despertó interés y alarma en organizaciones internacionales que advertían sobre la naturaleza que debían tener los programas de reintegración, versus la militarización de los mismos, lo que podría desencadenar en nuevas oleadas de violencia y violaciones a derechos humanos (Villarraga, 2013)

Luego de varias denominaciones (Programa de Reinserción y Programa de Reincorporación, Programa de Reincorporación para la Vida Civil (PRVC), Programa de Reinsertados), diferentes énfasis y apoyos tanto económicos como de tiempo de permanencia en el mismo, se creó la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración, que se enfocó en la realización de una ruta para la reintegración de las personas desmovilizadas. Esta estrategia, en tanto una política de Estado, propendía por trabajar de manera multidimensional (aspectos económicos, educativos, generación de ingresos y asuntos psicosociales), con el objetivo de tener un efectivo proceso de vinculación a la vida civil. Con el desarrollo de la ruta, el proceso de atención se extendió también a las comunidades receptoras y a las familias de los participantes, logrando la atención y reintegración de más de 30 mil personas (ACR, 2016).

En el periodo presidencial de Juan Manuel Santos (2010 – 2018), hubo un claro énfasis en acercamientos que condujeran a la desmovilización efectiva de las FARC. Para esto se conformó un equipo interdisciplinario que se encargó de analizar los acuerdos y fracasos de los procesos de paz de otros países, así mismo de los intentos que se habían hecho en el país, obteniendo como resultado la formulación de un plan de acción con tres puntos definidos, que luego de 4 años concluyeron con la firma de un acuerdo general, que fue sometido a la validación por parte de la ciudadanía por medio de un referendo, en donde se preguntaba sobre el acuerdo o desacuerdo en la implementación. Al ganar la opción del “No”, se reformuló el documento, y finalmente el 24 de noviembre de 2016, se firma el acuerdo final entre el Gobierno y la Guerrilla de las FARC, reconocida como la más vieja de Latinoamérica (Pizarro, 2016).

Este gobierno logró grandes impactos; el primero, la llamada Ley del desmovilizado (Ley 1424 de 2010, sancionada por medio del Decreto 2244 de 2011), por la cual se resolvió la situación jurídica de muchos desmovilizados que no tenían delitos de lesa humanidad, y que habían pertenecido al grupo, por lo que no pagarían cárcel, únicamente deberían estar en los procesos de reintegración. De igual forma otra apuesta muy importante fue la Ley 1448 de 2011, o Ley de víctimas y restitución de tierras, en donde se priorizan los derechos de verdad, justicia y reparación, además de ejercicios que propendan por la reconciliación y memoria histórica.

También se rescatan los intentos de diálogos con ELN que no fueron fructíferos; sin embargo, en términos institucionales, se fortalecieron nuevas disposiciones en cuanto al direccionamiento de los programas de DDR. Dentro de estos procesos se destaca el cambio de Alta Consejería a Agencia Colombiana para la Reintegración -ACR- (3 de noviembre de 2011, Decreto 4138), adscrita al DAPRE (Departamento Administrativo de la Presidencia), lo que implicó mayor autonomía presupuestal, administrativa y garantías de permanencia, redundando en el hecho de que, para el primer periodo presidencial, 4.738 personas completaran su proceso de reintegración (ACR, 2016).

Posterior a la firma del acuerdo final con las FARC y teniendo en cuenta los nuevos requerimientos que se generaron a partir del mismo, el 29 de mayo de 2017, mediante Decreto 897 del 29 de mayo del 2017, se modificó el nombre de ACR a ARN (Agencia para la Reincorporación y Normalización), como una estrategia particularizada en función del acompañamiento a los miembros de las FARC, que entraron en procesos de desmovilización (ARN, 2017).

A continuación, se esbozan puntualmente las estrategias por parte de los gobiernos revisados:

ESTRATEGIA	GOBIERNO
Ley 37 de Amnistía y el 16 de noviembre del mismo año la creación de la primera Comisión de Paz (Decreto Ley 474 de 1982).	Julio Cesar Turbay (1978-1982.)

Continúa

ESTRATEGIA	GOBIERNO
<p>Comisión de Convivencia democrática Comisión de Paz Comisión de verificación de acuerdos Ley 35 de (amnistía, beneficios) PNR (Plan Nacional de Rehabilitación) Programa Especial de Microempresas</p>	
<p>Programa de Rehabilitación -Reintegración. Ministerio de Gobierno el Programa Nacional de Apoyo a la Rehabilitación. Se creó el Fondo Rotatorio de Amnistía para agilizar desembolsos y giros a las seccionales por los conceptos referentes a los beneficiarios y para gastos de la Comisión de Paz. El Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA) se comprometió a adjudicar predios en modalidades de parcelas unifamiliares.</p>	<p>Belisario Betancur (1982-1986)</p>
<p>Creación de la consejería presidencial para la reconciliación, normalización y rehabilitación (sustituye a la comisión de paz del gobierno anterior) Durante el primer año de gobierno, el PNR fue replanteado y dirigido a 272 municipios que, según los informes oficiales, tenía impacto en cuatro millones y medio de habitantes. Fue la estrategia fundamental orientada a la paz y enfocada a lograr el desarrollo económico y social en zonas marginales y excluidas, como las afectadas por el conflicto armado. El PNR se ocupó de la construcción de carreteras y vías de penetración; instalación de centros de acopio de productos agrícolas; electrificación y apoyo tecnológico a la producción rural; construcción de escuelas rurales y puestos de salud, y apoyo a proyectos de economía campesina. Las regiones consideradas fueron Magdalena Medio, Bajo Cauca, Los Llanos, Guaviare, El Caguán, Urabá y partes de Nariño, Putumayo, Cauca, Huila, Tolima, Cundinamarca, Santander, Norte de Santander, Córdoba, Sucre y Bolívar. También asumió de forma complementaria algunas inversiones para infraestructura en servicios de barrios pobres de las ciudades. "Programa de Reinserción Económica y Social" Desmovilización M-19 con Indulto Bases para la constituyente</p>	<p>Virgilio Barco (1986 - 1990)</p>

Continúa

ESTRATEGIA	GOBIERNO
<p>Consejerías de Paz y de Seguridad Nacional Consejo nacional para la reincorporación (vigilancia de los procesos de M-19) Asamblea nacional constituyente: bases para la desmovilización de grupos Se mantiene el PNR por un tiempo, en 1994 las funciones del PNR se trasladaron a la Secretaría Especial para Reinserción de la Red de Solidaridad Social (Apoyos de EU) Creación de la Comisión bilateral para el seguimiento de los compromisos establecidos por las partes (marco de la desmovilización del PRT), que incluían: garantías jurídicas y políticas para convertirse en partido político, indulto para los militares, medidas de protección, integración sostenible a la vida civil, políticas de desarrollo regional. Creación de Política de Sometimiento a la Justicia, se crea el Consejo Nacional de Normalización (CNN) adscrito al Departamento Administrativo de la Presidencia (DAPRE) Creación de la fundación Progresar (en el marco de la desmovilización del EPL) para implementar e impulsar programas de inserción, apoyar proyectos productivos y aclimatación de los procesos de paz en medios Plan del Reencuentro (el EPL consideró que la palabra reencuentro era más acertada)</p>	<p>Cesar Gaviria (1990 -1994)</p>
<p>Política de Reinserción queda bajo el cargo de la Oficina Nacional de Reinserción Creación de la oficina del alto comisionado para la Paz Creación de concejo Nacional de paz Comisión Nacional de Conciliación Oficina de la Cruz Roja y Comisión Internacional Humanitaria Estrategias para la desmovilización del Movimiento Independiente Revolucionario- Comandos (Medellín), Cuatro proyectos principales: Las corporaciones para la paz y el Desarrollo Social (CORPADES) y Tiempos nuevos, la asociación de vivienda Emecé y las industrias ROF.</p>	<p>Ernesto Samper (1994 – 1998)</p>
<p>El área anteriormente llamada Oficina Nacional de Reinserción recibió el nombre de Dirección General para la Reinserción (Decreto 2546 de 1999) la Red de Solidaridad Social fue la encargada de acoger a los desmovilizados individuales en el marco del Decreto 1385 de 1994. Creación de una Comisión de Notables para elaborar las recomendaciones pertinentes a los procesos de Paz Mesa Nacional de Diálogo y Negociación designación por parte del Secretario General de las Naciones Unidas de un Asesor Especial para Colombia. Dirección General para la Reinserción Decreto 2546 de 1999</p>	<p>Andrés Pastrana (1998 a 2002)</p>

Continúa

ESTRATEGIA	GOBIERNO
<p>Decretos 128 de 2003 y 2767 de 2004 Reorganización del programa de Reinserción (creación de recompensas, colaboración en operaciones militares y obligatoriedad de información) Ley 782 de 2002 (para la desmovilización individual) Ley 975 (Individual y colectiva) Creación de la CNRR (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación) Creación de Alta Consejería Presidencial para la Reintegración Alta Consejería para la Paz Programa de Reinserción y Programa de Reincorporación Programa de Reincorporación para la Vida Civil (PRVC) Comisión Intersectorial para la Reincorporación a la Vida Civil En el 2007 el Programa de Reinsertados contó con un presupuesto propio El documento Conpes No. 18 3554, mediante el cual el Proceso de Reintegración en Colombia se eleva a la categoría de Política de Estado</p>	<p>Álvaro Uribe (2002 – 2010)</p>
<p>Proceso de Paz con las FARC Ley 1424 de 2010, sancionada por medio del Decreto 2244 de 2011, también conocida como la Ley de Desmovilizados Ley 1448 de 2011 Centro de Memoria Histórica y la Unidad Administrativa de Atención Especial de Atención y Reparación Integral y se le dio fin a la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) asumiendo algunas de sus funciones el Centro de Memoria Histórica (Decreto 2244 de 2011). Creación de Agencia Colombiana para Reintegración (ACR) Creación de Agencia Colombiana para la Reincorporación y Normalización (ARN)</p>	<p>Juan Manuel Santos (2010 – 2018)</p>

Elaboración propia, sobre la base de la revisión de los documentos reseñados.

Es de resaltar que, en todos los procesos revisados de los distintos gobiernos, la atención y el apoyo para la reintegración de los desmovilizados priorizaba inicialmente atención humanitaria de emergencia, programas de corta duración para recuperación económica, por ejemplo. Con el fortalecimiento de los procesos en los diferentes gobiernos y la adquisición de aprendizajes, poco a poco se fueron aumentando los recursos, las capacidades institucionales y también el espectro en términos de tiempo, con el fin de realizar un acompañamiento más efectivo, con base en la meta de una reintegración exitosa.

Es así, como en los últimos años se viene proporcionando un acompañamiento psicosocial a los desmovilizados, que ha implicado un proceso más integral, tomando en cuenta las diferentes dimensiones de la persona en etapa de reintegración, reincorporación y normalización, de tal forma que, se abordan aspectos como: la educación, fortalecimiento de aspectos individuales, proyectos productivos, el desarrollo de capacidades para habitar de nuevo los territorios, fortalecimiento de habilidades para la autoprotección y el autocuidado, todo ello en términos de la recuperación de su ciudadanía, además de la implicación de la familia como un agente protector para el proceso (ACR, 2016).

Paz y reintegración: aciertos, desaciertos y barreras

Partiremos aquí del concepto que nos convoca que es el de “Paz”, concepto que al tener una base polisémica, es decir, que presenta diferentes acepciones e interpretaciones, tanto teóricas como empíricas, resulta bastante complejo de trabajar, sin embargo, podemos encontrar algunas definiciones como: “la paz se define por contraste con otros estados y situaciones de «no paz»” (Vera, s.f), lo que implica entonces la ausencia del conflicto o simplemente que no exista la guerra; esta concepción es asociada con la idea de paz negativa. Por otra parte, se despliegan diferentes acciones para garantizar que esa ausencia de guerra se prolongue y se legitime (normalmente a partir de la creación de normativas y/o programas de DDR), asunto al que se le asocia con el concepto de paz positiva; y, en el medio de ambas se evidencian tensiones, es decir que existe un lugar donde no hay total ausencia de guerra, pero que se avanza en acciones encaminadas a la paz positiva; ese lugar se denomina paz imperfecta (Muñoz, 2001).

En el caso colombiano, es posible mencionar que todos los esfuerzos que se han tenido en función de la terminación de la guerra se han enmarcado en la lógica de la paz imperfecta, pues no es posible que se hable del posconflicto (como lo que hay después de un conflicto y que presenta un cambio estructural en la política social y la lógica institucional), en tanto pese a los diferentes procesos de paz

que hemos tenido como país, no se ha logrado resolver de manera definitiva las diferentes manifestaciones del conflicto (Tovar, 2019). Asumiendo el concepto de paz imperfecta, hablaremos de algunas de las acciones que se consideran aciertos a la hora del proceder, específicamente cuando se habla de los programas para garantizar la no reincidencia de quienes formaron parte de los grupos armados. Ejemplo de esto es la idea de tener dos perspectivas para la realización de procesos de reintegración: la colectiva y la individual.

Esta claridad surge en los años 90, en el Gobierno del presidente César Gaviria con la aparición de los decretos 2884 de 1991 y 1385 de 1994 (Presidencia de la República, 1991, 1994), donde se establecieron beneficios para las personas que individualmente se desmovilizaran, para dar mayores posibilidades a las personas que se quisieran salir de la lógica de la guerra sin la condición de que su grupo armado estuviera en un proceso de paz. Esto permitió que muchas personas pudieran acogerse a esta forma de desvinculación e iniciar su proceso de reintegración.

De igual forma se destaca que entre las décadas de los 80 y 90, frente a las desmovilizaciones colectivas los gobiernos trataron de ajustarse a las necesidades de los grupos, lo cual hizo que muchos creyeran en los procesos de paz y se desmovilizaran, algunos haciendo tránsito a la vida política. Esto a su vez impulsó la generación de una alta consejería para la reintegración y posteriormente con el proceso de la desmovilización de las AUC⁴, se fortaleció este proyecto convirtiéndose en Agencia Colombiana para la Reintegración, lo cual dio paso a un mayor presupuesto y mejoramiento en la ruta, las prioridades y la duración de dichos procesos.

A pesar del historial de los procesos de paz y las estrategias implementadas, para la reintegración a la vida civil de las personas vinculadas a la guerra, y aunque se lograron avances, es necesario observar que el camino comenzó con programas cortos y simples con bajo presupuesto, hasta llegar a la consolidación de una agencia que posibilitó estrategias en el largo plazo con acompañamientos interdisciplinarios, pero que en este camino se han enfrentado muchos retos.

⁴ Autodefensas Unidas de Colombia.

Hubo situaciones que dependieron de las condiciones y disposición de los gobiernos de turno, por ejemplo, los procesos realizados en los años 80 se caracterizaron por la falta de proyectos definidos, cronogramas, difusión de los posibles acuerdos y desprotección a los miembros de la Unión patriótica; en este último aspecto se coincide también con el posterior acuerdo con el M-19, en el que no se dieron garantías suficientes para la protección de los desmovilizados, situación que se confirmó con el asesinato de Carlos Pizarro (Fundación Paz y reconciliación, s.f.).

Sobre los procesos que se dieron en los años 90 con el PTR, MAQL, EPL y M-19, Navarro (2014) señala que estas guerrillas se encontraban militarmente agotadas y por consiguiente era más viable su desmovilización, lo cual contribuyó a que se dieran los acuerdos; sin embargo, resalta que no se contó con políticas públicas que fortalecieran de manera contundente la realización de proyectos productivos para los desmovilizados y las comunidades por las que reclamaban (como es el caso de las indígenas por parte del MAQL), esto con el fin de fomentar la permanencia en la vida civil y la percepción de confianza frente al Estado. De igual forma, hace énfasis en la poca voluntad y capacidad de los gobiernos para resolver situaciones como el narcotráfico y el paramilitarismo que estaban en escalada (Navarro, 2014).

Ya para el 2000 y su primera década, se sumaba el interés de negociar con las AUC, se menciona que fue un proceso de paz bastante improvisado que se caracterizó por la falta de verdad en todos los sentidos, pues se inflaron las cifras de las personas que se consideraban pertenecientes al grupo, pues eran mucho menos combatientes. De igual forma, las garantías para las víctimas en términos de su reparación y de conocer cómo se habían desarrollado los hechos ocurridos, fueron deficientes y contribuyeron de manera significativa a causarles mayor dolor; aunado a esto, se generaron pobres condiciones de seguridad para los excombatientes que en algunos casos, fueron asesinados y/o amenazados por antiguos compañeros que volvieron a las armas, en función de la información que podrían tener sobre rutas para el narcotráfico, la extorsión y demás conocimientos adquiridos por estos, en razón de su pertenencia al grupo (Verdad abierta, 2015).

Posteriormente, sobre el acuerdo con las FARC, es posible mencionar que desde el inicio tuvo que pasar por muchas dificultades, empezando por la oposición de las personas del común expresada en el plebiscito. Semana (2019), hace un análisis del proceso de reincorporación de los excombatientes de dicho grupo y observa que se encuentra en pañales, ya que se evidencian muchos incumplimientos en cuanto a lo pactado por parte del gobierno; por ejemplo la reforma de tierras que fue un punto coyuntural de negociación, se ha dilatado notablemente; también las ayudas para los ETCR (Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación), han llegado dispersas y a destiempo, lo que dificulta la sobrevivencia de las personas allí asentadas. Estas situaciones hicieron que algunos de los miembros del grupo decidieran rearmarse, convirtiéndose en disidencias. De otro lado, está el hecho de los asesinatos de al menos 93 excombatientes en el 2019 (Semana, 2019) y 249 en el 2020 (el Tiempo, 2020).

Como se evidencia, el asunto de la reintegración/reincorporación posterior a los procesos de paz, resulta compleja y problemática; por su parte, el Centro de Memoria Histórica (2015), menciona que existe un factor común en todos estos sucesos, de mucha importancia y es que siempre se ha contado con cierta estructura y patrocinio del Estado para agenciar los procesos de reintegración. Sin embargo, pese a los esfuerzos realizados, se entiende que existieron y persisten algunos asuntos complejos que no han permitido que sean 100% exitosos; factores como la falta de atención psicosocial (en los inicios de estos programas), políticas de proyección más decididas en cuanto al uso de tierras y la mejoría de las condiciones del campo; en algunos casos, falta de estructura en los programas, apuestas claras al respecto de la población desmovilizada y su quehacer en el posconflicto y sobre todo, se menciona la falta de continuidad en el fortalecimiento de estrategias productivas que logren ya sea, incluir a los desmovilizados en el mundo del trabajo, o generar los apoyos suficientes que les permitan producir de manera independiente un sustento económico para suplir sus necesidades y mantenerlos en la vía de la legalidad.

El asunto de la empleabilidad (que será tratado en los capítulos 10 y 11) se convierte en un gran eje que puede, ya sea, potencializar un adecuado proceso de reintegración a la vida civil u obstaculizar-

lo, pues las personas que han vivido las condiciones del conflicto y pertenecido a un grupo armado ilegal cuentan con características particulares que deberán ser tenidas en cuenta. Por ejemplo, muchos de los ex combatientes son personas que tienen muy bajo nivel educativo, situación que a la hora de buscar un empleo formal se convierte en una barrera (Capítulo, 10), de igual forma en el caso de los proyectos productivos y/o acceso a créditos para ello, resultan inconvenientes como la falta de experiencia crediticia, los antecedentes disciplinarios y demás trámites que exige el sistema bancario para el acceso, además de la falta de asesoría al respecto de métodos de inversión que sean factibles y duraderos (Páez, 2018).

Además, muchas de las críticas realizadas a estos procesos mencionan como barreras preponderantes para la reintegración, las deficiencias estructurales que llevaron a que el conflicto se diera, y por ende se conformaran y consolidaran los grupos armados, es decir, las condiciones de inequidad, el desempleo, el narcotráfico, la tenencia de tierras, la ausencia prolongada del Estado en las zonas rurales por décadas se han sostenido, y pese a que en la mayoría de los procesos de paz han sido temas estratégicos tratados, estos aún generan brotes de violencia y la formación de nuevos híbridos de grupos armados.

Giraldo, (2010) también menciona que los programas de desmovilización se quedan cortos al respecto de la reconciliación, pues no se han logrado consolidar los procesos que se encaminen a tejer nuevas relaciones entre las comunidades y los desmovilizados, que permitan mayor nivel de consolidación en la estabilidad tanto social como económica, de quienes se desmovilizan, y este aspecto resulta ser una de las mayores barreras en términos de la reintegración efectiva.

En la misma línea Velasco (2020) da cuenta de acciones violentas realizadas con el fin de entorpecer diferentes formas asociativas que se han dado por parte de los desmovilizados como cooperativas, emprendimientos, trabajos informales y demás iniciativas que se han gestado con la idea de consolidar proyectos productivos para garantizar el sostenimiento económico de esta población y sus familias, lo cual, enfatiza este autor, se convierte en un factor de riesgo que posibilita su retorno a economías ilegales como forma de subsistencia.

De otro lado Sandoval, Arango, Rodríguez & Santana (2020), mencionan la importancia que tiene el sector productivo y/o empresarial en los procesos de reintegración efectivos. En un panorama general de su participación, los autores encuentran que en las empresas se evidencian altos niveles de polarización al respecto de la decisión de contratar o no personas desmovilizadas, estando relacionada esta situación con las percepciones que se generan sobre los procesos de paz y en especial, el último con las FARC-EP, que ha potencializado la polarización social de manera generalizada.

Estas situaciones tienen sus orígenes en las diversas afectaciones que se han generado en la población colombiana a causa de la exposición permanente tanto al conflicto, como a las diversas informaciones que de él se producen y se dispersan, creando imaginarios y representaciones sociales alrededor de este escenario, que se constituyen en Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (Barrera & Villa Gómez, 2018). Estos asuntos son los que podemos encontrar en los resultados obtenidos en el desarrollo de la presente macro investigación, que se exponen en el primer libro derivado de la misma, y en el presente trabajo.

Como ejemplo de estas barreras, que afectan los procesos de reintegración podemos hacer referencia a las narrativas del pasado, como formas particulares y esquematizadas de narrar que se presentan en los conflictos intratables (Bar-Tal, 2013), que implican memorias victimistas (Bar-Tal, 2013, 2014; Villa Gómez & Barrera, 2017, 2021; Avendaño, 2021), lo cual quiere decir que se evidencia una narrativa del conflicto en donde todos somos víctimas de un actor específico, que se ha enraizado y popularizado como enemigo único. Este enemigo, por supuesto, es asociado a la figura del desmovilizado, quien por demás es entendido como terrorista, despiadado, falto de humanidad y que por ende, la única solución para él no está en la generación de una segunda oportunidad, si no de su eliminación contundente de la vida social (esta eliminación se da de manera psíquica y en ocasiones hasta física), ya que no es posible su coexistencia con quienes fueron sus víctimas, teniendo en cuenta el dolor causado hacia estas (Gómez, Bohórquez & Villa Gómez, 2021; Villa Gómez, 2020; capítulos 2, 3 y 4 del presente libro).

De tal forma, estas narrativas producen orientaciones emocionales colectivas, que como mencionaron Patiño & Barrera en el capítulo 1, son producciones emotivas sobre algo, y que se dan teniendo en cuenta las pertenencias grupales, la información circundante y las experiencias de las personas al respecto. Estas son de gran influencia en la forma de actuar de las personas, con respecto a lo que se siente, en este caso y desde los ejercicios realizados en la presente investigación, cuando se habla de personas desmovilizadas estas OEC están asociadas normalmente con la desconfianza, el temor y en algunos casos con el odio (Capítulos 2, 3, y 4, Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera & Estrada, 2019), lo cual aumenta la fractura social que impide procesos de reconciliación efectivos, produciendo comportamientos como los comentados anteriormente (acciones en contra de los desmovilizados y/o rechazo a estos. Villa Gomez, Agudelo, Hoyos, Castro, Buitrago & Velásquez (2020).

De igual forma, aparecen creencias sociales, que se entienden, según Bar-Tal (1998), como: “cogniciones compartidas por los miembros de una sociedad en tópicos y cuestiones que son de especial importancia para la sociedad particular y que contribuyen al sentimiento de unicidad de los miembros” (p. 25). Estas creencias asociadas a los desmovilizados se encuentra mediadas por la información socialmente disponible, que las más de las veces, ha sido reforzada por los medios de comunicación (Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera & Estrada, 2019; capítulos 5 y 6), quienes resaltan cierto tipo de hechos para generar recordación y fomentar una imagen al respecto de estas personas, que normalmente está asociada a atribuciones descalificantes, deshumanizantes y que fomentan el miedo y la indignación (Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño, 2020), además de fortalecer las memorias victimistas, como las orientaciones emocionales colectivas, ya enunciadas, también propician una atmosfera de polarización social que termina obstaculizando la participación de la sociedad civil, de empresas y demás actores por fuera del conflicto, en los procesos de reintegración.

Todas estas constituyen barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, que junto a las deficiencias presentadas por los gobiernos que durante años han tratado de resolver por una vía negociada este conflicto de larga duración, han constituido una especie de ethos

que configura una complejidad que se hace un reto tanto para la investigación, como para la intervención, con miras a buscarle salidas y posibilitar nuevas formas de pensar una mejor sociedad (como se expresó en el primer libro resultado de esta investigación).

Conclusiones

Históricamente como país, Colombia ha estado permeado por una gran cantidad de situaciones conflictivas que obedecen a un sin número de deficiencias en el ejercicio de los deberes estatales (Ortega & Quiceno, 2020); esto, a su vez ha generado la prolongación de estas, y la posibilidad de encontrarnos en lo que Bar-tal (2017) entiende como un *conflicto intratable*.

Teniendo en cuenta esta situación es posible mencionar que desde los años 80, en los gobiernos se han generado procesos encaminados a la resolución de los conflictos con los grupos armados presentes en nuestro país, dando lugar a una especie de paz imperfecta de larga duración, dichos procesos han contado con diferentes disposiciones, recursos, programas y proyectos encaminados a lograr el desarme y reintegración, según el periodo que se analice. Es de resaltar que en todos los periodos se identifican esfuerzos a este respecto, sin embargo, son muchos los errores que se cometieron y se siguen cometiendo en cuanto al fortalecimiento de espacios para el posconflicto.

La falta de una estructura clara, acompañamientos de larga duración a las personas desmovilizadas y su protección (en términos de seguridad, pues como ya se ha mencionado muchos han sido asesinados), también la consolidación de un proyecto claro de posconflicto, que no se encuentre mediado por la voluntad del gobierno de turno, si no por una política pública de larga duración, han permitido que los programas y procesos de reintegración y/o reincorporación no sean 100% exitosos.

Otro aspecto importante para resaltar es el tema de la reintegración económica, que se encuentra mediada, de un lado, por las características individuales de la población desmovilizada en términos

de habilidades y formación laboral, y por características colectivas, asociadas a la voluntad que tengan empleadores y/o empresarios de generar espacios para su inclusión laboral. Esta situación se enlaza de manera significativa con los prejuicios que se han tejido durante años al respecto de esta población y que son consecuencia de los conflictos como los nuestros, que se caracterizan tanto por su larga duración, como por la polarización social que se vive, la construcción de enemigos únicos y bandos que pretenden eliminar a su contrincante. Esto, lleva a la deshumanización del desmovilizado, cargándole orientaciones emocionales colectivas como la rabia, la desconfianza y el odio, situación que no permite que este pueda ser tratado y/o tomado como un interlocutor pertinente y mucho menos, que sea visto como alguien que pueda tener segundas oportunidades, y con quien sea posible convivir y reconciliarse.

Este enemigo que se ha fortalecido con el paso de los años, entre otras cosas, se ha dado gracias a la influencia de los medios de comunicación que han adjudicado diferentes apelativos (terroristas, animales, sanguinarios, entre otros), que contribuyen a la generación de atribuciones sociales negativas que se revisten en la figura de los desmovilizados, constituyendo y fomentando barreras psicosociales para la paz y la reconciliación (Villa Gómez, 2019).

La reintegración y/o reincorporación es un proceso que necesita de la participación tanto de los entes estatales, quienes son los encargados de proveer las condiciones necesarias para garantizar que se desarrollen de la mejor manera, pero también se hace necesaria la ciudadanía, que debe estar abierta y presta al apoyo social expresado en parámetros de convivencia, oportunidades de cambio y sobre todo, ejercicios de reconciliación que permitan la superación de los daños y la emergencia de apuestas políticas democráticas que promuevan por la transformación de las brechas estructurales que han originado las condiciones para que emerjan y se sostengan los grupos armados ilegales.

El concepto de paz imperfecta nos aporta en términos de entender estas acciones de reintegración como legítimas, en el marco de una paz positiva; de igual forma, se identifica la necesidad de continuar trabajando en términos de intervención tanto con la población des-

movilizada para el fortalecimiento de su reintegración, como con los ciudadanos que son, en últimas, quienes acogen a estas personas, y de quienes se requiere su disposición para facilitarles el tránsito de la vida armada a la vida civil.

Referencias

- Acevedo, A. & Rojas, Z. (2016). Generalidades del conflicto, los procesos de paz y el posconflicto. *Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas - UPB*, 46(124), 33 - 45.
- Agencia Colombiana para Reintegración ACR, (2016). *Reseña Histórica Institucional*. Recuperado de: http://www.reintegracion.gov.co/es/agencia/Documentos%20de%20Gestin%20Documental/Rese%C3%B1a_Historica_ACR.pdf
- Agencia Colombiana para la Reincorporación y Normalización ARN (2017), *Plan institucional de archivos PINAR*. Recuperado de: http://www.reincorporacion.gov.co/es/agencia/Documentos%20de%20Gestin%20Documental/PINAR%2006072017_ARN.pdf
- Avendaño, M. (2021). La entrevista en ciencias sociales como herramienta para la narración del conflicto armado: una mirada desde las barreras psicosociales para la paz. En J.D. Villa Gómez; V. Andrade & L.M. Quiceno (Edt. y comp.) *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 93-135). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Barrera, D. & Villa Gómez, J. D. (2018). Barreras Psicosociales para la construcción de la paz. *El Ágora*, 18(2), 459 - 478.
- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs in times of intractable conflict: The Israeli case. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22–50.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. University Press.
- Bar-Tal, D. (2014). Collective memory as social representations. *Papers on Social Representations*, 23, 70 – 96.
- Bar-Tal, D. (2017). Intractability. En H. Giles & J. Harwood (Eds.), *Encyclopedia of intergroup communication*. Oxford University Press. doi:<http://communication.oxfordre.com/view/10.1093/acrefore/9780190228613.001.0001/acrefore-9780190228613-e-434>

- Carbonell, J; Carbonell, M & González M, (2012). Las Familias en el siglo XXI: Una mirada desde el Derecho. Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto de investigaciones jurídicas. Serie: Estudios Jurídicos, Núm. 205. Elvia Lucía Flores Ávalos.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). Informe General del Centro Nacional de Memoria Histórica: ¡Basta ya! Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Correales, S.K. (2017). Procesos de IDDRS en el mundo: análisis de variables en el caso colombiano. *Revista Administración y Desarrollo*. Núm. 47(1), 41-54. Recuperado de: <file:///C:/Users/000250145/Downloads/Dialnet-ProcesosDeIDDRSEnElMundo-6403435.pdf>.
- Presidencia de la República (1994). Decreto 1385 de 1994, Por el cual se expiden normas sobre concesión de beneficios a quienes abandonen voluntariamente las organizaciones subversivas https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma_pdf.php?i=9138
- Presidencia de la República (1991). Decreto 2884 de 1991, por el cual se crea la Dirección del Programa Presidencial para la Reinserción en el Departamento Administrativo de la Presidencia de la República y se hace un encargo. <http://suin.gov.co/viewDocument.asp?id=1778352>
- El Tiempo, (1997). El legado de Virgilio Barco. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-574266>
- El Tiempo, (2020). El 2020 cierra con 249 excombatientes asesinados, según FARC. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/politica/proceso-de-paz/el-2020-cierra-con-249-excombatientes-asesinados-segun-farc-557423>
- Fisas, V. (2010). Introducción a los procesos de paz. *Quaderns de construcció de Pau*. Escola de cultura de Pau. (ECP). (12), 5-21. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/rfdcp/v46n124/v46n124a03.pdf>
- Fisas, V. (2010). ¡Alto el fuego!: Manual de los procesos de paz. Icaria editorial, Escola de Cultura de Pau, UAB.
- Fundación Paz y reconciliación, (s.f.) Portal web: <https://pares.com.co/2019/01/04/procesos-de-paz-en-colombia/>
- Galtung, J. (1998). Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia, Gernika Gogoratuz.
- Giraldo, S. (2010). Contextualización teórica e histórica de la reintegración social y económica de desmovilizados en Colombia. *Revista Poliantea*.

- Disponible en: file:///C:/Users/Usuario/Downloads/198-Texto%20del%20art%C3%83_culo-565-1-10-20130529.pdf
- Gómez, D.C., Bohórquez, L. & Villa Gómez, J.D. (2021). Entre la ley del talión y la coexistencia armónica. Creencias sociales sobre justicia, reconciliación y reintegración en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga. En J.D. Villa Gómez; V. Andrade & L.M. Quiceno (Edt. y comp.) *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 323-364). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Gonyalons, E. (2017). Colombia: el largo camino hacia la paz. Perspectiva histórica (1978-2017). IECAH, Recuperado de: http://campusiecah.org/www/F/WEB/Libro_Colombia_EGonyalons_.pdf
- Instituto de Estudios Geoestratégicos y Asuntos Políticos. (2013). Cuaderno de Análisis N° 01/13 Desarme, desmovilización y reintegración, DDR: una introducción para Colombia. Universidad Militar nueva Granada. Recuperado de: <https://iugm.es/wp-content/uploads/2017/02/Cuaderno-An%C3%A1lisis-DDR.pdf>.
- Kriesberg, L. (1993). Intractable conflicts. *Peace Review*, 5(4), 417-421.
- Molina, H. (2018). Revisión de las estrategias de negociación empleadas en los procesos de paz en Colombia que posibilitaron la firma del acuerdo de cese al fuego y tregua bilateral (1989) y el acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera (2016). Trabajo de Grado de maestría en Derechos Humanos y Cultura de Paz. Pontificia Universidad Javeriana Cali.
- Muñoz, F. (2001). La paz imperfecta. Universidad de Granada.
- Navarro, G. (2014). Análisis de los Procesos de Paz en Colombia en los inicios de la década de los noventa. Lecciones de El Salvador. *Revista Criterios USB*, 7(2), 43-90. Disponible en: <https://revistas.usb.edu.co/index.php/criterios/article/view/2571>
- Organización de Naciones Unidas. (2010). Integrated Disarmament, Demobilization and Reintegration Standards. Recuperado de: https://peacekeeping.un.org/sites/default/files/2gddr_eng_with_cover.pdf.
- Orjuela, L. (2000). La debilidad del estado colombiano en tiempos del neoliberalismo y el conflicto armado. *Revista Colombia internacional* 40(50), 103-116. Recuperado de: <https://colombiainternacional.uniandes.edu.co/view.php/373/1.php>
- Ortega, A. & Quiceno, L. (2020). El posconflicto en Colombia: una revisión a través de los conceptos de Estado, conflicto y proceso de paz. En *Escenario de Paz*. Editorial Universidad Cesmag.

- Páez, F. (2018). La realidad laboral de los desmovilizados en Colombia en un escenario de posconflicto. Universidad Militar Nueva Granada. Recuperado de: <https://repository.unimilitar.edu.co/bitstream/handle/10654/21059/PaezVargasFerneyMauricio2018.pdf?sequence=2&isAllowed=y>
- Pizarro, E. (2017). Cambiar el futuro, Historia de los procesos de paz en Colombia (1981-2016) Penguin Random House Grupo Editorial.
- Revista Semana (1997). En: <https://www.semana.com/on-line/articulo/gobierno-ernesto-samper/62715-3>
- Revista Semana (2004). En: <https://www.semana.com/nacion/articulo/los-fracasos-de-la-paz/33250-3>
- Revista Semana (2019). La Reincorporación de las FARC está en pañales. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/reincorporacion-de-las-farc-no-avanza-a-buen-ritmo-a-dos-anos-de-la-firma-del-acuerdo/605772/>
- Sandoval, G., Arango, A., Rodríguez, P. & Santana, M. (2020). Un análisis de las oportunidades laborales de los excombatientes desde la perspectiva del sector empresarial. *Sociedad y Economía*, 39, 134-154. Universidad del Valle. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/996/99664003006/html/index.html>
- Steenken, C. (2017). Desarme, desmovilización y reintegración (DDR): Descripción general práctica. Instituto para Formación en Operaciones de Paz. Recuperado de: http://cdn.peaceopstraining.org/course_promos/ddr/ddr_spanish.pdf.
- Tirado, N. (1990). El Plan Nacional de Rehabilitación: un modelo institucional para la democracia participativa, la descentralización y la lucha contra la pobreza. Recuperado de: <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/1888>
- Tovar, S. (2019). Identificación de procesos de reintegración a la vida civil de excombatientes del conflicto armado, Revisión sistemática de literatura. Disponible en: https://repository.ucc.edu.co/bitstream/20.500.12494/14878/1/2019_procesos_reintegracion_armado.pdf
- Universidad Militar Nueva Granada (2013). Cuadernillo Cuaderno de Análisis N° 01/13. Desarme, desmovilización y reintegración, DDR: una introducción para Colombia. Disponible en: <https://iugm.es/wp-content/uploads/2017/02/Cuaderno-An%C3%A1lisis-DDR.pdf>

- Vera, F. (s.f). La construcción del concepto de paz: paz negativa, paz positiva y paz imperfecta. Disponible en: [Dialnethttps://dialnet.unirioja.es](https://dialnet.unirioja.es)
- Verdad Abierta (2008). Desmovilización y desarme. Recuperado de: <https://verdadabierta.com/desmovilizacion-y-desarme/>
- Verdad Abierta (2015). Las amargas lecciones que dejó la desmovilización de las Auc. Recuperado de: <https://verdadabierta.com/las-amargas-lecciones-que-dejo-la-desmovilizacion-de-las-auc/>
- Velasco, C. (2020). el DDR en Colombia ¿desmovilización, desarme y reincidencia? factores que impulsan o inhiben la reincidencia de actividades ilegales en excombatientes desmovilizados de grupos armados ilegales en Colombia. Trabajo de grado para optar el título de magíster en estudios de paz y resolución de conflictos. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Disponible en: <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/50624/Trabajo%20de%20grado%20REINCIDENCIA%20DE%20EXCOMBATIENTES%20Carlos%20Velasco.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Villa Gómez, J.D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En. J. Carmona y F. Moreno, (ED.) Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra (pp. 365-387). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Villa Gómez, J.D. (2020). Creencias y representaciones sociales sobre el perdón, la justicia y la reconciliación en ciudadanos de Medellín y tres municipios del Oriente Antioqueño. En A. Ruiz Gutiérrez, A, Valderrama López, y A. Galindo Hervás; Justicia, memoria e integración: debates teóricos en el marco de las instituciones sociales, (pp. 227-273). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gomez, J.D., Agudelo, M. C., Hoyos, S., Castro, V., Buitrago, C. E. & Velásquez Cuartas, N. (2020). Configuración de creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas en ciudadanos de Sonson y Cocorna (Antioquia) sobre el conflicto armado, el proceso de paz y la reconciliación. *Campos en Ciencias Sociales*, 8(1), 281-323.
- Villa Gómez, J.D., Andrade, V, & Quiceno, L.M., (Edt) (2021), Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la

- paz y la reconciliación en Colombia, Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa, J. D. & Barrera, D. (2017). Registro identitario de la memoria: políticas de la memoria e identidad nacional. *Rev. Colomb. Soc.*, 40(Suplemento 1), 149-172.
- Villa Gómez, J.D. & Barrera, D. (2021). Narrativas del pasado como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Medellín y tres municipios de Antioquia. En H.F. Ospina, S.V. Alvarado, A. Klaus Runge-Peña, J.R. Jaime-Salas, M.C. Ospina-Alvarado & J.A. Loaiza de la Pava, *Educación y pedagogías críticas para la paz en Colombia en tiempos transicionales* (pp. 197 – 242). Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, CINDE y Universidad de Manizales.
- Villa Gómez, J.D., Rúa, S., Serna, N., Barrera, D., & Estrada, C.E. (2019). Orientaciones emocionales colectivas sobre el conflicto armado y sus actores como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en ciudadanos de Medellín. *El Ágora USB*. 19 (1), 35- 63.
- Villa Gómez, J.D., Velásquez, N., Barrera, D. & Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1). 18-52.
- Villarraga, A. (2013). Experiencias históricas recientes de reintegración de excombatientes en Colombia. *Revista Colombia Internacional* 77, 316 pp. ISSN 0121-5612, pp. 107-140. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/rci/n77/n77a05.pdf>
- Villarraga, A. (2015). *Biblioteca de la paz 1980-2013 Los procesos de paz en Colombia, 1982-2014 (Documento resumen)*. Fundación Cultura Democrática
- Weber, M. (1968). *Economy and Society*. Bedminster Press.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 10

¿Reintegración o integración sociolaboral de excombatientes? Significados del trabajo, barreras psicosociales y prácticas de integración laboral de excombatientes en proceso de reincorporación y normalización en Colombia

Milton Danilo Morales Herrera¹

Cristian Mauricio Cartagena²

Edwin Alexander Hernández³

Resumen

Desde una perspectiva teórica psicosocial construccionista y metodología cualitativa en la modalidad de análisis de contenido categorial, se busca comprender significados que del trabajo tienen personas excombatientes e identificar prácticas y estrategias que emplean para su integración sociolaboral y civil, en el marco de la implementación estatal de los acuerdos de paz en Colombia. Se utilizó una muestra cualitativa de tipo intencional y por disponibilidad de

¹ PhD en Psicología Social, Docente Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, miembro del Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, sociedad y trabajo (GIP). milton.morales@upb.edu.co

² Mg. en Psicología Social, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. cristianpsicosocial@gmail.com

³ Mg. en Psicología Social, Docente Universidad Cooperativa de Colombia, Medellín, miembro del Grupo de Investigación: Educación y Desarrollo. edwin.hernandez@campusucc.edu.co

sujetos, constituida por diez personas excombatientes: cuatro que pertenecieron a grupos paramilitares y seis a guerrillas de las FARC-EP, a las que se les realizó entrevistas semiestructuradas que fueron sistematizadas y analizadas según los procedimientos de codificación, categorización e interpretación del análisis de contenido cualitativo. Algunos resultados muestran que dependiendo del contexto socioespacial de reintegración del excombatiente (urbano o rural), se configuran diferentes significados del trabajo, así como diversas barreras y prácticas psicosociales de integración laboral, principalmente de empleo (empleo informal o trabajo autónomo en el excombatiente urbano y de autogestión o auto emprendimiento en el rural); ensalzamiento de la figura del emprendedor y del trabajador autónomo, que se alinea con el discurso neoliberal de ser empresario de sí mismo como la mejor y más valiente salida al problema social del empleo. Adicionalmente, se evidencia que para muchos excombatientes dicho proceso es vivenciado más como una integración sociolaboral que como una reintegración, en tanto, la mayoría no había estado vinculado a la sociedad laboral convencional, previo a su reclutamiento.

Palabras clave: excombatientes, trabajo, reincorporación a la vida civil, construccionismo social, prácticas sociales.

Introducción

La firma del Acuerdo final de paz entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia- Ejército del Pueblo (en adelante FARC-EP) y el Estado colombiano en noviembre del 2016, plantea un complejo sistema de retos con respecto a la reincorporación a la vida civil de excombatientes; uno de estos es la reintegración laboral. Dicho reto necesariamente se realiza en el marco de las actuales condiciones sociolaborales del país, caracterizadas por una alta tasa de desempleo estructural, informalidad laboral, flexibilización y precarización de las condiciones de trabajo (incluso en los ciudadanos con alto nivel de educación y cualificación), y condiciones históricas de precariedad laboral, incluso agudizadas

y profundizadas por efectos de la actual pandemia, que a nuestro juicio, demandan su comprensión a la hora de analizar el proceso de reincorporación a la vida civil y laboral de los excombatientes colombianos; análisis que ya ha estado presente en el extendido y replicado modelo de desarme, desmovilización y reintegración (DDR) planteado por la Organización de Naciones Unidas (ONU, 2010), como estrategia para la resolución de conflictos armados, en donde la reintegración laboral es uno de los objetivos principales.

No obstante, cada contexto sociohistórico produce una experiencia, prácticas, significados y sentidos del trabajo diferentes, estrechamente vinculados a los marcos sociales específicos, los avances tecnológicos y técnicos, los modelos de producción y regulación, además de las transformaciones del capitalismo. Según De la Garza (2001), lo cierto es que el trabajo y sus significados tienen profundas implicaciones en la existencia humana, determinando en gran medida cómo el sujeto afrontará las exigencias que le impone una sociedad neoliberal y posfordista para ganarse el sustento a través de su acción; prácticas laborales que, a su vez, modifican constantemente lo que para él significa el mismo trabajo. Planteamiento que se hace más dramático teniendo en cuenta lo singular de la experiencia vivida por los excombatientes.

De esta manera, se comprende que no es lo mismo trabajar como un asalariado inmerso en un contexto moderno fordista de producción en serie y masa con una profunda regulación estatal o en un contexto posmoderno de producción flexible, desregulada y altamente cognitiva, que trabajar en un contexto prefordista de agricultura tradicional y trabajo artesanal, sin un jefe supervisor del desempeño laboral, como es el caso de la mayoría de las personas excombatientes que participaron en el estudio. Por ello, los significados del trabajo pueden distar radicalmente entre contextos, por ejemplo, los análisis de Han (2012) sobre una sociedad donde los individuos padecen un agotamiento crónico debido a la desmedida autoexigencia y competencia, donde se acentúa la filosofía del emprendimiento, del empresario de sí mismo, de la autogestión laboral y del autoempleo (entendido como la creación de una unidad económica productiva en que el sujeto se emplea a sí mismo, siendo esta su principal forma de obtener ingresos) (Solé,

Parella & Alarcón, 2008), dista radicalmente de los planteamientos de Marx & Engels (1974) que ponían al trabajo como el camino hacia la emancipación del hombre.

Lo anterior está de acuerdo con los planteamientos de Tittoni & Nardi (2011), para quienes el significado del trabajo se construye desde los propios marcos conceptuales, representacionales y culturales, y donde la experiencia del trabajo modifica constantemente la subjetividad humana; de tal manera que el modo en que una persona vive su experiencia de trabajo y las relaciones interpersonales sostenidas, con relación a sus necesidades laborales, produce determinados modos de constitución de los sujetos, es decir, el trabajo modifica y configura la subjetividad. Por tanto, el trabajo se convierte en un espacio central en la socialización y reincorporación a la vida civil de las personas excombatientes.

Las experiencias de reincorporación e integración sociolaboral no solo son un reto para los excombatientes, sino también para el Estado y la sociedad civil. Para los excombatientes, pues se trata de subjetividades que en la mayoría de casos no han tenido procesos formales de socialización laboral (fordista o posfordista); estos se han subjetivado en contextos rurales y de guerra, adquiriendo un conjunto de competencias físicas, estratégicas y actitudinales, que pueden ponerse al servicio de la reincorporación, la economía y la empresa, facilitando los procesos de reintegración laboral. Sin embargo, el mundo del trabajo al cual tratan de vincularse aparece como un mundo ajeno, que no reconoce el proceso de subjetivación laboral, despertando sentimientos de vulnerabilidad. En el caso de excombatientes provenientes de la guerrilla, sus experiencias de trabajo han estado más ligadas a labores agrícolas prefordistas (antes de vincularse al grupo armado) y a labores militares comunitarias (una vez vinculados al grupo), mientras que, en el caso de excombatientes de grupos paramilitares, sus experiencias de trabajo han estado más relacionadas a prácticas militares entendidas como modalidad de trabajo.

Según lo anterior, Gutiérrez & Carranza (2017) muestran cómo a partir de la séptima conferencia de las FARC-EP en 1982, el grupo armado adaptó el reclutamiento masivo de mujeres

como una estrategia para absorber la totalidad de la vida de los combatientes y autocontenerles dentro de la organización, es decir, la organización en sí misma pasó a ser la vida completa del combatiente, dado que es allí donde se comparte con amigos y familia. Por el contrario, la cotidianidad en los grupos paramilitares no era de tipo comunitaria, más bien, se podía comprender como un trabajo de tiempo completo; esto debido a que la organización contaba con salarios para sus integrantes, siendo una de sus principales herramientas de reclutamiento.

Por otro lado, la reintegración sociolaboral de excombatientes también es un reto para la sociedad civil, especialmente para la clase empresarial y productiva, debido a que los estereotipos, prejuicios, estigmas y miedos que se tienen sobre ellos, producen marcas desacreditadoras y deshumanizadoras que terminan objetivando, naturalizando y esencializando rasgos psicológicos negativos que justifican y legitiman prácticas de discriminación, exclusión y violencia contra los excombatientes, lo que los obliga en muchas situaciones a adoptar prácticas de ocultamiento, invisibilización o negación de su identidad social e individual (Goffman, 1970). Así mismo, se ha extendido la idea de que las personas desmovilizadas no perciben su nueva condición de ciudadano civil como algo positivo y beneficioso, sino, como una situación que los pone en pérdida, lo cual, podría facilitar el reingreso a la organización abandonada o el ingreso a otra organización criminal según lo identifica Zirion (2012) en contextos centroamericanos. Por lo cual, el reincorporado se enfrenta a una sociedad que los percibe y narra como hostiles y violentos.

Finalmente, su reintegración sociolaboral es un reto para el Estado. En Colombia la Agencia Colombiana para la Reincorporación y la Normalización (ARN) es la organización estatal encargada de acompañarlos en su reintegración, la cual, ha diseñado específicamente el proceso de desmovilización de las FARC-EP, modernizándolo y poniéndolo al servicio de la implementación del Acuerdo de paz. Este proceso cuenta con una ruta de reincorporación que abarca 8 dimensiones, con la finalidad de que el excombatiente logre el establecimiento de vínculos con las comunidades receptoras, para facilitar la reconciliación y la reconstrucción del tejido social. Una de las ocho dimensiones que plantea la ARN es la productiva, con

la que pretende promover y fortalecer competencias laborales en el excombatiente que faciliten el ingreso al mundo laboral, a través de la educación para el trabajo o el impulso de algún proyecto de emprendimiento que permitan generar estabilidad laboral y le aleje de la ilegalidad (ARN, 2020a).

Una de las acciones de la ARN es la ampliación de la cobertura de los excombatientes beneficiados con proyectos productivos, una estrategia que permite con mayor eficacia que las competencias y saberes de la población se pongan al servicio de la reincorporación y la economía; dado que, como se ha identificado, la mayoría de los proyectos diseñados se relacionan con actividades productivas características de contextos rurales (piscicultura, ganadería, agricultura, etc.), lo que posibilitaría un reencuentro con la ruralidad. Kimhi (2010), ha evidenciado el impacto positivo de los proyectos productivos agrícolas en la reintegración laboral de excombatientes angoleños, encontrando que los beneficios van más allá de la dimensión económica, englobando de manera integral distintas dimensiones de la vida en comunidad.

En esta misma línea, Mantilla (2016) hace hincapié en la importancia de los proyectos productivos como estrategia motivacional en el proceso de reintegración de los excombatientes, dado que al ser proyectos que ellos mismos eligen y desarrollan, se evidencia un interés genuino por sacarlos adelante, estrategia que fomenta la autonomía, desestimulando la dependencia de la asistencia económica estatal y reduciendo la posibilidad de reincidencia en la ilegalidad. Frente a lo anterior, se encuentra que, en Colombia, para el 31 de marzo de 2020, según cifras de la ARN (2020b) los beneficiados por proyectos productivos eran 3,957 excombatientes, lo que representa al 13,2% de la población que está en el proceso de reintegración y que lo culminaron, lo que señala que para el 86,8% de los excombatientes, los proyectos de futuro carecen de claridad, sea por asuntos burocráticos o por la ausencia de rubros gubernamentales que no permiten acceder al beneficio.

A pesar de que la ruta de reintegración planteada por la ARN (2020a) teóricamente se muestra con una visión integral e incluyente, las estadísticas expuestas por la misma agencia evidencian que apenas el 70% de los excombatientes acogidos al programa se en-

cuentran trabajando y de estos, tan solo el 26% cuenta con un empleo formal. Esto quiere decir que el 74% se encuentra en el sector informal, lo cual se puede interpretar de las siguientes maneras: que, o bien existen barreras psicosociales que dificultan en gran medida la consecución de empleo formal a los excombatientes, o que la ruta de reintegración no cuenta con el suficiente impacto subjetivo e intersubjetivo como para que sea eficiente su reintegración al mundo laboral. Interpretaciones que deben aclararse, si se tiene en cuenta que se realizan en el marco de un contexto de precariedad e inestabilidad laboral globalizada, donde incluso para el ciudadano del común es difícil obtener un empleo digno.

Como lo expone el Banco de la República de Colombia (2020) durante los últimos cuatro años a partir de la firma del acuerdo, las cifras de desempleo estaban por encima de dos dígitos, con una ligera mejoría del mercado laboral para el 2018 pero que no se mantuvo, como se observa en las siguientes cifras: en 2016: 11,7%; en 2017: 11,8%; en 2018: 9,68% y en 2019: 10,50%. Cuando se comparan estas cifras con las de la ARN, se pone en evidencia la compleja situación laboral en que se encuentran los excombatientes, pues en esta población la tasa de desempleo es tres veces mayor a la de la población civil.

En este contexto, y asumiendo que la paz y la reconciliación socioafectiva de los colombianos pasa por el vector de la integración sociolaboral de los excombatientes, consideramos relevante comprender lo que significa para ellos el trabajo, el sentido que le otorgan, los obstáculos que encuentran y las estrategias que utilizan para solventarlos en el marco de sus actuales procesos de reintegración a la civilidad.

Antecedentes investigativos: lo que se ha dicho sobre la reincorporación sociolaboral de excombatientes

Los procesos de reincorporación de excombatientes a la vida civil, han sido ampliamente estudiados alrededor del mundo, no

obstante, la dimensión del trabajo y la reintegración laboral no han sido, precisamente, el foco principal de las investigaciones. Se realizó la pesquisa de información en bases de datos científicas como: Scopus, Science Direct, Ebsco, Web of Science, jstore y Google Académico, y se emplearon palabras claves de búsqueda como: excombatientes, desmovilización, DDR, reintegración, trabajo, empleo, y sus respectivos equivalentes en inglés.

Se encontró que los estudios sobre la temática fuera de Latinoamérica se concentran en Europa y África principalmente. Muestra de esto, son las investigaciones de Muggah y O'Donnell (2009, 2015) en Europa y las de Metsola (2006), Kimhi (2010), Phayal, Khadra & Thyne (2015) en África. Estos estudios evidencian la dificultad para reintegrar a los excombatientes al tejido económico, ya sea por diferencias políticas, amenazas a la seguridad física, falta de acompañamiento estatal o directamente por la ausencia de una propuesta de reintegración económica en los procesos de DDR.

Lo anteriormente expuesto parece ser una constante a lo largo del mundo. Las experiencias de DDR en Centroamérica estudiadas por Tobón (2014) en Guatemala y Azkue (2007) en El Salvador, exponen cómo la incapacidad de los Estados para implementar debidamente lo pactado con grupos armados, repercutió en el incremento vertiginoso de la violencia en Guatemala debido a que otros grupos como las pandillas fueron los que terminaron por brindar al excombatiente protección física, oportunidades laborales, generación de lazos de solidaridad e identidad, lo que llevó al engrosamiento del crimen organizado mediante el reclutamiento de desmovilizados. En el Salvador se desconoció la participación de mujeres en el conflicto, impidiéndoles ingresar a los procesos de educación y al acceso a tierras, aumentando la brecha de desigualdad en ese país. Por otro lado, los conflictos de Centroamérica comparten con Colombia gran cantidad de aspectos, como ejemplifica Molina (2012) en su comparación entre el conflicto colombiano y salvadoreño, sin embargo, el autor concluye que la experiencia colombiana presenta mayor grado de complejidad dada la multiplicidad de actores en el conflicto y su larga trayectoria.

También en Colombia, el estudio de Salamanca & Pérez (2011) muestra que el excombatiente se ve a sí mismo en desventaja al

momento de competir por un cargo con un civil, dada su falta de experiencia laboral, su bajo nivel escolar y en ocasiones su indefinido estatus legal. Además de esto, buena parte de los participantes manifestó tener una nula intención de buscar empleo, ya que recibían un sostenimiento por parte del Estado. Igualmente, consideraban que su calidad de vida mejoró con respecto a la que tenían durante su militancia en los grupos armados, debido al acceso a la salud y a la educación principalmente. Del mismo modo, Amariles, Buenaventura & Giraldo (2017), identificaron barreras psicosociales en cuanto a su reintegración laboral, ya que son discriminados por su pasado o por el bajo nivel educativo frente a otros candidatos. El estudio se permite concluir que el excombatiente entiende como un estigma su pasado, llevándolo a tramitar de manera atípica momentos como las entrevistas de selección y la relación con compañeros y jefes de trabajo, con el fin de no ser discriminados.

Por otro lado, David & Plazas (2007) en relación con el proceso de DDR con las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), exponen que las personas vinculadas a este no se encontraban satisfechas, debido a que la mayor parte de los entrevistados manifestó no haber podido acceder a un empleo que estuviese relacionado con los cursos que tomaron, principalmente en panadería, mecánica, confección y otros oficios. De acuerdo con el anterior estudio, Meneses, Cardona & Devia (2010) también encuentran que la posibilidad de acceder a un empleo relacionado con lo estudiado durante el proceso de DDR es lo que más valoran los excombatientes como un aspecto importante de calidad de vida. Otras barreras encontradas es la existencia de un doble discurso empresarial como expone Toca Torres (2017), ya que dicen apoyar la paz y la reincorporación, pero no ejercen de manera activa la contratación de excombatientes; además, se identifica el apoyo económico que algunas empresas brindaron a la campaña del *No a la Paz* durante el plebiscito en 2016.

Por otro lado, se encuentran estudios como los desarrollados por Mantilla (2017) y por Lara (2016) y Delgado (2018), referidos a la subjetividad del excombatiente en proceso de reincorporación; estos exponen que la metáfora del guerrero es empleada de manera

continúa por los excombatientes a la hora de hablar sobre sí mismos, reivindicando la disciplina y la persistencia como valores que les sirven en la adaptación a la vida civil. Mantilla (2016) concluye que la reintegración al mundo laboral permite la resignificación de la identidad, logrando que las experiencias se vinculen a un nuevo mundo simbólico y relacional, reduciendo en gran medida el riesgo de reincidencia en actos delictivos.

Finalmente, Lara (2016) encontró que los desmovilizados pasan por una transformación de su identidad durante el proceso de reincorporación a la vida civil, debido a diferentes características relacionadas con la identidad que se ven transformadas por el proceso, como lo son: el género, el uniforme, las armas, el nombre, el reglamento y la estigmatización. Roldan (2013) se permite concluir al igual que Lara (2016) que los excombatientes en Colombia cuentan con un estigma, además agrega que se encuentran en una desventaja frente al ciudadano medio para acceder al empleo, siendo este el mayor problema de la reincorporación exitosa, dado que el empleo es lo que logra emancipar al excombatiente de la violencia.

Para concluir, el análisis de estudios previos permite identificar que las investigaciones sobre los procesos de reincorporación a la vida civil en excombatientes, en relación con la reintegración laboral, abordan el trabajo como una variable o una característica dentro del proceso de reincorporación en general y/o solo lo toman como un punto más dentro de lo que comprende a la calidad de vida de los desmovilizados. También se encuentran algunas investigaciones en el contexto colombiano que plantean el trabajo como un espacio desde el cual construir nuevas identidades.

Anclajes teóricos: el trabajo como relación social y práctica histórico-cultural

El trabajo como fenómeno a través de la historia ha sido pensado desde muchas perspectivas que van desde abordajes materiales, matemáticos, filosóficos, económicos hasta perspectivas religiosas. Se propone desde las ciencias sociales que el trabajo es una “actividad esencial al hombre

en virtud de la cual se relaciona con su entorno y la naturaleza, a la que se enfrenta para crear algo humano- y con los demás, con y para los cuales desempeña esta tarea” (Meda, 1995, p.17).

Ahora bien, lo que denomina Meda (1995) como actividad esencial también se puede comprender como una necesidad sociomaterial; el humano requiere de su trabajo para obtener aquellos insumos básicos necesarios para su subsistencia y bienestar. Sin embargo, las actividades laborales cambian según sea el periodo histórico y con estas, el sentido del mismo, dado que es el resultado de la construcción de un significado y de un sentido, asignados por una comunidad lingüística, tal y como lo plantea Gergen (1996) siguiendo de cerca a Wittgenstein (1993). Ejemplo de esto es el caso de los excombatientes, los cuales se encontraban inmersos en una comunidad de sentido (grupo armado) construida a lo largo de años de militancia. Por tanto, los significados del trabajo también pueden variar dependiendo de la forma en que esté distribuido socialmente en una comunidad.

Por otro lado, Gergen (2014, 2016) denuncia el hiper-individualismo introducido en la cultura occidental por el pensamiento moderno, cuestionando la concepción de un yo delimitado y autocontenido para hacer tránsito a una concepción de yo relacional y lingüístico. En este orden de ideas, es en la interacción y en las relaciones lingüísticas donde se construyen, deconstruyen y modifican los significados y sentidos. Ibáñez (2003) concuerda con Gergen diciendo que: “los seres humanos somos indudablemente seres sociales y resulta que cualquier cosa que sea objetivable como 'social' conlleva necesariamente una dimensión simbólica” (p. 256) y, por tanto, lingüística, haciendo del lenguaje los ladrillos que conforman la realidad socialmente construida.

Así mismo, el trabajo cuenta con una amplia dimensión social y simbólica (Neffa, 2002; Meda, 1995), propiciando espacios donde el sujeto aprende a cooperar e interiorizar la norma social, lo que le permite integrarse de manera utilitaria a la sociedad en general; sin embargo, el trabajo no es en sí mismo una herramienta de vínculo social, pero lo propicia. En este orden de ideas, se comprende por qué la reintegración laboral de los excombatientes ha sido uno de los principales objetivos de la reincorporación a la vida civil.

De manera general, este proceso le demanda al excombatiente la realización de una serie de prácticas sociales para adaptarse a esta nueva forma de vida, las cuales según Bourdieu son el resultado de la relación entre la agencia del sujeto y la estructura en la que está inmerso, a lo que llama *habitus* y *campo* respectivamente. Donde “un campo consiste en un conjunto de relaciones objetivas entre posiciones históricamente definidas, mientras que el *habitus* toma la forma de un conjunto de relaciones históricas incorporadas a los agentes sociales” (Bourdieu, citado por Gutiérrez, 2002, p. 22). Se puede comprender entonces que la forma en que el excombatiente responde ante la nueva vida civil no solo parte de las condiciones actuales del sujeto, sino también, de su historia de vida.

En conclusión, el significado de un fenómeno es una construcción social situada históricamente en el marco de una tradición lingüística y comunal de sentido, que puede ser implícito o explícito, con una intención perlocutiva, además, mediado por reglas y juegos de lenguaje, por lo que aquello que se dice de manera directa no necesariamente da cuenta de los fonemas empleados. Teniendo en cuenta la complejidad con la que se construyen los significados y su importancia en la construcción de la subjetividad, comprenderlos permite expandir el horizonte frente a la reintegración laboral de los excombatientes.

Ruta metodológica

El diseño metodológico asumido es cualitativo en la modalidad hermenéutica de análisis de contenido categorial. Esta estrategia permite inferir y comprender la pluralidad de significados y sentidos presentes en las prácticas lingüísticas de los sujetos (Vieytes, 2004); en consecuencia, sus herramientas y procedimientos posibilitaron la exploración de significados del trabajo y prácticas de reintegración laboral de los excombatientes que participaron en el estudio.

Como procedimiento de recolección de datos se utilizó la entrevista individual semiestructurada (entre enero y septiembre del año 2019), en la cual participaron diez personas mayores de edad que fueron combatientes de grupos armados ilegales en Colombia y con, por lo menos un año de pertenencia a los mismos, seis de los

cuales pertenecieron a las FARC-EP y cuatro a grupos paramilitares, todos de procedencia rural y cinco de ellos reclutados siendo menores de edad. Los participantes se encontraban vinculados a procesos estatales de reincorporación a la vida civil, tenían establecido su lugar de residencia en la zona urbana de Medellín (4 participantes) y en el ETCR (Espacio territorial de capacitación y reincorporación) del municipio de Anorí-Antioquia (6 participantes). Todos participaron libre y voluntariamente en el estudio con las garantías éticas y deontológicas de la investigación con seres humanos (consentimiento informado, anonimato, privacidad, confidencialidad, etc.). El tipo de muestreo fue intencional y por disponibilidad a cooperar con la investigación, cuyo perfil específico se muestra en la tabla 2

El proceso analítico de los datos inicialmente se realizó mediante los procesos de identificación de citas o unidades de sentido, codificación y categorización de los textos obtenidos de las transcripciones de las entrevistas realizadas. Posteriormente, y siguiendo las recomendaciones metodológicas que propone la teoría fundamentada, los códigos fueron agrupados en categorías que a su vez fueron ensambladas en categorías mayores con la finalidad de identificar tendencias, patrones o núcleos duros que permitieran dar cuenta de significados, sentidos y prácticas sociales sobre el trabajo, presentes en su discurso (Vieytes, 2004). Dichos procedimientos se realizaron con el apoyo del software Atlas-ti.

Resultados

A continuación, se describen, desarrollan y argumentan las categorías referidas al mundo del trabajo de los excombatientes, que se construyeron en el proceso analítico de los datos: el significado de trabajo, las barreras percibidas por los excombatientes frente a su proceso de reintegración laboral y, por último, sus prácticas de reintegración laboral.

Significados del trabajo

Los significados del trabajo identificados en los excombatientes se han articulado en torno a tres categorías que condensan lo que para

Tabla 2. Caracterización sociodemográfica de la muestra

Código	Grupo armado al que perteneció	Años en el grupo	Edad de reclutamiento	Sexo	Estatus Familiar	Cargo
E1	FARC	14	13	F	Madre soltera viviendo con su familia extensa	Mando Medio
E2	FARC	14	21	F	Madre soltera viviendo con su familia extensa	Soldado
E3	FARC	15	19	M	Pareja con hijos viviendo con su familia extensa	Mando Medio
E4	AUC	Sin Dato	Sin Dato	F	Pareja con hijos	Soldado
E5	AUC	8	20	M	Pareja con hijos	Soldado
E6	AUC	22	13	M	Pareja con hijos	Mando Medio
E7	FARC	14	14	M	Soltero (no convive con sus hijos)	Mando Medio
E8	FARC	33	25	M	Soltero	Soldado-Instructor
E9	FARC	30	9	M	Pareja sin hijos	Comandante de Frente
E10	AUC	11	17	F	Pareja con hijos	Soldado

Fuente: elaboración propia producto del proceso de investigación.

ellos es la experiencia laboral en civilidad, a saber: lo rural y lo urbano, lo legal y lo ilegal, y, lo formal y lo informal; estas interactúan y se hibridan entre sí para configurar los diferentes sentidos que se tiene del trabajo.

Entre un mundo rural y un mundo urbano

La producción de significado y sentido de los excombatientes en torno al trabajo varía sustancialmente según el contexto geográfico en donde haya iniciado su proceso de reincorporación a la vida civil, contexto que se expresa fundamentalmente en dos grandes escenarios: lo rural y lo urbano; dicha categoría enmarca el sentido del trabajo más allá de lo geográfico, debido a las grandes diferencias que implican en cuanto a opciones laborales, de vivienda, salario, redes familiares, etc. No obstante, la elección del contexto espacial donde el excombatiente comienza su proceso de reintegración no está determinada por él mismo, responde más bien a la confluencia de múltiples aspectos como, por ejemplo: condiciones de seguridad física, situación jurídica y la red de apoyo con que cuente (en los casos en que la tenga), entre otras condiciones.

De manera general, en lo que respecta a lo rural y lo urbano, se identifica que la mayoría de los excombatientes reconoce en el campo un lugar ya conocido, ya sea porque son de procedencia rural, como en el caso de los exmiembros de las FARC-EP. Así, según la Universidad Nacional de Colombia en su censo socioeconómico al grupo armado, en 2017, encontró que el 81% de sus excombatientes son de procedencia rural.

También se identifica que suelen reconocer los espacios rurales como cercanos y conocidos debido a las tareas agrarias que desarrollaron durante su permanencia en el grupo armado; dicha cercanía con lo rural liga estrechamente al trabajo con lo manual, es decir, el trabajo se entiende como tal en la medida que se lleva a cabo con las manos y en donde la corporalidad humana son aplicadas para transformar algo, por lo que el trabajo está ligado a la materialidad o a la explotación de materias del sector primario, tal como lo muestra el siguiente testimonio:

O sea, sí, trabajaba en la casa, porque prácticamente pues era lo que la finquita de la casa, uno se venía a ayudar a mi papá, a ayudarle a coger las frutas, tocaba coger frutas, cuando le tocaba a uno, cuando le tocaba a uno de pronto ayudar, pues eso era de caña también, echábamos molienda, entonces nos íbamos a ayudarle a él, a coger caña, a uno le tocaba trabajo material (E2).

De esta manera, emergen significados del trabajo que se encuentran estrechamente relacionados a contextos rurales, en donde el trabajo exige una gran cantidad de esfuerzo corporal, tal y como lo demandan la gran mayoría de las actividades productivas que se desarrollan allí, como: la minería, la agricultura, las actividades pecuarias, avícolas, piscicultura, entre otros. Sumado a lo anterior, se encuentra una fuerte conexión entre el trabajo y el grupo familiar, debido a que las primeras experiencias de trabajo suelen estar anudadas a tareas asignadas en fincas familiares.

Así entonces, es común encontrar en sus discursos una alta carga de contenidos emotivos cuando hacen referencia a los espacios rurales, como si se trataran de espacios casi idílicos, cargados de recuerdos familiares y momentos felices, aunque paradójicamente es el mismo contexto donde sucedieron experiencias dolorosas relacionadas a la pérdida de familiares, camaradas, parejas e incluso hijos. Sin embargo, estas experiencias negativas son omitidas en los relatos de los excombatientes en general en relación con la ruralidad.

Pues uno se sentía bien porque era muy familiar, todo era familiar y todos nosotros, los hermanos compartíamos mucho con los papás. Sino que después que ya pasó (.) después que mataron a mi papá y a mi mamá <todo se, todo se fue al agua, todo se acabó, cada quien hizo su destino, cada quien por su parte (.) entonces ya se acabó todo> todo... todo prácticamente (E2).

Por otro lado, los contextos urbanos evocan miedo e incertidumbre a varios de los excombatientes de procedencia rural. Lipovetsky (2015) expone que las ciudades presentan dinámicas de individualización, caracterizadas por formas de interacción social impersonales y conductas egoístas del cuerpo social. Estas formas de habitar lo urbano desconciertan al excombatiente acostum-

brado a vivir en un sistema comunitario en el que no se requiere de papel moneda para subsistir, lo cual implica un fuerte choque para el sujeto, esto en el caso específico de las FARC-EP. Desde la perspectiva de Durkheim (2001) se puede comprender esto como el paso de un sistema social con una división de trabajo con solidaridad mecánica a uno con solidaridad orgánica, lo que permite comprender que el trabajo para estos sujetos no está directamente relacionado con una remuneración salarial, sino, con una serie de tareas relacionadas con los quehaceres diarios, lo cual fue el caso de las FARC-EP, en donde los niveles de especialización de los trabajos son menores y el bienestar de todos los miembros del grupo dependían directamente del resultado del trabajo de los otros. Por ejemplo, si las personas encargadas de la cocina no preparan el almuerzo no existe ninguna otra alternativa que permita solucionar el problema de la alimentación inmediatamente, cosa que difícilmente pudiera suceder en un sector urbano, donde se podría solucionar esta dificultad contratando a uno de los muchos restaurantes que ofrezcan el servicio.

Desde esta perspectiva, el trabajo se convierte en una obligación directa con el grupo, la acción humana se encuentra orientada a sostener la estructura organizacional, en este caso la estructura armada. Generalmente, son los mismos sujetos quienes deciden cómo se dividirán el trabajo y en qué línea tener sus responsabilidades (militar, administrativa, mantenimiento, comunicaciones, etc.). Por lo cual, el no cumplir con las acciones delimitadas y asignadas puede tener consecuencias graves, que podían llegar hasta la pena de muerte como castigo por el incumplimiento de las tareas.

El paso de un contexto comunitario rural en conflicto a uno individualizado urbano, lleva a que el excombatiente pierda la distinción clara entre enemigo y amigo que se maneja durante una situación de conflicto armado; es decir, la ausencia de signos como uniformes, armas, brazaletes, etc., que permitan identificar quien pudiese representar una amenaza, genera malestar al excombatiente. Dicha incertidumbre le puede llevar a sentir que ahora libra una batalla contra el mundo en general, debido a la dificultad que plantea identificar los peligros.

Ya formé otra vez mi vida nuevamente, que me toca ya trabajar más duro, bueno, no más duro porque allá me tocaba trabajar duro también, pero...y que me toca vivir con una sociedad que me toca...peor que estar allá, yo creo que es peor, porque yo sabía que tenía un enemigo, sabía que si yo salía tenía un enemigo que en cualquier momento me iba a dar candela, mientras que acá yo puedo salir a la esquina y cualquiera puede ser mi enemigo entonces estoy en la misma condición y peor (E3).

La llegada del excombatiente al mundo urbano se da sin un manual de uso: en este contexto urbano una serie de instituciones, protocolos y burocracia regulan el trabajo. Esto plantea una serie de dificultades para el sujeto en proceso de reintegración laboral, haciendo que hasta el simple hecho de entregar una hoja de vida se convierte en un reto. A simple vista, pareciera que solo fuese una cuestión de costumbre o de acompañamiento; no obstante, es un quiebre paradigmático, en tanto el paso de un sistema económico comunitario, principalmente agrario, pone al excombatiente en un sistema económico de valor agregado, con una división orgánica del trabajo y regido por las dinámicas posfordistas de producción, espacio en donde no se encuentra cualificado para acceder al empleo formal ya sea por su nivel educativo o sus experiencias previas de trabajo.

Pues uno entiende que es una cosa acá en la ciudad, el trabajo es muy diferente, porque en la ciudad primero que todo tiene que llevar una hoja de vida, pa poder realizar un trabajo, segundo las presentaciones y todo para poder que lo entrevisten a uno, qué capacidades tiene uno para trabajar y tercero, pues ya dependiendo si le resulta a uno ya empezar a trabajar (E9).

Este abrupto cambio de contexto le quita al sujeto su capacidad para transformar la naturaleza como principal herramienta de supervivencia (Marx & Engels, 1974); sin tierra que trabajar y sin educación que le permita acceder a un trabajo formal, el excombatiente se ve forzado a subsistir inicialmente de la ayuda económica que le brinda la ARN. Por esta razón, el significado del trabajo en el contexto urbano se anuda a la precariedad, a la subsistencia y a lo temporal. Adicionalmente, porque en la

ciudad el trabajo ya no se encuentra ligado a la transformación de materias, se desplaza más bien al sector de servicios y de la información, más relacionado al capitalismo cognitivo, en donde lo que adquiere valor no es la capacidad manual/corporal del sujeto, sino, el conocimiento y la información, donde las competencias cognitivas y relacionales se convierten en la apuesta principal de la valorización del capital (Fumagalli, 2010). Complementariamente, porque muchos de los sujetos excombatientes no poseen la internalización de los códigos, normas y lógicas salariales del trabajo, tal y como se expone en el siguiente fragmento:

Yo quisiera vivir en el campo y no acá en la ciudad. Pa' mi la ciudad me ha golpiado, vea me ha golpiado muy duro porque me da muy duro, a mi yo me he visto en crisis, ¡ufff! que a veces no tengo ni con qué comprarme ni un chicle y eso a mí me da súper duro porque usted en el campo así sea sin un peso se endulzó la boca, en cambio acá usted no tiene pa' comprarse un pedazo de panela o un confite, no tiene cómo pasar bueno. Si usted acá hasta para ir a un baño hay que pagar (E1).

Se puede entonces evidenciar que el mayoritario origen rural de los excombatientes los lleva a construir significados del trabajo estrechamente relacionados con lo vivido en dicho contexto, es decir, el trabajo se entiende como tal, en la medida en que el esfuerzo corporal se vea implicado en el mismo, lo cual se encuentra en consonancia con las actividades agrarias y militares. Además, condiciones como: la no existencia de un salario dentro de algunos grupos armados y las prácticas de trueque conllevan a que la asignación salarial no sea una preocupación prioritaria para muchos de los excombatientes; no obstante, durante el proceso de transición hacia el mundo urbano esta preocupación emerge de manera significativa. Así, la alta afluencia de excombatientes en proceso de reincorporación que se encuentran radicados en zonas urbanas los confronta con un sistema laboral y de trabajo principalmente cognitivo, el que se encuentra en gran medida fuera de sus experiencias previas, alejándoles aún más de la posibilidad de un trabajo que le ofrezca garantías de calidad de vida.

Tensión entre lo formal y lo informal laboral

Con respecto a los espacios laborales formales e informales, pueden ser rastreados desde el discurso institucional de la ARN, debido a que la política de reintegración laboral va enfocada principalmente a que el sujeto logre la vinculación formal, a tal punto, que es uno de los principales ítems de seguimiento en el proceso de reincorporación a la vida civil. Además, se evidencia que el proceso busca que el excombatiente cumpla con las principales características del perfil que la empresa privada requiere (educación media, sin antecedentes legales, capacitado para el trabajo, etc.). La ARN también cuenta con el apoyo económico y administrativo para la generación de proyectos productivos, es decir, la segunda mayor apuesta para la reintegración laboral es el emprendimiento formal.

En este orden de ideas, se comprende que la ARN (2020) plantee como uno de sus principales objetivos promover las capacidades productivas orientadas a la sostenibilidad económica de la población objeto de atención. Sin embargo, la reintegración laboral en espacios formales plantea a su vez una barrera de ingresos económicos para muchos de los excombatientes, dado que la posibilidad de aumentar la asignación salarial depende de mejorar el perfil profesional mediante experiencia laboral especializada o educación superior, lo cual puede llegar a ser difícil debido a los costos y a las reducidas opciones existentes en cuanto a educación superior de calidad, esto sin tomar en cuenta las dificultades de tiempo y costos de desplazamiento:

Aquí prácticamente todos los trabajos son mínimo, el mínimo que uno se gane, tan siquiera el mínimo, si ya dependiendo de la empresa que, que uno este, que ya de pronto le colaboran con horas extras o así que le paguen a uno más del mínimo, lo más importante es que aquí se sabe que uno no trabaja por más de un mínimo (E6).

El hecho de que el Salario Mínimo Mensual Legal Vigente (SMMLV) se convierta en un límite para los ingresos económicos hace que los empleos formales no sean una posibilidad tan atractiva para los excombatientes, en primer lugar, por la inestabilidad laboral

que brindan los contratos por hora laborada, a término definido y por prestación de servicios que se utilizan normalmente, aparte que no ofrecen estabilidad económica y en muchos casos, ni siquiera facilitan el acceso al crédito. En segundo lugar, el SMMLV se relaciona muchas veces con la precariedad y la marginalidad en espacio urbanos. Sin embargo, ante la aparente resignación de no superar la barrera de ingresos del SMMLV, cuando se le pregunta a esta entrevistada por su trabajo ideal describe un empleo formal con descanso dominical, pago de horas extras y un SMMLV. Es decir, a pesar de las dificultades vividas por los sujetos, estos terminan replicando el discurso institucional.

Por otro lado, las cifras de reintegración laboral formal compartidas por la ARN no son muy alentadoras, dado que solo el 17% de los excombatientes ha logrado ingresar a uno de estos empleos a noviembre de 2019, cifra preocupante si se compara con las del colombiano promedio en el mismo periodo que fue de 51,9% según el DANE (2020), lo que se puede identificar en el siguiente testimonio:

Ellos me dicen: es que vos si sos de buenas yo que hacía 7 años me había desmovilizado y apenas no hace tiempo [...] apenas vine a trabajar como ahora 3, 4 años; otros dicen, vea yo apenas entré ahora un año, ¿y nosotros desmovilizados desde [...] que año se desmovilizó esa gente? En el 2004 me parece (E5).

El fragmento evidencia que las cifras de la ARN son concordantes con lo percibido por este participante, en tanto, se entiende como un golpe de suerte el ingreso a un empleo formal. En cuanto a la informalidad el 39,2% de los excombatientes se ven obligados o eligen ejercer trabajos en este ámbito, no obstante, estos trabajos no son menospreciados por los excombatientes a pesar de la apuesta institucional de la ARN por el empleo formal; por el contrario, en muchas ocasiones es expresado por estos como una oportunidad económica, que les permite subsistir y tener una toma de contacto con el mundo laboral, debido a que muchos no tuvieron la posibilidad de trabajar antes de su vinculación al grupo armado:

No conseguía trabajo, porque pues estaba estudiando [...] eso yo me puse a motorratonear, tuve problemas con la gente que

no quería [...] no vuelvo a trabajar en esto, si tuve dificultades bastantes, fue como un año que juepuchica estuvo duro. Si eso a veces que escasitamente pa' medio comer y no, eso que debía aquí, saque acá prestado, aunque gracias a Dios ya me conseguí trabajito con unos ingenieros, y pa' que, me pagan súper bien, me aseguraron, me pagan 1'200.000 y eso no me falta nada, ya tengo mi moto, tengo un televisor grande que me perdí un poco de cosas, tengo una nevera lo más de bonita (E3).

Sumado a las barreras planteadas por el salario, la falta de experiencia laboral y el trabajo informal en sí mismo, se debe agregar la condición jurídica del excombatiente, o por lo menos hasta que el sujeto solucione dicha situación jurídicamente. Así mismo, su condición legal como excombatiente le impide cierto tipo de empleos, como lo ejemplifica el siguiente fragmento:

Me iba a meter a trabajar en vigilancia, iba a hacer un curso, pero resulta que la ANR no me aceptó [...] no que las armas, que tal [...] resulta que cuando uno las armas las sabe manejar una persona que ha sido militar, así yo haya pertenecido a la guerrilla y todo (E3).

Así pues, las diferentes condiciones del sujeto en situación de reintegración laboral reducen las probabilidades de que este logre acceder a un empleo formal, a tal punto que contar con uno puede ser considerado como suerte como ya fue expuesto. Lo anterior conlleva a que estos sujetos perciban el trabajo formal como una experiencia exclusiva y como máxima prueba de reincorporación. El trabajo se convierte así, en la muestra más importante de éxito en términos de reincorporación a la vida civil. Por último, se encuentra una significación del trabajo entendido como un horizonte, es decir, se le toma como un eje articulador de la vida humana, tal y como expresa un sujeto entrevistado cuando se le interpela respecto a cómo le ha afectado su experiencia de desempleo:

Pues totalmente, totalmente, porque usted no puede vivir mi hermano sin un horizonte, nosotros no tenemos ningún horizonte, el horizonte de nosotros se dijo fue entregue las armas y nosotros

Les vamos a dar vivienda, tierra, trabajo, empleo y aquí no hay nada de esas cosas, absolutamente nada, créame que nada (E8).

Sin embargo, esta significación se encuentra enmarcada en los valores fordistas del trabajo, es decir, entender al trabajo como un horizonte plantea una concepción de estabilidad, lo pone como un cimiento a partir del cual construir una identidad o un proyecto de vida. Pero como ya se ha expuesto anteriormente, las dinámicas contemporáneas con relación al trabajo se caracterizan más por la inestabilidad contractual que por un horizonte estable.

La indeterminación entre lo legal y lo ilegal

Los ámbitos legales e ilegales se presentan de manera recurrente en el discurso de los excombatientes, sin embargo, estos sujetos se encuentran en un proceso formal y estatal de reincorporación a la vida civil, el cual se puede comprender como un momento liminal, en términos de Turner (1969), dado que es transitorio y tras su finalización se obtiene un cambio de estatus social; dicho espacio se encuentra de manera indeterminada entre lo ilegal y lo legal. Así, la ARN plantea diferentes espacios liminales que son de tipo físico y legal, como los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR) y la Jurisdicción Especial de Paz (JEP).

En el primero, el sujeto es puesto en uno de estos espacios físicos, donde comparte su día a día con otros excombatientes; aunque cuentan con libertad de movimiento deben informar a la agencia donde se encuentran periódicamente. La alejada ubicación de las ETCR en territorios rurales les pone en una especie de "cuarentena"; allí, algunos inician su proceso de pasaje de la ilegalidad a la legalidad, pasando de combatiente a ciudadano al final de este. Dicho cambio es finalmente determinado por la JEP, jurisdicción que administra la justicia para los excombatientes, la cual, en sí misma se puede comprender como liminal.

Este tránsito hacia lo legal en cuanto a lo laboral es planteado por la ARN como una prioridad, se llega a entender incluso al trabajo formal como la "vacuna" contra el retorno a la ilegalidad de los ex-

combatientes, lo cual se encuentra respaldado por los resultados en otros procesos de paz tal y como lo muestran estudios de la ONU y la OIT (2010). A pesar de los resultados de otros procesos de reincorporación, el horizonte de posibilidades para generar ingresos económicos en Colombia no se agota en el trabajo formal o en el informal, la economía ilegal tiene un gran peso en el país y se presenta como otra opción más; de esta manera aparecen nuevamente los binomios de lo legal y lo ilegal, lo formal y lo informal. Por el lado de la informalidad, sus características como la flexibilidad de horarios, la baja cualificación que se requiere para la tarea, la no existencia de procesos de selección, entre otros, le facilitan al excombatiente una opción no ilegal para generar ingresos. La ilegalidad ofrece el camino más directo hacia una estabilidad económica, además, muchos de los sujetos ya comprenden las dinámicas manejadas en la ilegalidad, dado que han realizado labores como “raspachines”, cuidado de plantaciones de hoja de coca o de laboratorios de cocaína, ventas de armas ilegales, extorsión, entre otros. Además, cuentan generalmente con los contactos para vincularse laboralmente en la ilegalidad con mayor facilidad:

Entonces por ahí está la bola, que dicen: si quiere le damos 30 millones por 2 Kilos que pase de droga; entonces, ya eso es otras cosas que son tentadoras, una persona sin trabajo, recibiendo un aporte – pues lo que nosotros recibimos mensual, son: si estudiamos, si llegamos a muchas capacitaciones, nos dan apenas \$480.000 y eso no da pa' nada (E6).

La dificultad para encontrar espacios laborales idóneos y la limitación de ingresos a un SMMLV, conlleva a que muchos de estos sujetos habiten zonas urbanas marginales, en donde la ilegalidad muchas veces tiene mayor presencia que las instituciones estatales, hecho que se repite en muchas de las zonas rurales del país. La falta de institucionalidad, de oportunidades laborales e infraestructura de muchos de estos espacios, sumado al reclutamiento de excombatientes por bandas criminales, conlleva a que la opción ilegal en términos pragmáticos presente mayores ventajas económicas que la legal. A pesar del anterior balance, se encuentra que algunos excombatientes tienden a relacionar la legalidad con la tranquilidad, como

se expone en el siguiente fragmento: *“La parte positiva porque yo siempre decía: ‘bueno, con este hecho legal vamos a tener la oportunidad de andar y que no nos van a perseguir’ (E9).*

Lo anterior guarda una estrecha relación con el principal motivo reportado por los excombatientes entrevistados para abandonar su grupo armado, que es la construcción o retorno a un sistema familiar. El pertenecer a una organización ilegal en confrontación directa con múltiples actores armados no facilita una plataforma socioafectiva sobre la cual se pueda sostener una familia; en tanto, las condiciones de constante movilidad, inseguridad, la incertidumbre por las represalias que puedan ser tomadas con el grupo familiar, las condiciones de salud mental y entre otras, llevan al excombatiente a replantear si quiere continuar en dicha organización mientras su deseo de construir un sistema familiar se encuentra prácticamente inhibido por el estilo de vida que le impone el grupo armado.

Barreras psicosociales percibidas frente al proceso de reintegración laboral

Existen múltiples situaciones que complejizan el acceso a un trabajo que permita la reincorporación a la vida civil de forma satisfactoria. En su discurso se pueden identificar algunas barreras psicosociales percibidas, que se pueden organizar en cuatro categorías: prerrequisitos laborales, precarización del mercado laboral, estigma, y condiciones de seguridad física. Con respecto a los prerrequisitos laborales, se evidencia que muchos de los excombatientes no cuentan con experiencia laboral, ni educación, ni capacitación formal previa a su ingreso al grupo armado; en consecuencia, las posibilidades de ingresar a un trabajo formal se constriñen radicalmente, debido a las necesidades y demandas del mercado laboral, en donde se prefiere contratar personal que ya se haya desempeñado en una tarea similar a la ofertada. Por esta razón, en un proceso de selección lo más probable es que sus hojas de vida queden descartadas, incluso antes de saber si estos son excombatientes o no, dejando como única opción real de trabajo formal a las empresas que tienen convenios con la ARN para emplear a las personas en el proceso de reincorporación.

Otra de las aristas que emergen a partir de los prerequisites laborales exigidos, es la falta de cualificación educativa de los excombatientes, dado que la gran mayoría de esta población no cuenta con procesos y títulos de educación formal que avale la educación recibida por el grupo, como es el caso de las FARC-EP, situación que aplica tanto para niveles de educación secundaria como en educación superior. Esta problemática queda manifiesta en el siguiente testimonio:

Lo más difícil para conseguir trabajo es que nosotros somos prácticos y no teóricos. Entonces, aquí hay que hacer 50 años de teoría para enseguida ir a hacer 3 años en la práctica y nosotros no tenemos esa teoría, que ustedes, me entienden, qué es tener teoría, ¿tener un cartón? eso que al final no dice nada, nosotros tenemos es práctica. Mire, aquí le tengo que decir, nosotros tenemos muchachos y muchachas que fueron enfermeros de combate, usted me preguntará ¿qué son los enfermeros de combate? Cuando uno cae herido en el combate ellos le salvan a uno la vida, lo operan, en fin y no pueden trabajar porque no tienen el puto cartón ese. Todas esas son trampas de los que nos han puesto las trampas y que están enmarcados en la perfidia (E8).

Lo anterior se articula con el tipo de educación superior que en algún momento llegó a ofrecer la ARC (nombre previo de la ARN) durante procesos de desmovilización con otras organizaciones armadas ilegales, la cual ofertaba principalmente cursos y técnicas enfocadas en capacitar a estos sujetos en panadería, mecánica y confecciones; ocupaciones que generalmente se desempeñan en el sector informal. De tal manera, que se terminó orientando la reintegración laboral al sector informal, dejando en condiciones laborales precarias a dichos sujetos. Lo cual también pudo contribuir a las altas tasas de regreso a grupos armados que Sarmiento (2013) identificó, durante los procesos de desarme, desmovilización y reincorporación que la ARC desarrolló durante la década comprendida entre 2000 y 2009 con diferentes grupos y actores armados.

Otro aspecto, relacionado con la precarización del mercado laboral colombiano contemporáneo, tiene que ver con la coexistencia e hibridación de formas de producción fordistas y posfordistas del trabajo, con creciente dominancia de este

último, donde como sostiene Sennett (2000), la oferta de empleo se caracteriza por ser contingente y atípica, es decir, las empresas u organizaciones ya no ofrecen puestos de trabajo estables ni apuntan a generar una filiación duradera con el empleado, por lo cual, se da por sentada la relación laboral como una relación líquida y pasajera. Siguiendo a Sennett, los excombatientes no son la excepción, dado que se encuentran principalmente contratados bajo modalidades de contrato laboral a término fijo o por obra labor, tal y como lo demuestra el siguiente fragmento “...llevo desde marzo, tengo contrato hasta 16 de diciembre, porque es una empresa y es así dependiendo de lo que usted demuestre ya a usted lo vuelven a llamar el otro año con lo cual no tengo problema de hecho (E1)”, Se evidencia que el entrevistado comprende y se adapta a las dinámicas que el precario mercado laboral colombiano tiene para ofrecerle.

Frente a la categoría del estigma, para los excombatientes es claro que las comunidades receptoras cuentan con un imaginario negativo respecto a ellos, culpan de esto a los medios de comunicación que se han dedicado exclusivamente a la difusión de hechos violentos que estos realizaron (Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño, 2020), sin mostrar nunca ningún aspecto positivo, señalan los excombatientes, lo cual lleva a la deshumanización de estos, teniéndoles por personas potencialmente peligrosas y desconocidas, por lo que muchos de ellos prefieren guardar en secreto su pasado en un grupo armado.

Fíjese usted que algunos medios desinforman de tal manera que todas las cosas que han sucedido se la echan toda la carga sucia a los movimientos insurgentes, porque, pues claro esos movimientos insurgentes hemos sido el enemigo número 1 de esas grandes élites que han gobernado este país durante 200 años (E8).

La pesada categoría del “guerrillero” con la que deben cargar los excombatientes, tal como lo sugiere el anterior fragmento, y como lo han reportado en el marco de la macroinvestigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación”, (Villa Gómez, 2019, Villa Gómez, et al, 2020, Jaime-Salas et. al., 2021; Gómez, Bohórquez & Villa Gómez, 2021 y Díaz-Pérez,

et al., 2021) configura una fuerte barrera que le impide al sujeto reincorporarse a la vida civil, si no intenta ocultar esa profunda marca desacreditadora que lleva:

No todos somos iguales [...] sale a delinquir, a hacer daños y sí, yo sí creo que eso es así, porque la situación de ellos va a ser [...] yo creo que si alguien viene de allá con esa situación como yo la viví, roba, hace daño, por el desespero, pero yo nunca en mi mente me pasó que yo tenía que hacer eso (E7).

Como se evidencia en el anterior relato, el sujeto en proceso de reincorporación a la vida civil es consciente del estigma que carga, guarda su secreto no solo para convivir tranquilamente en su comunidad receptora, lo cual, también se relaciona con las condiciones de seguridad física, debido a que esta información sobre su pasado puede ocasionar un peligro para él. Esta información se guarda con celo debido a que puede causar amenazas a su seguridad, dadas las altas cifras de excombatientes asesinados después de la firma del acuerdo de paz, según Indepaz (2021) 269 hasta el 30 de abril de 2021.

Prácticas y estrategias de reintegración laboral

Se identificaron múltiples prácticas que emplean los excombatientes de cara a su reintegración laboral que se pueden distribuir de la siguiente manera: ayuda institucional, emprendimiento, redes de apoyo, y prácticas de autogestión. Con referencia a las ayudas institucionales, la ARN se encuentra como el principal puente entre la sociedad civil y los sujetos en proceso de reincorporación. Esta institución estableció convenios con grandes empresas privadas, con la intención de facilitar la reintegración laboral de excombatientes a cambio de una reducción en el pago de sus impuestos mediante la ley 1429 de 2010. Así, la ARN para el excombatiente es la primera respuesta en términos generales cuando se les pregunta por el proceso de reintegración económica, sin embargo, los bajos niveles educativos con que cuentan no les permite cumplir el perfil que muchas empresas requieren, por lo cual, en la mayoría de los casos no se concreta el acceso a los puestos laborales formales.

A pesar de la apropiación del discurso institucional de estos sujetos, los datos referentes a las tasas de acceso a empleo formales en excombatientes se encuentra en un 26% (ARN, 2019), lo que respalda la percepción de algunos excombatientes cuando hacen referencia al empleo formal como un golpe de suerte, tal y como lo afirma uno de los entrevistados: *“yo trabajo aquí cerquita, ahí en (se hace mención a una de la empresas privadas con convenio) ya llevo dos años (...) como la gente me dice no es que vos sos muy de buenas porque allá trabaja pues” (E5).*

Otro aspecto de las ayudas institucionales, guarda relación con la importancia que algunos excombatientes le atribuyen al profesional reintegrador, sujeto encargado del acompañamiento psicosocial individual y grupal en el proceso de reincorporación a la vida civil, tal y como lo relata el siguiente fragmento: *“la reintegradora mía me ha dicho a mí que el día que yo necesite un trabajo que le diga, porque ellos tienen empresas que ya saben que uno es desmovilizado. A mí me resultó trabajo en una empresa muy buena (E2)”*. Además, algunos sujetos mencionan cómo el reintegrador fue quien le brindó el asesoramiento pertinente con respecto a su perfil laboral, y cómo estos les dieron herramientas para afrontar los escenarios laborales y los procesos de selección de personal.

Por último, en lo que respecta a las prácticas relacionadas con las ayudas institucionales, aparece el Estado como empleador. Este es el caso de los excombatientes que ocuparon cargos medios o bajos que no se encuentran investigados en procesos judiciales y que pueden ser vinculados laboralmente con la Unidad Nacional de Protección (UNP); esto, para prestar servicios de seguridad a excombatientes que tuvieron altos mandos en el grupo armado. Así, también se encuentra que el Estado asigna empleos públicos a los excombatientes mediante la ejecución de proyectos estatales como la formación deportiva:

Es que también es una parte positiva, lo que yo te decía ahorita, en la parte de la legalidad iríamos a salir más allá [...] y te digo, aprovechando la oportunidad, fui contratado por Coldeportes, que es una empresa del gobierno, y en este momento me dieron la oportunidad para salir contratado (E.9).

En lo que respecta al emprendimiento, la ARN promueve como su segunda mayor apuesta de reintegración laboral, los proyectos productivos, apalancados en el discurso del emprendimiento como una importante opción para el excombatiente. Se identifica que son principalmente las personas en proceso de reincorporación instaladas en el sector rural quienes manifiestan sus deseos y planes para la generación de sus propios ingresos a través de dichos proyectos productivos; esto en vista de la falta de empleos formales o de trabajos informales que garanticen un flujo constante de dinero que permita un mínimo nivel de calidad de vida en la ruralidad. Por otro lado, los sujetos entrevistados en el sector urbano no mencionan con frecuencia planes o deseos relativos al emprendimiento, pero, cuando dicho relato emerge, no se plantean ni planes ni proyectos, más bien, emerge como un deseo de independencia, situación opuesta de los sujetos en contexto rural, quienes fueron reiterativos en la ejecución de proyectos productivos como su principal forma de sustento:

Siempre tenía el sueño de poner las codornices, yo dije, unas codornices, unas codornices y cuando vine a Panaca, me las traje, me traje 10. Y comencé a montarla, montarla, el proceso, dele y hasta que compré la incubadora y empecé ahí y tengo en el momento el proyecto productivo mío [...] tengo clientes en [...] Pues, yo surto a todo el municipio de huevos de codorniz (E9).

Aunque el anterior fragmento da cuenta de un solo sujeto al frente de un proyecto, estos en su mayoría son llevados a cabo de manera grupal, o se asignan líderes a cargo de ciertas tareas, debido a que en los ETCR se continúa sosteniendo estructuras jerárquicas, las cuales se encuentran derivadas de los cargos que tenían en el grupo armado, razón por la que se perpetúa la división del trabajo en dinámicas de solidaridad mecánica.

Respecto a las redes de apoyo, se identifica que la mayoría de los excombatientes accede a su primer trabajo en la civilidad a través de gestiones realizadas por un familiar, algún vecino, alguna persona a la que le cayeron bien o por otros excombatientes adscritos al proceso; por lo general, estos trabajos son informales y requieren de una baja cualificación para desempeñarlos, como se puede observar en el siguiente testimonio,

Mira que yo me iba a buscar trabajo, entonces yo dije que no iba a motorratonear y salí a buscar en construcción, yo nunca he trabajado, yo trabaje 13 días ayudándole a un señor de aquí enseguida a hacer el segundo piso, ese segundo piso le ayude a él, entonces él me dijo que si yo sabía de construcción y yo le dije, no pues, yo le puedo ayudar, entonces para que me ayude a subir arena y lo que él me ponía a hacer yo lo hacía, entonces me fui a por allá a buscar trabajo y por allá me conseguí uno, un muchacho me dijo "¿usted sabe estucar?" y le dije no, pero si me enseña y él me dijo si yo le enseño y aprendí, me pagaba bien el muchacho, y los sábados me tocaba irme a estudiar, entonces yo trabajaba hasta los viernes y el sábado a estudiar (E3).

También se identifican prácticas de autogestión; es decir, aquello que se hace de manera individual, con miras a la reintegración laboral. Inicialmente, se puede encontrar de manera extendida que los sujetos ocultan su pasado en el grupo armado en sus espacios laborales o comparten esta información solo después de sentirse con la suficiente confianza como para no percibir que su puesto estaría amenazado por confesar o exponer su pasado. El miedo a ser rechazados puede llevarlos incluso a cambiar el relato en qué grupo armado estuvieron según el contexto. También se identifican prácticas de sumisión frente a los jefes, es decir se intentan poner de su lado con la esperanza de que esto les permita sostener el empleo. Sin embargo, cuando se trata de autogestión, se evidencian principalmente dos prácticas; la primera es el esfuerzo, entendido como realizar más de lo que se espera en el puesto de trabajo, y en segunda instancia, la utilización de los trabajos informales como una escalera para acceder al empleo formal.

Para finalizar, no se descarta el hecho de que algunos excombatientes tomen una tercera posibilidad frente a su reintegración laboral que no ha sido planteada hasta el momento y es la de no reintegrarse laboralmente, por lo cual se puede comprender que el 12,5% de estos se declaren inactivos económicamente. Esta opción se puede entender a la luz de la experiencia de algunos excombatientes que no cuentan con una red de apoyo que les permita solucionar algunas situaciones de la vida familiar como el cuidado de los hijos, por

lo cual su reintegración laboral se puede dificultar a tal punto que llegan a plantear no reintegrarse:

Yo soy cristiana y eso yo le oro al señor todo el tiempo que me dé un buen esposo, ojalá yo no trabajara (ajaj), la verdad es que es duro uno llegar del trabajo y en mi caso que es pues para estudiar, aunque tengo otros pensados de irme a otro lugar y por eso me retiré de, igualmente no pienso terminar acá, entonces, eh, pienso que es muy complicado uno llegar cansado del trabajo, hacer tareas, y la bebé por un lado y eso que tengo una sola (E1).

Para concluir, consideramos que el hecho de que la mayoría de los excombatientes no hayan tenido una experiencia y socialización laboral formal antes de su ingreso al grupo armado plantea un cuestionamiento con respecto a si ellos entienden como trabajo las actividades en las que invirtieron su tiempo durante su estancia en el grupo armado. Algunos de ellos mencionan un paralelo entre la estructura de una empresa y la de un grupo armado. En primer lugar se plantea el paralelismo entre órdenes de un jefe en una empresa y los mandatos, reglas y regímenes existentes en la cadena de mando de un grupo armado; la división del trabajo de los diversos miembros de ambas organizaciones; el despido tras repetidos fallos en una empresa y como contraparte en los grupos armados se pueden encontrar las juntas militares que determinaban la vida o la muerte en la guerrilla de las FARC-EP; y el ascenso en la organización (empresa y grupo armado) como consecuencia de la demostración de capacidades y competencias.

Discusión y conclusiones. La burbuja del emprendimiento y el trabajo autónomo: trabajadores invisibles, precarios, temerosos e inciertos

Foucault (1979), entiende el cuerpo como aquella superficie sobre la cual se inscriben ciertos sucesos, enunciados y prácticas normalizadas por tecnologías de gobierno de la subjetividad; así, el cuerpo

del excombatiente debe entenderse como un producto histórico, una forma específica construida por técnicas disciplinarias para su conducción hacia fines específicos en contextos rurales y de guerra. La aplicación de dichas técnicas ha posibilitado la generación de competencias y saberes para el trabajo, que, al parecer, no tienen utilidad dentro de las grandes urbes. Se trata de una subjetividad para el trabajo descolocada en el espacio y en el tiempo. En sintonía con esto, Delgado (2018) señala que las políticas de reintegración en el país son pensadas desde lógicas urbanas y de productividad moderna, desconociendo los entornos de socialización de los excombatientes, lo que produce tensiones subjetivas que actúan como barreras para la adaptación laboral.

Lo anterior señala que las acciones de la ARN son insuficientes para la integración laboral de excombatientes. Debe entonces avanzarse en el reconocimiento de estas subjetividades, pobladas de competencias físicas, estratégicas y actitudinales, con el fin de incluirlas en sectores específicos del mercado y la producción. Para ello deben crearse espacios laborales que permitan restituir el sentido de utilidad comunitaria y reconstruir los imaginarios de un mundo laboral que se le presenta como ajeno y excluyente. La imagen de ese mundo, es corroborado por distintas investigaciones; por ejemplo, Velasco & Londoño (2011) muestran que el excombatiente se siente en desventaja cuando busca una vacante, dado los requisitos de experiencia, formación y la situación legal exigida. Amariles, Buenaventura & Giraldo (2017) coinciden, al señalar como barreras de la reintegración laboral, la estigmatización del excombatiente por su pasado y su escaso nivel de formación. Thorsell (2013) refiere que el perfil laboral de esta población no se ajusta a las demandas del mercado laboral.

En este orden de ideas, se considera necesario que la ARN fortalezca los convenios que se tienen con el sector empresarial, con el fin de brindar espacios de cualificación vinculados a las vacantes demandadas, esto antes de que los excombatientes sean descartados de los procesos de selección. Lo anterior supone un gran reto, dado los sesgos y estigmas sostenidos por los empresarios sobre los excombatientes, como bien lo señalan Gómez & Lesmes (2017) que en su investigación exponen que el 15% no vincularía a desmovilizados en su empresa, el 39% solo aceptaría vincularlos si

nadie se entera de su pasado y solo el 46% los acogería sin importar su pasado.

Por lo anterior, ocultar el pasado como se muestra en los resultados, tiene una función clara para el excombatiente, evitar el estigma y proteger la vida. Siguiendo a Goffman (1970) el estigma implica una marca desacreditadora con la que carga un sujeto, que le lleva a instaurar cambios en su comportamiento; así, los excombatientes deciden esconder dicha marca en el mundo laboral, para protegerse de los estereotipos, prejuicios, violencias y acciones discriminatorias. Por lo anterior, las empresas con apoyo de la ARN, en el marco de las políticas de responsabilidad social, deberían tener como reto, la implementación de acciones pedagógicas para la inclusión laboral de esta población, promoviendo así espacios solidarios en los que no se vean obligados a ocultar su identidad. Frente a lo anterior, Rettberg (2013) expresa que, si los empresarios reconocieran los beneficios de la construcción de paz para sus organizaciones, como los alivios fiscales o el aumento del reconocimiento por la responsabilidad social empresarial, su apoyo a la integración laboral sería más activo.

Por otro lado, la ARN, debe promover escenarios de trabajo ajustados a los perfiles de los excombatientes, por ejemplo, aumentando la cobertura de proyectos productivos colectivos asociados al agro. Frente a esto último, Kimhi (2010), ha señalado el impacto positivo de estos proyectos en la reintegración, que va más allá de lo económico y productivo, promoviendo la reconstrucción de los tejidos comunitarios y de las afectividades colectivas. Así mismo, Mantilla (2016) muestra que estos proyectos representan un gran factor motivacional para los excombatientes, pues, al ser ellos quienes los eligen y desarrollan se promueven sentimientos de autonomía.

Para avanzar en la construcción de la paz, es necesario revisar y reflexionar sobre experiencias de DDR en otros países y latitudes; en este orden, Muggah & O'Donnell (2009, 2015) plantean ciertos cuestionamientos al proceso de DDR que se dio en Irlanda del Norte, en donde solo se realizó el desarme y la desmovilización de los excombatientes, pero no se terminó por implementar el proceso de reintegración, lo que guarda cierta similitud con la implementación del proceso de DDR en Colombia, en donde el

proceso de reincorporación a la vida civil de los excombatientes ha recibido múltiples ataques políticos y resistencias civiles que han reducido la capacidad de maniobra de la ARN, como lo han sido las modificaciones adelantadas de manera unilateral al acuerdo por parte del Gobierno Nacional, reduciendo aún más la confianza de los excombatientes en el proceso de reincorporación.

Así mismo, es preocupante lo expuesto por Tobón (2014) con relación al proceso de DDR realizado en Guatemala; este afirma que la falta de apoyo al proceso por parte del Estado y de la sociedad civil llevó a que los excombatientes fueran reclutados por el crimen organizado, lo cual terminó por incrementar las tasas de violencia del país en lugar de reducirlas, como era esperado tras la implementación del acuerdo de paz. Esta situación ya aconteció en el país tal y como expone Molina (2012) con el proceso de DDR entre el Estado colombiano y las AUC, y se encuentra actualmente sucediendo con organizaciones como las disidencias de las FARC-EP, Los Caparros y algunos frentes del ELN.

En relación con la reintegración laboral, múltiples estudios plantean que acceder a un empleo formal es la principal protección que tiene un excombatiente para no retornar a la militancia en grupos armados ilegales, como lo señalan las investigaciones de Metsola (2006), Kimhi (2010), Roldán (2013), Molina (2012) y Tobón (2014). Sin embargo, los resultados encontrados en la presente investigación apuntan a que el principal motivo de las personas en proceso de reincorporación a la vida civil para no reincidir en grupos armados ilegales es más de tipo socioafectivo, como, por ejemplo, la posibilidad de crear un nuevo hogar o retomar a aquel que dejaron atrás, donde el trabajo aparece como un medio o herramienta para sostener la familia y no tanto como un fin en sí mismo.

No obstante, en consonancia con dichos autores, se encuentra que el trabajo es un excelente dispositivo que permite nuevos procesos de subjetivación de las personas en proceso de reincorporación, en tanto, la experiencia del trabajo permite modificar la subjetividad generando, a su vez, nuevas referencias identitarias y formas de relacionamiento con la sociedad en general; así, el trabajo brinda la posibilidad al excombatiente de resignificar va-

lores traídos desde el contexto del conflicto como plantean Lara (2016) y Ortiz (2014), o modificarlos según las posibilidades que les brinde dicha experiencia de trabajo.

Como se planteó en los resultados, los discursos de algunos excombatientes muestran que el significado del trabajo suele estar fuertemente influenciado por el marco socioespacial donde se encuentran realizando el tránsito a la vida civil, ya sea este un contexto rural o urbano. En los espacios rurales el sentido del trabajo tiende a emerger en torno a la materialidad, es decir, se entiende por trabajo a la actividad en la que el humano transforma la naturaleza mediante su intervención para satisfacer sus necesidades o de su explotación para un tercero. En este sentido, la corporalidad es clave, debido a que está presente en la mayoría de las actividades económicas del sector rural. Además, lo que se entiende por trabajo en el ámbito rural en términos generales se encuentra fuera de la formalidad, dado que en el discurso de los excombatientes entrevistados no emergen preocupaciones en relación con la seguridad social, salarios mínimos, horas extras y mucho menos a procesos de selección; además, aquellos excombatientes reintegrados en áreas rurales dependían económicamente en su mayoría del subsidio otorgado por el Gobierno Nacional a los excombatientes en proceso de reincorporación, el cual es menor a un salario mínimo.

La falta de organizaciones empresariales y empleos formales en el sector rural que permitan la reintegración laboral a los excombatientes conlleva a que los sujetos no perciban la remuneración salarial como un elemento central a la hora de hablar y significar el trabajo, sumado a esto, el hecho de que muchas de sus experiencias previas de trabajo en la ruralidad no fueron remuneradas, debido a que estas fueron desarrolladas en sistemas de vida comunitarios, como se daba en ciertos grupos armados o en las fincas familiares, posibilita que el trabajo se entienda como una actividad que transcurre dentro del día a día y no como una actividad contractual por fuera de la vida personal.

Dicha falta de empleos formales que garanticen ingresos mínimos para los excombatientes en la ruralidad, les ha llevado tanto a ellos, como a la ARN, a plantearse el auto emprendimiento en todas sus

modalidades como una solución a dicha barrera de reintegración económica, sin embargo, la falta de tierras que puedan ser utilizadas por los excombatientes y la dificultad para acceder a los dineros que la ARN les ofrece para la ejecución de proyectos productivos, les lleva a postergar de manera reiterada el inicio de los mismos.

El hecho de que el discurso del autoemprendimiento haya empezado a jugar un papel central dentro del proceso de reincorporación socioeconómica de los excombatientes no es gratuito e inocente, pues se encuentra en simetría con la ideología y condiciones laborales impuestas por el capitalismo posfordista que promueve la flexibilidad, desterritorialización, desregulación y atipicidad laboral contemporánea; características que se ven acentuadas y profundizadas en los procesos institucionales de reintegración económica, especialmente en los contextos urbanos, en donde las precarias condiciones que ofrece el mercado laboral colombiano, sumado a la situación jurídica, el bajo nivel educativo, la falta de educación especializada, la poca o nula experiencia laboral y el desconocimiento sobre los procesos de selección laboral de los excombatientes, terminan por convertirse en barreras psicosociales para acceder a un empleo formal y digno, quedando así en clara desventaja frente a otras personas que compiten por el mismo trabajo, más allá, de su propia condición de excombatiente. En línea con el discurso del emprendimiento, se observa que algunos excombatientes emplean estrategias de autoempleo para generar ingresos, por ejemplo, ya sea mediante la práctica del mototaxismo o de la reventa de artículos al menudeo.

Así pues, el acceso al empleo formal para el excombatiente termina siendo un objetivo por cumplir de la ARN más que en una opción viable de reintegración laboral para la mayoría de las personas en proceso de reincorporación. No obstante, a pesar del discurso institucional de la ARN por fomentar el empleo formal, pareciera que los excombatientes no perciben de manera negativa el trabajo informal; en contraposición, son varios los excombatientes que lo significan como una oportunidad de empezar a obtener experiencia laboral y de sostenerse económicamente mientras finalizan los procesos educativos que supuestamente les permitirán acceder a un empleo formal. Por otro lado, la inestabilidad contractual que ofrecen

las empresas mediante contratos laborales a término fijo, de prestación de servicios y de obra labor, llevan a que el sujeto se sienta a la deriva, lo cual, contribuye a que el trabajo pierda su característica de horizonte o cimiento. Dicha problemática, sumada a los procesos de individualización que viven las personas en las ciudades, donde la interacción humana se media a través del dinero y no mediante las filiaciones, como ocurre en los contextos rurales, puede llevar a que el excombatiente se sienta vulnerable en un contexto donde no logra distinguir entre amigo y enemigo.

Por lo anteriormente planteado, se identifica en la red de apoyo el principal factor protector contra el retorno del excombatiente a grupos armados, además que se suele esgrimir como motivo principal para iniciar y finalizar la reincorporación a la vida civil. Esta lleva a que el sujeto se reintegre laboralmente para dar sustento a su reunificado o recién creado grupo familiar: *“ahora estoy viviendo bien con mis hijos, con mi esposo, estoy civilizada, estoy con trabajo, trato gente nueva, no se podría ser mejor, no estoy de pronto a las humillaciones, a los insultos, no camino mucho”* (E4).

Por lo mencionado anteriormente, se permite concluir que los significados del trabajo que los excombatientes construyen no giran en torno a las categorías empleadas en ámbitos institucionales (ARN) o legales, en tanto, el trabajo informal se presenta como la principal opción de reintegración laboral. La gran mayoría de estas personas espera obtener trabajos en donde se le asignen roles y funciones específicas que se deben cumplir bajo unos estrictos parámetros, en línea con las experiencias vividas en grupos armados, lo que se encuentra lejos de las necesidades de trabajo cognitivo que las empresas demandan en la actualidad.

Además, se puede identificar que el espacio de procedencia (Rural o Urbano) es crucial para comprender la forma en que el excombatiente significa el trabajo. En este orden de ideas, el trabajo como el eje articulador de la vida humana que ha planteado el modo de vida occidental no ha permeado por completo en las áreas rurales, por consiguiente, lo que se entiende por trabajo se construye a partir de experiencias de vida individual; así pues, en el caso de los excombatientes que vivieron en contextos comunitarios e interdependientes

durante un largo periodo de su vida, lejos de los ambientes de competitividad laboral que se desarrollan en lo urbano, en su mayoría no comprenden el trabajo como una actividad separada de su vida personal o familiar, todo lo contrario, las dinámicas de división del trabajo mecánicas (Durkheim, 2001) que se llegan a vivir en la familia rural o en los grupos armados, construyen formas de comprender al trabajo como un esfuerzo físico longitudinal a la mayoría de las actividades diarias.

Por otra parte, se observa que en el discurso de los excombatientes entrevistados se hace referencia al permanente y sostenido proceso de estigmatización que múltiples sectores de la sociedad civil realizan contra ellos, tal y como varias investigaciones lo convalidan (Lara, 2016; Roldán, 2013); en especial con aquellos excombatientes que militaron en grupos guerrilleros. Dichas prácticas de estigmatización los afectan negativamente a la hora de incorporarse a contextos comunitarios y laborales, lo cual explica que como mecanismo de afrontamiento y adaptación tengan que elaborar una historia ficticia que les permita rediseñar su pasado y presentarse como un civil más ante los compañeros de trabajo y vecinos. Así mismo, consideramos en muchos casos que los estigmas y prejuicios sobre las personas desmovilizadas funcionan como formas de censura y crítica al proceso de paz, ya que una parte significativa de la sociedad civil colombiana no está de acuerdo con las modalidades de justicia y reparación que se pactaron en los acuerdos de paz, como lo mostraron Villa Gómez (2020) y Gómez, Bohorquez y Villa Gómez (2021), y en los capítulos 4 y 6 del presente libro. No obstante, y sin desconocer los efectos adversos de los prejuicios y estigmatización social, pareciera que estos no se convierten en una barrera insalvable a la hora de la reintegración laboral y comunitaria, debido a que dicho estigma no es susceptible de ser trazado o identificado durante un proceso de selección o convivencia, más bien, las dificultades cotidianas con las que se encuentran los excombatientes son las mismas que muchos ciudadanos experimentan cuando realizan el tránsito de un contexto rural a uno urbano y no cuentan con las condiciones, competencias y prerrequisitos que las empresas neoliberales esperan de un trabajador contemporáneo.

Es importante que la investigación científica preste atención a la forma en que los excombatientes se están vinculando al aparato productivo del país, debido a que múltiples estudios apuntan a que el trabajo es la principal defensa frente al posible retorno de estos a cualquiera de los diferentes grupos armados vigentes. Es necesario comprender en profundidad la experiencia de trabajo de los excombatientes de manera general en el país, para ofrecerles mejores herramientas durante sus procesos de reincorporación a la vida civil que les permita una reintegración laboral de calidad. Ahora bien, no es exclusivamente responsabilidad del excombatiente no contar con las herramientas que el mercado laboral le exige, esta es una problemática que aqueja a los colombianos en general, por lo cual, para la exitosa reincorporación a la vida civil de los excombatientes es necesario el trabajo conjunto de la sociedad civil y del Estado, lo cual no ha sucedido de manera generalizada desde que se inició la implementación del acuerdo de paz.

De cara a la reincorporación a la vida civil, la ARN en su dimensión productiva impulsa fuertemente el emprendimiento a través de los proyectos productivos, sin embargo, esto puede terminar por promover formas precarias de trabajo y de autoempleo, por lo cual, es necesario ahondar en la forma en que el programa acompaña a los excombatientes en este ámbito, con el fin de generar proyectos que sean sostenibles en el tiempo y que les permitan los ingresos suficientes para tener calidad de vida. A pesar de las condiciones de mercado laboral que ofrece el sector urbano no se debe descuidar este apartado en este contexto debido a que puede poner a los excombatientes en función de otras dinámicas laborales.

Por último, es necesario cuestionar, en el contexto colombiano, la categoría de “reintegración económica”, concepto central en el proceso de reincorporación a la vida civil, en tanto, el prefijo “re” sugiere una acción de repetición, es decir, plantea que estos sujetos ya se encontraron alguna vez dentro del sistema laboral, no obstante, para la totalidad de personas que colaboraron como participantes dentro de la investigación, no fue sino hasta que inició su proceso de reincorporación a la vida civil que tuvieron su primera experiencia de empleo.

Referencias

- Agencia para la Reincorporación y la Normalización. (2020a). ¿Qué es la reincorporación?. Recuperado el 20 de mayo de 2020 de Reincorporación website: <http://www.reincorporacion.gov.co/es/la-reintegracion/Paginas/quees.aspx>
- Agencia para la Reincorporación y la Normalización. (2020b). Cuadro 8 Ocupación [Cifras de ocupación]. <http://www.reincorporacion.gov.co/es>
- Alto Comisionado para la Paz. (24 de noviembre de 2016). Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. [Acuerdo final]
- Amariles, L., Buenaventura, O. & Giraldo, M. (2017). Procesos de inclusión laboral de las personas desmovilizadas del conflicto armado colombiano en la ciudad de Medellín y el Área Metropolitana. (Trabajo de grado pregrado). Programa de Trabajo Social. Universidad Minuto de Dios. Bello.
- Azkue, I. M. (2007). Género, rehabilitación posbélica y construcción de la paz: Aspectos teóricos y aproximación a la experiencia en El Salvador. Hegoa.
- Banco de la Republica. (2020). Tasas de empleo y desempleo. Recuperado de Reincorporación website: <https://www.banrep.gov.co/es/estadisticas/tasas-empleo-y-desempleo>
- Caicedo, M., & Van Gameren, E. (2016). Unemployment and Mental Health among Mexican Immigrants and other Population Groups in the United States. *Migraciones Internacionales*, 8(4), 167-200.
- Castro-Díaz, S., Gómez-Restrepo, C., Gil, F., Uribe Restrepo, M., Miranda, C., de la Espriella, M., & ... Pinto, D. (2014). Factores de riesgo para ideación suicida en pacientes con trastorno depresivo en Colombia. *Revista Colombiana De Psiquiatría*, 4327-35. doi:10.1016/j.rcp.2013.11.003
- DANE (2020). Gran Encuesta Integrada de Hogares -GEIH- Mercado Laboral. Recuperado el 12 de abril de 2018, de <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/mercado-laboral/empleo-y-desempleo#2017>
- David, R. S., & Plazas, L. S. (2007). Un modelo de regreso a la legalidad. *Desafíos*, 17. 102-125.
- Delgado, R. A. (2018). *Natúram y alma en la guerra: el proceso de constitución de la conciencia de un grupo de jóvenes excombatientes*

- en Colombia. *Revista Eleuthera*, 19, 37-54. DOI: 10.17151/eleu.2018.19.3.
- De la Garza Toledo, E. (2001). Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo. *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*, 11-31.
- De Uña Mateos, A. (1985). El desempleo como factor de stress psicosocial: un estudio comparativo del comportamiento en dos comunidades. *Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, (99), 133-144.
- Díaz-Pérez, I.L., Saavedra-Flórez, T., Caicedo-Muñoz, S. & Sánchez-Jaramillo, C.A. (2021). Ethos atribuido al conflicto armado durante la implementación del acuerdo de paz por la instancia ciudadanía en Cali-Colombia. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 137-180). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Durkheim, E. (2001). *La división del trabajo social*. Madrid: Ed Akal
- Foucault, M. (1979). Nietzsche, la genealogía, la historia. En *Microfísica del poder* (pp. 7-31). La piqueta.
- Fumagalli, A. (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo: Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Ed Traficantes de sueños.
- Galvis-Aponte, L. & Pérez-Valbuena, G. (2015). *Informalidad laboral y calidad del empleo en la región pacífica colombiana*. Banco de la República: Documentos de Trabajo Sobre Economía Regional y Urbana. No 233
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones: Aproximaciones a la construcción social*. Paidós.
- Gergen, K. (2014). En defensa del relativismo. *Notas críticas desde una posición construccionista*. *Aposta revista de ciencias sociales*, (60), 2-36.
- Gergen, K. (2016). *El ser relacional: Más allá del Yo y de la Comunidad*. Desclée De Brouwer.
- Goffman, E. (1970). *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu.
- Gómez, D.C., Bohórquez, L., & Villa Gómez, J.D. (2021). Entre la ley del talión y la coexistencia armónica. Creencias sociales sobre justicia, reconciliación y reintegración en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 323-364). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

- Gómez, C. & Lesmes, A. (2017). Reintegración Laboral de los desmovilizados. “Diagnóstico a empresarios”. Obtenido de Universidad Católica de Colombia: file:///C:/Users/Administrador/Documents/8%20semestre/practica%20clinica/grupo%20armado/Reintegraci%C3%B3n%20Laboral%20de%20los%20desmovilizados%20-%20Diagnostico%20a%20.pdf
- González, A. (2003). Los paradigmas de investigación en las ciencias sociales. *ISLAS*, 45(138), 125-135.
- Gutiérrez, A. (2002). *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*. Ediciones Tierradenadie.
- Gutiérrez, S. & Carranza, F. (2017). Organizing women for combat: The experience of the FARC in the Colombian war. *J Agrar Change*. 2017;17:770-778. <https://doi.org/10.1111/joac.12238>
- Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder. ISBN 978-84-254-2868-5
- Ibáñez, T. (2003). *Psicología social construccionista*. Editorial Universidad de Guadalajara.
- Indepaz (2021). Informe especial sobre agresiones a personas defensoras de los derechos humanos y de los acuerdos de paz. Recuperado de <http://www.indepaz.org.co/informe-especial-sobre-agresiones-a-personas-defensoras-de-los-derechos-humanos-y-de-los-acuerdos-de-paz/>
- Iñiguez, L (2006), El giro lingüístico. En Iñiguez, L. (2006). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. El Ciervo.
- Iñiguez, L (2006), El lenguaje en las ciencias sociales: fundamentos, conceptos y modelos. En Iñiguez, L. (2006). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. El Ciervo.
- Jaime-Salas, J., Angulo, C.E., Medina, L.M., & Trujillo, M.P. (2021). La ilusión fatal e imposible de la paz como Cultura del Conflicto: Creencias sociales sobre el conflicto armado y la paz negociada en habitantes de Neiva. En J.D. Villa Gómez, V. Andrade & L.M. Quiceno, *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 366-403). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Karsten, P. & Moser, K. (2009). Unemployment Impairs Mental Health: Meta-Analyses, *Journal of Vocational Behavior*, 74, pp. 264-282.
- Kimhi, A. (2010). Revitalising and modernising smallholder agriculture: The Aldeia Nova Project in Angola. *Development Southern Africa*, 27(3), 381-395. <https://doi.org/10.1080/0376835X.2010.498947>

- Lara Salcedo, L. M. (2016). ¿Y después de la guerra qué? Avatares en el tránsito a la vida civil de jóvenes desmovilizados de las FARC. *Universitas Humanística*, 82(82). <https://doi.org/10.11144/Javeriana.uh82.dgat>
- Lipovetski, G. (2015). *De la ligereza*. Anagrama.
- Marx, K & Engels, F. (1974). *La ideología alemana: Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B., Bauer y Stiner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. Ediciones Pueblos Unidos & Ediciones Grijalbo.
- Mantilla, M. C. (2016). *Subjetividades desmovilizadas: el trabajo como una oportunidad de cambio para personas en proceso de reintegración*. (Trabajo de grado pregrado, inédita). Facultad de Psicología y Sociología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Meda, D. (1995). *El trabajo: Un valor en peligro de extinción*. Editorial Gedisa.
- Meneses, J. R., Cardona, D. V. & Devia, M. A. (2010). Calidad de vida en sujetos que pertenecen al programa nacional de desmovilización y reincorporación a la vida civil en el departamento del Quindío. *El Ágora USB*, 10, 71-86.
- Metsola, L. (2006). “Reintegration” of ex-combatants and former fighters: A lens into state formation and citizenship in Namibia. *ThirdWorldQuarterly*, 27(6), 1119-1135. <https://doi.org/10.1080/01436590600842407>
- Molina, M. F. (2012) Procesos de desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en el marco de la Ley de Justicia y Paz en Colombia y los Acuerdos de Paz de Chapultepec en El Salvador. *Revista Digital de Historia y Arqueología desde El Caribe colombiano*. 28, 228-263.
- Muggah, R. & O'Donnell, C., (2015). Next Generation Disarmament, Demobilization and Reintegration. *Stability: International Journal of Security and Development*. 4(1), 1-12.
- Neffa, J. C. (2002). ¿Qué son las condiciones y medio ambiente de trabajo? Propuesta de una perspectiva. Editorial Hvmánitas.
- Organización de Naciones Unidas. (2010). *Operational Guide to the integrated Disarmament, Demobilization and Reintegration Standards*, 283 p. (http://unddr.org/docs/Operational_Guide_REV_2010_WEB.pdf)

- Organización Internacional del Trabajo. (2010). La recuperación económica local en situaciones de posconflicto. Oficina Internacional del Trabajo.
- Ortiz, C. (2014). De combatiente a desmovilizado, de desmovilizado a empleado. Estudio de representaciones sociales en torno al proceso de tránsito a la vida civil. (Trabajo de grado pregrado, inédita). Departamento de Psicología. Universidad de los Andes. Bogotá.
- Phayal, A., Khadka, P. B., & Thyne, C. L. (2015). What Makes an Ex-Combatant Happy? A Micro-Analysis of Disarmament, Demobilization, and Reintegration in South Sudan. *International Studies Quarterly*, 59(4), 654-668. <https://doi.org/10.1111/isqu.12186>
- Presidencia de la República. (29 de mayo de 2017). Por el cual se establecen medidas e instrumentos para la reincorporación económica y social colectiva e individual de los integrantes de las FARC-EP conforme al Acuerdo Final, suscrito entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP el 24 de noviembre de 2016. [Decreto 899 de 2017]
- Rettberg, A. (2012). Construcción de paz en Colombia. *UnianDES*
- Robinson, J. (2011). Wittgenstein, sobre el lenguaje. *Estudios ITAM*, 102 (10), 7-32.
- Roldan, L. (2013). La inclusión laboral de los desmovilizados del conflicto en Colombia: auténtico mecanismo emancipador de la violencia en Colombia. *Univ. Estud. Bogotá (Colombia)* N° 10: 103-119, enero-diciembre 2013
- Sarmiento, A. V. (2013). Experiencias históricas recientes de reintegración de excombatientes en Colombia. *Colombia Internacional*, (77), 107-140. doi:10.7440/colombiaint77.2013.05
- Salamanca, R. M. V., & Pérez, C. L. (2011). Calidad de vida objetiva, optimismo y variables socio-jurídicas, predictivos de la calidad de vida subjetiva en colombianos desmovilizados. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 29(1), 114-128.
- Sennett, R. (2000). La corrosión del carácter. Anagrama.
- Solé, C., Parella, S. & Alarcón, A. (2008). El autoempleo de las trabajadoras inmigradas ¿Una alternativa a la discriminación laboral? *Cuadernos de Relaciones Laborales*. 27 (1), 171-200
- Stecher, A. (2013). Un modelo crítico-interpretativo para el estudio de las identidades laborales. *Contribuciones a la investigación psicosocial sobre trabajo y subjetividad en América Latina. Universitas Psychologica*, 12(4), 1-34.

- Tittoni, J. & Nardi, E. (2011). Sujetividade e Trabalho. En L. Holzmann & A. Cattani (Orgs.), *Dicionário de trabalho e tecnologia* (pp. 375-378). Zouk Editora.
- Thorsell, S. (2012). ¿Hacia una reintegración económica centrada en las personas? Análisis de la estrategia de reintegración económica de combatientes desmovilizados en Colombia. *Colombia Internacional*, 77, 177-215
- Tobón, K. A. (2014). Analizando la violencia después del conflicto: el caso de Guatemala en un estudio sub-nacional. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 59(220), 191–233. [https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(14\)70805-0](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(14)70805-0)
- Turner, V. (1969). *The ritual process: structure and anti-structure*. Aldine.
- Toca Torres, C. E. (2017). Aportes a la responsabilidad social. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 62(230), 393-407. [https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(17\)30033-8](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(17)30033-8)
- UnitedNations. (2010). *DDR in peaceoperations a retrospective*. UnitedNations.
- Velasco, R. M., & Londoño, C. (2011). Calidad de vida objetiva, optimismo y variables socio-jurídicas, *Avances en Psicología Latinoamericana*, 29(1), 114-128.
- Vieytes, R. (2004). *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad: epistemología y técnicas*. Editorial de las Ciencias.
- Villa Gómez, J.D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona & F: Moreno (Eds.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365 – 387). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI
- Villa Gómez, J.D. (2020). Creencias y representaciones sociales sobre el perdón, la justicia y la reconciliación en ciudadanos de Medellín y tres municipios del Oriente Antioqueño. En A. Ruiz Gutiérrez; A, Valderrama López & Galindo Hervás, A.; *Justicia, memoria e integración: debates teóricos en el marco de las instituciones sociales*, (pp. 227 - 273). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D., Velásquez, N., Barrera, D. & Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-52.

- Winttgenstein, L. (1993). Cuadernos azul y marrón. Editorial Tecnos, S. A., (obra original publicada en 1958).
- Zirion, I. (2012). Los procesos de desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes desde la perspectiva de género. Cuadernos de Trabajo: Lan-KoadernoakHegoa, n° 58.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 11

Inclusión laboral de reintegrados en la ciudad de Medellín, un estudio de caso¹

Verónica Andrade Jaramillo²

María Alejandra Gómez²

Laura María Botero³

Andrea Orozco⁴

Resumen

El presente capítulo muestra las estrategias implementadas por una organización del sector servicios en la ciudad de Medellín para favorecer los procesos de inserción social de excombatientes y víctimas del conflicto armado colombiano a través de la inclusión laboral. La inves-

¹ El presente capítulo proviene originalmente de otra investigación realizada en la Universidad Pontificia Bolivariana, y fue incluido en este libro por considerarse pertinente evidenciar caminos posibles de reintegración a la vida civil, a través de lo laboral. La investigación de la que parte se titula Procesos de cambio organizacional para la vinculación laboral de personas asociadas al conflicto armado en Colombia, con número de radicado 198C-06/18-62, realizada por los grupos de investigación GESCOM (Gestión de la comunicación) de la Facultad de Comunicación y Periodismo, y GIP (Grupo de investigación en Psicología: Sujeto, sociedad y trabajo) de la Facultad de Psicología. Agradecemos a la organización estudio de caso que nos abrió las puertas para la realización de esta investigación para aportar a la construcción del proceso de paz, y en especial a su líder, la directora de área quien es fundamental para los logros que han obtenido con su gestión.

² Dras. en Psicología, Docentes/investigadoras Facultad de Psicología – Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana, Grupo GIP.

³ Psicóloga y estudiante de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.

⁴ Psicóloga y Diseñadora de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.

tigación reportada aquí fue realizada con un enfoque cualitativo considerando el estudio de caso, a través de análisis de contenido de entrevistas semiestructuradas a seis miembros del equipo responsable de los procesos de selección de esta población. Se encontró que la ruta para la inserción laboral se da en 9 pasos, entre los cuales resaltan el acompañamiento y el seguimiento que diferencian este proceso de otros en el ámbito organizacional; además, esta ruta se centra en aspectos actitudinales y prioriza la disposición del candidato por encima de las competencias técnicas, lo que lo convierte en un proceso de selección centrado en el ser. En conclusión, la inclusión laboral requiere acompañamiento psicosocial a la población reintegrada a lo largo de todo el proceso, lo que implica esfuerzos y recursos de la organización por fuera de lo habitual, por lo tanto, mayor inversión en su capital humano. Estas dinámicas de reinserción favorecen la reducción de la estigmatización, que es una de las principales barreras psicosociales para la reconciliación y que son derivadas de orientaciones emocionales colectivas (OEC) negativas hacia los exparticipantes del conflicto armado, y a su vez van naturalizando los procesos de inclusión paulatinamente, contribuyendo al proceso de construcción de la paz en el país.

Palabras clave: reinserción, reintegración, inclusión, excombatientes, desmovilizados.

Introducción

En este capítulo se entiende a las organizaciones como entes importantes para lograr la inclusión o el denominado proceso de reinserción de los desmovilizados a la vida civil, ya que sus acciones pueden posibilitar la integración e incorporación de esta población. Como se mencionó anteriormente en los capítulos 9 y 10 del presente libro, el llamado proceso de reincorporación se refiere al proceso de estabilización socioeconómica de quienes entregaron sus armas en el marco de la firma del Acuerdo Final entre el Estado y la Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (Farc - Ep) (Agencia para la reincorporación y la normalización, ARN, 2019). La reincorporación laboral es

un elemento primordial de reinserción social que comprende las dimensiones políticas, humanitarias y socioeconómicas (Grupo de Memoria Histórica, GMH, 2013).

La Reintegración por su parte, es un programa de seis años y medio en la que se le ofrece a los desmovilizados de los Grupos Armados Organizados al Margen de la Ley (GAOML) desarrollar habilidades y competencias ciudadanas; también cuenta con espacios para la reconciliación y el fomento de la corresponsabilidad con actores externos. Se lleva a cabo por la gestión de la Agencia para la Reintegración y la Normalización (ARN) y se beneficia a los desmovilizados que no han cometido delitos de lesa humanidad y que, además, quieren reintegrarse a vida civil (ARN, 2019).

Los desmovilizados son todas aquellas personas que abandonaron voluntariamente actividades con grupos armados al margen de la ley (Presidencia de la República, decreto 128 de 2003); pueden haber desmovilizados que aún no han iniciado su proceso de reinserción por lo que no han hecho parte de la dimensión productiva de la reintegración. Cabe mencionar que, si bien se utilizan los términos de reincorporación, reintegración, reinserción, etc., de forma habitual entre las instituciones, legislación y funcionarios, para referirse a la integración de la población de excombatientes y desmovilizados de los grupos armados ilegales, a la vida civil, para muchos excombatientes es su primer encuentro con el empleo formal. De allí que en la presentación de este texto se utilizan dichos términos, pero amerita dejar expreso que la realidad de esta población es importante reconocerla desde una perspectiva de contexto, desde donde, epistemológicamente, sería apropiado hablar de inserción, integración, incorporación, etc, en lugar de usar el prefijo Re para todas estas palabras, como en efecto también lo mencionan Morales, Cartagena & Hernández en el capítulo anterior al mostrar las voces de algunos desmovilizados.

La reincorporación laboral cuenta con una serie de acciones que se llevan a cabo en entidades estatales antes de que los reintegrados lleguen al entorno organizacional; esta investigación se pregunta por las estrategias que estas organizaciones implementan para abrirle paso a esta población. En este proyecto se entenderá estrategia como el planteamiento de metas que una organización se traza en

plazos determinados y que le implica llevar a cabo acciones y asignar recursos para su logro (Contreras, 2013).

En el mandato del presidente Juan Manuel Santos, se inician los Acuerdos de paz en Colombia entre octubre de 2012 y agosto de 2016 cuando se firma el acuerdo, estableciendo la Mesa de Conversaciones en Oslo y se proyecta el fin de la guerra y la construcción de paz en los próximos 10 años (GMH, 2013). En el ámbito internacional ha habido procesos de paz en diversos países que se han alineado con programas de desmovilización y reinserción, en los cuales se ha dado un importante lugar a las estrategias de inclusión en la vida laboral para los actores del conflicto. Una vez dejan las armas y la violencia, se requiere llevar a cabo un proceso que conduzca a la resignificación de sus vidas, a través de la vida civil, así como un acompañamiento a los sectores económicos para que ofrezcan alternativas de cambio de vida para estas personas. Aunque el plan de apoyo es claro desde el principio, puede haber fracaso por diferentes razones, una de ellas es la condición económica y social desfavorable del país (Banholzer, 2014).

Según el programa DDR (Disarmament, Demobilisation and Reintegration) Desarme, Desmovilización y Reintegración de las Naciones Unidas, el cual brinda apoyo a diferentes países en el proceso de posguerra, se considera como elemento fundamental la inclusión de los excombatientes en el mercado formal de trabajo; sin embargo, la mayoría de los países en desarrollo suponen una economía inestable y altas tasas de desempleo, lo que empeora el panorama considerando la alta demanda de personas en busca de trabajo. En efecto, la escasez de empleo aumenta la posibilidad de volver a los grupos armados o de iniciarse en bandas criminales (Banholzer, 2014).

Los programas de desarrollo de las Naciones Unidas (United Nations Development Programme) describen el programa DDR como una herramienta de apoyo para alcanzar la asimilación del posconflicto a largo plazo. Se llevan a cabo acciones para conservar y recuperar el tejido social por medio de la generación de empleo.

Por ejemplo, en países como Afganistán, Burundi, Nepal, Somalia, etc. más de 8.000 desmovilizados han encontrado trabajo en

construcción y restauración de puentes; caminos, muros de protección, canales y escuelas. Además, reciben ayuda en orientación vocacional, oportunidades de educación en liderazgo, habilidades sociales, religión, teatro y deportes (United nations development programme, 2013).

Según la experiencia de la Organización Internacional del Trabajo (International Labour Organization - ILO por sus siglas en inglés, 2010), en diferentes países, el éxito de la reintegración laboral radica en la capacidad del mercado para absorber las nuevas demandas, lo cual obliga a tener estrategias claras que respondan a cabalidad a estas necesidades. Para esto nombran tres puntos clave: 1. Estabilización de ingresos y empleos de emergencia. 2. Recuperación de la economía local para empleo y la reintegración, y 3. Creación de trabajo decente y sostenible.

El gobierno de Colombia comenzó a atraer al sector empresarial para que tuviera participación en la reintegración social y laboral de los desmovilizados; según Gil (2016) para esto se creó bajo el Decreto 4138 de 3 de noviembre de 2011, un organismo con el propósito de la reinserción laboral de los desmovilizados conocida como Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN) de personas y Grupos Alzados en armas, para apoyar a las personas que serían empleados de una empresa o aquellas que tuvieran una iniciativa de negocio que ofreciera productos o servicios.

De acuerdo con la ARN (Gil, 2016) el proceso de reintegración se conforma por 8 dimensiones: “personal, productiva, familiar, habitabilidad, salud, educativa, ciudadana y de seguridad” (p.138). La dimensión que es foco de esta investigación es la productiva, debido a que en esta se propone desarrollar habilidades que faciliten la reinserción económica, de forma que el desmovilizado y su grupo familiar pueden hacer uso de sus derechos económicos. La primera empresa privada que se involucró con el gobierno en los procesos de paz fue Coca-Cola FEMSA, siendo un impulso importante para la participación de otras empresas como Unilever, Bancolombia, Argos, Smurfit Kappa, Kraft Foods y Almacenes Éxito (González, Lozano & Layrisse, 2013; Jiménez Peña, 2014).

Según el informe realizado en octubre de 2019 de la Agencia para la Reintegración y la Normalización, el 73% de las personas que han culminado el proceso de reintegración cuenta con formación para el trabajo. Los beneficios de inserción económica alcanzan a 24.281 personas, lo que significa que tienen acceso a una fuente de generación de ingresos en tres líneas: estímulo económico a la empleabilidad, planes de negocio y educación superior (ARN, 2019).

Esta reincorporación económica se basa en brindar oportunidades colectivas e individuales para facilitar la solidificación de ingresos sostenibles a mediano y largo plazo. Para octubre de 2019, 13.202 personas fueron acreditadas por la oficina del Alto Comisionado para la Paz, 12.959 se encuentran en proceso de reincorporación, 9.222 residen fuera de espacios territoriales de capacitación y reincorporación (ETCR), 2.269 residen en ETCR y 765 están pendientes por ubicar (ARN, 2019). Lo que significa que esta población beneficiada está lista para ingresar a un entorno productivo, por lo tanto, es un reto para las organizaciones ofrecer oportunidades que vinculen en el ámbito laboral a esta población.

Los programas de desarrollo para el desarme y la posguerra contribuyen a la estabilidad y consolidación de la paz, además son un apoyo a la reducción de la pobreza. Por ejemplo, en Eritrea, país de África, después de terminar la guerra con Etiopía, se inició un proceso de desmovilización del que se documentó que los excombatientes representan más una oportunidad que una amenaza para la reconstrucción de paz ya que “pueden representar una fuerza importante para la reconstrucción y la rehabilitación de sociedades devastadas por la guerra” (Kingeibel citado por Rolston, 2007, p. 263).

En la provincia de Aceh, en Indonesia, se llevó a cabo el programa de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) con la intención de ponerle fin al conflicto entre el Gobierno de Indonesia y el Aceh Free Movement, el cual fue crucial para el proceso de paz. En este contexto el DDR planteó que, para la integración económica, en el aspecto laboral, los desmovilizados recibieran un entrenamiento en diferentes áreas. Una de las actividades que el programa incluyó fue la rehabilitación para escuelas y centros de capacitación, por lo que se entrenó a los excombatientes po-

sibilitando una mano de obra local y generando nuevos empleos (The Government of Indonesia, 2005).

La reincorporación económica es un eje fundamental en la dimensión productiva del proceso de reinserción; en esta, las organizaciones juegan un papel primordial debido a que según las oportunidades que brinden desde la gestión del capital humano, habrá una mayor acogida en el entorno laboral a la población reintegrada. La participación de las organizaciones respecto al proceso de reincorporación inicia desde el proceso de reclutamiento o atracción de personal, que es definido por Alles (2007), como la unión de varios procesos realizados con el fin de atraer e identificar candidatos potenciales para cumplir determinados roles en la organización.

El siguiente paso, para el caso colombiano, implica la contratación laboral, regida por el Código Sustantivo del Trabajo, en él se expresa que el contrato, según su forma, puede ser verbal o escrito y, según su duración, definido o indefinido. En las organizaciones existen además otros tipos de contratos, como la prestación de servicios, el contrato de aprendizaje, el contrato por obra o labor, entre otros (García, 2009).

Una vez el candidato es contratado se inicia el proceso de socialización e inducción. A esta actividad se le da gran importancia, puesto que es el momento en que se presenta la información de la organización teniendo en cuenta la misión, visión, organigrama, aspectos geográficos, políticas, costumbres de la compañía, horarios y comunicaciones. Después, se aconseja realizar un seguimiento del candidato ingresado y de esta forma medir la mutua satisfacción, además de conocer qué habilidades son importantes y cómo se deben desarrollar (Alles, 2007).

Seguido de esto se establece el sistema de compensación que apunte a la sostenibilidad y mantenimiento de los empleados. Una vez lo anterior se haya definido, el siguiente proceso es el desarrollo del personal en el aspecto profesional y personal. Respecto a la capacitación Alles (2007) menciona que puede usarse para desarrollar el conocimiento y la habilidad. Estas son características visibles y

tienen implicaciones muy prácticas dentro de la organización. En cuanto al entrenamiento debe darse en la medida en la que cumpla con los requerimientos de la organización, y se entiende como la enseñanza que se le da a los trabajadores con la finalidad de promover las capacidades con las que ya cuentan y ponerlas en uso en su puesto de trabajo (García, 2009).

La ejecución de estos procesos está alineada con las estrategias organizacionales; tanto la incorporación como la adaptación son macroprocesos que aportan al desarrollo de estas. Una de las experiencias más interesantes de inclusión laboral para desmovilizados es la del Grupo Éxito que desde el año 2006 trabaja en convenio con la ARN, y ha patrocinado a través del SENA cerca de 1.300 personas para que puedan trabajar mediante contratos de aprendizaje con los que pueden adquirir competencias laborales y posteriormente tener la posibilidad de postularse a procesos de vinculación directa con la compañía y obtener todas las prestaciones de ley y acceder al portafolio de beneficios que ofrece para sus empleados.

En relación con los procesos de comunicación, cabe decir que una organización que incluya desmovilizados entre sus grupos de trabajo tendrá en consideración los procesos comunicacionales en función de evitar un mayor número de dificultades, y que pueda lograrse la incorporación de los nuevos empleados a sus dinámicas. En este sentido, se deben tener en cuenta las representaciones sociales, entendidas como una forma de estructurar el pensamiento de un colectivo que se relaciona con estereotipos presentes, como “un corpus organizado de conocimientos y una de las actitudes psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social” (Moscovici citado por Mora, 2002, p. 7).

La construcción de la representación social se nutre con las ideas estereotipadas que conforman un mismo saber colectivo; estas ideas o creencias se forman al categorizar a las personas desde sus diferencias en raza, sexo, estatus socioeconómico y origen geográfico. Según Rattan & Brewis (2018) socialmente hacemos clasificaciones de las personas rápidamente, una vez se produce el encuentro con ellas; con frecuencia es un proceso inconsciente y no hay un reconocimiento de que esto sucede.

El estereotipo incluye una relación con el otro, un constructo de ideas, que asociado a otras termina convirtiéndose en la representación de determinado grupo. Una de las características del estereotipo es la insociabilidad de la comunidad en la que surge. El rechazo de este podría significar el rechazo del mismo grupo de pertenencia; además, los estereotipos nacen de las masas, sin contar la opinión individual (Fernández-Montesinos, 2016).

Por supuesto, el estereotipo que alimenta la representación social en ocasiones, como en el caso colombiano frente a los actores armados y quienes han hecho parte de este conflicto de manera directa, se sostiene en OEC profundamente arraigadas y que son explicadas por la historia del país y todas las vivencias de la población civil, sean estas víctimas directas o indirectas. Las OEC se refieren a emociones socialmente compartidas que van más allá de la suma de las emociones individuales, y que implican sentimientos que perduran en el tiempo siendo estos un gran punto de referencia para comprender y actuar frente a la realidad, como lo expresan Patiño & Barrera⁵.

Según Villa Gómez & Patiño (2021), Villa Gómez, et al, 2019 y Barrera & Villa Gómez (2018) estas OEC están relacionadas con procesos de ideologización promovidos por los medios de comunicación y otras instituciones sociales, donde se mantienen vigentes narrativas del pasado, entremezcladas con los demás hechos que van ocurriendo a lo largo del tiempo, y en el caso particular de las asociadas a lo político, se explican en tanto que las personas “formen parte de núcleos de relación, se identifiquen con algunas colectividades e integren una nación particular; suscita ciertas emociones, que resultan del juego dialécti-

⁵ Carlos Darío Patiño y Daniela Barrera Machado, en el capítulo 1 del presente libro, denominado Orientaciones emocionales colectivas y el carácter colectivo de las emociones: un referente teórico para el estudio de las barreras psicosociales para la paz, explican de manera clara y profunda, ampliando los estudios del equipo de Bar-Tal, el concepto de orientaciones emocionales colectivas, entre otros relacionados, destacando la idea que los sentimientos emocionales (emociones de largo plazo) se elaboran dentro de un contexto social y que se hace de manera colectiva, no como la suma de las individualidades.

co entre las sensaciones subjetivas y las condiciones compartidas, en función de lo colectivo y de lo político” (p. 470).

Según Patiño & Barrera⁶ la categoría de OEC opera como marco de referencia de largo plazo que tienen presente los miembros de una colectividad para comprender, y por tanto posicionarse frente a algún fenómeno. Estas OEC según Villa Gómez, Díaz-Pérez, Barrera, Velásquez & Avendaño (2021), se convierten en barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en el proceso que procura adelantar Colombia como sociedad respecto del posacuerdo. Según lo encontrado en los distintos contextos donde se adelantó la investigación Barreras psicosociales para la paz, referido a lo largo del libro del que hace parte este capítulo⁷, las OEC encontradas tienden a estar asociadas con miedo, rabia y desconfianza, tanto frente al proceso de paz, oficialmente hablando, como frente a la reintegración de los excombatientes en escenario de la vida civil y en la cotidianidad, como se ha evidenciado a lo largo de la investigación Barreras psicosociales para la paz.

Considerando todas las construcciones sociales que operan como barreras para el proceso de inclusión de reintegrados a espacios laborales formales, las organizaciones requieren promover otras lógicas que deben ser comunicadas a los nuevos integrantes de la organización y a quienes vivencian el cambio dentro de la misma, por lo tanto, la comunicación es primordial para llevar un mensaje claro sobre cómo se estructura y cómo se relaciona la organización con sus públicos internos independiente de su origen.

La comunicación se entiende como la emisión y comprensión de un significado a través del cual se difunde cierta información, ideas, opiniones, entre otros. En la medida en que esta difusión es efectiva el mensaje se convierte en una reproducción mental del receptor similar a la del emisor; sin embargo, la interpretación depende de un

⁶ Ver capítulo 1 del presente libro, ya referido en nota al pie anterior.

⁷ Que funge como invitado a participar en el mismo sin hacer parte directa de la investigación referida.

proceso comunicacional que le da al lenguaje una forma simbólica decodificando el mensaje original (Amorós, 2007).

La dimensión organizacional de la comunicación comprende la administración por objetivos, plantea una visión estratégica de las consecuencias de las acciones llevadas a cabo en la comunicación dentro de la organización. También implica un enfoque en el usuario y el reconocimiento de las organizaciones como interdependientes (Aguilera, 2007). Los procesos comunicacionales que se dan dentro de la organización influyen la forma de relacionarse, además brindan información sobre el contexto, lo que es significativo para abrir un espacio propicio a los trabajadores que recién se insertan en el mundo laboral.

Las funciones de la comunicación interna se dividen en dos grandes grupos: observación del entorno-aplicación del programa y gestión del cambio, a su vez este último se compone de cuatro herramientas que posibilitan la configuración del cambio: visión estratégica, implementación, vinculación y seguimiento. El cambio, en este entorno, es elemental debido a que, al incluir en el capital humano excombatientes, se requiere tener apertura a la transformación y a la modificación de ideas ya establecidas. La realización de gestión del cambio inicia con una visión estratégica que desarrolla y comunica, después ayuda a que se implanten los cambios organizativos que derivan de un nuevo modelo.

En el caso de Colombia, y de otros países que han atravesado procesos de guerra y de negociación para la paz, resulta relevante que la inclusión laboral considere la gestión del cambio en relación con lo comunicacional, ya que, de acuerdo con Barrera & Villa Gómez (2018), las emociones de los ciudadanos han sido configuradas colectivamente con el paso de los años a través de procesos de ideologización profundos que terminan polarizándolos y que, por supuesto, están enclavadas en las representaciones sociales que comparten. Lo organizacional, y por tanto su cultura, no escapan a la presencia de dichas representaciones que se viven en su interior como estereotipos y prejuicios, y que se terminan configurando como barreras de naturaleza psicosocial para que el proceso de construcción de paz se dé o no, de la mejor manera.

Así entonces, las organizaciones interesadas en este proceso requieren gestionar la construcción de símbolos en la cultura organizacional que ofrecen un significado común, tanto aquellos que mantienen los estereotipos que funcionan como barrera, con miras a reducirlos en la medida de las posibilidades, como los que pueden generarse para nuevas representaciones sociales que permitan avanzar, y expresarse en la cultura organizacional. Esta formación de símbolos dentro de la organización brinda significados comunes en el grupo que se originan, promueven valores y ciertos comportamientos dentro de la empresa, lo que termina traducándose en cultura organizacional (Pirjol & Maxim, 2012), y esta influye en la aceptación o rechazo de los nuevos trabajadores.

En efecto, este entorno propicia la apertura de la organización a los cambios, y fortalece la capacidad que tienen sus trabajadores de aceptar lo nuevo. Por esta razón, hablar de cultura organizacional permite identificar los aspectos que facilitan la aprobación de los nuevos miembros de la organización, toda vez que “representa un patrón complejo de creencias, expectativas, ideas, valores, actitudes y conductas compartidas por los integrantes de una organización” (Amorós, 2007 p. 229). Esto constituye un marco de referencia para las personas dentro de una organización tanto en su relación con el medio como en el rol que desempeñan y la apreciación de su trabajo.

La cultura y la comunicación organizacional se afectan entre sí generando un intercambio que constituye la consolidación de la organización como grupo social: “la comunicación soporta la cultura porque colabora con su divulgación, en la medida en que más miembros de la organización compartan creencias, más consolidada será la cultura” (Aguilera, 2007, p. 39). La imagen que los empleados se forman de la organización proporciona una mirada general del estado de la cultura organizacional. Según Aguilera (2007), dentro de sus funciones están: poner límites, generar sentido de pertenencia, crear intereses comunes, socializar y direccionar a quienes la conforman, dar sentido a la dirección en la que va la organización, unificar el reglamento e incrementar las dinámicas productivas.

Según lo expuesto, el objetivo general de la investigación fue conocer las estrategias implementadas en una organización de terce-

rización (o *outsourcing*) para la reinserción e inclusión laboral de personas reintegradas en la ciudad de Medellín.

Método

Con el fin de lograr los objetivos planteados en el presente estudio, esta investigación se enmarca en un enfoque cualitativo. Este se entiende como un conocimiento que es construido socialmente por quienes participan en una investigación. Max Weber (citado por Hernández, Fernández & Baptista, 2014), autor clave de este enfoque, reconoce que: “además de la descripción y medición de variables sociales, deben considerarse los significados subjetivos y la comprensión del contexto donde ocurre el fenómeno” (p. 4). Partiendo de esto, se entiende que el investigador tiene la tarea primordial de comprender cada subjetividad y cada construcción social que hable de los hechos mismos.

Para esta investigación se consideró el diseño desde el *Estudio de casos*, caracterizado por ser flexible y adaptativo, lo que complementa este tipo de investigación. López (2001), define el estudio de casos como una forma de elección de sujetos u objetos para ser estudiados. Se realizó un estudio de caso de tipo intrínseco, entendido como un caso que representa a otros casos o puede ilustrar un rasgo o problema particular (López), que en esta ocasión está representado en una de las más de 20 empresas que según la literatura reportada, participa en estos procesos en el país. El caso estudiado fue una organización que presta servicios de contratación de personal a empresas de diferentes sectores de la ciudad de Medellín, y que apoya el proceso de reinserción social de personas que estuvieron vinculadas al conflicto armado en Colombia, tanto desmovilizados como víctimas.

Como técnicas de recolección se consideraron la entrevista semiestructurada y la observación participante. Las entrevistas fueron realizadas a seis (6) de las personas encargadas de los procesos de selección, capacitación, entrenamiento y comunicación dentro de la organización, los cuales contaban con los cargos de: jefe de desarrollo sostenible, asistente administrativa, gestores (líder de selección,

líder de acompañamiento y líder de relacionamiento) y comunicador organizacional. Esto con el fin de recolectar la información necesaria y conocer la percepción de ellos frente a la vinculación de personas reintegradas y víctimas del conflicto armado. Respecto a la observación participante se tuvo la oportunidad de asistir a tres talleres de formación que realiza la organización con víctimas y desmovilizados. Allí se llevó a cabo un acercamiento para observar la dinámica y el relacionamiento dado en estos talleres. Como técnica de análisis fue considerada el análisis de contenido (Bardin, 2002) donde se establecieron unas categorías previas y se permitió a su vez la emergencia de otras en conjunto con subcategorías e indicadores (ver tabla 3).

Como consideraciones éticas se tuvo presente la Ley 1090 de 2006, por la cual se reglamenta el ejercicio de la profesión de Psicología y dicta el Código Deontológico y Código Bioético. Bajo esta ley se declara que “los profesionales de la psicología al planear o llevar a cabo investigaciones científicas, deberán basarse en principios éticos de respeto y dignidad, lo mismo que salvaguardar el bienestar y los derechos de los participantes” (Congreso de la República, Art. 50, ley 1090 de 2006); es decir, en cuanto a lo que compete, se guarda confidencialidad y cuidado del otro en todo lo referente a las respuestas dadas por los participantes dentro de la investigación. Para mayor seguridad de los investigadores y de los participantes se solicitó a estos últimos, leer y firmar un consentimiento informado previo a realizar cada entrevista.

Resultados

En un primer momento se realizó la entrevista con la jefe de Desarrollo Sostenible para ahondar en la historia y en los procesos que realiza el equipo. El Programa liderado por la empresa se constituye en el 2006, por la iniciativa de Sergio Fajardo (alcalde de Medellín en ese momento) de diseñar e implementar el programa Paz y Reconciliación, el cual cuenta con el mismo nombre actualmente.

Después de realizar la entrevista a la jefe del Programa se decide hacer entrevistas a otros integrantes del equipo como la líder de

Tabla 3. Tabla de categorías, subcategorías e indicadores

Categoría	Subc.1	Subc. 2	Indicadores
Subprocesos de Gestión Humana	Selección	Reclutamiento	Atracción de posibles candidatos, partiendo del cargo a cubrir y de las necesidades de la organización.
		Pre-filtro hoja de vida	Aspectos que evalúan en una hoja de vida de un aspirante que se consideran relevantes para el cargo, ya sea experiencia laboral, estudios realizados y/o las competencias requeridas.
		Entrevista grupal	Realización de entrevista grupal como primer acercamiento con los aspirantes al cargo, para analizar temas más generales desde su profesión u oficio y personalidad.
		Aplicación de pruebas psicológicas	Se tiene presente el nivel de influencia que tienen las pruebas psicológicas en un proceso de selección, y qué están evaluando exactamente (personalidad, actitudes, entre otros ítems)
		Pruebas adicionales (BEI, Assessment Center)	Pruebas adicionales que realizan para complementar los procesos de selección de la organización.
		Aplicación de pruebas técnicas (si se requiere)	Pruebas técnicas como complemento del proceso de selección para verificar el nivel técnico del aspirante que requiere el cargo.

Continúa

Categoría	Subc.1	Subc. 2	Indicadores
	<p>Inducción</p> <p>Capacitación</p> <p>Entrenamiento</p>	<p>Entrevista individual (jefe directo)</p> <p>Verificación de referencias (personales, laborales)</p> <p>Exámenes médicos</p> <p>Contratación</p>	<p>Entrevista con el jefe directo para analizar temas más personales que no se tocaron en la entrevista grupal y contrastar información obtenida en las pruebas.</p> <p>Proceso de verificación de referencias personales y laborales, quién realiza tal proceso, qué información obtenida tiene influencia para seguir en el proceso de selección.</p> <p>Realización de exámenes médicos y la importancia según el cargo al que aspira.</p> <p>Proceso de contratación, persona responsable y área de la organización.</p> <p>Proceso de inducción (por qué, para qué, dónde, quién y cómo la realizan).</p> <p>Proceso de capacitación (por qué, para qué, dónde, quién y cómo la realizan).</p> <p>Proceso de entrenamiento (por qué, para qué, dónde, quién y cómo lo realizan).</p>

Continúa

Categoría	Subc.1	Subc. 2	Indicadores
Estereotipos y prejuicios	Estereotipos		Estereotipos en la organización frente al tema de investigación.
Representaciones sociales	Representación social		Representaciones sociales en la organización frente al tema que se está investigando.
Comunicación Interna	Comuni-cación interna		Comunicación interna como estrategia para favorecer el proceso de incorporación de desmovilizados.
Cultura Organiza-cional			Cultura organizacional: creencias, actitudes, comportamientos en la empresa instaurados respecto a la contratación de desmovilizados.

relacionamiento, quien es el contacto directo con las Agencias de Gobierno (ARN) y las Agencias de Empleo (COMFAMA) para solicitar los candidatos cuando se tienen vacantes por cubrir; además, este líder realiza procesos de acompañamiento, aspectos relacionados con la estética para mejorar la presentación de los reintegrados.

Figura 1. Historia del Programa en la organización.



Figura 1: Recorrido histórico

Fuente: Elaboración propia a partir de la entrevista con la jefe de desarrollo sostenible

Nota: Elaboración propia derivada de la entrevista realizada a la jefe de desarrollo sostenible.

En la entrevista con la líder del proceso de selección se conoce cómo se desarrolla la ruta para la contratación (ver figura 2) y cuál es la diferencia principal frente a los procesos que realizan otras organizaciones. La líder de selección indicó que el Programa no evalúa competencias “sino oportunidades” y por este motivo es que a los antecedentes y al nivel de escolaridad no se les da mayor rele-

vancia y no hacen parte de los criterios de exclusión que otras organizaciones sí tienen en cuenta dentro de sus procesos de selección.

Al hablar de competencias y oportunidades se refiere a que, en el momento de realizar la entrevista, los gestores detallan que se indaga más sobre el aspecto actitudinal que por competencias técnicas, con preguntas cómo: ¿usted por qué está aquí? ¿está dispuesto a aprender? ¿está aquí porque alguien se lo pidió o porque usted quiere trabajar? El objetivo de estas preguntas es conocer si se presentan al proceso porque un familiar “los mandó” o por su propia voluntad; la gestora de relacionamiento indica que esta expresión es usual cuando no hay claridad en querer iniciar la vida laboral, por lo tanto, terminan ahí su proceso de selección y vuelven a la agencia de gobierno para recibir acompañamiento respecto a su dimensión productiva.

La líder de selección señala que al momento de la entrevista para conocer qué competencias técnicas tienen los aspirantes, se realizan preguntas con respecto a ¿qué saben hacer?, pero las personas manifiestan no saber qué pueden ofrecerle a la organización, con respuestas como: “es que yo no sé hacer casi nada”. Los gestores no descartan a la persona inmediatamente, al contrario, se invita a que ésta, desde su experiencia de vida encuentre una habilidad con la que pueda ingresar al mundo laboral, realizando preguntas enfocadas en las labores y sus funciones más que en el porte de armas. Por ejemplo, uno de los gestores mencionó que una mujer muy angustiada dijo no saber hacer nada, sin embargo, el entrevistador le preguntó ¿qué actividades realizabas mientras estabas en el grupo armado? ¿qué otras actividades realizabas? Frente a esto, ella manifiesta que cocinaba para el grupo y que lo hacía muy bien. A partir de esa experiencia que la candidata le cuenta al gestor, el cual la ubica en un lugar de cocina donde podría desenvolverse en una actividad que conoce.

Por otro lado, la gestora de relacionamiento destaca que la presentación personal dentro de este proceso no es un motivo para descartar a un candidato, debido a que si tiene la actitud y las ganas de aprender e iniciar su vida laboral como se ha mencionado anteriormente, los gestores le brindan la oportunidad de participar en capacitacio-

nes en las que les enseñan cómo deben llevar las uñas, el cabello, qué ropa es más adecuada para el ingreso y retirada del trabajo; es decir, todo lo relacionado con la estética y aspectos con posibilidad de mejora, que cuando la persona es consciente de estos, decide cambiarlos por la oportunidad laboral que se le presenta.

Se expone de manera detallada la ruta para la contratación de reintegrados

1. Solicitud de candidatos por la empresa al Programa: El programa tiene 6 clientes (organizaciones del sector financiero, industrial, comercial y comunicacional), las cuales cuentan dentro de su capital humano con personas reintegradas del conflicto armado. Cuando tienen una vacante en cargos operativos como: aseo, cargue y descargue, auxiliar de cocina entre otros, solicitan al gestor, líder del proceso de selección, cubrir esta vacante, la que a su vez también puede ser cubierta desde las Agencias de empleo con personas sin vínculo con el conflicto armado. Lo que busca el proyecto entonces es que todas las solicitudes de vacantes sean cubiertas por personas de esta población para poder contribuir la reinserción a la vida laboral formal y en general a la vida civil. Asimismo, el Programa tiene la convicción de apoyar la construcción de paz del país y, aunque la organización de *Tercerización* pertenece al *programa Paz y Reconciliación*, no recibe ningún beneficio tributario por parte del Estado, según uno de los integrantes del equipo (Figura 2).

2. Solicitud de candidatos por el Programa Soluciones a las Agencias de Empleo y las Agencias de Gobierno: la líder de selección explica cómo en el momento de recibir la solicitud de candidatos, ella se remite a la líder de relacionamiento para que realice la solicitud a las Agencias de Empleo y las Agencias de Gobierno. Estas agencias por lo general cuentan con una base de datos en la cual ya tienen a las personas por categorías, dependiendo a qué cargos pueden aplicar con mayor certeza.

3. Proceso de preselección de las Agencias de Empleo en conjunto con las Agencias de Gobierno (ARN): La líder de selección indica que las agencias antes de enviar los candidatos al programa, ya han realizado un proceso de selección, por lo que cuentan con bases de

Figura 2. Ruta para la contratación de reintegrados.



Fuente: Elaboración propia derivada de la entrevista realizada a líder de selección.

datos de las personas que se alinean más a unos cargos que a otros, por ejemplo, si es para cargue y descargue solo remiten candidatos hombres por temas de Salud y Seguridad en el Trabajo. Siendo así, cuando se hace el requerimiento a las Agencias de Gobierno, hay unas como ARN que trabajan en compañía de la Agencia de Empleo Comfama; cuando esto pasa ellos envían a los candidatos con hoja de vida y aplicación de prueba psicológica (Wartegg), lo que facilita el proceso de selección respecto al tiempo, mientras que hay otras Agencias del Gobierno que no trabajan con agencias de empleo por lo que al iniciar el proceso de selección del Programa no cuentan con ningún documento diligenciado.

4. Proceso de selección realizado por el Programa Soluciones: Antes de realizar las entrevistas, primero se hace verificación de

antecedentes, solo para verificar si están ligados al proceso de reintegración y reincorporación, ya que, aunque no se les imputen los cargos, no se les borran los antecedentes. Si un aspirante no está relacionado con el proceso de reintegración no puede continuar con el proceso de selección.

Entre los antecedentes que conducen a la salida del proceso de selección se encuentran: hurto calificado y agravado, fabricación, tráfico y porte de armas; aunque pertenezcan a ARN, estos delitos no se encuentran dentro de los antecedentes que se espera tengan, por lo que automáticamente salen del proceso, según comenta la líder de selección. De acuerdo con la líder del proceso, la selección es realizada por los tres gestores que conforman el equipo. Se lleva a cabo: una Entrevista grupal (Assessment Center), una entrevista individual, aplicación de prueba psicológica Wartegg (si no la lleva), aplicación de prueba psicotécnica de lecto-escritura y matemáticas básica, y elaboración de la hoja de vida (si no la lleva).

5. Envío de candidatos a la empresa aliada: Los candidatos seleccionados se remiten al cliente que realizó la solicitud, para ser evaluados por el jefe directo, quien es el único que tiene conocimiento a qué población pertenecen los aspirantes.

6. a) Si el candidato aprueba el proceso, pasa a contratación directa con la organización cliente, de la cual solo el área de gestión humana y el jefe directo tienen conocimiento a qué población pertenece el colaborador, sea reintegrado o víctima, como dijo anteriormente la líder del proceso. 6. b) Si el candidato no aprueba el proceso, se realiza una retroalimentación a la Agencia de Gobierno y/o a la Agencia de Empleo debido a que en la mayoría de los casos todos los candidatos pasan; ellos cuentan con 3 oportunidades para presentarse a procesos de selección de los diferentes clientes que maneja el Programa, si la tercera vez que se presentan no pasan, inician un proceso de acompañamiento con ARN para evaluar los motivos.

7. Acompañamiento por parte del Programa Soluciones en el proceso de contratación: Este es uno de los componentes diferenciales del Programa; una vez es firmado el contrato, las personas reintegradas y víctimas reciben un acompañamiento grupal e individual

para beneficiar su reinserción a la vida laboral formal y en general a la vida civil. Durante el proceso de selección y contratación se les proporcionan algunas recomendaciones para presentar la entrevista y herramientas para elaborar los documentos necesarios en el transcurso de la ruta de selección. A diferencia de otros procesos, aquí se les dan recomendaciones sobre cómo llevar el cabello, las uñas, y sobre su presentación personal en general, además sobre su postura y su forma de hablar con otros. Una de las gestoras comentó que si ella ve que el entrevistado tiene las manos o las uñas sucias y descuidadas le pide amablemente que ponga las manos sobre la mesa, aquí ella le hace preguntas como ¿crees qué hay algo por mejorar? mira mis manos, ¿cómo consideras que las debe llevar alguien que está aspirando a un puesto en la organización?; de aquí en adelante los candidatos generalmente ponen en práctica las recomendaciones para continuar en el proceso. Además, si durante la entrevista alguno de los candidatos se le nota apenado o muy tímido, lo llevan a un espacio con uno de los gestores en donde se le presta atención a su comportamiento preguntándole por lo que pueda estar interfiriendo en el proceso; según la líder de relacionamiento de esta manera intentan romper con el prejuicio de que “si no habla no es bueno”.

8. Inducción realizada por el Programa Soluciones a los nuevos empleados: El programa realiza una inducción grupal a las personas seleccionadas para que tengan conocimiento de la historia de este, el por qué y para qué existe el Programa.

9. Acompañamiento por parte del Programa Soluciones: Aquí se realiza el acompañamiento grupal e individual por parte de los gestores y la coach. Al iniciar en el programa soluciones, se les brinda la oportunidad de participar en un ciclo de talleres orientados al fortalecimiento de habilidades sociales; esto les permite adecuarse en menor tiempo y con mayor facilidad a su nuevo entorno, generando que se adapten adecuadamente al espacio laboral.

Cuando se indagó a los participantes por los resultados de este acompañamiento afirmaron lo siguiente: “*yo no sé qué sería de mí sin el programa*”, “*yo no estaría aquí, y me hubiera devuelto*”, “*es excelente porque nos ayudan a ser mejores*”, “*¡ah no! yo estaría muerta*”, “*me han enseñado a ser mejor persona*”. Estas respuestas se obtuvieron en

algunos de los talleres que se realizan periódicamente. Además, si en estos encuentros surge la necesidad o alguno de los participantes manifiesta una molestia puntual se remite a proceso individual en donde se le presta especial atención a la problemática a resolver y se acompaña para que, en conjunto con su red de apoyo y los gestores, o en algunos casos con la coach, solucionen lo que pueda estar interfiriendo en su proceso de adaptarse a la vida civil.

El líder de acompañamiento explicó cómo realizan los procesos de inducción, capacitación y entrenamiento; aquí se hace énfasis en el esquema de acompañamiento, puesto que es el aspecto diferencial y principal del programa. El acompañamiento consiste en:

- a. Informe mensual de competencias (realizado por el jefe directo): Cuando los candidatos inician sus labores, sus jefes realizan un informe cada mes el cual es remitido al gestor líder de acompañamiento; este informe tiene una puntuación, máxima de 18. Los jefes reciben además un acompañamiento donde se les enseña cómo debe hacerse esta calificación, ya que no deben evaluar a esta población como a los otros colaboradores, debido a que el proceso de adaptación con relación a temas de cultura y clima organizacional puede tomarles más tiempo que para una persona que ha trabajado en alguna organización formal por varios años, según comenta el líder responsable de este proceso (Figura 3).
- b. Análisis y diseño del plan de mejora a partir del informe del jefe directo: Partiendo de la calificación, el gestor explica que se crea un plan de acuerdo con cada persona, programa unos talleres y capacitaciones a los cuales debe asistir el trabajador para poder acompañar y reforzar esos puntos que en un momento el jefe evaluó como bajos.
- c. Intervención grupal, individual y/o familiar: Esta intervención se centra en los casos críticos, con quienes ha sido más difícil el proceso de adaptación, y las operaciones laborales empiezan a ser disfuncionales sea por problemas del mismo contexto laboral o problemas familiares. Se les ofrece entonces una intervención individual, siendo este acompañamiento el más espe-

Figura 3. Proceso de acompañamiento



Fuente: Elaboración propia a partir de la entrevista realizada al líder de acompañamiento.

cializado debido a que lo realiza el gestor de acompañamiento o la coach externa. Estos acompañamientos, precisa el gestor, son integrales porque se vincula a la familia para poder generar una red, poder movilizar y potencializar que la persona pueda desempeñarse en todos los aspectos de su vida. Cuando la intervención individual no se hace completa, se entregan unos casos a programas de gobierno y secretarías.

- d. Encuentros grupales de formación: Estos talleres se diseñan y se programan al inicio del año y consisten en 2 encuentros semestrales para evaluar, a su vez, avances individuales. Los talleres, explica el gestor de acompañamiento, son experienciales “que atraviesen y pasen por el cuerpo”, apostándole a los sentidos, debido a que las poblaciones son muy diversas en términos socioculturales, son diseñados con un enfoque en habilidades para la vida y para el

trabajo. Estos talleres permiten que se conozcan entre sí y tumban la frontera simbólica que los divide como dos grupos distintos, de excombatientes y de víctimas; en este contexto se rompen estereotipos a partir de reconocer que el otro está en las mismas condiciones y cuenta con las mismas necesidades frente a la novedad de tratar de adaptarse al mercado de trabajo formal, a través de tener y tratar de conservar un trabajo en una empresa. En dichos encuentros, se comparten impresiones y experiencias donde se les invita a superar ideas manifestadas por ellos mismos como “usted no parece desmovilizado”, comentario común que refleja estas representaciones sociales asociadas a los estereotipos y prejuicios.

El líder de acompañamiento indica que los talleres tienen carácter nacional, Medellín, Bogotá y Barrancabermeja, el 70% son realizados por los gestores del Programa y el 30% los desarrollan profesionales del gobierno, desde ARN y la Unidad de Víctimas Municipal; con estos últimos el Programa hace un empalme y evalúa los criterios cuando se llevan a cabo. Algunos talleres son: Se lo dije: Pensado para reflexionar sobre cómo las pautas de crianza se reflejan en la adultez y tolerancia al malestar: con el objetivo de brindar estrategias frente al malestar que se siente por situaciones que incomodan y que se van volviendo una carga por soportarlas día a día, y cómo reaccionar frente a estas.

- e. Asesoría a procesos disciplinarios: Si un trabajador tiene algún inconveniente en la organización a la que pertenece se acompaña en todo momento. Por ejemplo, cuando el presidente de la organización de *Tercerización* anunció públicamente, que la organización contaba dentro de su capital humano con desmovilizados, generó opiniones encontradas entre los empleados y una de las personas que hace parte del programa se vio en medio de conversaciones en las que sus compañeros manifestaron molestia y desacuerdo. Después de comentarlo con los gestores, esta persona decidió contarle a uno de sus compañeros de trabajo que era desmovilizado. Cuando esto sucedió, la reacción de su compañero fue la de acogerlo y disculparse porque -según lo manifestó- nunca pensó que él podía ser uno de ellos, situación que fue comentada por el líder del proceso de acompañamiento.

Lo anterior, según los gestores, es una situación que se repite debido a la imagen estereotipada alrededor de los desmovilizados que alimenta los prejuicios respecto al proceso de paz; por esta razón, la organización decide implementar la cultura de la normalización a través de los procesos habituales: lo que plantean es no diferenciar en términos generales entre los trabajadores, mencionando de dónde vienen o dándoles un trato diferente; al contrario, se intenta mantener una dinámica similar a la de sus compañeros.

A diferencia de otras empresas que han realizado campañas alrededor de este tipo de contratación, como Coca-Cola FEMSA, que implementó una campaña para prevenir la estigmatización (González et al, 2013), la organización foco de esta investigación no desarrolló ninguna estrategia similar; al contrario, optó por no generarla respondiendo a la idea de normalizar para no estigmatizar, cuestión indicada por la jefe de desarrollo sostenible. Respecto a estas estrategias para evitar la estigmatización los gestores mencionan que esto hace parte de su enfoque diferencial, en el que prima la realidad actual del sujeto, evitando los juicios por los antecedentes que los participantes tienen; además, priorizan la disposición que estos tienen para acceder al nuevo puesto de trabajo.

Adicional a esto, las campañas de comunicación interna no responden a la gestión del cambio sino más bien a la divulgación de la información que se entregó de manera informal y se ha ido aceptando e incluyendo en la dinámica organizacional de forma consustancial. En el caso de la empresa de Tercerización, cuentan con empleados en esta modalidad desde hace trece años, además, iniciaron con unos pocos y ahora hay más de 150 trabajando con ellos y algunos de sus clientes. Respecto al relacionamiento interno se evidencia que el incluirlos sin la prevención de nombrarlos como desmovilizados ha permitido que con el tiempo ellos mismos decidan contarlos cuando se sientan en plena confianza con su entorno.

Tanto la jefe de desarrollo sostenible y los tres gestores indicaron que la estrategia primordial del Programa se centra en la atención personalizada a los reintegrados, de esta forma se explica la adherencia al programa, lo que evidencia una respuesta positiva al acompañamiento uno a uno y al seguimiento y evaluación por

parte de quienes componen el entorno inmediato. Así mismo, de una manera más informal, el equipo manifiesta respecto a su vivencia de este programa, que el acompañamiento va desde los aspectos más elaborados, hasta los más sencillos de la vida cotidiana de un trabajador formalizado, como conversar con compañeros de trabajo y jefes de temas distintos al trabajo, qué contar sobre la vida personal y el hecho de aprender a usar un cajero para hacer retiro de la cuenta de nómina. Dentro de las anécdotas referidas por uno de los miembros del equipo, estaba el explicarle a uno de los trabajadores del programa, que para poder usar la tarjeta no debía plastificarse. Refieren que en general, es acompañarlos a un proceso de socialización en aspectos que para el resto de las personas son conocidos y casi naturales en su interacción con el trabajo que son propios del mercado de trabajo formal, en contextos urbanos, lo que coincide con lo encontrado por Morales, Cartagena & Hernández en el capítulo anterior en las entrevistas con excombatientes que tratan de integrarse a la vida civil en las ciudades.

El equipo del Programa hace énfasis en que para ellos, al igual que para el personal de las Agencias de Gobierno y las Agencias de Empleo, es difícil poder desarrollar sus funciones cuando hay cambios de Gobierno debido a que estos vienen con diferentes políticas y mientras se desarrollan los correspondientes ajustes, hay procesos que se ven afectados como la contratación, el acompañamiento y los tiempos de respuesta debido al poco personal que hay para la realización de estos, principalmente por parte de las Agencias de Gobierno y las agencias de Empleo.

Otro factor que afecta este proceso es el relacionamiento con empresas de otros departamentos del país; según lo menciona el encargado de comunicaciones, algunas organizaciones deciden no participar y expresan abiertamente que una de las razones es por ser una iniciativa de empresas antioqueñas, por lo que prefieren mantenerse al margen. La jefe del programa agrega que esto puede deberse a la percepción sobre el regionalismo que se vive en el departamento.

Discusión

La gestión de la reinserción laboral de personas desmovilizadas es compleja y de largo aliento, pero es posible. La complejidad se relaciona con cuestiones como las orientaciones emocionales colectivas (Patiño & Barrera⁸) que fungen como barreras psicosociales para la paz (Villa-Gómez, et al, 2021), y que en Colombia por procesos largos y difíciles como bien lo resume Quiceno⁹, están asociadas a emociones como el miedo, la rabia y la desconfianza¹⁰, dirigida especialmente hacia aquellos que alguna vez hicieron parte del conflicto armado, y que en la actualidad tratan de integrarse a la vida civil.

En efecto, en el estudio de caso se evidencian dichas OEC que terminan asentadas en estereotipos y prejuicios, volviéndose incluso de orden inconsciente (Rattan & Brewis, 2018) expresados en repertorios simbólicos como los encontrados respecto a la imagen del excombatiente, como “se supone que se ve una persona como esa”, entendiendo “esa” como otro distinto de nosotros, el cual desconocemos y nos causa temor/curiosidad (Villa Gómez, Bohórquez & Gómez¹¹). El prejuicio opera incluso sobre los mismos excombatientes que se relacionan con timidez y temor a ser rechazados en el nuevo contexto laboral, porque reconocen la construcción social que sobre la imagen del excombatiente se presenta en el país (Morales, Cartagena & Hernández¹²) asociada a

⁸ Ver capítulo 1 del presente libro titulado Orientaciones emocionales colectivas y el carácter colectivo de las emociones: un referente teórico para el estudio de las barreras psicosociales para la paz.

⁹ Ver capítulo 9 del presente libro escrito por Lina Marcela Quiceno, titulado: Procesos de paz y desmovilización: contextualización.

¹⁰ Se recomienda leer completamente el libro Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia, editado por Villa Gómez, Andrade & Quiceno (2021), y el presente libro.

¹¹ Ver capítulo 4 del presente libro titulado: Orientaciones emocionales colectivas sobre la justicia y la reconciliación en ciudadanos del área metropolitana de Bucaramanga.

¹² Ver capítulo 10 del presente libro titulado ¿Reintegración o integración sociolaboral de excombatientes? Significados del trabajo, barreras psicosociales y prácticas de integración laboral de excombatientes en proceso de reincorporación y normalización en Colombia.

personas violentas, impredecibles, en las que no se puede confiar y no se cree que genuinamente hayan cambiado.

En este escenario complejo y adverso para la reintegración, la labor de las organizaciones sociales de trabajo que pretendan participar de este proceso de construcción de paz a través de la vinculación de ex-combatientes y de víctimas¹³ del conflicto armado, requiere de gran esfuerzo, tiempo, recursos y gestión del cambio. La Organización Internacional del Trabajo (International labor organization, 2010) refiere dentro de las estrategias implementadas en este tipo de procesos de reintegración laboral para desmovilizados, considerar siempre la proveniencia de las personas teniendo en cuenta su religión, etnia y región de origen para tenerlo presente en el proceso. En el caso estudiado se encontró que procuran enfocarse en la persona, priorizando su actitud frente al trabajo, participar allí por voluntad propia, demostrar interés en hacer parte de la vida civil a través del trabajo, y dejarse guiar para ser parte de la sociedad, en particular en este caso, de una sociedad urbana que también trae otros retos y demandas para la interacción social, y por tanto laboral. Así mismo, el proceso procura rescatar las capacidades de la persona comprendiendo que todo escenario de vida proporciona la oportunidad de aprender habilidades, más allá del uso de las armas, y es desde allí que los gestores parten para acompañar y orientar la reinserción de los desmovilizados rescatando otras cosas que la persona sabe hacer.

Teniendo en cuenta las herramientas que posibilitan la gestión del cambio (Gil, 2005), que son: visión estratégica, implementación, vinculación, y seguimiento, la jefe de desarrollo sostenible evidenció que la organización de tercerización no implementó ninguna de las estrategias mencionadas con los colaboradores ya vinculados, a diferencia de otras empresas que han realizado campañas internas alrededor de este tipo de contratación, como Coca-Cola FEMSA, que implementó una campaña para prevenir la estigmatización.

¹³ Que si bien no fueron el foco del presente texto también están incluidas entre las personas contratadas por la organización caso, y son referidas igualmente como personas que requieren acompañamiento especial, porque así mismo han sido excluidas y sobre ellas pesan otros estereotipos que les dificulta el acceso al trabajo, aspecto relevante para ser retomado en investigaciones posteriores.

Desde las dos organizaciones se pueden identificar resultados positivos debido a que una trabaja desde la comunicación para empezar a trabajar ese cambio que llega, y la otra para no generar problemas de discriminación, no lo comunica, sin que esto sea un impedimento, ambas han podido generar empleo y contar con las personas de esta población como trabajadores.

La decisión de la organización de tercerización sobre no implementar ninguna estrategia para disminuir la posibilidad de discriminación, según indica la jefe de desarrollo sostenible, responde a la idea de normalizar para no estigmatizar y no generar problemas de discriminación al identificar quiénes son desmovilizados o víctimas; esta acción les permitió evitar generar rumores alrededor de las nuevas contrataciones, dice la líder del programa. Sin embargo, volviendo al ejemplo de Coca-Cola, implementar la gestión del cambio también puede traer beneficios (González et al, 2013), por lo que la ausencia de una campaña de este tipo es solo una forma de analizar estos temas de la empresa.

La organización objetivo de esta investigación prioriza la estabilidad en el entorno laboral de los excombatientes y opta por no divulgar con campañas de comunicación a sus públicos internos que está realizando esta contratación. Según Schaller & Conway citados por Kurylo (2012) sin la comunicación los estereotipos no pueden instalarse en los grupos, ya que fallan al momento de consolidarse como creencias; por lo tanto, deben atravesar la comunicación en la organización y de esta forma terminan siendo compartidas por consenso. En esta medida, la estrategia desfavorece la creación de estereotipos dentro de la organización, ya que se les da la oportunidad de compartir con sus compañeros y entablar relaciones sin un sesgo previo; con el tiempo, una vez se conocen, ellos deciden compartir su historia de vida, lo que -hasta ahora- ha sido recibido con sorpresa, pero bien acogido. Esta situación finalmente permea las orientaciones emocionales (Patiño & Barrera¹⁴), al menos las individuales, favoreciendo el proceso de reinserción. Los colaboradores conocen que la organización realiza

¹⁴ Ver capítulo 1 del presente libro referido anteriormente.

estas contrataciones, sin embargo, desconoce quiénes provienen del Programa Soluciones.

Frente al tema de ser explícitos respecto a develar quiénes son ex-combatientes y víctimas cuando se vinculan a las organizaciones que hacen parte del programa, se evidenciaron dos posturas. La primera, según uno de los responsables de la comunicación organizacional interna del caso estudiado, se trata de que los objetivos comunicacionales están condicionados por el entorno que limita la implementación de estrategias de divulgación debido al temor, a las posturas políticas disonantes y la desinformación respecto a la dimensión productiva de la reintegración. La segunda postura, correspondiente a miembros del equipo entrevistado, quienes señalan que la organización tiene apertura sobre la información frente a las organizaciones aliadas en el tema. Según el responsable de la comunicación interna, algunas de estas organizaciones clientes de la empresa de tercerización, prefieren no hablar públicamente sobre su participación en estos procesos; es importante aclarar que el caso estudiado hace parte de una red de organizaciones, que pertenecen al Programa y que decidieron tomar acciones de responsabilidad social frente a este tipo de contrataciones.

Independiente de las razones por las que la información se divulgue o no, se encontrarían dos posibilidades frente a la gestión del cambio asociada a reducir los estereotipos desfavorables para ayudar en los procesos de inclusión a través de la comunicación organizacional. La primera es que se haga de arriba hacia abajo en la jerarquía, es decir, que dicha información haga parte explícita de los objetivos estratégicos de la organización y de su planeación a futuro, y se integre como política de funcionamiento. La segunda, es de abajo hacia arriba en la jerarquía, como lo hace la organización estudiada, donde primero favorecen el ambiente para que se cree el vínculo del nuevo trabajador con su entorno, y una vez este se sienta en confianza, si así lo quiere, pueda compartir respecto de su pasado y a qué se dedicaba. Cuál puede ser la estrategia más apropiada puede depender, por una parte, de los resultados que se han ido obteniendo en el proceso, y por otra, de la posibilidad de permear las altas esferas de las organizaciones implicadas, para que se decidan a usar la estrategia de arriba abajo, y hacer abiertamente gestión del cambio organizacional respecto al tema.

Lo anterior seguramente no es una decisión fácil de tomar por parte de las organizaciones y quiénes piensan su estrategia, ya que deben enfrentarse a las barreras psicosociales que se han construido a lo largo de varias décadas en el país (Barrera & Villa Gómez, 2018; Villa Gómez, Andrade & Quiceno, 2021) que desfavorecen este tipo de procesos como la reinserción laboral, y que están imbricadas casi de manera inconsciente (Rattan & Brewis, 2018) en la cultura del país al ser construidas como representaciones sociales (Mora, 2002). Una organización que se decida a implementar abiertamente estos procesos y promulgarlos, deberá hacer una buena gestión del cambio, ya que se expone a que organizaciones clientes y proveedores puedan decidir no seguir adelante con la relación comercial. Se requiere de mucho tiempo y acciones decididas de todos en el país para avanzar en la naturalización de este tipo de procesos y considerarlos viables y, por tanto, posibles y valiosos para la construcción de la paz.

Según Restrepo, Giraldo, Buenaventura & Amariles (2017), el Estado otorga beneficios tributarios a estas empresas; sin embargo, la evidencia dice lo contrario, estas empresas se adhieren a la propuesta por una convicción de apoyar la construcción de paz, ya que no se recibe ningún beneficio, esto según la líder del programa. Lo que implica que muchas empresas decidan no participar de este tipo de acciones, ya que como se ha visto a lo largo del texto hay un costo extra al destinar un grupo que realice acompañamiento y seguimiento a esta población, lo que genera mayor financiación al capital humano, por lo tanto, no es un esquema atractivo para la institución privada.

La clave del Programa Soluciones está en su componente diferencial desde el acompañamiento grupal, individual y/o familiar que reciben los reintegrados una vez inician su contrato. Este beneficia su reinserción a la vida laboral formal y en general a la vida civil. Un ejemplo de éxito con este tipo de acompañamiento es el caso de la provincia de Aceh en Indonesia, donde llevaron a cabo entrenamientos en diferentes áreas para que los desmovilizados pudieran reintegrarse a la vida laboral, lo que favoreció el proceso de reinserción (The Government of Indonesia, 2005). La organización de *outsourcing* o tercerización ofrece capacitaciones y talleres enfocados

en habilidades para la vida y para el trabajo, aspectos fundamentales para los excombatientes que esperan reincorporarse a la vida civil. El trabajo entonces no es solo un derecho fundamental sino también una obligación social (García, 2009), puesto que la persona trabaja para recibir una remuneración, pero a su vez para ofrecer un beneficio colectivo, es decir, a la sociedad; aquí recae ese enfoque social que debe tener la reintegración e inclusión laboral de los excombatientes y la responsabilidad social de la que deben estar cada día más cerca las organizaciones, para que Colombia cumpla a cabalidad con los objetivos propuestos en el post-acuerdo, en lo que concierne a la dimensión productiva, aportando así a la construcción de paz.

Conclusiones

La gestión de la reinserción laboral de personas desmovilizadas es compleja y de largo aliento debido a lo imbricado de las variables que la componen, entre ellas las orientaciones emocionales colectivas asociadas al miedo, rabia y desconfianza hacia este actor social del conflicto, y a los estereotipos y prejuicios que se han construido por años reforzados por más situaciones de violencia que incluso hoy no cesan; sin embargo, es un proceso posible partiendo de contar con excombatientes que hayan realizado la ruta de reintegración gestionada por la ARN y que se completa con la gestión que realizan organizaciones interesadas en apoyar dicho proceso.

Existen dos posiciones sobre la gestión de la comunicación interna y externa respecto al proceso de reinserción laboral como una manera de manejar los prejuicios desfavorables frente a la población excombatiente, divulgar o no el que se cuenta con reintegrados y víctimas como parte de la plantilla de la organización. Así mismo, y en consecuencia, existen dos maneras de gestionarla, de arriba abajo en la jerarquía y de abajo a arriba, cada una con sus respectivas demandas e implicaciones. Se requiere una muy buena gestión del cambio y acciones decididas para gestionar el cambio de arriba abajo, ya que algunas empresas se sienten temerosas por divulgar su participación por la reacción de los públicos que hacen parte de

su cadena de valor, lo que evidencia una clara negación al cambio respecto a estas propuestas de construcción de paz.

Esta negación es producto de la desinformación respecto a estos procesos, además, el entorno social-político en el que esta red de organizaciones se ubica en donde priman las ideas tradicionales y conservacionistas, por lo que el nombre de la marca se protege y se mantiene al margen de estas acciones que pueden afectar algunas esferas del sector privado, especialmente en el departamento de Antioquia. Debe reconocerse que las organizaciones que se enfrentan a estas barreras psicosociales luchan contra representaciones sociales, que han sido construidas y se han fortalecido a lo largo de los años, por esto el gran valor de lo que realiza la organización objeto del estudio de caso para la presente investigación.

Los estereotipos y prejuicios para favorecer el proceso de reinserción de personas que tuvieron relación con el conflicto armado, no solo los enfrentan quienes dirigen las organizaciones que deciden participar y quienes deben gestionar el proceso, también lo enfrentan los mismos trabajadores que deben lidiar con imaginarios como aquellos referidos a la imagen de los desmovilizado y, por tanto, quién se es y cómo se relacionan con los demás.

El regionalismo que se vive en Antioquia ha generado que empresas de otras regiones del país decidan no hacer parte del Programa o en general duden de tomar acción en esta red de organizaciones, lo negativo -menciona uno de los gestores- se debe al patriotismo cultural que tienen los antioqueños frente a las creaciones de sus propias marcas, lo que puede ser un inconveniente al momento de implementar acciones de responsabilidad social.

El acompañamiento psicosocial de la población reintegrada requiere esfuerzos y recursos de la organización, lo que implica mayor inversión en su capital humano. Esto puede ser una desventaja para el sector privado al querer hacer parte de estas acciones que construyen la paz, ya que implica un mayor gasto y una menor retribución monetaria; sin embargo, el beneficio obtenido es contribuir con el proceso del post-acuerdo, por lo menos, así es para la organización caso estudiada.

La estrategia primordial del Programa Soluciones se centra en la atención personalizada de los reintegrados, de esta forma se explica la adherencia al programa y evidencia una respuesta positiva al acompañamiento uno a uno y, al seguimiento y evaluación por parte de quienes componen el entorno inmediato. Esta organización marca la diferencia en su acompañamiento al tratar temas formales e informales, tanto del trabajo como de otros aspectos de la vida, que le ayudan a los reintegrados y a las víctimas a adaptarse a este nuevo contexto de relación y de vida.

Las organizaciones que pretendan iniciar un proceso de reinserción laboral como este deben tomar en consideración que las estrategias de inclusión laboral relacionadas con la atención personalizada y el acompañamiento psicosocial requieren estar enmarcadas en un proceso que pueda guiar, estabilizar y proponer vías de sostenimiento de la vida laboral, y que lo anclen a su estrategia organizacional como una manera de garantizar que ocurra, continúe, y por qué no, se genere valor además del aporte a la construcción de sociedad que ya representa.

Las estrategias específicas para el proceso de selección y contratación se basan en el acompañamiento desde que el candidato es convocado al proceso de selección, que se diferencia por los criterios de exclusión donde se privilegia lo actitudinal sobre las competencias técnicas. Los resultados obtenidos son positivos y dan cuenta de que la normalización de estos procesos también hace parte de la inclusión, lo que así mismo explica la ausencia de un plan de comunicación interna respecto a este tipo de contratación, ya que responde a minimizar la estigmatización como estrategia implementada por la organización caso estudiada.

Referencias

- Aguilera, J. (2007). *Gerencia integral de comunicaciones. Claves para estructurar los nuevos departamentos de comunicación*. Bogotá: ECOE Ediciones.
- Alles, M. (2007). *Análisis y descripción de puestos*. Editorial Granica.

- Amorós, E. (2001). Comportamiento Organizacional en busca del desarrollo de ventajas competitivas. *Journal of Materials Synthesis and Processing*, 9(4), 213–221. Recuperado de <https://doi.org/10.1023/A:1014007120668>
- Agencias para la Reintegración y la Normalización. (2019). ARN en cifras corte mayo 2019. Recuperado de <http://www.reincorporacion.gov.co/es/agencia/Paginas/ARN-en-cifras.aspx>
- Banholzer, L. (2013). When Do Disarmament, Demobilization and Reintegration Programs Succeed?. Deutsches Institut für Entwicklungspolitik (DIE). Working paper. Recuperado de <https://doi.org/10.2139/ssrn.2367307>
- Bardín, L. (2002). El análisis de contenido. Madrid: Akal.
- Barrera Machado, D. & Villa Gómez, J. D. (2018). Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El Ágora USB*, 18(2), 459-478. DOI: <http://dx.doi.org/10.21500/16578031.3828>
- Congreso de la República (2006). Ley 1090 DE 2006. Diario Oficial, 2006(46383), 1–27. Recuperado de http://www.unisabana.edu.co/fileadmin/Documentos/Investigacion/comite_de_etica/Ley_1090_2006_-_Psicologia.pdf
- Contreras, E. (2013). El concepto de estrategia como fundamento de la planeación estratégica. *Pensamiento & Gestión*, 35, 152-181
- Fernández - Montesinos, A. (2016). Los estereotipos: definición y funciones. *Revue d'études Ibériques et Ibéro-Américaines*, 10, 52–62. Recuperado de <http://iberical.paris-sorbonne.fr/wp-content/uploads/2017/02/Pages-from-Iberic@l-no10-automne-2016-Final-4.pdf>
- García, M. (2009). Los Macro-procesos: Un nuevo enfoque en el estudio de la Gestión Humana. *Pensamiento y Gestión*, 27, 162-200.
- Gil, I. (2016). Inclusión laboral de los excombatientes durante el posconflicto. Nuevos paradigmas de las Ciencias Sociales Latinoamericanas. 7(14). 137-186.
- Gil, M. (2005). La comunicación interna: un servicio a toda la compañía. *Revista Capital Humana*, 94, 52-60.
- González, R., Lozano, G., & Layrisse, F. (2013). La contribución de Coca-Cola Femsa a la paz en Colombia. *Debates IESA*, 18(4), 63-65.
- Grupo de Memoria Histórica (2013). ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, M. (2014). Metodología de la investigación. (6a. ed.). Editorial Mc Graw Hill.

- International Labour Organization (2010). *Socio-economics Reintegration of Excombatants: Guidelines*. Switzerland.
- Jiménez Peña, G. (2014). Multinacionales y responsabilidad social empresarial en la construcción de paz en Colombia. *Cuadernos de Administración*, 26(48), 67–96.
- Kurylo, A. (2012). What Are They Like? Non-Expert Definitions of Stereotypes and Their Implications for Stereotype Maintenance. *Qualitative Research in Psychology*, 9(4), 337–350.
- López, H. (2001). Un enfoque histórico - hermético y crítico - social en Psicología y Educación Ambiental. *Investigación Cualitativa y Participativa*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Mora, M. (2002). La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici. *Athenea digital*, 2, 1-25.
- Pirjol, F y Maxim, R. G. (2012). Organizational culture and its way of expression within the organisation. *Annals of the University of Oradea, Economic Science Series*, 21(2), 371–376.
- Presidencia de Colombia (2003). Decreto 128 (22, enero, 2003). Por la cual se reglamenta la Ley 418 de 1997, prorrogada y modificada por la Ley 548 de 1999 y la Ley 782 de 2002 en materia de reincorporación a la sociedad civil.
- Rattan, A. & Brewis, K. (2018). When stereotypes collide: Aneeta Rattan investigates what happens in the hiring process when preconceptions about identity come into conflict with each other. *London Business School Review*, 29(1), 38–39.
- Restrepo, J., Giraldo, M., Buenaventura, O., y Amariles, L. (2017). El proceso de inclusión laboral de los desmovilizados en la ciudad de Medellín y su Área Metropolitana. *Logos. Ciencia y Tecnología*, 9(2), 10-26.
- Rolston, B. (2007). Demobilization and reintegration of Ex-combatants: The Irish case in international perspective. *Social and Legal Studies*, 16(2), 259–280.
- The Government of Indonesia. (2005). *Disarmament, Demobilization and Reintegration in Aceh The Case for Sustainable Economic Reintegration. Guiding principles*. Jakarta.
- United nations development programme (2013). *Disarmament, demobilization and reintegration: fostering sustainable livelihoods for ex-combatants*. Fast Facts United Nations Development Programme.
- Villa Gómez, J.D., Andrade, V. & Quiceno, L.M. (Edt. y comp.) (2021). *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales*

- para la paz y la reconciliación en Colombia. Medellín. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D., Díaz-Pérez, I.L., Barrera Machado, D., Velásquez Cuartas, Y.N., & Avendaño Ramírez, M. (2021). ¿Por qué hablar de barreras psicosociales para la paz en el contexto colombiano? En J.D. Villa Gómez; V. Andrade & L.M. Quiceno (Edt. y comp.) Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (pp. 24-58). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D. & Patiño, C.D. (2021). Barreras psicosociales para la paz: una lectura dialógica desde diferentes perspectivas teóricas. En J.D. Villa Gómez; V. Andrade & L.M. Quiceno (Edt. y comp.) Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia (pp. 60-91). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J.D.; Rodríguez Días, M.; Gaitán Lee, L.; González Prieto, M.A.; Haber Mariño, J. & Roa Sierra, J. (2019). Emociones sociales y políticas en la construcción y la obstrucción de la paz en ciudadanos de estrato social medio-alto de la ciudad de Bogotá. *Revista El Agora USB*, 19(2): 352–371.



Fotografía: Lina Marcela Quiceno

Capítulo 12

De la polarización a una acción psicosocial que incluya a los ciudadanos del común. Algunas mediaciones para transformar las barreras para la paz

Lina Marcela Quiceno¹
Verónica Andrade Jaramillo²
Juan David Villa Gómez³

Resumen

El presente capítulo tiene como objetivo dar cuenta de los resultados que emergen de los diversos ejercicios propuestos en la Macro investigación *Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia*, que se lleva a cabo desde 2017, en diferentes zonas del país como Bogotá, Chocó, Huila, Valle del Cauca, Quindío, Risaralda, Santander y Antioquia, por parte de un grupo de docentes universitarios investigadores de diferentes instituciones educativas, privadas y públicas, e integrar así mismo resultados relacionados de otras dos investigaciones que se refieren en los capítulos 10 y 11 denominadas: Representaciones sociales de la transición política al

¹ Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicóloga y Magíster en Psicología Social, Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, sociedad y trabajo (GIP). linamarcela.quiceno@upb.edu.co

² Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicóloga y Doctora en Psicología. Coordinadora del Grupo de Investigación en Psicología: Sujeto, sociedad y trabajo (GIP). veronica.andrade@upb.edu.co

³ Docente de la Facultad de Psicología y Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana, Psicólogo y Doctor en Migraciones Internacionales y Cooperación al Desarrollo. Grupo de Investigación en psicología: sujeto, sociedad y trabajo (GIP). juan.villag@upb.edu.co.

postconflicto de personas vinculadas a la violencia sociopolítica en Colombia, y Procesos de cambio organizacional para la vinculación laboral de personas asociadas al conflicto armado en Colombia. Este libro se conecta estructuralmente con uno anterior, denominado “Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia” (Villa Gómez, Andrade & Quiceno, 2021); donde se contrastaron las propuestas conceptuales realizadas por Daniel Bar-tal (1998, 2013, 2014, 2017), quien proponía como base, la noción de conflicto intratable, que aparece luego del análisis realizado por el autor y su equipo, respecto a las situaciones dadas en el marco del conflicto Palestino-israelí.

Palabras clave: Polarización, reintegración, reconciliación, barreras psicosociales para la paz.

Para Kriesberg, (1993) y Bar-Tal, (2017), el conflicto intratable hace alusión a conflictos de larga duración que logran enraizar componentes ideológicos que posibilitan la polarización social, por ende, la fragmentación de la convivencia, y donde se deshumaniza al otro al considerarlo un adversario, situación que produce a su vez, unas barreras sociopsicológicas. Estas, son retomadas y enfatizadas por Villa Gómez & Barrera (2018), y nombradas como: Barreras psicosociales para la paz, las cuales se exponen específicamente en la macro investigación y en el capítulo 2 del primer libro publicado en el marco de esta investigación: las creencias sociales, las narrativas del pasado y las orientaciones emocionales colectivas (Villa Gómez & Patiño, 2021).

Se aclara que el retomar la noción de conflicto intratable, para los investigadores de este proyecto, no significa en su ontología la imposibilidad de gestionar y llevar a cabo apuestas de construcción de paz para el país, ni la categorización rígida de los actores implicados, y en general una alusión a incapacidad de parte de la ciudadanía para superar un conflicto de vieja data como es el colombiano; se trata de dar cuenta de la necesidad de entender la densidad de la noción, sus matices, su enraizamiento en la cultura a través de la historia y sus relaciones con otros fenómenos sociales

complejos y de difícil erradicación como la pobreza, la desigualdad e inequidad, la violencia, el narcotráfico, la corrupción, entre otros.

En el caso concreto de esta investigación, se trata de dar cuenta de la forma como todos estos componentes se encarnan en los ciudadanos del común, de tal manera que se convierten en elementos que hacen parte de la propia subjetividad, de la identidad social, según lo expusieron Velásquez, Barrera & Villa Gómez en el capítulo 8, puesto que estas barreras habitan la cotidianidad de “la gente” y se vuelven parte del repertorio cognitivo, emocional, mnémico e identitario de las personas; por ello, son pensados desde una mirada psicosocial, que apunte a intervenciones que impacten en este espectro de la población. La acción psicosocial en Colombia, en el marco del conflicto armado, ha estado más orientada al trabajo con víctimas, comunidades afectadas y excombatientes, incluso con organizaciones de la sociedad civil; sin embargo, la población civil no organizada, aquella que constituye una inmensa mayoría de los habitantes de este país, “ciudadanos del común”, tal como se ha explicitado en la metodología de esta investigación y que se repite en muchos de los capítulos, no ha sido estudiada, ni ha sido sujeto de acciones de intervención en los marcos de proyectos para la construcción de paz.

Pensamos y creemos que los resultados de esta investigación plantean interrogantes importantes para que se puedan enfilarse nuevos esfuerzos hacia la comprensión relacionada con la forma como las barreras psicosociales para la paz se instalan en la subjetividad, pero sobre todo, es una invitación a pensar conjuntamente sobre las mediaciones necesarias para deconstruir estas creencias, narrativas del pasado y orientaciones emocionales colectivas, puesto que, como lo hemos visto a lo largo de este libro y en “Ethos del Conflicto y Creencias sociales como Barreras Psicosociales para la Paz y la Reconciliación en Colombia” (Villa Gómez, Andrade & Quiceno, 2021), responden a construcciones socio-históricas donde mecanismos de configuración, como los medios de comunicación, los discursos y la retórica política (Cfr. Bar-Tal, 2013), además de, escenarios de socialización primaria en el marco de la familia, han sido claves para la asunción, por parte de “la gente” de esta infraestructura psicosocial que guía su acción (Velásquez, Barrera & Villa Gómez, 2020).

La comprensión de todos estos aspectos es vital para lograr impactos reales y duraderos, en relación con las barreras que, con los años, se han reificado alrededor de la posibilidad de construir una paz (o paces) que favorezca la convivencia y la justicia social para toda la población. Se enfatiza, entonces que esa es la apuesta que hacemos con este proyecto, a través de la publicación de dos libros que compartimos con la comunidad. En este sentido podemos retomar algunos de los resultados principales del primer libro, donde por ejemplo se destaca la existencia de creencias sociales sobre el conflicto, la paz y los actores armados que van generando en la población una especie de fatalismo (Matín-Baró, 1987/1998, 1989), que se exterioriza con la tendencia marcada hacia el rechazo por estas temáticas y sus implicaciones.

De igual forma, estos fenómenos inciden en la configuración de la idea de un enemigo único como actor principal del conflicto, normalmente asociado con la guerrilla de las FARC, y por subrogación el ELN, que lleva a la categoría de “guerrilla=terrorista, bandido, delincuente, gente de mal” (Villa Gómez, 2019); desconociendo otros actores como los paramilitares y las fuerzas armadas, por lo que a ese primer actor se le atribuye de manera genérica la barbarie ocasionada, lo que conlleva la deshumanización, es decir, que se le piense como algo no humano, y que por tanto, no se conciba como otro legítimo, sujeto de diálogo, con quien se pueda negociar.

Lo anterior, conduce a consecuencias como que en algunos territorios se dé la legitimación de la aparición de actores como los paramilitares y su accionar como una forma de “defensa”; también permite comprender en parte, el resultado del plebiscito, en la que un sector de la gente del común, que en el marco de esta investigación denominamos como “en desacuerdo”, expresó su rechazo a la realización de una negociación con el grupo al que se considera “enemigo” público, encarnación de un mal, que más que ser reintegrado a la sociedad, debe ser extirpado definitivamente, es decir, eliminado, con lo cual, esta parte de la ciudadanía que también desea la paz, termina en contradicción con su deseo, porque la consecuencia de esta “extirpación” no sería otra que una radicalización de la violencia, puesto que las guerrillas no son “una enfermedad” son sujetos con agencia política, con capacidad de

interlocución y negociación, pero también con una fuerza capaz de responder, también de forma violenta, al ejercicio aséptico de ‘limpieza’ que implica la intención de que no hagan parte del entramado social.

Por otra parte, de manera general entre los participantes, aparece con fuerza la idea de ausencia y culpabilidad del Estado, por considerarse que es responsable de no encargarse a lo largo de todos estos años de solucionar a fondo los problemas sociales que son la raíz del conflicto, especialmente en espacios rurales; a esta situación se le adjudica que otros actores (guerrillas, paramilitares, narcotraficantes) llegaron a tomar el control territorial de manera ilegal, y al mismo tiempo a victimizar a los pobladores que no fueron protegidos tampoco por este.

Estas situaciones se relacionan con la posición encontrada entre los participantes respecto a no reconocerse, siendo ciudadanos del común, como actores centrales en la construcción de la paz y la importancia de la participación, conocimiento y posicionamiento activo frente a esta, sino concebirse como espectadores que padecen lo que acontece en el país. Por supuesto, esta postura resulta de una sensación de indefensión que se explica por todas las vivencias acontecidas, observadas directamente, o contadas a través de otros, víctimas directas, que a lo largo del tiempo no han sido atendidas o cuyo acompañamiento ha ido a paso lento comparado con la rapidez con la que se extienden ‘nuevos’ grupos armados, y se configuran otras dinámicas de violencia en el país.

De igual forma, se pudo ver que la construcción de paz es un concepto idealizado, por ende, imposible de materializar, en donde cualquier acción que se realice al respecto resulta ser inoperante, generando orientaciones emocionales colectivas asociadas a la frustración, desilusión e incertidumbre. Esto, debido a la consideración de que el conflicto es algo que no se acaba, por cuanto emerge la creencia de que este es una suerte de negocio donde muchas personas tienen sus intereses, y por ello su persistencia y que sus efectos sigan manifestándose cotidianamente. Pese a esta situación, se reconoce que las acciones violentas cesaron posterior a la firma de los acuerdos, pero también

se resalta, desde las perspectivas de los participantes, que se han recrudecido en los años del gobierno de Iván Duque.

A pesar de este panorama, donde resaltan participantes que tienen miedo, desesperanza y desconfianza, aparece también un resultado importante, pues se evidenció el interés por disponerse a los procesos de reconciliación y la emergencia de orientaciones emocionales como la esperanza, ya que creen que el panorama puede cambiar, que se vislumbran horizontes que podrían ser aprovechados para trabajar en la resignificación de las barreras psicosociales para la construcción de la paz. Ahora bien, en el presente libro nos centramos en tres ejes fundamentales a saber: las orientaciones emocionales colectivas, la polarización social y los procesos de reintegración; estos últimos como base fundamental de las garantías para la no repetición.

En la primera categoría, las orientaciones emocionales colectivas, es posible mencionar coincidencias con los primeros resultados, por ejemplo en la aparición de emociones asociadas al miedo, la rabia y la indignación, respecto de ciertos actores armados y sus acciones (Las FARC; los paramilitares y su alianza con el ejército); de igual forma se evidencian vestigios de esperanza frente a la posibilidad del logro de una tranquilidad asociada a la disminución de acciones violentas que se podría tomar como paz, pese a que esta última se sigue sintiendo como inalcanzable. Para muchos participantes el anhelo está puesto en que la paz se manifieste en la vivencia cotidiana, donde las personas puedan salir a la calle sin temer, no desconfiar del vecino, tener un trabajo que les garantice vivir dignamente, y que no se presenten hechos de violencia como los que han sido propios del largo conflicto armado al que hemos estado expuestos.

Otro asunto coincidente resulta ser el hecho de legitimar acciones de los paramilitares -a menos que hayan sido testigos de una afectación directa-, a pesar de exaltar la barbarie como característica de este grupo. Pese a lo anterior, se conserva la tendencia a reconocer un enemigo único en la guerrilla de las FARC; sin embargo, en los presentes resultados se suma la emergencia de una sola categoría denominada “Grupos armados” en la que se evidencia la particularidad de agrupar a todos los

actores sin distinción. Ya en otro texto publicado en el marco de la macro-investigación Villa Gómez, Velásquez, Barrera & Avendaño (2020) evidenciaban la forma en la que para los participantes en la ciudad de Medellín, había una asimilación entre guerrillas y paramilitares, indicando que más o menos eran lo mismo, con lo cual la carga de la mayor responsabilidad en el conflicto armado y el mayor nivel de daño era atribuido a las guerrillas, en general, y en particular a las FARC.

No obstante, para algunos de los participantes en ciudades como Armenia o Quibdó, o en los tres municipios del Oriente Antioqueño estudiados (La Unión, Sonsón y Cocorná) las Fuerzas Militares, han sido consideradas como autores o cómplices de hechos victimizantes, produciendo orientaciones emocionales asociadas a la rabia, tristeza y la desilusión, si se tiene en cuenta su deber como garantes de los derechos y del bienestar de la ciudadanía. En este caso, los resultados están cargados de afectos asociados a la victimización, dando cuenta de un trauma psicosocial profundo y compartido, que en la lógica de Martin-Baró (1989), implica un ejercicio de resignificación de la experiencia colectiva, en función de su superación. Esta situación podría relacionarse con la necesidad de la realización de intervenciones encaminadas a la reconciliación y el perdón colectivo, como estrategia para la superación de las barreras.

Finalmente el uso del miedo, la indignación y el odio por parte de las élites dominantes en el país, ha sido un acicate para ahondar en la polarización, fortalecer las creencias en torno al enemigo absoluto y la construcción de unas narrativas de la memoria colectiva que se asimilan a la historia oficial, en la cual, los y las participantes (especialmente quienes están en desacuerdo) parecen no reconocer todas las dimensiones del conflicto armado y sus actores, y se guían por una narrativa hegemónica que se traduce en una clara barrera para la construcción de paz, reconciliación y reintegración de los excombatientes, tal como se evidencia en este libro.

Lo anterior enlaza con el segundo eje, la polarización social, en la que se presentan aspectos relacionados con la generación de estas emociones colectivas (miedo, asco, tristeza, ira, enfado, entre otros) cuya producción se encuentra asociada con los medios de

comunicación, que se consideran un actor sumamente importante para la transmisión de la información disponible en el colectivo al respecto del conflicto, sus actores, y la paz (capítulos 5 y 6).

Los medios de comunicación como actor genérico sostienen una suerte de imaginarios colectivos que contribuyen de manera significativa al mantenimiento del conflicto y la generación de lo que Andrade et al denominan violencia lineal (capítulos 5 y 6), que hace alusión a una serie de prácticas que se repiten y permean el desarrollo del conflicto y que a su vez, abren la puerta para fenómenos como la polarización, que es usual encontrarla en las sociedades afectadas por los conflictos; de hecho, se constituye en una característica de los conflictos intratables (Bar-Tal, 2017).

La polarización ha permeado diferentes esferas tanto públicas como privadas. Desde los resultados aquí presentados podemos enunciar varios aspectos importantes: el primero, es la dificultad en torno a la formación del criterio político que tienen muchos colombianos, ya que existe una afiliación a figuras representativas de orientaciones políticas, que se encuentra medida por orientaciones emocionales fuertemente arraigadas, como: la credibilidad, la esperanza, la identificación afectiva y la confianza, pero que en términos de contenido, es decir claridades sobre las posturas, propuestas y sentidos que argumentan las posiciones políticas de los personajes a los que nos referimos (petristas y uribistas), se evidencia una carencia en el conocimiento y apropiación de estos, más allá de la orientación emocional (capítulo 7).

Lo anterior, debido a que no se identifica con claridad el discurso político al que se cree estar afiliado, lo cual posibilita que, discursos polarizados y polarizadores, desemboquen en devaluación reactiva (tendencia a rechazar las ideas del otro que se considera contrario, solo por el hecho de ser mi contrario y no por su argumento), y ésta a su vez, se convierte en un catalizador de emociones colectivas que refuerzan las creencias (de las que ya se ha hablado, sobre el otro que se considera contrario) y viceversa. Este asunto termina siendo una situación que potencializa la fragmentación social y es la gran barrera para poder entender al otro diferente como legítimo (capítulo 7).

Otro aspecto evidenciado es que estas situaciones también permean la vida privada de las personas y el desarrollo de esta, por ejemplo, en el ámbito familiar (capítulo 8); en la que existen, en ocasiones, divisiones que fracturan el adecuado desarrollo de las relaciones afectivas y ponen en riesgo los vínculos, ante lo cual se produce un silenciamiento de algunas posturas con el fin de protegerlos. Este silenciamiento de una de las partes, o de ambas, evita que se pueda conversar de lo público, de lo político en el contexto familiar (entendiendo el papel primordial de la familia como grupo primario que tiene la función de ubicar al sujeto en diversos aspectos de su vida y configurar su identidad social); puesto que estas conversaciones, incluso cuando se transforman en discusiones o debates, pueden contribuir a la formación de un criterio político necesario para la construcción de la democracia, que implica comprender, que a pesar de que el otro tenga una postura contraria, no es el enemigo (al que debe eliminarse y que no merece ninguna conmiseración), y por el contrario, que no solo existe la posibilidad de convivir con él, sino que es indispensable y necesario, para una salud del entramado social, que permita superar el trauma psicosocial (Avendaño & Villa Gómez, 2021).

De allí, que desde la investigación puede sugerirse que es fundamental generar espacios de conversación, diálogo y apoyo mutuo que conduzcan a la reconciliación, donde la diversidad es posible. En este sentido se encuentra un hallazgo poderoso y es la orientación emocional asociada con el amor, que funge como un posibilitador de tales ejercicios, que podría ser aprovechada también, en función de menguar las fracturas que como sociedad tenemos y que se exacerban en el fenómeno de la polarización.

Todas estas situaciones se encuentran acompañadas de unos esfuerzos institucionales que se han realizado sobre la base del cumplimiento de la función de la cohesión estatal (Ortega & Quiceno, 2020), cuando existen disidencias armadas ideológicamente opuestas a la forma de gobierno imperante en un territorio, y que es necesario llegar a acuerdos que posibiliten una solución de la confrontación que no sea armada, como lo han sido los procesos de paz, que a su vez traen consigo programas de DDR (Desarme, Desmovilización y Reintegración), en los que se focaliza el tercer bloque de nuestro libro.

Es así como se parte de realizar un recorrido por los diferentes gobiernos desde los años 80, hasta la actualidad, destacando las fortalezas y las deficiencias de las estrategias implementadas por estos con el fin de generar procesos de DDR, con los grupos armados con los que se han posibilitado procesos de paz (capítulo 9). Dentro de las deficiencias podemos mencionar los innumerables incumplimientos a los acuerdos, por las partes, con mayor responsabilidad de los gobiernos de turno, la falta de garantías para los desmovilizados en términos de su seguridad y la de sus familias, el poco acompañamiento y corta duración que tenían anteriormente estos programas y la generación de estereotipos alrededor de la figura del desmovilizado, situación en la que los medios de comunicación han tenido gran responsabilidad.

Todos estos factores son asumidos por los sujetos que están por fuera del conflicto (como ya lo hemos venido explicando a partir de la generación y reproducción de barreras psicosociales), pero también se constituyen en imaginarios en los desmovilizados, que operan de diferentes maneras a la hora de lograr un exitoso proceso de reintegración. Por ejemplo en el escenario laboral, donde estas personas deben generar prácticas de encubrimiento de su identidad anterior (perteneciente a un grupo armado), con el fin de garantizarse una contratación, es decir, tratar de no ser excluidos en función de las atribuciones sociales negativas que pesan sobre la figura del excombatiente, situación que se convierte en una barrera para la reintegración; al igual que otras condiciones como la falta de educación de los mismos, versus las exigencias del medio laboral, el desempleo y la informalidad, que generan condiciones económicas poco garantes de oferta en la legalidad que pueda ser atractiva para sostenerse en esta (capítulo 10).

En esta misma línea, y en función de lo hallado en los capítulos 10 y 11, se destaca de ese proceso histórico de procesos de DDR en Colombia la relevancia de la dimensión productiva y/o laboral como eje fundamental, ya que en ocasiones cuando ha sido enfatizada, ha proporcionado un escenario protector para la reincidencia. Es decir, no es suficiente con desarmarse, desmovilizarse y reintegrarse a la vida civil respecto a la interacción con familiares y la sociedad en general, sino que se requiere acceder al trabajo como una manera

de construir un nuevo proyecto de vida que aporte a la sociedad y le permita valerse por sí mismo como generador de ingresos, en asunción de una vida de adulto, encargándose de responsabilidades económicas, como cualquier ciudadano del país.

Un ejemplo de lo anterior se expone el capítulo 11, donde se evidencia la disposición tanto de los desmovilizados, como de las empresas privadas por contribuir al cambio de vida que implica salir de las lógicas de la guerra y organizarse por fuera de la misma. Por supuesto, en este capítulo se evidencian las barreras psicosociales asociadas a orientaciones emocionales colectivas de temor, rabia, miedo y especialmente desconfianza, atribuidas a exintegrantes de los grupos armados, que dificultan la apertura dentro de los contextos del trabajo para que sean recibidos y aceptados como un miembro más de las organizaciones.

Lo anterior, se asocia con un elemento que fue común a lo largo de todos los reportes en los diversos capítulos e incluso también en el primer libro, y es la desconfianza asociada al hecho de poder creer que esa persona desmovilizada realmente ‘cambió’, sumado a la duda que pesa sobre sus intenciones de no ‘hacer más daño’ a la comunidad cercana o al propio ciudadano del común. Esta postura se ve matizada, pues se tiene en cuenta que se percibe de manera distinta a los excombatientes de base (rasos) versus los altos mandos (comandantes), sobre quienes recae todo el reclamo de los participantes respecto a su responsabilidad sobre los hechos cometidos. Esto, a diferencia de la postura anterior mediada por la desconfianza y la duda, deja ver el renacimiento de humanidad en el otro, ya que al pensarlo como alguien que por razones que escaparon a su voluntad (por ejemplo: el reclutamiento forzado, la pobreza y la ausencia de Estado), perteneció a estos grupos, pero que su responsabilidad en las atrocidades cometidas puede ser matizada o comprendida, pues fue utilizado por otros y sus intereses, lo que mengua su carga y posibilita atribuirle un interés genuino de construir una nueva vida como ciudadano por fuera del conflicto armado.

Para concluir, podemos decir que las orientaciones emocionales colectivas como ejes que atravesaron los resultados de este segundo libro se enclavan en la memoria de los ciudadanos del común y

operan a largo plazo incidiendo sobre el modo en que se posicionan y por tanto, sobre sus acciones frente a procesos como la construcción de la paz, como un asunto colectivo. Por supuesto, al ser estas OEC construidas a través de procesos históricos como los que hemos vivido como sociedad a lo largo de tantas décadas, donde tantos actores y múltiples fenómenos sociales se han mezclado en esta dinámica, y se ha acompañado de procesos de ideologización, es absolutamente comprensible que, como ciudadanos (sea como víctimas directas, indirectas o ciudadanos del común no directamente afectados por el conflicto armado), estemos llenos de miedo, rabia, dolor, desesperanza, desconfianza y hastío, como se evidenció a lo largo de los capítulos desarrollados y que por tanto, resultan ser la base que las personas usamos para interpretar eventos de impacto social, duraderos y anclados en la memoria colectiva.

Estas emociones, apoyadas en el arraigo de creencias sociales, cada vez más fortalecidas que posibilitan el énfasis en la consecuente polarización, llevan a que contemos con unas barreras psicosociales para la paz poderosas y difíciles de desinstalar, que también generan obstáculos para la consolidación de ejercicios y programas de reintegración efectivos, que por supuesto, contribuyan a esa reconciliación; pero también a un proyecto colectivo de construcción de paz.

Sin embargo, y a pesar de considerarlo como un conflicto intratable en términos de Bar-Tal (2017), las barreras presentan grietas que pueden ser aprovechadas para seguir intentando construir otras maneras posibles de vivir como sociedad y avanzar hacia, por lo menos, una paz imperfecta (Galtung, 2003; Oliveros et. Al, 2021), asociada a las acciones encaminadas a construir una paz que permita el encuentro de la diferencia, que abra los caminos para que lo público y lo político puedan ser conversados en la cotidianidad, que puedan ser objeto de discusión y debate, de tal manera que garantice una sana convivencia y, al mismo tiempo, una democracia participativa activa, concreta y real.

Este trabajo nos permite afirmar con énfasis, que un proceso de construcción de paz, en Colombia, pero también en otros contextos, independiente del actor político y/o armado con el que se negocie, no puede ignorar más a la sociedad civil, en particular

de los ciudadanos del común, ni sus emociones, ni sus creencias, ni sus narrativas del pasado, ni sus representaciones sociales, puesto que ésta infraestructura psicosocial hace parte de su subjetividad y del repertorio psíquico que orienta su actuar como sujetos sociales y políticos. Lo anterior, dado que este compacto de la ciudadanía del común, al final, son actores fundamentales para dar vida y volver cotidiana la convivencia pacífica.

En este sentido, nuestra investigación además de ahondar, conocer y comprender estos múltiples factores psicosociales que los ciudadanos han construido, en sus experiencias e interacciones de vida, a lo largo de un conflicto que ha abarcado buena parte de su trayectoria vital, intenta generar preguntas y abrir puertas para que se visualice la necesidad y la importancia de acompañar e intervenir desde las acciones psicosociales con este segmento fundamental de la población, que a la larga, son la mayoría de esos que somos nosotros como país, como nación. Por supuesto, esto solo será posible si aspectos como la violencia política en sus expresiones más crueles como las conocemos a perfección, son tramitadas y cesadas para que, de esta manera, podamos como sociedad pasar a pensar en vivir de otras formas y darle otros matices al ethos del conflicto.

Referencias

- Avendaño, M. & Villa Gómez, J.D. (2021). Polarización Política y Relaciones Familiares: Prácticas relacionales y mecanismos de configuración de la postura política como barreras psicosociales para la democracia y la paz en Medellín. *El Agora USB*, 21(1): 34-60. Doi: 10.21500/16578031.5472
- Barrera, D. & Villa Gómez, J. D. (2018). Barreras Psicosociales para la construcción de la paz. *El Ágora*, 18(2), 459-478.
- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs in times of intractable conflict: The Israeli case. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22–50.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. University Press.
- Bar-Tal, D. (2014). Collective memory as social representations. *Papers on Social Representations*, 23, 70-96.

- Bar-Tal, D. (2017). Intractability. En H. Giles & J. Harwood (Eds.), *Encyclopedia of intergroup communication*. Oxford University Press. doi: <http://communication.oxfordre.com/view/10.1093/acrefore/9780190228613.001.0001/acrefore-9780190228613-e-434>
- Galtung, J. (2003). *Violencia Cultural*. Bizkaia: Gernika Gogoratz. Centro de Investigación por la Paz. Fundación Gernika Gogoratz.
- Kriesberg, L. (1993). Intractable conflicts. *Peace Review*, 5(4), 417-421.
- Martín-Baró, I. (1989). Guerra y salud mental (Cap. 1). En I. Martín-Baró. *Psicología Social de la Guerra* (pp. 23-40). San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1987/1998). El latino indolente. En I. Martín-Baró (edición de A. Blanco), *Psicología de la liberación* (pp. 73-101). Madrid: Trotta.
- Oliveros, J.F., Correa, C., & Machado, Y. (2021). ¿La imposibilidad de una paz perfecta? Creencias sociales y emociones políticas frente a la paz en la ciudad de Quibdó. En J.D. Villa Gómez; V. Andrade & L.M. Quiceno (Edt. y comp.), *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia* (pp. 248-285). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Ortega, L. & Quiceno, L. (2020). El posconflicto en Colombia: una revisión a través de los conceptos de Estado, conflicto y proceso de paz. En *Escenario de Paz*. Editorial Universidad Cesmag.
- Avendaño, M. & Villa Gómez, J.D. (2021). Polarización Política y Relaciones Familiares: Prácticas relacionales y mecanismos de configuración de la postura política como barreras psicosociales para la democracia y la paz en Medellín. *El Agora USB*, 21(1): 34 - 60. Doi: 10.21500/16578031.5472
- Villa Gómez, J.D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona y F. Moreno, (ED.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365-387). Manizales: XIV Cátedra Colombiana de Psicología Mercedes Rodrigo. Editorial Universidad de Manizales y ASCOFAPSI.
- Villa Gómez, J.D., Andrade, V. & Quiceno, L.M. (Edt. y comp.) (2021). *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia*. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

- Villa Gómez, J.D & Patiño, C.D. (2021). Barreras psicosociales para la paz: una lectura dialógica desde diferentes perspectivas teóricas. En J.D. Villa Gómez; V. Andrade & L.M. Quiceno (Edt. y comp.), *Ethos del conflicto y creencias sociales como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación en Colombia*, (pp. 60-91). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Villa Gómez, J., Velásquez, N., Barrera, D., & Avendaño, M. (2020). El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-49. <https://doi.org/10.21500/16578031.464>



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto.
La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea
(57)(4) 354 4565 o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación,
su nombre, correo electrónico y número telefónico.

En este libro nos centramos en las dimensiones emocionales de la violencia, los ecos al respecto que ha tenido en Colombia, y las orientaciones emocionales colectivas que surgen en relación con el conflicto, la negociación política, la construcción de paz, la polarización, los procesos de reintegración de excombatientes y la reconciliación; esto último tendrá un lugar relevante, puesto que es un elemento fundamental en la perspectiva de construcción de paz desde la cotidianidad de las comunidades y las personas. La descripción de una nación dividida en torno a las posibilidades de negociación política del conflicto, a posiciones políticas que permitan una transformación importante hacia la modernización y el final de la violencia como forma de dirimir los profundos conflictos sociales, económicos y políticos del país, serán nuevamente asunto de análisis en los capítulos que forman parte del corpus del libro, que son producto de reflexiones profundas a partir de ejercicios investigativos desde metodologías cualitativas y entrevistas semiestructuradas en profundidad.

Desde el paradigma crítico, se ha puesto la mirada sobre aquellos elementos psicosociales que están habitando las subjetividades individuales y colectivas en Colombia, que se han encarnado de una u otra manera en la vida cotidiana, en las relaciones sociales, familiares, en los sujetos concretos y que han sido obstáculos claros para poder avanzar de manera decidida hacia la superación de la violencia como medio para dirimir el conflicto social y político; de igual forma, poder poner punto final a esta guerra de baja intensidad al conflicto armado interno, que ha azotado a este Macondo que no quiere seguir condenado a otros 100 años de soledad.

Este trabajo nos permite afirmar con énfasis que un proceso de construcción de paz, en Colombia, pero también en otros contextos, independiente del actor político y/o armado con el que se negocie, no puede ignorar más a la sociedad civil, en particular a los ciudadanos del común, ni sus emociones, ni sus creencias, ni sus narrativas del pasado, ni sus representaciones sociales, puesto que esta infraestructura psicosocial hace parte de su subjetividad y del repertorio psíquico que orienta su actuar como sujetos sociales y políticos. En este sentido, nuestra investigación, además de ahondar, conocer y comprender estos múltiples factores psicosociales que los ciudadanos han construido, en sus experiencias e interacciones de vida, a lo largo de un conflicto que ha abarcado buena parte de su trayectoria vital, intenta generar preguntas y abrir puertas para que se visualice la necesidad y la importancia de acompañar e intervenir desde las acciones psicosociales con este segmento fundamental de la población, que a la larga son la mayoría de esos que somos nosotros como país, como nación.

